# Marcel Proust

## La prisionera

En busca del tiempo perdido, V

El amor y las obsesiones de las que irremediablemente va acompañado son el eje vertebrador de *La prisionera*, el quinto volumen de *En busca del tiempo perdido*, la colosal obra con la que Marcel Proust se erigió como uno de los mejores escritores de la historia de la literatura. A partir de la reclusión de Albertine, la amante del narrador protagonista, Proust analiza con su particular y penetrante mirada las relaciones amorosas y los sentimientos encontrados que acaban provocando en los amantes, como deseo y sensualidad, pero también celos y frustración.

*La prisionera* es una perfecta muestra del arte proustiano centrada en el tragicómico sufrimiento al que los amados se someten, que también contiene hermosas estampas de la vida parisina preñadas de aliento poético y penetrantes reflexiones sobre el arte y la vida, y sobre el influjo que el tiempo ejerce en la percepción de las realidades humanas.

Marcel Proust

# La prisionera

## En busca del tiempo perdido - 5

**ePub r3.1**
**Titivillus** 21.05.2018

Título original: *À la recherche du temps perdu V. La Prisonnière*
Marcel Proust, 1925
Traducción: Carlos Manzano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

# LA PRISIONERA

Ya por la mañana, con la cabeza aún vuelta hacia la pared y antes de haber visto, por encima de las grandes cortinas de la ventana, el matiz de la raya de luz, ya sabía yo qué tiempo hacía. Los primeros ruidos de la calle me lo habían indicado, según me llegaran amortiguados y desviados por la humedad o vibrantes como flechas en el resonante y vacío aire de una mañana espaciosa, glacial y pura; con el fragor del primer tranvía, ya había comprendido yo si estaba esperando bajo la lluvia o partía hacia el cielo. Y tal vez a esos ruidos mismos hubiera precedido alguna emanación más rápida y penetrante que, tras colarse en mi sueño, esparcía en él una tristeza anunciadora de la nieve y hacía entonar a un personajito intermitente tan numerosos cánticos a la gloria del sol, que éstos acababan preparando para mí —quien, aún dormido, empezaba a sonreír, con los párpados cerrados preparándose para verse deslumbrados— un impresionante despertar con música. Por lo demás, durante aquel período percibí la vida exterior sobre todo desde mi cuarto. Sé que Bloch contó que, cuando venía a verme por la noche, oía el sonido de una conversación; como mi madre estaba en Combray y nunca encontraba a nadie en mi cuarto, sacó la conclusión de que yo hablaba solo. Cuando, mucho más tarde, se enteró de que entonces Albertine vivía conmigo y comprendió que yo la había ocultado a todo el mundo, declaró que por fin entendía la razón por la que en aquella época de mi vida nunca quería yo salir.

Se equivocó. Por lo demás, se podía disculparlo perfectamente, pues la realidad, aun cuando sea necesaria, no es completamente previsible: quienes se enteran de algún detalle exacto de la vida de otro se apresuran al instante a sacar consecuencias que no lo son y ven en el hecho recién descubierto la explicación de cosas que precisamente no tienen relación alguna con él.

Cuando ahora pienso en que a nuestro regreso de Balbec mi amiga había venido a vivir en París bajo el mismo techo que yo, que había renunciado a irse en un crucero, que su cuarto estaba a veinte pasos del mío, al final del pasillo, en el despacho tapizado de mi padre, y que todas las noches, muy tarde, antes de separarse de mí, deslizaba su lengua en mi boca, como un pan cotidiano, un alimento nutritivo, y con el carácter casi sagrado de toda carne a la que los sufrimientos que hemos soportado por ella han acabado confiriendo como una dulzura moral, lo que evoco al instante, en comparación, no es la noche que el capitán de Borodino me permitió pasar en el cuartel, como un favor que sólo curaba, en una palabra, un malestar efímero, sino aquella en la que mi padre mandó a mi madre a dormir en la camita contigua a la mía, pues la vida, si debe librarnos una vez más de un sufrimiento que parecía inevitable, lo hace en condiciones hasta tal punto diferentes y a veces opuestas, ¡que el reconocimiento de la identidad de la gracia concedida representa casi un aparente sacrilegio!

* * *

Cuando Albertine se enteraba por Françoise de que yo no estaba dormido en la obscuridad de mi alcoba, con las cortinas aún echadas, no procuraba no hacer ruido en su cuarto de baño. Entonces yo, en lugar de esperar a una hora más tardía, muchas veces iba a un cuarto de baño contiguo al suyo y que era agradable. En tiempos un director de teatro gastaba centenares de miles de

francos para constelar con esmeraldas auténticas el trono en el que la diva desempeñaba un papel de emperatriz. Los ballets rusos nos han mostrado que unos simples juegos de luces, proyectados en la dirección oportuna, prodigan joyas igualmente suntuosas y más variadas. Esa decoración ya más inmaterial no resulta, sin embargo, tan atractiva como aquella mediante la cual, a las ocho de la mañana, el sol substituye a la que solíamos ver, cuando no nos levantábamos hasta el mediodía. Las ventanas de nuestros dos cuartos de baño no tenían —para que no pudiesen vernos desde fuera— cristales lisos, sino que estaban cubiertos con una escarcha artificial y anticuada. De repente el sol amarillecía aquella muselina de cristal, la doraba y, tras revelar despacito en mí un joven más antiguo durante mucho tiempo ocultado por la costumbre, me embriagaba con recuerdos, como si hubiera estado en plena naturaleza, delante de los follajes dorados en los que ni siquiera faltaba la presencia de un pájaro, pues oía a Albertine silbar sin cesar:

> Los dolores son unos locos
> Y quien los escucha está más loco aún.

Yo la amaba demasiado para no sonreír, feliz, ante su mal gusto musical. Por lo demás, aquella canción había encantado el verano anterior a la Sra. Bontemps, quien no tardó en oír decir que era una necedad, por lo que, en lugar de pedir a Albertine que la cantara, cuando había visitas, la substituyó por ésta:

> Una canción de despedida sale de fuentes turbulentas,

que pasó a ser, a su vez, «una vieja cantinela de Massenet con la que la niña nos castiga los oídos».

Pasaba un nubarrón, eclipsaba el sol y yo veía apagarse y volver a la monotonía la púdica y frondosa cortina de vidrio.

Los tabiques que separaban nuestros dos cuartos de baño (el de Albertine, idéntico, era uno que mi madre, por tener otro en el otro extremo del piso, nunca había usado para no hacer ruido mientras yo dormía) eran tan finos, que podíamos hablar, al tiempo que nos lavábamos cada uno en el nuestro, y proseguir una charla que sólo interrumpía el ruido del agua, en esa intimidad que muchas veces permite —en un hotel— la exigüidad del espacio y la proximidad de las habitaciones, pero que en París es tan poco frecuente.

Otras veces, permanecía acostado, soñando todo el tiempo que deseara, pues el personal de servicio había recibido la orden de no entrar nunca en mi cuarto antes de que hubiera yo tocado el timbre, cosa que —por la incomodidad que entrañaba la colocación de la perilla eléctrica por encima de mi cama— requería tanto tiempo, que con frecuencia, harto de intentar alcanzarla y contento de estar solo, permanecía unos instantes casi dormido de nuevo. No es que yo fuera totalmente indiferente a la estancia de Albertine entre nosotros. Su separación de sus amigas lograba librar a mi corazón de nuevos sufrimientos. Lo mantenía en un reposo, en una inmovilidad, casi total, que lo ayudarían a curar, pero, en definitiva, aquella calma que me procuraba mi amiga, más que una alegría, era un lenitivo del sufrimiento. No es que no me permitiera experimentar muchas alegrías de las que el dolor intenso me había privado, pero, lejos de debérselas a Albertine, quien, por lo demás, apenas me parecía ya hermosa y con la cual me aburría, a la que tenía la clara sensación de haber dejado de amar, las saboreaba, al contrario, cuando Albertine no estaba a mi lado. Por eso, para comenzar la mañana, no mandaba a llamarla en seguida, sobre todo si hacía bueno. Durante unos instantes —y sabiendo que me hacía más feliz que ella—, permanecía a solas con el personajito interior, que saludaba cantando al sol y del que ya he hablado. De los que componen nuestra individualidad, los que nos resultan más esenciales no son los más patentes. En mí, cuando la enfermedad haya acabado derribándolos uno tras otro, quedarán aún dos o tres que tendrán la vida más dura que los demás, en particular cierto

filósofo que sólo es feliz cuando ha descubierto —entre dos obras, entre dos sensaciones— un rasgo en común, pero a veces me he preguntado si no sería el último de todos el hombrecillo muy parecido a otro que el óptico de Combray había colocado tras su escaparate para indicar el tiempo que hacía y que, tras quitarse la capucha en cuanto hacía sol, volvía a ponérsela si iba a llover. De ese hombrecillo conozco el egoísmo; ya puedo sufrir un ataque de sofoco que sólo calmaría la llegada de la lluvia, que a él lo trae sin cuidado y ante las primeras gotas, tan impacientemente esperadas, pierde la alegría y vuelve a ponerse la capucha con mal humor. En cambio, estoy convencido de que, en el momento de mi agonía, cuando todos los demás «yoes» estén muertos, si llega a brillar un rayo de sol, el personajito barométrico se sentirá —mientras yo lance mi último suspiro— muy a gusto y se quitará la capucha para cantar: «¡Ah! Por fin hace bueno».

Llamaba yo con el timbre a Françoise. Abría *Le Figaro*. Buscaba y comprobaba que no figuraba en él un artículo —o supuestamente tal— que había yo enviado a ese periódico y no era otra cosa que la página recientemente recuperada —y un poco modificada— escrita en tiempos en el coche del doctor Percepied, al contemplar los campanarios de Martinville. Después leía la carta de mi madre: le parecía extraño, chocante, que una joven viviera sola conmigo. El primer día, en el momento de abandonar Balbec, cuando mi madre me había visto tan desdichado y le había preocupado dejarme solo, tal vez se hubiese alegrado al enterarse de que Albertine partía con nosotros y al ver que junto a nuestras maletas —aquellas junto a las cuales había pasado yo la noche en el hotel de Balbec llorando— habían cargado en el tren-tranvía las de Albertine, estrechas y negras, que me habían parecido con forma de ataúdes y me habían dejado dubitativo sobre si con ellas entraría en mi casa la vida o la muerte, pero yo ni siquiera me lo había preguntado, presa como era de la alegría —en la mañana resplandeciente, después del espanto de permanecer en Balbec— de llevar conmigo a Albertine. Ahora bien, aunque al principio mi madre no se había mostrado hostil —y

hablaba, amable, a mi amiga, como una madre cuyo hijo acaba de ser gravemente herido y se muestra agradecida para con la joven amante que lo cuida con abnegación— a ese proyecto, había llegado a serlo a partir del momento en que éste se había realizado completamente y se prolongaba en nuestra casa la estancia de la joven y, además, en ausencia de mis padres. Sin embargo, no puedo decir que mi madre no manifestara nunca aquella hostilidad. Ahora —como en el pasado, cuando había dejado de atreverse a reprocharme mi nerviosismo, mi pereza— vacilaba —cosa que tal vez yo no adivinara del todo en el momento o no quisiera adivinar— a la hora de arriesgarse —expresando algunas reservas a la joven con la que, según le había dicho yo, iba a prometerme— a ensombrecer mi vida, de volverme más adelante menos afecto a mi esposa, de sembrar tal vez —para cuando ella misma hubiera desaparecido— el remordimiento de haberla hecho sufrir al casarme con Albertine. Mi madre prefería que pareciese aprobar una elección de la que no podría —tenía la sensación— hacerme desdecirme, pero todos los que la vieron en aquella época me dijeron que a su dolor de haber perdido a su madre se sumaba una expresión de perpetua preocupación. Aquella tensión mental, aquella discusión interior, daban a mi madre un gran calor en las sienes, por lo que abría constantemente las ventanas para refrescarse, pero ninguna decisión lograba adoptar por miedo a «influirme» en sentido negativo y menoscabar la que creía mi felicidad. Ni siquiera podía adoptar la de impedirme mantener provisionalmente a Albertine en casa. No quería mostrarse más severa que la Sra. Bontemps, a quien ante todo incumbía aquel asunto y no le parecía improcedente, cosa que sorprendía mucho a mi madre. En todo caso, lamentaba haberse visto obligada a dejarnos a los dos solos, al marcharse hasta aquel momento a Combray, donde podía ser que hubiera de permanecer —y, de hecho, así fue— muchos meses durante los cuales mi tía abuela la necesitó sin cesar, de noche y de día. Allí todo le resultó fácil gracias a la bondad, a la abnegación, de Legrandin, quien, sin escatimar esfuerzo alguno, por grande que

fuera, aplazó de semana en semana su regreso a París, pese a conocer poco a mi tía, simplemente —primero— porque había sido amiga de su madre y —segundo— porque notó que la enferma incurable apreciaba sus atenciones y no podía prescindir de él. El esnobismo es una enfermedad grave del alma, pero localizada y que no la estropea del todo. Sin embargo, yo, al contrario que mi madre, estaba muy contento de su traslado a Combray, sin el cual habría temido —por no poder decir a Albertine que la ocultara— que descubriera su amistad con la Srta. Vinteuil, cosa que habría sido para mi madre un obstáculo absoluto no sólo a un matrimonio del que, por lo demás, me había pedido que no hablara aún definitivamente a mi amiga, pero que cada vez me resultaba más intolerable plantearme, sino también a que ésta pasara un tiempo en casa. Salvo una razón tan grave y que no conocía, mi madre, en virtud del doble efecto de la imitación edificante y liberadora de mi abuela, admiradora de George Sand y que concebía la virtud como nobleza del corazón, y, por otra parte, de mi propia influencia corruptora, se mostraba ahora indulgente con mujeres para con cuya conducta habría estado severa en tiempos o incluso en el presente, si hubieran sido amigas suyas burguesas de París o de Combray, pero cuya hermosa alma yo le encomiaba y a las cuales perdonaba mucho, porque me apreciaban. Pese a todo e incluso independientemente de la cuestión de su oportunidad, creo que Albertine no habría soportado a mi madre, quien había conservado de los tiempos de Combray, de mi tía Léonie, de todas sus parientes, hábitos relativos al orden de los que mi amiga no tenía la menor noción. Habría sido capaz de no cerrar una puerta y, en cambio, habría dejado de entrar, cuando una puerta estuviera abierta, tan poco como un perro o un gato. Así, su encanto un poco incómodo consistía en no estar en casa tanto como una muchacha cuanto como un animal doméstico, que entra en una habitación y sale de ella, que aparece dondequiera que no se lo espere y que iba —cosa que resultaba para mí un motivo de quietud— a echarse en mi cama junto a mí, a hacerse un sitio en ella, del que ya no se

movía más, sin molestar, como habría hecho una persona. Sin embargo, acabó por plegarse a mis horas de sueño, a no intentar no sólo entrar en mi alcoba, sino tampoco hacer ruido antes de que yo hubiese llamado. Fue Françoise quien le impuso aquellas normas. Ésta era de esos sirvientes de Combray que saben el valor de su señor y que deben, como mínimo, hacer que les brinde lo que merecen. Cuando un visitante extranjero daba una propina a Françoise para que la repartiera con la chica de la cocina, apenas había tenido el donante tiempo de entregar la moneda cuando ya Françoise —con una rapidez, una discreción y una energía idénticas — había aleccionado a la chica, quien acudía a dar las gracias no con medias palabras, sino franca, claramente, como, —según le había dicho Françoise— se debía hacer. El cura de Combray no era un genio, pero también él sabía lo que convenía. Bajo su dirección, la hija de unos primos protestantes de la Sra. Sazerat se había convertido al catolicismo y la familia se había portado perfectamente con él. Se habló de un matrimonio con un noble de Méséglise. Los padres del joven escribieron, para informarse, una carta bastante desdeñosa y en la que había desprecio para el origen protestante. El cura de Combray respondió en tal tono, que el noble de Méséglise, rendido y prosternado, escribió una carta muy diferente, en la que solicitaba, como el favor más precioso, su unión con la muchacha.

Françoise no tuvo mérito al conseguir que Albertine respetara mi sueño. Estaba imbuida de la tradición. Ante el silencio que guardó o la respuesta perentoria que dio a una propuesta de entrar en mi alcoba o mandarla a preguntarme algo, que debía de haber formulado inocentemente Albertine, ésta comprendió con estupor que se encontraba en un mundo extraño, de costumbres desconocidas, regulado por leyes vitales que ni siquiera se podía pensar en infringir. Ya había tenido un primer presentimiento de ello en Balbec, pero en París no intentó siquiera resistirse y esperó con paciencia todas las mañanas a mi llamada por el timbre para atreverse a hacer ruido.

Por lo demás, la educación que le impartió Françoise fue saludable para nuestra propia vieja sirviente, al calmar poco a poco los gemidos que desde el regreso de Balbec no cesaba de lanzar, pues en el momento de montar en el tren-tranvía se había dado cuenta de que había olvidado despedirse del «ama de llaves» del hotel, persona bigotuda que vigilaba los pisos y apenas conocía a Françoise, pero había estado relativamente educada con ella. Françoise quería a toda costa dar media vuelta, bajar del tren-tranvía, volver al hotel, despedirse del ama de llaves y partir el día siguiente. La prudencia y mi horror súbito de Balbec me impidieron concederle aquel favor, pero, a consecuencia de ello, había contraído un malhumor enfermizo y febril que el cambio de aires no había bastado para disipar y se prolongaba en París, pues, según el código de Françoise, tal como aparece ilustrado en los bajorrelieves de Saint-André-des-Champs, no está prohibido desear la muerte de un enemigo, asestársela incluso, pero es horrible no comportarse como Dios manda, no corresponder a una cortesía, no despedirse antes de partir, como una auténtica grosera, de un ama de llaves de piso. Durante todo el viaje, el recuerdo, a cada momento renovado, de que no se había despedido de aquella mujer, había hecho subir a las mejillas de Françoise un bermellón que podía espantar y, si se negó a comer y a beber hasta llegar a París, tal vez fuera porque aquel recuerdo le hacía sentir un «peso» de verdad «en el estómago» (cada clase social tiene su patología) más aún que para castigarnos.

Entre las causas a las que se debía que mi madre me enviara todos los días una carta, y en la que, además, nunca faltaba alguna cita de Mme. de Sévigné, figuraba el recuerdo de mi abuela. Mi madre me escribía: «La Sra. Sazerat nos ha dado uno de esos desayunos que sólo ella sabe preparar y que, como habría dicho tu pobre abuela, citando a Mme. de Sévigné, nos privan de la soledad sin brindarnos la sociedad». En mis primeras respuestas, cometí la tontería de escribir a mi madre: «Por esas citas, tu madre te reconocería al instante», lo que me valió, tres días después, esta

nota: «Pobre hijo mío, si era para hablarme de *mi madre*, invocas muy inoportunamente a Mme. de Sévigné. Ésta te habría respondido como lo hizo a Mme. de Grignan: “Entonces, ¿no era nada de usted? Yo creía que eran parientes”».

Entretanto, oía los pasos de mi amiga, que salía de su alcoba o entraba en ella. Tocaba el timbre, pues era la hora en que iba a venir Andrée con el conductor, amigo de Morel y prestado por los Verdurin, a buscar a Albertine. Yo había hablado a ésta de la lejana posibilidad de casarnos, pero nunca lo había hecho oficialmente; ella misma, por discreción, había movido la cabeza —cuando yo había dicho: «No sé, pero tal vez fuera posible»— con una sonrisa melancólica y había dicho: «¡Qué va! No lo sería», lo que significaba: «Soy demasiado pobre». Y entonces, al tiempo que decía: «Nada es menos seguro», cuando se trataba de proyectos futuros, en el momento hacía yo todo lo posible para distraerla, volverle la vida agradable, con lo que tal vez procurara también, inconscientemente, hacer que desease casarse conmigo. Ella misma se reía de todo aquel lujo. «La madre de Andrée es la que pondría mala cara al verme convertida en una señora rica como ella, lo que ella llama una señora que tiene “caballos, coches, cuadros”. ¡Cómo! ¿Nunca te había contado que decía eso? ¡Oh! ¡Tiene gracia! Lo que me extraña es que eleve los cuadros a la dignidad de los caballos y los coches».

Pues más adelante veremos que, pese a los estúpidos hábitos de habla que había conservado, Albertine se había desarrollado asombrosamente, cosa que me era del todo igual, pues las superioridades intelectuales de una mujer siempre me han interesado tan poco, que, si se las he comentado a una o a otra, ha sido por pura cortesía. Sólo el curioso genio de Céleste me habría gustado tal vez. A regañadientes sonreía yo unos instantes, cuando, por ejemplo, aprovechando que se había enterado de que Albertine no estaba, me abordaba con estas palabras: «¡Divinidad del Cielo depositada en una cama!». Yo decía: «Pero, bueno, Céleste, ¿por qué “divinidad del Cielo”?». «Oh, si cree usted que tiene algo en

común con los que viajan por nuestra vil Tierra, ¡se equivoca pero bien!». «Pero ¿por qué "depositada" en una cama? Como ve usted perfectamente, estoy acostado». «Usted nunca está acostado. ¿Acaso se ha visto jamás a una persona acostada así? Ha venido usted a posarse ahí. Su pijama, en este momento tan blanco, con sus movimientos del cuello, le da el aire de una paloma».

Albertine, aun en el ámbito de las tonterías, se expresaba de forma muy diferente de la niña que había sido hacía unos años, en Balbec. Llegaba hasta el extremo de declarar, a propósito de un acontecimiento político que censuraba: «Me parece estupendo», y no sé si no fue hacia aquella época cuando aprendió a decir, para significar que un libro le parecía mal escrito: «Es interesante, pero, hay que ver, está escrito *como con los pies*».

La prohibición de entrar en mi alcoba, antes de que yo hubiera llamado al timbre, la divertía mucho. Como había adquirido nuestra costumbre familiar de las citas y utilizaba las de obras de teatro que había interpretado en el colegio de monjas y que, según le había dicho yo, me gustaban, me comparaba siempre con Asuero:

> Y la muerte es el precio de todo audaz
> Que sin ser llamado se presenta a sus ojos.
>
> Nada protege contra esa orden fatal,
> Ni el rango ni el sexo y el crimen es igual.
>
> Yo misma…
> Estoy a esa ley como otra sometida
> Y sin avisarlo es necesario, para hablarle,
> Que me busque o al menos que me mande llamar.

Físicamente, había cambiado también. Sus largos ojos azules —más alargados— no habían conservado la misma forma; tenían el mismo color, pero parecían haber pasado al estado líquido, por lo que, cuando los cerraba, era como cuando con las cortinas se impide ver el mar. Seguramente esa parte de ella era la que sobre todo recordaba yo, todas las noches, al separarme de ella, pues, por

ejemplo, todas las mañanas, la ondulación de su pelo me causó, al contrario, la misma sorpresa durante mucho tiempo que algo nuevo, que no hubiera visto nunca, y, sin embargo, ¿acaso hay algo más bello que esa corona ensortijada de violetas negras por encima de la mirada risueña de una muchacha? La sonrisa ofrece más amistad, pero los caracolillos barnizados de los cabellos en flor, más emparentados con la carne, cuya transposición en olitas parecen, atrapan más el deseo.

Nada más entrar en mi alcoba, saltaba a la cama y a veces se ponía a caracterizar mi inteligencia, juraba, presa de un arrebato sincero, que preferiría morir a separarse de mí: eran los días en que me había yo afeitado antes de dejarla entrar. Era de esas mujeres que no saben distinguir la razón de lo que sienten. Explican el placer que les causa un cutis fresco mediante las cualidades morales de aquel que les parece prometer una felicidad para su futuro, capaz, por lo demás, de disminuir y llegar a ser menos necesario a medida que nos dejamos crecer la barba.

Yo le preguntaba adónde pensaba ir. «Creo que Andrée quiere llevarme a las Buttes-Chaumont, que no conozco». Cierto es que me resultaba imposible adivinar entre tantas otras palabras si bajo aquélla se escondía una mentira. Por lo demás, tenía confianza en Andrée para que me dijera todos los lugares a los que iba con Albertine. En Balbec, cuando me había sentido demasiado cansado de Albertine, había pensado decir, mendaz, a Andrée: «Mi querida Andrée, ¡si al menos te hubiera vuelto a ver antes! A ti es a la que habría amado, pero ahora mi corazón está preso de otra. Aun así, podemos vernos mucho, pues mi amor a otra me causa grandes pesares y me ayudarás a consolarme». Ahora bien, esas mismas palabras de mentira se habían vuelto verdad a tres semanas de distancia. Tal vez Andrée hubiese creído en París que era, en efecto, una mentira y que yo la amaba, como lo habría creído seguramente en Balbec, pues la verdad cambia tanto para nosotros, que a los demás les cuesta reconocerse en ella, y, como yo sabía que me contaría todo lo que hubieran hecho, Albertine y ella, le

había yo pedido —y ella había aceptado— venir a buscarla casi todos los días. Así, podría yo permanecer, despreocupado, en casa y aquel prestigio de Andrée de ser una de las muchachas de la pandilla me hacía confiar en que obtendría todo lo que yo quisiera de Albertine. La verdad es que entonces habría podido decirle de verdad que era apta para tranquilizarme.

Por otra parte, mi elección de Andrée —que resultaba estar en París, tras haber renunciado a su proyecto de volver a Balbec— como guía de mi amiga se había debido al deseo de que Albertine me contara el afecto que su amiga había sentido por mí en Balbec, en un momento en el que yo temía, al contrario, aburrirla y, si lo hubiera sabido entonces, tal vez habría sido a Andrée a quien habría amado. «¡Cómo! ¿No lo sabías?», me dijo Albertine. «Pues bromeábamos al respecto entre nosotras. Por lo demás, ¿no notaste que había empezado a adoptar tus maneras de hablar, de razonar? Sobre todo, cuando acababa de dejarte, era palpable. No necesitaba decir si acababa de verte, se veía al primer segundo. Nos mirábamos entre nosotras y nos reíamos. Parecía un carbonero que quiere aparentar que no lo es, estando todo negro. Un molinero no necesita decir que lo es: se ve toda la harina que lleva encima, se ve aún el lugar ocupado por los sacos que ha cargado. Con Andrée ocurría lo mismo, movía las cejas como tú y después su alto cuello: en fin, no sé cómo decirte. Cuando cojo un libro que ha estado en tu alcoba, puedo leerlo fuera, pero, de todos modos, se sabe que procede de tu casa, porque conserva algo de tus inmundas fumigaciones. Es una nadería, no sé qué decirte, pero una nadería que resulta bastante grata. Siempre que alguien había hablado amistosamente de ti y había parecido hacerte mucho caso, Andrée estaba arrobada».

Pese a todo, para evitar que prepararan algo sin que yo me enterase, yo aconsejaba que dejasen por aquel día las Buttes-Chaumont y fueran, mejor, a Saint-Cloud o a otro sitio.

No es, desde luego, que yo amara —de sobra lo sabía— a Albertine lo más mínimo. El amor tal vez no sea otra cosa que la

propagación de esos remolinos que, a consecuencia de una emoción, conmueven el alma. Algunos habían conmovido mi alma entera, cuando Albertine me había hablado en Balbec de la Srta. Vinteuil, pero ahora se habían detenido. Yo ya no amaba a Albertine, pues ya no me quedaba nada del sufrimiento —ahora curado— que había sentido en el tren-tranvía, en Balbec, al enterarme de cuál había sido su adolescencia, en la que tal vez hubiera habido visitas a Montjouvain. Yo había pensado durante demasiado tiempo al respecto y ya estaba curado, pero a veces ciertas formas de hablar de Albertine me hacían suponer —no sé por qué— que debía de haber recibido en su vida, aún tan corta, muchos cumplidos, declaraciones y con gusto o, lo que es lo mismo, con sensualidad. Así, decía a propósito de cualquier cosa: «¿De verdad? ¿Lo dices en serio?». Desde luego, si hubiera dicho, como una Odette: «¿Es cierta, de verdad, esa gran mentira?», no me habría preocupado, pues la propia ridiculez de esa fórmula se habría debido a una estúpida trivialidad de talante femenino, pero su expresión interrogativa: «¿Es cierto?», daba, por una parte, la extraña impresión de un ser que no puede darse cuenta de las cosas por sí mismo, que necesita para ello nuestro testimonio, como si no contara con las mismas facultades que nosotros (le decían: «Hace una hora que nos hemos marchado» o «Llueve», y preguntaba: «¿De verdad?»). Lamentablemente, esa falta de facilidad para darse cuenta por sí misma de los fenómenos exteriores no debía de ser, por otra parte, el verdadero origen de «¿De verdad? ¿Lo dices en serio?». Parecía más bien que esas palabras habrían sido, por su nubilidad precoz, respuestas a: «Ya sabes que no he conocido nunca a nadie tan precioso como tú», «ya sabes que siento un gran amor por ti, que estoy en un estado de excitación terrible», afirmaciones a las que respondían, con una modestia coquetamente consentidora, aquellos «¿De verdad? ¿Lo dices en serio?», que ya sólo servían a Albertine para responder a una afirmación mía como ésta: «Has dormitado más de una hora», con una pregunta: «¿De verdad?».

Sin sentirme enamorado lo más mínimo de Albertine, sin hacer figurar entre los placeres los momentos que pasábamos juntos, yo seguía preocupado por su empleo del tiempo; cierto es que yo había huido de Balbec para estar seguro de que no vería a tal o cual persona con la que pudiera entregarse —temía yo— a sus malas inclinaciones, tal vez riéndose de mí, que había intentado hábilmente acabar de un solo golpe —con mi partida— con todas aquellas malas relaciones y Albertine tenía tal fuerza de pasividad, tal facultad para olvidar y someterse, que aquellas relaciones se habían acabado, en efecto, y la fobia que me atormentaba se había curado, pero ésta puede revestir tantas formas como el mal incierto que es su objeto. Mientras mis celos no se habían reencarnado en otras personas, había yo tenido, después de mis pasados sufrimientos, un intervalo de calma, pero a una enfermedad crónica el menor pretexto le sirve para renacer, como, por lo demás, al vicio de la persona que es la causa de dichos celos puede servir la menor pasión para ejercerse de nuevo —después de una tregua de castidad— con personas diferentes. Yo había podido separar a Albertine de sus cómplices y con ello exorcizar mis alucinaciones; si bien se podía hacer que olvidara a las personas, volver breves sus apegos, su gusto del placer era también crónico y tal vez sólo esperara una ocasión para darle rienda suelta. Ahora bien, París brinda tantas como Balbec.

En cualquier ciudad en la que se encontrara, Albertine no necesitaba buscar, pues el mal no estaba en ella sola, sino también en otras para quienes cualquier ocasión de placer es buena. Una mirada de una, en seguida entendida por la otra, acerca a las dos hambrientas y a una mujer hábil le resulta fácil aparentar no ver y cinco minutos después dirigirse hacia esa persona, que ha entendido y la ha esperado en una calle transversal, y con dos palabras concertar una cita. ¿Quién lo sabrá jamás? Y resultaba muy sencillo a Albertine decirme, para que continuara el asunto, que deseaba volver a ver determinado punto de los alrededores de París que le había gustado. Por eso, bastaba con que volviera demasiado

tarde, que su paseo hubiese durado un tiempo inexplicable, aunque tal vez demasiado fácil de explicar sin invocar razón sensual alguna, para que mi mal renaciese, vinculado esa vez a representaciones que no eran de Balbec y que me esforzaría por destruir, como las anteriores, como si la destrucción de una causa efímera pudiera entrañar la de un mal congénito. No me daba yo cuenta de que en aquellas destrucciones, en las que tenía de cómplice —en Albertine — su facultad para cambiar, su capacidad para olvidar, casi para odiar, el objeto reciente de su amor, causaba yo a veces un dolor profundo a tal o cual de esas personas desconocidas con quienes ella había obtenido sucesivamente placer ni de que causaba en vano ese dolor, pues serían abandonadas, pero substituidas, y, paralelamente al camino jalonado por tantos abandonos que ella cometía a la ligera, se seguiría para mí otro despiadado, apenas interrumpido por respiros muy breves; de modo, que, si hubiera reflexionado, mi sufrimiento no podía acabar sino con Albertine o conmigo. Incluso los primeros tiempos de nuestra llegada a París, insatisfecho con las informaciones que Andrée y el conductor me habían brindado sobre los paseos que daban con mi amiga, los alrededores de París me habían parecido tan crueles como los de Balbec y me había marchado unos días de viaje con Albertine, pero la incertidumbre sobre lo que ella hacía era en todas partes la misma, igualmente numerosas las posibilidades de que se tratara de sus malas inclinaciones y aún más difícil la vigilancia, por lo que había vuelto con ella a París. En realidad, al abandonar Balbec, había yo creído abandonar Gomorra, arrancar de ella a Albertine, pero Gomorra estaba —¡ay!— dispersa por los cuatro confines del mundo y, a medias por celos y a medias por ignorancia (caso que resulta muy poco común) de esos gozos, había yo decidido, sin saberlo, aquel juego del escondite en el que Albertine siempre se me escaparía.

La interrogaba de sopetón: «¡Ah! A propósito, Albertine, ¿estoy soñando? ¿No me habías dicho que conocías a Gilberte Swann?». «Sí, es decir, que me habló en clase, porque tenía los cuadernos de

Historia de Francia, estuvo muy amable incluso, me los prestó y yo se los devolví en cuanto la vi». «¿Tiene esas inclinaciones que no me gustan?». «¡Oh, no! Todo lo contrario».

Pero, en lugar de entregarme a ese tipo de charlas investigadoras, yo dedicaba con frecuencia a imaginar el paseo de Albertine las fuerzas que no empleaba para darlo y hablaba a mi amiga con ese entusiasmo que conservan intacto los proyectos no ejecutados. Expresaba tal deseo de ir a ver de nuevo determinada vidriera de la Sainte Chapelle, tal pesar por no poder hacerlo con ella sola, que ella me contestaba con ternura: «Pero, mi amor, puesto que parece gustarte tanto, haz un pequeño esfuerzo, ven con nosotras. Esperaremos todo lo que quieras, aunque sea tarde, hasta que estés listo. Por lo demás, si te divierte más estar solo conmigo, basta con devolver a Andrée a casa, ya vendrá en otra ocasión». Pero aquellos ruegos mismos para que saliera se sumaban a la calma que me permitía permanecer en casa.

Yo no pensaba en que la apatía que entrañaba descargar, así, en Andrée o en el conductor la tarea de calmar mi agitación dejándolos vigilar a Albertine anquilosaba en mí, volvía inertes, todos esos movimientos imaginativos de la inteligencia, todas esas inspiraciones de la voluntad, que ayudan a adivinar, a impedir, lo que va a hacer una persona. Era tanto más peligroso cuanto que por naturaleza el mundo de las posibilidades me ha resultado siempre más abierto que el de la contingencia real. Ayuda a conocer el alma, pero nos dejamos engañar por los individuos. Mis celos nacían en forma de imágenes, por un sufrimiento, no en virtud de una probabilidad. Ahora bien, en la vida de los hombres y en la de los pueblos puede haber —e iba a haber un día en la mía— un momento en que necesitamos tener dentro un prefecto de policía, un diplomático con ideas claras, un jefe de la seguridad, quien, en lugar de pensar en las posibilidades que encierra el espacio hasta los cuatro puntos cardinales, razona con precisión y se dice: «Si Alemania declara eso, es que se propone hacer tal otra cosa, no algo impreciso, sino muy concretamente esto o aquello, que tal vez

ya haya iniciado». «Si determinada persona ha huido, no ha sido hacia las metas *a, b, d*, sino hacia la meta *c* y el lugar en el que debemos hacer nuestras pesquisas es… etcétera». Dejé —¡ay!— que esa facultad que no estaba demasiado desarrollada en mí se embotara, perdiera sus fuerzas, despareciese al habituarme a estar tranquilo, en vista de que otros se ocupaban de vigilar por mí. En cuanto a la razón de ese deseo, me habría resultado desagradable decírsela a Albertine. Yo le decía que el médico me ordenaba guardar cama. No era cierto y, aunque lo hubiese sido, sus prescripciones no habrían podido impedirme acompañar a mi amiga. Le pedía que me permitiera no acompañarla a ella y a Andrée. Voy a decir sólo una de las razones, que se debía a la prudencia. En cuanto salía con Albertine, por poco que estuviese un instante sin mí, me sentía inquieto, me figuraba que tal vez hubiese hablado —o simplemente hubiera mirado— a alguien. Si no estaba ella de un humor excelente, yo pensaba que la obligaba a abandonar o aplazar un proyecto. La realidad es siempre un simple punto de partida hacia algo desconocido por cuya vía podemos avanzar muy poco. Vale más no saber, pensar lo menos posible, no brindar a los celos el menor detalle concreto. Lamentablemente, a falta de la vida exterior, la interior propicia también incidentes; a falta de los paseos de Albertine, los azares encontrados en las reflexiones que hacía yo solo me brindaban a veces esos pequeños fragmentos de realidad que atraen hacia sí —al modo de un amante— un poco de lo desconocido que, por esa razón, se vuelve doloroso. De nada sirve vivir bajo el equivalente de una campana neumática, las asociaciones de ideas, los recuerdos, siguen jugando.

Pero aquellos choques internos no se producían en seguida; apenas se había marchado Albertine para su paseo, cuando yo me sentía vivificado, aunque sólo fuera unos instantes, por las exaltantes virtudes de la soledad. Disfrutaba de la parte que me correspondía en los placeres del día iniciado; el deseo arbitrario —la veleidad caprichosa y puramente mía— de saborearlos no habría bastado para ponerlos a mi alcance, si el tiempo especial que hacía

no me hubiera —además de evocar sus imágenes pasadas— afirmado la realidad actual, inmediatamente accesible a todos los hombres a los que una circunstancia contingente y, por tanto, desdeñable no forzaba a permanecer en su casa. Ciertos días hermosos, hacía tanto frío, estábamos en comunicación tan intensa con la calle, que las paredes de la casa parecían haberse desunido y, siempre que pasaba el tranvía, su timbre resonaba como lo habría hecho un cuchillo de plata al golpear una casa de vidrio, pero sobre todo en mí oía yo, embriagado, un sonido nuevo producido por el violín interior. Sus cuerdas se aprietan o se distienden por simples diferencias de la temperatura, de la luz, exteriores. En nuestro ser, instrumento que la uniformidad de la costumbre ha vuelto mudo, el canto nace de esos desfases, de esas variaciones, fuente de toda música: el tiempo que hace ciertos días nos hace pasar sobre todo de una nota a otra. Recuperamos la melodía olvidada cuya necesidad matemática habríamos podido adivinar y que durante los primeros instantes cantamos sin conocerla. Sólo esas modificaciones internas, aunque procedentes del exterior, renovaban para mí el mundo exterior. Puertas de comunicación durante mucho tiempo condenadas volvían a abrirse en mi cerebro. La vida de ciertas ciudades, la alegría de ciertos paseos volvían a ocupar su lugar en mí. Estremeciéndome todo yo en torno a la cuerda vibrante, habría sacrificado mi apagada vida de otro tiempo y mi vida futura, sometidas a la goma de borrar de la costumbre, por aquel estado tan particular.

Aunque yo no había ido a acompañar a Albertine en su largo recorrido, mi mente vagabundearía aún más precisamente y, por haberme negado a saborear con mis sentidos aquella mañana, gozaba con la imaginación de todas las mañanas semejantes, pasadas o posibles, más exactamente de cierto tipo de mañanas cuya simple aparición intermitente eran todas las de la misma clase y que yo había reconocido al instante, pues el aire terso pasaba por sí solo las páginas necesarias y yo encontraba —enteramente indicado delante de mí, para que pudiera seguirlo desde mi cama—

el evangelio del día. Aquella mañana ideal colmaba mi espíritu de realidad permanente, idéntica a todas las mañanas semejantes, y me comunicaba una alegría que mi estado de debilidad no disminuía: como el bienestar es resultado mucho más de nuestra buena salud que del excedente no empleado de nuestras fuerzas, podemos alcanzarlo —tanto como aumentando éstas— limitando nuestra actividad. Aquella que desbordaba en mí y que yo mantenía en potencia en mi cama me hacía sobresaltarme, saltar interiormente, como una máquina que, al no poder cambiar de sitio, gira sobre sí misma.

Françoise venía a encender el fuego y, para que prendiera, le arrojaba algunas ramitas cuyo olor, olvidado durante todo el verano, describía en torno a la chimenea un círculo mágico en el que, al verme a mí mismo leyendo ora en Combray ora en Doncières, me sentía tan feliz permaneciendo en mi cuarto de París como si hubiera estado a punto de salir de paseo por la parte de Méséglise o de volver a ver a Saint-Loup y sus amigos de servicio en maniobras. Con frecuencia ocurre que el placer que sienten todos los hombres al repasar los recuerdos que su memoria ha coleccionado es más intenso, por ejemplo, en aquellos a quienes la tiranía del mal físico y la esperanza cotidiana de su curación privan, por una parte, de ir a buscar en la naturaleza cuadros que se parezcan a dichos recuerdos y, por otra, infunden bastante esperanza de que pronto podrán hacerlo, para permanecer respecto de ellos embargados de deseo, de apetito, y no considerarlos sólo como recuerdos, como cuadros, pero, aunque sólo hubieran podido ser eso jamás para mí y aunque hubiese podido yo, al recordarlos, volver a verlos tan sólo, de repente rehacían en mí, de mí entero, en virtud de una sensación idéntica, al niño, al adolescente, que los había visto. No sólo había habido un cambio de tiempo fuera o una modificación de olores en el cuarto, sino también una diferencia de edad en mí, una substitución personal. El olor en el aire helado de las ramitas era como un trozo del pasado, una banquisa invisible separada de un invierno antiguo que se acercaba en mi cuarto, con frecuencia

estriada, por lo demás, por determinado perfume, determinado resplandor, como en años diferentes en los que me veía sumido de nuevo, invadido, antes incluso de que los hubiera identificado, por el alborozo de esperanzas abandonadas desde hacía mucho. El sol llegaba hasta mi cama y atravesaba el tabique transparente de mi cuerpo adelgazado, me calentaba, me ponía ardiente como un cristal. Entonces me preguntaba yo —convaleciente hambriento que se alimenta ya con todos los manjares que aún le deniegan— si casarme con Albertine echaría a perder mi vida, tanto haciéndome asumir la tarea, demasiado pesada para mí, de consagrarme a otra persona como forzándome a vivir ausente de mí mismo con su continua presencia y privándome para siempre de los gozos de la soledad y no sólo de ésos. Aun no pidiendo al día otra cosa que deseos, hay algunos —los provocados no por las cosas, sino por las personas— que se caracterizan por ser individuales. Por eso, si, al levantarme de la cama, iba a apartar un momento la cortina de mi ventana, no era sólo como un músico al abrir por un instante su piano y para comprobar si en el balcón y en la calle estaba la luz del sol en el mismo diapasón exactamente que en mi recuerdo, sino también para divisar a alguna lavandera con delantal azul, a una lechera con peto y mangas de tela blanca que sostenía el gancho del que colgaban las garrafas de leche, a alguna niña rubia y orgullosa que seguía a su institutriz, una imagen, en una palabra, que las diferencias de líneas tal vez cuantitativamente insignificantes bastaban para volver tan distinta de cualquier otra como en una frase musical la diferencia de dos notas y sin cuya visión habría empobrecido mi día, al carecer de los objetivos que podía proponer a mis deseos de felicidad, pero, si bien el colmo del gozo brindado por la visión de las mujeres imposibles de imaginar *a priori* me volvía más deseables, más dignos de ser explorados, la calle, la ciudad, el mundo, por esa misma razón me infundía el deseo ardiente de curarme, de salir y ser —sin Albertine— libre. ¡Cuántas veces sufrí, en el momento en que la mujer desconocida con la que yo iba a soñar pasaba por delante de mi casa —ora a pie ora con toda la

velocidad de su automóvil— la imposibilidad de mi cuerpo para seguir a mi mirada, que la alcanzaba y —tras caer sobre ella como lanzado desde el vano de mi ventana por un arcabuz— detener la huida del rostro en el que me esperaba el ofrecimiento de una felicidad que, enclaustrado así, nunca disfrutaría!

De Albertine, en cambio, ya no tenía yo nada que aprender. Todos los días me parecía menos hermosa. Sólo el deseo que excitaba en los demás —cuando, al enterarme, empezaba a sufrir y quería disputársela— la ponía ante mí por las nubes. Era capaz de causarme sufrimiento, en modo alguno alegría. Sólo por el sufrimiento subsistía mi aburrido apego. En cuanto desaparecía —y con ella el deseo de aplacarla, que requería todo mi esmero, como una distracción atroz— sentía yo la nada que era para mí, que debía yo de ser para ella. Me sentía desdichado porque se prolongara aquella situación y a veces deseaba enterarme de algo espantoso que hubiera hecho ella y que hubiese podido —hasta que me hubiera yo curado— malquistarnos, lo que nos permitiría reconciliarnos, rehacer —diferente y más flexible— la cadena que nos tenía atados. Entretanto, yo encargaba a mil circunstancias, mil placeres, que le procuraran junto a mí la ilusión de esa felicidad que no me sentía capaz de darle. Me habría gustado, en cuanto me curara, partir para Venecia, pero ¿cómo iba a hacerlo, si me casaba con Albertine, yo, tan celoso de ella, que, incluso en París, en cuanto me decidía a moverme, era para salir con ella? E incluso cuando me quedaba en casa toda la tarde, mi pensamiento la seguía en su paseo, describía un horizonte lejano, azulado, engendraba en torno al centro que era yo una zona móvil de incertidumbre y vaguedad. «¡Cómo me evitaría Albertine», me decía yo, «las angustias de la separación, si, durante uno de aquellos paseos, al ver que yo había dejado de hablarle del matrimonio, se decidía a no volver y se marchaba a casa de su tía, sin que hubiera tenido que despedirme de ella!». Mi corazón, desde que su herida cicatrizaba, empezaba a dejar de adherirse al de mi amiga; mediante la imaginación podía desplazarla, alejarla de mí, sin sufrir.

Seguramente, a falta de mí, cualquier otro sería su esposo y ella, libre, tendría tal vez aquellas aventuras que me horrorizaban, pero hacía un tiempo tan hermoso, estaba tan seguro de que ella volvería por la noche, que, aun cuando me viniera a las mientes aquella idea de sus posibles faltas, no podía aprisionarla mediante un acto libre en una parte de mi cerebro, en la que no tenía más importancia que los vicios de una persona imaginaria en mi vida real; al poner en movimiento los goznes flexibilizados de mi pensamiento había superado —con una energía que sentía, en mi cabeza, a la vez física y mental: como un movimiento muscular y una iniciativa espiritual— el estado de preocupación habitual en que me había visto confinado hasta entonces y empezaba a moverme al aire libre, desde donde sacrificarlo todo para impedir el matrimonio de Albertine con otro y poner obstáculos a su gusto por las mujeres parecía tan poco razonable para mí mismo como para alguien que no la hubiera conocido. Por lo demás, los celos son una de esas enfermedades intermitentes cuya causa es caprichosa, imperativa, siempre idéntica en el mismo enfermo, a veces enteramente distinta en otro. Hay asmáticos que sólo calman su ataque abriendo las ventanas, respirando el viento fuerte, un aire preso en las alturas, otros refugiándose en el centro de la ciudad, en una habitación ahumada. No hay celoso cuyos celos no admitan ciertas derogaciones: uno consiente ser engañado con tal de que se lo digan, otro con tal de que se lo oculten, en lo que uno no es menos absurdo que el otro, pues, si bien el segundo es engañado más verdaderamente, en el sentido de que le ocultan la verdad, el primero reclama en esa verdad el alimento, la extensión, la renovación de sus sufrimientos.

Más aún: esas dos manías inversas de los celos superan con frecuencia las palabras, ya imploren o nieguen las confidencias. Vemos a celosos que sólo lo están de hombres con quienes su amante tiene relaciones lejos de ellos, pero permiten que se entregue a otro hombre, si es con su autorización, cerca de ellos y, ya que no delante de su vista incluso, al menos bajo su techo. Ese

caso es bastante frecuente entre los hombres de edad enamorados de una joven. Notan la dificultad para gustarle, a veces la impotencia para satisfacerla, y, antes que verse engañados, prefieren dejar que acuda a su casa, en un cuarto contiguo, alguien a quien no consideran capaz de darle malos consejos, pero sí placer. En el caso de otros, sucede todo lo contrario: al no dejar a su amante salir sola ni un minuto por una ciudad que conocen, al mantenerla en una auténtica esclavitud, le conceden permiso para marcharse durante un mes a un país que no conocen, porque no pueden imaginarse lo que hará en él. Yo tenía para con Albertine esas dos clases de manía calmante. No me habría sentido celoso, si ella hubiera disfrutado de placeres cerca de mí, alentados por mí, que habría mantenido enteramente bajo mi vigilancia, con lo que me habría evitado el miedo de la mentira; tampoco lo habría estado tal vez, si se hubiera marchado a un país bastante desconocido para mí y alejado para que no pudiese yo imaginar ni tener la posibilidad y la tentación de conocer su estilo de vida. En los dos casos la duda habría sido suprimida por un conocimiento o una ignorancia igualmente completos.

Como el declinar del día volvía a sumirme, gracias al recuerdo, en una atmósfera antigua y fresca, la respiraba con las mismas delicias que Orfeo el aire sutil, desconocido en esta Tierra, de los Campos Elíseos, pero ya se acababa el día y me invadía la desolación del anochecer. Al comprobar maquinalmente en el reloj de péndulo cuántas horas pasarían antes de que Albertine regresara, vi que disponía aún de tiempo para vestirme y bajar a pedir a mi propietaria, la Sra. de Guermantes, indicaciones sobre ciertos artículos de tocador que quería regalar a mi amiga. A veces me encontraba en el patio a la duquesa, que salía a hacer recados a pie, aun cuando hiciera mal tiempo, con un sombrero plano y un abrigo de piel. Yo sabía perfectamente que para muchas personas inteligentes no era otra cosa que una señora cualquiera, pues, ahora que ya no hay ducados ni principados, el título de duquesa de Guermantes nada significa, pero había adoptado otro punto de vista

en mi forma de disfrutar con las personas y los países. Me parecía que llevaba —aquella dama con abrigo de piel que desafiaba el mal tiempo— todos los castillos de las tierras de las que era duquesa, princesa, vizcondesa, así como los personajes esculpidos en el dintel de un pórtico sostienen en la mano la catedral que construyeron o la ciudadela que defendieron, pero sólo los ojos de mi mente podían ver aquellos castillos, aquellos bosques en la mano enguantada de la señora con abrigo de piel, prima del Rey. Los de mi cuerpo no distinguían en ella —los días en que el tiempo amenazaba— otra cosa que un paraguas con el que la duquesa no temía armarse. «Nunca se sabe, es más prudente: si me encuentro muy lejos y un coche me pide un precio demasiado *caro* para mí». Las expresiones «demasiado caro», «superar mis posibles» reaparecían todo el tiempo en la conversación de la duquesa, como también «soy demasiado pobre», sin que se pudiera discernir bien si hablaba así porque le parecía divertido decir que era pobre, siendo tan rica, o porque consideraba elegante —siendo tan aristocrática, es decir, al aparentar ser una campesina— no atribuir a la riqueza la importancia de las personas que son simplemente ricas y desprecian a los pobres. Tal vez fuera más bien una costumbre contraída en una época de su vida en la que, siendo ya rica, pero, aun así, no lo suficiente, en vista de lo que costaba el mantenimiento de tantas propiedades, tuviese algún apuro económico y no quisiera parecer que disimulaba. Por lo general, las cosas de las que con más frecuencia se habla bromeando son, al contrario, las que preocupan, pero con las que no queremos parecer preocupados, tal vez con la esperanza no confesada de contar con la ventaja suplementaria de que precisamente la persona con quien hablamos, al oírnos bromear al respecto, crea que no es verdad.

Pero la mayoría de las veces sabía que a aquella hora encontraría a la duquesa en su casa y me alegraba de ello, pues era más cómodo para pedirle por extenso las informaciones deseadas por Albertine, y bajaba sin pensar casi en lo extraordinario de que tan sólo fuera a la casa de aquella misteriosa duquesa de

Guermantes de mi infancia a fin de utilizarla para una simple comodidad práctica, como se hace con el teléfono, instrumento sobrenatural ante cuyos milagros nos maravillábamos en tiempos y ahora usamos, sin siquiera pensarlo, para mandar venir al sastre o encargar un helado.

Las chucherías de adorno daban mucho placer a Albertine. Yo no sabía negarme a darle uno nuevo todos los días y siempre que ella me había hablado con arrobo de un chal, una estola, una sombrilla, que por la ventana o al pasar por el patio había visto —con sus ojos, que distinguían al instante todo lo relativo a la elegancia— en el cuello, los hombros, la mano de la Sra. de Guermantes y sabiendo que el gusto naturalmente difícil de la muchacha, aguzado aún más por las lecciones de elegancia que le había brindado la conversación de Elstir, en modo alguno se sentiría satisfecho por una simple aproximación, aun de algo bonito, que lo substituyera a juicio del vulgo, pero difiriese enteramente, iba en secreto a que la duquesa me explicara dónde, cómo, con qué modelo, habían confeccionado lo que había gustado a Albertine, qué debía yo hacer para obtener exactamente eso, en qué consistía el secreto del artífice, el encanto —lo que Albertine llamaba «el tono», «el estilo»— de su hacer, el nombre preciso —pues la belleza de la materia tiene su importancia— y la calidad de las telas que debía encargar.

Cuando, a nuestra llegada a Balbec, había yo dicho a Albertine que la duquesa de Guermantes vivía enfrente de nosotros, en el mismo palacete, ella había adoptado —al oír título y nombre tan distinguidos— aquella expresión —más que indiferente, hostil, desdeñosa— que es la señal del deseo impotente en los caracteres orgullosos y apasionados. Por mucho que el de Albertine fuera magnífico, las cualidades que encerraba sólo podían desarrollarse en medio de esas trabas que son nuestros gustos o de ese duelo por aquellos a los que nos hemos visto obligados a renunciar —como en el caso de Albertine el esnobismo—: los que reciben el nombre de odios. El de Albertine para con las personas de mundo

ocupaba, por lo demás, poco lugar en ella y me gustaba por su faceta de espíritu revolucionario —es decir, amor desgraciado de la nobleza— inscrito en la cara opuesta del carácter francés, en el que figura el tipo aristocrático de la Sra. de Guermantes. Ese tipo aristocrático a Albertine —por imposibilidad de alcanzarlo— tal vez no le habría interesado, pero, al recordar que Elstir le había hablado de la duquesa como de la mujer de París que mejor se vestía, el desdén republicano para con una duquesa quedó substituido en mi amiga por el vivo interés por una elegante. Con frecuencia me pedía informaciones sobre la Sra. de Guermantes y le gustaba que yo fuera a buscar en casa de la duquesa consejos para ella sobre el vestuario. Seguramente habría podido yo pedírselos a la Sra. Swann e incluso le escribí una vez al respecto, pero la Sra. de Guermantes me parecía extremar aún más el arte de vestirse. Si, al bajar un momento a su casa, tras haberme asegurado de que no había salido y haber pedido que me avisaran en cuanto Albertine hubiera regresado, me encontraba a la duquesa nublada con la bruma de un vestido de crespón de China gris, aceptaba aquel aspecto, debido —lo sentía yo— a causas complejas y que no se habría podido cambiar, me dejaba invadir por la atmósfera que desprendía, como el fin de ciertas tardes enguatadas en gris perla por una niebla vaporosa; si, al contrario, la bata era china con llamas amarillas y rojas, yo la contemplaba como una puesta de sol que se enciende; aquella vestimenta no era un decorado cualquiera, substituible a voluntad, sino una realidad dada y poética como la del tiempo que hace, como la luz especial de cierta hora.

De todos los vestidos o batas que llevaba la Sra. de Guermantes, los que parecían deberse más a una intención determinada, estar provistos de un significado especial, eran los que Fortuny había hecho a partir de antiguos dibujos de Venecia. ¿Será su carácter histórico o más bien el hecho de que cada uno de ellos es único lo que les infunde un carácter tan particular, que la postura de la mujer que los lleva mientras nos espera, mientras charla con nosotros, adquiere una importancia excepcional, como si ese traje

hubiese sido el fruto de una larga deliberación y como si esa conversación estuviera separada de la vida corriente como una escena de novela? En las de Balzac se ve a heroínas que se ponen a propósito tal o cual atuendo, el día en que van a recibir a determinado visitante. Los atuendos de hoy no tienen tanto carácter, a excepción de los vestidos de Fortuny. En la descripción del novelista no puede subsistir ninguna vaguedad, puesto que ese vestido existe realmente y hasta los menores dibujos están tan naturalmente determinados como los de una obra de arte. Antes de ponerse éste o aquél, la mujer ha tenido que elegir entre dos vestidos no casi iguales, sino profundamente individuales cada uno de ellos y que podrían recibir un nombre.

Pero el vestido no me impedía pensar en la mujer. La Sra. de Guermantes me pareció en aquella época más agradable incluso que en la época en que aún la amaba. Al esperar menos de ella, pues ya no iba a ver por ella misma, la escuchaba casi con la tranquilidad descarada que tenemos cuando estamos solos, con los pies sobre los morillos de la chimenea, así como habría leído un libro escrito en el lenguaje de antaño. Tenía la suficiente libertad mental para saborear en lo que ella decía esa gracia francesa tan pura, que ya no encontramos ni en el habla ni en los escritos de la época actual. Escuchaba yo su conversación como una canción popular deliciosamente francesa, comprendía haberla oído burlarse de Maeterlinck —al que, por lo demás, admiraba ella ahora por debilidad espiritual de mujer sensible a esas modas literarias cuyos rayos llegan con retraso— así como comprendía que Merimée se burlara de Baudelaire, Stendhal de Balzac, Paul-Louis Courier de Victor Hugo y Meilhac de Mallarmé. Comprendía yo perfectamente que el burlón tenía un pensamiento más limitado que el de aquel de quien se burlaba, pero también un vocabulario más puro. El de la Sra. de Guermantes, casi tanto como el de la madre de Saint-Loup, lo era en un grado hechizador. No es precisamente en los escritores de hoy, que dicen *de hecho* (por *en realidad*), *singularmente* (por *en particular*), *asombrado* (por *presa del estupor*), etcétera, etcétera, en

los que encontramos el antiguo lenguaje y la verdadera pronunciación de las palabras, sino hablando con una Sra. de Guermantes o una Françoise. Ya a la edad de cinco años, había aprendido yo, gracias a esta última, que no se pronuncia Tarn, sino Tar, ni Béarn, sino Béar, por lo que a los veinte años, cuando entré en la alta sociedad, no tuve que aprender a no decir, como la Sra. Bontemps: la Sra. de Béarn.

Mentiría, si dijera que la duquesa no tenía conciencia de aquella faceta rural y casi campesina que conservaba y no la mostraba con cierta afectación, pero, por su parte, se trataba menos de falsa sencillez de gran señora que se las da de campesina y orgullo de duquesa que se burla de las señoras ricas desdeñosas de los campesinos, a quiénes no conocen, que de gusto casi artístico de una mujer que conoce el encanto de lo que posee y no va a estropearlo con un enlucido moderno. Del mismo modo, todo el mundo ha conocido en Dives al propietario normando de *Guillermo el Conquistador*, que se había abstenido —cosa muy poco común— de dotar a su hostal del lujo moderno de un hotel y que, aun siendo millonario, a su vez, conservaba el habla, la blusa de un campesino normando y te dejaba verlo hacer en persona en la cocina, como en el campo, una cena que no por ello dejaba de ser infinitamente mejor y aún más cara que en los mayores palacios.

Toda la savia local que hay en las antiguas familias aristocráticas no basta, es necesario que nazca en ellas un ser lo bastante inteligente para no desdeñarla, para no borrarla bajo el barniz mundano. La Sra. de Guermantes, pese a ser, por desgracia, ingeniosa y parisina y a no conservar, cuando la conocí, de su terruño otra cosa que el acento, había logrado al menos, cuando quería describir su vida de niña, para su lenguaje uno de esos términos medios —entre lo que habría parecido demasiado involuntariamente provinciano o, al contrario, artificialmente letrado — a los que deben su atractivo *La pequeña Fadette* de George Sand o ciertas leyendas transmitidas por Chateaubriand en las *Memorias de ultratumba*. Lo que a mí me daba placer sobre todo era

oírla contar alguna historia en la que aparecían campesinos con ella. Los nombres antiguos, las antiguas costumbres, hacían que esos paralelismos entre el castillo y la aldea resultaran bastante sabrosos. Cierta aristocracia, al permanecer en contacto con las tierras en las que era soberana, sigue siendo regional, por lo que las palabras más sencillas hacen desplegarse ante nosotros todo un mapa histórico y geográfico de la historia de Francia.

Si no había la menor afectación, la menor voluntad de fabricar un lenguaje propio, esa forma de hablar era un auténtico museo de historia de Francia mediante la conversación. «Mi tío abuelo Fitt-jam» no resultaba extraño, pues sabido es que los Fitz-James proclaman que son grandes señores franceses y no quieren que se pronuncie su nombre a la inglesa. Por lo demás, resultaba admirable la conmovedora docilidad con que personas que habían creído hasta entonces deber aplicarse para pronunciar gramaticalmente ciertos nombres, se atenían de pronto —tras haber oído a la duquesa de Guermantes decirlos de otro modo— a la pronunciación que no habían podido sospechar. Así, la duquesa, como un bisabuelo suyo había estado junto a Chambord, gustaba —para pinchar a su marido por haberse vuelto orleanista— de proclamar: «Nosotros, los viejos de Frochedorf». El visitante que había creído acertar al decir hasta entonces «Frohsdorf» cambiaba de casaca a toda prisa y no cesaba de decir «Frochedorf».

Una vez en que pregunté a la Sra. de Guermantes quién era un joven exquisito al que me había presentado como su sobrino y cuyo nombre había oído yo mal, no lo distinguí mejor, cuando, desde el fondo de su garganta, la duquesa emitió muy fuerte, pero sin articular, estas palabras: «Es el… ño Léon, hermano de Robert. Afirma tener la forma del cráneo de los antiguos galos». Entonces comprendí lo que había dicho: es el pequeño Léon (el príncipe de Léon, cuñado, en efecto, de Robert de Saint-Loup). «En todo caso, no sé si tiene ese cráneo», añadió, «pero su forma de vestirse —muy elegante, por lo demás— no es de allí. Un día en que —de Josselin, donde me encontraba en casa de los Rohan— habíamos

ido a un peregrinaje, habían acudido campesinos de casi todas las partes de Bretaña. Un aldeano larguirucho de Léon miraba con asombro los pantalones cortos y de color beis del cuñado de Robert. “¿Por qué me miras así? Me apuesto algo a que no sabes quién soy”, le dijo Léon y, como el campesino decía que no, añadió: “Pues, mira, soy tu príncipe”. “¡Ah!”, respondió el campesino, al tiempo que se descubría y se disculpaba, “lo había tomado por un ‘inglis’”». Y, si, aprovechando ese punto de partida, incitaba yo a la Sra. de Guermantes a extenderse sobre los Rohan, con quienes su familia se había unido a menudo por casamiento, su conversación se impregnaba un poco del encanto melancólico de los perdones y, como diría ese auténtico poeta que es Pampille, «del áspero sabor de las hojuelas de trigo negro tostadas sobre un fuego de aulagas».

Del marqués de Lau —cuyo triste fin es sabido, cuando, estando ya sordo, se hacía llevar a casa de la Sra. H***, ciega— contaba los años menos trágicos, cuando en Guermantes, después de la caza, se ponía en zapatillas para tomar el té con el rey de Inglaterra, del que no se consideraba inferior y con el cual, como se ve, no se andaba con miramientos. La duquesa lo comentaba con tanto pintoresquismo, que le añadía el penacho a la mosquetera de los gentilhombres un poco gloriosos de Périgord.

Por lo demás, incluso en la simple calificación de las personas, procurar diferenciar las provincias era para la Sra. de Guermantes, fiel a sí misma, un gran encanto que nunca habría podido tener una parisina de origen y aquellos simples nombres de Anjou, Poitou, Périgord, reconstruían paisajes en su conversación.

Volviendo a la pronunciación y al vocabulario de la Sra. de Guermantes, con esa faceta es con la que la nobleza se muestra en verdad conservadora, con todo lo que da a esa palabra un cariz un poco pueril, un poco peligroso, refractario a la evolución, pero también divertido para el artista. Yo quería saber cómo se escribía en otro tiempo la palabra Jean. Lo supe al recibir una carta del sobrino de la Sra. de Villeparisis, quien firma —como lo bautizaron y figura en el Gotha— Jehan de Villeparisis, con la misma —y

hermosa— *h* inútil, heráldica, tal como la admiramos, coloreada de bermellón o de azul de ultramar, en un libro de horas o en una vidriera.

Por desgracia, yo no tenía tiempo de prolongar indefinidamente aquellas visitas, pues no quería, en la medida de lo posible, volver después que mi amiga. Ahora bien, nunca podía obtener de la Sra. de Guermantes, salvo con cuentagotas, las informaciones sobre sus atuendos que me resultaban útiles para encargar atuendos del mismo estilo —en la medida en que una muchacha puede llevarlos— para Albertine.

«Por ejemplo, señora mía, el día en que iba usted a cenar en casa de la Sra. de Saint-Euverte antes de ir a casa de la princesa de Guermantes, llevaba usted un vestido totalmente rojo, con zapatos rojos, estaba usted insólita, parecía como una gran flor de sangre, un rubí en llamas, ¿cómo se llamaba? ¿Podría ponérselo una muchacha?».

La duquesa, infundiendo a su rostro cansado la radiante expresión que ponía la princesa Des Laumes cuando Swann le hacía cumplidos en tiempos, miró riéndose hasta saltársele las lágrimas, con aire burlón, inquisitivo y embelesado, al Sr. de Bréauté, quien siempre estaba allí a aquella hora y hacía templar bajo su monóculo una sonrisa indulgente por aquel guirigay del intelectual, dada la exaltación física de joven que le parecía ocultar. La duquesa parecía decir: «¿Qué le pasa? Está loco». Después, volviéndose hacia mí con expresión mimosa: «No sabía yo que pareciese un rubí en llamas o una flor de sangre, pero recuerdo, en efecto, que tuve un vestido rojo: era de raso rojo, como el que se hacía en aquella época. Sí, una muchacha puede llevarlo, si no hay más remedio, pero me había dicho usted que la suya no salía de noche. Es un vestido de gran gala, no puede ponérselo para hacer visitas».

Lo extraordinario es que de aquella velada —al fin y al cabo no tan antigua— la Sra. de Guermantes sólo recordara su atuendo y hubiera olvidado algo que, sin embargo, debería —como veremos—

haberle interesado mucho. Parece que en las personas de acción —y las de la alta sociedad lo son: minúsculas, microscópicas, pero, en fin, personas de acción— la mente, agotada por tener puesta la atención en lo que ocurrirá dentro de una hora, confía muy poco a la memoria. Con mucha frecuencia, por ejemplo, no era por dar el pego y parecer no haberse equivocado por lo que el Sr. de Norpois, cuando se le hablaba de pronósticos que había emitido respecto de una alianza alemana que ni siquiera había llegado a materializarse, decía: «Debe de estar usted en un error, no lo recuerdo en absoluto, eso no parece cosa mía, pues en esa clase de conversaciones me muestro siempre muy lacónico y nunca habría predicho el éxito de una de esas hazañas que con frecuencia son simples cabezonadas y suelen degenerar en abuso de autoridad. Resulta innegable que en un futuro lejano se podría hacer un acercamiento francoalemán, que sería muy provechoso para los dos países y del que Francia no saldría perjudicada, creo yo, pero nunca he hablado de ello, porque la pera no está aún madura y, si quiere usted que le dé mi opinión, al pedir a nuestros antiguos enemigos que se desposen con nosotros en justas nupcias, creo que iríamos derechos a un gran fracaso y lo único que conseguiríamos serían malas jugadas». Al decir eso, el Sr. de Norpois no mentía, había olvidado simplemente. Por lo demás, olvidamos muy pronto lo que no hemos pensado a fondo, lo que nos ha dictado la imitación, las pasiones circundantes. Éstas cambian y con ellas se modifica nuestro recuerdo. Más aún que los diplomáticos, los políticos no recuerdan el punto de vista en el que se situaron en determinado momento y algunas de sus palinodias se deben menos a un exceso de ambición que a una falta de memoria. En cuanto a la gente de mundo, recuerda poco.

La Sra. de Guermantes sostuvo no recordar que en la velada en la que llevaba un vestido rojo había estado la Sra. de Chaussepierre y que yo me equivocaba sin lugar a dudas. Ahora bien, ¡Dios sabe, sin embargo, lo mucho que el duque e incluso la duquesa habían pensado después en los Chaussepierre! Vamos a ver la razón. El Sr. de Guermantes era el más antiguo vicepresidente del Jockey,

cuando murió el presidente. Algunos miembros del club que carecen de relaciones y sólo disfrutan votando con bolas negras contra quienes no los invitan hicieron campaña contra el duque de Guermantes, quien —seguro como estaba de ser elegido y bastante dejado respecto de aquella presidencia, que era poca cosa en comparación con su situación mundana— no se ocupó de nada. Adujeron que la duquesa era dreyfusista —y eso que el caso Dreyfus había acabado hacía mucho, pero veinte años después se seguía hablando de él y ella sólo lo era desde hacía dos años— y recibía a los Rothschild y que desde hacía un tiempo se favorecía demasiado a grandes potentados internacionales, como el duque de Guermantes, a medias alemán. La campaña encontró un terreno muy favorable, los clubes siempre envidian mucho a las personas que están en primer plano y detestan las grandes fortunas. La de Chaussepierre no era pequeña, pero nadie podía ofenderse por ello: no gastaba ni un céntimo, el piso del matrimonio era modesto, la mujer iba vestida con lana negra. Loca por la música, daba muchas fiestecitas vespertinas a las que se invitaba a más cantantes que en casa de los Guermantes, pero nadie hablaba de ellas, se celebraban —sin refrescos e incluso con el marido ausente— en la obscuridad de la Rue de la Chaise. En la Ópera, la Sra. de Chaussepierre pasaba inadvertida, siempre con personas cuyo nombre evocaba el medio más «ultra» de la intimidad de Carlos X, pero desdibujadas, poco mundanas. El día de la elección, para sorpresa general, la obscuridad triunfó sobre el deslumbramiento: Chaussepierre, segundo vicepresidente, fue nombrado presidente del Jockey y el duque de Guermantes se quedó en la estacada, es decir, como primer vicepresidente. Cierto es que ser presidente del Jockey no representa gran cosa para príncipes de primer rango, como eran los Guermantes, pero no serlo cuando te toca, ver preferido a un Chaussepierre —a cuya esposa no sólo no devolvía Oriane el saludo dos años antes, sino que, además, llegaba hasta el extremo de mostrarse ofendida al ser saludada por aquel murciélago desconocido— era duro para el duque. Afirmaba estar por encima

de aquel fracaso y aseguraba, por lo demás, que lo debía a su antigua amistad con Swann. En realidad, no cabía en sí de cólera. Cosa bastante particular: nunca se había oído al duque de Guermantes emplear la expresión, bastante trivial, «lisa y llanamente», pero desde la elección del Jockey, en cuanto se hablaba del caso Dreyfus, surgía «lisa y llanamente»: «Caso Dreyfus, caso Dreyfus, es fácil decirlo y es un término inapropiado; no es un asunto de religión, sino *lisa y llanamente* un asunto político». Podían pasar cinco años sin que se oyera «lisa y llanamente», si durante ese tiempo no se hablaba del caso Dreyfus, pero, si, pasados los cinco años, volvía el nombre de Dreyfus, al instante llegaba sin falta «lisa y llanamente». Por lo demás, el duque ya no podía soportar que se hablara de aquel asunto «que ha causado», decía, «tantos males», si bien él sólo era en verdad sensible a uno solo: su fracaso en la presidencia del Jockey.

Por eso, la tarde de la que hablo y en la que recordé a la Sra. de Guermantes el vestido rojo que llevaba a la velada de su prima, el Sr. de Bréauté tuvo una acogida bastante mala, cuando —queriendo decir algo, por una asociación de ideas que permaneció obscura y no reveló—, comenzó haciendo maniobrar la lengua en la punta de su boca de pitiminí, así: «A propósito del caso Dreyfus…». (¿Por qué del caso Dreyfus? Se trataba simplemente de un vestido rojo y el pobre Bréauté, que nunca pensaba en otra cosa que en agradar, no tenía —cierto es— la menor intención maliciosa), pero el simple nombre de Dreyfus hizo fruncir las jupiterinas cejas del duque de Guermantes. «Me han contado», dijo Bréauté, «una ocurrencia bastante buena, muy fina, la verdad, de nuestro amigo Cartier» (¡avisemos al lector de que ese Cartier, hermano de la Sra. de Villefranche, no tenía la menor relación con el joyero del mismo nombre!), «cosa que, por lo demás, no me extraña, pues tiene ingenio para dar y tomar». «Pues a mí», interrumpió Oriane, «no me hace gracia precisamente. No puede usted imaginarse lo que su Cartier me ha *fastidiado* siempre y nunca he podido comprender el encanto infinito que Charles de la Trémoïlle y su mujer ven en ese

pelmazo al que me encuentro en su casa siempre que voy». «Mi ’uerida du’uesa», respondió Bréauté, quien tenía dificultad para pronunciar las *q*, «me parece usted muy severa con ’artier. Cierto es que tal vez se haya aposentado excesivamente en casa de los La Trémoïlle, pero, en fin, para Charles es —¿’ómo lo diría yo?— ’omo un fiel Acate, ’osa que ha llegado a ser muy po’o ’omún en los tiempos que ’orren. En todo ’aso, ésta es la o’urrencia ’ue me han ’ontado. Al parecer, ’artier dijo ’ue, si el Sr. Zola había intentado ser procesado y ’ondenado, era para probar una sensación que no ’onocía aún: la de estar en la ’árcel». «Por eso se dio a la fuga antes de ser detenido», interrumpió Oriane. «Eso no se tiene en pie. Por lo demás, aun cuando fuera verosímil, me parece una ocurrencia totalmente idiota. ¡Si eso es lo que le parece ingenioso a usted!». «Dios mío, mi ’uerida Oriane», respondió Bréauté, quien, al ver que le llevaban la contraria, empezaba a dar marcha atrás, «no es una o’urrencia mía, se la repito tal ’omo me la ’ontaron, tómela por lo ’ue vale. En todo ’aso, fue el motivo por el ’ue ’artier fue reprendido ’on firmeza por ese excelente La Trémoïlle, ’uien con mucha razón no ’uiere ’ue se hable en su salón de lo ’ue podríamos llamar —¿’ómo diría yo?— los asuntos en ’urso y que se sentía tanto más ’ontrariado ’uanto ’ue estaba presente la Sra. de Alphonse Rothschild. ’artier tuvo ’ue soportar una auténtica reprimenda de La Trémoïlle». «Claro está», dijo el duque de muy mal humor, «los Alphonse Rothschild, aunque tienen tacto para nunca hablar de ese abominable caso, son dreyfusistas en el alma, como todos los judíos. Se trata incluso de un argumento *ad hominem*» (el duque empleaba un poco a tontas y a locas la expresión *ad hominem*) «que no se esgrime lo suficiente para mostrar la mala fe de los judíos. Si un francés roba, asesina, no me siento obligado, porque sea francés como yo, a considerarlo inocente, pero los judíos nunca admitirán que uno de sus conciudadanos sea un traidor, aunque lo sepan perfectamente, y les preocupan muy poco las espantosas repercusiones» (el duque pensaba, naturalmente, en la maldita elección de Chaussepierre) «que el crimen de uno de los suyos

puede tener hasta… A ver, Oriane, no me negarás que es abrumador para los judíos que todos ellos apoyen a un traidor. No me negarás que es porque son judíos». «Huy, Dios mío, sí», respondió Oriane (quien sentía, junto con cierta irritación, cierto deseo de oponer resistencia al Júpiter tonante y también de dar a entender que «la inteligencia» estaba por encima del caso Dreyfus), «pero tal vez sea precisamente porque, al ser judíos y conocerse a sí mismos, saben que se puede ser judío y no ser forzosamente traidor y antifrancés, como afirma, al parecer, el Sr. Drumont. Desde luego, si hubiera sido cristiano, los judíos no se habrían interesado por él, pero lo han hecho porque notan perfectamente que, si no fuese judío, no se lo habría considerado tan fácilmente traidor "*a priori*", como diría mi sobrino Robert». «Las mujeres no entienden nada de política», exclamó el duque, mientras miraba fijamente a los ojos a la duquesa, «pues ese crimen atroz no es simplemente una causa judía, sino *lisa y llanamente* un inmenso asunto nacional que puede granjear las más espantosas consecuencias a Francia, de la que habría que expulsar a todos los judíos, si bien reconozco que las sanciones adoptadas hasta ahora no han ido (de una forma innoble y que se debería revisar) dirigidas contra ellos, sino contra sus adversarios más eminentes, contra hombres de primer orden, a quienes, para desgracia de nuestro país, se ha dejado apartados».

Yo sentía que aquello iba a acabar mal y volví precipitadamente a hablar de vestidos.

«¿Recuerda usted, señora mía», dije, «la primera vez en que estuvo usted amable conmigo?». «La primera vez en que estuve amable con él», repitió riendo y mirando al Sr. de Bréauté, a quien se le afinaba la punta de la nariz y se le enternecía la sonrisa por cortesía para con la Sra. de Guermantes y cuya voz de cuchillo en pleno afilado emitió algunos sonidos imprecisos y herrumbrosos. «Llevaba usted un vestido amarillo con grandes flores negras». «Pero, querido, es lo mismo: son vestidos de noche». «¡Y el sombrero de acianos que tanto me gustó! Pero, en fin, todo eso es retrospectivo. Me gustaría encargar para esa muchacha un abrigo

de piel como el que llevaba usted ayer por la mañana. ¿Sería posible para mí verlo?». «No, Hannibal tiene que marcharse dentro de un instante. Venga conmigo y mi doncella le enseñará todo eso. Sólo, que no tengo inconveniente en prestarle todo lo que quiera, pero, querido, si encarga usted atuendos de Callot, de Doucet, de Paquin a humildes costureras, nunca será lo mismo». «Pero si no quiero en modo alguno ir a encargarlo a una humilde costurera, sé perfectamente que no será lo mismo, pero me interesaría comprender por qué no». «Pero sabe usted perfectamente que yo no sé explicarme, soy tonta de remate, hablo como una campesina. Es una cuestión de habilidad manual, de maña; en el caso de los abrigos de piel, puedo al menos darle una nota para mi peletero, que no le robará, pero ya sabe que, aun así, le costará ocho o nueve mil francos». «¿Y esa bata, oscura, vellosa, moteada, estriada de oro, como un ala de mariposa, que llevaba usted la otra noche y que huele tan mal?». «¡Ah! Ésa es una bata de Fortuny. Esa muchacha de usted puede perfectamente ponerse eso en casa. Tengo muchas, voy a enseñárselas, puedo regalarle alguna incluso, si le hace ilusión, pero sobre todo me gustaría que viera usted la de mi prima Talleyrand. Tengo que escribirle para que me la preste». «Pero llevaba usted también unos zapatos muy bonitos, ¿eran también de Fortuny?». «No, ya sé a lo que se refiere usted: es cabritilla dorada que encontramos en Londres, estando de compras con Consuelo de Manchester. Era extraordinaria. Nunca he entendido cómo podía ser dorada, parecía una piel de oro. No hay nada como eso, con un diamantito en el centro. La pobre duquesa de Manchester murió, pero, si le hace ilusión, escribiré a la Sra. de Warwick o a la Sra. Marborough para intentar encontrar otras iguales. Me pregunto incluso si no tengo aún piel de ésa. Tal vez se podría encargar aquí. Miraré esta noche, ya se lo diré».

Como yo intentaba, en la medida de lo posible, despedirme de la duquesa antes de que Albertine hubiera regresado, con frecuencia, por la hora, me encontraba en el patio, al salir de la casa de la Sra. de Guermantes, al Sr. de Charlus y a Morel, que iban a tomar el té

en casa de… Jupien, ¡favor supremo para el barón! No me los cruzaba todos los días, pero iban todos los días. Por lo demás, resulta digno de mención que la constancia de una costumbre suele estar en relación con su carácter absurdo. Por lo general se suelen hacer las cosas clamorosas con intermitencias, pero las vidas insensatas, en las que el maníaco se priva a sí mismo de todos los placeres y se inflige los mayores males, son las que menos cambian. Si hubiéramos tenido la curiosidad, cada diez años encontraríamos al desdichado durmiendo a horas en las que podría vivir, saliendo a horas en las que no se puede hacer otra cosa que dejarse asesinar por la calle, tomando bebidas heladas cuando tiene calor, siempre curándose un constipado. Bastaría un pequeño arranque enérgico, un solo día, para cambiar todo eso de una vez por todas, pero precisamente esas vidas suelen ser privativas de personas carentes de energía. Los vicios son otro aspecto de esas existencias monótonas que la voluntad bastaría para volver menos atroces. Cuando el Sr. de Charlus iba todos los días, junto con Morel, a tomar el té en casa de Jupien, se podían tener en cuenta los dos aspectos. Una sola borrasca había ensombrecido aquella costumbre cotidiana. La sobrina del chalequero había dicho un día a Morel: «Sí, muy bien, venga mañana y le pagaré el té»; el barón había considerado —y con motivo— aquella expresión muy vulgar tratándose de una persona a la que pensaba casi aceptar como nuera, pero, como le gustaba herir y se embriagaba con su propia cólera, en lugar de rogar simplemente a Morel que diese una lección de elegancia al respecto, todo el regreso había sido una serie de escenas violentas. Con el tono más insolente, más orgulloso, había dicho: «Entonces, ¿el “toqueteo”, que, como se ve, no va forzosamente unido al “tacto”, ha impedido en ti el desarrollo normal del olfato, ya que has tolerado que esa fétida expresión de pagar el té —unos quince céntimos, supongo— hiciera subir su olor a desagüe hasta las regias ventanas de mi nariz? Cuando has acabado un solo de violín, ¿has visto alguna vez que en mi casa te recompensaran con un pedo, en lugar de un aplauso frenético o un

silencio más elocuente aún, porque nace del miedo a no poder retener —no lo que tu prometida nos prodiga precisamente, sino— el sollozo que has hecho salir hasta el borde de los labios?».

Cuando un funcionario ha recibido semejantes reproches de su jefe, resulta destituido sin falta el día siguiente. Nada habría sido, al contrario, más cruel para el Sr. de Charlus que despedir a Morel y, temiendo incluso haber llegado demasiado lejos, se puso a hacer elogios minuciosos de la muchacha, rebosantes de gusto, involuntariamente salpicados de impertinencias. «Es encantadora. Como eres músico, creo que te ha seducido por su hermosísima voz en las notas altas, en las que parece alcanzar el acompañamiento de tu *si* sostenido. Su registro grave me gusta menos, lo que debe estar relacionado con el triple comienzo de su cuello, extraño y fino, que parece acabarse y vuelve a alzarse; en ella, más que detalles mediocres, la silueta es lo que me agrada y, como es costurera y debe saber usar las tijeras, tendrá que recortarme su bonita figura en papel».

Charlie había escuchado tanto menos aquellos elogios cuanto que nunca había advertido los atractivos que celebraban en su prometida, pero respondió al Sr. de Charlus: «De acuerdo, querido, ¡le echaré una bronca para que no vuelva a hablar así!». Si Morel decía, así, «querido» al Sr. de Charlus, no era porque el apuesto violinista ignorara que apenas tenía la tercera parte de la edad del barón. No lo decía tampoco como lo habría hecho Jupien, sino con una sencillez que en ciertas relaciones postula que la supresión de las diferencias de edad ha precedido tácitamente a la ternura: la fingida en Morel; en otros, la sincera. Así, hacia aquella época, el Sr. de Charlus recibió una carta de este tenor: «Mi querido Palamède, ¿cuándo te veré? Te echo mucho de menos y pienso con frecuencia en ti, *etcétera*. Tuyo, PIERRE». El Sr. de Charlus se devanó los sesos para averiguar cuál de sus parientes, quien debía conocerlo mucho y, aun así, él no reconocía su letra, se permitía escribirle con semejante familiaridad. Todos los príncipes a los que el Almanaque de Gotha dedica algunas líneas desfilaron durante varios días por el

cacumen del Sr. de Charlus. Al fin, de repente, una dirección escrita en el reverso lo aclaró: el autor de la carta era el botones de un club de juego al que a veces iba el Sr. de Charlus. Aquel botones no había considerado descortés escribir en ese tono al Sr. de Charlus, a quien, al contrario, tenía en gran concepto, pero pensaba que no habría estado bien no tutear a alguien que lo había besado varias veces y con ello le había dado —se imaginaba con su ingenuidad— su afecto. El Sr. de Charlus se sintió, en el fondo, encantado con aquella familiaridad. Incluso acompañó al Sr. de Vaugoubert a la salida de una reunión vespertina para poder enseñarle la carta y, sin embargo, Dios sabe que al Sr. de Charlus no le gustaba salir con el Sr. de Vaugoubert, pues éste, con el monóculo en el ojo, miraba en todas las direcciones a los jóvenes que pasaban. Más aún: por sentirse emancipado cuando estaba con el Sr. de Charlus, empleaba un lenguaje que el barón detestaba. Ponía en femenino todos los nombres de hombres y, como tenía muy pocas luces, se imaginaba esa broma muy ingeniosa y no cesaba de reírse a carcajadas. Como, al mismo tiempo, le importaba mucho su cargo diplomático, los deplorables y sarcásticos modales de que daba muestras resultaban perpetuamente interrumpidos por el canguelo que le daba en el mismo momento el paso de personas de mundo, pero sobre todo de funcionarios. «A esa telegrafista tan mona», decía, al tiempo que tocaba con el codo al barón, ceñudo, «la conocí yo, pero ha sentado cabeza, ¡la malvada! ¡Oh! Ese repartidor de las *Galeries Lafayette*, ¡qué maravilla! ¡Huy, Dios mío, ahí va el Director de Asuntos Comerciales! ¡Espero que no haya notado mi gesto! Sería capaz de contárselo al ministro, quien me pondría en situación de disponible, sobre todo porque, al parecer, “entiende”». El Sr. de Charlus no podía contener su rabia. Por fin, para acortar aquel paseo que lo exasperaba, se decidió a sacar la carta y dársela a leer al embajador, pero le recomendó discreción, pues fingía que Charlie estaba celoso para poder hacer creer que lo amaba. «Ahora bien», añadió con impagable expresión de bondad, «hay que procurar siempre causar el menor sufrimiento posible».

Antes de volver a la tienda de Jupien, el autor desea decir lo mucho que lo entristecería que el lector se ofendiera con descripciones tan extrañas. Por una parte resulta —y se trata de lo menos importante— que la aristocracia parece en este libro más acusada, proporcionalmente, de degeneración que las otras clases sociales. Aunque así fuera, no habría razón para el asombro. Las más viejas familias acaban confesando, en una nariz roja y corcovada, en una barbilla deformada, señales específicas en las que cada cual admira la «raza», pero entre esos rasgos persistentes y sin cesar agravados hay algunos que no son visibles: se trata de las tendencias y los gustos.

Una objeción más grave, si tuviera fundamento, sería la de que todo eso nos es ajeno y hay que obtener la poesía de la verdad más próxima. El arte extraído de la realidad más familiar existe, en efecto, y su ámbito tal vez sea el mayor, pero no por ello deja de ser cierto que un gran interés y a veces belleza puede nacer de acciones resultantes de una mentalidad tan alejada de todo lo que sentimos, de todo lo que creemos, que ni siquiera podemos llegar a comprender las que se despliegan ante nosotros como un espectáculo sin sentido. ¿Acaso hay algo más poético que Jerjes, hijo de Darío, mandando azotar con varas el mar que se había tragado sus navíos?

No cabe duda de que Morel, valiéndose del poder que sus encantos le brindaban sobre la muchacha, transmitió a ésta —haciéndola suya— la observación del barón, pues la expresión «pagar el té» desapareció tan completamente de la tienda del chalequero como desaparece para siempre de un salón determinada persona íntima a la que recibíamos todos los días y con la que, por una u otra razón, hemos reñido o deseamos ocultarla o sólo la frecuentamos fuera. El Sr. de Charlus quedó satisfecho con la desaparición de «pagar el té», vio en ello una prueba de su ascendiente sobre Morel y la erradicación de la única y pequeña mácula para la perfección de la muchacha. Por último, como todos los de su especie, además de sinceramente amigo de

Morel y de su casi prometida y ardiente partidario de su unión, era muy aficionado a crear a su antojo piques más o menos inofensivos, fuera —y por encima— de los cuales se mantenía tan olímpico como lo habría hecho su hermano.

Morel había dicho al Sr. de Charlus que amaba a la sobrina de Jupien y quería casarse con ella y al barón le resultaba grato acompañar a su joven amigo en visitas en las que desempeñaba el papel del futuro suegro indulgente y discreto. Nada le agradaba tanto.

Mi opinión personal es la de que «pagar el té» era una expresión del propio Morel, que la joven costurera, cegada por el amor, había adoptado por ser de su persona adorada y desentonaba por su fealdad en medio de la hermosa habla de la joven. A aquella habla, a aquellos modales encantadores que armonizaban con ella, a la protección del Sr. de Charlus, se debía que muchas clientas para las que ella había trabajado la recibieran como amiga, la invitasen a cenar, la mezclaran con sus relaciones, si bien la joven sólo aceptaba, por lo demás, con el permiso del barón y las noches en que le venía bien. «¿Una joven costurera en la alta sociedad?», se me dirá. «¡Qué inverosímil!». Pensándolo bien, no era menos inverosímil que el hecho de que en tiempos Albertine viniese a verme a medianoche y ahora viviera conmigo y tal vez hubiese resultado inverosímil en el caso de otra, pero no de Albertine, que era huérfana de padre y madre, llevaba una vida tan libre, que al principio la había tomado yo en Balbec por la amante de un corredor, y cuya pariente más cercana era la Sra. Bontemps, quien, ya en casa de la Sra. Swann, sólo admiraba en su sobrina sus malos modales y ahora hacía la vista gorda sobre todo ello, si podía servir para librarla de ella mediante el matrimonio con un buen partido, una parte de cuyo dinero correspondería a la tía (en la más alta sociedad madres muy nobles y muy pobres, tras haber logrado que su hijo se casara con una mujer rica, se dejan mantener por los jóvenes esposos, aceptan abrigos de piel, un automóvil, dinero de

una nuera a la que no quieren y a la que logran ver recibida en la alta sociedad).

Tal vez llegue un día en que las costureras entren —y en modo alguno me chocaría— en la alta sociedad. Como la sobrina de Jupien era una excepción, no podemos preverlo aún, pues una golondrina no hace verano. En todo caso, si bien la modestísima posición de la sobrina de Jupien escandalizó a algunas personas, no fue a Morel, pues en ciertos sentidos su necedad era tan grande, que consideraba «bastante tonta» a aquella joven mil veces más inteligente que él, tal vez sólo porque lo amaba, pero, además, él suponía que quienes la recibían eran aventureras, subcostureras disfrazadas, que se las daban de señoras y de cuyo trato no se jactaba. Naturalmente, no eran unas Guermantes ni personas que los conociesen siquiera, sino burguesas ricas, elegantes, de mentalidad lo bastante libre para no considerar una deshonra recibir a una costurera y lo bastante esclava para sentir cierta satisfacción al proteger a una muchacha a la que Su Alteza el barón de Charlus iba a ver —con el mejor propósito— todos los días.

Nada gustaba más al barón que la idea de aquel matrimonio, pues pensaba que así no quedaría privado de Morel. Al parecer, la sobrina de Jupien había tenido, siendo casi una niña, un «desliz» y el Sr. de Charlus, al tiempo que la elogiaba ante Morel, no habría tenido inconveniente en revelárselo a su amigo, quien se habría puesto furioso, y con ello sembrar cizaña, pues el Sr. de Charlus, pese a ser terriblemente malvado, se parecía a gran número de personas buenas que elogian a éste o a aquélla para demostrar su propia bondad, pero rehuirían como el fuego palabras benévolas, tan raras veces pronunciadas, que podrían hacer reinar la paz. Aun así, el barón se abstenía de hacer insinuación alguna y por dos razones. «Si le cuento», pensaba, «que su prometida no carece de mácula, heriré su amor propio y me guardará rencor y, además, ¿quién me dice que no está enamorado de ella? Si no digo nada, ese fuego de paja se apagará pronto, yo regiré sus relaciones a mi antojo, la amará sólo en la medida en que yo lo desee. Si le cuento

el desliz en el pasado de su prometida, ¿quién me dice que mi Charlie no esté aún lo suficientemente enamorado para ponerse celoso? Entonces transformaré un coqueteo sin importancia y manejable a voluntad en un gran amor, cosa difícil de gobernar». Por esas dos razones, el Sr. de Charlus guardaba un silencio que sólo en apariencia era discreción, pero que, por otra parte, era meritorio, pues callarse resulta casi imposible a personas de su estilo.

Por lo demás, la joven era deliciosa y al Sr. de Charlus, en quien ella satisfacía todos los gustos estéticos que podía sentir por las mujeres, le habría gustado tener centenares de fotografías de ella. Él, menos necio que Morel, se enteraba con gusto de cuáles eran las señoras bien que la recibían y que su olfato social sabía situar, pero se abstenía —pues quería conservar su ascendiente— de decírselo a Charlie, quien, por ser un verdadero bruto al respecto, seguía creyendo que, aparte de la «clase de violín» y de los Verdurin, sólo existían los Guermantes, las pocas familias casi regias enumeradas por el barón, porque todo lo demás era una simple «hez», una «turba». Charlie tomaba en sentido literal esas expresiones del Sr. de Charlus.

¡Cómo! ¿Que el Sr. de Charlus, en vano esperado todos los días del año por tantos embajadores y duquesas y que no cenaba con el príncipe de Croy para no tener que cederle el paso, pasaba en casa de la sobrina de un chalequero todo el tiempo que substraía a aquellas grandes señoras, a aquellos grandes señores? Para empezar, Morel —razón suprema— estaba allí. Si no hubiera estado, yo no veo inverosimilitud alguna, a no ser que lo juzguéis como un mensajero de Aimé. Los camareros de restaurante se pintan solos para creer que un hombre excesivamente rico siempre viste con ropa nueva y de punta en blanco y que un señor de lo más elegante da cenas de sesenta cubiertos y sólo se desplaza en automóvil. Se equivocan. Con mucha frecuencia, un hombre excesivamente rico lleva siempre una chaqueta raída. Un señor de lo más distinguido es alguien que sólo congenia en el restaurante

con los empleados y, al regresar a su casa, juega a las cartas con sus sirvientes, lo que no quita para que se niegue a pasar tras el príncipe de Murat.

Entre las razones que hacían desear al Sr. de Charlus el matrimonio de los dos jóvenes, figuraba la de que la sobrina de Jupien sería en cierto modo una extensión de la personalidad de Morel y, por tanto, a la vez del poder y del conocimiento que el barón tenía de él. Al Sr. de Charlus no se le habría ocurrido ni por un segundo la idea de sentir escrúpulos por «engañar» —en el sentido conyugal— a la futura esposa del violinista, pero —al tener un «joven matrimonio» al que guiar y sentirse el protector temido y todopoderoso de la esposa, quien, por considerar al barón como un dios, demostraría que su querido Morel le había inculcado esa idea, que entrañaría, así, algo de él— varió el tipo de denominación del Sr. de Charlus y nació en su «objeto» Morel otra persona más, el esposo, es decir, que se le brindó algo más, nuevo, curioso que amar en él. Tal vez esa dominación pasaría a ser mayor incluso de lo que había sido jamás, pues, mientras que Morel solo, desnudo, por decirlo así, oponía a menudo resistencia al barón, a quien se sentía seguro de reconquistar, una vez casado, temería en seguida más por su hogar, su piso, su futuro, ofrecería a la voluntad del Sr. de Charlus más margen y asidero. Todo aquello e incluso, en caso necesario, promover, las noches en que se aburriera, la guerra entre los esposos —pues el barón nunca había detestado los cuadros de batallas— gustaba al Sr. de Charlus, menos, sin embargo, que pensar en la dependencia de él en que viviría el joven matrimonio. El amor del Sr. de Charlus por Morel adquiría un delicioso carácter nuevo, cuando pensaba: «También su mujer será mía, mientras él lo sea, procurarán no disgustarme, obedecerán a mis caprichos y, así, ella será una señal —hasta ahora desconocida para mí— de lo que ya casi había olvidado y que es tan caro a mi corazón: que para todo el mundo, para quienes me vean protegerlos, alojarlos, para mí mismo, Morel es mío». Esa evidencia ante los otros y ante los suyos alegraba al Sr. de Charlus más que todo lo demás, pues la posesión

de lo que amamos es un gozo mayor aún que el amor. Con mucha frecuencia quienes ocultan a todos esa posesión lo hacen tan sólo por miedo a que les quiten el objeto querido y su felicidad resulta disminuida por esa prudencia que los obliga a callar.

Como tal vez recuerde el lector, Morel había dicho tiempo atrás que deseaba seducir a una joven, en particular a aquélla, y que para lograrlo le prometería el matrimonio, pero, una vez consumada la violación, «se largaría con viento fresco», pero el Sr. de Charlus —ante las confesiones de amor por la sobrina de Jupien que Morel le había hecho— lo había olvidado. Más aún: tal vez le sucediera lo mismo a Morel. Tal vez hubiese un intervalo verdadero entre el carácter de Morel, tal como lo había confesado cínicamente —quizás hábilmente exagerado incluso— y el momento en que recuperara su potestad. Al relacionarse más con la muchacha, ésta le había gustado, la amaba. Se conocía tan poco a sí mismo, que seguramente se imaginaba amarla, tal vez incluso para siempre. Cierto es que su primer deseo inicial, su proyecto criminal, subsistían, pero cubiertos por tantos sentimientos superpuestos, que no hay razones para considerar insincero al violinista cuando decía que aquel deseo vicioso no era el móvil verdadero de su acto. Por lo demás, hubo un período de corta duración en el que, sin reconocerlo exactamente ante sí mismo, aquel matrimonio le pareció necesario. En aquel momento, Morel tenía calambres bastante fuertes en la mano y se veía obligado a pensar en la posibilidad de tener que abandonar el violín. Como —salvo para su arte— era de una pereza incomprensible, se le imponía la necesidad de ser mantenido por alguien y para ello prefería a la sobrina de Jupien antes que al Sr. de Charlus, pues esa combinación le brindaba mayor libertad y también un gran surtido de mujeres diferentes: tanto entre las aprendices, siempre nuevas, de cuya corrupción para él encargaría a la sobrina de Jupien, como entre las hermosas señoras ricas para las cuales la prostituiría. Que su futura esposa pudiera negarse a condescender a esas complacencias y fuese perversa hasta ese punto no entraba ni por un instante en los

cálculos de Morel. Por lo demás, una vez que cesaron los calambres, pasaron a segundo plano, cedieron su lugar al amor puro. Bastaría el violín, junto con las pagas del Sr. de Charlus, cuyas exigencias disminuirían, seguro, una vez que él, Morel, se hubiese casado con la muchacha. El matrimonio era lo que urgía, por su amor y por el interés de su libertad. Fue a pedir la mano de la sobrina de Jupien, quien consultó a ésta. La verdad es que no era necesario. La pasión de la joven por el violinista se derramaba a su alrededor, como la melena, cuando se la soltaba, como la alegría que sus miradas reflejaban. En Morel casi todo lo que le resultaba agradable o provechoso despertaba emociones morales y palabras del mismo tipo, a veces lágrimas incluso. Así, pues, sinceramente —si semejante palabra se le puede aplicar— pronunciaba ante la sobrina de Jupien discursos tan sentimentales —sentimentales son también los que tantos jóvenes nobles que no desean hacer nada en la vida pronuncian ante una encantadora hija de burgueses riquísimos— como de una bajeza sin disimulo eran las teorías que había expuesto al Sr. de Charlus a propósito de la seducción, de la desfloración. Sólo, que en Morel el entusiasmo virtuoso para con una persona que le daba placer y los compromisos solemnes que contraían con ella tenían una contrapartida. En cuanto la persona dejaba de darle placer o incluso, si, por ejemplo, la obligación de afrontar las promesas hechas le causaba desagrado, pasaba a ser objeto por parte de Morel de una antipatía que éste justificaba ante sí mismo y que, tras algunos trastornos neurasténicos, le permitía demostrarse a sí mismo, una vez reconquistada la euforia de su sistema nervioso, que estaba —aun considerando el asunto desde un punto de vista puramente virtuoso— eximido de cualquier obligación.

Así, al final de su estancia en Balbec, había perdido —no sé en qué— todo su dinero y, por no haberse atrevido a decírselo al Sr. de Charlus, buscaba a alguien a quien pedirlo. Había aprendido de su padre —quien, pese a ello, le había prohibido que se volviera jamás un «sablista»— que en un caso semejante conviene escribir a la

persona a la que se desea dirigirse que «se necesita hablar con ella de negocios», que «conceda una cita de negocios». Esa fórmula mágica encantaba tanto a Morel, que habría deseado —creo yo— perder dinero sólo por sentir el gusto de pedir una cita «de negocios». Más adelante en su vida, había visto que la fórmula no tenía toda la virtud que él pensaba. Había comprobado que personas a quienes, de lo contrario, él mismo nunca habría escrito no habían respondido cinco minutos después de haber recibido la carta «para hablar de negocios». Si pasaba la tarde sin que hubiera recibido repuesta, no se le ocurría a Morel que, aun en el mejor de los casos, el señor solicitado tal vez no hubiese vuelto a su casa, podía haber tenido otras cartas que escribir, si es que no había salido de viaje o había caído enfermo, etcétera. Si, por una fortuna extraordinaria, Morel recibía una cita para la mañana siguiente, abordaba al solicitado con estas palabras: «Precisamente me extrañaba no haber tenido respuesta, me preguntaba si habría pasado algo; entonces, ¿qué? ¿Sigue bien la salud?, etcétera». El caso es que en Balbec —y sin decirme que debía hablar con él de un «negocio»— me había pedido que le presentara a ese mismo Bloch con el que se había mostrado tan desagradable una semana antes en el tren-tranvía. Bloch no había vacilado a la hora de prestarle —o, mejor dicho, lograr que el Sr. Nissim Bernard le prestara— cinco mil francos. Desde entonces Morel adoraba a Bloch. Se preguntaba, con lágrimas en los ojos, cómo podría ser útil a alguien que le había salvado la vida. Al final, yo me encargué de pedir para Morel mil francos al mes al Sr. de Charlus, dinero que entregaría al instante a Bloch, con lo que éste cobraría toda la deuda con bastante rapidez. El primer mes, Morel, aún impresionado por la bondad de Bloch, le envió inmediatamente los mil francos, pero después seguramente le pareció que podría ser agradable un empleo diferente de los cuatro mil francos que faltaban, pues empezó a hablar muy mal de Bloch. Ya sólo verlo le inspiraba los pensamientos más negros y, como el propio Bloch había olvidado exactamente lo que había prestado a Morel y le

había reclamado tres mil quinientos francos, en lugar de cuatro mil, con lo que el violinista habría ganado quinientos francos, éste tuvo a bien responder que, en vista de aquella falsedad, no sólo no pagaría ni un céntimo más, sino que, además, su prestador debía considerarse muy afortunado de que no presentara una denuncia contra él. Al decirlo, los ojos le llameaban. Por lo demás, no se contentó con decir que Bloch y el Sr. Nissim Bernard no tenían motivo para guardarle rencor, sino que no tardó en añadir que debían declararse afortunados de que no lo hiciera él. Por último, como el Sr. Nissim Bernard había declarado, al parecer, que Thibaud tocaba tan bien como Morel, éste consideró que debía entablar una acción judicial contra él, pues semejante afirmación perjudicaba a su reputación profesional y después, como ya no hay justicia en Francia, sobre todo contra los judíos (al haber sido el antisemitismo en Morel el efecto natural del préstamo de cinco mil francos por parte de un israelita), ya no salió más de casa sin un revólver cargado. Semejante estado nervioso posterior a una intensa ternura no iba a tardar en producirse en Morel respecto de la sobrina del chalequero. Es cierto que el Sr. de Charlus tal vez tuviera algo que ver, sin sospecharlo, en aquel cambio, pues con frecuencia declaraba, sin pensar ni una sola de sus palabras, y para pincharlos, que, una vez casados, no volvería a verlos y los dejaría volar con sus propias alas. Esa idea era en sí absolutamente insuficiente para separar a Morel de la muchacha y, tras permanecer en la cabeza de éste, estaba lista para combinarse con otras afines a ella y aptas —una vez realizada la mezcla— para llegar a ser un poderoso agente de ruptura.

Por lo demás, no era demasiado frecuente que me encontrara yo con el Sr. de Charlus y Morel. A menudo ya habían entrado en la tienda de Jupien, cuando yo me despedía de la duquesa, pues el placer que sentía yo junto a ella era tal, que llegaba a olvidar, gracias a él, no sólo la espera ansiosa que precedía al regreso de Albertine, sino también la propia hora en que sucedería. Voy a destacar —de entre los días en que me entretenía en casa de la

Sra. de Guermantes— uno que quedó marcado por un pequeño incidente cuyo cruel significado se me escapó por completo y no lo comprendí hasta mucho después. Al final de aquella tarde, la Sra. de Guermantes me había regalado, porque sabía que me gustaban, unas celindas procedentes del sur de Francia. Cuando, tras despedirme de la duquesa, volví a subir a mi casa, ya había regresado Albertine y me crucé en la escalera con Andrée, a quien el penetrante olor de las flores que le llevaba pareció incomodar.

«¿Cómo? ¿Ya habéis regresado?», le dije. «Hace sólo un instante, pero Albertine tenía que escribir y se ha despedido de mí». «¿No tendrá un proyecto censurable?». «En modo alguno, está escribiendo a su tía, creo, pero, como a ella no le gustan los olores fuertes, no le van a encantar tus celindas». «Entonces, ¡no ha sido buena esta idea mía! Voy a decir a Françoise que las ponga en el rellano de la escalera de servicio». «No creas que Albertine no vaya a sentir en ti el olor a celinda: junto con el del nardo, tal vez sea el que más marea. Por lo demás, creo que Françoise ha ido a hacer un recado». «Pero entonces, yo, que hoy no llevo la llave, ¿cómo voy a poder entrar?». «¡Oh! Bastará con que llames y Albertine te abrirá y, además, es que tal vez Françoise haya vuelto, entretanto».

Me despedí de Andrée. Al primer toque, Albertine vino a abrir, lo que resultó bastante complicado, porque, como Françoise había bajado, Albertine no sabía cómo dar la luz. Por fin pudo abrirme, pero las flores de celinda la ahuyentaron. Las dejé en la cocina, con lo que mi amiga, tras interrumpir su carta (no comprendí yo por qué), tuvo tiempo de ir a mi habitación, desde donde me llamó, y tumbarse en mi cama. Una vez más, en aquel mismo momento todo aquello me pareció de lo más natural, un poco confuso, si acaso y, en cualquier caso, insignificante. Había estado a punto de ser sorprendida con Andrée y se había concedido un poco de tiempo apagando todas las luces, yendo a mi habitación para que no viera yo su cama deshecha y había fingido estar escribiendo, pero más adelante veremos todo eso, que nunca supe yo si era cierto.

Salvo aquel único incidente, todo transcurría normalmente cuando yo volvía a subir de casa de la duquesa. Como Albertine no sabía si desearía yo salir con ella antes de la cena, por lo general me encontraba en la antecámara su sombrero, su abrigo y su sombrilla, que había dejado de cualquier modo. En cuanto los veía, al entrar, la atmósfera de la casa se volvía respirable. Sentía que, en lugar de un aire enrarecido, la llenaba la felicidad. Me había salvado de mi tristeza, la vista de aquellas cositas me hacía poseer a Albertine y corría hasta ella.

Los días en que no bajaba yo a casa de la Sra. de Guermantes, para que el tiempo me pareciera menos largo, durante esa hora que precedía al regreso de mi amiga, me ponía a hojear un álbum de Elstir, un libro de Bergotte.

Entonces —como las obras mismas que parecen dirigirse sólo a la vista y al oído exigen que, para gustarlas, nuestra inteligencia despierta colabore estrechamente con esos dos sentidos— yo hacía salir de mí, sin sospecharlo, los sueños que Albertine había suscitado ya cuando aún no la conocía y que la vida cotidiana había apagado. Los arrojaba a la frase del músico o a la imagen del pintor como a un crisol y con ellos alimentaba la obra que estaba leyendo y seguramente ésta me parecía, por esa razón, más brillante, pero Albertine no ganaba menos al ser transportada así de uno de los dos mundos a los que tenemos acceso y en los que podemos situar sucesivamente un mismo objeto, al escapar así a la agobiante presión de la materia para ventilarse en los fluidos espacios del pensamiento. De pronto, y por un instante, podía experimentar yo por aquella fastidiosa muchacha sentimientos ardientes. En aquel momento tenía la apariencia de una obra de Elstir o de Bergotte y yo experimentaba una exaltación momentánea por ella, al verla con la distancia de la imaginación y del arte.

No tardaban en avisarme de que acababa de regresar; ahora bien, tenían la orden de no pronunciar su nombre, si no estaba yo solo, si estaba, conmigo, por ejemplo, Bloch, a quien obligaba yo a permanecer un instante más para no arriesgarme a que se

encontrara con mi amiga, pues yo le había ocultado que ella vivía en casa e incluso que la recibiera yo jamás en mi casa, por el miedo cerval que tenía a que uno de mis amigos se enamoriscara de ella y la esperase fuera o a que, al encontrarse por un instante en el pasillo o en la antecámara, pudiese ella hacer una señal o conceder una cita. Después oía el rumor de la falda de Albertine al dirigirse a su alcoba, pues, por discreción y seguramente también por los miramientos mediante los cuales en tiempos se las había ingeniado —en nuestras cenas en La Raspelière— para que yo no estuviera celoso, no venía a la mía, al saber que no estaba solo, pero no era sólo por eso, lo comprendí de pronto. Recordaba que había conocido a una primera Albertine y después, bruscamente, se había convertido en otra, la actual. Y al único al que podía considerar responsable del cambio era a mí. Todo cuanto me habría confesado fácilmente y después de buen grado, cuando éramos buenos amigos, había dejado de esparcirse, desde el momento en que había creído que yo la amaba o, tal vez sin llamarlo amor, había adivinado un sentimiento inquisitorial que quiere saber, pese a sufrir por saber, e intenta averiguar más. Desde aquel día me lo había ocultado todo. Si pensaba que yo estaba —no ya, con frecuencia, con una amiga, sino— con un amigo, se apartaba de mi habitación, ella, cuyos ojos se interesaban en tiempos tan vivamente cuando yo hablaba de una muchacha: «Hay que procurar que venga, me divertiría conocerla». «Pero es de las que tienen, como tú dices, malas inclinaciones». «Precisamente por eso será mucho más divertido». En aquel momento tal vez habría podido yo saberlo todo e incluso, cuando en el pequeño casino había separado sus senos de los de Andrée, no creo que fuera por mi presencia, sino por la de Cottard, quien podía hacerle granjearse mala reputación, y, sin embargo, ya entonces había empezado a paralizarse, habían dejado de salir de sus labios palabras confiadas, sus gestos eran reservados. Después había apartado de sí todo lo que habría podido alterarme. Atribuía a las partes de su vida que yo no conocía un carácter del que mi ignorancia se hacía cómplice para acentuar lo

que tenía de inofensivo y ahora la transformación estaba consumada: si yo no estaba solo, se iba derecha a su habitación, no sólo para no molestar, sino también para mostrarme que los demás le resultaban indiferentes. Había una sola cosa que ya no volvería a hacer por mí, que sólo habría hecho en la época en que me habría resultado indiferente y que por esa misma razón le habría resultado fácil hacer, y era precisamente confesar. Iba yo a quedar reducido para siempre, como un juez, a sacar conclusiones inciertas de imprudencias lingüísticas que tal vez no fueran inexplicables sin recurrir a la culpabilidad y ella iba a sentirme siempre celoso y juez.

Nuestro noviazgo adquiría un cariz de proceso y le infundía la timidez de una culpable. Ahora Albertine cambiaba de conversación, cuando se trataba de personas, hombres o mujeres, que no fueran ancianas. Cuando aún no sospechaba que yo estuviese celoso, era cuando debería haberle yo preguntado lo que quería saber. Hay que aprovechar esa coyuntura. Entonces es cuando nuestra amiga nos habla de sus placeres e incluso de los medios con los que los disimula a los demás. Ahora ya no iba a confesarme, como lo había hecho en Balbec, a medias porque era verdad y a medias para disculparse de no mostrarse más cariñosa conmigo, pues ya entonces la importunaba yo y había visto, gracias a mi gentileza con ella, que no necesitaba darme tantas muestras como a otros para obtener más aún: «Me parece estúpido dar a entender a quién se ama; yo hago lo contrario: en cuanto una persona me gusta, aparento no prestarle atención. Así, nadie sabe nada». ¡Cómo! ¡Era la Albertine actual con sus pretensiones de franqueza y de ser indiferente a todo el mundo quien me había dicho eso! ¡Ahora ya no me habría enunciado esa regla! Cuando hablaba conmigo, se contentaba con aplicarla diciendo de tal o cual persona que podía inquietarme: «¡Ah! No sé, no la he mirado, es demasiado insignificante». Y de vez en cuando, para adelantarse a lo que yo pudiera averiguar, hacía esas confesiones cuyo acento —antes de que conozcamos la realidad que van encaminadas a desvirtuar, a exculpar— denuncia ya como mentiras.

Mientras escuchaba los pasos de Albertine con la cómoda satisfacción de pensar que ya no iba a salir aquella noche, admiraba yo que, para aquella muchacha a quien en tiempos había creído yo no poder llegar a conocer, volver todos los días a casa fuera precisamente volver a mi casa. El placer, compuesto de misterio y sensualidad, que yo había experimentado, fugaz y fragmentario, en Balbec, la noche en que ella había venido a acostarse en el hostal, se había completado, estabilizado, llenaba mi morada, en tiempos vacía, con una provisión permanente de dulzura doméstica, casi familiar, que irradiaba hasta los pasillos y en la que todos mis sentidos —unas veces efectivamente y otras, cuando estaba solo, con la imaginación y mediante la espera del regreso— se alimentaban apaciblemente. Cuando yo había oído cerrarse la puerta de la habitación de Albertine, si había un amigo conmigo, me apresuraba a hacerlo salir, sin separarme de él hasta estar del todo seguro de que ya se encontraba en la escalera, algunos de cuyos escalones bajaba yo, en caso de necesidad.

Por el pasillo que tenía yo delante, venía Albertine. «Mira, mientras dejo esto, te mando a Andrée, que ha subido un segundo para darte las buenas noches». Y, envuelta aún en el gran velo gris de la toca de chinchilla que le había regalado yo en Balbec, se retiraba y entraba en su habitación, como si hubiera adivinado que Andrée, encargada por mí de velar por ella, fuese a aportar —dándome muchos detalles, mencionándome el encuentro que habían tenido ellas dos con una persona conocida— alguna determinación a las vagas regiones por las que se había desarrollado el paseo que habían dado durante todo el día y que yo no había podido imaginar.

Los defectos de Andrée se habían revelado: ya no era tan agradable como cuando la había conocido yo. Había ahora en ella, a flor de piel, como una agria inquietud, lista para acumularse como en el mar una borrasca con sólo que yo me pusiese a hablar de algo que era agradable para Albertine y para mí. No por ello podía Andrée dejar de ser mejor para conmigo, quererme más —y con

frecuencia tuve pruebas de ello— que personas más amables, pero, a la menor apariencia de felicidad que tuviéramos, si no la había causado ella, le infundía una impresión nerviosa, desagradable como el ruido de un portazo. Admitía los sufrimientos en los que ella nada tenía que ver, no los placeres; si me veía enfermo, se afligía, me compadecía, me habría cuidado, pero, si yo tenía una satisfacción tan insignificante como estirarme con expresión de beatitud, al cerrar un libro y decir: «¡Ah! Acabo de pasar dos horas encantadoras leyendo tal libro divertido», esas palabras, que habrían complacido a mi madre, a Albertine, a Saint-Loup, inspiraban a Andrée como una censura, tal vez simplemente de desazón nerviosa. Mis satisfacciones le causaban una rabia que no podía ocultar. Completaban esos defectos otros más graves; un día en que yo estaba hablando de aquel joven tan enterado en materia de carreras, juegos y golf y tan inculto en todo lo demás al que había conocido con la panda en Balbec, Andrée se puso a burlarse: «Pues has de saber que su padre ha robado, ha estado a punto de ser procesado, lo que no les impide presumir aún más, pero yo me divierto contándoselo a todo el mundo. Me gustaría que me denunciaran por calumnias. ¡Iba yo a hacer una declaración preciosa!». Le centelleaban los ojos. Ahora bien, me enteré de que el padre no había cometido indelicadeza alguna y Andrée lo sabía tan bien como cualquiera, pero se había creído despreciada por el hijo, había buscado algo que pudiese ponerlo en un aprieto, avergonzarlo, y había inventado toda una novela de declaraciones judiciales imaginarias por formular y, a fuerza de repetirse los detalles, tal vez ya no supiese ella misma si eran ciertas.

Así, tal como se había vuelto (e incluso sin sus odios breves y disparatados), yo no habría deseado verla, aunque sólo hubiese sido por aquella malévola susceptibilidad que envolvía, agria y glacial, su verdadera naturaleza, más cálida y mejor, pero las informaciones que sólo ella podía darme sobre mi amiga me interesaban demasiado para que desaprovechara yo una ocasión tan poco frecuente de conocerlas. Andrée entraba y cerraba la

puerta tras sí; se habían encontrado con una amiga y Albertine nunca me había hablado de ella. «¿Qué han dicho?». «No lo sé, porque he aprovechado que Albertine no estaba sola para ir a comprar lana». «¿A comprar lana?». «Sí, me lo ha pedido Albertine». «Razón de más para no ir, tal vez fuera para alejarte». «Pero es que me lo había pedido antes de que nos encontráramos a esa amiga». «¡Ah!», respondía yo, mientras recuperaba la respiración. En seguida volvía a sentir la sospecha: «Pero ¿quién sabe si no habría quedado por adelantado con su amiga y no habría preparado un pretexto para estar sola, cuando lo deseara?». Por lo demás, ¿acaso estaba yo totalmente seguro de que la antigua hipótesis (según la cual Andrée me decía la verdad y nada más que la verdad) era la acertada? Tal vez Andrée estuviese de acuerdo con Albertine. Amor, pensaba yo en Balbec, sentimos por una persona cuyas acciones parecen ser el objeto de nuestros celos; tenemos la sensación de que, si nos las contara todas, tal vez nos curaríamos fácilmente del amor. Por mucho que quien sienta celos los disimule hábilmente, aquella que los inspira no tarda en descubrirlos y se vale, a su vez, de la habilidad. Intenta darnos el pego con lo que podría hacernos sentirnos desdichados y lo consigue, pues, ¿por qué habría una frase insignificante de revelarle a quien no está avisado las mentiras que oculta? No la distinguimos de las otras; dicha con pavor, no se le presta atención. Más adelante, cuando estemos solos, volveremos a pensar en esa frase y no nos parecerá totalmente ajustada a la realidad, pero ¿la recordaremos bien? Parece que nazca espontáneamente en nosotros —respecto de ella y en cuanto a la exactitud de nuestro recuerdo— una duda del estilo de las que en ciertos estados nerviosos impiden siempre recordar si se ha echado el cerrojo y tanto la quincuagésima vez como la primera; parece que puede volver a comenzar indefinidamente el acto sin que vaya acompañado nunca de un recuerdo preciso y liberador. Al menos se puede volver a cerrar la puerta una quincuagésima primera vez, mientras que la frase inquietante está en el pasado, en una inacción incierta, que no podemos repetir.

Entonces dirigimos nuestra atención a otras que nada ocultan y el único remedio, que no deseamos, sería ignorarlo todo para no tener el deseo de saber más. En cuanto se descubren los celos, aquella que es su objeto los considera un desafío que autoriza el engaño. Por lo demás, para intentar averiguar algo, hemos sido nosotros quienes hemos tomado la iniciativa de mentir, de engañar. Andrée y Aimé nos prometen sin falta no decir nada, pero ¿lo cumplirán? Bloch no pudo prometer nada, ya que no sabía y, por poco que hable con cada uno de los tres, Albertine, gracias a lo que Saint-Loup habría llamado «atar cabos», sabrá que le mentimos, cuando aparentamos indiferencia ante sus actos y nos fingimos moralmente incapaces de mandar vigilarla. Así, el pequeño fragmento de respuesta que acababa de aportarme Andrée, al suceder —respecto de lo que hacía Albertine— a mi infinita duda habitual, demasiado indeterminada para no resultar indolora y que era a los celos lo que a la pena son esos comienzos del olvido en los que el apaciguamiento nace de la vaguedad, planteaba al instante nuevas cuestiones; al explorar una parcela de la gran zona que se extendía ante mí, yo sólo había conseguido hacer retroceder hasta la vida real —incognoscible para nosotros, cuando intentamos efectivamente representárnosla— de otra persona. Yo seguía interrogando a Andrée, mientras Albertine, por discreción y por dejarme (¿lo adivinaría?) todo el tiempo para hacerlo, prolongaba su cambio de ropa en su habitación.

«Creo que los tíos de Albertine me aprecian», decía yo a Andrée, sin pensar en su carácter. Al instante veía yo su viscoso rostro ensombrecerse, como un jarabe que se echa a perder, parecía enturbiado para siempre. La boca se le volvía amarga. Ya no quedaba nada a Andrée de aquella alegría juvenil que, como toda la panda y pese a su carácter desvalido, desplegaba el año de mi primera estancia en Balbec y que entonces (cierto es que Andrée tenía algunos años más) se eclipsaba tan aprisa en ella, pero yo iba a hacerla renacer involuntariamente antes de que Andrée me hubiera dejado para ir a cenar en su casa. «Hoy alguien me ha

hecho un inmenso elogio de ti», le decía yo. Al instante, un rayo de gozo iluminaba su mirada, parecía quererme de verdad. Procuraba no mirarme, pero reía con la mirada perdida y unos ojos de repente muy redondos. «¿Quién?», preguntaba con un interés ingenuo y ansioso. Se lo decía yo y, fuera quien fuese, se ponía contenta.

Después llegaba la hora de marchar y se despedía de mí. Albertine volvía junto a mí; se había desvestido y llevaba una de las preciosas batas de crespón de China o uno de los vestidos japoneses cuya descripción había yo pedido a la Sra. de Guermantes y para varios de los cuales la Sra. Swann me había proporcionado algunas precisiones suplementarias en una carta que comenzaba con estas palabras: «Después de tu largo eclipse, al leer tu carta relativa a mis *tea gowns*, me ha parecido recibir noticias de un aparecido». Albertine llevaba zapatos negros adornados con brillantes, que Françoise llamaba con rabia «chanclas», semejantes a los que por la ventana del salón había visto llevar a la Sra. de Guermantes en su casa por la noche, así como un poco más adelante Albertine llevó chinelas —algunas de cabritilla dorada, otras de chinchilla— cuya vista me resultaba grata, porque eran, unas y otras, como los signos —que otros zapatos no habrían sido — de que vivía en mi casa. Tenía también cosas que no le había regalado yo, como una hermosa sortija de oro. En ella admiraba yo las alas desplegadas de un águila. «Me la regaló mi tía», me decía. «Pese a todo, a veces es buena. Es algo que me envejece, porque me la regaló cuando cumplí veinte años».

Albertine tenía para todas aquellas cosas bonitas un gusto más intenso que la duquesa, porque, como todo obstáculo ante una posesión (como para mí la enfermedad, que me volvía los viajes tan difíciles y tan deseables), la pobreza, más generosa que la opulencia, infunde a las mujeres —mucho más que la vestimenta que no pueden comprar— el deseo de tenerla, que es su conocimiento verdadero, detallado, profundo. Como ella no había podido pagarse esas cosas y como, al encargarlas para ella, yo quería agradarle, éramos como esos estudiantes que por

adelantado conocen al dedillo cuadros que desean con avidez ir a ver a Dresde o a Viena, mientras que las mujeres ricas, en medio de la multitud de sus sombreros y sus trajes, son como esos visitantes a quienes el paseo por un museo, al no ir precedido de deseo alguno, infunde sólo una sensación de aturdimiento, fatiga y hastío. Determinada toca, determinado abrigo de marta cebellina, determinada bata de Doucet con mangas forradas de rosa, adquirían para Albertine —que los había visto, los había anhelado y, gracias al exclusivismo y a la minucia que caracterizan el deseo, los había aislado del resto en un vacío sobre el cual se destacaba de maravilla el forro o el chal y a la vez los había conocido en todas sus partes— y para mí —que había ido a casa de la Sra. de Guermantes para que intentara explicarme en qué consistía su particularidad, su superioridad, su elegancia y la inimitable hechura del gran artífice— una importancia, un encanto, que no tenían, desde luego, para la duquesa, saciada antes incluso de que pudiera abrírsele el apetito, o incluso para mí, si los hubiese visto unos años antes, al acompañar a tal o cual mujer elegante en una de sus aburridas giras por las casas de las modistas. Cierto es que, poco a poco, Albertine estaba volviéndose una mujer elegante, pues, si bien cada cosa que yo encargaba así para ella era la más bonita en su género, con todos los refinamientos que les habrían aportado la Sra. de Guermantes o la Sra. Swann, empezaba a tener muchas de ellas, pero poco importaba, en vista de que le habían gustado antes y aisladamente. Cuando hemos estado prendados de un pintor y después de otro, podemos profesar al final una admiración de todo el museo que no es glacial, pues se compone de amores sucesivos, cada uno de ellos exclusivo en su momento, y que al final se han quedado juntos y conciliados.

Por lo demás, no era frívola, leía mucho, cuando estaba sola, y me leía, cuando estaba conmigo. Se había vuelto extraordinariamente sagaz. Decía —equivocándose, por cierto—: «Me horroriza pensar que, de no haber sido por ti, habría seguido siendo estúpida. No lo niegues, me has abierto un mundo de ideas

que no sospechaba y lo poco que he llegado a ser te lo debo a ti exclusivamente».

Sabido es que había dicho lo mismo de mi influencia en Andrée. ¿Abrigaban una u otra algún sentimiento por mí? Y, en sí mismas, ¿qué eran Albertine y Andrée? Para saberlo, habría que inmovilizaros, dejar de vivir en esa espera perpetua de vosotras en la que siempre acabáis siendo distintas, habría que dejar de amaros, para paralizaros, dejar de conocer vuestra interminable y siempre desconcertante llegada —¡oh, muchachas, oh, rayo sucesivo en el torbellino en el que palpitamos al veros reaparecer!— y apenas reconoceros en la vertiginosa velocidad de la luz. Si no nos hiciera correr hacia vosotras una atracción sexual, gotas de oro siempre desemejantes y que siempre superan nuestras previsiones, tal vez ignoraríamos esa velocidad y todo nos parecería inmóvil. Todas las veces, una muchacha se parece tan poco a lo que era en la ocasión anterior (con lo que hace pedazos, en cuanto la vemos, el recuerdo que habíamos conservado y el deseo que nos proponíamos), que la estabilidad natural que le atribuimos es puramente ficticia y por comodidad del lenguaje. Nos han dicho que una muchacha hermosa es tierna, amorosa, dotada de los sentimientos más delicados. Nuestra imaginación cree lo que oye y, cuando se nos aparece la primera vez, bajo la crespa faja de su pelo rubio, el disco de su cara rosada, casi tememos que esa hermana demasiado virtuosa nos aplaque el entusiasmo por su propia virtud y no pueda ser nunca para nosotros la amante que hemos deseado. Al menos, ¡cuántas confidencias le hacemos desde el primer momento, confiando en esa nobleza de corazón, cuántos proyectos concebidos juntos! Pero, unos días después, lamentamos habernos confiado tanto, pues la segunda vez la rosada muchacha conocida nos habla como una lúbrica Furia. En las fases sucesivas que, después de una pulsación de unos días, nos presenta la rosácea luz interceptada, ni siquiera es seguro que un *movimentum* exterior a esas muchachas haya modificado su aspecto y así podía haber sido en el caso de mis muchachas de Balbec. Nos alaban la dulzura, la

pureza de una virgen, pero después tenemos la sensación de que algo más picante nos gustaría más y le aconsejamos que se muestre más atrevida. ¿Era, en sí misma, más una o la otra? Tal vez no, sino que podía acceder a tantas posibilidades diversas en la vertiginosa corriente de la vida. En el caso de otra cuyo entero atractivo radicaba en algo implacable (que pensábamos ablandar a nuestro modo), como, por ejemplo, la terrible saltarina de Balbec que rozaba en sus brincos los cráneos de los ancianos espantados, ¡qué decepción cuando, en la nueva faz brindada por esa cara, en el momento en que le decíamos palabras tiernas exaltadas por el recuerdo de tanta dureza para con los otros, la oíamos, para empezar, decirnos que era tímida, que nunca sabía decir nada sensato a nadie la primera vez, por el tremendo miedo que sentía, y que hasta pasados quince días no podría hablar tranquilamente con nosotros! El acero se había vuelto algodón, ya no tendríamos nada que intentar domeñar, ya que ella misma perdía toda su consistencia: por sí misma, pero tal vez por nuestra culpa, pues las tiernas palabras que habíamos dirigido a la dureza tal vez le hubieran sugerido —aun sin que hubiese concebido un cálculo interesado— la necesidad de mostrarse tierna. (Cosa que nos desolaba, pero era sólo a medias torpe, pues el agradecimiento por tanta dulzura tal vez fuera a obligarnos a algo más que el arrobamiento ante la crueldad doblegada). No digo que no llegue un día en que no asignemos —ni siquiera a esas luminosas muchachas — caracteres muy marcados, pero será porque habrán dejado de interesarnos, su entrada ya no será para nuestro corazón la aparición que esperaba y todas las veces lo deja trastornado con nuevas encarnaciones. Su inmovilidad se deberá a nuestra indiferencia, que las entregará al juicio del entendimiento. Por lo demás, éste no concluirá de forma mucho más categórica, pues, después de haber juzgado que determinado defecto, predominante en una, estaba afortunadamente ausente en la otra, verá que su contrapartida era una cualidad preciosa. De modo, que del falso juicio de la inteligencia, que no entra en juego hasta que dejamos de

interesarnos, saldrán definidos caracteres estables de muchachas, los cuales no nos revelarán más que las sorprendentes caras aparecidas todos los días, cuando, con la asombrosa velocidad de nuestra previsión, nuestras amigas se presentaban todos los días, todas las semanas, demasiado diferentes para permitirnos —al no cesar la carrera— clasificar, atribuir rangos. Para nuestros sentimientos —ya hemos hablado con demasiada frecuencia de ello para repetirlo— un amor no es muy a menudo sino la asociación de una imagen de muchacha —que, sin ello, nos habría resultado muy pronto insoportable— con los latidos de corazón inseparables de una espera interminable y vana y de un plantón que la señorita nos ha dado. Todo ello es aplicable sólo a los jóvenes imaginativos ante las muchachas cambiantes. Desde el momento al que nuestro relato ha llegado, parece —y lo supe más adelante— que la sobrina de Jupien había cambiado de opinión sobre Morel y sobre el Sr. de Charlus. Mi mecánico, como refuerzo del amor que ella sentía por Morel, le había alabado —como propias del violinista— delicadezas infinitas a las que se sentía demasiado inclinado a dar crédito y, por otra parte, Morel no dejaba de explicarle el papel de verdugo que el Sr. de Charlus ejercía para con él y que ella, al no adivinar el amor, atribuía a la maldad. Por lo demás, no le quedaba más remedio que comprobar que el Sr. de Charlus asistía tiránicamente a todas sus entrevistas y oía a las mujeres de mundo hablar —cosa que contribuía a corroborarlo— de la atroz maldad del barón. Ahora bien, desde hacía poco su juicio se había invertido enteramente. Había descubierto en Morel —sin por ello dejar de amarlo— profundidades de maldad y perfidia, compensadas, por lo demás, por una dulzura frecuente y una sensibilidad real, y en el Sr. de Charlus una insospechable e inmensa bondad, mezclada con durezas que no conocía. De modo, que no había sabido concebir un juicio más definido sobre lo que eran, cada cual en sí, el violinista y su protector que yo sobre Andrée, pese a verla todos los días, y sobre Albertine, quién vivía conmigo.

Las noches en que esta última no me leía en voz alta, lo que hacía era interpretarme música o entablar conmigo partidas de damas o charlas, que yo interrumpía —tanto unas como otras— para besarla. Nuestras relaciones eran de una sencillez que las volvía apacibles. El propio vacío de su vida infundía a Albertine algo así como solicitud y obediencia para las únicas cosas que yo le reclamaba. Detrás de aquella muchacha, como detrás de la luz purpúrea que caía a los pies de mis cortinas en Balbec, mientras estallaba el concierto de los músicos, se nacaraban las ondulaciones azulinas del mar. ¿Acaso no era, en efecto, ella —en cuyo fondo radicaba de forma habitual una idea de mí tan familiar, que tal vez fuera yo, después de su tía, la persona a la que menos distinguía de sí misma— la muchacha, desconocida aún, a la que, bajo su gorra de polo y con sus insistentes y risueños ojos, había yo visto por primera vez en Balbec, delgada como una silueta perfilada sobre la ola? Esas efigies conservadas intactas en la memoria, cuando volvemos a verlas, nos asombran con su desemejanza respecto de la persona que conocemos; comprendemos el trabajo de modelado que hace cotidianamente la costumbre. En el encanto que tenía Albertine en París, en el rincón de mi chimenea, vivía aún el deseo que me había inspirado el insolente y florido cortejo que se desarrollaba a lo largo de la playa y, así como Rachel conservaba para Saint-Loup, incluso cuando él la había hecho abandonarlo, el prestigio de la vida del teatro, así también en Albertine, enclaustrada en mi casa, lejos de Balbec, de donde la había yo traído precipitadamente, subsistían la emoción, el desasosiego social, la vanidad inquieta y los deseos errantes de la vida de balneario. Estaba tan bien enjaulada, que algunas noches yo no mandaba a decirle que abandonara su alcoba y viniera a la mía, ella, a la que en tiempos todo el mundo seguía, a la que tanto me costaba alcanzar, cuando corría en su bicicleta, y que ni siguiera el ascensorista podía traerme, con lo que apenas conservaba yo la esperanza de que viniera, y a la que, sin embargo, esperaba toda la noche. ¿Acaso no había sido Albertine delante del hotel como una gran actriz de la

playa ardiente que inspiraba envidia, cuando avanzaba en aquel teatro natural, sin hablar con nadie, atropellando a los asiduos, dominando a sus amigas? ¿Y acaso no era ella esa actriz tan codiciada, que, tras retirarla yo de la escena y encerrarla en mi casa, estaba al abrigo de los deseos de todos los que en adelante podían buscarla en vano, ya fuera en mi habitación o en la suya, donde se dedicaba a dibujar o cincelar?

Desde luego, en los primeros días de Balbec Albertine parecía encontrarse en un plano paralelo a aquel en que yo vivía, pero que se había aproximado a él (cuando había yo estado en casa de Elstir) y después lo había alcanzado, paralelamente a mis relaciones con ella, en Balbec, en París y después en Balbec de nuevo. Por lo demás, entre los dos cuadros de Balbec, en mi primera estancia y en la segunda, con las mismas quintas de las que salían las mismas muchachas delante del mismo mar, ¡qué diferencia! En las amigas de Albertine de la segunda estancia, tan bien conocidas mías, con cualidades y defectos tan claramente grabados en su rostro, ¿podía yo volver a ver a aquellas lozanas y misteriosas desconocidas que en tiempos no podían hacer —sin que yo sintiera palpitaciones— chirriar sobre la arena la puerta de su hotelito y chafar de paso los tamariscos trémulos? Sus grandes ojos se habían hundido después, seguramente porque habían dejado de ser niñas, pero también porque aquellas arrebatadoras desconocidas, actrices del novelesco primer año y sobre las cuales no cesaba yo de buscar informaciones, carecían ya de misterio para mí. Se habían vuelto para mí —obedientes a mis caprichos— simples muchachas en flor, cuya más bella rosa había cogido yo —y no me sentía poco orgulloso de ello— a escondidas de todos.

Entre los dos ambientes —tan diferentes uno de otro— de Balbec, había el intervalo de varios años en París, en cuyos largos recorridos se situaban tantas visitas de Albertine. La veía yo en los diferentes años de mi vida ocupando en relación conmigo posiciones diferentes que me hacían sentir la belleza de los espacios interferidos, ese largo tiempo pasado en el que no la había

visto, y sobre cuya diáfana profundidad se modelaba con misteriosas sombras y un relieve imponente la rosada persona que tenía ante mí. Por lo demás, se debía a la superposición no sólo de las imágenes sucesivas que Albertine había sido para mí, sino también de las grandes cualidades de inteligencia y corazón, de los defectos de carácter, unas y otros insospechados para mí, que Albertine —en una germinación, una multiplicación de sí misma, una eflorescencia carnosa de colores sombríos— había añadido a una naturaleza en tiempos casi nula y ahora difícil de profundizar, pues, si bien las personas —incluso aquellas con las que hemos soñado tanto, que nos parecían simplemente una imagen, una figura de Benozzo Gozzoli que se destacaba sobre un fondo verdoso y respecto de las cuales estábamos dispuestos a creer que las únicas variaciones se debían al punto en que estábamos situados para mirarlas, a la distancia que nos alejaba de ellas, a la iluminación— cambian en relación con nosotros, también lo hacen en sí mismas y en la figura en tiempos simplemente perfilada sobre el mar había habido enriquecimiento, solidificación y aumento de volumen. Por lo demás, no era sólo el mar al final del día el que vivía para mí en Albertine, sino a veces también el adormecimiento del mar sobre el arenal en las noches con luz de luna. En efecto, a veces, cuando me levantaba para ir a buscar un libro en el despacho de mi padre, mi amiga, que me había pedido permiso para tumbarse durante ese tiempo, estaba tan cansada por la larga caminata de la mañana y de la tarde al aire libre, que, aunque yo hubiese permanecido sólo un instante fuera de mi habitación, al volver a ella, me encontraba a Albertine dormida y no la despertaba. Tumbada de la cabeza a los pies en mi cama, en una actitud tan natural, que no se habría podido inventar, me recordaba a un tallo en flor que hubiesen colocado en ella y así era, en efecto: en esos instantes junto a ella, recuperaba la capacidad de soñar, que sólo tenía en su ausencia, como si, al dormir, se hubiera vuelto una planta. Con ello su sueño realizaba, en cierta medida, la posibilidad del amor; a solas, podía pensar en ella, pero me faltaba, no la poseía. Cuando ella estaba presente, yo le

hablaba, pero estaba demasiado ausente de mí mismo para poder pensar. Cuando dormía, ya no tenía yo que hablar, sabía que ya no me miraba, ya no tenía necesidad de vivir en la superficie de mí mismo. Al cerrar los ojos, al perder la conciencia, Albertine había despojado, uno tras otro, sus diferentes caracteres de humanidad que me habían decepcionado desde el día en que la había conocido. Ya sólo la animaba la vida inconsciente de los vegetales, de los árboles, vida más diferente de la mía, más extraña, y que, sin embargo, me pertenecía más. Su yo no se escapaba a cada momento, como cuando hablábamos, por las tangentes del pensamiento inconfesado y de la mirada. Había devuelto a sí misma todo lo que era en el exterior, se había refugiado, encerrado, condensado en su cuerpo. Al mantenerla ante mi mirada, en mis manos, tenía la impresión —ausente cuando estaba despierta— de poseerla entera. Su vida me estaba sometida, exhalaba hacia mí su ligero hálito. Yo escuchaba esa murmurante emanación misteriosa, dulce como un zafiro marino, mágica como aquella luz de la luna, que era su sueño. Mientras persistía, yo podía soñar con ella y, sin embargo, mirarla y, cuando ese sueño se volvía más profundo, tocarla, besarla. Lo que entonces experimentaba era un amor ante algo tan puro, tan inmaterial, tan misterioso como si me hubiera encontrado ante las criaturas inanimadas que son las bellezas de la naturaleza y, en efecto, en cuanto se dormía un poco profundamente, dejaba de ser sólo la planta que había sido y su sueño, al borde del cual soñaba yo con una fresca voluptuosidad de la que no me habría hastiado nunca y que habría podido saborear indefinidamente, era para mí todo un paisaje. Su sueño situaba a mi lado algo tan apacible, tan sensualmente delicioso, como en aquellas noches de luna llena, en la bahía de Balbec, tan apacible como un lago, en las que las ramas apenas se mueven y, tumbados en la arena, escucharíamos sin fin romper el reflujo.

Al entrar en la habitación, me había quedado de pie en el umbral sin atreverme a hacer ruido y no oía otro que el de su aliento que iba a expirar en sus labios, a intervalos intermitentes y regulares, como

un reflujo, pero más adormecido y más dulce y, en el momento en que mi oído recogía ese sonido divino, me parecía que era —condensada en él— toda la persona, toda la vida de la encantadora cautiva, extendida ahí ante mis ojos. Por la calle pasaban coches ruidosos, pero su rostro permanecía tan inmóvil, tan puro, y su aliento tan ligero, reducido a la simple expiración del aire necesaria. Después, al ver que no resultaría turbado su sueño, avanzaba prudente, me sentaba en la silla que estaba junto a la cama y después en la propia cama. Pasé veladas encantadoras hablando, jugando, con Albertine, pero nunca tan dulces como cuando la miraba dormir. De nada servía que tuviera, al charlar, al jugar a las cartas, esa naturalidad que una actriz no habría podido imitar: la que me ofrecía el sueño era una naturalidad más profunda, una naturalidad de segundo grado. Su melena, que bajaba a lo largo de su rosado rostro, estaba situada junto a ella en la cama y a veces un mechón aislado y derecho hacía el mismo efecto de perspectiva que esos árboles lunares, menudos y pálidos, que vemos, muy derechos, en el fondo de los cuadros rafaelescos de Elstir. En cambio, si los labios de Albertine estaban cerrados, por el modo como estaba yo situado, sus párpados parecían tan poco ajustados, que casi habría podido preguntarme si de verdad estaba dormida. Aun así, aquellos párpados bajados infundían a su rostro esa continuidad perfecta que no interrumpen los ojos. Hay personas cuya cara adquiere una belleza y una majestad desacostumbradas a poco que dejen de tener mirada. Yo medía con los ojos a Albertine tendida a mis pies. A veces, la recorría una agitación ligera e inexplicable como los follajes que una brisa inesperada convulsiona por unos instantes. Se tocaba el pelo y después, al no haberlo hecho como quería, volvía a llevarse la mano hasta él con movimientos tan seguidos, tan voluntarios, que me convencían de que iba a despertarse. En modo alguno: recobraba la calma en el sueño que no había perdido. En adelante seguía inmóvil. Se había puesto la mano sobre el pecho con un abandono del brazo tan ingenuamente pueril, que, al contemplarla, me veía obligado a

reprimir la sonrisa que con su seriedad, su inocencia y su gracia, nos inspiran los niños. A mí, que conocía a varias Albertines en una sola, me parecía ver muchas otras descansar junto a mí. Sus cejas arqueadas, como no las había visto nunca, rodeaban los globos de sus párpados como un dulce nido de alción. Razas, atavismos, vicios descansaban en su rostro. Siempre que desplazaba la cabeza, creaba una mujer nueva, con frecuencia insospechada para mí. Me parecía que no poseía a una, sino a innumerables muchachas. Su respiración, cada vez más profunda, elevaba regularmente su pecho y, por encima de éste, sus manos cruzadas, sus perlas, desplazadas de forma diferente por el mismo movimiento, como esas barcas, esas cadenas de amarre que hace oscilar el movimiento de la ola. Entonces, al notar que el sueño estaba en su momento más profundo y que no chocaría con escollos de conciencia, cubiertos ahora por el pleno mar del sueño profundo, saltaba yo, deliberadamente y sin hacer ruido, a la cama, me acostaba junto a ella, le cogía la cintura con uno de mis brazos, ponía mis labios sobre su mejilla y su corazón y después posaba sobre todas las partes de su cuerpo la mano que me había quedado libre y que era elevada también, como las perlas, por la respiración de Albertine; yo mismo me veía ligeramente desplazado por su movimiento regular. Me había embarcado en el sueño de Albertine.

A veces, me hacía saborear un placer menos puro. Para ello no necesitaba movimiento alguno, pegaba mi pierna a la suya, como un remo que se deja arrastrar y al que se imprime de vez en cuando una oscilación ligera, semejante al batir intermitente del ala que experimentan la aves que duermen en el aire. Para mirarla, elegía esa faz de su rostro que no se veía nunca y que era tan hermosa. Se comprende, si acaso, que las cartas que nos escribe alguien sean casi semejantes entre sí y tracen una imagen bastante diferente de la persona a la que conocemos para que constituyan una segunda personalidad, pero ¡cuánto más extraño es que una mujer quede juntada —como Rosita a Doodica— a otra cuya belleza diferente hace inducir otro carácter y que para ver a una haya que

colocarse de perfil y para la otra de cara! Al volverse más fuerte el sonido de su respiración, podía dar la falsa ilusión del jadeo del placer y, cuando el mío tocaba a su fin, podía besarla sin haber interrumpido su sueño. En esos momentos me parecía que acababa de poseerla más completamente, como algo inconsciente y sin resistencia de la muda naturaleza. No me inquietaban las palabras que ella dejaba a veces escapar al dormir, su significado me eludía y, por lo demás, fuera cual fuese la persona desconocida a la que hubieran designado, en mi mano, en mi mejilla, era en las que su mano, a veces animada por un ligero estremecimiento, se crispaba un instante. Yo saboreaba su sueño con un amor desinteresado y apaciguador, así como permanecía horas escuchando el romper de una ola. Tal vez sea necesario que las personas nos hagan sufrir mucho para que en los momentos de remisión nos procuren esa misma calma apaciguadora de la naturaleza. No tenía que responderle como cuando hablábamos e incluso habría podido callarme, como hacía también, cuando hablaba ella, y, al oírla hablar, no penetraba tan profundamente en las profundidades de su ser. Al seguir oyendo, al recoger de instante en instante, el murmurio, apaciguador como una brisa imperceptible, de su puro aliento, lo que tenía ante mí era toda una existencia fisiológica; me habría quedado mirándola, escuchándola, tanto tiempo como cuando permanecía en tiempos tumbado en la playa, a la luz de la luna. A veces parecía que la mar se ponía gruesa, que se dejaba sentir la tormenta hasta la bahía, y me ponía como ella a escuchar el rugido de su aliento, al roncar.

A veces, cuando ella tenía demasiado calor, se quitaba, casi dormida ya, el quimono y lo arrojaba a un sillón. Mientras dormía, yo me decía que todas sus cartas estaban en el bolsillo interior de dicho quimono, donde siempre las guardaba. Una firma, una cita concedida, habrían servido para demostrar una mentira o disipar una sospecha. Cuando notaba que el sueño de Albertine era muy profundo, bajaba al pie de su cama, donde la contemplaba desde hacía mucho sin hacer un movimiento, y, presa de una curiosidad

ardiente, al sentir el secreto de aquella vida ofrecido, fláccido y sin defensa, en aquel sillón, aventuraba un paso. Tal vez diera yo aquel paso también porque contemplar a alguien que duerme sin moverse acaba fatigando y así, de puntillas, volviéndome sin cesar para cerciorarme de que Albertine no se había despertado, me acercaba al sillón. Ahí me detenía, me quedaba largo rato mirando el quimono, como me había quedado largo rato contemplando a Albertine, pero nunca lo toqué —y tal vez hiciera mal— ni metí la mano en el bolsillo ni miré las cartas. Al final, al ver que no me decidiría, volvía de puntillas junto a la cama de Albertine y de nuevo me ponía a contemplarla dormir, a ella, que no me decía nada, mientras yo veía sobre un brazo del sillón aquel quimono que tal vez me habría revelado muchas cosas y, así como hay quienes alquilan a cien francos por día una habitación en el hotel de Balbec para respirar el aire del mar, a mí me parecía de lo más natural gastar mucho más que eso por ella, ya que tenía su aliento junto a mi mejilla, en su boca, que entreabría con la mía, a la que pasaba por mi lengua su vida.

Pero a aquel placer de verla dormir, y que era tan dulce como el de sentirla vivir, otro le ponía fin: el de verla despertarse. Era —en grado más profundo y misterioso— el de que viviese en mi casa. Sin lugar a dudas, me resultaba grato por la tarde, cuando se apeaba del coche, que fuese a mi piso al que volviera. Más me lo resultaba que, cuando, desde el fondo del sueño, volvía a subir los últimos peldaños de la escalera de los sueños, fuese en mi habitación en la que renaciera a la conciencia y a la vida, se preguntara por un instante: «¿Dónde estoy?», y, al ver los objetos que la rodeaban, la lámpara cuya luz apenas hacía pestañear los ojos, pudiera responderse que estaba en su casa, al comprobar que se despertaba en la mía. En aquel primer momento delicioso de incertidumbre, me parecía que tomaba de nuevo posesión de ella más completamente, ya que, en lugar de que, después de haber salido, entrara en su habitación, la mía era la que, en cuanto Albertine la reconociese, iba a rodearla, contenerla, sin que los ojos

de mi amiga manifestaran turbación alguna, sino que permanecerían tan apacibles como si no hubiese dormido. Su silencio, no su mirada, era el que revelaba la vacilación del sueño.

Recuperaba el habla y decía: «Mi…» o «Mi querido», seguidos uno y otro de mi nombre de pila, lo que, al atribuir al narrador el mismo nombre que al autor de este libro, habría sido: «Mi Marcel», «Mi querido Marcel». Por esa razón yo ya no permitía que mis padres, al llamarme también «querido», privaran de su excepcionalidad aquellas deliciosas palabras que me decía Albertine. Al tiempo que las pronunciaba, hacía un mohín que cambiaba por sí misma en beso. Tan aprisa como se había dormido, hacía un rato, se había despertado.

Aquel enriquecimiento real, aquel progreso autónomo de Albertine, no eran —como tampoco mi desplazamiento en el tiempo, la contemplación de una muchacha sentada junto a mí bajo la lámpara, que la iluminaba de forma distinta que el sol, cuando de pie avanzaba a lo largo del mar— la causa importante de la diferencia que había entre mi forma de verla en aquel momento y al comienzo en Balbec. Un mayor número de años habría podido separar las dos imágenes sin propiciar un cambio tan completo; se había producido, esencial y repentino, cuando me había enterado de que mi amiga había sido casi criada por la amiga de la Srta. Vinteuil. Si en tiempos me había yo exaltado al creer ver misterio en los ojos de Albertine, ahora sólo era feliz cuando de aquellos ojos, de aquellas mejillas mismas, reflectantes como ojos, antes tan dulces, pero en seguida hurañas, lograba expulsar cualquier misterio. La imagen que buscaba, con la que me reposaba, junto a la cual me habría gustado morir, ya no era la de Albertine con una vida desconocida, era una Albertine conocida al máximo por mí (y ésa es la razón por la que aquel amor no podía ser duradero sin dejar de ser desdichado, pues, por definición, no satisfacía el deseo de misterio), era una Albertine que no reflejaba un mundo lejano, pero que no deseaba otra cosa —había instantes en que, en efecto, parecía ser así— que estar conmigo, semejante en todo a mí, una Albertine imagen de lo

que era precisamente mío y no de lo desconocido. Cuando de una hora de angustia en relación con una persona, de la incertidumbre sobre si podremos retenerla o se escapará, ha nacido, así, un amor, lleva la marca de esa revolución que lo creó, recuerda muy poco a lo que habíamos visto hasta entonces, al pensar en esa misma persona, y mis primeras impresiones ante Albertine, al borde de las olas, podían subsistir, en pequeña medida, en mi amor por ella: en realidad, esas impresiones anteriores ocupan tan sólo un lugar mínimo en un amor de esa clase, en su fuerza, en su sufrimiento, en su necesidad de dulzura y su refugio en un recuerdo apacible, apaciguador, al que nos gustaría atenernos y no saber nada más de aquella a la que amamos, aun cuando hubiera algo odioso que saber: ¡semejante amor radica en algo muy distinto! A veces yo apagaba la lámpara antes de que ella entrara. En la obscuridad, apenas guiada por la luz de un tizón, se acostaba a mi lado. Sólo mis manos, mis mejillas la reconocían sin que mis ojos —mis ojos, que con frecuencia tenían miedo de encontrarla cambiada— la vieran. De modo que, gracias a aquel amor ciego, tal vez se sintiese bañada por más ternura que de costumbre.

Yo me desvestía, me acostaba y, sentada Albertine en un extremo de la cama, reanudábamos nuestra partida o nuestra conversación interrumpida por besos y en el deseo, que es lo único que nos hace sentir interés por la existencia y el carácter de una persona, nos mantenemos tan fieles a nuestra naturaleza, mientras que, en cambio, abandonamos sucesivamente a las diferentes personas amadas, unas tras otras, por nosotros, que en cierta ocasión, al vislumbrarme en el espejo en el momento en que besaba a Albertine y la llamaba «mi niña», la triste y apasionada expresión de mi propio rostro, semejante a como habría sido en otro tiempo junto a Gilberte y que yo ya no recordaba, a lo que sería tal vez un día junto a otra, si llegaba a olvidar a Albertine, me hizo pensar que, independientemente de las consideraciones de persona (pues el instinto hace que consideremos a la actual la única verdadera), estaba yo cumpliendo con los deberes de una devoción ardiente y

dolorosa dedicada como una ofrenda a la juventud y la belleza de la mujer. Y, sin embargo, con ese deseo que honra con un «exvoto» a la juventud y también con los recuerdos de Balbec, se mezclaba —en la necesidad que tenía yo de mantener todas las noches a Albertine a mi lado— algo que había sido ajeno a mi vida, al menos la amorosa, hasta entonces, aun cuando no fuese enteramente nuevo en ella. Era una capacidad de apaciguamiento como no había experimentado yo desde las lejanas noches de Combray, en que mi madre, inclinada sobre mi cama, venía a traerme el sosiego con un beso. Cierto es que en aquella época, si me hubiesen dicho que yo no era del todo bueno y sobre todo que alguna vez intentaría privar a alguien de un placer, me habría extrañado mucho. Seguramente me conocía a mí mismo muy mal entonces, pues mi placer de tener a Albertine viviendo en mi casa era mucho menos un placer positivo que el de haber retirado del mundo, donde todos podían disfrutarla, a su vez, a la muchacha en flor que, aunque no me procurara un gran gozo, al menos privaba a los otros de él. La ambición, la gloria, me habrían dejado indiferente. Aún más me sentía incapaz de experimentar el odio y, sin embargo, amar carnalmente era, de todos modos, para mí gozar de un triunfo sobre tantos competidores. Nunca me cansaré de decirlo: más que nada, era un apaciguamiento.

Por mucho que hubiese yo dudado de Albertine, antes de que hubiera vuelto a casa, y la hubiese imaginado en la habitación de Montjouvain, una vez que se había sentado en bata frente a mi sillón o —si, como era más frecuente, yo había seguido tumbado— al pie de mi cama, le atribuía mis dudas, se las entregaba para que ella me las disipara, con la abdicación de un creyente que pronuncia su oración. Podía haber pasado toda la velada, traviesamente ovillada como una bola, jugando conmigo como una gran gata; su naricilla rosada, disminuida aún más en la punta con una mirada coqueta que le atribuía la finura privilegiada de ciertas personas un poco gruesas, había podido infundirle un semblante travieso y encendido, había podido dejar caer un mechón de su largo pelo negro sobre su

mejilla de cera rosada y, tras cerrar a medias los ojos y descruzar los brazos, haber parecido decirme: «Haz conmigo lo que quieras». Cuando, en el momento de separarse de mí, se me acercaba para darme las buenas noches, la dulzura, que había llegado a ser casi familiar, era lo que yo besaba a los dos lados de su potente cuello, que entonces nunca me parecía lo bastante moreno ni granulado, como si esas sólidas cualidades hubieran estado en relación con alguna bondad leal en Albertine.

«¿Vendrás con nosotras mañana, niño malo?», me preguntaba antes de dejarme. «¿Adónde vais a ir?». «Dependerá del tiempo y de ti. ¿Has escrito algo antes, al menos, queridito mío? ¿No? Entonces más valía que hubieras venido a pasear. A propósito, dime: antes, cuando he vuelto, ¿has reconocido mis pasos? ¿Has adivinado que era yo?». «Naturalmente. ¡Cómo iba a equivocarme! ¿Acaso no reconocería de entre mil los pasos de mi pocholita? Y que me permita descalzarla antes de que vaya a acostarse me dará mucho gusto. Estás tan simpática y tan rosada con toda esa blancura de encaje…».

Así le respondía yo; entre las expresiones carnales, el lector reconocerá otras propias de mi madre y mi abuela, pues, poco a poco, iba pareciéndome a todos mis parientes: a mi padre, que —de forma muy distinta a la mía, desde luego, pues, si bien las cosas se repiten, lo hacen con grandes variaciones— tanto se interesaba por el tiempo que hacía, y no sólo a mi padre, sino también y cada vez más a mi tía Léonie, enteramente impregnada de devoción y con quien yo —tan apasionado por los placeres, totalmente distinto en apariencia de aquella maníaca, quien nunca había conocido ninguno y se pasaba todo el día rezando el rosario, yo, que sufría por no poder hacer realidad una vida literaria, mientras que ella había sido la única persona de la familia que no había podido comprender aún que leer era algo diferente de pasar el tiempo y «divertirse», lo que volvía, incluso en época pascual, permisible la lectura en domingo, día en el que cualquier ocupación seria está prohibida a fin de que sea únicamente santificado por la oración— habría jurado no tener

ni un punto en común. De no haber sido por eso, Albertine no habría podido ser para mí otra cosa que una razón para salir, para no dejarla sola, sin mi control. Ahora bien, aunque todos los días encontrara yo la causa en una indisposición particular, lo que con tanta frecuencia me obligaba a permanecer acostado no era Albertine, no una persona a la que yo amaba, sino una —transmigrada en mí, despótica hasta el punto de hacer callar a veces mis sospechas celosas o al menos ir a ver si tenían o no fundamento— con mayor poder sobre mí que una amada: mi tía Léonie. ¿Era bastante que me pareciera con exageración a mi padre hasta el extremo de no contentarme con consultar, como él, el barómetro, sino volverme yo también un barómetro vivo? ¿Era bastante que me dejara gobernar por mi tía Léonie para quedarme observando el tiempo, pero desde mi habitación o incluso desde mi cama? Resulta que así mismo hablaba yo entonces a Albertine: ora como el niño que había sido en Combray hablando a mi madre ora como mi abuela. Cuando hemos superado cierta edad, el alma del niño que fuimos y la de los muertos de los que procedemos vienen a arrojarnos a puñados sus riquezas y sus infortunios y pretenden cooperar con los nuevos sentimientos que experimentamos y en los que los refundamos —borrando su antigua efigie— en una creación original. Así, todo mi pasado desde mis años más antiguos y, más allá de éstos, el pasado de mis padres mezclaban con mi impuro amor por Albertine la dulzura de un cariño a la vez filial y maternal. A partir de cierto momento, debemos recibir a todos nuestros parientes llegados de tan lejos y reunidos en torno a nosotros.

Antes de que Albertine me hubiera obedecido y se hubiese quitado los zapatos, yo le entreabría la blusa. Sus dos senitos erguidos eran tan redondos, que, más que formar parte de su cuerpo, parecían haber madurado en él como dos frutos y su vientre —disimulando el lugar que en el hombre se afea como con el gancho que queda en una estatua arrancada— se volvía a cerrar, en la confluencia de los muslos, mediante dos valvas de una curva tan adormecida, tan relajante, tan claustral como la del horizonte

cuando ha desaparecido el sol. Se quitaba los zapatos y se acostaba junto a mí.

¡Oh, grandes actitudes del Hombre y de la Mujer en las que intenta unirse, con la inocencia de los primeros días y la humildad de la arcilla, lo que la Creación ha separado, en las que Eva está asombrada y sumisa ante el Hombre junto al cual se despierta, como él mismo, aún solo, ante Dios, que lo formó! Albertine anudaba los brazos detrás de su melena negra, con la abultada cadera y la pierna caída con una inflexión de cuello de cisne que se alarga y se curva para volver sobre sí mismo. Sólo había un aspecto de su cara —tan buena y tan hermosa de frente— que, cuando estaba totalmente de lado, no podía yo soportar, que —ganchudo como en ciertas caricaturas de Leonardo— parecía revelar la maldad, la codicia de ganancia, la perfidia de una espía, cuya presencia en mi casa me habría horrorizado y parecía desenmascarada por esos perfiles. Al instante cogía yo la cara de Albertine con mis manos y volvía a ponerla de frente.

«Sé bueno, prométeme que, si mañana no vienes con nosotras, trabajarás», decía mi amiga, mientras volvía a ponerse la blusa. «Sí, pero no te pongas aún la bata». A veces acababa durmiéndome a su lado. La habitación se había enfriado y hacía falta leña. Yo intentaba encontrar el timbre a mi espalda; no lo conseguía, tras palpar todos los barrotes de cobre que no eran aquéllos entre los cuales colgaba, y decía a Albertine, quien había saltado de la cama para que Françoise no nos viera uno junto al otro: «No, vuelve a subir un segundo, que no encuentro el timbre».

Instantes dulces, alegres, inocentes en apariencia y en los que, sin embargo, se acumula la posibilidad del desastre, lo que hace de la vida amorosa la más marcada de todas por los contrastes, aquella en que la lluvia imprevisible de azufre y pez cae después de los momentos más risueños y en la que después, sin tener el valor de sacar las enseñanzas que se desprenden de la desgracia, volvemos a construir inmediatamente en los flancos del cráter, de donde no podrá salir otra cosa que la catástrofe. Yo tenía la despreocupación

de quienes creen duradera su felicidad. Precisamente porque esa dulzura ha sido necesaria para engendrar el dolor —y volverá, por lo demás, a calmarlo mediante intermitencias— pueden los hombres ser sinceros con el prójimo e incluso consigo mismos, cuando se vanaglorian de la bondad de una mujer para con ellos, aunque, mirándolo bien, por su relación circula constantemente —de forma secreta, inconfesada a los demás o revelada involuntariamente por preguntas, averiguaciones— una inquietud dolosa, pero ésta no habría podido nacer sin el dolor previo; incluso después, el dolor intermitente es necesario para volver soportable el sufrimiento y evitar las rupturas y la disimulación del infierno secreto que es la vida común con esa mujer, hasta la ostentación de una intimidad cuya dulzura se alega, expresa un punto de vista verdadero, un vínculo general del efecto con la causa, uno de los modos como resulta posible la producción del dolor.

Ya no me asombraba que Albertine estuviera allí y fuese a salir el día siguiente sólo conmigo o con la protección de Andrée. Esas costumbres de vida en común, esas grandes líneas que delimitaban mi existencia y dentro de las cuales nadie, excepto Albertine, podía penetrar y también las líneas lejanas, paralelas a éstas y más vastas —en el plano futuro, aún desconocido para mí, de mi vida ulterior, como el trazado por un arquitecto para monumentos que no se erigirán hasta mucho después— mediante las cuales se esbozaba en mí, como una ermita aislada, la fórmula un poco rígida y monótona de mis amores futuros, habían sido trazadas, en realidad, aquella noche en Balbec en la que, después de que Albertine me revelara en el tren-tranvía quién la había criado, había querido yo a toda costa substraerla a ciertas influencias e impedirle estar alejada de mi presencia durante unos días. Se habían sucedido los días y aquellas costumbres se habían vuelto maquinales, pero, como en el caso de esos ritos cuyo significado intenta reencontrar la Historia, habría podido yo decir —y no lo habría deseado— a quien me hubiera preguntado lo que significaba aquella vida retirada, en la que me secuestraba a mí mismo hasta el punto de no ir ya al teatro,

que se debía a la ansiedad de una noche y la necesidad de demostrarme a mí mismo en días posteriores que aquella de cuya enojosa infancia me había enterado no tendría la posibilidad, si la hubiera deseado, de exponerse a las mismas tentaciones. Yo ya raras veces pensaba en esas posibilidades, pero, aun así, debían de permanecer vagamente presentes en mi conciencia. Su destrucción —o el intento de lograrla— día tras día era seguramente el motivo por el que me resultaba tan dulce besar aquellas mejillas que no eran más hermosas que muchas otras; bajo toda dulzura carnal un poco profunda hay la permanencia de un peligro.

* * *

Había yo prometido a Albertine que, si no salía con ella, volvería a dedicarme al trabajo, pero, el día siguiente, como si, aprovechando nuestros sueños, la casa hubiera viajado milagrosamente, me desperté con un tiempo distinto, en otro clima. No se trabaja en el momento en que se desembarca en un país nuevo, a cuyas condiciones hay que adaptarse. Ahora bien, todos los días eran para mí países diferentes. ¿Cómo iba yo a reconocer mi propia pereza bajo las formas nuevas que adoptaban? Unas veces, en días irremediablemente malos, según decían, nada, salvo la residencia en la casa situada en medio de una lluvia igual y continua, presentaba la deliciosa calma, el silencio sedante, el interés de una navegación; otra vez, en un día claro, permanecer inmóvil en mi cama era dejar girar las sombras en torno a mí como en torno a un tronco de árbol. En otras ocasiones, con los primeros sones de campanas de un convento vecino, tan escasos como las devotas matinales, que apenas blanqueaban el cielo obscuro con sus aguaceros inciertos creados y dispersados por el viento tibio, había yo advertido uno de esos días tempestuosos, desordenados y gratos, en que los tejados, mojados por una ola intermitente que

seca un soplo o un rayo, dejan deslizar, arrullándose, una gota de lluvia y, en espera de que el viento vuelva a virar, pulen, al sol momentáneo que los irisa, sus pizarras tornasoladas; uno de esos días con tantos cambios de tiempo, incidentes aéreos, tormentas, que el perezoso no cree haberlos perdido, porque se ha interesado por la actividad desplegada, a falta de él, por la atmósfera, actuando en cierto modo en su lugar; días —semejantes a las épocas de motines o de guerra— que no parecen vacíos a un colegial que ha decidido hacer novillos, porque en los alrededores del Palacio de Justicia o leyendo los periódicos tiene la falsa ilusión de encontrar en los acontecimientos habidos, a falta del trabajo que no ha hecho, un provecho para su inteligencia y una excusa para su ociosidad; días, por último, con los que se pueden comparar los marcados en nuestra vida por alguna crisis excepcional de cuyo posible desenlace feliz quien nunca ha hecho nada cree poder obtener costumbres laboriosas: por ejemplo, es la mañana en que sale para un duelo que va a celebrarse en condiciones particularmente peligrosas; entonces se le aparece de repente —en el momento en que tal vez vayan a quitársela— el valor de una vida que habría podido aprovechar para comenzar una obra o simplemente disfrutar de los placeres, cosa que no ha sabido hacer en absoluto. «Si pudiera conseguir que no me mataran», piensa, «¡cómo volvería a dedicarme al trabajo al cabo de un minuto y, además, cómo me divertiría!». En efecto, la vida ha adquirido de repente para él un valor mayor, porque le atribuye todo lo que parece que podría dar, al parecer, y no lo poco que obtiene de ella habitualmente. La ve conforme a su deseo, no con el cariz que, como su experiencia le ha enseñado, sabía atribuirle, es decir, tan mediocre. Está al instante llena de los trabajos, los viajes, las excursiones por montañas, todas las cosas bellas que el resultado funesto de ese duelo podría —se dice— volver imposibles, sin pensar en que lo eran ya antes de que se plantease siquiera el duelo, por malos hábitos que, aun sin éste, habrían continuado. Regresa a casa sin haber resultado herido siquiera, pero vuelve a encontrar los mismos obstáculos para los

placeres, las excursiones, los viajes, para todo aquello de lo que había temido por un instante verse despojado para siempre por la muerte; para todo ello basta la vida. En cuanto al trabajo —al tener las circunstancias excepcionales el efecto de exaltar lo que existía previamente en el hombre: en el laborioso el trabajo y en el ocioso la pereza— se concede un permiso.

Yo hacía como él y como había hecho siempre desde mi antigua resolución de ponerme a escribir, que había adoptado en tiempos, pero me parecía datar de ayer, porque había considerado todos los días, uno tras otro, inadecuados. Lo mismo hacía con aquel al que me refiero, dejando pasar sus chaparrones y sus escampadas y prometiéndome comenzar a trabajar el día siguiente, pero yo ya no era en él el mismo bajo un cielo sin nubes; el dorado son de las campanas no entrañaba sólo, como la miel, luz, sino también la sensación de la luz (y también el sabor soso de las mermeladas, porque en Combray se había quedado rezagado con frecuencia como una avispa en una mesa en la que ya se han retirado los cubiertos). En aquel día de sol esplendoroso, permanecer todo él con los ojos cerrados era algo permitido, habitual, salubre, agradable, estacional, como mantener las persianas cerradas contra el calor. Con un tiempo así, al comienzo de mi segunda estancia en Balbec, oía yo los violines de la orquesta entre corrientes azuladas de la marea ascendente. ¡Cuánto más poseía yo a Albertine ahora! Había días en que el sonido de una campana que daba la hora llevaba en la esfera de su sonoridad una placa tan fresca, tan intensamente cargada de humedad o de luz, que era como una traducción para ciegos o, si se quiere, como una traducción musical del encanto de la lluvia o del encanto del sol. De modo que en aquel momento, con los ojos cerrados, en mi cama, me decía que se puede transponerlo todo y que un universo sólo audible podría ser tan variado como el otro. Remontando perezosamente de día en día, como en una barca, y viendo aparecer ante mí siempre nuevos recuerdos encantados —que no elegía, que, un instante antes, me resultaban invisibles y que mi memoria me presentaba, uno tras

otro, sin que pudiera elegirlos— proseguía perezosamente por aquellos espacios unidos mi paseo al sol.

Aquellos conciertos matinales de Balbec no eran antiguos y, sin embargo, en aquella época relativamente cercana, poco me interesaba Albertine. Ni siquiera en los primerísimos días de la llegada había tenido yo noticia de su presencia en Balbec. Entonces, ¿por quien la había sabido? ¡Ah! Sí, por Aimé. Hacía un sol hermoso como éste. ¡El bueno de Aimé! Se alegraba de volver a verme, pero no le gustaba Albertine. No podía ésta gustar a todo el mundo. Sí, fue él quien me anunció que estaba en Balbec. ¿Y cómo lo sabía? ¡Ah! La había visto y le había causado mala impresión. En aquel momento, al abordar el relato de Aimé por una vertiente distinta de la que me había presentado en el momento en que lo había hecho, mi pensamiento, que hasta entonces había navegado sonriendo por aquellas aguas bienaventuradas, estallaba de pronto como si hubiera chocado con una mina invisible y peligrosa, insidiosamente colocada en aquel punto de mi memoria. Me había dicho que la había conocido, que le había causado mala impresión. ¿Qué habría querido decir con lo de mala impresión? Yo había entendido que por su vulgaridad, porque, para contradecirlo de antemano, había declarado yo que era distinguida, pero no, tal vez se hubiese referido a su estilo gomorreo. Estaba con una amiga, tal vez estuvieran cogidas de la cintura, mirasen a otras mujeres, tuvieran, en efecto, un «estilo» que yo nunca había visto en Albertine, cuando estaba en mi presencia. ¿Quién sería la amiga? ¿Dónde se habría encontrado Aimé a aquella odiosa Albertine? Yo intentaba recordar exactamente lo que me había dicho Aimé, para ver si podía estar relacionado con lo que me imaginaba o si se refería sólo a modales comunes, pero, por mucho que me lo preguntara, la persona que se hacía la pregunta y la que podía ofrecer el recuerdo eran —¡ay!— una y la misma —yo—, que se desdoblaba momentáneamente, pero sin añadirse nada. Por mucho que interrogara, era yo quien respondía y no averiguaba nada nuevo. Ya no pensaba en la Srta. Vinteuil. El ataque de celos que

sufría, nacido de una sospecha nueva, era nuevo también o, mejor dicho, era la simple prolongación, la extensión, de dicha sospecha; tenía el mismo escenario, ya no era Montjouvain, sino la carretera en que Aimé se había encontrado a Albertine; los objetos eran las amigas una u otra de las cuales podía ser la que estaba con Albertine aquel día. Tal vez fuera una tal Élisabeth o tal vez esas dos muchachas a las que Albertine había mirado en el espejo del casino, cuando no parecía verlas. Seguramente tenía relaciones con ellas y, por lo demás, también con Esther, la prima de Bloch. Semejantes relaciones —si me las hubiese revelado un tercero— habrían bastado para matarme a medias, pero, como era yo quien las imaginaba, procuraba añadir la suficiente incertidumbre para amortiguar el dolor. Diariamente llegamos a absorber, en forma de sospechas, dosis enormes de esa idea misma de que nos engañan, una cantidad muy pequeña de la cual, inoculada por la picadura de una palabra desgarradora, podría resultar mortal y seguramente por eso, y por un derivado del instinto de conservación, el mismo celoso no vacila en concebir sospechas atroces a propósito de hechos inocentes, a condición de negar —ante la primera prueba que le aporten— la evidencia. Por lo demás, el amor es un mal incurable, como esas diátesis en las que, cuando el reumatismo da tregua, es para ceder el paso a migrañas epileptiformes. Si se calmaba la sospecha celosa, yo reprochaba a Albertine no haber estado tierna, tal vez haberse burlado de mí con Andrée. Yo pensaba con espanto en la idea que debía de haberse hecho, si Andrée le había repetido todas nuestras conversaciones: el futuro me parecía atroz. Aquellas tristezas sólo me abandonaban, si una nueva sospecha celosa me lanzaba a otras pesquisas o si, al contrario, las manifestaciones de cariño de Albertine volvían insignificante mi felicidad. ¿Cuál podía ser aquella otra muchacha? Tenía que escribir a Aimé, intentar verlo y después comprobaría sus afirmaciones hablando con Albertine, confesándola. Entretanto, convencido de que debía de ser la prima de Bloch, pedí a éste, quien en modo alguno entendió para qué lo

hacía, que me enseñara sólo una fotografía de ella o, mejor, que, en caso de necesidad, me la presentase.

¡Cuán ávidos de conocer a personas, ciudades, caminos nos vuelven, así, los celos! Son una sed de saber gracias a la cual, en puntos aislados unos de otros, acabamos teniendo sucesivamente todas las ideas posibles sobre lo que desearíamos. Nunca se sabe si nacerá una sospecha, pues de repente recordamos una frase que no estaba clara, una coartada que no se había aducido sin intención. Sin embargo, aunque no hayamos vuelto a ver a la persona, hay unos celos retrospectivos, que no nacen hasta después de habernos separado de ella, unos celos de la escalera. Tal vez la costumbre que había adquirido yo tantos años atrás de conservar en lo más profundo de mí —sin haberlos satisfecho— ciertos deseos —el de una muchacha de la alta sociedad, como las que veía yo pasar por mi ventana, seguidas de su institutriz, y, en particular, de aquella de quien me había hablado Saint-Loup, que iba a las casas de citas; el de doncellas hermosas y, en particular, la de la Sra. Putbus; el de ir al campo al comienzo de la primavera a volver a ver majuelos, manzanos en flor, tormentas; el de Venecia; el de ponerme a trabajar; el de hacer una vida como la de todo el mundo— y contentarme con la promesa hecha a mí mismo de no olvidar satisfacerlos algún día, esa costumbre del aplazamiento perpetuo, de lo que el Sr. de Charlus condenaba con el nombre de procrastinación, hubiera llegado a generalizarse tanto en mí, que se apoderaba también de mis sospechas celosas y, al tiempo que me hacía tomar mentalmente nota de que no dejaría de tener algún día una explicación con Albertine sobre la muchacha (tal vez las muchachas: aquella parte del relato estaba confusa, borrosa o, lo que es lo mismo, indescifrable en mi memoria) con la cual —o las cuales— se la había encontrado Aimé, me hiciera retrasar dicha explicación. En todo caso, no iba a hablar de ello a mi amiga aquella noche para no arriesgarme a parecer celoso y enojarla. Sin embargo, cuando el día siguiente Bloch me envió la fotografía de su prima Esther, me apresuré a hacérsela llegar a Aimé y en el mismo

minuto recordé que Albertine me había denegado por la mañana un placer que habría podido fatigarla, en efecto. ¿Sería, entonces, para reservárselo a alguna otra persona, aquella tarde tal vez? ¿A quién? Así resultan interminables los celos, pues, aun cuando el ser querido no puede —por haber muerto, por ejemplo— provocarlos con sus actos, hay recuerdos que, después de cualquier acontecimiento, se comportan de repente en nuestra memoria también como acontecimientos, recuerdos que no habíamos aclarado hasta entonces, que nos habían parecido insignificantes y a los que basta nuestra propia reflexión sobre ellos, sin suceso exterior alguno, para darles un sentido nuevo y terrible. No hace falta ser dos, basta con que estemos solos en la habitación pensando para que se produzcan nuevas traiciones de nuestra amante, aunque esté muerta. Por eso, no se debe temer —en el amor, como en la vida habitual— sólo el futuro, sino también el pasado incluso, que con frecuencia no se realiza para nosotros hasta después del futuro y no nos referimos sólo al aplazado del que nos enteramos más adelante, sino al que hemos conservado desde hace mucho dentro de nosotros y que de repente aprendemos a leer.

Poco importa, estaba yo muy contento, al acabar la tarde, de que faltara poco para la hora en que iba a poder pedir a la presencia de Albertine el sosiego que necesitaba. Por desgracia, la velada que llegó fue de las que no me traían el sosiego, en las que el beso que Albertine me daría, al separarse de mí, muy diferente del habitual, me calmaría tan poco como en tiempos el de mi madre, cuando estaba enfadada y no me atrevía yo a llamarla, pero sabía que no podría conciliar el sueño. Aquellas veladas eran ahora aquellas en que Albertine había concebido para el día siguiente algún proyecto que quería ocultarme. Si me lo hubiera confiado, yo habría dedicado a garantizar su realización un ardor que nadie habría podido inspirarme tanto como Albertine, pero no me decía nada y, por lo demás, no necesitaba decir nada: en cuanto había entrado, en la puerta misma de mi habitación, sin que se hubiera quitado aún el sombrero o la toca de la cabeza, ya había visto yo el deseo

desconocido, reacio, encarnizado, indomable. Ahora bien, se trataba con frecuencia de las noches en que yo había esperado su regreso con los pensamientos más cariñosos, en que pensaba saltarle al cuello con la mayor ternura. Desacuerdos como los que yo había tenido con frecuencia con mis padres, a los que veía fríos e irritados en el momento en que corría junto a ellos, desbordante de cariño, no son nada —¡ay!— en comparación con los que se producen entre dos amantes. En estos casos el sufrimiento es menos superficial, es mucho más difícil de soportar, tiene su sede en una capa más profunda del corazón. Sin embargo, aquella noche Albertine no pudo por menos de hablarme del proyecto que había concebido; comprendí al instante que quería ir el día siguiente a hacer una visita a la Sra. Verdurin, que, en sí misma, no me habría contrariado en modo alguno, pero seguro que era para reunirse con alguien, para preparar algún placer. De lo contrario, no se habría empeñado tanto en hacerla. Quiero decir que no me habría repetido que no le importaba demasiado. Yo había seguido en mi vida un camino inverso al de los pueblos que no utilizan la escritura fonética hasta después de haber considerado los caracteres sólo como una serie de símbolos; yo, que durante tantos años había buscado la vida y el pensamiento reales de las personas en el enunciado directo que de ellos me brindaban voluntariamente, por su culpa había llegado, al contrario, a no conceder ya importancia sino a los testimonios que no son una expresión racional y analítica de la verdad; las palabras mismas no me informaban, salvo a condición de interpretarlas como un aflujo de sangre a la cara de una persona que siente turbación, al modo también de un silencio sufrido. Determinado adverbio (empleado, por ejemplo, por el Sr. de Cambremer, cuando creía que yo era «escritor» y que, sin haberme hablado aún, se había vuelto hacia mí —al contar una visita que había hecho a los Verdurin— para decirme: «Estaba *precisamente* De Borrelli») salta en una conflagración por el acercamiento involuntario, a veces peligroso, de dos ideas que el interlocutor no expresaba y del cual —mediante determinados métodos de análisis

o electrólisis apropiados— podía yo extraerlas, me revelaba más que un discurso. Albertine dejaba a veces figurar en sus palabras tal o cual de esas preciosas amalgamas que yo me apresuraba a «tratar» para transformarlas en ideas claras.

Por lo demás, una de las cosas más terribles para el enamorado es que, si bien los hechos particulares —que sólo la experiencia, el espionaje, entre tantas realizaciones posibles, permitirán conocer— son tan difíciles de averiguar, la verdad, en cambio, es muy fácil de desentrañar o simplemente de presentir. Con frecuencia la había yo visto en Balbec dirigir a muchachas que pasaban una mirada brusca y prolongada, semejante a una caricia, después de la cual, si yo las conocía, me decía: «¿Y si las llamáramos? Me gustaría injuriarlas». Y desde hacía un tiempo, desde que me había calado seguramente, ya no había petición alguna de invitar a nadie, palabra alguna, ni un desvío siquiera de las miradas, carentes ya de objeto y silenciosas, acompañadas de una expresión distraída y vacía, tan reveladora como en tiempos su imantación. Ahora bien, me resultaba imposible hacerle reproches o formularle preguntas a propósito de cosas que había calificado de tan mínimas, tan insignificantes, y en las que me había fijado por el placer de «buscarle tres pies al gato». Ya resulta difícil decir: «¿Por qué has mirado a tal persona que pasaba?», pero mucho más aún: «¿Por qué no la has mirado?». Y, sin embargo, sabía yo —o, al menos, habría sabido— perfectamente si había preferido creer esas afirmaciones de Albertine antes que todas las naderías comprendidas en una mirada, demostradas por ésta, y tal o cual contradicción en las palabras, de la que con frecuencia no me daba cuenta hasta mucho después de haberme separado de ella, que me hacía sufrir toda la noche y a la que ya no me atrevía a referirme de nuevo, pero que no por ello dejaba de honrar de vez en cuando mi memoria con sus visitas periódicas. En el caso de aquellas simples miradas furtivas o desviadas en la playa de Balbec o en las calles de París, podía preguntarme con frecuencia si no sería la persona que las provocaba no sólo un objeto de deseo en el momento en el que pasaba, sino también una antigua conocida o

una muchacha de la que le hubieran hablado con insistencia, cosa que, cuando yo me enteraba, me dejaba estupefacto, pues se trataba de una persona totalmente ajena al círculo de Albertine, pero la Gomorra moderna es un rompecabezas compuesto de trozos que proceden de donde menos los esperaríamos. Así, por ejemplo, en cierta ocasión vi en Rivebelle una gran cena a cuyas diez invitadas conocía yo por casualidad, al menos de nombre, lo más desemejantes posible y, aun así, perfectamente reunidas, hasta el punto de que nunca vi una cena tan armónica, pese a su heterogeneidad.

Volviendo a las jóvenes que pasaban, Albertine nunca habría mirado a una señora de edad o a un anciano con tanta fijeza o, al contrario, con reserva y como si no viera. Los maridos engañados que nada saben, saben, aun así, todo, pero hace falta un expediente más materialmente documentado para armar una escena de celos. Por lo demás, si los celos nos ayudan a descubrir cierta inclinación a mentir en la mujer a la que amamos, centuplican dicha inclinación, cuando ella ha descubierto que somos celosos. Miente (en proporciones en que nunca lo había hecho antes), ya sea por piedad o por miedo o porque se escabulla instintivamente mediante una fuga simétrica a nuestras investigaciones. Cierto es que hay amores en los que desde el comienzo una mujer ligera se ha presentado como una virtud ante el hombre que la ama, pero ¡cuántas otras abarcan dos períodos perfectamente contrastados! En el primero, la mujer habla casi fácilmente, con simples atenuaciones, de su gusto por el placer, de la vida galante que le ha brindado, cosas todas que más adelante negará con la máxima energía al mismo hombre, a quien ha notado celoso y que la espía. Éste llega hasta el extremo de lamentar la época de aquellas primeras confidencias, cuyo recuerdo, sin embargo, lo tortura. Si la mujer le hiciera otras semejantes, casi le brindaría ella misma el secreto de las faltas que en vano persigue todos los días. Y, además, ¡qué abandono, qué confianza, qué amistad demostraba con ello! Si ella no puede vivir sin engañarlo, al menos lo engañaría como amiga, contándole sus

placeres, asociándolo a ellos, y él lamenta semejante vida que el comienzo de su amor parecía esbozar, que su continuación ha vuelto imposible, al convertir dicho amor en algo atrozmente doloroso, y que volverá, según los casos, inevitable o imposible la separación.

A veces la escritura en la que yo descifraba las mentiras de Albertine, sin ser ideográfica, debía leerse simplemente al revés; así, aquella noche me había lanzado con expresión despreocupada este mensaje, destinado a pasar casi inadvertido: «Podría ser que mañana fuera a casa de los Verdurin; no sé aún si iré, porque no me apetece nada». Anagrama infantil de esta confesión: «Mañana iré a casa de los Verdurin, no cabe la menor duda, pues reviste la mayor importancia para mí». Aquella vacilación aparente significaba una voluntad firme y tenía por objeto disminuir la importancia de la visita, al tiempo que me la anunciaba. Albertine empleaba siempre el tono dubitativo para las resoluciones irrevocables. La mía no lo era menos: me las arreglaría para que la visita a casa de los Verdurin no llegara a suceder. Con frecuencia los celos no son otra cosa que una inquieta necesidad de tiranía aplicada a los asuntos del amor. Seguramente había yo heredado de mi padre ese brusco deseo arbitrario de amenazar a las personas a quienes más quería en las esperanzas con las que se arrullaban con una seguridad cuya falacia quería yo mostrarles; cuando veía que Albertine había preparado —sin que yo lo supiera, ocultándomelo— el plan de una salida que yo habría removido Roma con Santiago para facilitarle y hacer que le resultara más agradable, si me lo hubiera confiado, decía despreocupadamente —para hacerla temblar— que pensaba salir aquel día.

Empecé a proponer a Albertine otros paseos que habrían imposibilitado la visita a la casa de los Verdurin, con palabras cargadas de una fingida indiferencia bajo la cual intentaba disfrazar mi abatimiento, pero ella lo había descubierto. Encontraba en ella la fuerza eléctrica de una voluntad contraria que lo rechazaba vivamente; en los ojos de Albertine yo veía saltar chispas. Por lo

demás, ¿de qué servía atenerme a lo que decían las pupilas en aquel momento? ¿Cómo es que no había notado desde hacía mucho tiempo que los ojos de Albertine pertenecían a la familia de los que —incluso en el caso de una persona mediocre— parecen compuestos de varios fragmentos correspondientes a todos los lugares en los que la persona quiere encontrarse —y ocultarlo— ese día? Ojos siempre inmóviles y pasivos —de mentira—, pero dinámicos, mensurables mediante los metros o kilómetros que salvar para encontrarse en la cita deseada, implacablemente deseada, ojos que sonríen menos aún al placer que los tienta, que no se aureolan con la tristeza y el desánimo ante la posibilidad de que haya un obstáculo para acudir a la cita. Aun entre nuestras manos, ésas son personas en fuga. Para comprender las emociones que infunden a diferencia de otras personas, aun más hermosas, se debe tener en cuenta que no están estáticas, sino en movimiento y añadir a su persona un signo correspondiente al que en física significa velocidad.

Si alteramos su programa, nos confiesan el placer que nos habían ocultado: «¡Tenía tantas ganas de ir a merendar a las cinco con tal persona a la que tanto quiero!». Pues bien, si seis meses después llegamos a conocer a la persona de que se trate, nos enteraremos de que ésta y la muchacha cuyos proyectos habíamos alterado —quien, al verse atrapada y para que la dejáramos libre, nos había confesado que merendaba así con una persona querida todas las tardes a la hora en que no la veíamos— jamás merendaron juntas, porque aquélla decía estar muy acaparada por nosotros precisamente.

Así, la persona con quien había confesado ir a merendar, con quien nos había suplicado dejarla ir a merendar y cuyo nombre había confesado por necesidad no era ella, sino otra, ¡era otra cosa! Otra, ¿qué? Otra, ¿quién? Tal vez los ojos fragmentados, perdidos en la lejanía y tristes permitirían —¡ay!— medir las distancias, pero no indican las direcciones. El infinito campo de las posibles se extiende y si, por casualidad, la realidad se presentara ante

nosotros, estaría tan alejada de las posibles, que con un brusco aturdimiento, al ir a topar contra ese muro surgido, nos quedaríamos patidifusos. El movimiento y la fuga comprobados no son siquiera indispensables, basta con que los induzcamos nosotros. Ella nos había prometido una carta, estábamos tranquilos, ya no la amábamos. La carta no llegó, ningún correo la trajo: «¿Qué ocurre?». Renace la ansiedad y el amor. Son sobre todo esas personas quienes, para desolación nuestra, nos inspiran el amor, pues, con cada ansiedad nueva que nos hacen experimentar, su personalidad desmedra a nuestros ojos. Estábamos resignados al sufrimiento, al creer que nuestro amor estaba fuera de nosotros y nos damos cuenta de que está en relación con nuestra tristeza, de que tal vez nuestra tristeza sea nuestro amor y su objeto es en muy poca medida la muchacha de la melena negra, pero el caso es que semejantes personas son las que inspiran el amor. La mayoría de las veces, el objeto del amor es un cuerpo sólo si una emoción —el miedo a perderlo, la incertidumbre de recuperarlo— se funden en él. Ahora bien, esa clase de ansiedad presenta una gran afinidad con los cuerpos. Les añade una cualidad ajena a la propia belleza, lo que constituye una de las razones por las que vemos a hombres, indiferentes a las mujeres más bellas, amar apasionadamente a algunas que nos parecen feas. A esas personas, a esas «personas en fuga», su naturaleza y nuestra inquietud les dan alas y, aun estando a nuestro lado, su mirada nos dice que van a alzar el vuelo. La prueba de esa belleza, que sobrepasa la belleza y que añaden las alas, es que con mucha frecuencia una misma persona nos resulta sucesivamente sin alas y alada. Como temamos perderla, olvidamos a todas las demás. Estando seguros de conservarla, la comparamos con esas otras, a las que al instante preferimos, y, como esas emociones y esas certezas pueden alternar de una semana a otra, una persona puede verse una semana sacrificando todo lo que le gustaba y la semana siguiente sacrificada y así sucesivamente durante mucho tiempo, cosa que resultaría incomprensible, si no supiéramos por experiencia que todos los

hombres han de tener, al menos una vez en su vida, la experiencia de dejar de amar, de olvidar a una mujer y lo poco que es en sí misma una persona, cuando ya no es —o no es aún— permeable a nuestras emociones, y, naturalmente, si decimos «personas en fuga», también es aplicable a las personas encarceladas, las mujeres cautivas que nunca podrán ser —pensamos— nuestras. Por eso, los hombres detestan a las alcahuetas, pues éstas facilitan la fuga, hacen brillar la tentación, pero, si aman, al contrario, a mujeres enclaustradas, buscan con gusto a las alcahuetas para que las hagan salir de su cárcel y se las lleven. En la medida en que las uniones con las mujeres raptadas son menos duraderas que las otras, se debe a que el miedo a no llegar a conseguirlas o la inquietud de verlas huir constituyen enteramente nuestro amor y, una vez raptadas a su marido, arrancadas de su teatro, curadas de la tentación de abandonarnos, disociadas, en una palabra, de nuestra emoción, sea cual fuere, son sólo ellas mismas, es decir, casi nada y, después de haber sido codiciadas durante tanto tiempo, no tardan en ser abandonadas por aquel mismo que tanto temía verse abandonado por ellas.

He dicho: «¿Cómo es que no lo había yo adivinado?». Pero ¿acaso no lo había adivinado yo el primer día de Balbec? ¿Acaso no había adivinado en Albertine a una de esas muchachas bajo cuya envoltura carnal palpitan más personas ocultas —no digo que en una baraja aún en su estuche, que una catedral cerrada o un teatro antes de que entremos en ellos, sino— que en la muchedumbre inmensa y renovada? No sólo tantas personas, sino también el deseo, el recuerdo voluptuoso, la inquieta búsqueda de tantas personas. En Balbec no me había inquietado porque ni siquiera había supuesto que un día me encontraría siguiendo pistas, aun falsas. Poco importa, todo eso había atribuido para mí a Albertine la plenitud de una persona rebosante de la superposición de tantas personas, de tantos deseos y recuerdos voluptuosos de personas, y, después de que me hubiese dicho un día: «la Srta. Vinteuil», me habría gustado —no arrancarle el vestido para verle el

cuerpo, sino— contemplar a través de su cuerpo todo ese cuaderno de sus recuerdos y sus próximas y ardientes citas.

¡Qué valor más extraordinario cobran de pronto las cosas probablemente más insignificantes, cuando una persona a la que amamos (o a quien sólo faltaba esa duplicidad para que la amáramos) nos las oculta! En sí mismo, el sufrimiento no nos infunde forzosamente sentimientos de amor o de odio por la persona que lo causa: un cirujano que nos ha hecho daño nos resulta indiferente. Pero una mujer que nos ha dicho durante un tiempo que éramos todo para ella, sin que ella fuese, a su vez, todo para nosotros, una mujer a la que nos da placer ver, besar, sostener sobre nuestras rodillas, nos asombra, con sólo que sintamos una brusca resistencia a que dispongamos de ella. Entonces la decepción despierta a veces en nosotros el recuerdo olvidado de una angustia antigua, pese a saber que no ha sido provocada por esa mujer, sino por otras cuyas traiciones se escalonan en nuestro pasado. Y, por lo demás, ¿cómo tenemos el valor de desear vivir? ¿Cómo podemos hacer el menor esfuerzo para preservarnos de la muerte, en un mundo en el que el amor sólo es provocado por la mentira y sólo consiste en nuestra necesidad de ver nuestros sufrimientos mitigados por la persona que nos ha hecho sufrir? Para salir de la postración que experimentamos cuando descubrimos esa mentira y esa resistencia, tenemos el triste remedio de intentar influir —contra su voluntad, con ayuda de personas a quienes sentimos más relacionadas con su vida que nosotros mismos— en aquella que se nos resiste y nos miente, recurrir nosotros mismos a ardides, hacer que nos deteste, pero el sufrimiento de semejante amor es de los que hacen invenciblemente que el enfermo busque en un cambio de posición un bienestar ilusorio. No nos faltan —¡ay!— esos medios de acción y el horror de esos amores engendrados exclusivamente por la inquietud se debe a que damos vueltas y más vueltas en nuestra jaula de las palabras insignificantes; sin contar con que raras veces las personas por quienes los sentimos nos gustan físicamente de una forma completa, ya que no es nuestro

gusto deliberado, sino el azar de un minuto de angustia —minuto indefinidamente prolongado por nuestra debilidad de carácter, que revive todas las noches las experiencias y se rebaja hasta el extremo de recurrir a calmantes— el que ha elegido por nosotros. Seguramente mi amor por Albertine no era el más desvalido de aquellos a los que podemos vernos reducidos por falta de voluntad, pues no era enteramente platónico; me daba satisfacciones carnales y, además, ella era inteligente, pero todo eso era una redundancia. Lo que me tenía mentalmente ocupado no eran las afirmaciones inteligentes que hubiese podido formular, sino determinada palabra que despertaba en mí una duda sobre sus actos. Intentaba yo recordar si ella había dicho esto o aquello, con qué expresión, en qué momento, en respuesta a qué palabras, reconstituir toda la escena de su diálogo conmigo, en qué momento había querido ir a casa de los Verdurin, qué palabra mía había provocado en su cara expresión de enojo. Aunque se hubiera tratado del acontecimiento más importante, yo no me habría esforzado tanto para determinar su veracidad, restituir su atmósfera y su cariz exacto. Seguramente, tras haber alcanzado un grado en el que esas inquietudes nos resultan insoportables, a veces logramos calmarlas enteramente por una noche. También nosotros estamos invitados a la fiesta a la que nuestra amiga a la que amamos debe acudir y sobre cuya verdadera naturaleza llevábamos días cavilando, nuestra amiga sólo tiene en ella miradas y atenciones para nosotros, volvemos con ella y entonces —disipadas nuestras inquietudes— experimentamos un descanso tan completo, tan reparador, como el que a veces saboreamos en ese sueño profundo que sigue a las largas caminatas, pero la mayoría de las veces lo único que hacemos es cambiar de inquietud. Una de las palabras de la frase que debía calmarnos orienta nuestras sospechas por otra pista y seguramente semejante reposo merece que paguemos un precio elevado por él, pero ¿no habría sido más sencillo no comprar nosotros mismos, voluntariamente, la ansiedad y más cara aún? Por lo demás, sabemos perfectamente que, por profundas que puedan ser esas

calmas momentáneas, la inquietud podrá, de todos modos, más. Con frecuencia la renueva incluso la frase cuyo objetivo era brindarnos el descanso. Las exigencias de nuestros celos y la ceguera de nuestra credulidad son mayores de lo que podía suponer la mujer a quien amamos. Cuando espontáneamente nos jura que determinado hombre es un simple amigo para ella, nos trastorna, al informarnos de que era para ella —y no lo sospechábamos— un amigo. Mientras nos cuenta, para mostrarnos su sinceridad, cómo han tomado el té juntos, esa misma tarde, a cada palabra que dice lo invisible, lo insospechado, cobra forma ante nosotros. Confiesa que él le ha pedido que sea su amante y sufrimos el martirio ante la posibilidad de que ella haya podido escuchar sus propuestas. Según dice, las ha rechazado, pero poco después, al recordar su relato, nos preguntaremos si el rechazo es, en efecto, verídico, pues, entre las diferentes cosas que nos ha dicho, hay esa falta de vínculo lógico y necesario que, más que las cosas que nos cuenta, es la señal de la verdad y, además, es que ha puesto esa entonación desdeñosa: «Le he dicho que no, categóricamente», que vemos en todas las clases de la sociedad, cuando una mujer miente. Sin embargo, hay que agradecerle su rechazo, animarla con nuestra bondad para que en el futuro vuelva a hacernos confidencias tan crueles. Si acaso, hacemos esta observación: «Pero, si ya te había hecho propuestas, ¿por qué has consentido en tomar el té con él?». «Para que no pueda guardarme rencor y decir que no he sido amable con él». Y no nos atrevemos a responderle que, al negarse, tal vez habría sido más amable con nosotros.

Por lo demás, Albertine me espantaba al decirme que yo tenía razón —para ser justos— al afirmar que no era su amante, ya que, al fin y al cabo —añadía—, «no deja de ser cierto que no lo eres». Tal vez no lo fuese del todo, en efecto, pero entonces, ¿era como para pensar que todas las cosas que hacíamos juntos las hacía ella también con todos los hombres cuya amante —me juraba— no había sido? ¡Qué extraño resultaba que yo sacrificara todo a la

necesidad de conocer a toda costa todo lo que Albertine pensaba, a quién veía, a quién amaba, ya que había sentido la misma necesidad de saber —respecto de Gilberte— nombres propios y hechos que ya me resultaban indiferentes! Me daba perfecta cuenta de que en sí mismas las acciones de Albertine no tenían más interés. Es curioso que un primer amor —si bien, con la fragilidad que comunica a nuestro corazón, abre el camino a los amores siguientes— al menos no nos brinda —por la identidad misma de los síntomas y los sufrimientos— el medio para curarlos. Por lo demás, ¿acaso es necesario conocer un hecho? ¿Acaso no conocemos primero de forma general la mentira y la discreción misma de esas mujeres que tienen algo que ocultar? ¿Existe acaso posibilidad de error? Convierten en virtud su silencio, cuando tanto desearíamos hacerlas hablar, y tenemos la sensación de que han dicho a su cómplice: «Nunca digo nada. No será por mí por quien se sepa algo, nunca digo nada».

Damos nuestra fortuna, nuestra vida, por una persona y, sin embargo, sabemos perfectamente que, con diez años de intervalo, antes o después, le denegaríamos esa fortuna, preferiríamos conservar la vida, pues entonces la persona estaría separada de nosotros, sola, es decir, nula. Lo que nos apega a las personas son esas mil raíces, esos innumerables hilos que son los recuerdos de la velada de la víspera, las esperanzas de la mañana siguiente; de esa trama de costumbres es de la que no podemos desprendernos. Así como hay avaros que apilan por generosidad, nosotros somos pródigos que gastamos por avaricia y no es tanto a una persona a la que sacrificamos nuestra vida cuanto a todo lo que ha podido apegar a su alrededor de nuestras horas, de nuestros días, de aquello en comparación con lo cual la vida aún no vivida, la vida relativamente futura, nos parece más lejana, más desapegada, menos íntima, menos nuestra. Lo que deberíamos hacer es desprendernos de esos vínculos más importantes que ella, pero surten el efecto de crear en nosotros deberes momentáneos para con ella, deberes que nos impiden abandonarla por miedo a ser mal

juzgados por ella, mientras que más adelante sí que nos atreveríamos, pues, separada de nosotros, ya no sería nosotros y, en realidad, sólo nos creamos deberes (aunque deban —por una aparente contradicción— concluir en el suicidio) para con nosotros mismos.

Si yo no amaba a Albertine (cosa de la que no estaba seguro), el lugar que ocupaba junto a mí nada tenía de extraordinario: sólo vivimos con lo que no amamos, que hemos hecho vivir con nosotros tan sólo para matar el amor insoportable, ya se trate de una mujer, un país o incluso una mujer que encarne un país. Incluso temeríamos mucho empezar a amar de nuevo, si se volviera a producir la ausencia. Yo no había llegado a ese punto con Albertine. Sus mentiras, sus confesiones, me brindaban la posibilidad de consumar la tarea de esclarecer la verdad: sus tan numerosas mentiras, porque no se contentaba con mentir como toda persona que se cree amada, sino que por naturaleza era, aparte de eso, mentirosa, y tan cambiante, por lo demás, que, aun diciéndome todas las veces la verdad sobre lo que, por ejemplo, pensaba de las personas, habría dicho siempre cosas diferentes; sus confesiones, por ser tan escasas, tan poco explícitas, dejaban entre ellas, en la medida en que se referían al pasado, grandes intervalos en blanco y a lo largo de todos los cuales tenía yo que remontar —y para ello averiguar— su vida. En cuanto al presente, en la medida en que podía yo interpretar las sibilinas palabras de Françoise, no era sobre esos puntos particulares exclusivamente, sino sobre todo un conjunto, sobre lo que mentía Albertine y ya vería yo «un buen día» todo lo que Françoise aparentaba saber, lo que no quería ella decirme, lo que no me atrevía yo a preguntarle. Por lo demás, seguramente por la misma envidia que había sentido en tiempos por Eulalie era por lo que Françoise hablaba de las cosas más inverosímiles, tan vagas, que, si acaso, se podía suponer en ellas la insinuación en verdad increíble de que la pobre cautiva —a la que gustaban las mujeres— prefería un matrimonio con alguien que no parecía ser del todo yo. Si así hubiera sido, pese a sus

radiotelepatías, ¿cómo lo habría sabido Françoise? Cierto es que los relatos de Albertine en modo alguno podían informarme al respecto, pues eran todos los días tan opuestos como los colores de una peonza casi parada. Por lo demás, parecía enteramente que lo que movía a Françoise a hablar era sobre todo el odio. No había día en que no me dijera —y yo no soportara, estando mi madre ausente — palabras como éstas: «Desde luego, es usted amable y nunca olvidaré el agradecimiento que le debo» (probablemente para que yo me granjeara el suyo), «pero la casa está infestada desde que la amabilidad instaló aquí la picardía, la inteligencia protege a la más tonta que se haya visto jamás, la finura, los modales, el ingenio, la dignidad en todas las cosas, el porte y la realidad de un príncipe se dejan imponer la ley y engañar y dejan que me humillen a mí, que llevo cuarenta años con la familia, por el vicio, por lo más vulgar y más bajo».

Françoise reprochaba sobre todo a Albertine recibir órdenes de alguien distinto de nosotros y el aumento de trabajo doméstico, una fatiga que, al alterar la salud de nuestra vieja sirviente (quien, aun así, no quería ayuda en su trabajo, por no ser una «inútil»), había bastado para explicar aquel abatimiento, aquellas cóleras rencorosas. Cierto es que le habría gustado que Albertine-Esther fuese proscrita. Ése era el deseo de Françoise y, al consolarla, habría bastado para relajar a nuestra vieja sirviente, pero, en mi opinión, no era sólo eso. Semejante odio tenía que haber nacido en un cuerpo agotado, por lo que, más que miramientos, Françoise necesitaba dormir.

Para no perder tiempo, mientras Albertine iba a quitarse la ropa, yo cogí el auricular del teléfono e invoqué a las divinidades implacables, pero lo único que conseguí fue excitar su furia, que se plasmó en esta palabra: «Comunicando». En efecto, Andrée estaba hablando con alguien. Mientras esperaba a que acabara su comunicación, yo me preguntaba cómo es que —puesto que tantos pintores intentan renovar los retratos femeninos del siglo XVIII, en los que la ingeniosa escenificación es un pretexto para las expresiones

de la espera, del enfurruñamiento, del interés, del ensueño— ninguno de nuestros modernos Boucher o Fragonard pintó, en lugar de *La carta* o *El clavecín*, etcétera, esa escena que podría llamarse así: *Delante del teléfono*, y en la que nacería espontáneamente en los labios de la oyente una sonrisa tanto más verdadera cuanto que estaría segura de no ser vista. Por fin, Andrée me oyó decir: «¿Vendrás a recoger a Albertine mañana?», y, al pronunciar aquel nombre de Albertine, pensaba yo en el deseo que me había inspirado Swann, cuando me había dicho el día de la fiesta en casa de la princesa de Guermantes: «Venga a ver a Odette», y en que había reparado en la fuerza de un nombre de pila que, para todo el mundo y para la propia Odette, sólo en boca de Swann tenía ese sentido absolutamente posesivo. ¡Qué dulce debía de ser —me pareció siempre que estuve enamorado— semejante dominio —resumido en un vocablo— durante toda una vida! Pero, en realidad, cuando así ha sido, ora se ha vuelto indiferente ora la costumbre no ha debilitado el cariño, pero ha convertido las dulzuras en dolores. La mentira es muy poca cosa, vivimos inmersos en ella sin hacer otra cosa que sonreír, la practicamos sin conciencia de hacer daño a nadie, pero los celos la sufren y ven más de lo que oculta (con frecuencia nuestra amiga se niega a pasar la velada con nosotros y va al teatro simplemente para que no veamos que tiene mala cara), como también permanece con frecuencia ciega ante lo que oculta la verdad, pero no puede obtener nada, pues las que juran no mentir se negarían, aun con un cuchillo delante, a confesar su carácter. Yo sabía que sólo yo podía decir de ese modo «Albertine» a Andrée y, sin embargo, notaba que, para Albertine, para Andrée y para mí mismo, no era nada y comprendía la imposibilidad con la que choca el amor. Nos imaginamos que su objeto es una persona que puede estar acostada delante de nosotros, encerrada en un cuerpo. Por desgracia, es la extensión de esa persona a todos los puntos del espacio y del tiempo que esa persona ha ocupado y ocupará. Si no poseemos su contacto con determinado lugar, determinada hora, no la poseemos. Ahora bien, no podemos tocar todos esos puntos. Si al

menos se nos designaran, tal vez pudiéramos llegar hasta ellos, pero palpamos sin encontrarlos. A eso se deben la desconfianza, los celos, las persecuciones. Perdemos un tiempo precioso por una pista absurda y pasamos sin sospecharlo por delante de la verdad.

Pero ya una de las divinidades irascibles, con sirvientes vertiginosamente ágiles, se irritaba no de que yo hablara, sino de que no dijera nada. «Pero hay que ver, ¡la línea está libre desde que está usted conectado! Voy a tener que cortar». Pero no lo hizo y, al tiempo que suscitaba la presencia de Andrée, la envolvió, como gran poeta que es siempre una señorita telefonista, en la atmósfera particular de la morada, del barrio, de la vida misma de la amiga de Albertine. «¿Eres tú?», me dijo Andrée, cuya voz era proyectada hasta mí con una velocidad instantánea por la diosa que tiene el privilegio de volver los sonidos más rápidos que el relámpago. «Mira», respondí yo, «id a donde queráis, a cualquier sitio, excepto a casa de la Sra. Verdurin. Debes alejar a toda costa a Albertine de allí mañana». «Pero es que precisamente mañana debe ir allí». «¡Ah!».

Pero me vi obligado a interrumpir un instante y hacer gestos amenazadores, pues, si bien Françoise seguía sin querer aprender —como si hubiera sido algo tan desagradable como una vacuna o tan peligroso como un aeroplano— a telefonear, cosa que nos habría librado de las comunicaciones que podía conocer sin inconveniente, entraba, en cambio, inmediatamente en mi cuarto, en cuanto estaba yo manteniendo una bastante secreta para querer ocultársela. Cuando por fin hubo salido de la habitación, no sin haberse entretenido recogiendo diversos objetos que estaban en ella desde la víspera y habrían podido seguir allí sin molestar a nadie una hora más y para poner en el fuego un tarugo que resultaba de lo más inútil con el ardiente calor que me daban la presencia de la intrusa y el miedo a que me «cortara» la señorita, dije a Andrée: «Perdona, Andrée, me han interrumpido. ¿De verdad es seguro que haya de ir mañana a casa de los Verdurin?». «Absolutamente, pero puedo decirle que no te hace gracia». «No, al

contrario, lo que es posible es que vaya yo con vosotras». «¡Ah!», dijo Andrée con voz molesta y como espantada por mi audacia, que, por lo demás, se afirmó aún más. «Bueno, pues, te dejo y perdona que te haya molestado para nada». «No, no», dijo Andrée y —como el uso del teléfono ya había llegado a ser corriente, en torno a él se había desarrollado el embellecimiento con frases especiales, como en tiempos en torno a los «tés»— añadió: «Me ha dado mucho placer oír tu voz».

Yo habría podido decir lo mismo y más verídicamente que Andrée, pues acababa de sentirme infinitamente sensible a su voz, que hasta entonces no me había parecido tan distinta de las otras. Entonces recordé otras voces, de mujeres sobre todo: unas aminoradas por la precisión de una pregunta y la atención mental, otras jadeantes, interrumpidas incluso por la oleada lírica de lo que contaban; recordé una por una la voz de cada una de las muchachas a las que había conocido en Balbec, después la de Gilberte, luego la de mi abuela, después la de la Sra. de Guermantes, y todas me parecían desemejantes, moldeadas con un lenguaje particular a cada una de ellas, intérpretes todas de un instrumento diferente, y pensé en el poco lucido concierto que debían de dar en el Paraíso los tres o cuatro ángeles músicos de los pintores antiguos, cuando veía elevarse hacia Dios, a docenas, a centenares, a millares, la armoniosa y multisonora salutación de todas las voces. No abandoné el teléfono sin dar las gracias con algunas expresiones propiciatorias a la que reina sobre la velocidad de los sonidos, por haber tenido a bien emplear a favor de mis humildes palabras un poder que las volvía cien veces más rápidas que el rayo, pero mis acciones de gracia quedaron sin otra respuesta que el corte de la comunicación.

Cuando Albertine volvió a mi alcoba, traía un vestido de raso negro que contribuía a volverla más pálida, a hacer de ella la parisina descolorida, ardiente, marchita, por la falta de aire, la atmósfera de las multitudes y tal vez el hábito del vicio, y cuyos ojos aparecían más inquietos, porque no los alegraba el rojo de las

mejillas. «Adivina», le dije, «a quién acabo de telefonear: a Andrée». «¿A Andrée?», exclamó Albertine en tono ruidoso, asombrado, emocionado, que contrastaba con una noticia tan simple. «Espero que se haya acordado de decirte que el otro día nos encontramos a la Sra. Verdurin». «¿A la Sra. Verdurin? No lo recuerdo», respondí con expresión de pensar en otra cosa, a la vez para parecer indiferente a aquel encuentro y para no traicionar a Andrée, quien me había dicho adónde iba a ir Albertine el día siguiente, pero, a saber si la propia Andrée no me traicionaría, si no contaría el día siguiente a Albertine mi deseo de que impidiera a toda costa su visita a casa de los Verdurin y si no le habría revelado ya que yo le había hecho varias veces recomendaciones análogas. Me había dicho que nunca las había repetido, pero el valor de esa afirmación quedaba compensado para mí por la impresión de que desde hacía algún tiempo había desaparecido del rostro de Albertine la confianza que durante tanto tiempo había tenido en mí.

El sufrimiento en el amor cesa por instantes, pero para responder de forma diferente. Lloramos al ver que aquella a la que amamos ha dejado de tener para con nosotros esos arranques de simpatía, esas iniciativas amorosas del comienzo, sufrimos más aún de que, tras haber decaído con nosotros, resurja para con otros; después, de ese sufrimiento nos distrae un nuevo y más atroz mal, la sospecha de que nos ha mentido sobre la velada de la víspera, en la que seguramente nos ha engañado; también se disipa esa sospecha, la amabilidad que nos demuestra nuestra amiga nos aplaca, pero entonces nos vuelve a las mientes una palabra olvidada, nos han dicho que era ardiente en el placer; ahora bien, nosotros siempre la hemos conocido sosegada; intentamos representarnos lo que fueron sus frenesíes con otros, comprendemos lo poco que somos para ella, advertimos una expresión de aburrimiento, nostalgia, tristeza, mientras hablamos, notamos, como un cielo negro, los vestidos descuidados que se pone cuando está con nosotros, mientras que guarda para los otros aquellos con los que, al comienzo, intentaba deslumbrarnos. Si, al

contrario, se muestra cariñosa, ¡qué alegría por un instante! Pero, al ver esa lengüecita sacada como por una llamada de los ojos, pensamos en aquellas a quienes iba dirigida con tanta frecuencia, que, incluso estando a mi lado tal vez, sin que Albertine pensara en ellas, se había vuelto, por un hábito demasiado prolongado, un signo maquinal. Después vuelve la sensación de que la aburrimos, pero bruscamente ese sufrimiento queda reducido a poco, al pensar en lo ignoto maléfico de su vida, en los lugares, imposibles de conocer, donde ha estado, esté tal vez aún, en los momentos en que no estamos junto a ella, si es que no proyecta vivir en ellos definitivamente, esos lugares en los que está lejos, ajena, más feliz que con nosotros. Ésos son los fuegos intermitentes de los celos.

Los celos son también un demonio que no podemos exorcizar y siempre reaparecen, con una forma nueva. Aunque hubiéramos logrado exterminarlos todos, conservar perpetuamente a aquella a la que amamos, el Espíritu del Mal cobraría entonces otra forma, más patética aún, la desesperación de no haber obtenido la fidelidad sino por la fuerza, la desesperación de no ser correspondido.

Entre Albertine y yo había con frecuencia el obstáculo de un silencio, debido seguramente a agravios que callaba, porque los consideraba irreparables. Por dulce que fuera Albertine ciertas noches, ya no tenía esas iniciativas espontáneas que había yo conocido en Balbec, cuando me decía: «¡Qué amable eres, la verdad!», y el fondo de su corazón parecía abrirse a mí sin la reserva de ninguno de los agravios que tenía ahora y callaba, porque los consideraba seguramente irreparables, imposibles de olvidar, inconfesados, pero que no por ello dejaban de colocar entre ella y yo la prudencia significativa de sus palabras o el intervalo de un silencio infranqueable.

«¿Y se puede saber por qué has llamado a Andrée?». «Para preguntarle si le contrariaría que me uniera a vosotras mañana y fuese también a hacer a los Verdurin la visita que les he prometido desde la época de La Raspelière». «Como quieras, pero te aviso de que esta noche hay una niebla atroz y mañana seguirá, seguro. Te

lo digo, porque no quiero que te siente mal. Como comprenderás, yo prefiero que vengas con nosotras. Por lo demás», añadió con expresión preocupada, «no sé si iré a casa de los Verdurin. Han sido tan amables conmigo, que en el fondo debería hacerlo. Después de ti, son las personas que mejor se han portado conmigo, pero hay algunas cosillas que me desagradan en su casa. Tengo que ir sin falta al *Bon Marché* o a *Les Trois Quartiers* a comprar un camisolín blanco, pues este vestido es demasiado negro».

Dejar a Albertine ir sola a un gran almacén recorrido por tanta gente a la que se roza y provisto de tantas salidas, que, cuando estamos fuera, no conseguimos —podemos decir— encontrar nuestro coche, que esperaba más allá, era algo que yo en modo alguno estaba dispuesto a consentir, pero sobre todo me sentía desdichado, y, sin embargo, no me daba cuenta de que hacía mucho tiempo que debería haber dejado de ver a Albertine, pues había entrado para mí en ese período lamentable en el que una mujer, diseminada en el espacio y en el tiempo, deja de serlo para nosotros y es una sucesión de acontecimientos que no podemos esclarecer, de problemas insolubles, un mar que intentamos ridículamente —como Jerjes— golpear para castigarlo por lo que se ha tragado. Una vez comenzado ese período, estamos por fuerza vencidos. Felices quienes lo comprenden lo bastante pronto para no prolongar demasiado una lucha inútil, agotadora, encerrada por todas partes entre los límites de la imaginación y en la que los celos se debaten tan vergonzosamente, que el mismo hombre que en tiempos —con sólo que las miradas de la que estaba a su lado se dirigieran por un instante a otro— imaginaba una intriga, experimentaba tormentos indecibles, más adelante se resigna a dejarla salir sola, a veces con el que es —lo sabe— su amante, ¡al preferir a lo incognoscible esa tortura al menos conocida! Es una cuestión de ritmo por adoptar y que después se sigue por costumbre. Hay nerviosos que no podrían faltar a una cena y después hacen curas de reposo nunca suficientemente largas; hay mujeres, aún ligeras recientemente, que viven en la penitencia. Hay

celosos que, para espiar a la que amaban, sacrifican su sueño y su descanso y, al notar que los deseos de ella, el mundo, tan vasto y secreto, y el tiempo pueden más, la dejan salir sin ellos y después viajar y luego se separan. Los celos acaban, así, por falta de alimento y, si han durado tanto, ha sido por haberlo reclamado sin cesar. Yo distaba mucho de ese estado.

Seguramente el tiempo de Albertine me pertenecía en cantidades mayores que en Balbec. Ahora tenía libertad para dar —con toda la frecuencia que quisiera— paseos con ella. Como no habían tardado en establecerse en torno a París hangares de aviación, que son para los aeroplanos lo que los puertos para los navíos, y, después del día en que cerca de La Raspelière el encuentro casi mitológico con un aviador, cuyo vuelo había hecho encabritar a mi caballo, había sido para mí como una imagen de la libertad, me gustaba con frecuencia que al final del día el destino de nuestras salidas —agradable, por lo demás, para Albertine, apasionada de todos los deportes— fuera uno de esos aeródromos. Nos dirigíamos a él, atraídos, ella y yo, por aquella vida incesante de los despegues y las llegadas que tanto encanto atribuyen a los paseos por los malecones o sólo por el arenal para quienes gustan del mar y a los vagabundeos en torno a un centro de aviación a quienes gustan del cielo. En todo momento, entre el descanso de esos aparatos inertes y como anclados, veíamos uno arrastrado con gran esfuerzo por varios mecánicos, así como arrastran por la arena una barca solicitada por un turista que quiere ir a dar un paseo por el mar. Después ponían en marcha el motor, el aparato corría, tomaba impulso y al final y de repente se elevaba despacio y en ángulo recto, con el éxtasis atirantado, como inmovilizado, de una velocidad horizontal de pronto transformada en majestuosa y vertical ascensión. Albertine no podía contener su alegría y pedía explicaciones a los mecánicos, que, con el aparato ya a flote, regresaban. Sin embargo, el pasajero no tardaba en salvar kilómetros, el gran esquife en el que no cesábamos de clavar los ojos no era ya en el azul del cielo sino un punto casi indistinto, que,

por lo demás, recuperaría poco a poco su materialidad, su tamaño, su volumen, cuando, al tocar a su fin la duración de su paseo, llegara el momento de volver a puerto, y nosotros, Albertine y yo, mirábamos con envidia el momento en que saltaba a tierra, el paseante que había ido, así, a saborear en alta mar la calma y la limpidez de la noche. Después, ya fuera del aeródromo, de algún museo o alguna iglesia que hubiéramos ido a visitar, volvíamos juntos para la hora de la cena y, sin embargo, yo no volvía sosegado, como en Balbec con los más raros paseos que me enorgullecía de ver durar toda una tarde y contemplaba después, destacándose en hermosos macizos de flores, en el resto de la vida de Albertine como en un cielo vacío ante el cual soñamos dulcemente, sin pensar. El tiempo de Albertine no me pertenecía entonces en cantidades tan grandes como cuando ésta vivía en mi casa. Sin embargo, entonces me parecía más mío, porque yo tenía en cuenta sólo —al gozarlas mi amor como una dádiva— las horas que pasaba conmigo; en el presente —como mis celos buscaban con inquietud en ellas la posibilidad de una traición—, sólo las horas que no pasaba conmigo. Ahora bien, el día siguiente ella desearía que las hubiera. Habría que elegir entre dejar de sufrir o dejar de amar, pues, así como el amor al comienzo consiste en deseo, más adelante sólo lo alimenta la ansiedad dolorosa. Yo sentía que una parte de la vida de Albertine se me escapaba. El amor, con la ansiedad dolorosa como con el deseo feliz, es la exigencia de un todo. Sólo nace, sólo subsiste, si queda una parte por conquistar. Sólo amamos lo que no poseemos enteramente. Albertine mentía, al decirme que seguramente no iría a ver a los Verdurin, como yo mentía al decir que quería ir a su casa. Ella sólo pretendía impedirme salir con ella y yo, mediante el anuncio repentino de ese proyecto, que en modo alguno pensaba poner en ejecución, tocar en ella el punto que adivinaba más sensible, acosar el deseo que ocultaba y obligarla a confesar que mi presencia junto a ella el día siguiente le impedía satisfacerlo. Lo había hecho, en resumidas cuentas, al dejar de repente de querer ir a casa de los Verdurin.

«Si no quieres venir a casa de los Verdurin», le dije, «en el Trocadero hay una magnífica representación benéfica». Escuchó mi consejo de ir a verla con expresión doliente. Volví a empezar a ser duro con ella como en Balbec, en el momento de los primeros celos. Su rostro reflejaba una decepción y yo recurría, para culpar a mi amiga, a las mismas razones que mis padres habían aducido conmigo, cuando era pequeño, y que habían parecido torpes y crueles a mi infancia incomprendida. «No, pese a tu cara de tristeza», decía yo a Albertine, «no puedo compadecerte; lo haría, si estuvieras enferma, si te hubiese ocurrido una desgracia, si hubieras perdido a un pariente, cosa que tal vez no te causaría la menor pena, en vista del derroche de falsa sensibilidad que haces por nada. Por lo demás, no aprecio la sensibilidad de quienes afirman querernos tanto sin ser capaces de hacernos el más ligero favor y a quienes su pensamiento puesto en nosotros deja tan distraídos, que olvidan llevarse la carta que les hemos confiado y de la que depende nuestro futuro».

Aquellas palabras —pues gran parte de lo que decimos no es otra cosa que un recitado— se las había oído pronunciar yo íntegras a mi madre, quien —al explicarme con gusto que no se debía confundir la auténtica sensibilidad, lo que, según decía, los alemanes, cuya lengua admiraba mucho, pese al horror que sentía mi padre por esa nación, llamaban *Empfindung*, con la sensiblería *Empfindelei*— había llegado —una vez en que estaba yo llorando— hasta el extremo de decirme que Nerón tal vez fuese de temperamento nervioso y no por ello era mejor. La verdad es que, como esas plantas que se desdoblan al crecer, frente al niño sensible que había sido yo únicamente había ahora un hombre opuesto, cargado de sentido común, de severidad para con la sensibilidad enfermiza de los otros, un hombre que se parecía a lo que habían sido mis padres para mí. Seguramente, como todo el mundo debe hacer continuar en sí la vida de los suyos, el hombre ponderado y burlón que existía en mí al principio se había juntado con el sensible y era natural que yo fuese, a mi vez, como habían

sido mis padres. Además, en el momento en que ese nuevo yo estaba formándose, encontraba su lenguaje preparado en el recuerdo del —irónico y regañón— que habían empleado conmigo, que yo había de emplear ahora con los otros y salía con toda naturalidad de mi boca, ya fuera porque lo evocara por mimetismo y asociación de recuerdos o también porque las delicadas y misteriosas incrustaciones del poder genésico hubiesen trazado en mí, sin que lo supiera, como en la hoja de una planta, las mismas entonaciones, los mismos gestos, las mismas actitudes que habían tenido aquellos de los que yo procedía, pues a veces, al hacer de hombre sensato cuando hablaba a Albertine, me parecía oír a mi abuela. Por lo demás, ¿acaso no le había ocurrido a mi madre (hasta tal punto obscuras corrientes inconscientes desviaban en mí hasta los más pequeños movimientos de mis propios dedos para verse arrastrados por los mismos ciclos que mis padres) creer que era mi padre quien entraba, en vista de que yo tenía la misma forma de llamar que él? Por otra parte, el acoplamiento de los elementos contrarios es la ley de la vida, el principio de la fecundación y, como veremos, la causa de muchas desgracias. Habitualmente, detestamos lo que se nos parece y nuestros propios defectos vistos desde fuera nos exasperan. ¡Cuánto más aún cuando alguien que ha superado la edad en la que los expresamos ingenuamente y que, por ejemplo, se ha creado para los momentos más ardientes un rostro de hielo, execra los mismos defectos, si es otro, más joven o más ingenuo o más tonto, quien los expresa! Hay personas sensibles para las que la visión en los ojos de los otros de las lágrimas que ellos mismos contienen resulta exasperante. La semejanza demasiado marcada es la que hace que, pese al afecto y a veces cuanto mayor es éste, reine la división en las familias. Tal vez en mí, y en muchos otros, el segundo hombre que había llegado a ser yo fuera simplemente una faz del primero, exaltado y sensible para sus adentros, sabio Mentor para los otros. Tal vez fuera así en el caso de mis padres, según se los considerara en relación conmigo o en sí mismos, y, en el caso de mi abuela y mi madre,

resultaba demasiado visible que su severidad conmigo era intencionada e incluso les costaba, pero ¿no sería tal vez en mi propio padre la frialdad un aspecto exterior de su sensibilidad? Pues tal vez la verdad humana de ese doble aspecto —el de la vida interior y el de las relaciones sociales— fuera lo que se expresaba en aquellas palabras que en tiempos me parecían tan falsas en su contenido como cargadas de trivialidad en su forma, cuando decían refiriéndose a mi padre: «Bajo su frialdad glacial, oculta una sensibilidad extraordinaria; lo que tiene sobre todo es el pudor de su sensibilidad». ¿Acaso no ocultaba, en el fondo, incesantes y secretas tormentas, aquella su calma sembrada, en caso necesario, de reflexiones sentenciosas, de ironía para con las manifestaciones torpes de la sensibilidad, pero que también yo aparentaba ahora con todo el mundo y que sobre todo no abandonaba, en ciertas circunstancias, respecto de Albertine?

Creo que aquel día iba yo a decidir, en verdad, nuestra separación y partir para Venecia. Lo que me volvió a vincular con mi relación se debió a Normandía: no es que ella manifestara intención alguna de ir a ese país en el que en tiempos había estado yo celoso de ella (pues tenía yo la suerte de que sus proyectos nunca tocaban en los puntos dolorosos de mi recuerdo), sino por haber dicho: «Es como si yo te hablara de la amiga de tu tía que vivía en Infreville», respondió ella con cólera, contenta —como toda persona que discute y quiere contar a su favor con el mayor número de argumentos posible— de demostrarme que me equivocaba y ella tenía razón: «Pero mi tía nunca ha conocido a nadie en Infreville y yo misma nunca estuve allí». Había olvidado la mentira que me había dicho una noche sobre aquella señora susceptible a cuya casa debía ir ineludiblemente a tomar el té, aunque, al hacerlo, perdiera mi amistad y se granjeara la muerte. No le recordé su mentira, pero me destrozó y aplacé para otra ocasión la ruptura. No hay necesidad de sinceridad —ni de tino siquiera— en la mentira para ser amado. Llamo aquí amor a una tortura recíproca. Aquella noche no me parecía nada reprensible hablarle como mi abuela, tan

perfecta, lo había hecho conmigo ni —por haberle dicho que la acompañaría a casa de los Verdurin— haber adoptado los bruscos modales de mi padre, quien nunca nos manifestaba una decisión sino del modo que podía causarnos el máximo de agitación desproporcionada, hasta ese punto, con la propia decisión. De modo, que le resultaba fácil considerarnos absurdos por dar muestras, ante algo tan poco importante, de semejante desolación, que respondía, en efecto, a la angustia que nos había provocado y, si aquellas veleidades arbitrarias de mi padre hubieran servido —como la inflexible seriedad de mi abuela— para completar en mí la naturaleza sensible a la que durante tanto tiempo habían resultado exteriores y a la que durante toda mi infancia habían hecho sufrir tanto, dicha naturaleza sensible los informaba con toda exactitud sobre los detalles a los que debían apuntar eficazmente: no hay mejor confidente de policía que un antiguo ladrón o un súbdito de la nación enemiga. En ciertas familias mentirosas, quien ha acudido a ver a su hermano sin razón aparente y le pide de pasada —en el umbral, al marcharse— una información que no parece escuchar siquiera, le da a entender, así, que ése era el objeto de su visita, pues el hermano conoce perfectamente esas expresiones indiferentes, esas palabras dichas como entre paréntesis en el último segundo, ya que con frecuencia ha recurrido a ellas él mismo. Ahora bien, hay también familias patológicas, sensibilidades emparentadas, temperamentos fraternales, iniciados en esa tácita lengua que hace que los miembros de una familia se comprendan sin hablarse. Por eso, ¿quién puede, pues, poner nervioso más que un nervioso? Y, además, en mi conducta tal vez hubiera en esos casos una causa más general, más profunda. Es que en esos momentos breves, pero inevitables, en los que detestamos a alguien a quien queremos —que tal vez duren toda la vida con las personas a las que no queremos— no deseamos parecer buenos, para no ser compadecidos, sino a la vez los más malos y más felices posible para que nuestra dicha sea en verdad odiosa y ulcere el alma del enemigo ocasional o duradero. ¡Delante de cuántas personas no me

he calumniado yo falsamente tan sólo para que mis «éxitos» les parecieran inmorales y las hiciesen rabiar más! Lo que se debería hacer es seguir la vía inversa: mostrar sin orgullo que tenemos buenos sentimientos, en lugar de ocultarlo con tanto ahínco, y sería fácil, si no supiéramos odiar nunca, sino amar siempre, pues, ¡entonces estaríamos tan contentos de decir sólo las cosas que pueden hacer felices a los demás, enternecerlos, inspirarles amor por nosotros!

Cierto es que yo sentía algunos remordimientos de ser tan irritante para con Albertine y pensaba: «Si yo no la amara, ella me guardaría mayor gratitud, pues yo no sería malo con ella; pero no, quedaría compensado, pues también sería menos amable». Y, para justificarme, podría haberle dicho que la amaba, pero la confesión de ese amor, aparte de que no habría comunicado nada nuevo a Albertine, tal vez la habría enfriado más conmigo que las severidades y los engaños cuya única excusa era precisamente el amor. ¡Resulta tan natural ser duro y pérfido con aquellos a quienes amamos! Si el interés que demostramos a los otros no nos impide ser dulces con ellos y complacientes con lo que desean, es que ese interés es falso. Los demás nos resultan indiferentes y la indiferencia no invita a la maldad.

Pasaba la velada; antes de que Albertine fuera a acostarse, no había demasiado tiempo que perder, si queríamos hacer las paces, empezar a besarnos otra vez. Ninguno de los dos había tomado aún la iniciativa.

Al sentir que ella estaba, de todos modos, enfadada, aproveché para hablarle de Esther Lévy. «Bloch me ha dicho» (cosa que no era cierta) «que tú conociste muy bien a su prima Esther». «Ni siquiera la reconocería», dijo Albertine con expresión vaga. «He visto su fotografía», añadí encolerizado. No estaba mirando a Albertine al decirlo, por lo que no vi su expresión, que habría sido su única respuesta, pues no dijo nada.

Ya no era el sosiego que me daba el beso de mi madre en Combray lo que sentía junto a Albertine, en aquellas noches, sino, al contrario, la angustia de aquellas en que mi madre apenas me daba las buenas noches o incluso no subía a mi habitación, ya fuera porque estaba enfadada conmigo o porque la retuviesen los invitados. Aquella angustia —no su transposición en el amor, no, aquella angustia misma— que, cuando se había producido el reparto, la división de las pasiones, se había especializado por un tiempo en el amor, había sido asignada sólo a éste y parecía extenderse otra vez a todas, vuelta de nuevo indivisa, como en mi

infancia, como si todos mis sentimientos —que temblaban al no poder conservar a Albertine junto a mi cama, a la vez como una amante, una hermana, una hija, una madre también, cuyas buenas noches cotidianas empezaba yo a necesitar puerilmente— hubieran empezado a reunirse, a unificarse en el anochecer prematuro de mi vida, que parecía ir a ser tan breve como un día de invierno, pero, si bien experimentaba yo la angustia de mi infancia, el cambio de la persona que me la infundía, la diferencia de sentimiento que me inspiraba y la propia transformación de mi carácter me imposibilitaban para reclamar su mitigación a Albertine, como en tiempos a mi madre, y no sabía yo decir: «Estoy triste». Me limitaba, con lágrimas en los ojos, a hablar de cosas indiferentes que no me ayudaban a avanzar hacia solución feliz alguna. Estaba paralizado en el sitio con dolorosas trivialidades y —con ese egoísmo intelectual que, por poco que una verdad insignificante se refiera a nuestro amor, nos mueve a hacer un gran honor a quien la ha encontrado, tan fortuitamente tal vez como la echadora de cartas que nos ha anunciado un suceso trivial, pero que más adelante se ha realizado— no distaba yo de considerar a Françoise superior a Bergotte y a Elstir, porque me había dicho en Balbec: «Esa muchacha sólo le causará pena».

Cada minuto me acercaba a las buenas noches de Albertine, que por fin me daba ella, pero aquella noche su beso, del que ella misma estaba ausente y que no me llegaba, me dejó tan ansioso, que, con el corazón palpitando, mientras la miraba dirigirse a la puerta, pensaba: «Si quiero encontrar un pretexto para volver a llamarla, retenerla, hacer las paces, tengo que apresurarme, ya sólo le faltan unos pasos para salir de la habitación, ya sólo dos, ya sólo uno, ya está girando el pomo, está abriendo, es demasiado tarde, ¡ya ha cerrado la puerta!». Tal vez no demasiado tarde, de todos modos. Como en tiempos en Combray, cuando mi madre se había separado de mí sin haberme calmado con su beso, quería yo lanzarme tras los pasos de Albertine, tenía la sensación de que ya no habría paz para mí hasta que volviera a verla, que aquella despedida iba a

volverse algo inmenso que no había sido hasta entonces y que, si no lograba yo solo liberarme de aquella tristeza, tal vez adquiriera la vergonzosa costumbre de ir a mendigar junto a Albertine: saltaba de la cama, cuando ella estaba ya en su habitación, pasaba y volvía a pasar por el pasillo, esperando que saliera y me llamara; permanecía inmóvil delante de su puerta para no arriesgarme a no oír una débil llamada, entraba un instante en mi habitación para ver si había olvidado mi amiga por fortuna un pañuelo, un bolso, algo que me permitiera aparentar temor a que le hiciese falta y me brindara el pretexto de ir a su habitación. No, nada. Volvía a situarme delante de su puerta, pero en la rendija de ésta ya no había luz. Albertine había apagado, estaba acostada, yo permanecía inmóvil, esperando no sé qué suerte que no acudía y, mucho después, volvía, helado, a meterme bajo mis mantas y me pasaba todo el resto de la noche llorando.

Por eso, a veces, en noches así, recurrí a una artimaña que me brindaba el beso de Albertine. Sabiendo lo rápido que le llegaba el sueño, cuando se tumbaba (también ella lo sabía, pues instintivamente, en cuanto se tumbaba, se quitaba las chinelas que le había regalado yo y la sortija, que dejaba a su lado, como hacía en su habitación, antes de acostarse), y lo profundo y lo tierno que era su despertar, ponía un pretexto para ir a buscar algo y la hacía tumbarse en mi cama. Cuando yo volvía, ya estaba dormida y veía delante de mí a aquella mujer en que se convertía en cuanto estaba del todo de frente, pero en seguida cambiaba de personalidad, pues, al tumbarme a su lado, volvía a verla de perfil. Podía poner mi mano sobre la suya, sobre su hombro, sobre su mejilla y Albertine seguía dormida. Podía cogerle la cabeza, volverla, pegarla a mis labios, rodearme el cuello con sus brazos, y seguía durmiendo como un reloj que no se detiene, como un animal que sigue viviendo, sea cual fuere la posición que se le atribuya, como una planta trepadora, una campanilla que sigue creciendo con sus ramas, sea cual fuere el apoyo que se le brinde. Sólo su aliento resultaba modificado por cada uno de mis contactos, como si hubiera sido un instrumento que

hubiese interpretado yo y al que yo hiciera ejecutar modulaciones, notas diferentes, tirando de una y después de otra de sus cuerdas. Mis celos se calmaban, pues sentía que Albertine se había vuelto una persona que respiraba, que ya no era otra cosa, como lo indicaba el aliento regular mediante el cual se expresa esa pura función fisiológica, que, enteramente fluida como es, carece de espesor, de palabra, de silencio, y —con su ignorancia de todo mal, aliento procedente más de una caña hueca que de un ser humano, en verdad paradisíaco para mí, que en aquellos momentos sentía a Albertine substraída a todo, no sólo materialmente, sino también moralmente— era el puro canto de los ángeles y, sin embargo, en aquel aliento debían de resonar —pensaba yo de repente— muchos nombres humanos traídos por la memoria.

A veces se añadía incluso a aquella música la voz humana. Albertine pronunciaba algunas palabras. ¡Cuánto me habría gustado captar su sentido! A veces acudía a sus labios el nombre de una persona de quien habíamos hablado y que excitaba mis celos, pero sin hacerme sentirme desdichado, pues el recuerdo que lo traía parecía ser sólo el de las conversaciones que había sostenido al respecto conmigo. Sin embargo, una noche en que estaba despertándose a medias, con los ojos cerrados, dijo, dirigiéndose a mí, con ternura: «Andrée». Yo disimulé mi inquietud. «Estás soñando, no soy Andrée», le dije riendo. Ella sonrió también: «Claro que no, quería preguntarte qué te ha dicho antes Andrée». «Yo habría pensado más bien que habías estado así, tumbada, junto a ella». «Claro que no, nunca», me contestó. Sólo, que, antes de responderme eso, había ocultado por un instante la cara entre las manos. Así, pues, sus silencios eran simples velos, sus ternuras superficiales no hacían otra cosa que retener en el fondo mil recuerdos que me habrían desgarrado. Así, pues, su vida estaba llena de esos hechos cuyo relato burlón, cuya crónica jocosa, constituyen nuestras charlas cotidianas sobre los otros, indiferentes, pero que, mientras una persona permanece extraviada en nuestro corazón, nos parecen aclaraciones tan preciosas de su vida, que por

conocer ese mundo subyacente daríamos con gusto la nuestra. Entonces me imaginaba su sueño como un mundo maravilloso y mágico en el que por instantes se elevaba, desde el fondo del elemento apenas translúcido, la confesión de un secreto que no comprenderemos, pero, por lo general, cuando Albertine dormía, parecía haber recuperado su inocencia. En la actitud que yo le había atribuido, pero que en su sueño se había apresurado a hacer suya, parecía confiarse a mí. Su cara había perdido toda expresión de astucia o vulgaridad y entre ella y yo, hacia quien ella alzaba el brazo, en quien apoyaba la mano, parecía haber un abandono total, un apego indisoluble. Por lo demás, su sueño no la separaba de mí y dejaba subsistir en ella la idea de nuestro cariño; su efecto era más bien el de abolir el resto; yo la besaba, le decía que iba a dar unos pasos fuera, ella entreabría los ojos y me decía, con expresión de asombro —y, en efecto, ya era de noche—: «Pero ¿adónde vas así, querido?», al tiempo que me citaba por mi nombre, y al instante volvía a dormirse. Parecía que su sueño borraba el resto de la vida, era un simple silencio uniforme del que de vez en cuando alzaban el vuelo palabras familiares de cariño. Al juntar unas con otras, se podría haber compuesto la conversación exclusiva, la intimidad secreta, de un puro amor. Aquel sueño tan apacible me encantaba, así como encanta a una madre, que lo considera una cualidad, el sueño profundo de su hijo y su sueño era de niña, en efecto. Su despertar también y tan natural, tan tierno, antes incluso de saber dónde estaba, que a veces me preguntaba yo con espanto si había tenido la costumbre, antes de vivir en mi casa, de no dormir sola y encontrar, al abrir los ojos, a alguien a su lado, pero su gracia infantil podía más. Como una madre de nuevo, me maravillaba que se despertara siempre de tan buen humor. Al cabo de unos instantes, recuperaba la conciencia, decía palabras encantadoras, sin relación unas con otras, simples piídos. Como mediante una inversión de papeles, su cuello, habitualmente poco destacado, ahora casi demasiado hermoso, había cobrado la inmensa importancia que sus ojos —mis interlocutores habituales y a los que ya no podía yo

dirigirme en cuanto caían los párpados—, cerrados por el sueño, habían perdido. Así como los ojos cerrados atribuyen una belleza inocente y grave al rostro, al suprimir todo lo que las miradas expresan demasiado, en las palabras —no carentes de significado, pero entrecortadas con silencio— que Albertine decía al despertar, había una pura belleza que no resulta mancillada en todo momento, como la conversación, con hábitos verbales, cantinelas, rastros de defectos. Por lo demás, cuando me había decidido a despertar a Albertine, había podido hacerlo sin temor, sabía que su despertar no tendría relación alguna con la velada que acabábamos de pasar, sino que saldría de su sueño como de la noche sale la mañana. En cuanto había entreabierto los ojos sonriendo, me había ofrecido su boca y, antes de que hubiera dicho nada, yo había saboreado su frescura, calmante como la de un jardín aún silencioso antes del amanecer.

El día siguiente a aquella velada en la que Albertine me había dicho que tal vez iría y después que no iría a casa de los Verdurin, me desperté temprano y, medio dormido aún, mi alegría me comunicó que había —interpolado en el invierno— un día de primavera. Fuera, temas populares finamente escritos para diversos instrumentos —desde la bocina del reparador de porcelana o la trompeta del sillero hasta la flauta del cabrero, que en un día hermoso parecía un pastor de Sicilia— orquestaban ligeramente el aire matinal, en una «Obertura para un día de fiesta». El oído, sentido delicioso, nos brinda la compañía de la calle, de la que nos describe todas las líneas, traza todas las formas que por ella pasan, al tiempo que nos muestra su color. Los cierres del panadero, del mantequero, que la noche anterior estaban bajados sobre todas las posibilidades de la felicidad femenina, se alzaban ahora como las ligeras poleas de un navío que zarpa y va a navegar, cruzando el mar transparente, por un sueño de jóvenes empleadas. Ese ruido del cierre, al subir, tal vez habría sido mi único placer en un barrio diferente. En éste me alegraban otros cien, ninguno de los cuales habría querido perderme despertándome demasiado tarde. El

encanto de los viejos barrios aristocráticos consiste en ser, además, populares. Diversos vendedores ambulantes, como los que a veces tuvieron las catedrales no lejos de su pórtico —algunos de los cuales llegaron a conservar su nombre, como el de la catedral de Ruán, llamado de los «Libreros», porque éstos, pegados a él, exponían al aire libre su mercancía— pasaban por delante del noble palacete de Guermantes y recordaban a veces a la Francia eclesiástica de antaño, pues la llamada que lanzaban a las casitas vecinas nada tenía —con escasas excepciones— de una canción. Difería de ella tanto como la declamación —apenas coloreada por variaciones insensibles— de *Boris Godunov* y *Pelléas*, pero, por otra parte, recordaba la salmodia de un cura durante oficios de los que las escenas de la calle son la simple contrapartida bonachona, ferial, y, sin embargo, a medias litúrgica. Nunca me habían dado tanto placer como desde que Albertine vivía conmigo; me parecían una señal gozosa de su despertar y, al interesarme en la vida de fuera, me hacían sentir mejor la sosegadora virtud de una presencia querida, tan constante como la deseaba yo. Algunos de los alimentos voceados en la calle y que yo, personalmente, detestaba eran muy del gusto de Albertine, por lo que Françoise enviaba a comprarlos a su joven lacayo, tal vez un poco humillado de verse confundido con la muchedumbre plebeya. Bien nítidos en aquel barrio tan tranquilo —donde los ruidos ya no eran un motivo de tristeza para Françoise y habían llegado a ser un gozo para mí— me llegaban —cada cual con su modulación diferente— recitativos declamados por aquellas gentes del pueblo, como ocurriría en la música, tan popular, de *Boris*, en la que una entonación inicial resulta apenas alterada por la inflexión de una nota inclinada sobre otra, música de la muchedumbre, más lenguaje que música. Era: «¡Aquí los bígaros! ¡Bígaros a diez céntimos!», que hacía precipitarse hacia los cucuruchos en los que se vendían esos horrendos mariscos diminutos, que, de no haber estado allí Albertine, me habrían repugnado, no menos, por lo demás, que los caracoles que oía yo vender a la misma hora. En ese caso a lo que

recordaba el vendedor era a la declamación apenas lírica de Mussorgsky, pero no sólo a ella, pues —después de haber casi «hablado»: «Los caracoles, qué frescos, qué ricos son», con la tristeza y la vaguedad de Maeterlinck, musicalmente transpuestas por Debussy— era como el vendedor de caracoles, con uno de esos dolorosos finales con los que el autor de *Pelléas* se emparenta con Rameau («Si debo ser vencida, ¿has de ser tú mi vencedor?»), añadía con una melancolía cantarina: «Se venden a treinta céntimos la docena…».

Siempre me ha resultado difícil entender por qué esas palabras tan claras eran suspiradas con un tono tan poco apropiado, misterioso —como el secreto en virtud del cual todo el mundo tiene expresión triste en el antiguo palacio al que Mélisande no ha logrado traer la alegría— y profundo como un pensamiento del anciano Arkel, quien intenta expresar con palabras muy sencillas toda la sabiduría y el destino. Las propias notas sobre las cuales se eleva con una suavidad cada vez mayor la voz del viejo rey de Allemonde o de Golaud —para decir: «No se sabe lo que hay aquí. Puede parecer extraño. Tal vez no haya acontecimientos inútiles», o bien: «No debes asustarte… Era una pobre personita misteriosa, como todo el mundo»— eran las que servían al vendedor de caracoles para reanudar su cantinela indefinida: «Se venden a treinta céntimos la docena…». Pero esa lamentación metafísica no tenía tiempo de expirar al borde del infinito, la interrumpía una trompeta potente. Esa vez no se trataba de manduca, las palabras del libreto eran éstas: «Esquilo perros, capo gatos, corto colas y orejas».

Cierto es que la fantasía, el ingenio de cada vendedor o vendedora, introducían con frecuencia variantes en las letras de todas aquellas músicas que oía yo desde mi cama. Sin embargo, una interrupción ritual que introducía un silencio en medio de una palabra, sobre todo cuando era repetido dos veces, evocaba constantemente el recuerdo de las iglesias antiguas. En su carrito, tirado por una burra, que detenía delante de cada casa para entrar en los patios, el vendedor de ropa, que llevaba un látigo,

salmodiaba: «Ropa, se vende ropa, ro… pa», con la misma pausa entre las sílabas de «ropa» que si hubiera entonado en canto llano: «*Per omnia saecula saeculo… rum*», o: «*Requiescat in pa… ce*», aunque no debía de creer en la eternidad de su ropa y tampoco la ofrecía como sudario para el supremo reposo en paz, y como los motivos empezaban a entrecruzarse desde esa hora matinal, una vendedora ambulante, mientras empujaba su carro, recurría, asimismo, para su letanía a la división gregoriana:

> Qué ternura y qué verdor
> Alcachofas tiernas y hermosas
> Alca-chofas,

aunque probablemente ignorara el antifonario y los seis tonos que simbolizan —cuatro de ellos— las ciencias del *quadrivium* —y los otros tres— las del *trivium*.

Sacando de un flautín, de una cornamusa, tonadas de su país meridional, cuya luz armonizaba perfectamente con los días hermosos, un hombre con blusa, que llevaba un vergajo en la mano e iba tocado con una boina vasca, se detenía delante de las casas. Era el cabrero, acompañado de dos perros y, delante de él, su rebaño de cabras. Como venía de lejos, pasaba bastante tarde por nuestro barrio y las mujeres acudían con una escudilla a recoger la leche que había de dar fuerza a sus pequeños, pero con las tonadas pirenaicas de aquel benéfico pastor se mezclaba ya la campana del afilador, quien gritaba: «Cuchillas, tijeras, navajas de afeitar». El afilador de sierras no podía competir con él, pues, al carecer de instrumento, se limitaba a llamar: «¿Tienen sierras que afilar? ¡Aquí está el afilador!», mientras que el estañador, más alegre, tras haber enumerado los calderos, las cacerolas, todo lo que estañaba, entonaba el estribillo:

> Tam, tam, tam.
> Estaño hasta el macadam.
> Pongo fondo a todo,

Tapo todos los agujeros,
Todos, toditos, todos,

y unos italianitos, que llevaban grandes cajas de hierro pintadas de rojo, en las que estaban marcados los números —perdedores y ganadores—, y tocando una carraca, proponían: «Diviértanse, señoras: aquí tienen el placer».

Françoise me trajo *Le Figaro*. Un simple vistazo me permitió darme cuenta de que mi artículo seguía sin publicarse. Me dijo que Albertine preguntaba si podía entrar en mi habitación y que, en todo caso, mandaba a decirme que había renunciado a hacer la visita a casa de los Verdurin y pensaba ir, como yo le había aconsejado, a la función «extraordinaria» del Trocadero (pero menos importante, sin embargo: lo que hoy llamaríamos una sesión de gala), después de dar un paseíto a caballo con Andrée. Al saber que había renunciado a su deseo, tal vez inconfesable, de ir a ver a la Sra. Verdurin, contesté riendo: «¡Que venga!», y me dije que podía ir ella a donde quisiera y que me daba igual. Yo sabía que, al final de la tarde, cuando llegara el crepúsculo, sería seguramente otro hombre: estaría triste y atribuiría a las menores idas y venidas de Albertine una importancia que no tenían a aquella hora matinal y cuando hacía tan buen tiempo, pues a mi despreocupación siguió la idea clara de su causa, pero no por ello resultó alterada. «Françoise me ha asegurado que estabas despierto y que no iba a molestarte», me dijo Albertine, al entrar, y, como junto con el de enfriarme abriendo la ventana en un momento inoportuno, el mayor temor de Albertine era el de entrar en mi habitación cuando estaba yo dormitando, añadió: «Espero no haberme equivocado. Temía que me dijeras:

¿Qué muerto insolente viene a buscar el óbito?»,

y se rió con aquella risa que tanto me trastornaba. Le respondí con el mismo tono de broma:

«¿Estará concebida para vos esa orden tan severa?».

Y, por miedo a que la infringiera alguna vez, añadí: «Si bien me pondré furioso de que me despertéis». «Ya lo sé, ya lo sé, no temáis», me dijo Albertine. Y, para suavizar, añadí, sin dejar de interpretar con ella la escena de *Esther*, mientras en la calle continuaban los gritos, que nuestra conversación había vuelto totalmente confusos:

«Sólo en vos encuentro no sé qué gracia
Que siempre me cautiva y nunca me hastía».

(y, para mis adentros, pensé: «Sí, me hastía con mucha frecuencia»). Y, al recordar lo que había dicho la víspera y al tiempo que le agradecía con exageración haber renunciado a los Verdurin, a fin de que en otra ocasión me obedeciera igual para tal o cual otra cosa, le dije: «Albertine, desconfías de mí, que te quiero, y confías en personas que no te quieren» (como si no fuera natural desconfiar de las personas que nos quieren y que son las únicas que tienen interés en mentirnos para saber o impedir algo) y añadí estas palabras mendaces: «En el fondo, no crees que yo te quiera, es curioso. En efecto, no te *adoro*». Ella mintió, a su vez, al decir que sólo se fiaba de mí y a continuación fue sincera al asegurar que sabía perfectamente que yo la quería, pero aquella afirmación no parecía dar a entender que no me considerara mentiroso y espía y parecía perdonarme, como si hubiera visto la consecuencia insoportable de un gran amor o como si ella misma se hubiese considerado menos buena.

«Por favor, queridita mía, nada de acrobacia, como la que hiciste el otro día. ¡Imagínate, Albertine, si te ocurriera un accidente!». Naturalmente, yo no le deseaba ningún mal, pero ¡qué placer habría sido que, junto con sus caballos, hubiera tenido la feliz idea de marcharse a no sé yo dónde, donde se hubiese encontrado en la gloria, y no volver jamás a casa! ¡Cómo lo habría simplificado todo

que se hubiese ido a vivir, feliz, a otra parte! ¡Ni siquiera me interesaba saber dónde! «¡Oh! Sé muy bien que no me sobrevivirías cuarenta y ocho horas, que te matarías».

Así, cambiamos palabras mendaces, pero a veces se puede expresar y predecir una verdad más profunda que la que proferiríamos, si fuéramos sinceros, por una vía distinta a la de la sinceridad.

«¿No te molestan todos esos ruidos de fuera?», me preguntó. «A mí me encantan, pero ¿tú, que tienes ya el sueño tan ligero?». A veces lo tenía, al contrario, muy profundo —como ya he dicho, pero el acontecimiento que va a seguir me obliga a recordarlo— y sobre todo cuando no me dormía hasta la mañana. Como semejante sueño ha sido —por término medio— cuatro veces más descansado, parece a quien acaba de dormir haber sido cuatro veces más largo, cuando, en realidad, ha sido cuatro veces más corto. Magnífico error de multiplicación por dieciséis que infunde tanta hermosura al despertar e introduce en la vida una verdadera innovación, semejante a esos grandes cambios de ritmo que en música hacen que en un *andante* una corchea represente tanta duración como una blanca en un *prestissimo* y que no se dan en el estado de vela. En éste la vida es casi siempre la misma, lo que explica las decepciones del viaje. Sin embargo, parece indudable que el sueño se compone a veces de la materia más grosera de la vida, pero dicha materia recibe en él tal tratamiento, tal malaxación, con una amplitud debida a que ninguno de los límites horarios del estado de vela le impide deshilacharse hasta alturas enormes, que no la reconocemos. Las mañanas en que me había ocurrido ese infortunio, en que el paso de la esponja por parte del sueño había borrado de mi cerebro los signos de las ocupaciones cotidianas que están trazados en él como en una pizarra negra, había de hacer revivir mi memoria; a fuerza de voluntad, podemos volver a aprender lo que la amnesia del sueño o un ataque ha hecho olvidar y que va renaciendo poco a poco, a medida que los ojos se abren o la parálisis desaparece. Yo había vivido tantas horas en unos minutos,

que, deseando emplear con Françoise, a quien llamaba, un lenguaje conforme a la realidad y regulado por la hora, me veía obligado a recurrir a toda mi capacidad interna de comprensión para no decir: «Pues bien, Françoise, ya son las cinco de la tarde y no la he visto a usted desde ayer después de comer», y para expulsar mis sueños. En contradicción con ellos y mintiéndome a mí mismo, decía descaradamente y reduciéndome con todas mis fuerzas al silencio, palabras contrarias: «Françoise, ¡ya son las diez!». Ni siquiera decía las diez de la mañana, sino simplemente las diez, para que esas diez horas tan increíbles parecieran pronunciadas con un tono más natural. Sin embargo, decir aquellas palabras, en lugar de las que seguía pensando el durmiente apenas despierto que era yo aún, me exigía el mismo esfuerzo de equilibrio que a alguien que, al saltar en marcha de un tren y correr un instante a lo largo de la vía, logra no caer. Corre un instante, porque el que abandona era un medio animado por una gran velocidad y muy desemejante del suelo inerte al que sus pies encuentran cierta dificultad para adaptarse. De que el mundo del sueño no sea el del estado de vela no se sigue que el mundo del estado de vela sea menos verdadero, al contrario. En el mundo del sueño nuestras percepciones están tan sobrecargadas, cada una de ellas adensada por otra superpuesta, que la duplica, la ciega inútilmente, que no sabemos siquiera distinguir lo que ocurre en el aturdimiento del sueño: ¿era Françoise la que había venido o yo, que, harto de llamarla, iba hacia ella? En aquel momento el silencio era el único medio para no revelar nada, como en el momento en que nos detiene un juez informado de circunstancias que nos incumben, pero que no se nos han confiado. ¿Era Françoise quien había venido? ¿Era yo quien la había llamado? ¿No era incluso Françoise quien dormía y yo quien acababa de despertarla? Más aún: ¿no estaba Françoise encerrada en mi pecho, pues la distinción de las personas y su interacción apenas existe en esa grisácea obscuridad en la que la realidad es tan poco translúcida como en el cuerpo de un puercoespín y en que la percepción casi nula tal vez pueda dar idea de cómo es la de ciertos

animales? Por lo demás, incluso en la límpida locura que precede a esos sueños más pesados, si bien flotan luminosamente fragmentos de sabiduría, si bien no se ignoran en ellos los nombres de Taine, de George Eliot, no por ello deja de corresponder al mundo del estado de vela esa superioridad de que todas las mañanas pueda continuar, a diferencia del sueño todas las noches, pero tal vez haya otros mundos más reales que el del estado de vela. Aun así, ya hemos visto que todas las revoluciones en las artes transforman, incluso ése, mucho más —y al mismo tiempo— que el grado de aptitud o cultura que diferencia a un artista de un tonto ignorante.

Y con frecuencia una hora de sueño de más es un ataque de parálisis después del cual hay que recuperar el uso de los miembros y aprender de nuevo a hablar. La voluntad no lo lograría. Si hemos dormido demasiado, hemos dejado de ser. El sueño es apenas sentido mecánicamente, y sin conciencia, como puede serlo un tubo, el cierre de un grifo. Sucede una vida más inanimada que la de la medusa, en la que podríamos pensar que nos han sacado del fondo de los mares o que hemos vuelto de presidio, en caso de que pudiéramos pensar algo, pero entonces, desde lo alto del cielo, la diosa Mnemotecnia se inclina y nos ofrece —en forma de «costumbre de pedir el café con leche»— la esperanza de la resurrección. Aun así, el súbito don de la memoria no siempre es tan sencillo. Con frecuencia tenemos junto a nosotros en esos primeros minutos en los que nos dejamos deslizar hasta el sueño, una variedad de realidades diversas en las que creemos poder elegir como en un juego de cartas. Es viernes por la mañana y volvemos de un paseo o bien es la hora del té al borde del mar. La idea del sueño y de que estamos acostados con camisón es con frecuencia la última que se nos ocurre. La resurrección no llega en seguida, creemos haber llamado al timbre, pero no lo hemos hecho, agitamos palabras dementes. Sólo el movimiento devuelve el pensamiento y, cuando hemos apretado efectivamente la perilla eléctrica, podemos decir con lentitud, pero claramente: «Ya son las diez, Françoise, deme mi café con leche».

¡Oh, milagro! Françoise no había podido sospechar el mar de irrealidad que me bañaba aún entero y a través del cual había tenido yo la energía para hacer pasar mi extraña pregunta. Ella me respondía, en efecto: «Son las diez y diez», lo que me daba una apariencia razonable y me permitía no dejar advertir las extrañas conversaciones que me habían acunado interminablemente (los días en que no era una montaña de nada la que me había retirado la vida). A fuerza de voluntad, me había reintegrado en la realidad. Gozaba aún de los vestigios del sueño, es decir, de la única invención, de la única renovación, que existe en la forma de contar, pues todas las narraciones en el estado de vela, aunque estén embellecidas por la literatura, no entrañan esas misteriosas diferencias de las que se deriva la belleza. Es fácil hablar de la que crea el opio, pero, para un hombre habituado a dormir sólo con drogas, una hora inesperada de sueño natural descubrirá la inmensidad matinal de un paisaje tan misterioso y más fresco. Al hacer variar la hora, el lugar, en el que nos dormimos, al provocar el sueño de forma artificial o, al contrario, al volver por un día al sueño natural —el más extraño de todos para quien tenga la costumbre de dormir con somníferos—, se llega a obtener variedades de sueño mil veces más numerosas que de claveles o rosas obtendríamos siendo jardineros. Éstos obtienen flores que son sueños deliciosos, otras también que se parecen a pesadillas. Cuando yo me dormía de determinada forma, me despertaba tiritando, creyendo que tenía el sarampión o —cosa mucho más dolorosa— que mi abuela —en quien ya no pensaba yo nunca— sufría porque yo me había burlado de ella el día en que en Balbec, al creer que iba a morirse, había querido que yo tuviera una fotografía suya. En seguida, pese a estar despierto, quería yo ir a explicarle que no me había entendido, pero ya estaba calentándome. El pronóstico de sarampión quedaba desechado y mi abuela tan alejada de mí, que ya no hacía sufrir a mi corazón.

A veces sobre aquellos sueños diferentes se abatía una súbita obscuridad. Tenía miedo, al prolongar mi paseo por una avenida

enteramente negra, por la que oía pasar roedores. De pronto surgía una discusión entre un agente y una de esas mujeres que ejercían con frecuencia el oficio de conductor y a las que de lejos confundiríamos con jóvenes cocheros. En su asiento, rodeado de tinieblas, yo no la veía, pero ella hablaba y en su voz se leían las perfecciones de su rostro y la juventud de su cuerpo. Me dirigía hacia ella, en la obscuridad, para subir a su *coupé* antes de que volviese a arrancar. Era lejos. Por fortuna, la discusión con el agente se prolongaba. Yo alcanzaba el coche, aún detenido. Esa parte de la avenida se iluminaba con reverberos. La conductora quedaba visible. Era una mujer, en efecto, pero vieja, alta y fuerte, con pelo blanco que sobresalía de su gorra y una lepra roja en la cara. Yo me alejaba pensando: «¿Ocurrirá lo mismo con la belleza de las mujeres? Si de repente deseamos volver a ver a las que hemos conocido, ¿se habrán vuelto viejas? ¿Será la joven a quien deseamos como un personaje teatral que, por haber fallado las intérpretes de ese papel, se debe asignar por fuerza a nuevas estrellas? Pero entonces no es la misma».

Después me invadía una tristeza. Así, tenemos en nuestro sueño numerosas Piedades, como las *Pietà* del Renacimiento, pero no ejecutadas, como ellas, en el mármol, sino inconsistentes. Sin embargo, no dejan de tener utilidad: la de hacernos recordar cierta vista más enternecida, más humana, de las cosas, que sentimos demasiada tentación de olvidar en el sentido común, helado, a veces cargado de hostilidad, del estado de vela. Así, se me recordaba la promesa que yo me había hecho en Balbec: la de nunca dejar de sentir piedad de Françoise. Y, durante toda aquella mañana al menos, me esforzaría por no irritarme con las disputas de Françoise y del jefe de comedor, mostrarme afable con aquélla, a quien los otros atribuían tan poca bondad, pero sólo aquella mañana, y debería procurar dotarme de un código de conducta un poco más estable, pues, así como los pueblos no son gobernados durante mucho tiempo por una política de puro sentimiento, así tampoco lo son los hombres por el recuerdo de sus sueños. Éste

empezaba ya a alzar el vuelo. Al intentar hacerlo volver para describirlo, lo hacía yo huir más aprisa. Ya no tenía los párpados tan fuertemente sellados sobre los ojos. Si intentaba reconstituir mi sueño, se abrirían del todo. En todo momento hay que elegir entre la salud y la sensatez, por una parte, y, por otra, los placeres espirituales. Yo siempre he tenido la cobardía de elegir la primera parte. Por lo demás, el peligroso poder al que yo renunciaba lo era aún más de lo que se suele pensar. Las piedades, los sueños no alzan el vuelo solos. Si variamos así las condiciones en las que nos dormimos, no son sólo los sueños los que se esfuman, sino a veces —durante muchos días, durante años— también las facultades de soñar y dormir. El sueño es divino, pero poco estable, el más ligero choque lo vuelve volátil. Como amigo de los hábitos que es, éstos, más fijos que él, lo retienen todas las noches en su lugar consagrado, lo preservan de todo choque, pero, si lo desplazamos, si ya no está sujeto, se esfuma como un vapor. Se parece a la juventud y a los amores: no volvemos a recuperarlo.

En esos diversos sueños, como también en la música, el aumento o la disminución del intervalo era lo que creaba la belleza. Yo gozaba de ella, pero, en cambio, había perdido en ese sueño, pese a ser breve, buena parte de los gritos con los que se nos vuelve sensible la vida ambiente de los oficios, de los alimentos, de París. Por eso, por lo general (sin prever —¡ay!— el drama que semejantes despertares tardíos y mis leyes draconianas y persas de Asuero raciniano no iban a tardar en granjearme) me esforzaba por despertarme temprano para no perderme nada de dichos gritos. Además del placer de enterarme de que gustaban a Albertine y el de salir yo sin dejar de estar acostado, oía en ellos como el símbolo de la atmósfera de fuera, de la peligrosa vida bulliciosa por la que yo no la dejaba circular sin mi tutela, en una prolongación exterior del secuestro y de donde la retiraría en el momento en que lo deseara para hacerla volver junto a mí.

Por eso, pude responder a Albertine de la forma más sincera posible: «Al contrario, me gustan porque sé que te gustan a ti. “En la

barca, las ostras, en la barca”». «¡Oh, ostras! ¡Me apetecían tanto!». Por fortuna, Albertine, a medias inconstante y dócil a medias, olvidaba en seguida lo que había deseado y, antes de que hubiese yo tenido tiempo de decirle que eran mejores las de Prunier, quería sucesivamente todo lo que oía vocear por la vendedora de pescado: «¡Gambas! ¡Gambas riquísimas! Llevo raya viva, vivita y coleando. / Merluzas para freír, para freír. / Aquí llega la caballa, caballa fresca, caballa nueva. Aquí tienen la caballa, señoras, una caballa hermosa. ¡Mejillones frescos y ricos, mejillones!». A mi pesar, la advertencia: «Aquí está la caballa», me hacía estremecer, pero, como ese aviso no podía aplicarse —me parecía a mí— a nuestro conductor y yo sólo pensaba en ese pescado, que detestaba, mi inquietud duraba poco. «¡Ah! Mejillones», dijo Albertine, «me gustaría tanto comerme unos mejillones». «Querida, eso era en Balbec, aquí no valen nada: recuerda, por favor, lo que te dijo Cottard sobre los mejillones». Pero mi observación era tanto más desafortunada cuanto que la siguiente vendedora ambulante anunciaba algo que Cottard prohibía mucho más aún:

> ¡A la romana, a la romana!
> No se vende, se pasea.

Sin embargo, Albertine me consentía el sacrificio de la romana, con tal de que le prometiera encargar una compra, al cabo de unos días, a la vendedora que gritaba: «Traigo hermosos espárragos d’Argenteuil, traigo espárragos hermosos». Una voz misteriosa y de la que habría sido de esperar propuestas más extrañas, insinuaba: «¡Toneles, toneles!». Había que resignarse a la decepción de que sólo se tratara de toneles, pues esa palabra quedaba casi enteramente cubierta por la llamada «Cristalé, cristalero, cristales rotos, aquí está el cristalero, cristale-ro», división gregoriana que, sin embargo, me recordó menos a la liturgia que el vendedor de gamuzas, quien reproducía, sin saberlo, una de esas bruscas interrupciones de sonoridades, en medio de una oración, que tan

frecuentes son en el ritual de la Iglesia: «*Praeceptis salutaribus moniti et divina institutione formati audemus dicere*», dice el sacerdote terminando intensamente con «*dicere*». Sin irreverencia, así como el pueblo piadoso de la Edad Media representaba en el propio atrio de la iglesia las farsas y las sátiras, a ese «*dicere*» recuerda el vendedor de gamuzas, cuando, después de haber arrastrado las palabras, pronuncia la última sílaba con una brusquedad digna de la acentuación regulada por el gran Papa del siglo VII: «Se venden gamuzas, chatarra» (todo ello salmodiado con lentitud, como las dos sílabas que siguen, mientras que la última acaba más intensamente que «*dicere*»): «Pieles de conejo». «La naranja de Valencia, la hermosa naranja de Valencia, la naranja fresca», los modestos puerros mismos: «Aquí tienen unos puerros hermosos», las cebollas: «Cuarenta céntimos, mis cebollas», acudían en tropel para mí como un eco de las olas en las que, de haber estado libre, Albertine habría podido perderse y adquirían, así, la dulzura de un *Suave mari magno*.

> Aquí tienen zanahorias
> A dos perras el manojo.

«¡Oh!», exclamó Albertine. «Coles, zanahorias, naranjas: todas las cosas que me apetece comer. Manda a Françoise que las compre y haga zanahorias con nata y, además, será simpático comer todo eso junto. Serán todos esos ruidos que oímos transformados en una buena comida. ¡Oh! Por favor, pide a Françoise que haga más bien una raya con mantequilla negra. ¡Es tan buena!». «Queridita mía, descuida. No te quedes, porque, si no, pedirás todo lo que ofrecen las vendedoras ambulantes». «De acuerdo, me marcho, pero no quiero nunca más para cenar otras cosas que las que hayamos oído vocear. Es demasiado divertido. ¡Y pensar que aún hemos de esperar dos meses para oír: “Judías verdes y tiernas, judías, llegan las judías verdes”! Qué bien dicho: ¡judías tiernas! Ya sabes que las quiero muy finas, muy finas y rebosantes de vinagreta, no parece

que se coman, son frescas como el rocío. ¡Qué pena! Es como en el caso de los quesitos frescos. Están aún muy lejos: “¡El rico queso fre… queso fre… el rico queso!”. Y la uva albilla de Fontainebleau: “Traigo ricas uvas albilla”». Y yo pensaba con espanto en todo el tiempo que habría de permanecer con ella hasta la época de la uva albilla. «Mira, digo que sólo quiero las cosas que hayamos oído vocear, pero, naturalmente, hago excepciones. Por eso, no sería de extrañar que pase por donde Rebattet a encargar un helado para nosotros dos. Me dirás que aún no es la temporada, pero ¡me apetece tanto!». Me asustó el proyecto de Rebattet, que volvían más seguro y sospechoso para mí estas palabras: «No sería de extrañar». Era el día en que los Verdurin recibían y, desde que Swann los había informado de que era el mejor establecimiento, en Rebattet era donde encargaban helados y pastas. «No pongo objeción alguna a un helado, mi Albertine querida, pero déjame encargártelo, ni yo mismo sé si será donde Poire-Blanche, donde Rebattet, en el Ritz: en fin, ya veré». «Entonces, ¿vas a salir?», me dijo con expresión desafiante. Siempre decía que le encantaría que yo saliera más, pero, si algo que yo decía podía dar a entender que no iba a quedarme en casa, su inquieta expresión hacía pensar que la alegría que sentiría, al verme salir sin cesar, tal vez no fuese demasiado sincera. «Tal vez salga o tal vez no, ya sabes que nunca hago proyectos de antemano. En todo caso, los helados no son algo que se vocee, que se venda en las calles, ¿por qué los quieres?». Y entonces me respondió con estas palabras que me mostraron, en efecto, cuánta inteligencia y cuánto gusto latente se habían desarrollado de pronto en ella desde la época de Balbec, palabras del estilo de las que, según decía, se debían únicamente a mi influencia, a la constante cohabitación conmigo, palabras que, sin embargo, yo nunca habría dicho, como si alguien desconocido me hubiera prohibido usar jamás formas literarias en la conversación. Tal vez el futuro no hubiese de ser el mismo para Albertine y para mí. Tuve casi el presentimiento de ello, al verla apresurarse a emplear en el habla imágenes tan propias del lenguaje escrito y que

me parecían reservadas para un uso más sagrado y que yo ignoraba aún. Me dijo (y, pese a todo, me sentí profundamente enternecido, pues pensé: «Desde luego, yo no hablaría como ella, pero, aun así, sin mí no hablaría ella así; ha sufrido profundamente mi influencia, por lo que no puede ser que no me quiera: es obra mía»): «Lo que me gusta de esos alimentos voceados es que algo oído, como una rapsodia, cambia de naturaleza en la mesa y se dirige a mi paladar. En el caso de los helados (pues espero que sólo encargarás los hechos con esos moldes pasados de moda que tienen todas las formas posibles de la arquitectura), siempre que los tomo —templos, iglesias, obeliscos, rocas— lo que primero miro es como una geografía pintoresca y cuyos monumentos de frambuesa o vainilla convierto después en frescor en mi gaznate». Me parecía un poco redicho, pero ella notó que a mí me parecía bien expresado, por lo que continuó y, cuando se trataba de una comparación lograda, se detenía un instante a soltar su hermosa risa, que tan cruel me resultaba, por ser tan voluptuosa: «Dios mío, me temo que en el hotel Ritz encontrarás columnas Vendôme de helado, de chocolate o frambuesa, y entonces hacen falta varios para que parezcan columnas votivas o pilares elevados en una alameda a la gloria del frescor. También hacen obeliscos de frambuesa, que se alzarán aquí y allá en el ardiente desierto de mi sed y cuyo rosáceo granito fundiré en el fondo de mi garganta, y me saciarán mejor que unos oasis» (y en aquel punto estalló la risa profunda, ya fuera de satisfacción por hablar tan bien o de burla de sí misma por expresarse con imágenes tan seguidas o por deseo físico —¡ay!— de sentir en ella algo tan bueno, tan fresco, que resultaba el equivalente de un goce). «Esos picos de helado del Ritz parecen a veces el monte Rosa y, aunque sea un helado de limón, no detesto que no tenga una forma monumental, que sea irregular, abrupto, como una montaña de Elstir. Entonces no debe ser demasiado blanco, sino un poco amarillento, con ese aire de nieve sucia y macilenta que tienen las montañas de Elstir. Ya pueden esos helados de limón no ser grandes, ser medios helados simplemente,

si quieres, que, de todos modos, son montañas reducidas, a escala demasiado pequeña, pero la imaginación restablece las proporciones como en el caso de esos arbolitos enanos japoneses que, de todos modos, vemos perfectamente que son cedros, robles, manzanillos, hasta el punto de que colocando algunos a lo largo de un reguerito, en mi habitación, tendría un inmenso bosque en descenso hacia un río y en el que se perderían los niños. Asimismo, al pie de mi medio helado amarillento de limón veo muy bien postillones, viajeros, sillas de posta por los que mi lengua se encarga de hacer rodar avalanchas glaciales que los engullirán» (la voluptuosidad cruel con la que dijo esto excitó mis celos), «así como», añadió, «me encargo con mis labios de destruir, pilar a pilar, esas iglesias venecianas de un pórfido que es fresa y de hacer caer sobre los fieles lo que haya quedado en pie. Sí, todos esos monumentos pasarán de su lugar de piedra a mi pecho, donde palpita ya su fundente frescor, pero, mira, aun sin helados, nada resulta tan excitante y da tanta sed como los anuncios de fuentes termales. En Montjouvain, en casa de la Srta. Vinteuil, no había ningún buen heladero en la vecindad, si bien en el jardín dábamos nuestra vuelta a Francia bebiendo cada día otra agua mineral con gas, como el agua de Vichy, que, en cuanto se vierte, eleva desde las profundidades del vaso una nube blanca y, si no la bebemos deprisa, acaba calmándose y disipándose». Pero oír hablar de Montjouvain me resultaba demasiado penoso. La interrumpí. «Te estoy aburriendo: adiós, querido». Qué cambio desde Balbec, donde ni siquiera Elstir había podido adivinar en Albertine —habría sido capaz de desafiarlo yo— esas riquezas de poesía, una poesía menos extraña, menos personal que la de Céleste Albaret, por ejemplo, quien la víspera misma había venido a verme y, al encontrarme acostado, me había dicho: «¡Oh!, majestad del cielo depositada en una cama». «¿Por qué del cielo, Céleste?». «¡Oh! Porque no se parece usted a nadie, se equivoca de medio a medio, si cree que tiene algo en común con los que viajan por nuestra vil Tierra». «En todo caso, ¿por qué “depositada”?». «Porque no tiene

usted nada de un hombre acostado, no está en la cama, no se mueve, parecen haber descendido unos ángeles a depositarlo ahí». A Albertine nunca se le habría ocurrido, pero el amor, incluso cuando parece a punto de morir, es parcial. Yo prefería la «geografía pintoresca» de los sorbetes, cuya gracia bastante facilona me parecía una razón para amar a Albertine y una prueba de que tenía poder sobre ella y de que me amaba.

Una vez que Albertine salió, sentí la fatiga que era para mí aquella presencia perpetua, insaciable, de movimiento y vida, que alteraba mi sueño con sus movimientos, me hacía vivir en un enfriamiento perpetuo con las puertas que dejaba abiertas, me obligaba —para encontrar pretextos que justificaran la decisión de no acompañarla, sin por ello parecer demasiado enfermo y, por otra parte, encargar que la acompañaran— a desplegar todos los días más ingenio que Sheherezade. Lamentablemente, mientras que con el mismo ingenio la cuentista persa retrasaba su muerte, yo aceleraba la mía. Hay, así, en la vida ciertas situaciones que no son consecuencia, todas, como ésta, de los celos amorosos y una salud precaria que no permite compartir la vida con una persona activa y joven, pero en las que, de todos modos, se plantea de forma casi clínica el problema de continuar la vida en común o volver a la vida separada de otro tiempo: ¿a cuál de las dos clases de reposo hay que sacrificarse (continuando el agotamiento cotidiano o volviendo a las angustias de la ausencia)? ¿La del cerebro o la del corazón?

En todo caso, me alegraba mucho que Andrée acompañara a Albertine al Trocadero, pues recientes y, por lo demás, minúsculos incidentes hacían que, sin dejar de tener, desde luego, la misma confianza en la honradez del conductor, su vigilancia o al menos la perspicacia de su vigilancia ya no me pareciera tanta como en otro tiempo. Así, por ejemplo, muy recientemente, después de haber enviado a Albertine sola con él a Versalles, ésta me había dicho que había almorzado en el Réservoirs. Como el conductor me había hablado del restaurante Vatel el día en que advertí esa contradicción, aproveché un pretexto para bajar a hablar con el

mecánico, mientras Albertine se vestía. «Me dijo usted que había almorzado en Vatel y la Srta. Albertine me ha hablado del Réservoirs. ¿Qué quiere decir eso?». El mecánico me respondió: «¡Ah! Dije que yo había almorzado en Vatel, pero no puedo saber dónde almorzó la señorita. Al llegar a Versalles, se separó de mí para tomar un coche de caballos, cosa que prefiere cuando no se trata de ir por carretera». Yo ya estaba que rabiaba, al pensar que había estado sola, pero, en fin, sólo había sido durante el almuerzo. «Podría usted», dije con tono amable (pues no quería que pareciera que yo encargaba propiamente una vigilancia de Albertine, cosa que habría sido humillante para mí y por partida doble, ya que habría significado que me ocultaba sus acciones) «almorzar no digo con ella, pero en el mismo restaurante». «Pero sólo me había pedido que estuviera a las seis de la tarde en la Plaza de Armas. No tenía que ir a buscarla a la salida de su almuerzo». «¡Ah!», dije, al tiempo que intentaba disimular mi abatimiento, y volví a subir. De modo que habían sido más de siete horas seguidas las que Albertine había estado sola, entregada a sí misma. Desde luego, yo sabía perfectamente que el coche de caballos no había sido un simple expediente para deshacerse de la vigilancia del conductor. En la ciudad, Albertine prefería callejear en coche de caballos, decía que se veía mejor, que el aire era más suave. Aun así, había pasado siete horas sobre las cuales ya nunca sabría yo nada y no me atrevía a pensar en cómo las habría empleado. Me parecía que el mecánico había sido muy torpe, pero mi confianza en él fue en adelante completa, pues, si hubiera estado lo más mínimamente conchabado con Albertine, nunca me habría confesado que la había dejado libre desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde. Sólo habría habido otra explicación —pero absurda— de aquella confesión del conductor: la de que una desavenencia entre Albertine y él le hubiese inspirado la idea de mostrar a mi amiga, al hacerme una pequeña revelación, que era capaz de hablar y que, si, después de la primera advertencia, aun suave, no consentía en satisfacer su deseo, cantaría de plano, pero esa explicación era absurda: primero

había que suponer una desavenencia inexistente entre Albertine y él y, además, atribuir carácter de chantajista a aquel excelente mecánico que siempre se había mostrado afable y buena persona. Por lo demás, dos días después vi que sabía ejercer —más de lo que yo habría creído en cierto momento con mi recelosa locura— sobre Albertine una vigilancia discreta y perspicaz, pues, tras haber podido llevarlo aparte y hablarle de lo que me había dicho de Versalles, le dije con expresión amistosa y desenvuelta: «Ese paseo a Versalles del que me habló usted anteayer era perfecto así, estuvo usted perfecto, como siempre, pero voy a hacerle una pequeña indicación, que, por lo demás, carece de importancia: tengo tal responsabilidad desde que la Sra. Bontemps me confió la tutela de su sobrina, tal miedo a los accidentes, me reprocho tanto no acompañarla, que prefiero que sea usted, que es tan seguro, tan maravillosamente hábil, a quien no puede ocurrirle un accidente, el que lleve siempre a la Srta. Albertine. Así, nada temo». El encantador mecánico apostólico sonrió con finura, con la mano descansando sobre el volante en forma de cruz de consagración y después me dijo estas palabras que —al expulsar las inquietudes de mi corazón, donde quedaron al instante substituidas por la alegría— me dieron ganas de abrazarlo: «No tema», me dijo. «No puede ocurrirle nada, pues, cuando no está mi volante paseándola, mis ojos la siguen por doquier. En Versalles, como quien no quiere la cosa, visité la ciudad, por decirlo así, con ella. De Réservoirs fue al Castillo, del Castillo a los Trianons, sin que yo dejara de seguirla sin parecer verla, y lo mejor de todo es que no me vio. ¡Oh! Si me hubiese visto, no habría sido demasiado grave. Era tan natural, que, al disponer de todo el día sin tener nada que hacer, visitara yo también el Castillo, tanto más cuanto que, como no habrá dejado de notar la señorita, me gusta la lectura y me interesan todas las antiguas curiosidades» (era cierto, me habría sorprendido incluso haberme enterado de que era amigo de Morel, pues superaba con mucho al violinista en finura y gusto). «Pero el caso es que no me vio». «Por lo demás, debió de verse con amigas, pues tiene varias

en Versalles». «No, iba siempre sola». «Entonces, cómo deben de mirarla: ¡una muchacha imponente y sola!». «Desde luego que la miran, pero casi ni se entera: se pasó todo el tiempo con los ojos en la guía y sólo los levantaba para mirar los cuadros». El relato del conductor me pareció tanto más exacto cuanto que el día de su paseo Albertine me había enviado, en efecto, una «tarjeta» que representaba el Castillo y otra que representaba los Trianons. La atención con la que el simpático conductor había seguido todos sus pasos me emocionó mucho. ¿Cómo iba yo a suponer que esa rectificación —en forma de exhaustivo complemento a lo que había dicho dos días antes— se debía a que, entre esos dos días, Albertine, alarmada ante la posibilidad de que el conductor hubiese hablado conmigo, se había sometido y había hecho las paces con él? Ni siquiera se me ocurrió esa sospecha.

Lo que es seguro es que aquel relato del mecánico, al disipar en mí cualquier temor de que Albertine me hubiera engañado, redujo, como es natural, mi interés en mi amiga y me volvió menos interesante el día que había pasado en Versalles. Sin embargo, creo que las explicaciones del conductor, que, al demostrar la inocencia de Albertine, me la volvían aún más aburrida, tal vez no habrían bastado para calmarme tan deprisa. Dos granitos que mi amiga tuvo durante unos días en la frente tal vez lograran modificar mejor aún los sentimientos de mi corazón. Éstos se apartaron de ella, hasta el punto de recordarme su existencia sólo cuando la veía, por la singular confidencia que me hizo la doncella de Gilberte, a quien me encontré por casualidad. Me enteré de que, cuando iba yo todos los días a casa de Gilberte, ella amaba a un joven a quien veía mucho más que a mí. En aquella época yo lo había sospechado por un instante e incluso había preguntado a aquella misma doncella, pero, como ésta sabía que yo estaba prendado de Gilberte, lo había negado y había jurado que la Srta. Swann nunca había visto a aquel joven. Ahora bien, al saber que mi amor estaba muerto desde hacía mucho y llevaba años sin responder a sus cartas —y tal vez también porque ella ya no estaba al servicio de la muchacha—, me contó por

iniciativa propia todo el episodio amoroso para mí desconocido. Le parecía de lo más natural. Yo creía —al recordar sus juramentos de entonces— que ella no había estado al corriente. En absoluto, era ella misma, por orden de la Sra. Swann, quien iba a avisar al joven, en cuanto aquella a la que yo amaba estaba sola… a la que amaba entonces… Pero me pregunté si mi amor de entonces estaba tan muerto como creía, pues aquel relato me resultó doloroso. Como no creo que los celos puedan despertar un amor muerto, supuse que mi triste impresión se debía —en parte al menos— a mi herido amor propio, pues varias personas a las que yo no apreciaba y que en aquella época e incluso un poco después —más adelante hubo un cambio radical— adoptaban para conmigo una actitud despreciativa, sabían perfectamente —en la época en que yo estaba tan enamorado de Gilberte— que ésta me engañaba y eso me hizo preguntarme incluso retrospectivamente si no habría habido en mi amor por Gilberte algo de amor propio, ya que sufría tanto al enterarme más adelante de que todas las horas de ternura que me habían hecho tan feliz eran conocidas, en virtud de un auténtico engaño de mi amiga, por personas a las que yo no apreciaba. En todo caso, ya fuera amor o amor propio, Gilberte estaba casi muerta para mí, pero no del todo, y aquel contratiempo acabó de impedirme preocuparme sobremanera de Albertine, quien ocupaba un lugar tan importante en mi corazón. No obstante, volviendo a referirme a ella (después de un paréntesis tan largo) y a su paseo por Versalles, las tarjetas postales de Versalles (entonces, ¿se puede tener, así, simultáneamente, el corazón destrozado por dos celos entrecruzados, relativos cada uno de ellos a una persona diferente?) me daban una impresión un poco desagradable, siempre que, al ordenar papeles, mis ojos se fijaban en ellas y pensaba que, si el mecánico no hubiera sido un hombre tan bueno, la concordancia de su segundo relato con las «tarjetas» de Albertine no habría significado gran cosa, pues, ¿qué es lo que se envía en primer lugar desde Versalles sino el Castillo y los Trianons, a menos que quien elija la tarjeta sea un refinado, amante de determinada estatua, o un

imbécil que se incline por la vista de la estación del tranvía de caballos o la estación de Chantiers?

Aun así, no soy justo al decir «un imbécil», pues no siempre uno de ellos ha comprado al azar semejantes tarjetas por considerar interesante que procedan de Versalles. Durante dos años los hombres inteligentes, los artistas, consideraron Siena, Venecia, Granada una pesadez y decían del menor ómnibus, de todos los vagones: «Esto sí que es hermoso». Después ese gusto pasó como los demás. No sé si no se volvió incluso al «sacrilegio que constituye la destrucción de las cosas nobles del pasado». En todo caso, dejó de considerarse *a priori* más hermoso un vagón de primera clase que San Marcos de Venecia. Sin embargo, decían: «Ahí está la vida, la vuelta al pasado es algo facticio», pero sin sacar una conclusión clara. Por si acaso, y sin dejar de tener plena confianza en el conductor y para que Albertine no pudiera dejarlo plantado sin que él se atreviese a negarse por miedo a parecer espía, no la dejé salir más sin el refuerzo de Andrée, mientras que durante un tiempo el conductor me había bastado. En esa época la había dejado incluso ausentarse —cosa que no habría hecho más adelante— durante tres días, sola con el conductor, e ir hasta cerca de Balbec, en vista del ardiente deseo que tenía de correr por la carretera en coche descubierto y a gran velocidad: tres días en los que había estado yo muy tranquilo, aunque la lluvia de cartas que me envió me llegara, por culpa del detestable funcionamiento del correo bretón (bueno en verano, pero seguramente desorganizado en invierno), ocho días después del regreso de Albertine y del conductor, tan animosos, que la mañana misma de su regreso reanudaron, como si tal cosa, su paseo cotidiano, pero desde el incidente de Versalles yo había cambiado. Me encantaba que Albertine fuera aquel día a aquella función «extraordinaria» en el Trocadero, pero sobre todo me tranquilizaba que tuviese una compañera: Andrée.

Tras abandonar aquellos pensamientos después de que Albertine salió, fui a asomarme un momento a la ventana. Primero hubo un silencio en el que el silbato del vendedor de tripas y la

bocina del tranvía hicieron resonar el aire con octavas diferentes, como un afinador de piano ciego. Después, poco a poco, se volvieron nítidos los motivos entrecruzados, a los que se sumaban otros nuevos. Había también otro silbato —llamada de un vendedor de quien nunca supe qué vendía— que, por su parte, era exactamente igual al de un tranvía y, como no desaparecía con la velocidad, daba la impresión de que fuera un solo tranvía, no dotado de movimiento o averiado, inmovilizado, que gritara a breves intervalos, como un animal agonizante.

Y me parecía que, si alguna vez hubiera de abandonar yo aquel barrio aristocrático —a no ser que fuese para trasladarme a uno totalmente popular—, las calles y los bulevares del centro —donde las fruterías, las pescaderías, etcétera, estabilizadas en grandes casas de alimentación, volvían inútiles los gritos de los vendedores, quienes, por lo demás, no habrían logrado hacerse oír— me resultarían lúgubres, muy inhabitables, despojados, decantados, de todas aquellas letanías de los oficios humildes y la manduca ambulante, privados de la orquesta que acudía a encantarme ya por la mañana. Por la acera pasaba una mujer poco elegante —o practicante de una moda fea—, demasiado clara con un abrigo-saco de pelo de cabra, pero no, no era una mujer, era un conductor envuelto en su piel de cabra que volvía a pie a su garaje. Los botones alados, de tez cambiante y escapados de los grandes hoteles, corrían hacia las estaciones, al ras de su bicicleta, para reunirse con los viajeros del tren de la mañana. El zumbido de un violín se debía unas veces al paso de un automóvil y otras veces a que yo no había puesto bastante agua en mi calentador eléctrico. En medio de la sinfonía desentonaba un «aire» pasado de moda: al substituir a la vendedora de caramelos, que solía acompañar su tonada con una carraca, el vendedor de juguetes, quien movía en todos los sentidos un muñeco que llevaba atado a su pito, paseaba otros muñecos y, sin parar mientes en la declamación ritual de Gregorio el Magno, la reformada de Palestrina y la lírica de los

modernos, entonaba a plena voz, como partidario retrasado de la pura melodía:

> Vengan los papás, vengan las mamás.
> Contenten a sus nenes;
> Yo los hago y yo los vendo
> Y soy yo quien se pule el dinero.
> Tra la la la. Tra la la la lero.
> Tra la la la la la la.
> ¡Vamos, nenes!

Unos italianitos, tocados con una boina, no intentaban luchar contra esa *aria vivace* y sin decir nada ofrecían estatuillas. Entretanto, un pequeño pífano obligaba al vendedor de juguetes a alejarse y a cantar más confusamente, casi *presto*: «Vengan los papás, vengan las mamás». ¿Sería el pequeño pífano uno de los dragones que oía yo por la mañana en Doncières? No, porque lo que seguía eran estas palabras: «Aquí está el reparador de loza y porcelana. Reparo el vidrio, el mármol, el cristal, el hueso, el marfil y objetos antiguos. Aquí está el reparador». En una carnicería, donde a la izquierda había una aureola de sol y a la derecha un buey entero colgado, un mozo de carnicero, muy alto y delgado, de pelo rubio y con la garganta cubierta por un cuello de camisa azul cielo, empleaba una rapidez vertiginosa y una conciencia religiosa para poner a un lado los filetes de buey exquisitos y al otro los cuartos traseros de ínfima calidad, los colocaba en unas balanzas deslumbrantes coronadas por una cruz, de la que colgaban unas hermosas cadenitas, y, aunque lo único que hacía después era disponer en el escaparate riñones, filetes gruesos, lomos, daba, en realidad, mucho más la impresión de un hermoso ángel que el día del Juicio Final preparara para Dios, según sus cualidades, la separación de los buenos y los malos y el pesado de las almas y de nuevo el pífano, menudo y fino, subía por el aire, anunciador —no ya de las destrucciones que temía Françoise siempre que desfilaba un regimiento de caballería, sino— de «reparaciones» prometidas

por un «anticuario» ingenuo o guasón y que, lejos de especializarse, tenía por objeto de su arte —muy ecléctico, en todo caso— las materias más diversas. Las repartidoras de pan se apresuraban a apilar en su cesta las barras destinadas al «gran almuerzo» y las lecheras afianzaban firmemente las botellas de leche en su gancho. ¿Podía yo considerar de verdad exacta la vista nostálgica que tenía de aquellas muchachas? ¿No habría sido otra, si hubiera podido conservar unos instantes junto a mí a una de aquellas a las que, desde la altura de mi ventana, sólo veía en la tienda o en movimiento? Para evaluar la pérdida que me hacía experimentar mi reclusión, es decir, la riqueza que me ofrecía el día, se debería haber interceptado en el largo desarrollo del friso animado a alguna niña que llevara la ropa lavada o la leche, hacerla pasar un momento, como la silueta de un decorado móvil, entre bastidores, en el marco de mi puerta y retenerla ante mis ojos, no sin obtener alguna información sobre ella que me permitiera volver a encontrarla un día, como esa ficha descriptiva que los ornitólogos o los ictiólogos fijan —antes de devolverles la libertad— bajo el vientre de las aves o de los peces cuyas migraciones desean seguir.

Por eso, dije a Françoise que, para un recado que necesitaba, me enviara —si venía alguna— a tal o cual de aquellas pequeñas que acudían sin cesar a buscar y traer la ropa lavada, el pan o las garrafas de leche y a las que con frecuencia encargaba recados. En eso me parecía a Elstir, quien, por estar obligado a permanecer encerrado en su taller, ciertos días de primavera en los que, al saber que los bosques estaban llenos de violetas, le daban ganas de mirarlas, enviaba a su portera a comprarle un ramillete; entonces, enternecido, alucinado, no era la mesa sobre la que había dejado ese modelito vegetal, sino todo el tapiz de los bosques donde en tiempos había, a millares, tallos en forma de serpentina doblándose bajo su punta azul lo que Elstir creía tener ante los ojos como una zona imaginaria que insertaba en su taller el límpido olor de la flor evocadora.

Lavandera alguna, un domingo, no había que pensar que viniese. En cuanto a la repartidora del pan, la mala suerte había querido que llamara cuando Françoise estaba ausente, por lo que había dejado la canasta con las barras en el rellano y se había largado. La frutera no vendría hasta mucho después. En cierta ocasión, yo había entrado a encargar un queso en la mantequería y, de entre las empleaditas, me había fijado en una, verdadera extravagancia rubia, alta de talle, aunque pueril, y que, en medio de las demás repartidoras, parecía soñar, con actitud bastante orgullosa. Yo sólo la había visto de lejos y, por haber pasado tan deprisa, no habría podido decir cómo era, salvo que debía de haber crecido demasiado deprisa y su melena —mucho menos que de las particularidades capilares— daba la impresión de una estilización escultural de los meandros aislados en neveros paralelos. Eso era todo lo que yo había distinguido, además de una nariz muy dibujada —cosa rara en una niña— en una cara delgada y que recordaba al pico de una cría de buitres. Por lo demás, la agrupación en torno a ella de sus compañeras no había sido lo único que me había impedido verla bien, sino también la incertidumbre de los sentimientos que, a primera vista y después, podía yo inspirarle, ya fuesen de orgullo arisco o ironía o un desdén expresado más adelante a sus amigas. Aquellas suposiciones alternativas que había hecho yo, en un segundo, sobre ella habían recargado a su alrededor la atmósfera confusa en que se ocultaba, como una diosa en su nube, que hace temblar el rayo, pues la incertidumbre moral es una causa mayor de dificultad para una exacta percepción visual que un defecto material del ojo. En aquella joven demasiado delgada y que, por esa razón, llamaba demasiado la atención, el exceso de lo que tal vez otro habría llamado encantos era precisamente lo más indicado para desagradarme, pero había tenido, de todos modos, la consecuencia de impedirme incluso advertir nada y, con mayor razón, recordar nada de las otras mantequeritas, a las que la nariz arqueada de aquélla, su mirada, cosa tan poco agradable, pensativa, personal que parecía juzgar,

habían sumido en la noche, como un relampagueo rubio que entenebrece el paisaje circundante, y, así, de mi visita para encargar un queso a la mantequería yo sólo había conservado en el recuerdo —si se puede llamar tal el de un rostro tan mal mirado, que adaptamos diez veces a su nulidad una nariz diferente— de la pequeña que me había desagradado. Con eso basta para que comience un amor. Sin embargo, yo habría olvidado la extravagancia rubia y no habría deseado nunca volver a verla, si no me hubiera dicho Françoise que, pese a ser una chiquilla, aquella pequeña era despabilada e iba a abandonar a su jefa por ser demasiado coqueta y deber dinero en el barrio. Se ha dicho que la belleza es una promesa de felicidad. A la inversa, la posibilidad del placer puede ser un comienzo de belleza.

Me puse a leer la carta de mi madre. Por sus citas de Mme. de Sévigné («Si bien mis pensamientos no son del todo negros en Combray, al menos son de un gris pardo; te echo de menos y pienso en ti en todo momento, en tu salud, tus asuntos, tu lejanía, ¿cuál te parece que puede ser el efecto de todo eso entre dos luces?»), notaba yo que estaba molesta al ver que la estancia de Albertine en casa se prolongaba y se consolidaban —pese a no habérselas declarado aún a la prometida— mis intenciones de matrimonio. No me lo decía más directamente porque temía que yo dejara sus cartas a la vista. Aun así, por veladas que fueran, me reprochaba no avisarla inmediatamente después de haber recibido cada una de ellas: «Ya sabes que Mme. de Sévigné decía: “Cuando estamos lejos, dejamos de burlarnos de las cartas que empiezan así: ‘He recibido la tuya’”». Por no hablar de lo que le preocupaba más, se declaraba enojada ante mis grandes gastos: «¿Adónde puede ir a parar todo tu dinero? Bastante me atormenta ya que, como Charles de Sévigné, no sepas lo que quieres y seas “dos o tres hombres a la vez”, pero procura al menos no ser como él en cuanto al gasto y que yo no pueda decir de ti: “Ha encontrado la forma de gastar sin que lo parezca, de perder sin jugar y de pagar sin dejar de tener deudas”». Acababa yo de terminar de leer la nota de mi madre, cuando

Françoise regresó a decirme que precisamente estaba allí la lecherita un poco demasiado audaz de la que me había hablado. «Podrá perfectamente llevar la carta del señor y hacer los recados, si no es demasiado lejos. Ya verá el señor, tiene el aspecto de una Caperucita Roja». Françoise fue a buscarla y oí que la guiaba diciéndole: «Pero, bueno, tienes miedo porque hay un pasillo, pedazo de zoquete, yo te creía más viva. ¿Es que voy a tener que llevarte de la mano?». Y Françoise, como buena y honrada sirviente que se propone hacer respetar a su amo, como ella misma lo hace, se había envuelto en esa majestad que ennoblece a las alcahuetas en esos cuadros de maestros antiguos en los que, junto a ellas, se eclipsan casi en la insignificancia los amantes.

Cuando las miraba, Elstir no tenía que preocuparse de lo que hacían las violetas. La entrada de la mantequerita me privó de la calma de contemplador, ya sólo pensé en volver verosímil el cuento de la carta que iba a encargarle llevar y me puse a escribir rápidamente sin apenas atreverme a mirarla para que no pareciera que la había hecho entrar para eso. Estaba engalanada para mí con ese encanto de lo desconocido del que habría estado desprovista una muchacha hermosa conocida en una de esas casas en las que nos esperan. No estaba ni desnuda ni disfrazada, sino que era una mantequera de verdad, una de las que imaginamos tan guapas cuando no tenemos tiempo de acercarnos a ellas, tenía un poco de lo que constituye el eterno deseo, el eterno pesar de la vida, cuya doble corriente resulta por fin desviada y dirigida hacia nosotros: doble, porque, si se trata de una desconocida, de una persona que adivinamos divina por su estatura, sus proporciones, su mirada indiferente, su calma altiva, queremos, por otra parte, que esa mujer sea muy especializada en su profesión, para que nos permita evadirnos en ese mundo que una vestimenta particular nos hace considerar novelescamente distinto. Por lo demás, si procuramos encerrar en una fórmula la ley de nuestras curiosidades amorosas, habría que buscarla en la máxima diferencia entre una mujer columbrada y una mujer cercana, acariciada. Si las mujeres de lo

que en tiempos se llamaba casas de citas, si las propias casquivanas —a condición de que sepamos que lo son— nos atraen tan poco, no es porque sean menos hermosas que otras, sino porque están totalmente dispuestas, porque nos ofrecen ya lo que deseamos precisamente alcanzar, porque no son coquetas. La diferencia en ese caso es mínima. Una zorra nos sonríe ya en la calle como lo haría a nuestro lado. Somos escultores. Queremos obtener de una mujer una estatua totalmente distinta de la que nos ha presentado. Hemos visto a una muchacha apática, insolente, al borde del mar, hemos visto a una vendedora seria y activa en su mostrador que nos responderá en tono seco, aunque sólo sea para no ser objeto de burlas de sus compañeras, a una frutera que apenas nos responde. Pues bien, no descansaremos hasta experimentar si la muchacha al borde del mar, la vendedora muy estricta sobre el qué dirán y la distraída frutera pueden llegar —gracias a hábiles maniobras por nuestra parte— a dejar flaquear su actitud rectilínea, rodearnos el cuello con esos brazos que llevaban la fruta, inclinar sobre nuestra boca, con sonrisa consintiente, unos ojos hasta entonces helados o distraídos… ¡oh, belleza de los ojos severos en las horas de trabajo en que la obrera temía tanto la murmuración de sus compañeras, de los ojos que eludían nuestras obsesivas miradas y que, una vez que la hemos visto a solas, contrae las pupilas bajo el soleado peso de la risa, cuando hablamos de hacer el amor! Entre la vendedora, la lavandera dedicada a planchar, la frutera, la mantequera… y esa misma chica que va a llegar a ser nuestra amante, se alcanza la máxima diferencia, llevada hasta sus límites extremos, y variada, mediante esos gestos habituales de la profesión que hacen de los brazos, durante la jornada laboral, algo lo más diferente posible, como arabesco, de esos flexibles vínculos que ya se enlazan todas las noches en nuestro cuello, mientras la boca se dispone para el beso. Por eso, pasamos toda nuestra vida con inquietas gestiones, renovadas sin cesar, ante las muchachas serias, a quienes su oficio parece alejar de nosotros. Una vez en nuestros brazos, ya no son lo

que eran, esa distancia que soñábamos con salvar ha quedado suprimida, pero volvemos a empezar con otras mujeres, dedicamos a esas empresas todo nuestro tiempo, todo nuestro dinero, todas nuestras fuerzas, reventamos de rabia contra el cochero demasiado lento que tal vez nos haga perdernos la primera cita, somos presa de la fiebre. Sin embargo, sabemos que esa primera cita significará el desvanecimiento de una ilusión. No importa: mientras ésta dura, queremos ver si podemos cambiarla, en realidad, y entonces pensamos en la lavandera cuya frialdad hemos notado. La curiosidad amorosa es como la que despiertan en nosotros los nombres de países: siempre decepcionada, renace y sigue siempre insaciable.

Lamentablemente, una vez junto a mí, la rubia mantequera de mechas estriadas, despojada de tanta imaginación y deseos despertados en mí, quedó reducida a sí misma. La trémula nube de mis suposiciones ya no la envolvía en un vértigo. Adquiría una apariencia confusa de sólo tener —en lugar de diez, veinte, que yo recordaba sucesivamente sin poder concretar mi recuerdo— una sola nariz, más redonda de lo que habría creído, que daba una idea de necedad y, en todo caso, había perdido la capacidad de multiplicarse. Aquel vuelo capturado, inerte, aniquilado, incapaz de añadir nada a su pobre evidencia, ya no contaba con mi imaginación para colaborar con él. Caído en la realidad inmóvil, intenté reanimarme; las mejillas, no vistas en la tienda, me parecieron tan bonitas, que me sentí intimidado y, para despistar, dije a la mantequerita: «¿Tendría usted la amabilidad de pasarme *Le Figaro*, que está ahí? Tengo que mirar el nombre del lugar al que quiero enviarla». Al instante, al coger el periódico, descubrió hasta el codo la roja manga de su chaqueta y me alargó el diario conservador con gesto hábil y amable, que me gustó por su rapidez familiar, su apariencia mórbida y su color escarlata. Mientras abría *Le Figaro*, pregunté —por decir algo y sin levantar la vista— a la nena: «¿Cómo se llama eso que lleva usted de punto rojo? Es muy bonito». Me respondió: «Es mi gorra de polo». Pues, en virtud de

una decadencia habitual en todas las modas, los vestidos y las palabras que, unos años antes, parecían pertenecer al mundo relativamente elegante de las amigas de Albertine, ya habían llegado a ser propios de las obreras. «¿De verdad no le molestaría demasiado», dije, mientras fingía buscar en *Le Figaro*, «que la envíe un poco lejos?». En cuanto parecí considerar pesado el servicio que iba a prestarme haciendo un recado, empezó a considerarlo molesto. «Es que después tengo que ir a pasear en bicicleta. Qué caramba, sólo tenemos el domingo». «Pero ¿no tiene usted frío así, destocada?». «Pero no iré destocada, llevaré mi gorra de golf y con todo este pelo podría prescindir de ella». Alcé la vista para mirar los mechones flavescentes y rizados y sentí que su torbellino me llevaba, con el corazón palpitante, entre la luz y las ráfagas de un huracán de belleza. Seguía yo mirando el periódico, pero, aunque sólo fuera para disimular y poder ganar tiempo, mientras fingía leer, no por ello dejaba de comprender el sentido de las palabras que tenía ante los ojos y que me llamaban la atención: «En el programa de la sesión que hemos anunciado y que se ofrecerá esta tarde en la sala de fiestas del Trocadero, hay que añadir el nombre de la Srta. Léa, quien ha aceptado aparecer en *Les Fourberies de Nérine*. Naturalmente, desempeñará el papel de Nérine, en el que resulta impresionante de inspiración y hechicera alegría». Fue como si me hubiesen arrancado brutalmente del corazón el vendaje bajo el cual había empezado a cicatrizar desde mi regreso de Balbec. La corriente de mis angustias salió como un torrente. Léa era la actriz amiga de las dos muchachas que Albertine, sin parecer verlas, había contemplado una tarde en el espejo del casino. Cierto es que en Balbec Albertine, al oír el nombre de Léa, había adoptado un tono de compunción particular para decirme, casi escandalizada de que se pudiera sospechar de semejante virtud: «¡Oh! No, en absoluto es una mujer así, es una mujer excelente». Por desgracia para mí, cuando Albertine emitía una afirmación de ese tipo, siempre era la primera fase de afirmaciones diferentes. Poco después de la primera, venía esta segunda: «No la conozco». En

tercer lugar, cuando Albertine me había hablado de semejante persona «intachable» y a la que (en segundo lugar) «no conocía», olvidaba poco a poco, en primer lugar, haber dicho que no la conocía y en una frase en la que se contradecía, sin saberlo, contaba que la conocía. Consumado el primer olvido y emitida la nueva afirmación, comenzaba un segundo olvido, el de que la persona fuera intachable. «¿No tiene una así», preguntaba yo, «semejantes costumbres?». «Pero, bueno, naturalmente, ¡es cosa más que sabida!». Al instante volvía a adoptar el tono compungido para una afirmación que era un vago eco muy amenguado de la primera: «He de decir que conmigo siempre ha sido de una compostura perfecta. Naturalmente, sabía que yo le habría parado los pies y sin miramientos, pero, en fin, es igual. Estoy obligada a agradecerle el verdadero respeto que siempre me ha demostrado. Se ve que sabía con quién trataba». Recordamos la verdad porque tiene un nombre, raíces antiguas, pero una mentira improvisada se olvida en seguida. Albertine olvidaba aquella última mentira, la cuarta, y un día en que quería ganarse mi confianza con confidencias, se dejaba llevar por ellas y me decía de la misma persona, al principio tan como Dios manda y a la que no conocía: «Se enamoriscó de mí. Tres, cuatro veces me pidió que la acompañara a su casa y subiera a verla. En acompañarla, delante de todo el mundo, en pleno día, al aire libre, no veía yo nada malo, pero, al llegar a su puerta, siempre encontraba yo un pretexto y nunca subí». Un tiempo después, Albertine hacía alusión a la belleza de los objetos que se veían en casa de la misma señora. De aproximación en aproximación, habría yo logrado seguramente hacerla decir la verdad, que quizá fuera menos grave de lo que yo me sentí inclinado a pensar, pues —tal vez por mostrarse fácil con las mujeres— prefería un amante y, como ahora lo era yo, tal vez no pensara en Léa. Ya me habría bastado —en todo caso, con muchas mujeres— con reunir ante mi amiga, en una síntesis, sus afirmaciones contradictorias para convencerla de sus faltas (que resultan mucho más fáciles —como las leyes astronómicas— de

obtener por el razonamiento que de observar, sorprender, en la realidad), pero aún habría preferido ella decir que había mentido —cuando había emitido una de aquellas afirmaciones, cuya retirada haría desplomarse todo mi sistema— a reconocer que todo lo que había contado desde el principio era un simple tejido de cuentos mendaces. Los hay semejantes en *Las mil y una noches* y que nos encantan. Nos hacen sufrir en una persona a la que amamos y, por esa razón, nos permiten avanzar un poco más en el conocimiento de la naturaleza humana en lugar de entretenernos en su superficie. La pena penetra en nosotros y nos fuerza mediante la curiosidad dolorosa a penetrar. A eso se debe la existencia de verdades que no sentimos el derecho a ocultar, hasta el punto de que un ateo moribundo que las ha descubierto, convencido de la nada, indiferente a la gloria, dedica, sin embargo, sus últimas horas a intentar darlas a conocer.

Seguramente se trataba de la primera afirmación sobre Léa. Ignoraba yo incluso si Albertine la conocía o no. Poco importa: equivalía a lo mismo. Había que impedir a toda costa que en el Trocadero pudiera volver a ver a aquella conocida o llegar a conocer a aquella desconocida. Digo que no sabía yo si conocía a Léa o no; sin embargo, debía de haberme enterado en Balbec y por la propia Albertine, pues el olvido suprimía tanto en mí como en Albertine una gran parte de las cosas que ella me había dicho. Es que la memoria, en lugar de un ejemplar por duplicado, siempre presente ante nuestros ojos, de los diversos hechos de nuestra vida, es más bien una nada de la que a veces una similitud actual nos permite sacar, resucitados, recuerdos muertos, pero sigue habiendo mil hechos menores que no han caído en esa virtualidad de la memoria y seguirán para siempre inalcanzables para nosotros. No prestamos la menor atención a todo lo que ignoramos relacionado con la vida real de la persona a la que amamos, olvidamos en seguida lo que nos dijo a propósito de determinado hecho de determinadas personas a las que no conocemos y la expresión que puso al decírnoslo. Por eso, cuando más adelante esas mismas personas despiertan

nuestros celos, éstos —tras registrar el pasado para obtener inducciones, para saber si se equivocan, si a ellas deben, en efecto, atribuir las prisas que nuestra amante tiene por salir, el descontento de que la hayamos privado de ello al volver a casa demasiado temprano— nada encuentran en él; siempre retrospectivos, son como un historiador que hubiera de escribir una historia sin disponer de documento alguno; siempre en retraso, se precipitan como un toro furioso hasta donde no se encuentra el ser orgulloso y brillante que lo irrita con sus picaduras y cuya magnificencia y astucia admira la muchedumbre cruel. Los celos se debaten en el vacío, inseguros, como lo estamos en esos sueños en los que sufrimos por no encontrar en su casa vacía a una persona a la que hemos conocido perfectamente en la vida real, pero que tal vez en el sueño sea otra y simplemente haya tomado prestadas las facciones de otro personaje, como lo estamos más aún después de despertar, cuando intentamos identificar tal o cual detalle de nuestro sueño. ¿Qué expresión tenía nuestra amiga al decírnoslo? ¿No tenía expresión feliz, no silbaba siquiera, cosa que hace cuando tiene algún pensamiento amoroso y nuestra presencia la importuna e irrita? ¿No nos dijo algo que está en contradicción con lo que afirma ahora sobre si conoce o no a determinada persona? No lo sabemos, nunca lo sabremos, persistimos en perseguir los restos inconsistentes de un sueño y, durante ese tiempo, nuestra vida con nuestra amante continúa, nuestra vida distraída ante aquello cuya importancia para nosotros ignoramos, atenta a lo que tal vez no lo sea, padeciendo pesadillas sobre personas que carecen de relaciones reales con nosotros, nuestra vida llena de olvidos, lagunas, ansiedades vanas, nuestra vida semejante a un sueño.

Advertí que la lecherita seguía allí. Le dije que sería, la verdad, muy lejos, que no la necesitaba. Al instante le pareció también a ella que sería demasiado fastidioso: «Dentro de un rato, va a haber un partido muy interesante y no me gustaría perdérmelo». Pensé que ya debía de decir «amar los deportes» y que, al cabo de unos años, diría «vivir su vida». Dije que, la verdad, no la necesitaba y le di

cinco francos. Al instante, como no se lo esperaba y debió de pensar que, si había recibido cinco francos por no hacer nada, mucho más sería por el recado, empezó a decir que el partido no tenía importancia. «Habría preferido hacer su recado. Siempre se puede encontrar una solución». Pero la empujé hacia la puerta: necesitaba estar solo; había que impedir a toda costa que Albertine pudiera encontrarse en el Trocadero con las amigas de Léa. Había que hacerlo, había que conseguirlo; a decir verdad, yo no sabía aún cómo y, durante aquellos primeros instantes, abría las manos, las miraba, hacía crujir los nudillos de los dedos, ya fuera porque la mente que no puede encontrar lo que busca, presa de la pereza, decide hacer un alto durante un instante en el que las cosas más indiferentes se le aparecen con claridad, como esas puntas de hierba de los taludes que se ve desde el balcón temblar al viento, cuando el tren se detiene en el campo raso —inmovilidad que no siempre es más fecunda que la del animal capturado, que, paralizado por el miedo o fascinado, mira sin moverse— o porque tuviera yo totalmente preparado mi cuerpo —con mi inteligencia dentro y en ella los medios de acción sobre tal o cual persona— como una simple arma de la que partiría el tiro que separaría a Albertine de Léa y de sus dos amigas. Cierto es que por la mañana, cuando Françoise había venido a decirme que Albertine iría al Trocadero, yo había pensado: «Albertine puede muy bien hacer lo que le plazca», y había creído que hasta la noche, con aquel tiempo radiante, sus acciones seguirían careciendo para mí de importancia perceptible, pero no era sólo el sol matinal, como había yo pensado, lo que me había vuelto tan despreocupado; era porque, al haber obligado a Albertine a renunciar a los proyectos que tal vez pudiese concebir o incluso realizar en casa de los Verdurin y a ir a una sesión que había elegido yo mismo y con vistas a la cual no había podido ella preparar nada, sabía que lo que hiciera sería por fuerza inocente. Asimismo, si Albertine había dicho unos instantes después: «Si me mato, me da totalmente igual», era porque estaba convencida de que no lo haría. Delante de mí, delante de Albertine,

había habido aquella mañana —mucho más que el radiante sol de aquel día— ese medio que no vemos, pero gracias a cuya mediación translúcida y cambiante veíamos —yo— sus acciones y —ella— la importancia de su propia vida, es decir, esas creencias que no percibimos, pero que son tan poco asimilables a un puro vacío como el aire que nos rodea; como componen en torno a nosotros una atmósfera variable, a veces excelente, con frecuencia irrespirable, merecerían que se las señalara y anotase con tanto cuidado como la temperatura, la presión barométrica, la estación, pues nuestros días tienen su originalidad física y moral. La creencia —no advertida por mí aquella mañana, pese a que había estado gozosamente envuelto en ella hasta el momento en que había abierto *Le Figaro*— de que Albertine no haría nada que no fuera inofensivo acababa de desaparecer. Yo ya no vivía en el día hermoso, sino en un día creado dentro del primero por la inquietud de que Albertine reanudara su relación con Léa y más fácilmente aún con las dos muchachas, si, como me parecía probable, habían ido a aplaudir a la actriz al Trocadero, donde no les resultaría difícil, en un entreacto, encontrarse con Albertine. Yo ya no pensaba en la Srta. Vinteuil, el nombre de Léa me había hecho volver a ver —para sentir celos de ella— la imagen de Albertine en el casino junto a las dos muchachas, pues sólo contaba en mi memoria con series de Albertine separadas unas de las otras, incompletas, perfiles, instantáneas; por eso, mis celos se limitaban a una expresión discontinua, a la vez fugaz y fija, y a las personas que la habían suscitado en la cara de Albertine. Recordaba yo a ésta cuando en Balbec la miraban con insistencia las dos muchachas o mujeres de ese estilo; recordaba el sufrimiento que sentía yo al ver recorrido por miradas activas, como las de un pintor que quiere tomar un croquis, aquel rostro enteramente cubierto por ellas y que, a causa de mi presencia seguramente, sufría ese contacto sin parecer advertirlo, con una pasividad tal vez clandestinamente voluptuosa. Y, antes de que se repusiera y me hablase, había un segundo durante el cual Albertine no se movía, sonreía en el vacío, con la misma apariencia

de naturalidad fingida y placer disimulado que si hubieran estado fotografiándola o incluso para elegir ante el objetivo una pose más excitante —la que había adoptado precisamente en Doncières, cuando estábamos paseando con Saint-Loup—: riendo y pasándose la lengua por los labios, aparentaba irritar a un perro. Cierto es que en esos momentos en modo alguno era la misma que cuando era ella la interesada en muchachas que pasaban. Al contrario: en este último caso su intensa y aterciopelada mirada se quedaba fija, se clavaba en la transeúnte, tan adherente, tan corrosiva, que parecía que, al retirarse, se llevaría consigo la piel, pero en aquel momento aquella mirada, que al menos le infundía cierta seriedad hasta hacerla parecer doliente, me habría parecido dulce en comparación con la —átona y feliz— que tenía junto a las dos muchachas y habría yo preferido la sombría expresión del deseo que tal vez sintiera a veces a la risueña causada por el deseo que inspiraba. De nada servía que intentara disimular la conciencia, ésta la bañaba, la envolvía, vaporosa, sensual, hacía parecer su cara toda rosácea, pero a saber si, fuera de mi presencia, seguiría callando Albertine todo lo que mantenía en aquellos momentos en suspenso en ella, que irradiaba a su alrededor y tanto me hacía sufrir, si, no estando yo delante, no respondería con audacia a las insinuaciones de las dos muchachas. Desde luego, aquellos recuerdos me causaban un gran dolor. Eran como una confesión total de los gustos de Albertine, una confesión general de su infidelidad, contra la cual no podían prevalecer sus juramentos particulares, en los que yo quería creer, los resultados negativos de mis incompletas investigaciones, las seguridades —tal vez formuladas en connivencia con Albertine— de Andrée. Albertine podía negarme sus traiciones particulares, con palabras que se le escapaban, más fuertes que las declaraciones contrarias; con aquellas miradas simplemente había hecho la confesión de lo que le habría gustado mantener oculto, mucho más que de los hechos particulares: que se habría dejado matar antes que reconocer sus inclinaciones. Es que ninguna persona quiere entregar su alma. Pese al dolor que aquellos recuerdos me

causaban, ¿habría podido negar que el programa de la sesión del Trocadero era lo que había despertado mi necesidad de Albertine? Era de esas mujeres a las que sus faltas podrían hacer, en caso necesario, las veces de encantos y —tanto como sus faltas— su bondad, que las sucede y vuelve a inspirarnos esa dulzura que con ellas —como un enfermo que nunca se encuentra bien dos días seguidos— nos vemos obligados sin cesar a reconquistar. Por lo demás, más aún que sus faltas, mientras las amamos, cuentan las de antes de que las conociésemos y la primera de todas: su naturaleza. Lo que vuelve dolorosos semejantes amores es, en efecto, que preexiste a ellos como un pecado original de la mujer, un pecado que nos hace amarlas, de modo que, cuando lo olvidamos, las necesitamos menos y, para empezar de nuevo a amar, hay que empezar de nuevo a sufrir. En aquel momento, lo que más me preocupaba era que no se encontrara con las dos muchachas y saber si conocía a Léa o no, aunque sólo deberíamos interesarnos en los hechos particulares por su significado general y pese a la puerilidad que entraña —tan grande como la del viaje o la del deseo de conocer a mujeres— fragmentar la curiosidad en lo que, de entre el invisible torrente de las realidades crueles que siempre seguirán siéndonos desconocidas, ha cristalizado fortuitamente en nuestra mente. Por lo demás, aunque llegáramos a destruirlo, sería substituido al instante por otro. El día anterior, yo temía que Albertine fuese a casa de la Sra. Verdurin. El siguiente, lo único que me preocupaba era Léa. Los celos, que tienen los ojos vendados, no sólo son impotentes para descubrir nada en las tinieblas que los rodean, sino que, además, son uno de esos suplicios en que la tarea es la de volver a empezar sin descanso, como la de las Danaides, como las de Ixión. Aunque no estuvieran allí las dos muchachas, ¿qué impresión podía causarle Léa embellecida por el disfraz, glorificada por el éxito? ¿Qué ensueños inspiraría a Albertine, qué deseos, aun refrenados en mi casa, la hastiarían de una vida en la que no podía saciarlos? Por lo demás, a saber si no conocería a Léa e iría a verla a su camerino y, aunque Léa no la conociera, ¿quién

me aseguraba que, después de haberla visto, en todo caso, en Balbec, no la reconocería y no le haría desde la escena una seña, que autorizaría a Albertine a entrar entre bastidores? Un peligro parece muy evitable cuando está conjurado. Aquél no lo estaba aún, yo temía que no pudiera llegar a estarlo y me parecía tanto más terrible y, sin embargo, la violencia de mi dolor en aquel momento parecía en cierto modo darme la prueba de aquel amor a Albertine, que yo sentía casi esfumarse cuando intentaba realizarlo. Ya no me preocupaba nada más, sólo pensaba en los medios para impedirle permanecer en el Trocadero, habría ofrecido cualquier suma a Léa para que no fuera allí. Así, pues, si se demuestra la preferencia por la acción realizada a la idea que nos hacemos de ella, yo amaba, al parecer, a Albertine, pero aquella reanudación del sufrimiento no daba más consistencia en mí a su imagen. Causaba mis males como una divinidad que permanece indiferente. Tras hacer mil conjeturas, intentaba remediar mi sufrimiento sin por ello realizar mi amor.

Primero había que estar seguro de que Léa fuese de verdad al Trocadero. Después de haber despedido a la lechera, tras darle dos francos, telefoneé a Bloch, amigo también de Léa, para preguntárselo. No sabía nada al respecto y pareció asombrado de que pudiera interesarme. Pensé que debía actuar aprisa, pues Françoise estaba del todo vestida y yo aún no; pedí a mi madre que me la dejara todo el día y, mientras yo me levantaba, le mandé tomar un automóvil: debía ir al Trocadero, comprar una localidad, buscar a Albertine por toda la sala y entregarle una nota mía. En ella le decía que me sentía destrozado por una carta, recibida en aquel mismo instante, de la misma señora a causa de la cual había sido yo —como bien sabía ella— tan desdichado una noche en Balbec. Le recordaba que el día siguiente ella me había reprochado no haber mandado llamarla. Por eso, me permitía —le decía— pedirle que renunciara por mí a aquella sesión y viniera a buscarme para ir a tomar un poco el aire juntos a fin de intentar reponerme, pero, como iba a tardar bastante en estar vestido y listo, me daría mucho

gusto que aprovechara la presencia de Françoise para ir a comprar en *Les Trois Quartiers* (ese almacén, por ser más pequeño, me inquietaba menos que *Le Bon Marché*) la blusa de tul blanco que necesitaba.

Probablemente no fuera inútil aquella nota. A decir verdad, yo no sabía nada que hubiese hecho Albertine, desde que la conocía ni antes siquiera, pero en su conversación (si yo le hubiese hablado de ello, Albertine habría podido decir que había entendido mal) había ciertas contradicciones, ciertos retoques, que me parecían tan decisivos como un flagrante delito, pero menos utilizables contra ella, quien con frecuencia, tras verse sorprendida en falta como un niño, todas las veces había contrarrestado —gracias a ese brusco viraje estratégico— mis ataques crueles —para mí— y había restablecido la situación. Recurría —no por refinamiento estilístico, sino para reparar sus imprudencias— a esos bruscos saltos sintácticos que se parecen un poco a lo que los gramáticos llaman anacoluto o algo así. Por haberse dejado llevar, hablando de mujeres, hasta decir: «Recuerdo que últimamente yo», bruscamente, después de un «cuarto de suspiro», «yo» pasaba a ser «ella», era algo que había visto como paseante inocente y en modo alguno realizado. No era ella el sujeto de la acción. Me habría gustado recordar exactamente el comienzo de la frase para concluir yo mismo —puesto que ella recogía velas— cuál habría sido el final, pero, cuando había oído éste, recordaba mal el comienzo, que tal vez mi expresión de interés le hubiera hecho desviar, y seguía ansioso por conocer su verdadero pensamiento, su recuerdo verídico. Lamentablemente, con los comienzos de una mentira de nuestra amante ocurre como con los comienzos de nuestro propio amor o de una vocación. Se forman, se conglomeran, pasan, ajenos a nuestra propia atención. Cuando queremos recordar cómo comenzamos a amar a una mujer, ya la amamos; con los ensueños anteriores no pensábamos: «Es el preludio de un amor, tengamos cuidado», y avanzaban por sorpresa, sin que los notáramos apenas. Asimismo, salvo en casos relativamente poco frecuentes, sólo por la

comodidad del relato he opuesto con frecuencia aquí una afirmación mendaz de Albertine a la primera (sobre el mismo asunto). Como ésta no servía para leer el futuro ni adivinar qué afirmación contradictoria resultaría paralela a ella, se había deslizado inadvertida, sentida, desde luego, por mis oídos, pero sin que la aislara yo de la continuidad de las palabras de Albertine. Más adelante, ante la mentira patente o presa de una duda ansiosa, me habría gustado recordar: era en vano; mi memoria no había sido avisada a tiempo; le había parecido inútil conservar una copia.

Recomendé a Françoise que, cuando hubiera hecho salir a Albertine de la sala, me avisara por teléfono y la trajese, contenta o no. «Sólo faltaría eso: que no estuviera contenta de venir a ver al señor», respondió Françoise. «Pero no sé si le gusta tanto verme». «Habría de ser muy ingrata», prosiguió Françoise, en quien Albertine renovaba, después de tantos años, el mismo suplicio de envidia que le había causado en tiempos Eulalie en relación con mi tía. Como ignoraba que la situación de Albertine conmigo no había sido voluntad suya, sino mía (cosa que por amor propio y para hacer rabiar a Françoise prefería yo ocultarle), admiraba y execraba su habilidad, la llamaba —cuando hablaba de ella a otros sirvientes— «comedianta», una «zalamera» que hacía conmigo lo que quería. Aún no se atrevía a entrar en guerra con ella, le ponía buena cara y se vanagloriaba ante mí de los servicios que me prestaba en sus relaciones conmigo, al pensar que era inútil decirme nada y que nada lograría, pero al acecho de una oportunidad, y, si alguna vez descubría en la situación de Albertine una fisura, se prometía ampliarla y separarnos completamente. «¿Muy ingrata? Qué va, Françoise, soy yo quien me considero ingrato, no sabe usted lo buena que es conmigo». (¡Me resultaba tan grato parecer ser amado!). «Vaya corriendo». «Salgo pitando».

La influencia de su hija empezaba a alterar un poco el vocabulario de Françoise. Así pierden pureza todas las lenguas: por añadidura de términos nuevos. Por lo demás, yo era indirectamente responsable de aquella decadencia del habla de Françoise, que yo

había conocido en sus buenos tiempos. Si la hija de Françoise se hubiera limitado a hablar en dialecto con ella, no habría hecho degenerar hasta la jerga más baja el lenguaje clásico de su madre. Nunca se había privado de hacerlo y, cuando estaban las dos junto a mí, si tenían cosas secretas que decirse, en lugar de ir a encerrarse a la cocina, se amparaban en pleno centro de mi cuarto con una protección más infranqueable que la puerta mejor cerrada: hablando en dialecto. Yo sólo suponía que la madre y la hija no siempre se llevaban bien, a juzgar por la frecuencia con la que aparecía la única palabra que yo podía distinguir: *m'esasperate* (a no ser que el objeto de dicha exasperación fuera yo). Por desgracia, cuando oímos hablar siempre hasta la lengua más desconocida, acabamos aprendiéndola. Yo lamentaba que fuese el dialecto, pues llegué a saberlo y, si Françoise hubiera tenido la costumbre de hablar en persa, igual de bien lo habría aprendido. Cuando Françoise advirtió mis progresos, de nada le sirvió acelerar su pronunciación y su hija también: no consiguieron nada. La madre se sintió contrariada de que yo comprendiera el dialecto y después se alegró de oírme hablarlo. A decir verdad, aquella alegría era burla, pues, aunque hubiese acabado pronunciándolo casi como ella, veía entre nuestras dos pronunciaciones abismos que la maravillaban y empezó a lamentar no ver ya a gente de su país, de quien no se había acordado en ningún momento desde hacía años y que, al parecer, se habría tronchado de risa y a ella le hubiera gustado sentir, al oírme hablar tan mal el dialecto. Aquella mera idea la embargaba de alegría y pena y citaba a tal o cual campesino que se habría reído hasta saltársele las lágrimas. En todo caso, ninguna alegría se mezcló con la tristeza de que, aun pronunciándolo mal, yo lo entendiera bien. Las llaves resultan inútiles cuando aquel a quien se quiere impedir entrar puede utilizar una llave maestra o una ganzúa. Al resultar el dialecto una defensa sin valor, se puso a hablar con su hija en francés, que no tardó en volverse el de las épocas de mayor decadencia.

Yo ya estaba listo. Françoise no había telefoneado aún; ¿debía marcharme sin esperar? Pero ¿encontraría a Albertine? ¿Estaría ésta entre bastidores? ¿Y se dejaría llevar, aun cuando Françoise la encontrara? Media hora después, sonó el tintineo del teléfono y en mi corazón latía tumultuosamente la esperanza y el miedo. Era —por orden de un empleado de teléfonos— un escuadrón volante de sonidos que con una velocidad instantánea me transmitían las palabras del telefonista, no las de Françoise, a quien una timidez y una melancolía ancestrales, aplicadas a un objeto desconocido por sus padres, impedían acercarse a un auricular, con riesgo de visitar a contagiosos. Había encontrado en el pasillo a Albertine sola, quien, tras haber ido sólo a avisar a Andrée de que no iba a quedarse, se había reunido al instante con Françoise. «¿No estaba enfadada? ¡Ah, perdón! Pregunte a esa señora si estaba enfadada esa señorita». «Esta señora me encarga decirle que no, en absoluto, todo lo contrario; en todo caso, si no estaba contenta, no se traslucía. Ahora van a ir a *Les Trois Quartiers* y volverán a las dos». Comprendí que «las dos» significaba «las tres», pues ya eran más de las dos, pero es que uno de esos defectos particulares, permanentes, incurables, que llamamos enfermizos, de Françoise era el de no poder mirar ni decir la hora exactamente. Nunca pude entender qué ocurría en su cabeza cuando Françoise, tras haber mirado su reloj, si eran las dos, decía: es «la una» o «las tres»; nunca pude entender si la sede de aquel fenómeno era la vista de Françoise o su pensamiento o su lenguaje; lo que es seguro es que ese fenómeno se producía siempre. La Humanidad es muy vieja. La herencia y los cruces han dado una fuerza insuperable a malas costumbres, a reflejos viciosos. Una persona estornuda y tiene un estertor por pasar cerca de un rosal, otra tiene una erupción por el olor a pintura fresca, muchas tienen cólicos, si han de salir de viaje, y nietos de ladrones, millonarios y generosos, no pueden resistir la tentación de robarnos cincuenta francos. En cuanto a saber en qué consistía la imposibilidad en que se encontraba Françoise para decir la hora exactamente, no fue ella quien me aportara jamás alguna luz

al respecto, pues, pese a la cólera que solían provocarme sus respuestas inexactas, Françoise no intentaba disculparse de su error ni explicarlo. Se quedaba muda, parecía no entender, lo que acababa de exasperarme. Me habría gustado oír una palabra de justificación, aunque sólo fuera para rebatirla, pero nada, un silencio indiferente. En todo caso, por lo que se refería a aquel día, no había duda, Albertine iba a volver con Françoise a las tres y no iba a ver ni a Léa ni a sus amigas, conque, conjurado aquel peligro de que reanudara las relaciones con ellas, al instante perdió para mí su importancia y me asombró, al ver con qué facilidad había sucedido, tras haber creído que no lo conseguiría. Sentí un profundo agradecimiento por Albertine, quien, como veía yo, no había ido al Trocadero para ver a las amigas de Léa y demostraba —al abandonar la sesión y volver, tras pedírselo yo— que me pertenecía incluso para el futuro más de lo que me imaginaba. Fue mayor aún cuando un ciclista me trajo una nota de ella para que tuviese paciencia y en la que había estas amables expresiones que le eran familiares: «Cariño mío y querido Marcel, voy a llegar más despacio que este ciclista, cuya máquina me gustaría mucho coger para llegar antes a tu casa. ¿Cómo puedes creer que pueda estar enfadada y que algo pueda divertirme tanto como estar contigo? Sería muy agradable salir los dos juntos, más aún lo sería no salir nunca, si no es los dos juntos. ¡Hay que ver qué ideas se te ocurren! ¡Qué Marcel! ¡Qué Marcel! Totalmente tuya, tu Albertine».

Como los propios vestidos que yo le compraba, el yate del que le había hablado, las batas de Fortuny, no encontraban en aquella obediencia de Albertine, su compensación, sino su complemento, me parecían otros tantos privilegios que ejercía yo, pues los deberes y las cargas de un amo forman parte de su dominación y la definen, la prueban, tanto como sus derechos y aquellos derechos que ella me reconocía daban precisamente a mis cargas su verdadero carácter: yo tenía una mujer mía que, ante la primera nota que yo le enviaba de improviso, mandaba telefonearme con deferencia que volvía, que se dejaba llevar, al instante. Era yo más amo de lo que

había creído: más amo, es decir, más esclavo. Ya no tenía impaciencia alguna por ver a Albertine. La certidumbre de que estaba haciendo un recado con Françoise, de que volvería con ésta en un momento próximo, cosa que con gusto me habría gustado retrasar, iluminaba como un astro radiante y apacible un tiempo que entonces habría preferido con mucho pasar solo. Mi amor por Albertine me había hecho levantarme y prepararme para salir, pero me impediría gozar de mi salida. Pensaba que aquel domingo habría obreritas, modistillas, casquivanas paseándose por el Bois y con aquellas palabras —«modistillas», «obreritas» (como me había sucedido con frecuencia con un nombre propio, el nombre de una muchacha leído en la crónica de un baile)—, con la imagen de una blusa blanca, de una falda corta, porque detrás de ellas colocaba yo a una persona desconocida y a la que podría amar, fabricaba sólo mujeres admirables y me decía: «¡Qué bien deben de estar!». Pero ¿de qué me serviría que lo estuvieran, si no iba a salir solo?

Aprovechando que aún estaba solo y cerrando a medias las cortinas para que el sol no me impidiera leer las notas, me senté al piano y abrí al azar la sonata de Vinteuil que estaba en el atril y me puse a tocar, porque, como faltaba aún un poco para la llegada de Albertine, pero, en cambio, era totalmente segura, tenía a la vez tiempo y tranquilidad mental. Sumido en la espera plena de seguridad de su regreso con Françoise y la confianza en su docilidad como en la beatitud de una luz interior tan calurosa como la exterior, podía disponer de mi pensamiento, apartarlo por un momento de Albertine, aplicarlo a la sonata. Ni siquiera me fijé en hasta qué punto la combinación del motivo voluptuoso y del ansioso en ella correspondía más entonces a mi amor por Albertine, del que los celos habían estado tanto tiempo ausentes, que había podido confesar a Swann mi ignorancia de ese sentimiento. No, tomando la sonata desde otro punto de vista, contemplándola en sí misma como la obra de un gran artista, me veía arrastrado por la ola sonora hacia los días de Combray —no me refiero a Montjouvain y la parte de Méséglise, sino a los paseos por la parte de Guermantes— en los

que yo mismo había deseado ser un artista. Al abandonar, de hecho, aquella ambición, ¿habría renunciado a algo real? ¿Podría consolarme la vida por el arte? ¿Habría en el arte una realidad más profunda en la que nuestra verdadera personalidad encuentra una expresión que no le dan las acciones de la vida? ¡Todos los grandes artistas parecen, en efecto, tan diferentes de los demás y nos dan tanto esa sensación de individualidad que en vano buscamos en la vida cotidiana…! En el momento en que pensaba en eso, un compás de la sonata me asombró, pese a que lo conocía bien, pero a veces la atención aclara de forma diferente cosas conocidas desde hacía mucho y en las que advertimos algo que nunca habíamos visto en ellas. Al tocar aquel compás, y pese a que con ella Vinteuil intentaba expresar un sueño que habría sido totalmente ajeno para Wagner, no pude por menos de murmurar: «*¡Tristán!*», con la sonrisa que pone el amigo de una familia, al volver a ver algo del abuelo en una entonación, un gesto del nieto, que no lo conoció, y, así como miramos entonces una fotografía que permite precisar el parecido, por encima de la sonata de Vinteuil coloqué en el atril la partitura de *Tristán*, del que aquella tarde precisamente se ofrecían unos fragmentos en el Concierto Lamoureux. Yo no tenía —para admirar al maestro de Bayreuth— ninguno de los escrúpulos de quienes, como a Nietzsche, el deber dicta huir, tanto en el arte como en la vida, de la belleza que los tienta, que se apartan de *Tristán* del mismo modo que reniegan de *Parsifal* y, por ascetismo espiritual, de mortificación en mortificación logran —siguiendo el más sangrante de los caminos de la cruz— elevarse hasta el puro conocimiento y la adoración perfecta del *Postillón de Longjumeau*. Me daba cuenta de todo lo real que hay en la obra de Wagner, al volver a ver aquellos temas insistentes y fugaces que visitan un acto, se alejan tan sólo para volver y a veces lejanos, adormecidos, casi separados, son en otros momentos, sin perder su vaguedad, tan apremiantes y tan próximos, tan internos, tan orgánicos, tan viscerales, que —menos que la de un motivo— parecen la reanudación de una neuralgia.

La música, muy diferente en eso de la sociedad de Albertine, me ayudaba a descender hasta mí mismo, a descubrir ahí algo nuevo: la variedad que en vano había buscado en la vida, en el viaje, cuya nostalgia me infundía, sin embargo, aquella ola sonora que hacía morir junto a mí sus soleadas olas. Diversidad doble. Así como el espectro exterioriza para nosotros la composición de la luz, así también la armonía de un Wagner, el color de un Elstir, nos permiten conocer esa esencia cualitativa de las sensaciones de otro en las que el amor a otra persona no nos hace penetrar. Después, diversidad dentro de la obra misma por el único medio que hay de ser efectivamente diverso: reunir diversas individualidades. Mientras que un músico mediocre afirmaría que retrata a un escudero, a un caballero, mientras que les hace cantar la misma música, Wagner, al contrario, pone bajo cada denominación una realidad diferente y, siempre que aparece su escudero, es una figura particular, a la vez complicada y simplista, que, con un entrechoque de líneas gozoso y feudal, se inscribe en la inmensidad sonora. A eso se debe la plenitud de una música que llenan, en efecto, tantas músicas, cada una de las cuales corresponde a una persona: una persona o la impresión que da un aspecto momentáneo de la naturaleza. Incluso lo que es más dependiente del sentimiento que nos hace experimentar conserva su realidad exterior y enteramente definida: el canto de un pájaro, el timbre del cuerno de un cazador, la tonada que toca un pastor con su caramillo recortan en el horizonte su silueta sonora. Cierto es que Wagner iba a acercarla, apoderarse de ella, hacerla entrar en una orquesta, someterla a las más altas ideas musicales, pero sin por ello dejar de respetar su originalidad primordial como un tocador de cuerno las fibras, la esencia particular, de la madera que talla.

Pero, pese a la riqueza de esas obras en las que la contemplación de la naturaleza tiene su lugar junto a la acción, junto a individuos que no son sólo nombres de personajes, yo pensaba en lo mucho que esas obras comparten, de todos modos, ese carácter de estar —aunque maravillosamente— incompletas, que es el de

todas las grandes obras del siglo XIX, siglo cuyos mayores escritores marcaron sus libros, pero, al observarse trabajar como si fueran a la vez el obrero y el juez, obtuvieron de esa autocontemplación una belleza nueva, exterior y superior a la obra, al imponerle retroactivamente una unidad, una grandeza, que no tiene. Aun sin detenernos en el que vio *a posteriori* en sus novelas una *Comedia humana* ni en los que llamaron poemas o ensayos inconexos *La leyenda de los siglos* y *La Biblia de la Humanidad*, ¿no podemos decir de este último que encarna tan bien el siglo XIX, que no debemos buscar las mayores bellezas de Michelet tanto en su obra misma como en las actitudes que adopta frente a su obra, no en su *Historia de Francia* o en su *Historia de la Revolución*, sino en sus prefacios a esos dos libros? Prefacios, es decir, páginas escritas después de ellos, en las que los examina y a las que hay que añadir aquí y allá algunas frases que suelen comenzar por «¿Lo diré?», que no es una precaución de sabio, sino una cadencia de músico. El otro músico, el que me embelesaba en aquel momento, Wagner —al sacar de sus cajones un fragmento delicioso para hacerlo entrar como tema retrospectivamente necesario en una obra en la que no pensaba en el momento en que lo había compuesto y después de haber creado una primera ópera mitológica y luego otra y después otras más y al darse cuenta de repente de que acababa de hacer una tetralogía—, hubo de experimentar un poco la misma embriaguez que Balzac, cuando éste, al poner en sus obras a la vez la mirada de un extraño y de un padre, al encontrar en ésta la pureza de Rafael, en aquélla la sencillez del Evangelio, comprendió bruscamente, al proyectar en ellas una iluminación retrospectiva, que serían más hermosas reunidas en un ciclo en el que los mismos personajes reaparecieran y añadió a su obra, con ese enlace, una pincelada, la última y más sublime. Era una unidad ulterior, no facticia. De lo contrario, habría quedado reducida a polvo como tantas sistematizaciones de escritores mediocres que con gran acompañamiento de títulos y subtítulos se dan la apariencia de haber perseguido un solo y transcendental propósito: no facticia, tal

vez incluso más real por ser ulterior, por haber nacido en un momento de entusiasmo en el que se la descubre entre fragmentos que ya sólo deben juntarse, unidad que se desconocía y, por tanto, vital y no lógica, que no proscribió la variedad ni apagó la ejecución. Es —pero aplicada esa vez al conjunto— como determinado fragmento compuesto aparte, nacido de una inspiración, no exigido por el desarrollo artificial de una tesis y que va a integrarse en el resto. Antes del gran movimiento orquestal que precede al regreso de Iseo, es la obra misma la que ha atraído hasta sí la tonada del caramillo medio olvidado de un pastor y, así como la progresión de la orquesta, al acercarse a la nave, cuando se apodera de esas notas del caramillo, las transforma, las asocia a su embriaguez, rompe su ritmo, aclara su tonalidad, acelera su movimiento, multiplica su instrumentación, así también el propio Wagner tuvo seguramente una alegría, cuando descubrió en su memoria la tonada del pastor, la agregó a su obra y le dio todo su significado. Por lo demás, esa alegría no lo abandona nunca. En él, sea cual fuere la tristeza del poeta, está consolada, sobrepasada —es decir, un poco destruida, lamentablemente— por el júbilo del creador, pero entonces, tanto como por la identidad que había advertido antes entre la frase de Vinteuil y la de Wagner, me turbaba esa habilidad vulcania. ¿Sería ella la que infundía a los grandes artistas la ilusión de una originalidad innata, irreductible, reflejo en apariencia de una realidad más que humana, pero producto en verdad de una labor industriosa? Si el arte no es sino eso, no es más real que la vida y yo no tenía tantos motivos para lamentarme. Seguí tocando *Tristán*. Separado de Wagner por el tabique sonoro, lo oía exultar, invitarme a compartir su gozo, oía redoblar la risa inmortalmente joven y los martillazos de Siegfried, en quien, por lo demás, cuanto más maravillosamente compuestas estaban aquellas frases, más servía la habilidad técnica del obrero sólo para hacerlas abandonar con mayor libertad la tierra, aves semejantes —no al cisne de Lohengrin, sino— a aquel aeroplano que había yo visto en Balbec cambiar su energía en elevación, planear por encima de las olas, perderse en el

cielo. Así como las aves que suben a la mayor altura, que vuelan a la mayor velocidad, tienen unas alas más potentes, así también hicieran falta tal vez esos aparatos en verdad materiales para explorar el infinito, esos ciento veinte caballos marca Mystère, en los que, por alto que planeemos, ¡el potente zumbido del motor nos impide un poco saborear el silencio de los espacios!

No sé por qué el curso de mis ensueños, que había seguido hasta entonces recuerdos de música, se desvió hacia quienes han sido en nuestra época los mejores intérpretes y entre los cuales, sobrestimándolo un poco, situaba yo a Morel. Al instante mi pensamiento dio un cambio de rumbo y me puse a pensar en su carácter, en algunas de sus singularidades. Por lo demás, Morel tenía la costumbre —y podía combinarse, pero no confundirse, con la neurastenia que lo consumía— de hablar de su vida, pero presentando una imagen tan entenebrecida, que resultaba difícil distinguir nada. Se ponía, por ejemplo, a la completa disposición del Sr. de Charlus, siempre y cuando conservara libres las noches, pues deseaba poder asistir, después de la cena, a una clase de álgebra. El Sr. de Charlus lo autorizaba, pero expresaba su deseo de verlo después. «Imposible, es una vieja pintura italiana» (esta broma carece de sentido así transcrita, pero, como el Sr. de Charlus había hecho leer a Morel *La educación sentimental*, en cuyo penúltimo capítulo Frédéric Moreau dice esa frase, aquél, en broma, nunca pronunciaba la palabra «imposible» sin que le siguieran éstas: «Es una vieja pintura italiana»), «la clase acaba con frecuencia muy tarde y ya es un gran trastorno para el profesor, que, naturalmente, se ofendería…». «Pero si ni siquiera hace falta la clase, el álgebra no es la natación ni el inglés siquiera, se aprende igualmente en un libro», replicaba el Sr. de Charlus, quien había adivinado en seguida en el curso de álgebra una de esas imágenes en las que no se podía esclarecer nada. Tal vez se tratara de un asunto de cama con una mujer o, si Morel intentaba ganar dinero por medios equívocos y se había afiliado a la policía secreta, una expedición con agentes de la seguridad y —¿quién sabe?— algo aún peor, la espera de un

*gigolo* al que pudieran necesitar en una casa de prostitución. «Mucho más fácilmente en un libro, porque en una clase de álgebra no se entiende nada». «Entonces, ¿por qué no la estudias mejor en mi casa, donde estás mucho más cómodo?», habría podido responder el Sr. de Charlus, pero no lo hacía ni mucho menos, pues sabía que al instante el curso de álgebra imaginado se habría convertido inmediatamente en una obligatoria lección de danza o de dibujo con el mismo carácter necesario de reservar las horas de la noche, cosa en la que el Sr. de Charlus pudo advertir que se equivocaba, en parte al menos: Morel se dedicaba con frecuencia en casa del barón a resolver ecuaciones. El Sr. de Charlus no dejó de objetar que el álgebra apenas podía servir a un violinista. Morel replicó que era una distracción para pasar el tiempo y combatir la neurastenia. Seguramente el Sr. de Charlus habría podido intentar informarse, enterarse, de qué eran en verdad esas misteriosas e ineluctables clases de álgebra que sólo se impartían de noche, pero, para dedicarse a devanar la madeja de las ocupaciones de Morel, estaba demasiado comprometido con las de la vida mundana. Las visitas que hacía o recibía, el tiempo que pasaba en el círculo, las cenas fuera de casa, las veladas de teatro le impedían pensar en ello, así como en la maldad, a la vez violenta y solapada, que Morel había dejado estallar y disimulado a la vez, según decían, en los medios sucesivos, las diferentes ciudades, por los que había pasado y en los que sólo se hablaba de él con estremecimiento, bajando la voz y sin atreverse a contar nada. Lamentablemente, tuve la oportunidad de oír aquel día uno de los estallidos de ese nerviosismo malvado, cuando, tras dejar el piano, bajé al patio para salir al paso de Albertine, que no llegaba. Al pasar por delante de la tienda de Jupien, donde se encontraban a solas Morel y la que pronto sería —creía yo— su mujer, éste estaba gritando a voz en cuello, lo que le daba un acento que yo no conocía en él, campesino, que por lo general reprimía, y extraordinariamente extraño. No lo eran menos las palabras, defectuosas desde el punto de vista del francés, pero él lo conocía todo imperfectamente.

«¿Quieres salir, lumi, cacho lumi, lumiasca?», repetía a la pobre niña, quien al principio no había comprendido, seguro, lo que quería decir y después permanecía, trémula y orgullosa, delante de él. «Te he dicho que salgas, puta, cacho puta, gran puta, ve a buscar a tu tío para que yo le diga lo que eres, puta». En aquel preciso momento se oyó en el patio la voz de Jupien, quien volvía charlando con uno de sus amigos, y, como yo sabía que Morel era extraordinariamente cobarde, me pareció inútil sumar mis fuerzas a las de Jupien y su amigo, quienes al cabo de un instante estarían en la tienda, y volví a subir para evitar a Morel, quien, aunque había deseado tanto —probablemente para espantar y dominar a la niña mediante un chantaje tal vez sin el menor fundamento— que mandaran venir a Jupien, se apresuró a salir en cuanto lo oyó en el patio. Las palabras transmitidas no son nada, no explicarían los latidos de mi corazón con los que volví a subir. Esas escenas a las que asistimos en la vida encuentran un elemento de fuerza incalculable en lo que los militares llaman, en materia de ofensiva, el beneficio de la sorpresa y de nada servía que yo experimentara tanta dulzura apacible al saber que Albertine, en lugar de permanecer en el Trocadero, iba a volver junto a mí, pues no por ello dejaba de tener en mi oído el acento de aquellas palabras diez veces repetidas: «Cacho lumi, lumiasca», que me habían trastornado.

Poco a poco se calmó mi agitación. Albertine iba a volver. Dentro de un instante la oiría llamar a la puerta. Yo sentía que mi vida no era siquiera como habría podido ser y que tener, así, una mujer con la que, cuando hubiera vuelto, iba yo a salir con toda naturalidad y hacia cuyo embellecimiento iban a desviarse cada vez más las fuerzas y la actividad de mi persona, hacía de mí un tallo crecido, pero sobrecargado por el fruto opulento al que pasan todas sus reservas. En contraste con la ansiedad que tenía aún una hora antes, la calma que me infundía el regreso de Albertine era mucho más intensa que la sentida por la mañana antes de su marcha. Anticipándose al futuro, del que la docilidad de mi amiga me volvía

casi dueño y señor, más resistente, como henchida y estabilizada por la presencia inminente, importuna, inevitable y dulce, era la calma que (dispensándonos de buscar la felicidad en nosotros mismos) nace de un sentimiento familiar y de una felicidad doméstica. Familiar y doméstico: así fue también —no menos que el sentimiento que me había infundido tanta paz, mientras esperaba a Albertine— el que experimenté después al pasear con ella. Se quitó un momento un guante, ya fuera para tocarme la mano o para deslumbrarme al dejarme ver en su meñique, junto a la que le había regalado la Sra. Bontemps, una sortija por la que se extendía la ancha y líquida capa de una clara hoja de rubí: «Otra sortija nueva, Albertine. ¡Tu tía es de una generosidad…!». «No, ésta no es de mi tía», dijo riendo. «Me la he comprado yo, porque, gracias a ti, puedo ahorrar mucho. Ni siquiera sé a quién perteneció. Un viajero que no tenía dinero se la dejó al propietario de un hotel en el que me alojé en Le Mans. No sabía qué hacer con ella y la habría vendido por mucho menos de su valor, pero, aun así, resultaba demasiado cara para mí. Ahora que, gracias a ti, me estoy volviendo una mujer elegante, le he preguntado si aún la tenía… y mírala». «Son muchas sortijas, Albertine. ¿Dónde te pondrás la que voy a regalarte? En todo caso, ésta es muy bonita; no puedo distinguir las cinceladuras en torno al rubí, parece una cabeza de hombre que hace muecas, pero no tengo una vista suficientemente buena». «Aunque la tuvieras mejor, no adelantarías gran cosa. Yo tampoco la distingo».

En tiempos, al leer libros de memorias, una novela, en los que un hombre sale siempre con una mujer, merienda con ella, había yo sentido el deseo de poder hacerlo. A veces había creído conseguirlo: por ejemplo, al acompañar a la amante de Saint-Loup, al cenar con ella, pero de nada servía que recurriera a la idea de que estaba interpretando en aquel momento el personaje que había envidiado en la novela: dicha idea me persuadía de que debía sentir placer junto a Rachel y me faltaba. Es que, siempre que queremos imitar algo que fue en verdad real, olvidamos que no fue producto de la voluntad de imitar, sino de una fuerza inconsciente y real también,

pero esa impresión particular que no había podido darme todo mi deseo de experimentar un placer delicado paseando con Rachel, lo experimentaba entonces, mira por dónde, sin haberlo buscado en modo alguno, pero por razones totalmente distintas, sinceras, profundas: por la razón —por citar un ejemplo— de que mis celos me impedían permanecer lejos de Albertine y, puesto que podía yo salir, dejarla ir a pasear sin mí. No lo había experimentado hasta entonces, porque el conocimiento no es de las cosas exteriores que queremos observar, sino de las sensaciones involuntarias, porque en tiempos de nada servía que una mujer hubiera ido en el mismo coche que yo, no por ello estaba *en realidad* a mi lado, mientras no la recreara en él y en todo instante una necesidad de ella como la que tenía de Albertine, mientras la caricia constante de mi mirada no le devolviera sin cesar esos colores que requieren retoques perpetuos, mientras los sentidos, aun aplacados, pero que recuerdan, no aportaran bajo aquellos colores el sabor y la consistencia, mientras —unida a los sentidos y a la imaginación que los exalta— los celos no mantuvieran a esa mujer en equilibrio junto a nosotros mediante una atracción compensada y tan potente como la ley de la gravitación.

Nuestro coche bajaba aprisa por los bulevares, las avenidas, cuyos hoteles en fila, rosada congelación de sol y frío, me recordaban mis visitas a la casa de la Sra. Swann, suavemente aclaradas por los crisantemos en espera de la hora de encender las lámparas. Tenía apenas tiempo de vislumbrar —tan separado de ellas tras el cristal del auto como habría estado detrás de la ventana de mi habitación— a una joven frutera, una mantequera, de pie delante de su puerta, iluminada por el buen tiempo, como una heroína que mi deseo bastaba para introducir en peripecias deliciosas, en el umbral de una novela que yo no conocería, pues no podía pedir a Albertine que me detuviera y ya no estaban visibles las jóvenes cuyas facciones habían distinguido apenas mis ojos y habían acariciado su lozanía en el rubio vapor que las bañaba. La emoción que yo sentía embargarme al divisar a la hija de un

comerciante de vinos en su caja o a una lavandera charlando en la calle era la que sentimos al reconocer a diosas. Desde que el Olimpo dejó de existir, sus habitantes viven en la Tierra y, cuando, al hacer un cuadro mitológico, los pintores han hecho posar como Venus o Ceres a muchachas del pueblo que ejercen los oficios más vulgares, lejos de cometer un sacrilegio, no han hecho sino añadirles, devolverles, la calidad, los atributos divinos de los que estaban despojadas. «¿Qué te ha parecido el Trocadero, loquita mía?». «Estoy sumamente contenta de haberlo abandonado para venir contigo. Es de Davioud, creo». «Pero ¡cómo se instruye mi querida Albertine! En efecto, es de Davioud, pero yo lo había olvidado». «Mientras tú duermes, yo leo tus libros, gran perezoso. Como monumento es bastante feo, ¿verdad?». «Queridita mía, mira, cambias a tal velocidad y te vuelves tan inteligente» (era verdad, pero, además, no me disgustaba que tuviese la satisfacción, a falta de otras, de pensar que al menos el que pasaba en mi casa no era del todo tiempo perdido para ella), «que te diría, en caso necesario, cosas consideradas falsas y correspondientes a una verdad que busco. ¿Sabes lo que es el impresionismo?». «Muy bien». «¡Ah, bien! Mira lo que quiero decir: ¿recuerdas la iglesia de Marcouville-l'Orgueilleuse, que no gustaba a Elstir porque era nueva? ¿Acaso no está un poco en contradicción con su propio impresionismo, cuando retira así esos monumentos de la impresión global en la que se los comprende, los lleva fuera de la luz en la que se disuelven y examina como un arqueólogo su valor intrínseco? Cuando pinta, ¿es que un hospital, una escuela, un cartel en una pared no son del mismo valor que una catedral inestimable que está al lado, en una imagen invisible? Recuerda lo tostada por el sol que estaba la fachada, cómo el relieve de esos santos de Marcouville flotaba en la luz. ¡Qué importa que un monumento sea nuevo, si parece viejo! ¡Y aun cuando no lo parezca! La poesía que conservan los viejos barrios ha sido extraída hasta la última gota, pero ¿acaso ciertas casas recién construidas por pequeños burgueses acomodados, en barrios nuevos, donde la piedra demasiado blanca

está recién aserrada, no desgarran el tórrido aire del mediodía en julio, en la hora en que los comerciantes vuelven a almorzar a los suburbios, con un grito tan ácido como el olor de las cerezas en espera de que sirvan el almuerzo en el comedor obscuro, donde los prismas de cristal para reposar los cuchillos proyectan luces multicolores y tan hermosas como las vidrieras de Chartres?». «¡Qué simpático eres! Si alguna vez llego a ser inteligente, será gracias a ti». «¿Por qué apartar en un día hermoso los ojos del Trocadero cuyas torres como cuello de jirafa recuerdan a la cartuja de Pavía?». «Me ha recordado también a una reproducción de Mantegna que tienes tú —creo que es *San Sebastián*— y en cuyo fondo hay dominando, así, sobre su colina, una ciudad en anfiteatro y en la que juraríamos que se encuentra el Trocadero». «¿Lo ves? Pero ¿cómo has visto la reproducción de Mantegna? Eres asombrosa».

Habíamos llegado a barrios más populares y la erección de una Venus ancilar detrás de cada mostrador hacía de él como un altar suburbano al pie del cual me habría gustado pasar la vida. Como se hace en vísperas de una muerte prematura, hice la cuenta de los placeres de que me privaba el punto final que Albertine ponía a mi libertad. En Passy fue en la calzada misma, por la aglomeración, donde unas muchachas que se tenían cogidas por la cintura me maravillaron con su sonrisa. No tuve tiempo de distinguirlo bien, pero era poco probable que yo exagerara; en efecto, no es raro que en toda muchedumbre, en toda muchedumbre juvenil, encontremos la efigie de un perfil noble. De modo que esos tropeles populares de los días de fiesta son para el voluptuoso tan preciosos como para el arqueólogo el desorden de una tierra en la que una excavación revela medallas antiguas. Llegamos al Bois. Yo pensaba que, si no hubiera salido Albertine conmigo, en aquel momento habría podido oír, en el Circo de los Campos Elíseos, la tempestad wagneriana hacer gemir todos los cordajes de la orquesta, atraer hacia sí, como una espuma ligera, la tonada de caramillo que había yo tocado un poco antes, hacerla volar, modelarla, deformarla, dividirla, arrastrarla

en un torbellino en aumento. Al menos quise que nuestro paseo fuera corto y que volviésemos temprano, pues, sin decírselo a Albertine, yo había decidido ir por la noche a casa de los Verdurin. Últimamente me habían enviado una invitación que había tirado a la papelera, como todas las demás, pero cambié de plan para aquella noche, pues quería averiguar qué personas esperaba Albertine encontrar por la tarde en ella. A decir verdad, había llegado con Albertine a ese momento en que (si todo sigue igual, si las cosas ocurren normalmente) una mujer ya sólo nos sirve de transición para otra mujer. Aún le tenemos cariño, pero muy poco; tenemos prisa por ir todas las noches a reunirnos con desconocidas y sobre todo conocidas de ella, que podrán contarnos su vida. En efecto, hemos poseído y agotado todo lo que ha accedido a entregarnos por sí misma. Su vida es ella misma aún, pero precisamente la parte que no conocemos, las cosas sobre las que la hemos interrogado en vano y que podremos obtener de nuevos labios.

Si mi vida con Albertine iba a impedirme ir a Venecia, viajar, al menos habría podido antes, si hubiera estado solo, conocer a las jóvenes modistillas dispersas por aquel domingo soleado y en cuya belleza intervenía para mí en gran medida la vida desconocida que las animaba. ¿Acaso no están los ojos que vemos totalmente impregnados por una mirada cuyos recuerdos, imágenes, esperas, desdenes que transmite desconocemos y de la que no podemos separarlos? Esa existencia, que es la del ser que pasa, ¿no nos dará, según lo que es, un valor variable al fruncimiento de sus cejas, a la dilatación de las aletas de su nariz? La presencia de Albertine me privaba de ir hasta ellas y tal vez de dejar, así, de desearlas. Quien quiere mantener dentro de sí el deseo de seguir viviendo y la creencia en algo más delicioso que las cosas habituales debe pasear, pues las calles, las avenidas, están llenas de diosas, pero las diosas no dejan que nos acerquemos a ellas. Aquí y allá, entre los árboles, a la entrada de un café, una sirviente hacía guardia como una ninfa en la linde de un bosque sagrado, mientras que en el fondo tres muchachas estaban sentadas junto al inmenso arco de

sus bicicletas, situadas junto a ellas, como tres inmortales acodadas a la nube o al fabuloso corcel sobre el que hacían sus viajes mitológicos. Noté que todas las veces Albertine miraba por un instante a todas aquellas muchachas con una atención profunda y en seguida se volvía hacia mí, pero yo no me sentía demasiado atormentado ni por la intensidad de aquella contemplación ni por su brevedad, que compensaba la intensidad; en efecto, en cuanto a esta última, ocurría con frecuencia que Albertine, ya fuera por fatiga o por la forma de mirar particular de una persona atenta, se quedaba mirando así, como en meditación en cierto modo, a mi padre o a Françoise y, en cuanto a la velocidad para volverse hacia mí, podía deberse a que, conocedora de mis sospechas, procurara no darles —aun cuando no estuvieran justificadas— motivo. Por lo demás, esa atención, que me habría parecido criminal por parte de ella (y lo mismo si su objeto hubieran sido jóvenes) la dedicaba yo, sin considerarme ni por un instante culpable —y considerando casi que ella lo era, al impedirme con su presencia detenerme y apearme —, a todas las modistillas. Nos parece inocente desear y atroz que el otro desee y ese contraste entre lo que incumbe a nosotros o a la que amamos no tiene que ver sólo con el deseo, sino también con la mentira. ¿Acaso hay algo más habitual que ella, ya tratemos de ocultar, por ejemplo, las debilidades cotidianas de una salud que queremos presentar como fuerte, de disimular un vicio o atender, sin ofender al prójimo, a lo que preferimos? Es el instrumento de conservación más necesario y más empleado. Ahora bien, es el que pretendemos desterrar de la vida de aquella a la que amamos, es el que espiamos, presentimos, detestamos en todos los casos. Nos trastorna, basta para provocar una ruptura, nos parece ocultar las mayores faltas, a menos que las oculte tan bien, que no las sospechemos. ¡Extraño estado aquel en que somos hasta ese punto sensibles a un agente patógeno que su pulular universal vuelve inofensivo para los otros y tan grave para el desdichado que se encuentra desprovisto de la inmunidad contra él! La vida de esas muchachas hermosas, como —a causa de mis largos períodos de

reclusión— raras veces encontraba, me parecía —como a todos aquellos en quienes la facilidad de las realizaciones no ha amortiguado la capacidad para concebir— algo tan diferente de lo que conocía, tan deseable, como las ciudades más maravillosas que promete el viaje.

La decepción sentida con las mujeres a las que había conocido o en las ciudades a las que había ido no me impedía dejarme atrapar por el atractivo de las nuevas y creer en su realidad. Por eso, así como ver Venecia —de la que aquel tiempo primaveral me infundía también la nostalgia y que el matrimonio con Albertine me impediría conocer— en un panorama que Ski tal vez habría declarado más hermoso que la ciudad real no habría substituido en nada para mí el viaje a Venecia, cuya longitud, determinada sin que yo tuviera que ver nada en ella, me parecía indispensable recorrer, así también la modistilla que una alcahueta me hubiese procurado artificialmente, por hermosa que fuera, no habría podido substituir en modo alguno para mí a la que en aquel momento pasaba, con el talle desgarbado, bajo los árboles riendo con una amiga. La que hubiera yo encontrado en una casa de citas, aunque hubiese sido más hermosa que aquélla, no habría sido lo mismo, porque no miramos los ojos de una muchacha a la que no conocemos como lo haríamos a una plaquita de ópalo o ágata. Sabemos que el rayito que los iris o los granos de brillo que los hacen centellear son lo único que podemos ver de un pensamiento, una voluntad, una memoria, en las que radican la casa familiar que no conocemos y los amigos queridos a los que envidiamos. Llegar a apoderarnos de todo eso, que resulta tan difícil, tan reacio, es lo que da su valor a la mirada mucho más que su exclusiva belleza material (gracias a lo cual se puede explicar que una mujer imagine toda una novela sobre un joven de quien ha oído decir que es el príncipe de Gales y, cuando se entera de que se ha equivocado, éste deje de interesarle); encontrar a la modistilla en la casa de citas es encontrarla vaciada de esa vida desconocida que la permea y que aspiramos a poseer con ella, es acercarnos a unos ojos que se han vuelto, en efecto,

simples piedras preciosas, a una nariz cuyo fruncimiento carece tanto de significado como el de una flor. No, se trataba de aquella modistilla desconocida que pasaba por allí y cuyas resistencias me parecía tan indispensable soportar, si quería creer en su realidad —como hacer un largo trayecto en ferrocarril, si quería creer en la de Pisa, que vería y no sería un simple espectáculo de exposición universal—, adaptando a ellas mis actitudes, saliendo al paso de una afrenta, volviendo a la carga, obteniendo una cita, esperándola a la salida del taller, conociendo, episodio por episodio, lo que componía la vida de aquella niña, atravesando las capas que envolvían para ella el placer que yo buscaba y la distancia que sus costumbres diferentes y su vida especial interponían entre mi persona y la atención, el favor, que quería alcanzar y captar, pero esas propias similitudes del deseo y del viaje me hicieron prometerme que algún día abordaría un poco más a fondo la naturaleza de esa fuerza invisible, pero tan poderosa como las creencias o —en el mundo físico— la presión atmosférica, que tanto elevaba las ciudades, las mujeres, mientras no las conocía, y que se ocultaba bajo ellas, en cuanto me acercaba, y las hacía caer al instante de bruces en el prosaísmo de la más trivial realidad. Más allá había una chica arrodillada junto a su bicicleta, que estaba arreglando. Una vez hecha la reparación, la joven corredora se montó en ella, pero sin cabalgarla, como habría hecho un hombre. Durante un instante, la bicicleta se bamboleó y el joven cuerpo parecía haber adquirido una vela, un ala inmensa y no tardamos en ver alejarse a toda velocidad a la joven criatura medio humana, medio alada, ángel o peri, que proseguía su viaje.

De eso era de lo que la presencia de Albertine, mi vida con Albertine, me privaba precisamente. ¿De lo que me privaba? ¿No debería haber pensado: con lo que me gratificaba, al contrario? Si Albertine no hubiera vivido conmigo y hubiese sido libre, me habría imaginado —y con razón— a todas aquellas mujeres como objetos posibles, probables, de su deseo, de su placer. Me habrían parecido como esas bailarinas que en un ballet diabólico representan las

Tentaciones para una persona y lanzan sus flechas al corazón de otra. ¡Cómo habría odiado yo a las modistillas, las muchachas, las comediantes! Las habría exceptuado, como objetos de horror, de la belleza del universo. La servidumbre de Albertine, al permitirme no sufrir más por culpa de ellas, las devolvía a la belleza del mundo. Inofensivas, tras haber perdido el aguijón que infunde los celos en el corazón, me estaba permitido admirarlas, acariciarlas con la mirada, otro día íntimamente tal vez. Al encerrar a Albertine, yo había devuelto al mismo tiempo al universo todas aquellas alas tornasoladas que zumban en los paseos, en los bailes, en los teatros, y que volvían a resultarme tentadoras, porque ella ya no podía sucumbir a su tentación. Constituían la belleza del mundo. Habían constituido en tiempos la de Albertine. Por haberla visto como un ave misteriosa y después como una gran actriz de la playa, deseada, obtenida tal vez, me había parecido maravillosa. Una vez cautiva en mi casa el ave que había yo visto una tarde caminar a pasitos por el rompeolas, rodeada de la congregación de las demás muchachas, semejantes a gaviotas procedentes de no se sabía dónde, Albertine había perdido todos sus colores, junto con todas las posibilidades que tenían las otras de poseerla. Poco a poco había perdido su belleza. Necesitaba yo paseos como aquél, en que la imaginaba sin mí y abordada por una mujer o un joven, para volver a verla con el esplendor de la playa, aunque mis celos estuvieran en un plano diferente del de la decadencia de los placeres de mi imaginación, pero, pese a aquellos bruscos sobresaltos en los que, deseada por otros, volvía a parecerme hermosa, podía perfectamente dividir su estancia en mi casa en dos períodos: el primero, en el que era aún —aunque menos cada día— la tornasolada actriz de la playa; el segundo, en el que, al haber pasado a ser la gris prisionera, reducida a su apagado ser, necesitaba aquellos fogonazos en los que volvía yo a recordar el pasado para devolverle los colores.

A veces, en los momentos en que me resultaba más indiferente, me volvía el recuerdo de un instante lejano en la playa, cuando aún

no la conocía, en el que no lejos de determinada señora con la que yo estaba enemistado y con quien ella —ya estaba casi seguro yo— había tenido relaciones, estallaba en carcajadas y me lanzaba miradas insolentes. El mar bruñido y azul zumbaba en derredor. Con el sol de la playa, Albertine, en medio de sus amigas, era la más bella. Era una muchacha magnífica, que en su marco habitual de aguas inmensas, me había infligido —ella, preciosa para la señora que la admiraba— aquella afrenta. Era definitiva, porque tal vez la señora volviese a Balbec y comprobara tal vez —en la playa luminosa y susurrante— la ausencia de Albertine, pero ignoraba que la muchacha vivía en mi casa, como propiedad mía exclusiva. Las aguas inmensas y azules, el olvido de las preferencias que sentía por aquella joven y que se centraban en otras, habían caído sobre la vejación que me había hecho Albertine y la habían encerrado dentro de una pantalla deslumbrante e infrangible. Entonces el odio a aquella mujer me corroía el corazón, como también el odio a Albertine, pero éste iba mezclado con la admiración a la hermosa muchacha adulada, de melena maravillosa y cuya carcajada en la playa era una afrenta. La vergüenza, los celos, el recuerdo renovado de los primeros deseos y del marco calmoso habían devuelto a Albertine su belleza, su valor de otro tiempo y, así, con el aburrimiento un poco pesado que sentía yo junto a ella, se alternaba un deseo estremecido, lleno de imágenes magníficas y pesares, según que estuviera a mi lado en mi habitación o que le devolviese yo su libertad en mi memoria, en el malecón, con su alegre ropa de playa, al son de los instrumentos musicales del mar, una Albertine ora salida de su medio, poseída y sin gran valor ora sumida de nuevo en él, escapándoseme a un pasado que yo no podría conocer, ofendiéndome delante de la señora, de su amiga, tanto como el salpicar de la ola o el mareo del sol, una Albertine situada de nuevo en la playa o de nuevo en mi habitación, como con un amor anfibio.

En otro lugar, una panda numerosa jugaba al balón. Todas aquellas chicas habían querido aprovechar el sol, pues esos días de

febrero, incluso cuando son tan brillantes, no duran demasiado y el esplendor de su luz no retrasa la llegada de su declinar. Antes de que estuviera aún próximo, tuvimos un poco de tiempo de penumbra, porque, tras haber llegado hasta el Sena, en el que Albertine admiró —y con su presencia me impidió admirar— los reflejos de velas rojas en el agua invernal y azul, una casa de tejas acurrucada a lo lejos como una sola amapola en el horizonte claro cuya petrificación fragmentaria, friable y de canutillo parecía Saint-Cloud más allá, nos apeamos y caminamos un buen rato. Durante unos instantes la cogí del brazo incluso y me parecía que el anillo que el suyo formaba en el mío unía en un solo ser a nuestras dos personas y vinculaba uno con otro nuestros destinos. A nuestros pies, nuestras sombras paralelas, después aproximadas y luego juntas, formaban un dibujo encantador. Seguramente me parecía ya maravilloso en casa que Albertine viviera conmigo, que fuese ella la que se echara sobre mi cama, pero era como la exportación afuera, en plena naturaleza, que delante de aquel lago del Bois que tanto me gustaba, al pie de los árboles, fuese precisamente su sombra —la sombra pura y simplificada de su pierna, de su busto— la que el sol pintara en aguada junto a la mía en la arena de la alameda y yo veía un encanto —más inmaterial seguramente, pero no menos íntimo que el acercamiento, en la fusión de nuestros cuerpos— en la de nuestras sombras. Después volvimos a montar en el coche y éste se internó, para el regreso, por pequeñas alamedas sinuosas en las que los árboles de invierno, vestidos de hiedra y zarzas, como ruinas, parecían conducir a la morada de un mago. Nada más salir de su abrigo sombreado, volvimos a encontrarnos, para abandonar el Bois, a plena luz, tan clara aún, que me pareció disponer aún de tiempo para hacer todo lo que quisiera antes de la cena, cuando, tan sólo unos instantes después, en el momento en que nuestro coche se acercaba al Arco de Triunfo, con una brusca sensación de sorpresa y espanto vislumbré por encima de París la luna llena y prematura como la esfera de un reloj parado, convencido de que llevábamos retraso. Habíamos dicho al cochero

que volviese a casa. Para ella, era también volver a mi casa. La presencia de las mujeres, por amadas que sean, que deben dejarnos para volver a casa, no da aquella paz saboreada por mí con la presencia de Albertine sentada al fondo del coche y a mi lado, presencia que no nos conducía al vacío de las horas en las que estamos separados, sino a la reunión, más estable aún y mejor cercada en mi casa, que era también la suya, símbolo material de mi posesión de ella. Cierto es que, para poseer, hay que haber deseado. Sólo poseemos una línea, una superficie, un volumen, si nuestro amor lo ocupa, pero Albertine no había sido para mí, durante nuestro paseo, como en tiempos Rachel, un vano polvo de carne y tela. La imaginación de mis ojos, mis labios, mis manos, había construido tan sólidamente en Balbec, había pulido tan tiernamente, su cuerpo, que en aquel coche, para tocar aquel cuerpo, para contenerlo, no necesitaba yo apretarme contra Albertine ni verla siquiera, me bastaba con oírla y, si se callaba, con saber que iba junto a mí; mis sentidos, trenzados juntos, la envolvían enteramente y, cuando, al llegar delante de la casa, se apeó con toda naturalidad, yo me detuve un instante para decir al conductor que volviera a recogerme, pero mis miradas la envolvían aún, mientras ella se adentraba por delante de mí bajo la bóveda y siempre era esa calma inerte y doméstica la que saboreaba yo al verla así, fuerte, purpurada, opulenta y cautiva, entrar con toda naturalidad en mi casa, como una mujer que era mía, y, protegida por las paredes, desaparecer dentro de nuestra casa.

Por desgracia, ella, a juzgar por la expresión triste y cansada que tuvo aquella noche durante nuestra cena a solas en su habitación parecía encontrarse en una cárcel y compartir la opinión de aquella Mme. de La Rochefoucauld, quien, cuando le preguntaron si estaba contenta de vivir en una morada tan hermosa como Liancourt, respondió: «No hay cárcel hermosa». Al principio no lo noté y era yo quien se afligía al pensar que, si no hubiese estado Albertine (pues con ella habría sufrido demasiado de los celos en un hotel en el que ella habría estado todo el día sometida al contacto con tantas

personas), en aquel momento habría podido cenar en Venecia en uno de esos comedorcitos semisubterráneos como una bodega de barco y en los que se ve el Gran Canal por ventanitas cimbradas rodeadas de molduras morunas.

He de añadir que Albertine admiraba mucho en ella un gran bronce de Barbedienne, que con mucha razón parecía muy feo a Bloch. Menos razón tenía tal vez en asombrarse de que yo lo hubiera conservado. Yo nunca había intentado, como él, tener un mobiliario artístico, decorar habitaciones, era demasiado perezoso para ello, demasiado indiferente a lo que estaba acostumbrado a ver ante los ojos. Como a mi gusto no le preocupaban, tenía yo derecho a no matizar los interiores. Pese a ello, tal vez habría podido quitar el bronce, pero las cosas feas y señoriales son muy útiles, pues, para personas que no nos entienden, que no comparten nuestro gusto y de las que podemos estar enamorados, cuenta con un prestigio que no tendría un objeto noble, pero que no revela su belleza. Ahora bien, las personas que no nos comprenden son precisamente las únicas respecto de las cuales puede resultarnos útil recurrir a un prestigio que nuestra inteligencia basta para garantizarnos ante personas superiores. De nada servía que Albertine empezara a tener gusto, seguía abrigando por aquel bronce cierto respeto, que redundaba en una consideración para conmigo que, por proceder de Albertine, me importaba (infinitamente más que conservar un bronce un poco deshonroso), puesto que yo la amaba.

Pero la idea de mi esclavitud dejaba de repente de pesarme y deseaba prolongarla más, porque me parecía advertir que a Albertine le resultaba cruel la suya. Desde luego, siempre que yo le había preguntado si se encontraba a gusto en mi casa, me había respondido que no sabía dónde podría ser más feliz, pero con frecuencia una expresión de nostalgia, de abatimiento, desmentía esas palabras. Cierto es que, si tenía los gustos que yo le atribuía, ese impedimento para satisfacerlos jamás debía de ser tan irritante para ella como sedante era para mí, hasta el punto de que la

hipótesis de que yo la había acusado injustamente me habría parecido la más verosímil, si con ella no me hubiera costado mucho explicar la extraordinaria aplicación que ponía Albertine para no estar nunca sola, no estar nunca libre, no detenerse un instante delante de la puerta, cuando volvía a casa, hacerse acompañar ostensiblemente, siempre que iba a telefonear, por alguien que pudiera repetirme sus palabras, por Françoise, por Andrée, dejarme siempre solo, sin que pareciera a propósito, con esta última, cuando habían salido juntas, para que pudiese informarme detalladamente sobre su salida. Con aquella maravillosa docilidad contrastaban ciertos arranques, en seguida reprimidos, de impaciencia, que me hicieron preguntarme si habría concebido Albertine el proyecto de sacudirse sus cadenas.

Hechos accesorios abonaban mi suposición. Así, un día en que había yo salido solo, por haberme encontrado cerca de Passy a Gisèle, charlamos de esto y lo otro. No tardé en decirle —feliz de poder comunicárselo— que veía constantemente a Albertine. Gisèle me preguntó dónde podría verla, pues *precisamente* tenía algo que decirle. «¿Y qué es?». «Cosas relativas a amiguitas suyas». «¿Qué amigas? Tal vez podría yo informarte, lo que no te impedirá verla». «¡Oh! Amigas de otro tiempo, no recuerdo los nombres», respondió Gisèle con expresión imprecisa y batiéndose en retirada. Se despidió de mí creyendo haber hablado con tal prudencia, que nada podía parecerme más claro, pero ¡la mentira es tan poco exigente, necesita tan poco para manifestarse! Si se hubiese tratado de amigas de otro tiempo cuyos nombres ni siquiera sabía, ¿por qué habría necesitado *precisamente* hablar de ellas a Albertine? Ese adverbio, bastante emparentado con una expresión cara a la Sra. Cottard: «Viene de perilla», sólo podía aplicarse a algo particular, oportuno, tal vez urgente, relativo a personas determinadas. Por lo demás, tan sólo con la forma de abrir la boca, como cuando se acerca un bostezo, con expresión imprecisa, al tiempo que me decía (casi retrocediendo con el cuerpo, del mismo modo que daba marcha atrás a partir de aquel momento en nuestra

conversación): «¡Ah! No sé, no recuerdo los nombres», daba tanto a su rostro —y, ajustándose a él, a su voz— un cariz de mentira como verdad significaba la expresión muy diferente, decidida, animada, abierta, de «*precisamente* tengo». No interrogué a Gisèle. ¿De qué habría servido? Cierto es que no mentía del mismo modo que Albertine y que las mentiras de ésta me resultaban más dolorosas, pero, para empezar, había entre ellas un punto en común, el hecho mismo de la mentira, que en ciertos casos es una evidencia: no de la realidad que se oculta bajo esa mentira. Sabido es que, aunque todo asesino particular se imagina haber preparado todo tan bien, que no será apresado, los asesinos son, en resumidas cuentas, apresados casi siempre. Al contrario, los mentirosos raras veces son descubiertos y, más en particular, las mujeres a las que amamos. Ignoramos adónde ha ido, lo que allí ha hecho, pero en el momento mismo en el que habla, en el que se refiere a otra cosa que oculta lo que no dice, se advierte la mentira instantáneamente y los celos resultan intensificados, ya que sentimos la mentira y no logramos saber la verdad. En Albertine, la sensación de mentira se debía a las particularidades que ya hemos visto a lo largo de este relato, pero principalmente porque, cuando mentía, su relato pecaba ora por insuficiencia, omisión, inverosimilitud, ora por exceso, al contrario, de detallitos destinados a volverlo verosímil. Lo verosímil —pese a la idea que tiene el mentiroso— no siempre es lo verdadero ni mucho menos. En cuanto oímos, tras haber escuchado algo verdadero, algo que sólo es verosímil, que tal vez lo sea más que lo verdadero, lo sea demasiado, el oído un poco musical nota que no es eso, como al oír un verso ripioso o una palabra leída en voz alta por otro. El oído lo siente y, si amamos, el corazón se alarma. ¿Por qué no pensaremos entonces, cuando cambiamos toda nuestra vida, porque no sabemos si una mujer ha pasado por la Rue de Berri o la Rue Washington, que esos pocos metros de diferencia y la mujer misma quedarán reducidos a la centésima millonésima (es decir, a un tamaño que no podemos percibir), con sólo que tengamos la cordura de pasar unos años sin ver a esa mujer, y que

lo que era Gulliver, pero mucho mayor, se volverá una liliputiense que ningún microscopio —al menos del corazón, pues el de la memoria indiferente es más potente y menos frágil— podrá percibir? Sea como fuere, si había un punto en común —la mentira misma— entre las de Albertine y las de Gisèle, ésta no mentía, sin embargo, del mismo modo que Albertine ni tampoco que Andrée, pero sus respectivas mentiras encajaban tan bien unas en otras, al tiempo que presentaban una gran variedad, que la pandilla tenía la impenetrable solidez de ciertas casas de comercio, librería o prensa, por ejemplo, en las que el desdichado autor nunca llegará —pese a la diversidad de las personalidades que las componen— a saber si lo estafan o no. El director del periódico o de la revista miente con una actitud de sinceridad tanto más solemne cuanto que necesita disimular en numerosas ocasiones que hace lo mismo y aplica las mismas prácticas mercantiles que ha reprobado en los otros directores de periódicos o de teatros, en los otros editores, cuando ha adoptado y ha alzado contra los otros el estandarte de la sinceridad. Haber proclamado —como jefe de un partido político, como cualquier cosa— que mentir es atroz obliga la mayoría de las veces a mentir más que los otros, sin por ello quitarse la máscara solemne, sin quitarse la augusta tiara de la sinceridad. El asociado del «hombre sincero» miente de otro modo, más ingenuo. Engaña a su autor como engaña a su mujer, con trucos de vodevil. El secretario de la redacción, hombre honrado y grosero, miente simplemente, como un arquitecto que nos promete tener lista nuestra casa en una época en la que aún no se habrá comenzado. El redactor jefe, alma angélica, revolotea entre los otros tres y, sin saber de qué se trata, les presta, por escrúpulo fraterno y tierna solidaridad, el socorro precioso de una palabra insospechable. Esas cuatro personas vivían en disensiones perpetuas, que la llegada del autor hace cesar. Por encima de las pendencias particulares, cada uno de ellos recuerda el gran deber militar de acudir en ayuda del «cuerpo» amenazado. Sin darme cuenta, yo había desempeñado desde hacía mucho el papel de ese autor respecto de la «panda».

Si, cuando había dicho «precisamente», hubiera pensado en determinada amiga de Albertine dispuesta a viajar con ella, en cuanto ésta, con un pretexto u otro, me hubiese dejado, y a avisarla de que había llegado la hora o llegaría pronto, Gisèle se habría dejado cortar en rajas antes que decírmelo. Así, pues, era inútil hacerle preguntas.

Encuentros como los de Gisèle no eran los únicos en intensificar mis dudas. Por ejemplo, yo admiraba los cuadros de Albertine, conmovedoras distracciones de la cautiva, que me emocionaron tanto, que la felicité. «No, son muy malos, pero es que nunca recibí lección alguna de dibujo». «Pero una noche me mandaste a decir en Balbec que te habías quedado a una clase de dibujo». Le recordé el día y le dije que en seguida había comprendido yo que a esa hora no se daban clases de dibujo. Albertine enrojeció. «Es verdad», dijo. «No asistía a clases de dibujo, te mentí mucho al principio, lo reconozco, pero no he vuelto a hacerlo». ¡Me habría gustado tanto saber cuáles eran las numerosas mentiras del comienzo! Pero sabía de antemano que sus confesiones serían nuevas mentiras. Por eso, me contenté con besarla. Le pregunté sólo por una de aquellas mentiras. Respondió: «¡Pues, mira, sí! Por ejemplo, que el aire del mar me sentaba mal». Dejé de insistir ante aquella mala voluntad.

Toda persona amada —incluso toda persona en cierta medida— es para nosotros como Jano, al presentarnos la cara que nos gusta, si nos abandona, y la cara taciturna, si sabemos que sigue a nuestra perpetua disposición. Para Albertine, la sociedad duradera con ella tenía un cariz penoso de otro modo que no puedo explicar en este relato. Es terrible tener la vida de otra persona atada a la nuestra como una bomba que sujetáramos y no pudiésemos soltar, sin cometer un crimen, pero tómense como comparación los altibajos, los peligros, la inquietud, el miedo a ver creídas más adelante cosas falsas y verosímiles que ya no podremos explicar, sentimientos experimentados cuando se tiene a un loco en el círculo íntimo. Por ejemplo, yo compadecía al Sr. de Charlus por vivir con Morel (al instante el recuerdo de la escena de la tarde me hizo sentir una

opresión en el lado izquierdo del pecho); dejando de lado las relaciones que tuvieran o no juntos, el Sr. de Charlus debía de haber ignorado al principio que Morel estaba loco. La belleza de Morel, su trivialidad, su orgullo, debían de haber disuadido al barón de indagar más hasta los días de melancolía en que Morel acusaba al Sr. de Charlus de su tristeza, sin poder ofrecer explicaciones, lo insultaba con su desconfianza mediante razonamientos falsos, pero extraordinariamente sutiles, lo amenazaba con resoluciones desesperadas en medio de las cuales persistía la preocupación más retorcida del interés más inmediato. Todo eso es simple comparación. Albertine no estaba loca.

Para hacer que sus cadenas le parecieran más ligeras, lo más hábil me pareció hacerle creer que yo mismo iba a romperlas. En todo caso, yo no podía confiarle en aquel momento aquel proyecto mendaz, había vuelto con demasiada amabilidad del Trocadero un poco antes; lo que podía yo hacer —muy al contrario que afligirla con una amenaza de ruptura— era, como máximo, callar los sueños de perpetua vida común que concebía mi corazón agradecido. Al mirarla, me costaba retenerme para no transmitírselos y tal vez lo advirtiera ella. Por desgracia, su expresión no es contagiosa. El caso de una vieja amanerada como el Sr. de Charlus, que, a fuerza de no ver en su imaginación otra cosa que un joven orgulloso, cree volverse él mismo joven orgulloso y tanto más cuanto más amanerado y risible se vuelve, es más general y constituye el infortunio de un amante prendado, al no darse cuenta de que, mientras ve una cara hermosa delante, su amante ve la cara de él, que no resulta más hermosa, sino todo lo contrario, cuando la deforma el placer que le inspira la visión de la belleza, y el amor no agota siquiera toda la generalidad de ese caso; no vemos nuestro cuerpo, que los otros ven, y «seguimos» nuestro pensamiento, el objeto invisible para los otros, que está delante de nosotros. A veces el artista hace ver ese objeto en su obra. A eso se debe que los admiradores de ésta sientan desilusión ante el autor, en cuyo rostro se ha reflejado imperfectamente esa belleza interior.

Al no conservar ya de mi sueño de Venecia sino lo que podía referirse a Albertine y suavizarle el tiempo que pasaba en mi morada, le hablé de un vestido de Fortuny que debíamos ir a encargar por aquellos días. Intentaba yo averiguar con qué placeres nuevos podría distraerla. Me habría gustado poder darle la sorpresa de regalarle, si hubiera sido posible encontrarlas, antiguas piezas de vajilla de plata francesa. En efecto, cuando habíamos concebido el proyecto de tener un yate, proyecto considerado irrealizable por Albertine —y por mí mismo siempre que la consideraba virtuosa y la vida con ella empezaba a parecerme tan ruinosa como imposible el matrimonio con ella—, habíamos pedido consejo —sin que ella creyera, de todos modos, que yo fuese a comprarlo— a Elstir.

Me enteré de que aquel día se había producido una muerte que me dio mucha pena: la de Bergotte. Sabido es que llevaba mucho tiempo enfermo. No, evidentemente, con la enfermedad que había tenido primero y que era natural. La naturaleza no parece precisamente capaz de dar sólo enfermedades bastante cortas, pero la medicina se ha anexionado el arte de prolongarlas. Los remedios, la remisión que procuran, el malestar que su interrupción hace renacer, componen un simulacro de enfermedad que la costumbre del paciente acaba estabilizando, estilizando, así como los niños tosen regularmente con ataques mucho después de haberse curado de la tos ferina. Luego los remedios tienen menos efecto, se los aumenta y dejan de causar efecto benéfico alguno, pero han empezado a causar los negativos gracias a esa indisposición duradera. La naturaleza no les habría ofrecido una duración tan larga. Constituye una gran maravilla que la medicina, igualando casi a la naturaleza, pueda obligar a guardar cama, a continuar, so pena de muerte, la administración de un medicamento. Por esa razón, la medicina artificialmente injertada ha echado raíces, se ha vuelto una enfermedad secundaria, pero verdadera, con la única diferencia de que las enfermedades naturales se curan, pero nunca las que crea la medicina, pues ésta ignora el secreto de la curación.

Hacía años que Bergotte ya no salía de casa. Por lo demás, nunca le había gustado la vida mundana o bien acudía a ella un solo día para despreciarla como todo lo demás y de la forma propia de él, a saber, no la de despreciar algo por no poder obtenerlo, sino inmediatamente después de haberlo obtenido. Vivía con tanta sencillez, que no se sospechaba hasta qué punto era rico y, si se hubiera sabido, también habría habido equivocación, al creerlo entonces avaro, cuando, en realidad, nadie fue jamás tan generoso. Lo era sobre todo con mujeres —muchachas, mejor dicho— que sentían vergüenza de recibir tanto por tan poco. Se disculpaba ante sí mismo, porque sabía que nunca podía producir mejor que en una atmósfera de enamoramiento. El amor sería demasiado decir, pero el placer un poco arraigado en la carne ayuda al trabajo de las letras, porque aniquila los otros placeres: por ejemplo, los de la sociedad, los que son los mismos para todo el mundo, y, aunque ese amor entrañe desilusiones, al menos agita de ese modo también la superficie del alma, que, de lo contrario, correría el peligro de quedar estancada. Así, pues, el deseo no resulta inútil al escritor para alejarlo, primero, de los otros hombres y diferenciarlo de ellos y para devolver, después, algo de movimiento a una máquina espiritual que, superada cierta edad, tiene tendencia a inmovilizarse. No se llega a ser feliz, pero se hacen observaciones sobre los motivos que impiden serlo y que nos habrían resultado invisibles sin esas bruscas penetraciones de la decepción y, naturalmente, los sueños no son realizables, ya lo sabemos; tal vez no los concebiríamos, si no fuera por el deseo, y resulta inútil hacerlo para verlos fracasar y que su fracaso instruya. Por eso, Bergotte se decía: «Gasto más que los multimillonarios con muchachas, pero los placeres o las decepciones que me dan me hacen escribir un libro que me da dinero». Económicamente, ese razonamiento era absurdo, pero seguramente encontraba algún encanto en transmutar, así, el oro en caricia y las caricias en oro y, además, ya hemos visto, en el momento de la muerte de mi abuela, que su fatigada vejez gustaba del reposo. Ahora bien, en la vida

mundana no hay sólo conversación. Es estúpida en ella, pero tiene la capacidad de suprimir a las mujeres que ya no son otra cosa que preguntas y respuestas. Fuera de ese ambiente, las mujeres vuelven a ser lo que resulta tan cómodo para el anciano fatigado: un objeto de contemplación.

En todo caso, ya no se trataba de nada de todo eso. He dicho que Bergotte ya nunca salía de su casa y, cuando se levantaba una hora en su habitación, lo hacía totalmente envuelto en mantones, en mantas de viaje, en todo aquello con lo que nos cubrimos en el momento de exponernos a un frío intenso y de montar a un tren. Se disculpaba por ello ante los escasos amigos a los que dejaba entrar a su habitación y, mientras mostraba sus telas escocesas y sus mantas, decía, alegre: «¡Qué quieres, querido! Ya lo dijo Anaxágoras: la vida es un viaje». Iba, así, enfriándose progresivamente, pequeño planeta que ofrecía una imagen anticipada de los últimos días del grande, cuando, poco a poco, el calor se retire de la Tierra y después la vida. Entonces se habrá producido la resurrección, pues, por muchas que sean las generaciones futuras ante las que brillen las obras de los hombres, primero hace falta que haya hombres. Si algunas especies animales resisten más tiempo al frío invasor, cuando ya no haya hombres, y suponiendo que la gloria de Bergotte haya durado hasta entonces, bruscamente se apagará por siempre jamás. No serán los últimos animales los que lo lean, pues es poco probable que, como los apóstoles en Pentecostés, puedan comprender el lenguaje de los diversos pueblos humanos sin haberlo aprendido.

En los meses que precedieron a su muerte, Bergotte padecía insomnios y, lo que es peor, en cuanto se quedaba dormido, pesadillas, que, si se despertaba, le quitaban las ganas de volver a dormirse. Durante mucho tiempo le habían gustado los sueños, incluso los malos, porque gracias a ellos, gracias a la contradicción que presentan con la realidad que tenemos ante nosotros en el estado de vela, nos dan —como muy tarde, al despertar— la sensación profunda de que hemos dormido, pero las pesadillas de

Bergotte no consistían en eso. En otro tiempo, cuando hablaba de pesadillas, se refería a cosas desagradables que ocurrían en su cerebro. Ahora, percibía —como procedentes de fuera de él— una mano provista de un trapo de cocina mojado, que, al pasarlo por su cara una mujer mala, se esforzaba por despertarlo, intolerables cosquillas en las caderas, la rabia —porque Bergotte había murmurado, dormido, que conducía mal— de un cochero loco furioso que se arrojaba sobre el escritor y le mordía los dedos, se los serraba. Por último, en cuanto la obscuridad era suficiente en su sueño, la naturaleza hacía como un ensayo sin vestuario del ataque de apoplejía que se lo llevaría: Bergotte entraba en coche bajo el pórtico del nuevo palacete de los Swann y quería apearse. Un vértigo aterrador lo dejaba clavado en su asiento, el portero intentaba ayudarlo a bajar, pero seguía sentado, por no poder alzarse, levantar las piernas. Intentaba aferrarse al pilar de piedra que tenía delante, pero no encontraba apoyo suficiente para ponerse de pie. Consultó a los médicos que, halagados por ser llamados por él, vieron en sus virtudes de gran trabajador (hacía veinte años que no había hecho nada), en su agotamiento, la causa de sus trastornos. Le aconsejaron que no leyera cuentos de terror (no leía nada), que aprovechara más el sol «indispensable para la vida» (había debido algunos años de bienestar relativo exclusivamente a su enclaustramiento en su casa), que se alimentara más (cosa que lo hizo adelgazar y sobre todo contribuyó a sus pesadillas). Como uno de sus médicos estaba dotado del espíritu de contradicción y guasa, en cuanto Bergotte, al verlo en ausencia de los demás y para no ofenderlo, le presentaba como ideas suyas lo que los otros le habían aconsejado, el contradictor, creyendo que Bergotte intentaba conseguir que le recetara algo que le gustaba, se apresuraba a prohibírselo y muchas veces con razones formuladas tan deprisa por las necesidades de la causa, que, ante la evidencia de las objeciones materiales que ponía Bergotte, el contradictor se veía obligado en la misma frase a contradecirse, a su vez, pero reforzaba, con razones nuevas, la

misma prohibición. Bergotte volvía a uno de los primeros médicos, hombre que se las daba de ingenioso, sobre todo ante uno de los maestros de la pluma, y que, si Bergotte insinuaba: «Sin embargo, me parece que el doctor X me había dicho… en tiempos, desde luego… que eso podía congestionarme el riñón y el cerebro…», sonreía, malicioso, levantaba el dedo y pronunciaba: «He dicho usar, no abusar. Naturalmente, todo remedio, si se exagera, se vuelve un arma de doble filo». En nuestro cuerpo hay cierto instinto sobre lo que nos resulta saludable, como en el corazón sobre lo que es el deber moral, y que ninguna autorización del doctor en Medicina o en Teología puede suplir. Sabemos que los baños fríos nos sientan mal, pero, si nos gustan, siempre encontraremos un médico para aconsejárnoslos, no para impedir que nos sienten mal. De cada uno de sus médicos Bergotte tomó lo que, por prudencia, se había prohibido desde hacía años. Al cabo de unas semanas, los accidentes de otro tiempo habían reaparecido y los recientes se habían agravado. Enloquecido por un sufrimiento que no cesaba ni un minuto y al que se sumaba el insomnio interrumpido por breves pesadillas, Bergotte dejó de llamar a los médicos y probó, con éxito, pero con exceso, diferentes narcóticos, tras leer con confianza el prospecto que acompañaba a cada uno de ellos y proclamaba la necesidad del sueño, pero insinuaba que todos los productos que lo inducen —salvo el contenido en el frasco en él envuelto y que nunca producía intoxicación— eran tóxicos, por lo que volvían el remedio peor que la enfermedad. Bergotte los probó todos. Algunos —los derivados, por ejemplo, del amilo y del etilo— son de una familia distinta de aquellos a los que estamos habituados. Se absorbe el producto nuevo, de composición totalmente distinta, con la deliciosa espera de lo desconocido. El corazón late como en una primera cita. ¿Hacia qué clases ignoradas de sueño, de sueños, va a conducirnos el recién llegado? Ahora está dentro de nosotros, tiene la dirección de nuestro pensamiento. ¿De qué forma vamos a quedarnos dormidos? Y, una vez que lo estemos, ¿por qué caminos extraños, sobre qué cimas, a qué simas inexploradas, nos conducirá

el amo todopoderoso? ¿Qué agrupación nueva de sensaciones vamos a conocer en ese viaje? ¿Nos llevará a la indisposición? ¿A la beatitud? ¿A la muerte? La de Bergotte sobrevino la víspera de aquel día, en el que se había confiado así a uno de esos amigos (¿amigo?, ¿enemigo?) demasiado potente.

Murió en las siguientes circunstancias: un ataque de uremia bastante ligero era el motivo de que le hubiesen prescrito reposo, pero, como un crítico había escrito que en la *Vista de Delft* de Vermeer (prestado por el museo de La Haya para una exposición definitiva holandesa), cuadro que adoraba y creía conocer muy bien, un pequeño lienzo de pared amarillo —que no recordaba— estaba tan bien pintado, que, si se lo miraba exclusivamente, era como una preciosa obra de arte china, de una belleza que se bastaría a sí misma, Bergotte comió unas patatas, salió de casa y entró en la exposición. Ya en los primeros escalones que hubo de subir, fue presa de mareos. Pasó por delante de varios cuadros y tuvo la impresión de la aridez y la inutilidad de un arte tan facticio y que no era comparable con las corrientes de aire y de sol de un *palazzo* de Venecia o de una simple casa al borde del mar. Por fin, estuvo delante del Vermeer que recordaba más clamoroso, más diferente de todo lo que conocía, pero en el que, gracias al artículo del crítico, advirtió por primera vez unos pequeños personajes en azul y que la arena era rosada y, por último, la preciosa materia del pequeñísimo lienzo de pared amarillo. Sus mareos aumentaban; clavaba su mirada —como un niño en una mariposa amarilla que quiere atrapar — en el precioso liencito de pared. «Así debería haber escrito yo», decía. «Mis últimos libros son demasiado secos, debería haber aplicado varias capas de color, haber vuelto las frases preciosas en sí mismas, como este liencito de pared amarillo». Sin embargo, no se le escapaba la gravedad de sus mareos. En una balanza celestial se le aparecía, cargando uno de los platillos, su propia vida, mientras que el otro contenía el liencito de pared tan bien pintado en amarillo. Tenía la sensación de que había entregado imprudentemente la primera por el segundo. «Sin embargo, no me

gustaría ser para los periódicos vespertinos el suceso de esta exposición». Se repetía: «Liencito de pared amarillo con un tejadillo, liencito de pared amarillo». Entretanto se desplomó sobre un canapé circular; con la misma precipitación dejó de pensar que su vida estaba en juego y, recuperando el optimismo, se dijo: «Es una simple indigestión que me han dado esas patatas no bastante hechas: no es nada». Una nueva embestida lo abatió, rodó del canapé al suelo, adonde acudieron corriendo todos los visitantes y conserjes. Estaba muerto. ¿Muerto para siempre? ¿Quién puede decirlo? Cierto es que las experiencias espiritistas no aportan —tan poco como los dogmas religiosos— prueba alguna de que el alma subsista. Lo que podemos decir es que todo ocurre en nuestra vida como si entráramos en ella con la carga de obligaciones contraídas en una vida anterior; no hay razón alguna en nuestras condiciones de vida en esta Tierra para que nos consideremos obligados a hacer el bien, a ser delicados, incluso a ser educados, ni para que el artista ateo se crea obligado a volver a empezar veinte veces un fragmento cuyo éxito, la admiración que despierte, poco importará a su cuerpo comido por los gusanos, como el lienzo de pared amarillo que pintó con tanto arte y refinamiento un artista para siempre desconocido, apenas identificado con el nombre de Vermeer. Todas esas obligaciones, que no reciben sanción en la vida presente, parecen pertenecer a un mundo distinto, basado en la bondad, el escrúpulo, el sacrificio, un mundo enteramente distinto de éste y del que salimos para nacer en esta Tierra, antes de regresar tal vez a él, de revivir bajo el imperio de esas leyes desconocidas a las que hemos obedecido, porque llevábamos su enseñanza dentro, sin saber quién las había trazado, esas leyes a las que todo trabajo profundo de la inteligencia nos acerca y que sólo son invisibles —¡y ni siquiera!— para los necios. De modo que la idea de que Bergotte no había muerto para siempre no carecía de verosimilitud.

Lo enterraron, pero toda la noche fúnebre, en las vitrinas iluminadas, sus libros, dispuestos de tres en tres, velaban como

ángeles con alas desplegadas y parecían —para el que había dejado de existir— el símbolo de la resurrección.

* * *

Me enteré, como decía, de que aquel día había muerto Bergotte y admiré la inexactitud de los periódicos, que —reproduciendo unos tras otros una misma nota— decían que había sido la víspera. Ahora bien, la víspera Albertine se lo había encontrado —me contó aquella misma noche— y precisamente ésa había sido la causa de su retraso, pues había estado charlando con ella bastante rato. Seguramente había tenido con ella su última conversación. Ella lo conocía por mí, que ya no lo veía desde hacía mucho, pero, como había tenido curiosidad por serle presentada, un año antes había yo escrito al anciano maestro para llevársela. Éste me había concedido lo que le pedía, aunque un poco dolido de que sólo volviera a verlo para dar gusto a otra persona, lo que confirmaba mi indiferencia para con él. Esos casos son frecuentes; a veces, aquel —o aquella — a quien imploramos no por el placer de volver a charlar juntos, sino por una tercera persona, se niega tan obstinadamente, que nuestra protegida cree que hemos alardeado de un poder falso; más a menudo, el genio o la belleza célebre consienten, pero humillados en su gloria, heridos en su afecto, ya no conservan para con nosotros sino un sentimiento disminuido, doloroso, un poco despreciativo. Mucho después comprendí que había acusado sin motivo a los periódicos de inexactitud, pues aquel día Albertine no se había encontrado con Bergotte, pero me lo contó con tanta naturalidad, que no lo sospeché ni por un instante y hasta mucho después no descubrí el encantador arte que tenía para mentir con sencillez. Lo que decía, lo que confesaba, tenía hasta tal punto los mismos caracteres que las formas de la evidencia —lo que vemos, lo que conocemos de forma irrefutable—, que sembraba, así, en los

intervalos de la vida los episodios de otra cuya falsedad no sospechaba yo entonces. Por lo demás, habría mucho que hablar sobre esa palabra «falsedad». El universo es verdadero para todos nosotros y desemejante para cada cual. El testimonio de mis sentidos, si hubiese yo estado fuera en aquel momento, tal vez me hubiese informado de que la señora no había dado unos pasos con Albertine, pero, si hubiera sabido lo contrario, habría sido por una de esas cadenas de razonamiento —en las que las palabras de aquellos en quienes tenemos confianza insertan fuertes eslabones — y no por el testimonio de los sentidos. Para invocar este último, habría sido necesario que yo hubiese estado fuera precisamente, cosa que no había sucedido. Sin embargo, podemos imaginar que semejante hipótesis no sea inverosímil y entonces me habría enterado de que Albertine había mentido. ¿Sería tan seguro? También el testimonio de los sentidos es una operación mental en la que la convicción crea la evidencia. Hemos visto muchas veces que el sentido del oído no aportaba a Françoise la palabra pronunciada, sino la que ella creía verdadera, lo que bastaba para que no oyese la rectificación implícita de una pronunciación mejor. Nuestro mayordomo no estaba constituido de forma diferente. El Sr. de Charlus llevaba en aquel momento —pues cambiaba mucho— unos pantalones muy claros y reconocibles de entre mil. Ahora bien, nuestro mayordomo, quien creía que la palabra «urinario» (que designa lo que —para gran enojo del Sr. de Rambuteau— el duque de Guermantes había llamado un edículo Rambuteau) era «urnario», no oyó jamás, en toda su vida, a una sola persona decir «urinario», aunque con mucha frecuencia así lo pronunciaran delante de él, pero el error es más testarudo que la fe y no examina sus creencias. El mayordomo decía constantemente: «No cabe duda de que el señor barón de Charlus ha contraído una enfermedad por permanecer tanto tiempo en un urnario. Eso es lo que pasa por ser un viejo mujeriego. Lleva los pantalones apropiados. Esta mañana, la señora me ha enviado a hacer un recado en Neuilly. En el urnario de la Rue de Bourgogne, he visto

entrar al señor barón de Charlus. Al volver de Neuilly, más de una hora después, he visto sus pantalones amarillos en el mismo urnario, en el mismo lugar, en el medio, donde se coloca siempre para que no lo vean». Yo no conocía a nadie más hermoso, noble y joven que una sobrina de la Sra. de Guermantes, pero oí al portero de un restaurante al que iba a veces decir a su paso: «¡Hay que ver qué vejestorio, qué facha! Y tiene como mínimo ochenta años». Lo de la edad me parece difícil que lo creyera, pero los botones agrupados en torno a él, que se rieron, burlones, todas las veces que pasaba delante del hotel para ir a ver, no lejos de allí, a sus dos encantadoras tías abuelas Sras. de Fezensac y de Balleroy, vieron en el rostro de aquella joven belleza los ochenta años que, en broma o no, había atribuido el portero al «vejestorio». Si se les hubiese dicho que era más distinguida que una de las dos cajeras del hotel y que, corroída por el eczema y ridícula de gordura, les parecía una mujer hermosa, se habrían tronchado. Tal vez sólo el deseo sexual habría podido impedir que se constituyera su error, si hubiese funcionado al paso del supuesto vejestorio y si los botones hubieran codiciado bruscamente a la joven diosa, pero, por razones desconocidas y que debían de ser probablemente de carácter social, no había sido así.

Pero, en fin, yo habría podido salir y pasar por la calle a la hora en que Albertine me hubiera dicho, aquella noche (sin verme), haber dado unos pasos con la señora. Una obscuridad sagrada se habría apoderado de mi mente, habría puesto en duda que la había visto sola, apenas habría intentado entender por qué ilusión óptica no había visto a la señora y no me habría extrañado demasiado haberme equivocado, pues el mundo de los astros es menos difícil de conocer que las acciones reales de las personas, sobre todo de aquellas a las que amamos, fortificadas como están contra nuestra duda por fábulas destinadas a protegerlas. ¿Durante cuánto tiempo pueden hacer creer a nuestro amor apático que la mujer amada tiene en el extranjero una hermana, un hermano, una cuñada que nunca existieron? Por lo demás, si el orden del relato no nos

obligara a limitarnos a razones frívolas, ¡cuántas más serias nos permitirían mostrar la mentirosa levedad del comienzo de este volumen, en el que desde mi cama oigo despertarse el mundo, ora con un tiempo atmosférico ora con otro! Sí, me he visto obligado a atenuarlo y mostrarme mentiroso, pero no es un universo, sino millones, casi tantos como pupilas e inteligencias humanas existen, los que se despiertan todas las mañanas.

Volviendo a Albertine, nunca he conocido mujeres más dotadas que ella de afortunadas aptitudes para la mentira animada, coloreada con las tonalidades mismas de la vida, salvo una de sus amigas… una de mis muchachas en flor también, rosa como Albertine, pero cuyo irregular perfil, hundido y después prominente y luego hundido otra vez, se parecía enteramente a ciertos racimos de flores rosadas cuyo nombre no recuerdo y que tienen también largos y sinuosos entrantes. Aquella muchacha era, desde el punto de vista de la fábula, superior a Albertine, pues no mezclaba en ella ninguno de los momentos dolorosos, de los sobreentendidos coléricos, frecuentes en mi amiga. Sin embargo, he dicho que era encantadora, cuando inventaba un relato que no daba lugar a dudas, pues entonces se veía lo —imaginado, sin embargo— que decía, utilizando el habla como si fuese la vista. Era mi verdadera percepción.

He añadido: «Cuando confesaba», por la siguiente razón. A veces aproximaciones singulares me inspiraban a ese respecto sospechas celosas en las que junto a ella figuraba en el pasado y —¡ay!— en el futuro otra persona. Para asegurarme, yo le decía el nombre y Albertine me respondía: «Sí, me la encontré hace ocho días cerca de casa. Por educación respondí a su saludo. Di unos pasos con ella, pero nunca ha habido nada entre nosotros y nunca lo habrá». Ahora bien, Albertine no se había encontrado a esa persona por la sencilla razón de que ésta llevaba diez meses sin venir a París, pero a mi amiga le pareció que negarlo completamente resultaba poco verosímil. A eso se debía aquel corto encuentro ficticio, explicado tan sencillamente, que yo veía a la

señora detenerse, saludarla y dar unos pasos con ella. Sólo la verosimilitud había inspirado a Albertine, no el deseo de darme celos, pues a Albertine, tal vez sin estar interesada, le gustaba que tuvieran amabilidades con ella. Ahora bien, si a lo largo de esta obra he tenido —y tendré— muchas ocasiones de mostrar cómo intensifican los celos el amor, me he colocado en el punto de vista del amante, pero, a poco que éste tenga un poco de orgullo y aunque hubiera de morirse por una separación, no responderá a una supuesta traición con una amabilidad, se apartará o, sin alejarse, se ordenará fingir frialdad. Por eso, hacerlo sufrir tanto por parte de su amante redunda absolutamente en perjuicio de ella. Si, en cambio, disipa con una palabra atinada, con tiernas caricias, las sospechas que lo torturaban, aunque hubiera fingido indiferencia, seguramente el amante no experimenta ese aumento desesperado del amor al que lo elevan los celos, sino que, al cesar bruscamente de sufrir, feliz, enternecido, relajado, como lo estamos después de una tormenta, cuando ya ha caído la lluvia y apenas oíamos aún bajo los grandes castaños caer a largos intervalos las gotas suspendidas que el sol ya colorea, no sabe cómo expresar su agradecimiento a la que lo ha curado. Albertine sabía que me gustaba recompensarla por sus amabilidades y tal vez eso explicara que inventase, para declararse inocente, confesiones naturales, como sus relatos de los que yo no dudaba, uno de los cuales había sido el encuentro con Bergotte, cuando resulta que ya estaba muerto. Hasta entonces yo no me había enterado de otras mentiras de Albertine que las que, por ejemplo, me había contado Françoise en Balbec y que he omitido, pese a que me dolieron mucho: «Como no quería venir, me ha dicho: “¿No podría usted decir a su señor que no me ha encontrado, que yo había salido?”». Pero los «inferiores» que nos quieren, como Françoise me quería, se complacen en ofendernos en nuestro amor propio.

* * *

Después de la cena, dije a Albertine que quería aprovechar que estaba levantado para ir a ver a unos amigos, la Sra. de Villeparisis, la Sra. de Guermantes, los Cambremer, no sabía: aquellos a los que encontrara en casa. Sólo callé el nombre de aquellos a cuya casa pensaba ir: los Verdurin. Pregunté a Albertine si quería venir conmigo. Alegó que no tenía un vestido adecuado. «Y, además, es que estoy tan mal peinada. ¿De verdad quieres que siga conservando este peinado?». Y, para despedirse de mí, me tendió la mano de esa forma brusca, con el brazo alargado y los hombros levantados, que empleaba en tiempos en la playa de Balbec y que no había repetido nunca desde entonces. Aquel arranque olvidado convirtió el cuerpo que animó en el de aquella Albertine que apenas me conocía aún. Devolvió a Albertine, ceremoniosa bajo una apariencia de brusquedad, su novedad primera, su incógnita y hasta su marco. Vi el mar detrás de aquella muchacha a la que nunca había yo visto saludarme así desde que no había vuelto a orillas del mar. «Mi tía opina que me envejece», añadió con expresión huraña. «¡Ojalá acierte tu tía!», pensé. «Que Albertine, al parecer una niña, haga parecer más joven a la Sra. Bontemps es exactamente lo que ésta desea y, además, que a Albertine no le cueste nada, en espera del día en que, al casarse conmigo, le rinda». Pero que Albertine pareciera menos joven, menos hermosa, hiciese volverse menos las cabezas en la calle, era precisamente lo que yo, en cambio, deseaba, pues la vejez de una carabina no tranquiliza tanto a un amante celoso como la del rostro de su amada. Lo único que me hacía sufrir era que el peinado que le había pedido que adoptara pudiera parecerle un enclaustramiento más y fue también ese mismo sentimiento doméstico nuevo el que no cesó —incluso estando lejos—, de apegarme a ella.

Dije a Albertine —poco animada, según me había dicho, para acompañarme a casa de los Guermantes o los Cambremer— que no sabía adónde iría y me fui a casa de los Verdurin. En el momento en que me marchaba camino de su casa y en que la idea del concierto que en ella escucharía me recordó la escena de la tarde:

«Cacho lumi, lumiasca», escena de amor decepcionado, de amor celoso tal vez, pero tan bestial como la que —con pocas palabras de diferencia— podría hacer a una mujer un orangután que estuviera —por decirlo así— prendado de ella, en el momento en que iba a llamar en la calle a un coche de caballos, oí los sollozos que un hombre sentado en un mojón intentaba reprimir. Me acerqué; el hombre, que tenía la cara cubierta con las manos, parecía joven e iba vestido elegantemente y, por la blancura que sobresalía del abrigo, me sorprendió que fuera de etiqueta y con corbata blanca. Al oírme, descubrió el rostro inundado de lágrimas, pero al instante, al reconocerme, lo apartó. Era Morel. Comprendió que yo lo había reconocido y, tras intentar contener el llanto, me dijo que se había detenido un instante, acuciado por el sufrimiento. «Hoy mismo he insultado groseramente», me dijo, «a una persona a la que he apreciado mucho. Es una cobardía, pues me quiere». «Con el tiempo tal vez ella lo olvide», respondí, sin pensar en que, al hablar así, parecía haber oído la escena de la tarde, pero él estaba tan absorto en su pena, que no se le ocurrió pensar siquiera que yo pudiese saber algo. «Tal vez olvide», me dijo, «pero yo no podré hacerlo. ¡Siento vergüenza, asco, de mí mismo! Pero, en fin, ya está dicho, ya no se puede volver atrás. Cuando me irritan, ya no sé lo que hago y es tan dañino para mí, que tengo todos los nervios entrecruzados unos con otros», pues, como todos los neurasténicos, estaba muy preocupado por su salud. Si por la tarde había yo visto la cólera amorosa de un animal furioso, aquella noche en unas horas habían pasado siglos y un sentimiento nuevo, un sentimiento de vergüenza, de lamentación, de pena, mostraba que una gran etapa se había superado en la evolución del animal destinado a transformarse en criatura humana. Pese a todo, yo seguía oyendo «cacho puta» y temía una próxima recurrencia del estado salvaje. Por lo demás, no acababa yo de entender lo que había ocurrido y resulta tanto más natural cuanto que el propio Sr. de Charlus ignoraba enteramente que desde hacía unos días y, en particular, aquel día —antes incluso del vergonzoso episodio, que no tenía

relación directa con el estado del violinista— Morel volvía a ser presa de la neurastenia. En efecto, el mes anterior había extremado todo lo rápido que había podido, y mucho más lentamente de lo que hubiera querido, la seducción de la sobrina de Jupien, con la que, como prometido, podría salir cuando quisiera, pero, en cuanto había avanzado un poco en sus empresas con vistas a la violación y sobre todo cuando había hablado a su prometida de tener relaciones con otras muchachas que ella le procuraría, había encontrado resistencias que lo habían exasperado. Con ello —ya fuera porque ella fuese demasiado casta o, al contrario, se hubiera entregado— su deseo había decaído. Había decidido romper, pero, al notar que el barón era mucho más moral, aunque vicioso, temía que, en cuanto lo hiciese, el Sr. de Charlus lo pusiera en la calle. Por eso, había decidido, hacía unos quince días, no volver a ver a la muchacha, dejar al Sr. de Charlus y a Jupien arreglárselas (empleaba un verbo más escatológico) entre sí y, antes de anunciar la ruptura, «largarse» con destino desconocido. El desenlace de aquel amor lo dejaba un poco triste, por lo que, aunque la conducta que había tenido con la sobrina de Jupien fuera exactamente superponible, hasta el menor detalle, con aquella cuya teoría había expuesto delante del barón, mientras almorzaban en Saint-Mars-le-Vêtu, es probable que fueran muy diferentes y que sentimientos menos atroces, y que no había previsto en su conducta teórica, hubieran embellecido su conducta real y le hubieran infundido un cariz sentimental. El único aspecto en el que, al contrario, la realidad era peor que el proyecto, es el de que en el proyecto no le parecía posible permanecer en París tras semejante traición. Ahora, «largarse» le parecía mucho por algo tan sencillo. Era abandonar al barón, quien seguramente se enfurecería, y desbaratar su situación. Perdería todo el dinero que le daba el barón. La idea de que fuese inevitable le daba ataques de nervios. Se pasaba horas enteras lloriqueando y, para no pensar en ello, tomaba, con prudencia, morfina. Después se le había ocurrido de pronto una idea que seguramente había ido cobrando poco a poco vida y forma en su

mente desde hacía algún tiempo: la de que tal vez no fuera forzosa la alternativa entre la ruptura y la desavenencia completa con el Sr. de Charlus. Perder todo el dinero del barón era mucho perder. Morel, inseguro, estuvo varios días sumido en ideas negras, como las que le inspiraba la vista de Bloch. Después llegó a la conclusión de que Jupien y su sobrina habían intentado hacerlo caer en una trampa, que debían de sentirse contentos de haber salido bien parados a tan poco precio. Le parecía que, en resumidas cuentas, la muchacha se lo tenía merecido, por haber sido tan torpe como para no saber conservarlo con su sensualidad. No sólo el sacrificio de la situación en casa del Sr. de Charlus le parecía absurdo, sino que, además, sentía haber derrochado tanto dinero con la muchacha desde que se habían prometido y cuyo monto exacto habría podido —como hijo que era de un lacayo que todos los meses iba a llevar su «libro» a mi tío, pues esa palabra en singular, que para el común de los mortales significa obra impresa, cobra otro sentido para los Altezas y los lacayos— decir. Para éstos significa el libro de cuentas; para aquéllos, el registro en que inscribirse. (En Balbec, un día en que la princesa de Luxemburgo me había dicho que no había traído un libro, iba yo a prestarle *Pescador de Islandia* y *Tartarín de Tarascón*, cuando comprendí lo que había querido decir: no que pasaría el tiempo menos agradablemente, sino que a mí me resultaría más difícil dejar mi nombre en su casa). Pese al cambio de punto de vista de Morel en cuanto a las consecuencias de su conducta, aunque ésta le habría parecido abominable dos meses antes, cuando amaba apasionadamente a la sobrina de Jupien, y a que llevaba quince días sin cesar de repetirse que esa misma conducta era natural, loable, no por ello dejaba de aumentar en él el estado de nerviosismo en el que poco antes había anunciado la ruptura. Estaba totalmente dispuesto a «hacer sentir su cólera», ya que no —salvo en caso de que tuviera un arrebato momentáneo— a la muchacha para con la cual conservaba ese resto de temor que es el último rastro del amor, al menos al barón. Sin embargo, se guardó de decirle nada antes de la cena, pues, como ponía por encima de

todo su propio virtuosismo de profesional, en el momento en que tenía obras difíciles que ejecutar —como aquella noche en casa de los Verdurin— evitaba —en la medida de lo posible y ya era más que demasiado la escena de la tarde— todo lo que pudiese infundir cierta brusquedad a sus movimientos, así como un cirujano apasionado del automovilismo deja de conducir cuando tiene que operar. Gracias a eso, entendí que, mientras me hablaba, moviera despacio los dedos, uno tras otro, para ver si habían recuperado su agilidad. Se le esbozó un fruncido de cejas, señal, al parecer, de que aún había un poco de rigidez nerviosa, pero, para no aumentarla, desfruncía el rostro, como cuando nos impedimos exasperarnos por no poder dormir o no poseer fácilmente a una mujer, por miedo a que la propia fobia retrase aún más el instante del sueño o del placer. Por eso, deseoso de recuperar la serenidad para estar, como de costumbre, absorto en lo que interpretara en casa de los Verdurin, mientras lo hiciese, y de permitirme, mientras lo viera yo, comprobar su dolor, lo más sencillo le pareció suplicarme que me marchara inmediatamente. La súplica era inútil y la partida me resultaba un alivio. Había yo temblado ante la posibilidad de que, por dirigirnos a la misma casa, a unos minutos de intervalo, me pidiera que lo llevase, pues recordaba demasiado bien la escena de la tarde para no sentir cierto asco de tener a Morel a mi lado durante el trayecto. Es muy posible que el amor y después la indiferencia y el odio de Morel a la sobrina de Jupien hubiesen sido sinceros. Por desgracia, no era la primera vez —ni sería la última— en que actuaba así, en que «plantaba» bruscamente a una muchacha a la que había jurado amor eterno y había llegado hasta el extremo de enseñarle un revólver cargado, mientras le decía que, si cometía la cobardía de abandonarla, se haría saltar los sesos. No por ello dejaba de hacerlo después y, en lugar de remordimiento, experimentaba algo así como un rencor. No era la primera vez que actuaba así ni iba a ser la última, por lo que muchas cabezas de muchachas —menos olvidadizas de él que él de ellas— sufrieron —como siguió sufriendo mucho tiempo la sobrina de Jupien, pues

seguía amando a Morel, al tiempo que lo despreciaba— a punto de estallar por las punzadas de un dolor interno, porque en cada una de ellas un fragmento del rostro de Morel, duro como el mármol y hermoso como el fragmento de una escultura griega, estaba encerrado en su cerebro, con sus cabellos en flor, sus finos ojos, su recta nariz, que formaba una protuberancia para un cráneo no destinado a recibirlo y que no se podía operar, pero a la larga esos fragmentos tan duros acaban deslizándose hasta un punto en el que no causan demasiados desgarros, dejan de moverse y ya no se siente su presencia: es el olvido o el recuerdo indiferente.

Yo llevaba dentro dos productos de aquel día: por una parte, gracias a la calma infundida por la docilidad de Albertine, la posibilidad —y por consiguiente, la resolución— de romper con ella; por otra, la idea, fruto de mis reflexiones durante el tiempo en que la había esperado, sentado ante mi piano, de que el Arte, al que intentaría dedicar mi libertad reconquistada, no era algo que valiese la pena de un sacrificio, algo fuera de la vida, que no participara de su vanidad y su nulidad, pues la apariencia de individualidad real obtenida en las obras se debe simplemente al trampantojo de la habilidad técnica. Si la tarde había dejado en mí otros residuos, más profundos tal vez, no iban a llegar a conocimiento mío hasta más adelante. En cuanto a los dos que sopesaba claramente, no iban a ser duraderos, pues desde aquella misma noche mis ideas sobre el arte iban a recuperarse de la disminución que habían experimentado aquella tarde, mientras que, en cambio, iba a verme de nuevo privado de la calma y, por consiguiente, de la libertad que me permitiría dedicarme a él.

Cuando mi coche se acercaba, bordeando el muelle, a la casa de los Verdurin, lo hice detener. En efecto, acababa de ver a Brichot apearse de un tranvía en la esquina de la Rue Bonaparte, secarse los zapatos con un periódico viejo y ponerse unos guantes de un gris perlado. Desde hacía un tiempo, como su afección de la vista había empeorado, lo habían dotado —tan profusamente como a un laboratorio— de unos lentes nuevos que, potentes y complicados

como instrumentos astronómicos, parecían atornillados a sus ojos. Clavó en mí sus excesivos focos y me reconoció. Estaban en un estado maravilloso, pero, detrás de ellos, vislumbré —minúscula, pálida, convulsiva, expirante— una mirada lejana situada bajo aquel potente aparato, así como en los laboratorios demasiado profusamente subvencionados para las tareas que en ellos se llevan a cabo colocan a un insignificante animalito agonizante bajo los aparatos más perfeccionados. Ofrecí el brazo al semiciego para asegurar su paso. «Esta vez ya no es cerca de Cherburgo donde nos encontramos», me dijo, «sino junto al pequeño Dunkerke», frase que me pareció muy enojosa, porque no entendí lo que quería decir y, sin embargo, no me atreví a preguntárselo a Brichot, menos por miedo a su desprecio que a sus explicaciones. Le respondí que tenía mucha curiosidad por ver el salón en el que en tiempos Swann encontraba todas las noches a Odette. «¡Cómo! ¿Conoce usted esas antiguas historias?», me dijo.

En su momento la muerte de Swann me había conmovido. ¡La muerte de Swann! Swann no desempeña en esta frase el papel de un simple genitivo. Me refiero a la muerte particular, la muerte enviada por el destino al servicio de Swann, pues decimos la muerte para simplificar, pero hay casi tantas como personas. No tenemos sentidos que nos permitan ver —corriendo en todas direcciones, a toda velocidad— las muertes activas dirigidas por el destino hacia tal o cual. Con frecuencia se trata de muertes que no serán del todo liberadas de su tarea hasta dos o tres años después. Corren veloces a implantar un cáncer en el costado de Swann y después vuelven a partir para otras tareas y no regresan hasta que, una vez realizada la operación por los cirujanos, hay que implantar el cáncer de nuevo. Después viene el momento en el que leemos en *Le Gaulois* que la salud de Swann ha inspirado inquietud, pero que su dolencia está en vías de curación. Entonces, unos minutos antes del último suspiro, la muerte, como una religiosa que nos hubiera cuidado en lugar de destruirnos, viene a asistir a nuestros últimos instantes y corona con una aureola suprema a la persona, para siempre helada,

cuyo corazón ha dejado de latir y esa diversidad de las muertes, el misterio de sus circuitos, el color de su fatídico chal, es lo que vuelve tan impresionantes las líneas de los periódicos: «Nos enteramos con profunda pena de que el Sr. Charles Swann sucumbió ayer en París, en su palacete, de resultas de una dolorosa enfermedad. Fue un parisino cuyo talento era apreciado por todos, como también la seguridad de sus relaciones, selectas pero fieles, y será unánimemente añorado tanto en los medios artísticos y literarios, en los que la finura avisada de su gusto lo hacía sentirse cómodo y estar solicitado por todos, como en el Jockey-Club, del que era uno de los miembros más antiguos y escuchados. También pertenecía al Círculo de la Unión y al Círculo Agrícola. Hacía poco que había dimitido del Círculo de la Rue Royale. Su fisionomía espiritual y su notable notoriedad no dejaban de despertar la curiosidad del público en todo *great event* de la música y la pintura y, en particular, en las inauguraciones a las que había sido fiel hasta sus últimos años, durante los cuales apenas había salido de su morada. Las exequias se celebrarán, etcétera».

Desde ese punto de vista, si no se es «alguien», la ausencia de título conocido vuelve aún más rápida la descomposición de la muerte. Seguramente es de forma anónima, sin distinción de individualidad, como se sigue siendo el duque de Uzès, pero la corona ducal mantiene por un tiempo unidos los elementos, como los de aquellos helados con formas bien dibujadas que apreciaba Albertine, mientras que los nombres de burgueses ultramundanos, en cuanto han muerto, se desintegran y se funden, «desmoldados». Hemos visto a la Sra. de Guermantes hablar de Cartier como del mejor amigo del duque de La Trémoïlle, como de un hombre muy solicitado en los medios aristocráticos. Para la generación siguiente, Cartier se ha vuelto algo tan informe, que casi se lo engrandecería, si se lo emparentara con el joyero Cartier, ¡si bien le habría hecho sonreír que unos ignorantes lo hubiesen confundido con él! En cambio, Swann era una notable personalidad intelectual y artística y, aunque no hubiese «producido» nada, tuvo la suerte de durar un

poco más. Y, sin embargo, querido Charles Swann, a quien tan poco conocí yo, cuando era aún tan joven y usted estaba ya tan cerca de la tumba, gracias ya a que aquel a quien debía usted considerar un pobre imbécil lo ha hecho protagonista de una de sus novelas, se empieza de nuevo a hablar de usted y tal vez vivirá usted. Si en el cuadro de Tissot que representa el balcón del Círculo de la Rue Royale, en el que aparece usted entre Galliffet, Edmond de Polignac y Saint-Maurice, se habla tanto de usted, es porque se ve que en el personaje de Swann hay algunos rasgos suyos.

Volviendo a realidades más generales, de aquella muerte predicha y, sin embargo, imprevista de Swann lo había oído yo hablar a él mismo en casa de la duquesa de Guermantes, la noche en que se había celebrado la fiesta en casa de la prima de ésta. Era la misma muerte con cuya extrañeza específica y pasmosa me había encontrado una noche en que había recorrido el periódico y su anuncio me había dejado paralizado, como trazado en misteriosas líneas inoportunamente interpoladas. Habían bastado para hacer de un vivo alguien que ya no puede responder a lo que se le dice, un nombre, un nombre escrito, que ha pasado de repente del mundo real al reino del silencio. Ellas eran las que seguían infundiéndome el deseo de conocer mejor la morada en la que en tiempos habían residido los Verdurin y en la que Swann, quien entonces no era sólo unas letras trazadas en un periódico, había cenado con tanta frecuencia con Odette. Hay que añadir también —y por eso durante mucho tiempo la muerte de Swann me resultó más dolorosa que otra, aunque sus motivos no tuvieran que ver con la extrañeza individual de *su* muerte— que no había yo ido a ver a Gilberte, como le había prometido en casa de la princesa de Guermantes, que no me había comunicado aquella «otra razón» a la que había aludido aquella noche y por la cual me había elegido como confidente de su conversación con el príncipe, que se me ocurrían —como burbujas que subieran desde el fondo del agua— mil preguntas que hacerle sobre los asuntos más dispares: sobre Vermeer, sobre el Sr. de Mouchy, sobre él mismo, sobre un tapiz de

Boucher, sobre Combray, preguntas seguramente poco apremiantes, puesto que las había ido aplazando de un día para otro, pero que me parecían capitales desde el momento en que, por estar sus labios sellados, quedarían sin respuesta. La muerte de los otros es como un viaje que hiciéramos nosotros mismos y en el que recordáramos, ya a cien kilómetros de París, que habíamos olvidado dos docenas de pañuelos y dejar una llave a la cocinera, despedirnos de nuestro tío, preguntar el nombre de la ciudad en la que se encuentra la fuente antigua que deseamos ver. Mientras que todos esos olvidos que nos asaltan y decimos en voz alta, por pura forma, al amigo que viaja con nosotros, tienen por única réplica el rechazo categórico del banco, el nombre de la estación voceado por el empleado y que nos aleja aún más de las realizaciones ya imposibles, por lo que, tras renunciar a pensar en las cosas irremediablemente omitidas, deshacemos el paquete de vituallas e intercambiamos periódicos y revistas.

«¡Qué va!», prosiguió Brichot. «No era aquí donde Swann se reunía con su futura esposa o al menos no fue aquí sólo en los últimos tiempos, después del siniestro que destruyó parcialmente la primera vivienda de la Sra. Verdurin».

Por desgracia, por miedo a hacer alarde ante Brichot de un lujo que me parecía fuera de lugar, puesto que el universitario no participaba en él, yo me había apeado demasiado precipitadamente del coche y el cochero no había entendido lo que yo le había soltado a toda velocidad para tener tiempo de alejarme de él antes de que Brichot me columbrara. La consecuencia fue que el cochero vino a acercársenos y me preguntó si debía venir a recogerme; le dije apresuradamente que sí e intensifiqué tanto más los respetos para con el universitario que había acudido en ómnibus. «¡Ah! Venía usted en coche», me dijo con expresión grave. «Dios mío, ha sido el más extraño de los azares; es algo que nunca me ocurre. Siempre voy en ómnibus o a pie, pero tal vez me sirva para tener el inmenso honor de llevarlo a su casa esta noche, si tiene usted a bien entrar en ese cacharro; iremos un poco apretados, pero usted es siempre

tan bueno conmigo». Al proponérselo, no me privo —¡ay!— de nada —pensé—, puesto que no me quedará más remedio que regresar por Albertine. Su presencia en mi casa, a una hora en que nadie podía ir a verla, me permitía disponer tan libremente de mi tiempo como por la tarde, cuando sabía que iba a volver del Trocadero y no tenía prisa por volver a verla, pero en fin, igual que por la tarde, sentía que tenía una mujer y que, al volver a casa, no experimentaría la exaltación fortificante de la soledad.

«Acepto de todo corazón», me respondió Brichot. «En la época a la que se refiere usted, nuestros amigos vivían en la Rue Montaliver, en una magnífica planta baja con entresuelo, que daba a un jardín, menos suntuosa, evidentemente, y que, sin embargo, yo prefería al palacete de los Embajadores de Venecia». Brichot me informó de que aquella noche en el «Quai Conti» —así llamaban los fieles el salón Verdurin desde que se había trasladado allí— había un gran «aparato» musical, organizado por el Sr. de Charlus. Añadió que, en la época antigua a la que yo me refería, el pequeño núcleo era otro y el tono diferente y no sólo porque los fieles fuesen más jóvenes. Me contó las farsas de Elstir, que él llamaba «puras bufonadas» —como un día en que éste, tras fingir que desertaba en el último momento, había acudido disfrazado de mayordomo suplementario y, mientras pasaba los platos, había dicho desvergüenzas al oído de la muy mojigata baronesa Putbus, roja de espanto y de cólera; después, tras desaparecer antes del fin de la cena, había mandado llevar al salón una bañera llena de agua, de la que, cuando se habían levantado de la mesa, había salido totalmente desnudo lanzando tacos— y también las cenas a las que los invitados acudían con trajes de papel, dibujados, cortados, pintados por Elstir, que eran obras maestras, y Brichot había llevado una vez el de un gran señor de la orden de Carlos VII, con zapatos de punta retorcida y otra el de Napoleón I, en el que Elstir había hecho la gran banda de la Legión de Honor con cera de sellar. En una palabra, Brichot, al volver a ver con el pensamiento el salón de entonces, con sus grandes ventanas, sus canapés bajos descoloridos por el sol del

mediodía y que habían habido de substituir, declaraba que, sin embargo, lo prefería al actual. Desde luego, yo veía claramente que por «salón» Brichot entendía —así como la palabra «iglesia» no significa sólo el edificio religioso, sino también la comunidad de fieles— no sólo el entresuelo, sino también las personas que lo frecuentaban, los placeres particulares que iban a buscar en él y a los que en su memoria habían dado forma aquellos divanes en los cuales, cuando iban a ver a la Sra. Verdurin por la tarde, esperaban a que estuviese lista, mientras las rosadas flores de los castaños, fuera, y, en la chimenea, claveles en jarrones parecían —con un pensamiento de graciosa simpatía para con el visitante en el que se plasmaba la sonriente bienvenida de sus colores rosados— espiar fijamente la llegada tardía de la señora de la casa, pero, si aquel «salón» le parecía superior al actual, tal vez fuera porque nuestro entendimiento es el antiguo Proteo y no puede permanecer esclavo de forma alguna e, incluso en la esfera mundana, se retira de un salón que ha llegado lenta y difícilmente a su punto de esplendor para preferir otro menos brillante, así como las fotografías «retocadas» que Odette había encargado en el establecimiento de Otto, en las que figuraba con un gran vestido de princesa y ondulado por Lenthéric, no gustaban tanto a Swann como una «foto de álbum» tomada en Niza, en la que —con capellina de paño, el pelo alborotado que sobresalía de un sombrero de paja bordado con pensamientos y un nudo de terciopelo negro (pues las mujeres suelen tener aspecto tanto más viejo cuanto más antiguas sean las fotografías), elegante y veinte años más joven— parecía una criadita con veinte años más. Tal vez le gustara también alabarme lo que yo no iba a conocer, mostrarme que había saboreado placeres que ya no estaban a mi alcance. Por lo demás, lo conseguía, pues con sólo citar los nombres de dos o tres personas que ya no existían y a cuyo encanto atribuía —por su forma de hablar de ellas y de sus intimidades deliciosas— cierto misterio, yo me preguntaba cómo podía haber sido, tenía la sensación de que todo lo que me habían contado de los Verdurin era mucho más grosero, y me reprochaba

no haber prestado incluso a Swann, a quien yo sí que había conocido, bastante atención, no haberlo hecho con bastante desinterés, no haberlo escuchado bien, cuando me recibía, en espera de que su mujer volviese a almorzar y me enseñaba cosas hermosas, tras enterarme de que era comparable con los más brillantes conversadores de otro tiempo.

Cuando estábamos a punto de llegar a la casa de la Sra. Verdurin, divisé al Sr. de Charlus, quien navegaba hacia nosotros con todo su enorme cuerpo y arrastraba, sin querer, tras sí a uno de esos apaches o pordioseros a los que su paso hacía infaliblemente surgir hasta de las esquinas en apariencia más desiertas y con los que aquel monstruo poderoso iba siempre, muy a su pesar, escoltado, aunque a cierta distancia, como un tiburón por su piloto, y contrastaba tanto con el altanero desconocido del primer año de Balbec, de aspecto severo y con afectación de virilidad, que me pareció descubrir un astro, acompañado de su satélite, en un período totalmente distinto de su revolución y al que se empieza a ver en su totalidad o un enfermo invadido ya por el mal que unos años antes era un simple, ligero grano que disimulaba fácilmente y cuya gravedad no se sospechaba. Aunque una operación a la que se había sometido Brichot le había devuelto un poquito de aquella vista que había creído perdida para siempre, no sé si habría divisado al golfo pegado a los talones del barón. Por lo demás, poco importaba, pues desde La Raspelière y pese a la amistad que el universitario le profesaba, la presencia del Sr. de Charlus le causaba cierto malestar. Seguramente para todos los hombres la vida de los demás se prolonga en la obscuridad de senderos insospechados. Sin embargo, la mentira, tan a menudo engañosa e ingrediente de todas las conversaciones, oculta menos perfectamente un sentimiento de enemistad o interés o una visita que queremos aparentar no haber hecho o una escapada con una amante de un día que un hombre quiere ocultar a su esposa de lo que una buena reputación encubre —al no permitir adivinarlas— las malas costumbres. Pueden haber sido ignoradas toda la vida y el

azar de un encuentro en un malecón, por la noche, las revela y, aun así, con frecuencia no se acaba de entender y es necesario que un tercero avisado nos proporcione la palabra inencontrable que todo el mundo desconoce, pero, una vez sabidas, espantan —más que por moralidad— porque sentimos aflorar en ellas la locura. La Sra. de Surgis le Duc no tenía un sentimiento moral mínimamente desarrollado y habría admitido en sus hijos cualquier conducta vil y explicable por el interés, comprensible para todos los hombres, pero les prohibió seguir frecuentando al Sr. de Charlus, cuando se enteró de que —en virtud de un mecanismo de relojería de repetición— parecía sentirse fatalmente movido, en todas las visitas, a pellizcarles la barbilla y a incitarlos a pellizcársela el uno al otro. La madre experimentó ese sentimiento inquieto del misterio físico que nos hace preguntarnos si el vecino con quien teníamos buenas relaciones padecerá antropofagia y a las repetidas preguntas del barón: «¿No voy a ver pronto a los jovencitos?», respondió, sabedora de los anatemas que acumulaba contra ella, que estaban muy ocupados con sus clases, los preparativos de un viaje, etcétera. La irresponsabilidad agrava las faltas e incluso los crímenes, digan lo que digan. Si Landrú mató a mujeres —suponiendo que lo hiciera de verdad— por interés, puede ser indultado, pero no si fue por un sadismo irresistible. Las toscas bromas de Brichot, al comienzo de su amistad con el barón, habían dado paso en él —en cuanto de lo que se trató no fue de soltar lugares comunes, sino de comprender — a un sentimiento penoso que velaba la alegría. Se tranquilizaba recitando páginas de Platón, versos de Virgilio, porque, como también estaba mentalmente ciego, no comprendía que entonces amar a un joven era —las bromas de Sócrates lo revelan mejor que las teorías de Platón— como en la actualidad mantener a una bailarina y después prometerse. El propio Sr. de Charlus, quien confundía su manía con la amistad, que en nada se le parece, y a los atletas de Praxíteles con dóciles boxeadores, no lo habría entendido. No quería ver que, desde hacía mil novecientos años («un cortesano devoto dependiente de un príncipe devoto habría

sido ateo, si hubiera dependido de un príncipe ateo», dijo La Bruyère), toda la homosexualidad de costumbre —la de los jóvenes de Platón y la de los pastores de Virgilio— ha desaparecido y sólo sobrevive y se multiplica la involuntaria, la nerviosa, la que se oculta a los demás y se disfraza ante uno mismo, y el Sr. de Charlus habría hecho mal en no renegar francamente de la genealogía pagana. A cambio de un poco de belleza plástica, ¡cuánta superioridad moral! El pastor de Teócrito que suspira por un joven no tendrá más adelante motivo para ser menos duro de corazón y de mentalidad más fina que el otro pastor cuya flauta resuena por Amarilis, pues el primero no padece un mal, obedece a los modos de la época. La homosexualidad superviviente, pese a los obstáculos, vergonzosa, reprobada, es la única verdadera, la única a la que puede corresponder en la misma persona un afinamiento de las cualidades morales. Temblamos ante la relación que el físico puede tener con éstas cuando pensamos en el pequeño desplazamiento de gusto puramente físico, en la tara ligera de un sentido por los que el universo de los poetas y los músicos, tan cerrado al duque de Guermantes, se entreabre para el Sr. de Charlus. Que este último tuviera un gusto para decorar su casa propio de un ama de casa aficionada a las chucherías no es de extrañar, ¡pero sí la angosta brecha que arroja luz sobre Beethoven y Veronese! Ahora bien, eso no dispensa a las personas sanas de tener miedo, cuando un loco que ha compuesto un poema sublime, tras haberles explicado con las razones más atinadas que está encerrado por error, por la maldad de su mujer, suplicarles que intervengan ante el director del manicomio y gemir por las promiscuidades que le imponen, concluye así: «Miren, el que va a venir a hablar conmigo en el patio y cuyo contacto estoy obligado a soportar cree que es Jesucristo. Ahora bien, eso basta para demostrarme con qué alienados me encierran: no puede ser él Jesucristo, ¡porque Jesucristo soy yo!». Un instante antes, estaban a punto de ir a denunciar el error al médico alienista. Ante estas últimas palabras, y aun pensando en el admirable poema en el que trabaja todos los días el mismo hombre,

se alejan de él, como los hijos de la Sra. de Surgis se alejaban del Sr. de Charlus —no porque éste les hubiera hecho daño alguno, sino— por la profusión de invitaciones en las que acababa pellizcándoles la barbilla. El poeta es digno de lástima por tener que atravesar —y sin ir guiado por Virgilio alguno— los círculos de un infierno de azufre y pez, arrojarse al fuego que cae del cielo para traer de él a algunos habitantes de Sodoma: ni el menor encanto en su obra, la misma severidad en su vida que en la de los frailes exclaustrados que siguen la regla del celibato más casto para que no se pueda atribuir a una razón distinta de la pérdida de la fe su abandono de la sotana, aunque no siempre es así en el caso de los escritores. ¿Qué médico de locos no tendrá —a fuerza de frecuentarlos— un ataque de locura? Y será afortunado, si puede afirmar que no fue una locura anterior y latente la que lo consagró a ocuparse de ellos. En un psiquiatra el objeto de sus estudios reacciona con frecuencia sobre él, pero, antes de eso, ¿qué obscura inclinación, qué espanto fascinador, le hizo elegir dicho objeto?

Aparentando no ver al equívoco individuo que le pisaba los talones (cuando el barón se aventuraba por los bulevares o cruzaba la sala de los pasos perdidos de la estación de Saint-Lazare, se contaban por docenas los seguidores que no lo soltaban con la esperanza de conseguir cinco pavos) y por miedo a que el otro se animara a hablarle, el barón bajaba devotamente sus ennegrecidas cejas, que, al contrastar con sus empolvadas mejillas, lo hacían parecer un gran inquisidor pintado por el Greco, pero aquel cura daba miedo y parecía un proscrito, pues los diversos compromisos a los que lo había obligado la necesidad de ejercer su gusto y proteger su secreto habían hecho salir a la superficie del rostro precisamente lo que el barón intentaba ocultar: una vida indecente contada por la decadencia moral. En efecto, ésta, sea cual fuere la causa, se trasluce fácilmente, pues no tarda en materializarse y prolifera en un rostro, particularmente en las mejillas y en torno a los ojos, tan físicamente como se acumulan en ellos los amarillos ocres en una enfermedad del hígado o las repugnantes manchas rojas en

una enfermedad de la piel. Por lo demás, no era sólo en las mejillas —o, mejor dicho, los mofletes— de aquel rostro maquillado, en el tetudo pecho, la rolliza grupa de aquel cuerpo entregado al abandono e invadido por la gordura, donde flotaba ahora, extendido como aceite, el vicio en tiempos tan íntimamente ocultado por el Sr. de Charlus en lo más profundo de su ser. Ahora desbordaba en sus palabras.

«Conque paseando, Brichot, con un joven apuesto por la noche, ¿eh?», dijo, al abordarnos, mientras el golfo decepcionado se alejaba. «¡Muy bonito! Se lo dirán a sus queridos alumnos de la Sorbona que no es usted más serio que eso. Por lo demás, la compañía de la juventud le sienta bien, señor profesor, está usted fresco como una rosita, y a usted, querido, ¿cómo le va?», me dijo, abandonando el tono de broma. «No lo vemos con frecuencia en el Quai Conti. Por cierto, ¿y su prima? ¿Qué tal le va? No ha venido con usted. Lo lamentamos, pues es encantadora. ¿Veremos a su prima esta noche? ¡Oh! Es muy hermosa y lo sería mucho más, si cultivara más el arte, tan poco común y que domina de forma natural, de vestirse bien». Aquí debo decir que el Sr. de Charlus «tenía» —cosa que hacía de él el contrario exacto, el antípoda, de mí— el don de observar minuciosamente, de distinguir los detalles tanto de una vestimenta como de una «tela». En relación con los vestidos y los sombreros, algunas malas lenguas o algunos teóricos demasiado absolutistas dirán que en un hombre la atracción por los encantos masculinos tiene como compensación el gusto innato, el estudio, la ciencia de la vestimenta femenina y así es a veces, en efecto, como si, al haber acaparado los hombres todo el deseo físico, toda la ternura profunda de un Charlus, el otro sexo se viera gratificado, en cambio, con todo lo que es gusto «platónico» (adjetivo muy impropio) o, pura y simplemente, todo lo que es gusto, con los más sabios y más seguros refinamientos. A ese respecto, el Sr. de Charlus habría merecido el sobrenombre que le pusieron más tarde: «la Costurera», pero su gusto, su espíritu de observación, se extendía a muchas otras cosas. Como hemos visto, la noche en que

fui a verlo después de una cena en casa de la duquesa de Guermantes, no advertí las obras maestras que tenía en su morada hasta que fue enseñándomelas. Reconocía inmediatamente aquello a lo que nadie habría prestado atención jamás y tanto en las obras de arte como en los manjares de una cena (incluido todo lo comprendido entre la pintura y la cocina). Siempre he lamentado y sigo lamentando que el Sr. de Charlus —en lugar de limitar sus dones artísticos a la pintura de un abanico como regalo a su cuñada (ya hemos visto a la duquesa de Guermantes llevarlo en la mano y desplegarlo no tanto para abanicarse cuanto para exhibirlo con jactancia y hacer ostentación de la amistad de Palamède) y al perfeccionamiento de su interpretación pianística a fin de acompañar sin cometer fallos los sones de violín de Morel— nunca escribiera nada. Seguramente no puedo sacar de la elocuencia de su conversación e incluso de su correspondencia la conclusión de que habría sido un escritor de talento. Esos méritos no corresponden al mismo plano. Hemos visto a aburridos autores de trivialidades orales escribir obras maestras y a reyes de la charla ser inferiores al más mediocre, en cuanto intentaban escribir. Pese a todo, creo que, si el Sr. de Charlus hubiera probado a escribir prosa y, para empezar, sobre esos asuntos artísticos que conocía bien, habría brotado el fuego, habría brillado el fogonazo y el hombre de mundo habría llegado a ser un maestro de la escritura. Se lo dije con frecuencia, pero nunca quiso probar, tal vez simplemente por pereza o por el tiempo acaparado por fiestas brillantes y diversiones sórdidas o la necesidad Guermantes de prolongar indefinidamente las charlas. Lo lamento tanto más cuanto que en su conversación el ingenio nunca iba separado del carácter, los hallazgos de uno de las insolencias del otro. Si hubiera escrito libros habríamos dispuesto de su valor intelectual aislado, decantado del mal, nada habría entorpecido la admiración y —en lugar de detestarlo aun admirándolo, como hacían en un salón en el que en sus momentos más curiosos de inteligencia a un tiempo pisoteaba a los débiles, se vengaba de quien no lo había insultado e intentaba vilmente

malquistar a amigos—, muchos rasgos habrían hecho despuntar la amistad.

En todo caso, aun cuando me equivoque sobre lo que habría podido realizar en la página, habría prestado un servicio poco común al escribir, pues, si bien lo distinguía todo, sabía el nombre de todo lo que distinguía. Cierto es que, al charlar con él, si bien no aprendí a ver (la tendencia de mi inteligencia y mi sentimiento era otra), al menos vi cosas que, sin él, me habrían pasado inadvertidas, pero siempre olvidé bastante aprisa su nombre, que me habría ayudado a recuperar su dibujo, su color. Si hubiera escrito libros, aunque hubiesen sido malos, cosa que no creo, ¡qué delicioso diccionario, qué inagotable repertorio! Al fin y al cabo, ¿quién sabe? En lugar de poner en práctica su saber y su gusto, tal vez por ese demonio que contraría con frecuencia nuestros destinos habría escrito insípidas novelas de folletín, inútiles relatos de viajes y aventuras.

«Sí, sabe vestirse o, dicho más exactamente, ataviarse», prosiguió el Sr. de Charlus refiriéndose a Albertine. «Mi única duda es si lo hace conforme a su belleza particular y tal vez sea yo un poco responsable, por lo demás, por haberle dado consejos no bastante meditados. Lo que le dije con frecuencia, camino de La Raspelière, y tal vez estuviera dictado más —y me arrepiento— por el carácter del país, por la proximidad de las playas, que por el carácter individual del tipo de su prima, la hizo caer más de la cuenta en el estilo ligero. Le he visto —lo reconozco— tartanas muy bonitas, encantadores chales de gasa, cierta cofia rosa que una plumita rosácea no afeaba, pero creo que su belleza, que es real y sólida, exige algo más que trapitos lindos. ¿Queda bien la toca en esa enorme melena que un *kakochnik* contribuiría a resaltar? Hay pocas mujeres a las que queden bien los vestidos antiguos que dan una apariencia de vestuario teatral, pero la belleza de esa muchacha, que ya es una mujer, es excepcional y merecería algún vestido antiguo de terciopelo de Génova» (pensé al instante en Elstir y en los vestidos de Fortuny), «que no temería yo recargar aún más

con incrustaciones o dijes de maravillosas piedras anticuadas (es el mejor elogio que se puede hacer de ellas) como el peridoto, la marcasita y la incomparable labradorita. Por lo demás, ella misma parece tener el instinto del contrapeso que reclama una belleza un poco robusta. Recuerde todo aquel acompañamiento, para ir a cenar a La Raspelière, de bonitas cajas, de bolsos pesados, en los que, cuando esté casada, podrá poner más que la blancura de los polvos o el carmín del maquillaje, sino —en un cofrecito de lapislázuli no demasiado añil— los de las perlas y los rubíes, no reconstituidos, creo yo, pues puede conseguir un marido rico».

«¡Hay que ver, barón!», lo interrumpió Brichot, temiendo que esas últimas palabras me apenaran, pues abrigaba algunas dudas sobre la pureza de mis relaciones y la autenticidad de mi parentesco con Albertine. «¡Cómo se ocupa usted de las muchachas!».

«¿Quiere usted hacer el favor de callarse delante de esta criatura, mal bicho?», se rió, burlón, el Sr. de Charlus, al tiempo que, con gesto de imponer silencio a Brichot, bajaba una mano, que no dejó de posar sobre mi hombro.

«Los he importunado, parecían ustedes divertirse como dos loquitas y no necesitaban a una vieja abuela aguafiestas como yo. No iré a confesarme por ello, pues estaban ustedes a punto de llegar». El barón estaba de buen humor y tanto más alegre cuanto que ignoraba enteramente la escena de la tarde, pues Jupien había considerado más útil proteger a su sobrina contra un retorno ofensivo que ir a avisar al Sr. de Charlus. Por eso, éste seguía creyendo en ese matrimonio y se alegraba. Parece una consolación para esos grandes solitarios la de dar a su trágico celibato la dulcificación de una paternidad ficticia. «Pero, por Dios, Brichot», añadió, al tiempo que se volvía riendo hacia nosotros, «siento escrúpulos al verlo con tan galante compañía. Parecían dos enamorados. Del bracito, ¡qué libertades se toma usted, Brichot, la verdad!». ¿Habría que atribuir con razón a semejante palabra la vejez de un pensamiento menos dueño que de sus reflejos en otro tiempo y que en instantes de automatismo deja escapar un secreto

tan cuidadosamente oculto durante cuarenta años? ¿O bien aquel desdén por la opinión de los plebeyos que tenían en el fondo todos los Guermantes y del que el hermano del Sr. de Charlus, el duque, presentaba otra forma, cuando, sin preocuparse en modo alguno de que mi madre pudiera verlo, se afeitaba, con el camisón abierto, ante la ventana? ¿Habría contraído el Sr. de Charlus, durante los ardientes trayectos de Doncières a Douville, la peligrosa costumbre de ponerse cómodo y, así como se echaba hacia atrás el sombrero de paja para refrescarse su enorme frente, de aflojar —al principio durante unos instantes sólo— la máscara rigurosamente pegada durante tanto tiempo a su verdadero rostro? Los modales conyugales del Sr. de Charlus con Morel habrían asombrado y con razón a quien hubiera sabido que ya no lo amaba, pero al Sr. de Charlus le había ocurrido que la monotonía de los placeres que ofrece su vicio lo había hastiado. Había buscado instintivamente nuevas prestaciones y, después de haberse cansado de los desconocidos con los que se encontraba, había pasado al polo opuesto, a lo que había creído que siempre detestaría, a la imitación de un «matrimonio» o una «paternidad». A veces ni siquiera eso le bastaba ya, necesitaba algo nuevo, iba a pasar la noche con una mujer, del mismo modo que un hombre normal puede haber querido, una vez en su vida, acostarse con un muchacho, por una curiosidad semejante, inversa y en los dos casos igualmente malsana. La existencia de «fiel» del barón, al vivir, a causa de Charlie, exclusivamente en el pequeño clan, había tenido —para desbaratar los esfuerzos que había hecho durante mucho tiempo a fin de guardar unas apariencias mendaces— la misma influencia que un viaje de exploración o una estancia en las colonias en ciertos europeos que pierden en ellas los principios rectores que los guiaban en Francia. Y, sin embargo, la revolución interior de una mentalidad, al ignorar el comienzo de la enfermedad que llevaba dentro y después espantarse ante ella, cuando la había reconocido, y, por último, haberse familiarizado con ella hasta dejar de darse cuenta de que no se podía confesar sin peligro a los otros lo que

había acabado confesándose sin vergüenza a sí mismo, había sido más eficaz aún para librar al Sr. de Charlus de los últimos apremios sociales que el tiempo pasado en casa de los Verdurin. En efecto, no hay exilio —en el polo Sur o en la cima del Mont Blanc— que nos aleje tanto de los demás como una estancia prolongada en el seno de un vicio interior, es decir, de un pensamiento diferente del de ellos: vicio —así lo calificaba el Sr. de Charlus en tiempos— al que el barón atribuía ahora la figura bonachona de un simple defecto, muy extendido, bastante simpático y casi divertido, como la pereza, la distracción o la glotonería. Al notar las curiosidades que la particularidad de su personaje despertaba, el Sr. de Charlus experimentaba cierto placer al satisfacerlas, incitarlas, alimentarlas. Así como determinado publicista judío se erige todos los días en adalid del catolicismo —probablemente no con la esperanza de ser tomado en serio, sino— para no defraudar la esperanza de quienes se lo ríen condescendientes, el Sr. de Charlus censuraba con gracia las malas costumbres, en el pequeño clan, como si estuviese remedando el inglés o imitando a Mounet-Sully, sin esperar a que se lo pidiesen, y para pagar su escote con gracia, ejerciendo en sociedad un talento de aficionado, por lo que el Sr. de Charlus amenazaba a Brichot con denunciar en la Sorbona que ahora se paseaba con jóvenes, del mismo modo que el cronista circunciso habla a cada paso de la «hija mayor de la Iglesia» y del «sagrado corazón de Jesús», es decir, sin sombra de hipocresía, pero con un punto de fanfarronería. Aun así, sería curioso buscar la explicación no sólo del cambio de las propias palabras, tan diferentes de las que se permitía en tiempos, sino también del sobrevenido en las entonaciones, los gestos, que ahora se parecían —unas y otros— singularmente a lo que el Sr. de Charlus reprobaba con la mayor aspereza en otro tiempo; ahora lanzaba involuntariamente casi los mismos gritos —en él involuntarios y tanto más profundos— que los invertidos —ellos voluntariamente— que se interpelan llamándose «querida»; como si esa «cursilería» voluntaria, lo contrario de lo que el Sr. de Charlus había defendido durante tanto

tiempo, fuera, en efecto, una simple imitación genial y fiel de los modales que llegan a adoptar —independientemente de los que hubieran tenido— los Charlus, cuando han llegado a determinada fase de su mal, así como un paralítico general o un atáxico acaban fatalmente presentando ciertos síntomas. En realidad entre el severo Charlus, vestido totalmente de negro y con corte de pelo a cepillo, que yo había conocido, y los jóvenes maquillados, cargados de joyas, sólo había la diferencia —y eso era lo que esa cursilería totalmente interior revelaba— puramente aparente que hay entre una persona agitada que habla deprisa y no para de moverse y un neurópata que habla lentamente y conserva una flema perpetua, pero padece la misma neurastenia, a juicio del clínico, quien sabe que tanto el uno como el otro están devorados por las mismas angustias y afectados por las mismas taras. Por lo demás, se veía que el Sr. de Charlus había envejecido en señales muy diferentes, como la extraordinaria extensión adquirida en su conversación por ciertas expresiones que habían proliferado y ahora reaparecían a cada momento (por ejemplo: «la concatenación de las circunstancias») y en las que el habla del barón se apoyaba de frase en frase como en un tutor necesario. «¿Ha llegado ya Charlie?», preguntó Brichot al Sr. de Charlus, cuando íbamos a llamar a la puerta del palacete. «¡Ah! No sé», dijo el barón levantando las manos en el aire y cerrando a medias los ojos con la apariencia de una persona reacia a que la acusen de indiscreción, tanto más cuanto que probablemente había recibido reproches de Morel por afirmaciones —que éste, tan cagueta como vanidoso y que renegaba del Sr. de Charlus de tan buen grado como hacía ostentación de él, había considerado graves… aunque insignificantes— del barón. «Ya sabe usted que no tengo idea de lo que hace. No sé con quién me engaña, pero casi no lo veo». Si las conversaciones de dos personas que mantienen una relación entre sí están llenas de mentiras, no por ello dejan éstas de nacer con naturalidad en las conversaciones de un tercero con un amante

sobre la persona a la que este último ama, sea cual fuere, por lo demás, el sexo de dicha persona.

«¿Hace mucho que no lo ha visto?», pregunté yo al Sr. de Charlus, para parecer a un tiempo no temer hablarle de Morel y no creer que viviera completamente con él. «Esta mañana ha venido por casualidad cinco minutos, mientras yo estaba aún medio dormido, a sentarse al borde de mi cama, como si quisiera violarme». Al instante tuve la idea de que el Sr. de Charlus había visto a Charlie hacía una hora, pues, cuando preguntamos a una amante cuándo ha visto al hombre que es —lo sabemos y tal vez ella suponga que lo consideramos— su amante, si ha merendado con él, responde: «Lo he visto un instante antes de almorzar». Entre esos dos hechos la única diferencia es que uno es falso y el otro verdadero, pero uno es tan inocente o, si se prefiere, tan culpable. Por eso, no entenderíamos por qué la amante —y en este caso el Sr. de Charlus— elige siempre el hecho falso, si no supiéramos que esas respuestas van determinadas, sin que lo sepa la persona que las da, por varios factores que parecen tan desproporcionados con la insignificancia del hecho, que nos excusamos de tenerlos en cuenta, pero para un físico el lugar que ocupa la más pequeña bolita de saúco se explica por la acción, el conflicto o el equilibrio de leyes de atracción y repulsión que rigen mundos mucho mayores. Basta con que recordemos aquí el deseo de parecer natural y atrevido, el gesto instintivo de ocultar una cita secreta, una mezcla de pudor y ostentación, la necesidad de confesar lo que nos resulta muy agradable y mostrar que somos amados, una penetración de lo que sabe o supone —y no dice— el interlocutor, que, al ser superior o inferior a la suya, lo mueve ora a sobrestimar ora a subestimar el deseo voluntario de jugar con fuego y la voluntad de tenerlo en cuenta. Leyes diferentes, que actúan en sentido contrario, dictan igualmente las respuestas más generales respecto de la inocencia, el «platonismo» —o, al contrario, la realidad carnal— de las relaciones que se tienen con la persona a la que se dice haber visto por la mañana, cuando se la ha visto por la noche. No obstante, de forma general, digamos que el Sr. de Charlus, pese a la agravación de su mal, que lo movía perpetuamente a revelar, a insinuar, a

veces simplemente a inventar, detalles comprometedores, intentaba, durante aquel período de su vida, afirmar que Charlie no era de la misma clase de hombre que él, Charlus, y que entre ellos sólo había amistad. Eso no impedía —aunque tal vez fuera verdad— que a veces se contradijese (como respecto de la hora en que lo había visto por última vez), ya fuera porque entonces dijese —olvidando su propósito— la verdad o porque prefiriera una mentira, para jactarse, o por sentimentalismo o por considerar ingenioso extraviar al interlocutor. «Ya sabe usted», continuó el barón, «que es para mí un buen amiguito, por el que siento el mayor afecto, como estoy seguro» (¿lo dudaba entonces puesto que sentía la necesidad de decir que estaba seguro de ello?) «de que él lo siente por mí, pero entre nosotros no hay nada más, nada de eso, ya me entiende usted, nada de eso», dijo el barón con tanta naturalidad como si hubiera hablado de una señora. «Sí, ha venido esta mañana a sacarme de la cama y eso que sabe que detesto que me vean acostado. ¿Usted no? ¡Oh! Es un horror, es algo que molesta, estamos feos como para dar miedo, de sobra sé que ya no tengo veinticinco años y no es que quiera dármelas de pimpollo, pero, aun así, conservamos nuestra modesta coquetería».

Es posible que el barón fuera sincero, cuando hablaba de Morel como de un buen amigo y dijese la verdad creyendo tal vez mentir, cuando afirmaba: «No sé lo que hace, no conozco su vida». En efecto, digamos (para anticiparnos algunas semanas al relato que reanudaremos justo después de este paréntesis que abrimos mientras el Sr. de Charlus, Brichot y yo nos dirigíamos hacia la morada de la Sra. Verdurin) que, poco tiempo después de aquella velada, el barón quedó sumido en el dolor y la estupefacción por una carta que abrió por error y que iba dirigida a Morel. Dicha carta, que iba a causarme crueles penas por carambola, estaba escrita por la actriz Léa, célebre por el gusto exclusivo que sentía por las mujeres. Ahora bien, su carta a Morel —de quien el Sr. de Charlus ni siquiera sospechaba que la conociera— estaba escrita en el tono más apasionado. Su grosería impide reproducirla aquí, pero

podemos mencionar que Léa le hablaba exclusivamente en femenino, al decirle: «¡Anda, que menuda guarra eres!», «Mi querida y hermosa, tú lo eres al menos», etcétera, y en dicha carta se hablaba de varias mujeres que no parecían ser menos amigas de Morel que de Léa. Por otra parte, la burla de Morel para con el Sr. de Charlus y de Léa para con un oficial que la mantenía y del que decía: «¡Me suplica en sus cartas que sea formalita! ¡Tú fíjate! Mi gatito blanco», no revelaba al Sr. de Charlus una realidad menos insospechada para él que las relaciones, tan particulares, de Morel con Léa. Trastornaba sobre todo al barón la palabra «serlo». Después de haberlo ignorado al principio, se había enterado por fin, desde hacía ya mucho tiempo, de que él mismo «lo era». Ahora bien, resulta que esa idea que se había hecho quedaba en entredicho. Cuando había descubierto que «lo era», había creído enterarse de que su gusto, como dice Saint-Simon, no se orientaba hacia las mujeres. Ahora bien, resulta que para Morel esa expresión «serlo» adquiría una extensión que el Sr. de Charlus no había conocido, hasta el punto de que Morel demostraba, según aquella carta, que «lo era», al tener el mismo gusto que ciertas mujeres por las propias mujeres; por esa razón, los celos del Sr. de Charlus ya no tenían motivo para limitarse a los hombres que Morel conocía, sino que iba a extenderse a las propias mujeres. Así, las personas que «lo eran» no eran sólo las que él había creído, sino toda una inmensa parte del planeta, compuesta tanto de hombres como de mujeres —de hombres a los que gustaban no sólo los hombres, sino también las mujeres— y el barón, ante el nuevo significado de una palabra que le resultaba tan familiar, se sentía torturado por una inquietud de la inteligencia tanto como del corazón, ante aquel doble misterio en el que había a un tiempo extensión de sus celos e insuficiencia repentina de una definición.

El Sr. de Charlus nunca había sido otra cosa en la vida que un aficionado. Es decir, que incidentes de esa clase no podían serle de utilidad alguna. Hacía derivar la penosa impresión que podía sentir al respecto en escenas violentas en las que sabía ser elocuente o

en intrigas solapadas, pero, para una persona del valor de Bergotte, por ejemplo, podrían haber sido preciosas. Tal vez incluso sea lo que explique en parte (puesto que actuamos a ciegas, pero eligiendo como los animales la planta que nos resulta favorable) que personas como Bergotte vivan generalmente en compañía de personas mediocres, falsas y malvadas. La belleza de éstas basta a la imaginación del escritor, exalta su bondad, pero no transforma en nada la naturaleza de su compañera, pues de vez en cuando aparecen la vida de ésta, situada a millares de metros por debajo, sus relaciones inverosímiles y sus mentiras llevadas hasta un extremo y sobre todo en una dirección inconcebibles. La mentira, la mentira perfecta, sobre las personas que conocemos, las relaciones que hemos tenido con ellas, nuestro móvil en determinada acción formulada por nosotros de forma totalmente distinta, la mentira sobre lo que somos, sobre lo que amamos, sobre lo que experimentamos para con la persona que nos ama y que cree habernos moldeado semejantes a ella, porque nos besa todo el día, es una de las únicas cosas en el mundo que puede abrirnos perspectivas sobre algo nuevo, sobre algo desconocido, puede abrir en nosotros sentidos adormecidos para la contemplación de un universo que nunca habríamos conocido. Por lo que se refiere al Sr. de Charlus, conviene decir que, si bien se quedó estupefacto al enterarse de ciertas cosas que Morel le había ocultado cuidadosamente, se equivocó al concluir que mantener relaciones con personas del pueblo es un error y que revelaciones tan penosas (la que más había resultado tal había sido la de un viaje que Morel había hecho con Léa, mientras que había asegurado al Sr. de Charlus que en aquel momento estaba estudiando música en Alemania; para apuntalar su mentira, había utilizado a personas benévolas, a las que había enviado las cartas a Alemania, de donde se las remitían al Sr. de Charlus, quien, por lo demás, estaba tan convencido de que Morel estaba allí, que ni siquiera había mirado el matasellos). En efecto, en el último volumen de esta obra, veremos al Sr. de Charlus haciendo cosas que habrían dejado aún más

estupefactas a las personas de su familia y a sus amigos de lo que le había ocurrido a él con la vida revelada por Léa.

Pero ya es hora de volver con el barón, que avanzaba, junto con Brichot y conmigo, hacia la puerta de los Verdurin. «¿Y qué ha sido», añadió volviéndose hacia mí, «de aquel amigo suyo hebreo al que veíamos en Douville? Había yo pensado que, si le apetece, podríamos invitarlo una noche». En efecto, el Sr. de Charlus, que se contentaba con mandar espiar sin vergüenza los hechos y los gestos de Morel por una agencia de detectives, absolutamente como un marido o un amante, no dejaba de prestar atención a los otros jóvenes. La vigilancia de Morel, encargada por un viejo doméstico en su nombre a una agencia, era tan poco discreta, que los lacayos se creían seguidos y una doncella ya no vivía, ya no se atrevía a salir a la calle, por creerse siempre con un policía pisándole los talones y el viejo servidor exclamaba irónicamente: «¡Que haga lo que quiera! ¡Sería perder el tiempo y el dinero seguirle la pista! ¡Como si su conducta nos interesara para algo!», pues estaba tan apasionadamente apegado a su amo, que, aunque en modo alguno compartía los gustos del barón, ponía tanto ardor en servirlos, que acababa hablando de ellos como si fueran suyos. «Es la flor y nata de la buena gente», decía de ese viejo servidor el Sr. de Charlus, pues nunca se aprecia tanto a nadie como a los que suman a grandes virtudes la de ponerlas sin cuento a disposición de nuestros vicios. Por lo demás, sólo de los hombres podía sentir celos el Sr. de Charlus en relación con Morel. Las mujeres no se los inspiraban. Por lo demás, es la regla casi general para los Charlus. El amor a una mujer del hombre al que aman es algo diferente, que ocurre en otra especie animal (el león deja tranquilos a los tigres), no los molesta y más que nada los tranquiliza. A veces en quienes hacen de la inversión un sacerdocio ese amor —cierto es— les repugna. Sienten entonces rencor de su amigo por haberse entregado a él, no como una deslealtad, sino como una degradación. Un Charlus distinto del barón se habría indignado de ver a Morel tener relaciones con una mujer, como le habría ocurrido

igualmente, si hubiera leído en un anuncio que él, el intérprete de Bach y Haendel, iba a tocar algo de Puccini. Por lo demás, ésa es la razón por la que los jóvenes que por interés condescienden al amor de los Charlus les dicen que las «chapas» (femeninas) sólo les dan asco, así como dirían al médico que nunca toman alcohol y sólo les gusta el agua de manantial, pero a ese respecto el Sr. de Charlus se apartaba un poco de la regla habitual. Como lo admiraba todo en Morel, sus éxitos femeninos, al no hacerle sombra, le daban la misma alegría que los que obtenía en los conciertos o en el juego. «Pero es que mira, querido, le tiran las mujeres», decía con aire de revelación, de escándalo, tal vez de envidia y sobre todo de admiración. «Es extraordinario», añadía. «Por doquier, las putas que más ocupan el primer plano se lo comen con los ojos. Se nota por doquier, tanto en el metro como en el teatro. ¡Es tan molesto! No puedo ir con él al restaurante sin que el camarero le traiga esquelas amorosas de por lo menos tres mujeres y, además, siempre guapas. Por lo demás, no es algo extraordinario. Ayer estaba contemplándolo y las comprendía, se ha vuelto un bellezón, parece un Bronzino, es en verdad admirable». Pero al Sr. de Charlus le gustaba mostrar que amaba a Morel, persuadir a los demás —y tal vez a sí mismo— de que era correspondido. Ponía como un amor propio en tenerlo todo el tiempo a su lado y pese a que ese jovencito podía perjudicar la situación mundana del barón, pues había llegado a ese punto —y se trata de un caso frecuente entre hombres bien situados y esnobs que por vanidad rompen todas sus relaciones para ser vistos por doquier con una amante, casquivana o señora de mala reputación a la que no reciben y con la que, sin embargo, les parece halagador mantener relaciones— en el que el amor propio pone toda su perseverancia en destruir los objetivos que ha alcanzado, ya sea porque bajo la influencia del amor se encuentre un prestigio, que sólo el protagonista percibe, en mantener relaciones ostentatorias con las personas amadas o porque —por haber cedido la urgencia de las ambiciones mundanas, ya alcanzadas, y haber cobrado fuerza la marea ascendente de las

curiosidades ancilares, tanto más absorbentes cuanto más platónicas fueran— éstas no sólo hayan alcanzado, sino también superado, el nivel en el que a las otras les costaba mantenerse.

En cuanto a los otros jóvenes, el Sr. de Charlus consideraba que la existencia de Morel no constituía un obstáculo a su gusto por ellos y que incluso su clamorosa reputación de violinista o su incipiente notoriedad de compositor y periodista podía resultarles en ciertos casos un atractivo. Si presentaban al barón un joven compositor de carácter agradable, en los talentos de Morel buscaba la ocasión para hacer una cortesía al recién llegado. «Debería usted», le decía, «traerme sus composiciones para que Morel las interprete en un concierto o en una gira. ¡Hay tan poca música agradable escrita para violín! Es una gran suerte encontrar algo nuevo y los extranjeros lo aprecian mucho. Incluso en provincias hay pequeños círculos musicales en los que se ama la música con un fervor y una inteligencia admirables». Como Bloch había dicho que era un poco poeta —«a ratos», había añadido con la risa sarcástica con la que acompañaba una trivialidad, cuando no podía encontrar una palabra original—, el Sr. de Charlus me dijo, sin más sinceridad (pues todo eso sólo servía de cebo y era raro que Morel se prestara a interpretarlas): «Diga, pues, a ese joven israelita, ya que compone versos, que debería traerme alguno para Morel. Para un compositor es siempre el escollo, encontrar algo bonito para ponerle música. Se podría pensar incluso en un libreto. No carecería de interés y adquiriría cierto valor gracias al mérito del poeta, de mi protección, de todo un encadenamiento de circunstancias auxiliares, entre las cuales el talento de Morel ocupa el primer puesto, pues está componiendo mucho ahora y también escribe y cosas muy lindas, además, ya le hablaré de eso. En cuanto a su talento de intérprete (ya sabe usted que en eso es ya todo un maestro), esta noche va usted a ver lo bien que toca ese chiquillo la música de Vinteuil. ¡Me deja estupefacto que a su edad tenga semejante comprensión sin dejar de ser tan chiquillo, tan colegial! ¡Oh! Esta noche sólo es un pequeño ensayo. La sesión solemne vendrá dentro de unos días,

pero hoy será mucho más elegante. Por eso, estamos encantados de que haya venido usted», dijo empleando el *nosotros* mayestático. «En vista de tan magnífico programa, he aconsejado a la Sra. Verdurin que celebre dos fiestas: una dentro de unos días, en la que recibirá a todas sus relaciones; la otra, esta noche, en la que la Señora es, como se dice en términos judiciales, incompetente. He sido yo quien ha hecho las invitaciones y ha convocado a algunas personas agradables de otro medio, que pueden ser útiles a Charlie y que a los Verdurin resultará agradable conocer. Está muy bien, verdad, hacer que se interpreten las cosas más bellas con los mayores artistas, pero, si el público está compuesto por la mercera de enfrente y el tendero de la esquina, la manifestación queda apagada como en algodón. Ya sabe usted lo que pienso del nivel intelectual de la gente de mundo, pero pueden desempeñar ciertos papeles bastante importantes, entre otros el que corresponde a la prensa en el caso de los acontecimientos públicos: el de ser un órgano de divulgación. Ya entiende usted lo que quiero decir: he invitado, por ejemplo, a mi cuñada Oriane; no es seguro que venga, pero sí que, si lo hace, no entenderá absolutamente nada, si bien no se le pide que entienda, cosa que es superior a sus medios, sino que hable, lo que resulta admirablemente apropiado y de lo que no se priva. Consecuencia: a partir de mañana, en lugar del silencio de la mercera y del tendero, conversación animada en casa de los Mortemart, donde Oriane cuenta que ha oído cosas maravillosas, que cierto Morel, etcétera, rabia indescriptible de las personas no invitadas, que dirán: “Seguramente Palamède consideró que no éramos dignos; por lo demás, ¿quién es esa gente en cuya casa se celebró?”, contrapartida tan útil como los elogios de Oriane, porque el nombre “Morel” reaparece todo el tiempo y acaba grabándose en la memoria como una lección que se relee diez veces seguidas. Todo eso forma una concatenación de circunstancias que puede tener su valor para el artista, para la señora de la casa, servir en cierto modo de megáfono para una manifestación que resultará, así, audible para un público lejano. La verdad es que vale la pena. Va a

ver usted los progresos que ha hecho y, por lo demás, se le ha descubierto un nuevo talento, querido: escribe como un ángel. Como un ángel, se lo aseguro.

»Había yo pensado que usted, que conoce a Bergotte, habría podido tal vez —refrescándole la memoria sobre las prosas de ese jovencito— colaborar, en una palabra, conmigo, ayudarme a crear una concatenación de circunstancias que favorezcan a un talento doble, de músico y escritor, que algún día puede adquirir el prestigio del de Berlioz. Usted sabe perfectamente lo que convendría decir a Bergotte. Mire, los ilustres tienen con frecuencia otras cosas en que pensar, son adulados, sólo se interesan por sí mismos, pero Bergotte, que es en verdad sencillo y servicial, podría hacer pasar a *Le Gaulois*, o donde sea, esas pequeñas crónicas, a medias de humorista y de músico a medias, que son, la verdad, muy bonitas, y me alegraría de verdad mucho que Charlie sumara a su violín esa briznita de pluma de Ingres. Sé perfectamente que no me resulta difícil exagerar a propósito de él, como todas las viejas madrazas del Conservatorio. ¡Cómo! ¿No lo sabía usted, querido? Pero es que no conoce usted mi faceta de rendido admirador. Me tiro horas de plantón a la puerta de los jurados de examen. Me divierto como una reina y, en cuanto a Bergotte, me ha asegurado que estaba en verdad pero que muy bien».

El Sr. de Charlus, quien lo conocía por Swann, había ido, en efecto, a verlo y a pedirle que consiguiera para Morel la posibilidad de escribir en un periódico algo así como unas crónicas medio humorísticas sobre la música. Al hacerlo, el Sr. de Charlus sentía cierto remordimiento, pues, como era un gran admirador de Bergotte, se daba cuenta de que nunca iba a verlo por sí mismo, sino para poder —gracias a la consideración, a medias intelectual y social a medias, que Bergotte tenía para con él— quedar fabulosamente con Morel, con la Sra. Molé y con otros. Que ya sólo utilizara la alta sociedad para eso era algo que no chocaba al Sr. de Charlus, pero en el caso de Bergotte le parecía peor, porque notaba que éste no era utilitario como la gente de mundo y merecía algo

mejor. Sólo, que su vida estaba muy liada y no encontraba tiempo libre, salvo cuando deseaba algo intensamente: por ejemplo, algo relacionado con Morel. Además, como era muy inteligente, la conversación de una lumbrera lo traía sin cuidado, sobre todo la de Bergotte, quien era demasiado hombre de letras para su gusto y de otro clan, pues no compartía su punto de vista. En cuanto a Bergotte, se daba cuenta perfectamente de ese utilitarismo de las visitas del Sr. de Charlus, pero no se lo tomaba en cuenta, pues, si bien era incapaz de encarnar una bondad constante, estaba deseoso de agradar, era comprensivo e incapaz de sentir satisfacción leyendo la cartilla a alguien. En cuanto al vicio del Sr. de Charlus, no lo compartía en grado alguno, pero le parecía más bien un elemento de color en el personaje, el *fas et nefas*, para un artista, que no consistía en ejemplos morales, sino en recuerdos de Platón o de Sodoma.

El Sr. de Charlus no decía que desde hacía algún tiempo encargaba a Morel —como esos grandes señores del siglo XVII que no se dignaban firmar e incluso escribir sus libelos— pequeños sueltos vilmente calumniadores y dirigidos contra la condesa Molé. Si ya parecían insolentes a quienes los leían, ¡cuánto más crueles eran para la joven, quien encontraba —tan hábilmente deslizados, que nadie salvo ella los advertía— pasajes de cartas suyas, textualmente citados, pero en un sentido en el que podían enloquecerla como la venganza más cruel! La joven murió a consecuencia de ello, pero, como diría Balzac, todos los días se hace en París algo así como un periódico hablado, más terrible que el otro. Más adelante veremos que esa prensa verbal redujo a nada el poder de un Charlus que había quedado anticuado y muy por encima de él erigió a un Morel que no valía ni la millonésima parte de su antiguo protector. Al menos esa moda intelectual es ingenua y cree de buena fe en la nulidad de un genial Charlus, en la indiscutible autoridad de un estúpido Morel. El barón era menos inocente en sus venganzas implacables. A eso se debía seguramente aquel veneno amargo en la boca, cuya invasión

parecía infundir a las mejillas la ictericia, cuando estaba encolerizado.

«Me habría gustado mucho que viniera esta noche, pues habría oído a Charlie en lo que interpreta de verdad mejor, pero no sale, creo, no quiere aburrirse y tiene toda la razón, pero a usted, bella juventud, apenas lo vemos en el Quai Conti. ¡No abusa usted!». Dije que salía sobre todo con mi prima. «¡Hay que ver! Sale sólo con su prima, ¡qué pureza!», dijo el Sr. de Charlus a Brichot y, dirigiéndose de nuevo a mí, añadió: «Pero si no le pedimos cuentas sobre lo que hace, *hijjjo* mío. Es usted libre de hacer todo lo que le divierta. Sólo lamentamos no poder participar. Por lo demás, tiene usted muy buen gusto, su prima es encantadora, pregunte a Brichot: en Douville se la comía con los ojos. Vamos a echarla de menos esta noche, pero tal vez haya hecho usted bien en no traerla. La música de Vinteuil es admirable, pero esta mañana me he enterado por Charlie de que iba a venir la hija del autor y su amiga, que son dos personas con una reputación terrible. Siempre resulta molesto a una muchacha. Incluso a mí me molesta un poco por mis invitados, pero, como casi todos pasan de la cuarentena, para ellos carece de importancia. Estarán presentes esas dos señoritas, a menos que no hayan podido venir, pues iban a pasar sin falta toda la tarde en un ensayo de estudio que daba la Sra. Verdurin y a la que había invitado sólo a los pelmazos, la familia, la gente que no debía venir esta noche. Ahora bien, hace un rato, antes de cenar, Charlie me ha dicho que aquellas a las que llamamos las dos señoritas Vinteuil, absolutamente esperadas, no habían acudido». Pese al atroz dolor que sentía al juntar de súbito —como al efecto, único conocido antes, su causa por fin descubierta— el deseo de Albertine de acudir antes con la anunciada presencia —pero que yo desconocía — de la Srta. Vinteuil y su amiga, conservé la libertad mental para advertir que el Sr. de Charlus, quien nos había dicho unos minutos antes que no había visto a Charlie desde la mañana, confesaba atolondradamente haberlo visto antes de cenar, pero mi sufrimiento resultaba visible. «Pero ¿qué le ocurre?», me dijo el barón. «Está

usted verde; vamos, entremos, está usted cogiendo frío, tiene usted mala cara». No era mi primera duda sobre la virtud de Albertine la que las palabras del Sr. de Charlus acababan de inspirarme. Ya habían entrado muchas otras; en cada nueva ocasión creemos que pasa de la raya, que no podremos soportarla, y después le hacemos un hueco, de todos modos, y, una vez introducida en nuestro medio vital, entra en él en competencia con tantos deseos de creer, con tantas razones de olvidar, que bastante pronto nos acomodamos, acabamos por no prestarle atención. Permanece sólo como un dolor a medio curar, una simple amenaza de sufrimiento y que —reverso del deseo y de la misma clase que él y convertido, como él, en centro de nuestros pensamientos— irradia en ellos, a distancias infinitas, tristezas sutiles —como él placeres de un origen incognoscible— dondequiera que se pueda asociar algo con la idea de aquella a la que amamos, pero, cuando una nueva duda, entera, entra en nosotros el dolor despierta; de nada sirve que nos digamos casi inmediatamente: «Ya me las arreglaré, habrá un sistema para no sufrir, no debe de ser verdad», y, sin embargo, ha habido un primer instante en el que hemos sufrido como si lo creyéramos. Si sólo tuviéramos miembros, como las piernas y los brazos, la vida sería soportable. Por desgracia, llevamos dentro de nosotros ese pequeño órgano que llamamos corazón, sujeto a ciertas enfermedades durante las cuales es infinitamente impresionable respecto de todo lo relativo a la vida de cierta persona y en las que una mentira —esa cosa tan inofensiva, en medio de la cual vivimos tan alegremente, ya sea obra nuestra o de los otros— procedente de esa persona da a ese corazoncito, que se debería poder sacarnos quirúrgicamente, ataques intolerables. No hablemos del cerebro, pues, por mucho que razone nuestro pensamiento sin fin durante dichos ataques, los modifica tan poco como nuestra atención un dolor de muelas. Cierto es que esa persona es culpable de habernos mentido, pues nos había jurado que nos diría siempre la verdad, pero ya sabemos lo que valen esos juramentos para nosotros mismos y para los otros y hemos querido darles fe, cuando

procedían de ella, quien tenía precisamente todo el interés en mentirnos y a la que, por lo demás, no hemos elegido por sus virtudes. Es verdad que más adelante —precisamente cuando el corazón se haya vuelto indiferente a la mentira—, ya casi no tendría necesidad de mentirnos porque ya habrá dejado de interesarnos su vida. Lo sabemos y, aun así, sacrificamos con gusto la nuestra, ya sea que nos matemos por esa persona, que nos condenen a muerte tras asesinarla o que simplemente gastemos en unos años toda nuestra fortuna por ella, lo que nos obligará a matarnos después, porque ya no nos quedará nada. Por lo demás, por tranquilos que nos creamos cuando amamos, siempre tenemos en el corazón el amor en estado de equilibrio inestable. Una cosita de nada basta para colocarlo en la posición de la felicidad, estamos radiantes, colmamos de ternuras —no a aquella a la que amamos, sino— a quienes nos han ensalzado ante ella, quienes la han preservado contra cualquier mala tentación; nos creemos tranquilos y bastan unas palabras: «Gilberte no vendrá», «La Srta. Vinteuil está invitada», para que toda la felicidad preparada hacia la que nos lanzábamos se desplome, para que el sol se oculte, para que gire la rosa de los vientos y se desencadene la tormenta interior a la que un día dejaremos de poder resistirnos. Ese día, aquel en que el corazón se ha vuelto tan frágil, amigos que nos admiran sufren porque ciertas personas, semejantes nulidades, puedan hacernos daño, llevarnos a la muerte, pero ¿qué pueden hacer al respecto? Si un poeta está agonizando de una neumonía infecciosa, ¿se imagina alguien a sus amigos explicando al neumococo que ese poeta tiene talento y que debería dejarlo curar? La duda, al tener que ver con la Srta. Vinteuil, no era nueva en modo alguno, pero incluso en esa medida mis celos de la tarde, excitados por Léa y sus amigos, la habían abolido. Una vez apartado ese peligro del Trocadero, había experimentado, había creído haber reconquistado para siempre, una paz completa, pero lo que sobre todo era nuevo para mí era cierto paseo en el que Andrée me había dicho: «Fuimos aquí y allá y no nos encontramos con nadie», y en el que, al contrario, la

Srta. Vinteuil había dado, evidentemente, una cita a Albertine en casa de la Sra. Verdurin. Ahora habría yo dejado con gusto a Albertine salir sola, ir donde quisiera, con tal de haber podido encerrar en alguna parte a la Srta. Vinteuil y a su amiga y estar seguro de que Albertine no las vería. Es que los celos son generalmente parciales, tienen localizaciones intermitentes, ya sea porque son la prolongación dolorosa de una ansiedad provocada ora por una persona ora por otra, a las que nuestra amiga podría amar o por la exigüidad de nuestro pensamiento, que sólo puede entender lo representado y deja el resto en una vaguedad en la que no se puede sufrir relativamente.

Cuando estábamos a punto de entrar en el patio del palacete, nos alcanzó Saniette, quien no nos había reconocido en seguida. «Sin embargo, llevaba un rato mirándolos», nos dijo con voz jadeante. «¿Acaso no es curioso que haya vacilado?». «Resulta curioso» le habría parecido inapropiado y estaba adquiriendo una familiaridad exasperante con las formas anticuadas de la lengua. «Y eso que son ustedes personas de las que puede uno declararse amigo». Su grisácea cara parecía iluminada por el reflejo plomizo de una tormenta. Su jadear, que sólo se producía, el verano anterior, cuando el Sr. Verdurin lo «abroncaba», era ahora constante. «Sé que artistas excelentes van a interpretar una obra inédita de Vinteuil y, singularmente, Morel». «¿Por qué “singularmente”?», preguntó el barón, quien vio en ese adverbio una crítica. «Nuestro amigo Saniette», se apresuró a explicar Brichot, que desempeñó el papel de intérprete, «habla de buen grado, como excelente letrado que es, el lenguaje de otro tiempo, en el que “singularmente” equivale a “muy en particular”».

Cuando estábamos entrando en la antecámara, el Sr. de Charlus me preguntó si estaba yo trabajando en algo y, como le contesté que no, pero que me interesaba mucho en aquel momento por las antiguas vajillas de plata y porcelana, me dijo que no vería ninguna más bella que las de los Verdurin, ya que, con el pretexto de que los objetos son también amigos, cometían la locura de llevarse todo

consigo, que sería menos cómodo enseñármelo todo en un día de recepción, pero que, aun así, él pediría que lo hiciesen. Yo le rogué que lo dejara. El Sr. de Charlus se desabrochó el abrigo y se quitó el sombrero; vi que la coronilla se le estaba plateando en algunos puntos, pero, como un arbusto preciso que no sólo colorea el otoño, sino que, además, se le protegen ciertas hojas mediante envolturas de guata o aplicaciones de yeso, el Sr. de Charlus simplemente recibía de esos escasos cabellos blancos, situados en la cima, un abigarramiento más, que se sumaba a los de su rostro y, sin embargo, incluso bajo las capas de expresiones diferentes, de afeites e hipocresía que tan mal lo maquillaban, el rostro del Sr. de Charlus seguía callando a casi todo el mundo el secreto que me parecía gritar. Casi me molestaban sus ojos, en los que temía que me sorprendiera leyendo como en un libro abierto, por su voz, que me parecía repetirlo en todos los tonos, con una indecencia incansable, pero las personas guardan bien los secretos, pues todos cuantos se les acercan están sordos y ciegos. Las personas que se enteraban de la verdad por uno o por otro —por los Verdurin, por ejemplo— la creían, pero sólo en la medida en que no conocían al Sr. de Charlus. Su rostro, lejos de extenderlos, disipaba los rumores aviesos, pues nos hacemos una idea tan grande de ciertas entidades, que podríamos identificarla con las facciones familiares de una persona conocida y nos costará creer en los vicios, como tampoco creeremos nunca en el genio de una persona con la que la víspera aún fuimos a la Ópera.

El Sr. de Charlus estaba entregando su abrigo con recomendaciones de asiduo, pero el lacayo al que se lo alargaba era nuevo, muy joven. Ahora bien, el Sr. de Charlus en aquella época perdía con frecuencia el norte y ya no se daba cuenta de lo que se hace y lo que no. El loable deseo que tenía en Balbec de mostrar que ciertos asuntos no lo espantaban, de no temer declarar a propósito de alguien: «Es un muchacho muy guapo», de decir, en una palabra, las mismas cosas que habría podido decir alguien que no hubiera sido como él, ahora lo plasmaba haciendo, al contrario,

afirmaciones que nunca habrían podido imaginarse en alguien distinto de él, cosas ante las cuales su entendimiento estaba tan constantemente determinado, que olvidaba su heterogeneidad respecto de las preocupaciones habituales de todo el mundo. Por eso, al mirar al nuevo lacayo, alzó el índice en el aire en tono amenazador y, creyendo hacer un chiste excelente, dijo: «A usted le prohíbo que me guiñe el ojo así», y, volviéndose hacia Brichot, añadió: «Tiene una cara graciosilla, ese nene, y una nariz divertida», y, para completar su gracia o cediendo a un deseo, bajó el índice hasta ponerlo horizontal, vaciló un instante y después, al no poder contenerse más, lo lanzó irresistiblemente recto hacia el lacayo y le tocó la punta de la nariz, al tiempo que le decía: «¡Pif!»; después, seguido de Brichot, de mí y de Saniette, quien nos informó de que la princesa Sherbatoff había muerto a las seis, entró en el salón. «¡Qué casa más rara!», se dijo el lacayo, quien preguntó a sus compañeros si el barón era un chistoso o un chiflado. «Tiene esas ocurrencias», le respondió el jefe de camareros (quien lo consideraba un poco «chalado», un poco «majareta»), «pero de los amigos de la señora es aquel al que siempre he estimado más: tiene buen corazón».

En aquel momento, el Sr. Verdurin vino a nuestro encuentro; sólo Saniette —y no sin miedo a coger frío, pues la puerta exterior se abría constantemente—, esperaba con resignación a que cogieran su abrigo. «¿Qué hace usted aquí, con esta pose de perro rastrero?», le preguntó el Sr. Verdurin. «Estoy esperando a que una de las personas que se cuidan del vestuario tome mi abrigo y me dé un número». «¿Qué dice usted?», preguntó con expresión severa el Sr. Verdurin: «“Que se cuidan del vestuario”. ¿Está usted empezando a chochear? Se dice: “guardan el vestuario”. ¿Es que va a haber que enseñarle el francés de nuevo como a quienes han padecido un ataque?». «“Cuidarse de” es la forma correcta; el Abbé le Batteux…». «¡Déjeme en paz!», gritó el Sr. Verdurin con voz terrible. «¡Cómo jadea! ¿Es que acaba de subir seis pisos?». La grosería del Sr. Verdurin hizo que los encargados del vestuario

dejaran pasar a otras personas antes que a Saniette y, cuando quiso entregar su abrigo, le respondieron: «¡Espere a su turno, señor! ¡No tenga tanta prisa!». «Así son las personas de orden, las personas competentes: muy bien, muchachos», dijo, con sonrisa de simpatía, el Sr. Verdurin, a fin de animarlos en sus intenciones de hacer pasar a todo el mundo antes que Saniette. «Vengan», nos dijo, «este animal quiere hacernos encontrar la muerte con su querida corriente de aire. Vamos a calentarnos un poco en el salón. ¡Cuidarse del vestuario!», repitió, cuando estuvimos en el salón. «¡Qué imbécil!». «Es que cae en el preciosismo, pero es buen chico», dijo Brichot. «No he dicho que no fuera buen chico, he dicho que era un imbécil», replicó, agrio, el Sr. Verdurin.

«¿Volverá usted este año a Incarville?», me preguntó Brichot. «Creo que la Señora ha vuelto a alquilar La Raspelière, aunque tuviera sus más y sus menos con los propietarios, pero todo eso no es nada, son nubes que se disipan», añadió con el mismo tono optimista que los periódicos que dicen: «Hubo sus faltas, claro está, pero ¿quién no las comete?». Ahora bien, yo recordaba el estado de sufrimiento en que había abandonado Balbec y en modo alguno deseaba volver. Siempre dejaba para mañana mis proyectos con Albertine. «Pues claro que volverá, así lo queremos, nos resulta indispensable», declaró el Sr. de Charlus con el egoísmo autoritario e incomprensivo de la amabilidad.

El Sr. Verdurin, a quien dimos el pésame por la princesa Sherbatoff, nos dijo: «Sí, ya sé que se encuentra muy mal». «Pero ¡si se ha muerto a las seis!», exclamó Saniette. «Usted siempre exagerando», dijo brutalmente a Saniette el Sr. Verdurin, quien, al no haberse anulado la velada, prefería la hipótesis de la enfermedad. Entretanto, la Sra. Verdurin estaba conferenciando a lo grande con Cottard y Ski. Morel acababa de rechazar —porque el Sr. de Charlus no podía asistir— una invitación en casa de unos amigos, pese a que la Sra. Verdurin les había prometido la asistencia del violinista. La razón de Morel —a la que dentro de poco veremos sumarse otras mucho más graves— para negarse a

interpretar en la velada de los amigos de la Sra. Verdurin, debía su fuerza a una costumbre propia en general de los medios ociosos, pero muy en particular del pequeño núcleo. Desde luego, si la Sra. Verdurin sorprendía unas palabras dichas a media voz entre un nuevo y un fiel y que pudieran hacer suponer que se conocían o tenían ganas de hacer amistad («Entonces hasta el viernes en casa de los Fulanos de Tal» o: «Venga al taller el día que quiera, estoy allí siempre hasta las cinco: me dará un gran placer»), la Señora, agitada, suponiendo al nuevo una «situación» gracias a la cual podía resultar una brillante adquisición para el pequeño clan, aparentando no haber oído nada y conservando en su hermosa mirada, más ojerosa por la afición a Debussy de lo que lo habría estado con la de la cocaína, la expresión extenuada que le infundían las exclusivas embriagueces de la música, no por ello dejaba de dar vueltas —bajo su hermosa frente abombada por tantos cuartetos y las migrañas consecutivas— a pensamientos que no eran exclusivamente polifónicos y, al no poder contenerse más, al no poder esperar ya un segundo más para la picadura, se lanzaba sobre los dos conversadores, se los llevaba aparte y decía al nuevo, al tiempo que señalaba al fiel: «¿Quiere usted venir a cenar con *él*, el sábado, por ejemplo, o, si no, el día que quiera, y con personas amables? No lo comente demasiado alto, porque no voy a convocar a toda esta turba» (término con el que designaba durante cinco minutos al pequeño núcleo, desdeñado momentáneamente en pro del nuevo, en quien tantas esperanzas se tenían puestas).

Pero esa necesidad de encapricharse, de propiciar también relaciones, tenía su contrapartida. La asiduidad a los miércoles engendraba en los Verdurin una disposición opuesta. Era el deseo de malquistar, de alejar. Lo habían fortificado y vuelto casi furioso los meses pasados en La Raspelière, donde se veían de la mañana a la noche. El Sr. Verdurin se las ingeniaba allí para coger a alguien en falta, para tender las telas en las que pudiese pasar alguna mosca inocente a su compañera la araña. A falta de agravios, se inventaban ridiculeces. En cuanto un fiel había salido media hora, se

burlaban de él delante de los demás, fingían asombro de que no hubieran notado lo sucios que tenía los dientes o, al contrario, que se los cepillaba, por manía, veinte veces al día. Si uno se permitía abrir la ventana, esa falta de educación hacía que el Señor y la Señora cambiaran miradas indignadas. Al cabo de un instante, la Sra. Verdurin pedía un chal, lo que brindaba el pretexto al Sr. Verdurin para decir con expresión furiosa: «No, no, voy a cerrar la ventana, me gustaría saber quién se ha tomado la libertad de abrirla», delante del culpable, quien enrojecía hasta las orejas. Se te reprochaba indirectamente la cantidad de vino que habías bebido. «¿No le sienta mal? Un obrero, todavía…». Los paseos juntos, por inocentes que fueran, de dos fieles que no hubiesen pedido autorización previa a la Señora tenían como consecuencia comentarios infinitos. Los del Sr. de Charlus con Morel no lo eran. Sólo el hecho de que el barón no viviese en La Raspelière (por la vida en cuarteles de Morel) retrasó el momento de la saciedad, los hastíos, los vómitos. Sin embargo, estaba dispuesto a ir.

La Sra. Verdurin estaba furiosa y decidida a «ilustrar» a Morel sobre el ridículo y odioso papel que le hacía desempeñar el Sr. de Charlus. «Añado», continuó la Sra. Verdurin (quien, por lo demás, cuando sentía que debía a alguien un agradecimiento que iba a costarle y no podía matarlo, por la pena que sentiría, le buscaba un defecto grave que dispensaba honradamente de manifestárselo), «que se da unos aires en mi casa que no me gustan». Es que, en efecto, la Sra. Verdurin tenía otra razón —más grave que el abandono por Morel de la velada de sus amigos— para guardar rencor al Sr. de Charlus. Éste, convencido del honor que hacía a la Sra. Verdurin llevando al Quai Conti a personas que, en efecto, no habrían acudido por ella, había pronunciado —nada más oír los primeros nombres propuestos por la Sra. Verdurin como de personas a las que se podría invitar— la más categórica exclusiva, en un tono perentorio en el que con el orgullo rencoroso del gran señor malhumorado se mezclaba el dogmatismo del artista experto en fiestas y que retiraría su obra y denegaría su aportación antes

que condescender a concesiones que, según él, comprometían el resultado del conjunto. El Sr. de Charlus sólo había concedido su permiso, envolviéndolo en reservas, a Saintine, con quien la Sra. de Guermantes —para no cargar con su esposa— había pasado de una intimidad cotidiana a un cese completo de relaciones, pero a quien el Sr. de Charlus —por considerarlo inteligente— seguía viendo. Cierto es que sólo en un medio burgués cruzado con pequeña nobleza, donde todo el mundo es muy rico y está emparentado con una nobleza desconocida para la gran aristocracia, había ido Saintine, en tiempos la flor del ambiente Guermantes, a buscar fortuna y —creía él— apoyo, pero la Sra. Verdurin, sabedora de las pretensiones nobiliarias del medio de su mujer y sin darse cuenta de la situación del marido, pues lo que está casi inmediatamente por encima de nosotros es lo que nos da la impresión de la altura y no lo que nos resulta casi invisible por perderse en el cielo, se creyó obligada a justificar una invitación para Saintine, en vista de que conocía a mucha gente, «por haberse casado con la Srta. ***». La ignorancia que esa afirmación, exactamente contraria a la realidad, demostraba en la Sra. Verdurin, hizo dilatarse en una risa de desprecio indulgente y amplia comprensión los pintados labios del barón. No se dignó responder directamente, pero, como era muy aficionado a construir en materia mundana teorías en las que confluían la fertilidad de su inteligencia y la altura de su orgullo con la frivolidad hereditaria de sus preocupaciones, dijo: «Saintine debería haberme consultado antes de casarse; hay una eugenesia social, como la hay psicológica, y tal vez sea yo su único doctor. El caso de Saintine no se prestaba a discusión alguna, estaba claro que, al casarse con quien lo hizo, cargaba con un peso muerto y ponía la lámpara bajo el celemín. Su vida social estaba acabada. Yo se lo había explicado y me habría comprendido, porque es inteligente, y, a la inversa, había determinada persona que tenía todo lo necesario para disfrutar de una situación elevada, dominante, universal; sólo, que un terrible cable la retenía sujeta a la tierra. Yo la ayudé, a medias con

presiones y por la fuerza a medias, a romper las amarras y ahora ha conquistado, con un gozo triunfal, la libertad todopoderosa que me debe. Tal vez hiciera falta un poco de voluntad, pero ¡qué recompensa ha tenido! Quienes saben, así, escucharme son ellos mismos los parteros de su destino». Era demasiado evidente que el Sr. de Charlus no había sabido influir en el suyo; actuar es algo distinto de hablar, aun con elocuencia, y pensar, aun con ingenio. «Pero, por lo que a mí respecta, soy un filósofo que asiste con curiosidad a las relaciones sociales que he predicho, pero sin contribuir a ellas. Por eso, he seguido frecuentando a Saintine, quien siempre ha tenido conmigo la calurosa deferencia conveniente. Incluso he cenado con él en su nueva morada, en la que te aburres en medio del mayor lujo tanto como te divertías en tiempos, cuando, sin tener un céntimo, reunía la mejor compañía en un pequeño desván, conque puede usted invitarlo, lo autorizo, pero opongo mi veto a todos los demás nombres que me propone y ya me lo agradecerá, pues, si bien soy experto en matrimonios, no menos lo soy en materia de fiestas. Conozco las personalidades ascendentes que elevan una reunión, le dan vuelo, altura, y también los nombres que la dejan por los suelos». Esas exclusiones del Sr. de Charlus no siempre estaban basadas en resentimientos de chiflado o refinamientos de artista, sino en habilidades de actor. Cuando tenía una parrafada de lo más primorosa sobre alguien o sobre algo, deseaba hacérsela oír al mayor número de personas posible, pero excluyendo en la segunda tanda a invitados de la primera, quienes podrían haber comprobado la identidad del programa. Volvía a rehacer la sala, precisamente porque no renovaba el cartel, y, cuando obtenía un éxito en la conversación, habría sido capaz de organizar giras y dar representaciones en provincias. Fueran cuales fuesen los motivos diversos de aquellas exclusiones, las del Sr. de Charlus no ofendían sólo a la Sra. Verdurin, quien se sentía herida en su autoridad de Señora, sino que, además, le causaban un gran perjuicio mundano y por dos razones. La primera es que el Sr. de Charlus, más susceptible aún

que Jupien, se malquistaba —sin que se supiese siquiera por qué— con las personas más indicadas para ser sus amigas. Naturalmente, uno de los primeros castigos que se podía infligirles era el de no dejar invitarlas a una fiesta que daba en casa de los Verdurin. Ahora bien, esos parias eran con frecuencia las personas que estaban, como se suele decir, en el candelero, pero que habían dejado de estarlo para el Sr. de Charlus desde el día en que se había malquistado con ellas, pues su imaginación —tanto como para atribuir siempre las culpas por las que malquiltarse con ellas— era ingeniosa para quitarles toda importancia, en cuanto dejaban de ser sus amigas. Si, por ejemplo, el culpable era un hombre de una familia —los Montesquiou, por ejemplo— extraordinariamente antigua, pero cuyo ducado databa tan sólo del siglo XIX, lo que contaba de la noche a la mañana para el Sr. de Charlus era la antigüedad del ducado y la familia nada. «Ni siquiera son duques», exclamaba. «Es el título del abate de Montesquiou, que transmitió indebidamente a un pariente, no hace siquiera ochenta años. El duque actual, en caso de que lo sea, es el tercero. Háble me de gente como los Uzès, los La Trémoïlle, los Luynes, que son los décimos, los decimocuartos duques, como mi hermano, que es el duodécimo duque de Guermantes y el décimo séptimo príncipe de Condom. Los Montesquiou descienden de una antigua familia, ¿y qué demostraría eso, aun cuando se demostrara? Descienden tanto, que se encuentran en el décimo cuarto rango inferior». Ahora bien, si se había malquistado con un gentilhombre titular de un ducado antiguo, con las alianzas más magníficas, emparentado con las familias soberanas, pero a quien ese gran brillo le hubiera llegado demasiado aprisa sin que la familia ascendiese demasiado —un Luynes, por ejemplo—, todo cambiaba y sólo contaba la familia. «Pero, a ver, ¡si ese Sr. Alberti no se desbastó hasta el reinado de Luis XIII! ¿Qué demonios puede importarnos que, gracias a favores de la corte, pudieran acumular ducados a los que no tenían el menor derecho?». Además, en el Sr. de Charlus la caída seguía de cerca el favor en virtud de la disposición propia de los Guermantes de exigir

a la conversación, a la amistad, lo que no pueden dar, más el miedo sistemático a ser objeto de maledicencias, y la caída era tanto más vertiginosa cuanto mayor había sido el favor. Ahora bien, nadie había gozado ante el barón de tanto favor como el que éste había concedido ostensiblemente a la condesa Molé. ¿Con qué señal de indiferencia mostró un buen día que había sido indigna de él? La propia condesa declaró siempre que nunca había podido llegar a descubrirla. El caso es que su simple nombre despertaba en el barón las más violentas cóleras, las filípicas más elocuentes, pero más terribles. Como la Sra. Verdurin, para con quien la Sra. Molé había sido muy amable y que tenía puestas —como veremos— grandes esperanzas en ella, se había alegrado de antemano de que la condesa fuera a ver en su casa a las personas más nobles —como decía la Señora— «de Francia y de Navarra», se apresuró a proponer que invitaran a la «Sra. de Molé». «¡Ah! Dios mío, sobre gustos no hay nada escrito», había respondido el Sr. de Charlus, «y, si le gusta a usted charlar con la Sra. Pipelet, la Sra. Gibou y la Sra. de Joseph Prudhomme, me parece de perlas, pero entonces que sea una noche en que yo no vaya a estar aquí. Ya veo, a las primeras palabras, que no hablamos la misma lengua, pues yo me refería a nombres de la aristocracia y usted me cita el más obscuro de los nombres de gente de toga, de vasallejos marrulleros, chismosos, malévolos, señoruelas que se creen protectoras de las artes porque imitan con una octava inferior los modales de mi cuñada de Guermantes, al modo del arrendajo que cree imitar al pavo real. Habría cierta indecencia —he de añadir— en introducir en una fiesta que tengo a bien dar en casa de la Sra. Verdurin a una persona a quien yo haya retirado a sabiendas mi familiaridad, una pécora sin cuna, sin lealtad, sin ingenio, que, como una loca, se cree capaz de imitar a las duquesas y las princesas de Guermantes, acumulación que en sí misma es una necedad, ya que la duquesa y la princesa de Guermantes son precisamente lo contrario. Es como un personaje que afirmara ser a la vez Reichenberg y Sarah Bernhardt. En todo caso, aun cuando no fuera contradictorio, sería

profundamente ridículo. Yo soy muy dueño de sonreír a veces ante las exageraciones de una y entristecerme por los límites de la otra, pero que esa ranita burguesa quiera hincharse para igualar a esas dos grandes señoras, quienes, en todo caso, dejan traslucir siempre la incomparable distinción de la raza, es, como se suele decir, para hacer reír a las gallinas. ¡La Molé! Ése es un nombre que no se debe volver a pronunciar o, de lo contrario, sólo me queda retirarme», añadió con una sonrisa, en el tono de un médico que, por querer el bien de un enfermo contra la propia voluntad de éste, no está dispuesto a dejarse imponer la colaboración de un homeópata. Por otra parte, algunas personas consideradas desdeñables por el Sr. de Charlus podían serlo, en efecto, para él y no para la Sra. Verdurin. El Sr. de Charlus, desde lo alto de su cuna, podía prescindir de las personas más elegantes cuya asamblea hubiera hecho del salón de la Sra. Verdurin uno de los primeros de París. Ahora bien, ésta estaba ya empezando a pensar que ya había perdido muchas veces el tren, sin contar el enorme retraso que el error mundano del caso Dreyfus le había infligido, si bien no había dejado de serle útil. «No sé si le he dicho hasta qué punto había desagradado a la duquesa de Guermantes ver que personas de su mundo, por subordinarlo todo a ese caso, excluían a mujeres elegantes y recibían a quienes no lo eran, a causa del revisionismo o del antirrevisionismo, y verse, a su vez, criticada por esas mismas señoras por tibia y malpensante y por subordinar a las etiquetas mundanas los intereses de la patria», podría yo preguntar al lector como a un amigo al que, después de tantas conversaciones, ya no sabemos si nos hemos acordado —o si hemos encontrado la ocasión— de ponerlo al corriente sobre algo. Lo haya hecho o no, resulta fácil imaginar la actitud, en aquel momento, de la duquesa de Guermantes e incluso —si después nos referimos a una época posterior— puede parecer, desde el punto de vista mundano, totalmente apropiado. El Sr. de Cambremer consideraba el caso Dreyfus una trama extranjera destinada a destruir el Servicio de Información, desbaratar la disciplina, debilitar al ejército, dividir a los

franceses y preparar la invasión. Como la literatura —exceptuadas algunas fábulas de La Fontaine— era ajena al marqués, reservaba a su mujer la tarea de dejar sentado que la literatura cruelmente observadora, al crear la irreverencia, había originado un desbarajuste paralelo. «El Sr. Reinach y el Sr. Hervieu están conchabados», decía ella. No se acusará al caso Dreyfus de haber premeditado tan tenebrosos designios para con la alta sociedad, pero no cabe duda de que traspasó sus límites en ella. Los mundanos que no quieren dejar a la política introducirse en su sociedad son tan previsores como los militares que no quieren dejar a la política penetrar en el ejército. Con la alta sociedad ocurre como con el gusto sexual, en el que no se sabe hasta qué perversiones puede llegar, cuando se ha permitido una vez que razones estéticas dicten sus opciones. La razón de que fueran nacionalistas habituó al Faubourg Saint-Germain a recibir a señoras de otra sociedad; la razón desapareció junto con el nacionalismo, pero la costumbre subsistió. La Sra. Verdurin había atraído a su casa, gracias al dreyfusismo, a escritores de valor que momentáneamente no le fueron en modo alguno útiles con vistas a la alta sociedad, porque eran dreyfusistas, pero las pasiones políticas son como las otras y no duran. Llegan nuevas generaciones que ya no las comprenden; la propia generación que las experimentó cambia, experimenta pasiones políticas que, al no estar exactamente calcadas de las precedentes, rehabilitan a una parte de los excluidos, al haber cambiado la causa del exclusivismo. Los monárquicos dejaron de preocuparse, durante el caso Dreyfus, de que alguien hubiese sido republicano, o incluso radical, anticlerical, si era antisemita o nacionalista. Si hubiese de estallar una guerra alguna vez, el patriotismo cobraría otra forma y a propósito de un escritor patriotero no se tendría en cuenta si había sido o no dreyfusista. Así, a cada crisis política, a cada renovación artística, la Sra. Verdurin había arrancado poco a poco —así como el pájaro hace su nido— las pizcas sucesivas, provisionalmente inutilizables, de lo que algún día sería su salón. El caso Dreyfus había pasado; Anatole France, por

su parte, permanecía. La fuerza de la Sra. Verdurin era el amor sincero que sentía por el arte, lo que se desvivía por los fieles, las maravillosas cenas que ofrecía para ellos solos, sin que hubiera gente de mundo invitada. Cada uno de ellos recibía en su casa el trato que Bergotte había recibido en la de la Sra. Swann. Cuando un íntimo de esa clase llega un buen día a ser un hombre ilustre y el mundo desea ir a verlo, su presencia en casa de una Sra. Verdurin carece totalmente de ese carácter facticio, adulterado, cocina de banquete oficial o de Saint-Charlemagne hecha por Potel y Chabot, sino el corriente, pero delicioso, que tan perfecto se habría considerado un día en que no hubiese habido gente de mundo. En casa de la Sra. Verdurin la compañía era perfecta, entrenada, el repertorio de primer orden, sólo faltaba el público y, desde que el gusto de éste se apartaba del arte razonable y francés de un Bergotte y se prendaba sobre todo de músicas exóticas, la Sra. Verdurin, en cierto modo corresponsal titular en París de todos los artistas extranjeros, no iba a tardar en servir, junto a la encantadora princesa Yourbeletieff, de vieja hada maléfica, pero todopoderosa, a los bailarines rusos. Esa encantadora invasión, contra cuyas seducciones sólo protestaron los críticos carentes de gusto, introdujo en París, como es sabido, una fiebre de curiosidad menos áspera, más puramente estética, pero tal vez tan viva como el caso Dreyfus. A ese respecto también la Sra. Verdurin iba a estar —pero por otro resultado mundano— en primera fila. Así como se la había visto junto a la Sra. Zola, a los pies mismos del tribunal, en las sesiones de la Audiencia de lo Criminal, así también, cuando la humanidad nueva, aclamadora de los ballets rusos, se apiñó en la Ópera, adornada con airones desconocidos, se veía siempre en un primer palco a la Sra. Verdurin junto a la princesa Yourbeletieff y, así como después de las emociones del Palacio de Justicia se iba por la noche a casa de la Sra. Verdurin a ver a Picquart o a Labori y sobre todo a conocer las últimas noticias, a saber lo que se podía esperar de Zurlinden, de Loubet, del coronel Jouaust, del Reglamento, así también —en vista de la poca disposición a acostarse después del

entusiasmo desencadenado por *Sheherezade* o las danzas del *Príncipe Igor*— se iba a casa de la Sra. Verdurin, donde cenas exquisitas, presididas por la princesa Yourbeletieff y la Señora, reunían todas las noches a los bailarines, que no habían cenado para poder estar más saltarines, su director, sus decoradores, los grandes compositores Igor Stravinski y Richard Strauss, pequeño núcleo inmutable en torno al cual, como en las cenas del Sr. y la Sra. Helvétius, no desdeñaron mezclarse las mayores señoras de París y altezas extranjeras. Incluso la gente de mundo que hacía profesión de gusto y distinciones ociosas entre los ballets rusos, al considerar la puesta en escena de las *Sílfides* algo más «fino» que la de *Sheherezade*, a quien casi hacía remontar hasta el arte negro, estaba encantada de ver de cerca a esos grandes renovadores del gusto, del teatro, que, en un arte un poco más facticio que la pintura, hicieron una revolución tan profunda como el impresionismo. Volviendo al Sr. de Charlus, la Sra. Verdurin no habría sufrido demasiado, si aquél hubiera puesto en el índice sólo a la Sra. Bontemps, a quien la Sra. Verdurin había distinguido en casa de Odette por su amor a las artes y que, durante el caso Dreyfus, había ido algunas veces a cenar con su marido, calificado por la Sra. Verdurin de tibio, porque no introducía el proceso en revisión, sino que, por ser muy inteligente y sentirse afortunado de crearse inteligencias en todos los partidos, estaba encantado de demostrar su independencia cenando con Labori, a quien escuchaba sin decir nada comprometedor, pero deslizando en el momento oportuno un homenaje a la lealtad —reconocida en todos los partidos— de Jaurès. Ahora bien, el barón había proscrito también a algunas señoras de la aristocracia con las cuales la Sra. Verdurin había entablado recientemente —con ocasión de solemnidades musicales, colecciones, obras de caridad— relaciones y que, independientemente de lo que pudiera pensar de ellas el Sr. de Charlus, habrían sido, mucho más que él mismo, elementos esenciales para constituir en casa de la Sra. Verdurin un nuevo núcleo, aristocrático en aquel caso. La Sra. Verdurin había contado

precisamente con aquella fiesta en la que el Sr. de Charlus le llevaría a señoras del mismo mundo, para juntarlas con sus nuevas amigas y había disfrutado de antemano con la sorpresa que se llevarían al encontrarse en el Quai Conti a sus amigas o parientes invitadas por el barón. Se sentía furiosa y decepcionada por su interdicción. Quedaba por saber si en aquellas condiciones se plasmaría para ella la velada en un beneficio o una pérdida. Ésta no sería demasiado grave, si al menos las invitadas del Sr. de Charlus acudían con disposiciones tan calurosas para con la Sra. Verdurin como llegarían a tenerlas para con ella las amigas del futuro. En ese caso, sería un simple mal menor y, en un día no lejano, reunirían a esas dos mitades del gran mundo que el barón había querido mantener aisladas, aun a riesgo de no contar con él aquella noche. Así, pues, la Sra. Verdurin esperaba a las invitadas del barón con cierta inquietud. No iba a tardar en conocer el estado de ánimo con el que acudían y las relaciones a las que la Señora podía aspirar con ellas. Entretanto, la Sra. Verdurin conferenciaba con los fieles, pero, al ver que Charlus entraba con Brichot y conmigo, se paró en seco.

Para gran asombro nuestro, cuando Brichot le expresó su tristeza al enterarse de que su gran amiga estaba tan mal, la Sra. Verdurin respondió: «Mire, me veo obligada a confesar que tristeza no siento la más mínima. Es inútil fingir sentimientos que no se tienen…». Seguramente hablaba así por falta de energía, porque la abrumaba la idea de poner cara triste durante toda su recepción, por orgullo, por no parecer que buscaba excusas para no haberla anulado, por respeto humano, sin embargo, y habilidad, porque la falta de pena de la que daba muestras era más honorable, si hubiese de atribuirse a una antipatía particular, de repente revelada, para con la princesa, que a una insensibilidad universal, y porque nadie podía por menos de sentirse desarmado por una sinceridad que no había ni que pensar en poner en duda: si la Sra. Verdurin no hubiera sido de verdad indiferente a la muerte de la princesa, ¿habría llegado —para explicar la recepción— a acusarse de una

falta mucho más grave? Se olvidaba que la Sra. Verdurin habría confesado, al mismo tiempo que su pena, que no había tenido valor para renunciar a un placer; ahora bien, la dureza de la amiga era algo más chocante, más inmoral, más humillante y, por tanto, más fácil de confesar, que la frivolidad de la señora de la casa. En materia de crimen, en los casos en que hay peligro para el culpable, el interés es el que dicta las confesiones. En el caso de las faltas sin sanción, es el amor propio. Por lo demás —ya fuera que, por considerar muy manido el pretexto de quienes, para no dejar interrumpir por las penas su vida de placeres, van repitiendo la inutilidad de llevar un duelo exterior que albergan en el corazón, la Sra. Verdurin prefiriese imitar a esos culpables inteligentes a quienes repugnan los tópicos de la inocencia y cuya defensa, confesión a medias sin que lo sospechen, consiste en decir que no habrían visto nada malo en cometer lo que se les reprocha, cosa que, por lo demás, el azar no les ha brindado la ocasión de hacer, o que, por haber adoptado para explicar su conducta la tesis de la indiferencia, le pareciera, una vez lanzada por la pendiente de su mal sentimiento, que había cierta originalidad en experimentarlo, una perspicacia poco común en haber sabido discernirlo y cierta «caradura» en proclamarlo así—, la Sra. Verdurin no tuvo reparo en insistir en su falta de pena, no sin cierta satisfacción orgullosa de psicólogo paradójico y dramaturgo audaz. «Sí, es muy curioso», dijo, «no me ha hecho casi impresión. Dios mío, no puedo decir que no habría preferido que siguiese viviendo, no era mala persona». «Sí que lo era», interrumpió el Sr. Verdurin. «¡Ah! A él no le gustaba, porque le parecía que recibirla me perjudicaba, pero está ofuscado». «Reconoce que estaba yo en lo cierto», dijo el Sr. Verdurin, «al no aprobar nunca esa frecuentación. Siempre te dije que tenía mala fama». «Pero yo nunca he oído decir eso», protestó Saniette. «Pero ¡cómo!», exclamó la Sra. Verdurin. «Era universalmente sabido: no mala, sino vergonzosa, deshonrosa. No, pero no es por eso. Personalmente, yo no sabría explicar mi sentimiento; no la detestaba, pero me resultaba tan indiferente, que, cuando nos

enteramos de que se encontraba muy mal, hasta mi marido se extrañó y me dijo: “Parece que no te causa la menor impresión”. Pero, miren, me ofreció la posibilidad de anular el ensayo de esta noche y yo he querido, al contrario, celebrarlo, porque me habría parecido una comedia manifestar una pena que no siento». Lo decía porque le parecía que era curiosamente «teatro libre» y también que resultaba de lo más cómodo, pues la insensibilidad o la inmoralidad confesada simplifica tanto la vida como la moral fácil; comete acciones censurables y para las que ya no hace falta buscar excusas, un deber de sinceridad. Y los fieles escuchaban las palabras de la Sra. Verdurin con esa mezcla de admiración y malestar que causaban en tiempos ciertas obras cruelmente realistas y de una observación penosa y, al tiempo que se maravillaban de ver a su querida Señora ofrecer una forma nueva de su rectitud y su independencia, más de uno, diciéndose que, al fin y al cabo, no sería lo mismo, pensaba en su propia muerte y se preguntaba si, el día que ocurriera, llorarían o darían una fiesta en el Quai Conti. «Me alegro mucho de que no se haya anulado la velada: por mis invitados», dijo el Sr. de Charlus, quien no se daba cuenta de que, al expresarse así, ofendía a la Sra. Verdurin.

Entretanto, a mí me llamaba la atención, como a todas las personas que aquella noche se acercaron a la Sra. Verdurin, un olor bastante poco agradable a rino-gomenol. Se debía a lo siguiente. Sabido es que la Sra. Verdurin nunca expresaba sus emociones artísticas de forma moral, sino física, para que parecieran más inevitables y profundas. Ahora bien, si se le hablaba de la música de Vinteuil, su preferida, permanecía indiferente, como si no esperara de ella la menor emoción, pero, después de unos minutos de mirada inmóvil, casi distraída, te respondía con tono preciso, práctico, casi poco educado, como si te dijera: «Me daría igual que fumara usted, pero es por la alfombra, es muy hermosa, cosa que también me daría igual, pero es muy inflamable, me da mucho miedo el fuego y no quisiera verlos chamuscados a todos, por una colilla mal apagada que pudiera dejar caer al suelo». Lo mismo ocurría con

Vinteuil. Si se hablaba de él, no profesaba la menor admiración, pero, al cabo de un instante, expresaba con frialdad su pesar porque lo tocaran aquel día: «No tengo nada contra Vinteuil; en mi opinión, es el mayor músico del siglo; sólo, que no puedo escuchar esas obras sin dejar de llorar ni un instante» (en modo alguno decía «llorar» con expresión patética, con la misma naturalidad habría dicho «dormir», algunas malas lenguas afirmaban incluso que este último verbo habría sido más apropiado, pues nadie podría decidir, por lo demás, ya que ella escuchaba aquella música con la cara entre las manos y algunos ruidos como de ronquidos podían, al fin y al cabo, ser sollozos). «Llorar no hace daño, por mucho que sea; sólo, que después me da unos resfriados, que me dejan deshecha. Me congestiona la mucosa y, cuarenta y ocho horas después, parezco una vieja borracha y, para que me funcionen las cuerdas vocales, tengo que pasar días haciendo inhalaciones. En fin, un alumno de Cottard…». «Oh, a propósito, no le había dado el pésame, ¡se nos ha marchado bien pronto, el pobre profesor!». «Pues sí, qué quiere usted, ha muerto, como todo el mundo: había matado a bastantes personas para que le llegara, a su vez, el turno de dirigir sus golpes contra sí mismo. Conque le estaba diciendo que uno de sus alumnos, un maestro delicioso, me había tratado de eso. Profesa un axioma bastante original: “Más vale prevenir que curar”. Y me engrasa la nariz antes de que empiece la música. Es radical. Puedo llorar como no sé cuántas madres que hubieran perdido a sus hijos y ni el menor resfriado. A veces un poco de conjuntivitis, pero nada más. La eficacia es absoluta. Sin eso, no habría podido seguir escuchando a Vinteuil. No hacía otra cosa que pasar de una bronquitis a otra».

Yo no pude contenerme más y hablé de la Srta. Vinteuil. «¿Está aquí la hija del autor», pregunté a la Sra. Verdurin, «junto a una de sus amigas?». «No, acabo de recibir precisamente un telegrama», me dijo, evasiva, la Sra. Verdurin. «Se han visto obligadas a quedarse en el campo». Y por un instante tuve la esperanza de que ni siquiera se hubiese planteado la posibilidad de que acudieran y

de que la Sra. Verdurin hubiese anunciado la presencia de esos representantes del autor simplemente para impresionar favorablemente a los intérpretes y al público. «¡Cómo! Entonces, ¿ni siquiera han venido a la representación de esta tarde?», dijo con falsa curiosidad el barón, quien quería aparentar no haber visto a Charlie. Éste vino a saludarme. Yo le pregunté al oído por la excusa de la Srta. Vinteuil. Parecía muy poco al corriente. Yo le hice una seña para que no hablara en voz alta y le avisé de que volveríamos a hablar de eso. Se inclinó… al tiempo que me prometía que tendría mucho gusto en estar a mi entera disposición. Noté que estaba mucho más educado, más respetuoso, que en otro tiempo. Hice un elogio de él —quien tal vez pudiera ayudarme a aclarar mis sospechas— ante el Sr. de Charlus, quien me respondió: «Hace simplemente lo que debe, no valdría la pena que viviera con personas como Dios manda para tener malos modales». Los buenos eran, según el Sr. de Charlus, los antiguos modales franceses, sin sombra de rigidez británica. Así, cuando Charlie, al regresar de una gira por provincias o por el extranjero, desembarcaba con traje de viaje en casa del barón, éste, si no había demasiada gente, lo besaba, campechano, en las dos mejillas, tal vez un poco para alejar, con tanta ostentación de cariño, toda idea de que pudiera ser culpable, tal vez para no privarse de un placer, pero más aún seguramente por literatura y por mantenimiento y ostentación de los antiguos modales de Francia, así como habría protestado contra el estilo muniqués o el *modern style* conservando sillones antiguos de su bisabuela, oponiendo a la flema británica la ternura de un padre sensible del siglo XVIII, que no disimula su alegría al volver a ver a su hijo. ¿Habría algo de incesto en aquel afecto paterno? Más probable es que la forma como el Sr. de Charlus satisfacía habitualmente su vicio y sobre la que más adelante recibiremos algunas aclaraciones, no bastara a sus necesidades afectivas, que habían quedado insatisfechas desde la muerte de su mujer; el caso es que, después de haber pensado varias veces en volver a casarse, se sentía ahora presa de un deseo

maníaco de adoptar y ciertas personas de su círculo temían que lo ejerciera con Charlie, cosa nada extraordinaria. El invertido que sólo ha podido alimentar su pasión con una literatura escrita para los hombres a los que gustan las mujeres, que pensaba en los hombres al leer *Las noches* de Musset, siente la necesidad de entrar igualmente en todas las funciones sociales del hombre que no es invertido: mantener a alguien como el aficionado a las bailarinas o el viejo asiduo a la Ópera y también las de ser formal, casarse con un hombre, ser padre.

Se alejó con Morel con el pretexto de que le explicara lo que iban a interpretar, pero sobre todo porque le complacía profundamente, mientras Charlie le mostraba su música, exponer así, públicamente, su intimidad secreta. Durante ese tiempo yo estaba encantado, pues, aunque el pequeño clan contara con pocas jóvenes, se invitaba a bastantes, para compensar, los días de grandes veladas. Había varias —y muy hermosas— a las que yo conocía. Me enviaban desde lejos sonrisas de bienvenida. Así, el aire estaba decorándose por momentos con una hermosa sonrisa de muchacha. Es el ornamento múltiple y disperso de las veladas, como de los días. Recordamos una atmósfera porque en ella hubo jóvenes sonrientes.

Por otra parte, si se hubieran conocido las palabras furtivas que el Sr. de Charlus había cambiado con varios hombres importantes de aquella velada, habrían causado gran asombro. Esos hombres eran dos duques, un general eminente, un gran escritor, un gran médico, un gran abogado. Ahora bien, las palabras habían sido las siguientes: «A propósito, ¿ha sabido usted si el lacayo, no, me refiero al muchachito que monta en el coche…? Y en casa de su prima de Guermantes, ¿no conoce usted a nadie?». «Actualmente, no». «Oiga, delante de la puerta de entrada, donde los coches, había un jovencito rubio, con pantalón corto, que me ha parecido de lo más simpático. Ha llamado, muy amable, a mi coche, me habría gustado mucho prolongar la conversación». «Sí, pero me parece que es totalmente hostil y, además, es que se anda con remilgos,

conque a usted, a quien gusta que las cosas salgan a la primera, se le quitarían las ganas. Por lo demás, sé que no hay nada que hacer, uno de mis amigos lo ha intentado». «¡Qué pena! Su perfil me había parecido muy fino y el pelo soberbio». «¿De verdad le parece tan bien? Creo que, si lo hubiera visto un poco más, se habría desilusionado. No, en el ambigú es donde habría visto hace tan sólo dos meses una verdadera maravilla, un buen mozo de dos metros de alto, una piel ideal y, además, que le gustaba el asunto, pero se marchó a Polonia». «¡Ah! Eso queda un poco lejos». «¿Quién sabe? Tal vez vuelva. Siempre vuelve a haber encuentros en la vida». No hay gran velada humana —si, para hacerle una sección, se sabe tomarla a una profundidad suficiente— que no se parezca a esas veladas en que los médicos invitan a sus enfermos, quienes dicen palabras muy sensatas, tienen muy buenos modales y no revelarían que están locos, si no nos susurraran al oído, al tiempo que indican a un anciano que pasa: «Es Juana de Arco».

«Creo que tendríamos el deber de aclararlo», dijo la Sra. Verdurin a Brichot. «Lo que hago no es contra Charlus, al contrario. Es agradable y, en cuanto a su reputación, ¡he de decirle que es de un estilo que no puede perjudicarme! Incluso yo, que para nuestro pequeño clan, para nuestras cenas de conversación, detesto los coqueteos, los hombres que dicen necedades a una mujer en un rincón, en lugar de abordar asuntos interesantes, con Charlus no había de temer lo que me ocurrió con Swann, con Elstir, con tantos otros. Con él yo estaba tranquila, llegaba a mis cenas, podía haber en ellas todas las mujeres del mundo, pero estábamos seguros de que la conversación general no se vería perturbada con coqueteos, susurros. Charlus es especial, estamos tranquilos, es como un sacerdote. Sólo, que no debe permitirse regentar a los jóvenes que vienen aquí y alterar nuestro pequeño núcleo, porque, si no, será peor que un mujeriego». Y la Sra. Verdurin era sincera al proclamar así su indulgencia por el charlismo. Como todo poder eclesiástico, consideraba las debilidades humanas menos graves que lo que podía debilitar el principio de autoridad, perjudicar a la

ortodoxia, modificar el antiguo credo, en su pequeña iglesia. «Si no, enseño los dientes. Es que ese buen señor impidió a Charlie venir a un ensayo, porque él no estaba invitado. Por eso, va a haber una advertencia seria y espero que baste; si no, no quedará otro remedio que ponerlo en la puerta. ¡Por Dios! Es que lo aísla». Y, utilizando exactamente las mismas expresiones que casi todo el mundo, pues hay algunas, poco habituales, que determinado asunto particular, determinada circunstancia, hacen afluir casi necesariamente a la memoria del conversador que cree expresar libremente su pensamiento y no hace sino repetir maquinalmente la lección universal, añadió: «No podemos verlo, sin que lleve pegado como una lapa a ese grandullón, que parece un guardaespaldas». El Sr. Verdurin propuso llevarse un momento a Charlie para hablar con él, con el pretexto de preguntarle algo. La Sra. Verdurin temió que después se sintiera alterado y tocase mal. «Más valdría aplazar esa ejecución hasta después de la música e incluso dejarla tal vez para otra ocasión». Pues, por mucho que la Sra. Verdurin saboreara de antemano la deliciosa emoción que sentiría cuando tuviera a su marido haciendo aclaraciones a Charlie en un cuarto contiguo, temía que, si fracasaba esa gestión, se enfadara y no se presentase el día 16.

Lo que perdió al Sr. de Charlus aquella noche fue la mala educación —tan frecuente en aquel mundo— de las personas a las que había invitado y que empezaban a llegar. Como habían acudido a la vez por amistad para con el Sr. de Charlus y con la curiosidad de entrar en un lugar semejante, cada una de las duquesas iba derecha hasta el barón, como si fuera él quien recibiese, y decía, a un paso de los Verdurin, que lo oían todo: «Enséñeme dónde está la tía Verdurin, ¿cree usted que es indispensable que me presente? Al menos espero que no mande citar mi nombre en el periódico de mañana, sería como para malquistarme con todos los míos. ¡Cómo! ¿Es esa señora de pelo blanco? Pues no tiene demasiada mala pinta». Al oír hablar de la Srta. Vinteuil, ausente, por lo demás, más de una decía: «¡Ah! ¿La hija del de la sonata? Enséñemela» y, al

encontrarse con muchas amigas suyas, hacían grupo aparte, espiaban, chispeantes de curiosidad irónica, la entrada de los fieles, sólo encontraban para señalar con el dedo el peinado un poco singular de una persona que, unos años después, iba a ponerlo de moda en la más alta sociedad y, en resumidas cuentas, lamentaban que no les pareciera aquel salón tan diferente como habían esperado de los que conocían, con lo que experimentaban la decepción que personas de la alta sociedad que, después de haber ido al cabaret de Bruant con la esperanza de verse abroncados por el cantante, se hubieran visto acogidas en la entrada con un saludo correcto, en lugar de la cantinela esperada: «Pero ¿habéis visto qué jeta, qué jeró? ¡Ah! Pero ¡hay que ver qué jeta!».

En Balbec, el Sr. de Charlus había criticado, delante de mí, con finura a la Sra. de Vaugoubert, quien, pese a su gran inteligencia, había causado —después de la fortuna inesperada— la irremediable desgracia de su marido. Los soberanos ante los cuales estaba acreditado el Sr. de Vaugoubert —el rey Teodosio y la reina Eudoxia — habían vuelto a París, pero aquella vez para una estancia de cierta duración, y se habían dado fiestas cotidianas en su honor, durante las cuales la Reina, que era amiga de la Sra. de Vaugoubert, a quien veía desde hacía diez años en su capital, y no conocía ni a la mujer del Presidente de la República ni a las mujeres de los ministros, se había alejado de éstas para formar un grupo aparte con la embajadora. Ésta, creyendo que su posición estaba totalmente fuera de peligro, pues al Sr. de Vaugoubert se debía la alianza entre el rey Teodosio y Francia, había concebido —por la preferencia de que le daba muestras la Reina— una satisfacción orgullosa, pero ninguna inquietud ante el peligro que la amenazaba y que se materializó unos meses después en el acontecimiento, erróneamente considerado imposible por la demasiado confiada pareja, de la brutal jubilación del Sr. de Vaugoubert. El Sr. de Charlus, al comentar en el «tren-tranvía» la caída de su amigo de la infancia, se asombraba de que una mujer inteligente no hubiera recurrido en semejante circunstancia a toda su influencia en los

soberanos para obtener de ellos que no lo pareciera y a hacerles dedicar a la mujer del Presidente de la República y a las de los ministros una amabilidad que las habría halagado tanto más —es decir, que habrían estado tanto más propensas, con su satisfacción, a agradecer a los Vaugoubert— cuanto que la habrían considerado espontánea y no dictada por ellos, pero quien ve los fallos ajenos, a poco que las circunstancias lo embriaguen un poco, sucumbe a ellos, a su vez, y el Sr. de Charlus, mientras sus invitados se abrían paso para ir a felicitarlo, darle las gracias, como si hubiera sido el señor de la casa, no pensó en pedirles que dijesen unas palabras a la Sra. Verdurin. Sólo la reina de Nápoles, que albergaba la misma noble sangre que sus hermanas la emperatriz Élisabeth y la duquesa de Alençon, se puso a charlar con la Sra. Verdurin, como si hubiera acudido por el placer de ver a ésta más que por la música y por el Sr. de Charlus, hizo mil declaraciones a la Señora, no cesó de citar sus ganas, desde hacía mucho, de conocerla, la felicitó por su casa y le habló de los asuntos más diversos como si estuviera de visita. Le habría gustado tanto llevar a su sobrina Élisabeth (la que poco después iba a casarse con el príncipe Alberto de Bélgica), ¡y que iba a sentirlo tanto! Se calló al ver a los músicos instalarse en el estrado y pidió que le indicaran a Morel. No debía de hacerse demasiadas ilusiones sobre los motivos que movían al Sr. de Charlus a querer rodear al joven virtuoso de tanta gloria, pero su antigua sensatez de soberana por la que corría una de las sangres más nobles de la Historia, las más ricas en experiencia, escepticismo y orgullo, le hacía considerar las taras inevitables de las personas a las que más quería, como su primo Charlus (hijo, como ella, de una duquesa de Baviera), sólo como infortunios que les volvían más precioso el apoyo que podían encontrar en ella y hacían, en consecuencia, que tuviera más gusto en prestárselo. Sabía que el Sr. de Charlus se sentía doblemente emocionado de que ella se hubiese molestado en semejante circunstancia. Sólo, que aquella mujer heroica y tan buena como brava se había mostrado, pues, como reina-soldado, había disparado

personalmente sobre las murallas de Gaeta, dispuesta como estaba siempre a ponerse caballerosamente del lado de los débiles, había procurado fingir —al ver sola y abandonada a la Sra. Verdurin, quien, además, ignoraba que no debía haberse separado de la Reina— que para ella, la reina de Nápoles, el centro de aquella velada, el punto de atracción que la había hecho acudir era la Sra. Verdurin. Se disculpó sin cesar por no poder quedarse hasta el final, pues debía —pese a que nunca salía— ir a otra velada, y pidió que sobre todo, cuando se fuera, no se molestaran por ella, con lo que exoneraba a la Sra. Verdurin de unos honores que, por lo demás, ésta no sabía que se debían rendirle.

Sin embargo, para ser justos, hay que reconocer al Sr. de Charlus que, si bien olvidó enteramente a la Sra. Verdurin y dejó que la olvidaran, hasta el escándalo, las personas «de su mundo» a las que había invitado, comprendió, en cambio, que no debía dejarlas mantener, ante la propia «manifestación musical», los malos modales manifestados para con la Señora. Morel había subido ya al estrado, los artistas estaban agrupándose y aún se oían conversaciones o incluso risas, cosas como «parece que es cosa de iniciados». Al instante el Sr. de Charlus, irguiéndose y echando la cabeza hacia atrás, como si hubiera entrado dentro de un cuerpo distinto al que antes había yo visto llegar arrastrando los pies a casa de la Sra. Verdurin, adoptó una expresión de profeta y contempló la asamblea con la máxima seriedad para significar que no era el momento de reír y ante la cual se vio enrojecer bruscamente el rostro de más de una invitada, cogida en falta como una alumna por su profesor en plena clase. Para mí, la actitud —tan noble, por lo demás— del Sr. de Charlus tenía cierta comicidad, pues ora fulminaba a sus invitados con miradas encendidas ora —a fin de indicarles como en un *vade mecum* el religioso silencio que convenía observar, el desapego de toda preocupación mundana— presentaba, a su vez, alzando hacia su hermosa frente sus manos enfundadas en guantes blancos, un modelo —al que había que ajustarse— de gravedad, casi éxtasis ya, sin responder a los

saludos de los remolones, bastante indecentes para no entender que había llegado la hora del gran Arte. Todos quedaron hipnotizados, no se atrevieron a proferir un solo sonido, mover una silla; el respeto a la música —gracias al prestigio de Palamède— había quedado súbitamente inculcado a una muchedumbre tan mal educada como elegante.

Al ver situarse en el pequeño estrado no sólo a Morel y un pianista, sino también a otros instrumentistas, pensé que iban a comenzar con obras de músicos distintos de Vinteuil, pues creía yo que de él sólo se conocía su sonata para piano y violín.

La Sra. Verdurin se sentó aparte, con los hemisferios de su blanca y rosácea frente magníficamente abombados, el pelo echado hacia atrás, a medias en imitación de un retrato del siglo XVIII y a medias por necesidad de frescor de una afiebrada a quien el pudor impedía manifestar su estado, aislada, divinidad que presidía las solemnidades musicales, diosa del wagnerianismo y la migraña, como una Norne casi trágica, revolcada por el genio en medio de aquellos aburridos, delante de los cuales iba a dignarse menos aún que de costumbre expresar impresiones, al oír una música que conocía mejor que ellos. Comenzó el concierto y yo no conocía lo que tocaban; me encontraba en un país desconocido. ¿Dónde situarlo? ¿En la obra de qué autor me encontraba? Me habría gustado mucho saberlo y, al no tener cerca de mí a nadie a quien preguntarlo, me habría gustado ser un personaje de *Las mil y una noches*, libro que releía sin cesar y en el que en los momentos de incertidumbre surge de repente un genio o una adolescente de una belleza arrebatadora, invisible para los demás, pero no para el héroe confuso, a quien revela exactamente lo que quiere saber. Ahora bien, en aquel momento, me vi favorecido precisamente por una aparición mágica semejante. Como cuando, en un país que no creemos conocer y que, en efecto, hemos abordado por un punto nuevo, después de haber girado en un camino, desembocamos de repente en otro cuyos menores rincones nos resultan familiares, pero simplemente no teníamos la costumbre de llegar por allí, nos

decimos de pronto: «Pero si es el caminito que lleva a la puertecita del jardín de mis amigos ***; estoy a dos minutos de su casa», y, en efecto, ahí está su hija, que ha venido a saludarnos al pasar; así, de repente me reconocí en medio de aquella música nueva para mí, en plena sonata de Vinteuil, y —más maravillosa que una adolescente— la frasecita, envuelta, ataviada, en plata, toda rutilante de sonoridades brillantes, ligeras y suaves como chales, vino hasta mí, reconocible bajo sus nuevos aderezos. Mi alegría por haberla reencontrado aumentaba con el acento tan amistosamente conocido que adquiría para dirigirse a mí, tan persuasivo, tan sencillo, no sin dejar estallar aquella belleza tornasolada con la que resplandecía. Por lo demás, su significado no era aquella vez otro que el de mostrarme el camino, que no era el de la sonata, pues se trataba de una obra inédita de Vinteuil, en la que se había divertido simplemente —mediante una alusión que justificaba en aquel punto una palabra del programa que se debería haber tenido al mismo tiempo ante los ojos— haciendo aparecer en ella por un instante la frasecita. Apenas recordada así, desapareció y volví a encontrarme en un mundo desconocido, pero ahora sabía —y nada cesó ya de confirmarme— que aquel mundo era uno de los que no había podido yo siquiera concebir como creado por Vinteuil, pues, cuando, cansado de la sonata, que era un universo agotado para mí, intentaba yo imaginar otros tan bellos, pero diferentes, hacía lo mismo que esos poetas que llenan su supuesto Paraíso de praderas, flores, ríos calcados de los de la Tierra. Lo que tenía ante mí me hacía sentir tanto gozo como la sonata, si no la hubiese conocido, y, por consiguiente, al ser tan hermoso, era diferente. Mientras que la sonata se iniciaba con un alba de azucena y campestre, que dividía su candor ligero, pero para suspenderse del enmarañamiento ligero —y, sin embargo, consistente— de una cuna rústica de madreselvas sobre geranios blancos, sobre superficies unidas y planas como las del mar, en una mañana tormentosa, comenzaba, en medio de un agrio silencio, en un vacío infinito, la obra nueva, y en un rosa de aurora salía ese universo desconocido

—para construirse progresivamente delante de mí— del silencio y la noche. Ese rojo tan nuevo, tan ausente de la tierna, campestre y cándida sonata, teñía todo el cielo, como la aurora, de una esperanza misteriosa y un canto traspasaba ya el aire, canto de siete notas, pero lo más desconocido, lo más diferente de todo lo que hubiera yo jamás imaginado, a la vez inefable y chillón, ya no arrullo de paloma, como en la sonata, sino desgarrando el aire, tan vivo como el matiz escarlata en el que estaba ahogado el comienzo, algo como un místico canto del gallo, una llamada inefable, pero agudísima, de la mañana eterna. La atmósfera fría, lavada por la lluvia, eléctrica —de una calidad tan diferente, con presiones muy distintas, en un mundo tan alejado del virginal y amueblado de vegetales de la sonata— cambiaba a cada instante y borraba la promesa purpurada de la Aurora. Sin embargo, al mediodía, en una insolación ardiente y pasajera, parecía cumplirse en una felicidad cargada, lugareña y casi rústica, en la que el titubeo de campanas estrepitosas y desencadenadas (semejantes a las que incendiaban con calor la plaza de la iglesia de Combray y que Vinteuil, quien debía de haberlas oído con frecuencia, tal vez hubiera encontrado en su memoria, como un color al alcance de la mano en una paleta) parecía materializar la alegría más densa. A decir verdad, estéticamente ese motivo de alegría no me gustaba; me parecía casi feo, su ritmo se arrastraba tan penosamente por el suelo, que se habría podido imitar casi todo lo esencial, sólo con ruidos, golpeando de determinada forma con palitos en una mesa. Me parecía que a Vinteuil le había fallado el estro y, en consecuencia, a mí me faltó ahí un poco de capacidad de atención.

Miré a la Señora, cuya hosca inmovilidad parecía protestar contra el seguimiento de los compases por las cabezas ignorantes de las señoras del Faubourg. La Sra. Verdurin no decía: «Como comprenderán, me conozco yo un poquito esta música, ¡un poquito, vamos! Si tuviera que expresar todo lo que siento, sería el cuento de nunca acabar». No lo decía, pero su cuerpo recto e inmóvil, sus ojos sin expresión, sus mechones huidizos, lo decían por ella.

Expresaban también su valor: ya podían los músicos darle duro ahí, no tener compasión con sus nervios, que no flaquearía con el *andante* ni gritaría con el *allegro*. Miré a los músicos. El violonchelista dominaba el instrumento que estrechaba entre sus rodillas e inclinaba la cabeza, a la que unas facciones vulgares daban, en los instantes de manierismo, una expresión involuntaria de hastío; se inclinaba sobre su contrabajo, lo palpaba con la misma paciencia doméstica que si estuviera pelando una col, mientras que, cerca de él, la arpista, aún niña, con falda corta, superada por todos lados por los rayos horizontales del cuadrilátero de oro, semejante a los que, en la cámara mágica de una sibila, figurarían arbitrariamente el éter, según las formas consagradas, parecía ir a buscar aquí y allá, en el punto asignado, un sonido delicioso, del mismo modo que, como una diosecilla alegórica, alzada delante del enrejado de oro de la bóveda celeste, hubiera recogido en ella —una por una— estrellas. En cuanto a Morel, un mechón hasta entonces invisible y confundido con su cabellera acababa de desprenderse y hacerle un bucle en la frente.

Volví imperceptiblemente la cabeza hacia el público para ver lo que el Sr. de Charlus parecía pensar de dicho mechón, pero mis ojos sólo se encontraron con el rostro —o, mejor dicho, las manos— de la Sra. Verdurin, pues aquél estaba enteramente hundido en éstas. ¿Querría la Señora mediante aquella actitud de recogimiento mostrar que se consideraba como en la iglesia y no le parecía aquella música diferente de la más sublime de las oraciones? ¿Querría —como ciertas personas en la iglesia— ocultar a las miradas indiscretas —ya sea por pudor— su supuesto fervor o —por respeto humano— su distracción culpable o un sueño invencible? Esta última hipótesis fue la que un ruido regular, no musical, me hizo considerar por un instante la verdadera, pero en seguida me di cuenta de que lo producían los ronquidos, no de la Sra. Verdurin, sino de su perra.

Pero muy pronto, al haber sido el motivo triunfal de las campanas expulsado, dispersado, por otros, volví a verme envuelto

en aquella música y me daba cuenta de que, si en el seno de aquel septeto se exponían sucesivamente elementos distintos para combinarse al final, así mismo su sonata y, como supe más adelante, sus otras obras habían sido, todas ellas, en comparación con aquel septeto, tan sólo tímidos ensayos, deliciosos, pero muy endebles, en comparación con la obra maestra triunfal y completa que en aquel momento estaba revelándoseme, y no podía por menos de recordar, por comparación, que, así mismo también, había yo pensado en los otros mundos que había podido crear Vinteuil como universos cerrados, como había sido cada uno de sus amores, pero, en realidad, había de confesarme que, como en el seno de aquel último amor —el que sentía por Albertine— mis primeras veleidades de amarla (en Balbec muy al principio, después tras la partida del juego del hurón, luego la noche en que ella se acostó en el hotel, más adelante en París el domingo brumoso, después la noche de la fiesta de Guermantes, luego en Balbec de nuevo y, por último, en París, donde mi vida estaba estrechamente unida a la suya), así también, si examinaba ahora —no ya mi amor por Albertine, sino— toda mi vida, mis otros amores habían sido simples ensayos ligeros y tímidos que preparaban, llamadas que reclamaban, aquel más vasto amor… el amor por Albertine. Y dejé de seguir la música para volver a preguntarme si habría visto o no Albertine a la Srta. Vinteuil en aquellos días, así como interrogamos de nuevo un sufrimiento interno que la distracción nos ha hecho olvidar por un momento, pues en mí ocurrían las posibles acciones de Albertine. De todas las personas que conocemos tenemos un doble, pero, como suele estar situado en el horizonte de nuestra imaginación, de nuestra memoria, sigue siendo relativamente exterior a nosotros y lo que ha hecho o ha podido hacernos no entraña para nosotros más elemento doloroso que un objeto situado a cierta distancia y que sólo nos procure las sensaciones indoloras de la vista. Lo que afecta a dichas personas lo percibimos de forma contemplativa, podemos deplorarlo en términos apropiados que dan a los otros la idea de nuestro buen corazón, pero no lo sentimos.

Ahora bien, desde mi herida de Balbec, en mi corazón y a una gran profundidad, difícil de extraer, era donde estaba el doble de Albertine. Lo que yo veía de ella me lesionaba como a un enfermo cuyos sentidos estuvieran tan fastidiosamente transpuestos, que experimentaría interiormente la visión de un color como una incisión en plena carne. Por fortuna, no había yo cedido a la tentación de romper aún con Albertine; el fastidio de tener que volver a verla después como a una mujer muy querida, cuando regresara a casa, era muy poca cosa, comparada con la ansiedad que habría tenido yo, si la separación se hubiera producido en aquel momento en que abrigaba una duda sobre ella y antes de que ella hubiese tenido tiempo de resultarme indiferente, y en el momento en que me la imaginaba así, esperándome en casa, pareciéndole larga la espera, habiéndose dormido tal vez un instante en su habitación, me acarició al pasar una tierna frase familiar y doméstica del septeto. Tal vez —en vista de que todo se entrecruza y se superpone tanto en nuestra vida interior— se la hubiera inspirado a Vinteuil el sueño de su hija, causa en aquel momento de todos mis padecimientos, cuando envolvía con su dulzura, en las veladas apacibles, el trabajo del músico, aquella frase que me calmó tanto con el mismo transfondo suave de silencio que pacifica ciertos ensueños de Schumann, durante los cuales, incluso cuando «habla el poeta», se adivina que «el niño duerme». Dormida, despierta, volvería a ver aquella noche, cuando me pluguiera regresar a casa, a Albertine, mi niña, y, sin embargo, algo más misterioso que el amor de Albertine parecía —me dije— prometido al comienzo de aquella obra, en aquellos primeros gritos de aurora. Intenté desechar el pensamiento de mi amiga para pensar sólo en el músico. Además, es que parecía estar allí. Parecía que el autor, reencarnado, vivía por siempre jamás en su música; se sentía el gozo con el que elegía el color de tal timbre y lo combinaba con los otros, pues a dones más profundos sumaba Vinteuil el que pocos músicos e incluso pocos poetas han tenido: el de usar colores no sólo tan estables, sino también tan personales, que, así como el tiempo no altera su frescor, los

alumnos que imitan a quien los ha encontrado y los maestros mismos que lo superan no hacen palidecer su originalidad. La revolución que representa no ve sus resultados asimilarse anónimamente en las épocas siguientes; se desencadena y estalla de nuevo y sólo cuando se vuelven a interpretar las obras del innovador a perpetuidad. Cada timbre iba subrayado por un color que ninguna de las reglas del mundo aprendidas por los músicos más sabios podría imitar, de modo que Vinteuil, pese a haber llegado en su momento y estar fijado a su puesto en la evolución de la música, lo abandonaría siempre para ir a ocupar la cabeza en cuanto se interpretara una de sus producciones, que debería parecer nacida después de la de músicos más recientes, por aquel carácter, en apariencia contradictorio y, en efecto, engañoso, de novedad duradera. Una página sinfónica de Vinteuil, conocida ya en el piano y que se esperaba en la orquesta, como un rayo de luz estival descompuesto por el prisma de la ventana antes de su entrada en un comedor obscuro, descubría, como un tesoro insospechado y multicolor, todas las pedrerías de *Las mil y una noches*, pero ¿cómo comparar con aquel inmóvil deslumbramiento de la luz lo que era vida, movimiento perpetuo y feliz? Aquel Vinteuil a quien yo había conocido tan tímido y triste, tenía —cuando había que elegir un timbre, añadirle otro— audacias y —en el sentido más pleno de la palabra— una felicidad sobre la cual la audición de una obra suya no dejaba abrigar duda alguna. El gozo que le habían causado tales sonoridades, las fuerzas aumentadas que le habían dado para descubrir otras seguían conduciendo al auditor de hallazgo en hallazgo o, mejor dicho, era el creador el que lo conducía en persona, obteniendo de los colores recién encontrados un gozo demente que le daba el poder de descubrir, de arrojarse sobre aquellos a los que parecía llamar, embelesado, estremeciéndose como con el choque de una chispa, cuando lo sublime nacía por sí solo del encuentro de los cobres, anhelante, embriagado, enloquecido, vertiginoso, mientras pintaba su gran fresco musical, como Miguel Ángel atado a su escala y lanzando,

con la cabeza para abajo, tumultuosas pinceladas al techo de la Capilla Sixtina. Vinteuil llevaba muchos años muerto, pero, en medio de aquellos instrumentos que había amado, había tenido la posibilidad de perseguir, por tiempo ilimitado, una parte al menos de su vida. ¿Sólo de su vida de hombre? Si el arte era una simple prolongación de la vida, ¿valía la pena sacrificarle nada? ¿No era acaso tan irreal como ella? Escuchando mejor aquel septeto, no podía pensarlo yo. Seguramente el rojizo septeto difería de forma singular de la blanca sonata y la tímida interrogación a la que respondía la frasecita de la súplica jadeante para encontrar el cumplimiento de la extraña promesa, que había resonado, tan agria, tan sobrenatural, tan breve, haciendo vibrar el rojo aún inerte del cielo matinal por encima del mar, y, sin embargo, aquellas frases tan diferentes se componían de los mismos elementos, pues, así como había cierto universo, perceptible para nosotros en aquellas partículas dispersas aquí y allá, en semejantes moradas, en semejantes museos, y que era el universo de Elstir, el que veía, aquel en el que vivía, así también la música de Vinteuil extendía, notas a notas, pinceladas a pinceladas, las coloraciones desconocidas, inestimables, de un universo insospechado, fragmentado por las lagunas que dejaban entre sí las audiciones de su obra; aquellas dos interrogaciones tan desemejantes que imponían el movimiento tan distinto de la sonata y del septeto —una que rompía en llamadas breves una línea continua y pura, la otra que volvía a soldar en una armadura invisible fragmentos dispersos; una, tan apacible y tímida, casi separada y como filosófica; la otra, tan apremiante, ansiosa, implorante— constituían, sin embargo, una misma oración, nacida ante diferentes salidas del sol interiores y sólo refractada a través de los medios diferentes de pensamientos distintos, de investigaciones artísticas en progreso durante años, en las que había querido crear algo nuevo: oración, esperanza, que era, en el fondo, la misma, reconocible bajo sus disfraces en las diversas obras de Vinteuil y que, por otra parte, sólo se encontraba en ellas. Los musicógrafos podían encontrar el parentesco, la

genealogía, de aquellas frases en otros grandes músicos, pero sólo por razones accesorias, semejanzas exteriores, analogías más ingeniosamente encontradas por el razonamiento que sentidas por la impresión directa. La que causaban aquellas frases de Vinteuil era diferente de cualquier otra, como si, pese a las conclusiones que parecen desprenderse de la ciencia, lo individual existiera y, precisamente cuando intentaba poderosamente ser innovador, se reconocían, bajo las diferencias aparentes, las similitudes profundas y los parecidos deseados que había en el seno de una obra; cuando Vinteuil recogía en diversas vueltas una misma frase, la diversificaba, se divertía cambiándole el ritmo, haciéndola reaparecer en su forma primera; aquellas semejanzas, deseadas, obra de la inteligencia, forzosamente superficiales, nunca llegaban a ser tan sorprendentes como las disimuladas, involuntarias, que estallaban con colores diferentes, entre las dos obras maestras distintas, pues entonces Vinteuil, intentando poderosamente ser innovador, se interrogaba a sí mismo, con toda la potencia de su esfuerzo creador y alcanzaba su propia esencia en esas profundidades en las que, sea cual fuere la pregunta que se le haga, responde con el mismo acento, el suyo propio. Era un acento —aquel de Vinteuil— separado del de otros músicos por una diferencia mucho mayor que la que percibimos entre la voz de dos personas, incluso entre el mugido y el grito de dos especies animales, una verdadera diferencia, la que había entre el pensamiento de semejante músico y las eternas investigaciones de Vinteuil, la pregunta que se hizo en tantas formas, su habitual elucubración, pero tan liberada de las formas analíticas del razonamiento como si se hubiera ejercido en el mundo de los ángeles, de modo que podemos calibrar su profundidad, pero tan poco traducirla al lenguaje humano como los espíritus desencarnados, cuando, al evocarlos un médium, les pregunta por los secretos de la muerte; de todos modos y aun teniendo en cuenta esa originalidad adquirida que me había impresionado por la tarde, ese parentesco también que los musicógrafos podrían encontrar

entre otros músicos, a un acento único es, pues, al que sin duda se elevan, al que vuelven, a su pesar, esos grandes cantores que son los músicos originales y que es una prueba de la existencia irreductiblemente individual del alma. Aunque Vinteuil intentara hacer algo más solemne, más grande, algo vivo y alegre, lo que veía reflejarse en belleza en el espíritu del público, sumergía todo, a su pesar, bajo una ola de fondo que vuelve su canto eterno y al instante reconocido. Aquel canto, diferente del de los otros, semejante a todos los suyos, ¿dónde lo había aprendido, oído, Vinteuil? Así, cada artista parece como el ciudadano de una patria desconocida, olvidada por él mismo, diferente de aquella de la que llegará, zarpando para la Tierra, otro gran artista. A lo sumo, Vinteuil parecía haberse acercado a esa patria en sus últimas obras. La atmósfera en ella no era la misma que en la sonata, las frases interrogativas resultaban más apremiantes, más inquietas, las respuestas más misteriosas; el aire deslavado de la mañana y de la noche parecía influir en ella hasta las cuerdas de los instrumentos. Por mucho que Morel se esforzara por tocar maravillosamente, los sonidos que producía su violín me parecieron singularmente agudos, casi chillones. Aquella acritud gustaba y, como en ciertas voces, se sentía en ella como una cualidad moral y una superioridad intelectual, pero podía chocar. Cuando la visión del universo se modifica, se depura, se vuelve más adecuada para el recuerdo de la patria interior, es muy natural que se plasme en una alteración general de las sonoridades en el músico, como del color en el pintor. Por lo demás, el público más inteligente no se equivoca al respecto, ya que más adelante se declararon las últimas obras de Vinteuil como las más profundas. Ahora bien, ningún programa, ningún tema, aportaba un elemento intelectual de juicio. Así, pues, se adivinaba que se trataba de una transposición, en el orden sonoro, de la profundidad.

Los músicos no recuerdan esa patria perdida, pero cada uno de ellos permanece siempre inconscientemente acordado en cierto unísono con ella; delira de alegría, cuando canta según su patria, la

traiciona a veces por amor de la gloria, pero entonces, al buscar la gloria, la rehúye y sólo desdeñándola la encuentra, cuando el músico, sea cual fuere el asunto que trate, entona ese canto singular cuya monotonía —pues, sea cual fuere el asunto tratado, permanece idéntico a sí mismo— demuestra en su autor la fijeza de los elementos que componen su alma, pero entonces, ¿acaso no revela el arte de Vinteuil, como el de un Elstir —al exteriorizar en los colores del espectro la composición íntima de esos mundos que llamamos individuos y que sin el arte jamás conoceríamos— esos elementos, todo ese residuo real, que nos vemos obligados a guardar para nosotros mismos, que la conversación no puede transmitir ni siquiera de amigo a amigo, de maestro a discípulo, de amante a amante, esa sensación inefable que diferencia cualitativamente lo que cada cual ha sentido y que se ve obligado a dejar en el umbral de las frases en las que no puede comunicar con los demás salvo limitándose a puntos exteriores comunes a todos y sin interés? Aunque dispusiéramos de alas y otro aparato respiratorio que nos permitiesen atravesar la inmensidad, no nos servirían de nada, pues, si fuéramos a Marte y a Venus conservando los mismos sentidos, revestirían con el mismo aspecto que las cosas de la Tierra todo lo que pudiéramos ver. El único viaje verdadero, el único baño de juventud, no sería ir hacia nuevos paisajes, sino tener otros ojos, ver el universo con los ojos de otro, con otros cien, ver los cien universos que cada uno de ellos ve, que cada uno de ellos es, y podemos verlo con un Elstir, con un Vinteuil, con sus pares, volamos en verdad de estrellas en estrellas.

El *andante* acababa de terminar con una frase henchida de una ternura a la que yo me había entregado por entero; entonces hubo, antes del movimiento siguiente, un instante de reposo, en el que los ejecutantes depusieron sus instrumentos y los auditores intercambiaron algunas impresiones. Un duque, para mostrar que era un entendido, declaró: «Es muy difícil de interpretar bien». Personas más agradables hablaron conmigo un momento, pero ¿qué eran sus palabras, que, como toda el habla humana exterior,

me dejaban tan indiferente, en comparación con la celestial frase musical con la que acababa yo de conversar? Era yo en verdad como un ángel que, despojado de las embriagueces del Paraíso, cae en la más insignificante realidad y, del mismo modo que ciertas personas son los últimos testigos de una forma de vida que la naturaleza ha abandonado, yo me preguntaba si no sería la música el ejemplo único de lo que habría podido ser —si no hubiera habido la invención del lenguaje, la formación de las palabras, el análisis de las ideas— la comunicación de las almas. Es como una posibilidad que no ha tenido consecuencias, la Humanidad se ha internado por otras vías, la del lenguaje hablado y escrito, pero ese regreso a lo no analizado era tan embriagador, que, al salir de aquel paraíso, el contacto de las personas más o menos inteligentes me parecía de una insignificancia extraordinaria. Mientras escuchaba la música, había podido recordar a las personas, mezclarlas con ella, o, mejor dicho, con la música había yo mezclado sólo el recuerdo de una sola persona, el de Albertine, y la frase con la que concluía el *andante* me parecía tan sublime, que lamentaba su desconocimiento por parte de Albertine y, si hubiera sabido qué honor era para ella estar mezclada con algo tan grande que nos reunía y cuya patética voz parecía haber adoptado, no lo habría comprendido, pero, una vez interrumpida la música, las personas que había allí parecían demasiado insulsas. Distribuyeron algunos refrescos. El Sr. de Charlus interpelaba de vez en cuando a un sirviente: «¿Cómo está usted? ¿Recibió mi continental? ¿Vendrá?». Seguramente había en aquellas interpelaciones la libertad del gran señor que cree halagar y que es más parte del vulgo que el burgués, pero también la marrullería del culpable convencido de que a quien alardea se lo considera, por esa razón precisamente, inocente. Y añadía, con el tono Guermantes de la Sra. de Villeparisis: «Es un muchacho muy majo, muy buena persona, con frecuencia le doy trabajo en mi casa». Pero sus habilidades se volvían contra el barón, pues se consideraban chocantes sus cortesías tan íntimas y

sus continentales para lacayos. Por lo demás, éstos se sentían menos halagados que incómodos por lo que dirían sus compañeros.

Entretanto, el septeto, que había vuelto a comenzar, avanzaba hacia su fin; en varias ocasiones reaparecía tal o cual frase de la sonata, pero todas las veces cambiaba, con un ritmo, un acompañamiento diferentes —la misma y, sin embargo, distinta, como vuelven las cosas en la vida— y era una de esas frases que, sin que se pueda entender qué afinidad les asigna como morada única y necesaria el pasado de cierto músico, sólo se encuentran en su obra y aparecen constantemente en ella, cuyas hadas, dríadas y divinidades familiares son. Yo había distinguido al principio en el septeto dos o tres que me recordaban a la sonata. Pronto —bañada en la niebla violeta que se elevaba sobre todo del último período de la obra de Vinteuil, de modo que, incluso cuando introducía en algún punto una danza, permanecía cautiva en un ópalo— percibí otra frase de la sonata, que permanecía tan lejana aún, que apenas la reconocía yo; se acercó, vacilante, desapareció como amedrentada y después regresó, se enlazó con otras, procedentes, como supe más adelante, de otras obras, llamó a otras que se volvían, a su vez, atrayentes y persuasivas, en cuanto eran amenazadas y entraban en la ronda, la ronda divina, pero que había permanecido invisible para la mayoría de los oyentes, quienes, al no tener delante sino un velo confuso a través del cual no veían nada, puntuaban arbitrariamente con exclamaciones admirativas un aburrimiento continuo con el que creían ir a morir. Después se alejaron, salvo una que vi pasar de nuevo cinco o seis veces, sin que pudiera vislumbrar su rostro, pero tan acariciadora, tan distante —como seguramente la frasecita de la sonata para Swann— de lo que mujer alguna había hecho desear jamás, que aquella frase, que me ofrecía con una voz tan dulce una felicidad digna en verdad de alcanzar, tal vez sea —esa criatura invisible cuyo lenguaje yo no conocía y entendía tan bien— la única Desconocida que haya tenido oportunidad de conocer jamás. Después aquella frase se deshizo, se transformó, como hacía la frasecita de la sonata, y se convirtió en la misteriosa

llamada del comienzo. Una frase de carácter doloroso se opuso a ella, pero tan profunda, tan vaga, tan interna, casi tan orgánica y visceral, que no se sabía, a cada una de sus vueltas, si eran las de un tema o las de una neuralgia. Pronto los dos motivos lucharon juntos en un cuerpo a cuerpo en el que a veces uno desaparecía enteramente y después sólo se percibía un fragmento del otro: cuerpo a cuerpo de energías sólo, a decir verdad, pues, si esos seres se afrontaban, era desprovistos de su cuerpo físico, de su apariencia, de su nombre, y encontraban en mí a un espectador interior —despreocupado también de los nombres y lo particular— para interesarse en su combate inmaterial y dinámico y seguir con pasión sus peripecias sonoras. Por último, el motivo gozoso permaneció triunfal, ya no era sino una llamada casi inquieta lanzada detrás de un cielo vacío, era un gozo inefable que parecía proceder del Paraíso, un gozo tan diferente del de la sonata, como podría serlo algún arcángel de Mantegna, vestido de escarlata y que tocara una bocina, de un ángel dulce y grave de Bellini, que tocase una torba. Yo sabía que no olvidaría jamás aquel matiz nuevo del gozo, aquella llamada a un gozo supraterrestre, pero ¿sería alguna vez realizable para mí? Esa pregunta me parecía tanto más importante cuanto que aquella frase era lo que mejor habría podido caracterizar —como un corte con todo el resto de mi vida, con el mundo visible— aquellas impresiones que a intervalos alejados volvía a ver en mi vida como los puntos de referencia, los esbozos, para la construcción de una vida verdadera: la impresión sentida ante los campanarios de Martinville, ante una fila de árboles cerca de Balbec. En todo caso, volviendo al acento particular de aquella frase, ¡qué singular resultaba que el presentimiento más diferente de lo que asigna la vida prosaica, la aproximación más audaz de las alegrías del más allá, se hubiera materializado precisamente en el triste pequeño burgués biempensante al que nos encontrábamos en el mes de María en Combray! Pero, sobre todo, ¿cómo es que aquella revelación —la más extraña que yo había recibido hasta entonces— de un tipo desconocido de alegría, había podido recibirla

yo de él, puesto que, según decían, cuando había muerto, sólo había dejado su sonata y el resto estaba tan sólo en notaciones indescifrables? Indescifrables, pero que, aun así, habían acabado descifradas, a fuerza de paciencia, inteligencia y respeto, por la única persona que había vivido bastante tiempo junto a Vinteuil para conocer bien su forma de trabajar: la amiga de la Srta. Vinteuil. Aún en vida del gran músico, había aprendido de la hija el culto que ésta profesaba a su padre. Por ese culto las dos muchachas —en esos momentos en que se va hasta el extremo opuesto de las verdaderas inclinaciones— habían podido encontrar un placer demente en las profanaciones que hemos contado. La adoración a su padre era la condición misma del sacrilegio de su hija y seguramente deberían haber rechazado la voluptuosidad de aquel sacrilegio, pero ésta no las expresaba enteramente y, por lo demás, habían ido haciéndose cada vez menos frecuentes hasta desaparecer del todo a medida que aquellas relaciones carnales y enfermizas, aquel turbio y confuso abrasamiento, había dado paso a la llama de una amistad elevada y pura. La amiga de la Srta. Vinteuil se veía a veces asaltada por el inoportuno pensamiento de que tal vez hubiera precipitado la muerte de Vinteuil. Al menos, al pasar años desembrollando el galimatías dejado por Vinteuil, al determinar la lectura segura de aquellos jeroglíficos desconocidos, la amiga de la Srta. Vinteuil tuvo el consuelo de garantizar al músico cuyos últimos años había ensombrecido una gloria inmortal y compensadora. De relaciones que no están consagradas por las leyes se desprenden vínculos de parentesco tan múltiples, tan complejos, pero más sólidos, que los que nacen del matrimonio. Sin detenernos siquiera en relaciones de una naturaleza tan particular, ¿acaso no vemos todos los días que el adulterio, cuando se basa en el amor verdadero, no quebranta los sentimientos de familia, los deberes de parentesco, sino que los revivifica? Entonces el adulterio introduce el espíritu en la letra que con mucha frecuencia el matrimonio habría dejado muerta. Una buena hija que llevará por simple conveniencia el luto del segundo marido de su madre no tendrá bastantes

lágrimas para llorar al hombre a quien su madre había elegido, de entre todos, como amante. Por lo demás, la Srta. Vinteuil había actuado simplemente por sadismo, cosa que no la excusaba, pero más adelante sentí yo cierto agrado al pensarlo. Debía de darse cuenta perfectamente —me decía yo— en el momento en que profanaba, junto con su amiga, la fotografía de su padre de que todo aquello era enfermizo, locura, simplemente y no la verdadera y gozosa maldad que habría deseado. Esa idea de que era sólo una simulación de maldad arruinaba su placer, pero, si aquella idea pudo ocurrírsele más adelante, del mismo modo que arruinó su placer debió de disminuir su sufrimiento. «No era yo», debió de decirse, «estaba alienada. Yo puedo aún rezar por mi padre, no desesperar de su bondad». Ahora bien, es posible que esa idea, que se le ocurriría sin duda junto con el placer, no se le presentara junto con el sufrimiento. Me habría gustado poder inculcársela. Estoy seguro de que le habría venido bien y habría podido restablecer una comunicación bastante grata entre el recuerdo de su padre y ella.

Como en los ilegibles cuadernos en que un químico genial, que ignora la proximidad de su muerte, ha anotado descubrimientos que tal vez permanezcan desconocidos por siempre jamás, la amiga de la Srta. Vinteuil había extraído de papeles más ilegibles que papiros marcados con escritura cuneiforme la fórmula eternamente verdadera, para siempre fecunda, de aquella alegría desconocida, la esperanza mística del ángel escarlata de la mañana y, gracias a ella —como compensación por haber sido para mí, aunque tal vez menos que para Vinteuil, y acabar de ser aquella noche misma, al despertar de nuevo mis celos de Albertine, e ir a ser sobre todo en el futuro causa de tantos sufrimientos—, había podido llegar hasta mí la extraña llamada que ya no dejaría yo nunca de oír… como la promesa de que existía algo distinto, realizable por el arte seguramente, de la nada que había encontrado en todos los placeres y en el amor mismo y de que, si mi vida me parecía tan vana, al menos no había cumplido su misión.

Lo que había permitido gracias a su arduo trabajo que se conociese de Vinteuil era, a decir verdad, toda su obra. En comparación con aquella obra para diez instrumentos, ciertas frases de la sonata —las únicas conocidas por el público— eran tan triviales, que no se podía entender cómo habían podido despertar tanta admiración. Así, nos sorprende que durante años fragmentos tan insignificantes como la «Romanza de la Estrella» y la «Oración de Élisabeth» pudieran entusiasmar en concierto a aficionados fanáticos que se extenuaban aplaudiendo y gritando *bis*, cuando acababa de concluir lo que a nosotros, que conocemos *Tristán*, *El Oro del Rin*, *Los maestros cantores*, nos resulta pobre y soso. Sin embargo, hemos de suponer que esas melodías sin carácter contenían ya en cantidades infinitesimales —y, por esa razón precisamente, tal vez más asimilables— parte de la originalidad de las obras maestras que sólo cuentan —retrospectivamente— para nosotros, pero cuya excelencia misma tal vez impidiera su comprensión; pueden haberles preparado el camino en los corazones. El caso es que, si bien despertaban un presentimiento confuso de bellezas futuras, las dejaban en un completo incógnito. Lo mismo ocurría con Vinteuil: si, al morir, hubiera dejado —exceptuadas ciertas partes de la sonata— lo que había podido terminar, lo que se habría conocido de él habría sido, en comparación con su verdadera grandeza, tan poco como, en el caso de Victor Hugo, por ejemplo, si hubiera muerto después de «Le Pas d'Arnes du Roi Jean», «La Fiancée du timbalier» y «Sara la baigneuse», sin haber escrito nada de *La leyenda de los siglos* y *Las contemplaciones*: lo que para nosotros es su obra verdadera habría permanecido en estado puramente virtual, tan desconocido como esos universos hasta los que nuestra percepción no llega y de los que nunca tendremos idea.

Por lo demás, ese aparente contraste, esa unión profunda entre el genio (el talento también e incluso la virtud) y la vaina de los vicios, en la que, como había ocurrido en el caso de Vinteuil, está con tanta frecuencia contenido, conservado, resultaban legibles,

como en una vulgar alegoría, en la reunión misma de los invitados en medio de los cuales volví a encontrarme, cuando hubo acabado la música. Dicha reunión, aunque limitada aquella vez al salón de la Sra. Verdurin, se parecía a muchas otras, cuyos ingredientes ignora el gran público y que los periodistas filósofos —si están un poco informados— llaman parisinas o panamistas o dreyfusistas, sin sospechar que se pueden ver también en San Petersburgo, en Berlín, en Madrid y en todas las épocas; si aquella noche estaban, en efecto, en casa de la Sra. Verdurin, el subsecretario de Estado de Bellas Artes, hombre verdaderamente artista, bien educado y esnob, algunas duquesas y tres embajadores con sus mujeres, el motivo próximo, inmediato, de aquella presencia radicaba en las relaciones existentes entre el Sr. de Charlus y Morel, que infundían al barón el deseo de dar la mayor resonancia posible a los éxitos artísticos de su joven ídolo y de obtener para él la cruz de la Legión de Honor; la causa más lejana que había hecho posible aquella reunión era la de que una muchacha, que mantenía con la Srta. Vinteuil relaciones paralelas a las de Charlie y del barón, había sacado a la luz toda una serie de obras geniales, tal revelación, que no iba a tardar en iniciarse una colecta, con el patrocinio del ministro de Instrucción Pública, con vistas a erigir una estatua a Vinteuil. Por lo demás, para esas obras, tanto como las relaciones de la Srta. Vinteuil con su amiga, habían sido útiles las del barón con Charlie, como un atajo, gracias al cual el mundo iba a llegar hasta sus obras sin el rodeo —ya que no de una incomprensión que persistía mucho tiempo, al menos— de una ignorancia total que habría podido durar años. Siempre que se produce un acontecimiento accesible a la vulgaridad espiritual del periodista filósofo, es decir, generalmente un acontecimiento político, los periodistas filósofos están convencidos de que algo ha cambiado en Francia, de que no se volverán a ver veladas semejantes, de que se admirará más a Ibsen, Renan, Dostoyevski, D'Annunzio, Tolstói, Wagner, Strauss, pues los periodistas filósofos recurren a equívocos de esas manifestaciones oficiales para encontrar rasgos decadentes en el arte que glorifican,

con mucha frecuencia es el más austero de todos, pues no hay nombre —de entre los más reverenciados por el periodista filósofo— que no haya dado lugar, con toda naturalidad, a semejantes fiestas extrañas, aunque su extrañeza fuera menos flagrante y estuviese mejor oculta. Para aquella fiesta, los elementos impuros que en ella concurrían me sorprendían desde otro punto de vista; cierto es que yo estaba como nadie en condiciones de disociarlos, por haber aprendido a conocerlos por separado, pero sobre todo unos, los relativos a la Srta. Vinteuil y su amiga, al hablarme de Combray, me hablaban también de Albertine, es decir, de Balbec, ya que, por haber visto en tiempos a la Srta. Vinteuil en Montjouvain y haber conocido la intimidad de mi amiga con Albertine, iba a encontrarme después, al volver a casa —en lugar de la soledad— a ésta, que en ella me esperaba, y los relativos a Morel y el Sr. de Charlus, al hablarme de Balbec, en cuyo muelle de Doncières había yo visto trabarse sus relaciones, me hablaban de Combray y de sus dos comarcas, pues el Sr. de Charlus era uno de esos Guermantes, condes de Combray, que vivían en ésta sin tener morada en ella, entre cielo y tierra, como Gilberto el Malvado en su vidriera, y Morel era el hijo del ayuda de cámara que me había dado a conocer a la señora vestida de rosa y me había permitido, tantos años después, reconocer en ella a la Sra. Swann.

«Ha estado bien interpretado, ¿eh?», preguntó el Sr. Verdurin a Saniette. «Lo único que me temo», respondió éste tartamudeando, «es que el propio virtuosismo de Morel ofusque un poco el sentimiento general de la obra». «Ofuscar, ¿qué quiere usted decir?», vociferó el Sr. Verdurin, mientras unos invitados se mostraban listos como leones para devorar, solícitos, al hombre fulminado. «¡Oh! No aludo sólo a él…». «Pero si es que ya no sabe lo que dice. ¿Aludir a qué?». «Tendría… que… escuchar… otra vez para emitir un juicio en rigor». «¡En rigor! ¡Está loco!», dijo el Sr. Verdurin, al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza. «Habría que sacarlo de aquí». «Quiere decir: “con exactitud”, dice… usted bbbien… con una exactitud rigurosa. Digo que no puedo

juzgar en rigor». «Y yo digo que se vaya», gritó el Sr. Verdurin, embriagado por su propia cólera, al tiempo que, con ojos encendidos, le señalaba la puerta con el dedo. «¡No permito que se hable así en mi casa!». Saniette se fue describiendo círculos como un hombre beodo. Algunas personas pensaron que no había sido invitado para que lo expulsaran así y una señora muy amiga suya hasta entonces, a quien la víspera había prestado él un libro precioso, se lo devolvió el día siguiente, sin incluir una nota siquiera, simplemente envuelto en un papel en el que mandó a su mayordomo escribir pura y simplemente la dirección; no quería «deber nada» a alguien que no contaba —era evidente— con el favor del pequeño núcleo. Por lo demás, Saniette nunca llegó a enterarse de aquella impertinencia, pues no habían transcurrido aún cinco minutos desde el exabrupto, cuando un lacayo fue a avisar al Señor de que el Sr. Saniette había caído víctima de un ataque en el patio del palacete, pero la velada no había acabado aún. «Encarguen que se lo lleven a su casa: no será nada», dijo el Señor, cuyo palacete «particular», como habría dicho el director del hotel de Balbec, quedó asimilado así a esos grandes hoteles en los que se apresuran a ocultar las muertes súbitas para no asustar a la clientela y en los que se oculta provisionalmente al difunto en una fresquera hasta el momento en que, en caso de que hubiese sido en vida el más brillante y generoso de los hombres, lo harán salir clandestinamente por la puerta reservada a los lavaplatos y a los encargados de las salsas. Por lo demás, muerto no estaba Saniette. Vivió aún unas semanas, pero sin recuperar, salvo pasajeramente, el conocimiento.

El Sr. de Charlus volvió a cometer —en el momento en que acabó la música y sus invitados se despidieron de él— el mismo error que a su llegada. No les pidió que se dirigieran hasta la Señora, que hiciesen extensivo a ella y a su marido el agradecimiento que le manifestaban. Fue un largo desfile, pero sólo delante del barón y no sin que se diese cuenta siquiera, pues, como me dijo unos minutos después: «La forma misma de la

manifestación artística ha revestido después un aspecto de "sacristía" bastante divertido». Incluso prolongaban los agradecimientos con expresiones diferentes que permitían permanecer un instante más junto al barón, mientras que quienes no lo habían felicitado aún por el éxito de *su* fiesta estaban detenidos y atascados. (Más de un marido tenía ganas de irse, pero su mujer, esnob aunque duquesa, protestaba: «No, no, aunque tengamos que esperar una hora, no podemos marcharnos sin haber dado las gracias a Palamède, que se ha desvivido tanto. En el momento actual sólo él puede dar fiestas semejantes». A nadie se le habría ocurrido hacerse presentar a la Sra. Verdurin más que a la acomodadora de un teatro al que una gran señora haya llevado una noche a toda la aristocracia). «¿Estuviste ayer en casa de Éliane de Montmorency, primo?», preguntaba la Sra. de Mortemart, deseosa de prolongar la conversación. «No, por Dios, aprecio mucho a Éliane, pero no comprendo el sentido de sus invitaciones. Debo de ser un poco tonto», añadía él con una ancha sonrisa alegre, mientras la Sra. de Mortemart sentía que iba a recibir la primicia de una ocurrencia de «Palamède», como recibía con frecuencia las de «Oriane». «Recibí, en efecto, hace unos quince días una tarjeta de la agradable Éliane. Por encima del discutido nombre de Montmorency, había esta amable invitación: *Primo mío, hazme el favor de pensar en mí el viernes próximo a las nueve y media*. Por debajo estaban escritas estas dos palabras menos amables: *Cuarteto checo*. Me parecieron ininteligibles, sin más relación, en todo caso, con la frase anterior que esas cartas en cuyo reverso se ve que el epistológrafo había comenzado otra con las palabras: *Querido amigo*, y en las que falta la continuación, y, ya fuera por distracción o por economizar papel, no ha tomado otra hoja. Aprecio mucho a Éliane: por eso, no se lo tomé en cuenta, me contenté con hacer caso omiso de las extrañas y desplazadas palabras *cuarteto checo* y, como soy un hombre de orden, puse en la repisa de mi chimenea la invitación de pensar en la Sra. de Montmorency el viernes a las nueve y media. Aunque soy conocido por mi naturaleza

obediente, puntual y suave, como dice Bufón del camello» —y cundió la risa en torno al Sr. de Charlus, quien sabía que, al contrario, lo consideraban el hombre más difícil para vivir— «me retrasé unos minutos (el tiempo necesario para quitarme la ropa del día) y —sin sentir demasiado remordimiento, pensando que con las nueve y media se quería decir las diez— a las diez en punto, envuelto en una bata, con los pies enfundados en zapatillas gruesas, me puse en el rincón del fuego a pensar en Éliane, como me había pedido ella, y con una intensidad que empezó a decrecer hasta las diez y media. Dile, te lo ruego, que obedecí estrictamente su audaz petición. Creo que se alegrará».

La Sra. de Mortemart se desternilló de risa y el Sr. de Charlus con ella. «Y mañana», añadió ella, sin pensar en que había superado con mucho el tiempo que se podía concederle, «¿irás a casa de nuestros primos La Rochefoucauld?». «¡Oh! Eso es imposible, me han convidado como a ti, ya lo veo, a la cosa más imposible de concebir y realizar, que, si he de creer a la tarjeta de invitación, se llama: *Té danzante*. Cuando yo era joven, tenía fama de muy diestro, pero dudo que hubiera podido tomar —sin faltar a la decencia— el té danzando. Ahora bien, nunca me ha gustado comer ni beber de forma indecorosa. Me dirás que ahora ya no tengo que danzar, pero, aun sentado cómodamente y bebiendo té —de cuya calidad desconfío, por lo demás, puesto que se titula “danzante”—, temería que invitados más jóvenes que yo —y tal vez menos diestros que yo a su edad— vertieran su taza sobre mi traje, cosa que interrumpiría para mí el placer de vaciar la mía». Y el Sr. de Charlus no se contentaba siquiera con omitir en la conversación a la Sra. Verdurin y hablar de asuntos de toda clase (que parecía encontrar placer en desarrollar y variar, por el cruel gusto que siempre había sentido de obligar a permanecer indefinidamente de pie «haciendo cola» a los amigos que esperaban con paciencia agotadora a que llegara su turno). Hacía críticas incluso sobre toda la fase de la velada de la que era responsable la Sra. Verdurin: «Pero, a propósito de tazas, ¿qué son esos extraños medio tazones

parecidos a aquellos en los que, cuando era yo joven, mandábamos traer los sorbetes de donde Poire-Blanche? Alguien me ha dicho antes que eran para el “café helado”, pero no he visto ni café ni helado. ¡Qué curiosas cositas de destino mal definido!». Para decir eso, el Sr. de Charlus, tras colocar verticalmente sobre la boca las manos enfundadas en guantes blancos, redondeó, prudente, su mirada señaladora, como si temiese ser oído e incluso visto por los señores de la casa, pero era un simple fingimiento, pues, al cabo de unos instantes, iba a decir las mismas críticas a la propia Señora y un poco después ordenarle, insolente: «¡Y sobre todo no más tazas de café helado! Regáleselas a aquellas de sus amigas cuya casa desee ensuciar, pero sobre todo que no las pongan en el salón, ya que podríamos olvidarnos y creer que nos hemos equivocado de cuarto, pues son auténticos orinales».

«Pero, primo», decía la invitada bajando también la voz y mirando con expresión interrogativa al Sr. de Charlus, no por miedo a enfadar a la Sra. Verdurin, sino a él, «tal vez no sepa aún todo bien…». «Le enseñaremos». «¡Oh!», reía la invitada. «¡No podría encontrar un profesor mejor! ¡Tiene suerte! Contigo podemos estar seguros de que no habrá fallo alguno». «En todo caso, no lo ha habido en la música». «¡Oh! Ha sido sublime. Son gozos que no se olvidan. A propósito de ese violinista genial», proseguía, creyendo, ingenua, que el Sr. de Charlus se interesaba por el violín «en sí», «¿conoces a uno al que escuché el otro día tocar maravillosamente una sonata de Fauré? Se llama Frank…». «Sí, es un horror», respondía el Sr. de Charlus, sin preocuparse por el grosero desmentido de que su prima tuviera el menor gusto. «Como violinista, te aconsejo que te atengas al mío». El Sr. de Charlus y su prima iban a empezar a intercambiar miradas, a la vez bajadas y espías, pues, ruborizada y sin la intención de reparar con celo su pifia, la Sra. de Mortemart iba a proponer al Sr. de Charlus que diera una velada para que se pudiese escuchar a Morel. Ahora bien, para ella, esa velada no tenía por objeto —que, sin embargo, iba a intentar presentar como propio y era, en realidad, el del Sr. de

Charlus— exclusivamente el de revelar un talento. Sólo veía en ella una oportunidad para dar una velada particularmente elegante y ya calculaba a quién invitaría y a quién dejaría de lado. Esa selección, inquietud dominante de las personas —las mismas a quienes los periódicos mundanos tienen la frescura o la necedad de llamar «la sociedad selecta»— que dan fiestas, altera al instante la mirada —y la escritura— más profundamente que la sugestión de un hipnotizador. Antes incluso de haber pensado en lo que tocaría Morel (interés considerado secundario y con razón, pues, aunque todo el mundo, por consideración para con el Sr. de Charlus, tenía el decoro de callarse mientras sonaba la música, a nadie, en cambio, se le habría ocurrido escucharla), la Sra. de Mortemart, como había decidido que la Sra. de Valcourt no estaría entre las «elegidas», había adoptado, por esa misma razón, la expresión de conjura, de conspiración, que pone por los suelos a esas mismas mujeres mundanas que podrían más fácilmente burlarse del qué dirán. «¿No habría forma de que yo diera una velada para que se escuchara a tu amigo?», dijo en voz baja la Sra. de Mortemart, quien, al tiempo que se dirigía únicamente al Sr. de Charlus, no pudo por menos de lanzar, como fascinada, una mirada a la Sra. de Valcourt (la excluida) a fin de asegurarse de que ésta estaba a una distancia suficiente para no oír. «No, no puede distinguir lo que digo», concluyó mentalmente la Sra. de Mortemart, tranquilizada por su propia mirada, que había tenido, en cambio, en la Sra. de Valcourt un efecto totalmente distinto del que tenía por objeto: «Hombre», pensó la Sra. de Valcourt, al ver aquella mirada, «Marie-Thérèse está preparando algo con Palamède, para lo que no deben de contar conmigo». «Querrás decir mi protegido», rectificaba el Sr. de Charlus, quien tenía tan poca piedad del saber gramatical como de las dotes musicales de su prima. Después, sin tener en cuenta las plegarias mudas de ésta, quien se excusaba por ellas sonriendo, dijo: «Pues claro…», con voz fuerte y que se podía oír en todo el salón, «aunque esa clase de exportación de una personalidad fascinante a un marco que por fuerza le hace sufrir una pérdida de

su poder transcendental y que, en todo caso, debería hacer suyo siempre resulta peligrosa». La Sra. de Mortemart pensó que el *mezzo voce*, el *pianissimo* de su pregunta habían sido un esfuerzo inútil, después del vozarrón por el que había pasado la respuesta. Se equivocó. La Sra. de Valcourt no oyó nada por la sencilla razón de que no entendió ni palabra. Sus inquietudes disminuyeron y se habrían extinguido rápidamente, si la Sra. de Mortemart —temiendo ver desbaratado su proyecto y tener que invitar a la Sra. de Valcourt, con quien tenía una relación demasiado estrecha para dejarla de lado, en caso de que la otra supiera «por adelantado»— no hubiese vuelto a levantar los párpados en dirección de Edith, como para no perder de vista un peligro amenazador, no sin volver a bajarlos al instante para no comprometerse demasiado. Pensaba escribirle, el día siguiente al de la fiesta, una de esas cartas, complemento de la mirada reveladora, cuyos autores creen hábiles y que son como una confesión sin reticencias y firmada. Por ejemplo: *Querida Edith, te echo de menos, no te esperaba demasiado anoche* («¿Cómo iba a esperarme», se habría dicho Edith, «si no me había invitado?»), *pues sé que no te gusta extraordinariamente esa clase de reuniones y en seguida te aburren. No por ello nos habríamos sentido menos honrados de tenerte en casa* (la Sra. de Mortemart nunca empleaba ese término, «honrado», excepto en cartas en las que intentaba dar apariencia de verdad a una mentira). *Ya sabes que en la mía estás siempre en tu casa. Por lo demás, hiciste bien, pues fue un absoluto fracaso, como todas las cosas improvisadas en dos horas*, etcétera, pero ya la nueva mirada furtiva lanzada sobre ella había hecho comprender a Edith todo lo que ocultaba el complicado lenguaje del Sr. de Charlus. Aquella mirada fue tan fuerte incluso, que, después de haberse clavado en la Sra. de Valcourt, el secreto evidente y la intención de andar con tapujos que entrañaba rebotaron en un joven peruano a quien la Sra. de Mortemart pensaba, al contrario, invitar, pero, presa de la sospecha, al ver hasta la evidencia los misterios que se preparaban, sin darse cuenta de que no eran para él, experimentó al instante para con la Sra. de Mortemart un odio feroz

y se juró hacerle mil aviesas farsas, como la de encargar el envío de cincuenta cafés helados a su casa el día en que no recibiera, mandar publicar, el día en que sí, una nota en los periódicos para decir que se había aplazado la fiesta y publicar crónicas mendaces sobre las siguientes, en las que figurarían los nombres, conocidos de todos, de personas a las que, por diversas razones, no quería recibir ni dejárselas presentar siquiera.

La Sra. de Mortemart se equivocaba al preocuparse por la Sra. de Valcourt. El Sr. de Charlus iba a encargarse de desnaturalizar, mucho más que la presencia de ésta, la fiesta proyectada. «Pero, primo», dijo en respuesta a la frase del «marco», cuyo sentido le había permitido adivinar su momentáneo estado de hiperestesia, «le evitaremos cualquier esfuerzo. Yo me encargo perfectamente de pedir a Gilbert que se ocupe de todo». «No, eso sí que no, tanto más cuanto que no será invitado. Lo haré yo todo. Se trata ante todo de excluir a las personas que tienen oídos, pero no les sirven para oír». La prima del Sr. de Charlus, quien había contado con el atractivo de Morel para dar una velada en la que podría decir que, a diferencia de tantos parientes, «había tenido a Palamède», trasladó su pensamiento sobre ese prestigio del Sr. de Charlus a tantas personas con las que iba a malquistarla, si se ponía a excluir e invitar. La idea de que el príncipe de Guermantes —por causa del cual, en parte, deseaba excluir a la Sra. de Valcourt, a quien aquél no recibía— no sería olvidado la espantaba. Sus ojos adoptaron una expresión inquieta. «¿Te hace daño la luz demasiado intensa?», preguntó el Sr. de Charlus con una apariencia de seriedad cuya ironía fundamental no fue comprendida. «No, ¡qué va! Estaba pensando en la dificultad —no por mí, naturalmente, sino por los míos—, que podría crear, si Gilbert se enterara de que yo había dado una velada sin invitarlo, a él, que cuando tiene cuatro gatos…». «Pero precisamente, empezaremos por suprimir los cuatro gatos, que lo único que podrían hacer es maullar; creo que el ruido de las conversaciones te ha impedido comprender que no se trataba de hacer cortesías gracias a una velada, sino de cumplir con

los ritos habituales de toda celebración verdadera». Después, por considerar —no que la persona siguiente hubiese esperado demasiado, sino— que no convenía exagerar los favores hechos a quien había tenido presente mucho menos a Morel que sus propias «listas» de invitación, el Sr. de Charlus, como un médico que interrumpe la consulta cuando considera que le ha dedicado el tiempo suficiente, indicó a su prima que se retirara, no despidiéndose de ella, sino volviéndose hacia la persona que venía a continuación. «Buenas noches, señora de Montesquiou, ha sido maravilloso, ¿verdad? No he visto a Hélène, dígale que toda abstención general, incluso la más noble o, lo que es lo mismo, la suya, cuenta con excepciones, si éstas son clamorosas, como ha ocurrido esta noche. No prodigarse está bien, pero mucho mejor aún está anteponer lo precioso a lo escaso, que es puramente negativo. En el caso de su hermana, cuya sistemática *ausencia*, allí donde lo que la espera no está a su altura, aprecio más que nadie y en una manifestación memorable como ésta, su presencia habría sido, al contrario, una prelación y habría aportado a su hermana, ya tan afamada, un prestigio suplementario». Después pasó a una tercera.

Me extrañó mucho ver allí —tan amable y zalamero con el Sr. de Charlus como seco estaba con él en tiempos, haciéndose presentar a Charlie y diciéndole que esperaba que fuera a verlo— al Sr. d'Argencourt, aquel hombre terrible para la especie de hombres de la que formaba parte el Sr. de Charlus. Ahora bien, en aquella época vivía rodeado de ellos. Desde luego, no era que hubiese llegado a ser semejante al Sr. de Charlus, pero desde hacía un tiempo había abandonado prácticamente a su mujer por una joven de la alta sociedad a la que adoraba. Ésta, como era inteligente, lo hacía compartir su gusto por las personas brillantes y deseaba encarecidamente contar con el Sr. de Charlus en su casa, pero sobre todo el Sr. d'Argencourt, muy celoso y un poco impotente, al notar que no satisfacía lo bastante a su conquista y queriendo a la vez preservarla y distraerla, sólo podía hacerlo sin peligro rodeándola de hombres inofensivos, a quienes hacía, así,

desempeñar el papel de guardianes del serrallo. Éstos consideraban que se había vuelto muy amable y lo declaraban mucho más inteligente de lo que habían creído, cosa que encantaba a su amante y a él.

Las invitadas del Sr. de Charlus se fueron con bastante rapidez. Muchas decían: «No me gustaría ir a la sacristía» (el saloncito en el que el barón, con Charlie a su lado, recibía las felicitaciones); «sin embargo, debe verme Palamède para que sepa que me he quedado hasta el final». Ninguna se ocupaba de la Sra. Verdurin. Varias fingieron no reconocerla y despedirse por error de la Sra. Cottard, al tiempo que me decían de la mujer del doctor: «Es la Sra. Verdurin, ¿verdad?». La Sra. d'Arpajon me preguntó, al alcance de los oídos de la señora de la casa: «Pero ¿ha existido alguna vez un Sr. Verdurin?». Las duquesas rezagadas, al no encontrar ninguna de las rarezas que esperaban en aquel lugar diferente —habían creído— de lo que conocían, se resarcían, a falta de algo mejor, reventando de risa floja ante los cuadros de Elstir; en cuanto a lo demás, que les parecía más conforme de lo que habían creído a lo que ya conocían, atribuían el éxito al Sr. de Charlus diciendo: «¡Qué bien sabe organizar Palamède! Aunque montara un espectáculo teatral en un cobertizo o en un cuarto de aseo, no resultaría menos encantador». Las más nobles eran las que felicitaban con más fervor al Sr. de Charlus por el éxito de una velada cuyo motor secreto no ignoraban algunas de ellas, sin por ello sentirse, por lo demás, turbadas, pues en esa sociedad —en recuerdo tal vez de ciertas épocas de la historia en que su familia había adquirido ya una identidad plenamente consciente— el desprecio de los escrúpulos puede más que el respeto de la etiqueta. Varias de ellas contrataron en el acto a Charlie para veladas a las que iría a tocar el septeto de Vinteuil, pero a ninguna se le ocurrió siquiera la idea de invitar a la Sra. Verdurin. Ésta estaba que explotaba de rabia, cuando el Sr. de Charlus, quien, envuelto en una nube, no podía advertirlo, quiso, por decencia, invitar a la Señora a compartir su júbilo, y, tal vez por entregarse más a su gusto por la literatura que a

un desbordamiento de orgullo, aquel doctrinario de las fiestas artísticas dijo a la Sra. Verdurin: «Bueno, ¿qué? ¿Está usted contenta? Creo que hay motivo al menos; ya ve usted que, cuando yo me pongo a dar una fiesta, no es que salga a medias bien precisamente. No sé si sus conocimientos heráldicos le permitirán calibrar exactamente la importancia de la manifestación, el peso que he levantado, el volumen de aire que he desplazado, por usted. Ha tenido usted aquí a la reina de Nápoles, al hermano del rey de Baviera, a los tres pares más antiguos. Si Vinteuil fuera Mahoma, podríamos decir que hemos desplazado por él las menos amovibles de las montañas. Tenga en cuenta que, para asistir a su fiesta, la reina de Nápoles ha venido desde Neuilly, cosa mucho más difícil para ella que salir de las Dos Sicilias», dijo con una intención impertinente, pese a su admiración por la Reina. «Es un acontecimiento histórico. Tenga en cuenta que tal vez no hubiera salido nunca desde la toma de Gaeta. Es probable que en los diccionarios pongan como fechas culminantes el día de la toma de Gaeta y el de la velada Verdurin. El abanico que ha dejado aparte para mejor aplaudir a Vinteuil merece llegar a ser más célebre que el que la Sra. de Metternich rompió, porque silbaban a Wagner». «Y hasta lo ha olvidado, su abanico», dijo la Sra. Verdurin, momentáneamente apaciguada por el recuerdo de la simpatía que le había manifestado la Reina, y enseñó al Sr. de Charlus el abanico sobre un sillón. «¡Oh! ¡Qué emocionante!», exclamó el Sr. de Charlus, al tiempo que se acercaba con veneración a la reliquia. «Resulta tanto más emocionante cuanto que es feísimo: ¡la violetita es increíble!». Y lo recorrían alternativamente espasmos de emoción e ironía. «¡Huy, Dios mío! No sé si siente usted esas cosas como yo. Swann se habría muerto, sencillamente, entre convulsiones, si lo hubiera visto. Sé perfectamente que, sea cual fuere el precio que llegue a alcanzar, compraré este abanico, cuando la Reina lo ponga en venta, pues lo hará, seguro, en vista de que no tiene un céntimo», añadió, ya que la cruel maledicencia no dejaba nunca de

mezclarse en el barón con el fervor más sincero, aunque partiese de dos naturalezas opuestas, pero reunidas en él.

Podían incluso referirse sucesivamente a un mismo hecho, pues el Sr. de Charlus, que desde el fondo del bienestar de hombre rico, se burlaba de la pobreza de la Reina, era el mismo que con frecuencia exaltaba esa pobreza y que, cuando se hablaba de la princesa Murat, reina de las Dos Sicilias, respondía: «No sé de qué me habla. Sólo hay una reina de Nápoles, que es sublime y no tiene coche; desde su ómnibus aniquila las comitivas y, al verla pasar, dan ganas de arrodillarse en el polvo».

«Yo lo legaré a un museo. Entretanto, habrá que llevárselo y así no tendrá que pagar un coche de caballos para mandar a alguien a buscarlo. Lo más inteligente, dado el interés histórico de semejante objeto, sería robar este abanico, pero eso la molestaría… porque es probable que no tenga otro», añadió, al tiempo que soltaba una carcajada. «En fin, ya ve usted que por mí ha venido y no es ése el único milagro que he hecho. No creo que en el momento actual tenga nadie el poder de desplazar a las personas a las que yo he hecho venir. Por lo demás, hay que reconocer a cada cual su mérito: Charlie y los músicos han tocado como dioses. Y, querida Señora mía», añadió con condescendencia, «usted misma ha tenido su participación en esta fiesta. Su nombre no quedará ausente. La Historia ha conservado el del paje que armó a Juana de Arco, cuando ésta partió; en una palabra, ha servido usted de punto de enlace, ha permitido usted la fusión entre la música de Vinteuil y su genial ejecutante, ha tenido usted la inteligencia de comprender la importancia capital de todo el encadenamiento de circunstancias que permitiría al ejecutante beneficiarse de todo el peso de una personalidad considerable —y, si no se tratara de mí, diría providencial— a la que usted tuvo el acierto de garantizar el prestigio de la reunión y traer ante el violín de Morel los oídos directamente apegados a las lenguas más escuchadas; no, no, no es poco. Nada es poco en una realización tan completa. Todo contribuye a ella. La Duras ha estado maravillosa. En fin, todo; por

eso», concluyó, porque le gustaba amonestar, «me opuse a que invitara usted a esas personas divisoras, que, ante las personas preponderantes que yo le traía, habrían desempeñado el papel de comas en una cifra, y las otras habrían quedado reducidas a simples décimas. Yo veo con mucha claridad ese tipo de cosas. Como comprenderá usted, hay que evitar las pifias, cuando damos una fiesta que debe ser digna de Vinteuil, de su genial intérprete, de usted y —me atrevo a decir— de mí. Si hubiera invitado usted a la Molé, habría sido un fracaso total. Era la gotita contraria, neutralizante, que vuelve inocua una poción. Se habría ido la luz, las pastas no habrían llegado a tiempo, la naranjada habría dado un cólico a todo el mundo. Era la persona a la que descartar. Sólo con su nombre, como en un cuento de hadas, ningún sonido habría salido de los cobres; la flauta y el oboe habrían padecido una súbita extinción de voz. El propio Morel, aun cuando hubiera logrado emitir algunos sonidos, no habría estado en condiciones y, en lugar del septeto de Vinteuil, habría tenido usted su parodia por parte de Beckmesser, que habría concluido entre los abucheos. Yo, que creo mucho en la influencia de las personas, he sentido la expansión de cierto *largo* que se abría hasta el fondo como una flor, en el colmo de satisfacción del final, que no era sólo *allegro*, sino incomparablemente alegre, que la ausencia de la Molé inspiraba a los músicos y dilataba de gozo hasta los propios instrumentos de música. Por lo demás, el día en que se recibe a todos los soberanos, no se recibe a la portera». Al llamarla la Molé (así como decía, por lo demás, con mucha simpatía, la Duras), el Sr. de Charlus no era injusto con ella, pues todas aquellas mujeres eran actrices de la alta sociedad y es cierto que, incluso consideradas desde ese punto de vista, la condesa Molé no estaba a la altura de la extraordinaria fama de inteligente que se le atribuía y que recordaba a esos actores o a esos novelistas mediocres con una situación propia de genios en ciertas épocas, ya sea por la mediocridad de sus colegas, entre los cuales ningún artista superior es capaz de mostrar lo que es el talento de verdad, o por la del

público, que, si existiera una individualidad extraordinaria, no estaría en condiciones de entenderla. En el caso de la Sra. Molé es preferible, ya que no enteramente exacto, detenerse en la primera explicación. Como la alta sociedad es el reino de la nada, entre los méritos de las diferentes mujeres mundanas hay tan sólo grados insignificantes, que sólo pueden sobreestimar hasta un grado demencial los rencores o la imaginación de un Sr. de Charlus y, si hablaba como acababa de hacerlo, con aquel lenguaje, amalgama preciosista de las cosas del arte y la alta sociedad, era —cierto es— porque sus cóleras de vieja y su cultura de hombre mundano sólo brindaban a su auténtica elocuencia temas insignificantes. Como el mundo de las diferencias no existe en la superficie de la Tierra, entre todos los países que nuestra percepción uniformiza, tampoco —y con mayor razón— existe en la sociedad «mundana». Por lo demás, ¿existe en alguna parte? El septeto de Vinteuil había parecido decirme que sí, pero ¿dónde?

Como al Sr. de Charlus le gustaba también repetir de una a otra persona, malquistar, dividir para reinar, añadió: «Al no invitarla, privó usted a la Sra. Molé de la oportunidad de decir: “No sé por qué me ha invitado esa Sra. Verdurin. No sé quiénes son, no los conozco”. Ya dijo el año pasado que la cansaba usted con su insistencia. Es una idiota, no vuelva a invitarla. En una palabra, no es una persona extraordinaria precisamente. Puede venir a casa de usted sin andarse con líos, porque yo también vengo de buen grado. En una palabra», concluyó, «me parece que puede usted darme las gracias, pues, tal como ha salido, ha sido perfecto. La duquesa de Guermantes no ha venido, pero a saber si no habrá sido tal vez mejor así. No se lo tomaremos en cuenta y, de todos modos, pensaremos en ella para otra ocasión; por lo demás, es imposible no recordarla, sus propios ojos lo dicen: “No me olvidéis”, ya que son dos miosotis». (Y yo, para mis adentros, pensaba en lo fuerte que había de ser el espíritu de los Guermantes —la decisión de ir allí y no acullá— para haber podido más en la duquesa que el miedo a Palamède). «Ante un éxito tan completo, se siente la tentación de

ver por doquier —como Bernardin de Saint-Pierre— la mano de la Providencia. La duquesa de Duras estaba encantada. Me ha encargado incluso que se lo dijera a usted», añadió el Sr. de Charlus recalcando las palabras, como si la Sra. Verdurin debiese considerarlo un honor suficiente: suficiente e incluso apenas creíble, pues le pareció necesario para ser creído decir: «Perfectamente», arrastrado por la demencia de aquellos a los que Júpiter quiere perder. «Ha contratado a Morel para que ofrezca el mismo programa en su casa y pienso pedir incluso una invitación para el Sr. Verdurin». Esa cortesía sólo para el marido era, sin que el Sr. de Charlus se lo imaginara siquiera, el más sangriento ultraje para la esposa, que, por creerse con derecho —en virtud de algo así como un decreto de Moscú en vigor en el pequeño clan— de prohibir al ejecutante tocar fuera de su casa sin su autorización expresa, estaba dispuesta a prohibir su participación en la velada de la Sra. de Duras.

Ya sólo por hablar con aquella facundia, el Sr. de Charlus irritaba a la Sra. Verdurin, a quien no gustaba que se formaran grupos aparte en el pequeño clan. Cuántas veces —y ya en La Raspelière —, al oír al barón hablar sin cesar a Charlie, en lugar de contentarse con desempeñar su papel en el conjunto concertante del clan, había exclamado, al tiempo que señalaba al barón: «¡Hay que ver lo que le gusta darle a la lengua! Pero ¡es que con ganas, vamos!». Pero aquella vez era mucho peor. Embriagado con sus palabras, el Sr. de Charlus no comprendía que, al reconocer el papel de la Sra. Verdurin y al asignarle fronteras estrechas, desencadenaba ese sentimiento de rencor que era en ella una simple forma particular, una forma social, de los celos. La Sra. Verdurin quería de verdad a los asiduos, los fieles del pequeño clan, y los quería exclusivamente para su Señora. Para salvar lo principal, como esos celosos que permiten que se los engañe, pero bajo su techo e incluso ante sus ojos, es decir, que no les engañen, concedía a los hombres que tuvieran una —o un— amante, a condición de que de todo ello no se desprendiese consecuencia social alguna fuera de su casa, se

trabara y se perpetuase al abrigo de los miércoles. Toda carcajada furtiva de Odette junto a Swann le había roído en tiempos el corazón y desde hacía algún tiempo todo aparte entre Morel y el barón; sólo encontraba un consuelo para sus pesares y era el de deshacer la felicidad de los otros. No habría podido soportar durante mucho tiempo la del barón. Mira por dónde, aquel imprudente precipitaba la catástrofe al parecer que limitaba el papel de la Señora en su propio pequeño clan. Ya veía a Morel frecuentando la alta sociedad, sin ella, con la égida del barón. Sólo había un remedio: dar a elegir a Morel entre el barón y ella y —aprovechando el ascendiente que había adquirido sobre aquél dando prueba, a su juicio, de una clarividencia extraordinaria gracias a informes que se agenciaba, a mentiras que inventaba y que le ofrecía, unos y otras, como corroborando lo que él se inclinaba por creer, a su vez, y lo que iba a ver con evidencia, gracias a las redes que ella tendía y en las que iban a caer los ingenuos— hacer que la prefiriera a ella antes que al barón. En cuanto a las mujeres mundanas que allí estaban y que ni siquiera se habían hecho presentar, en cuanto había comprendido sus vacilaciones o su descaro, había dicho: «¡Ah! Ya veo lo que son: un hatajo de viejas zorras que no nos convienen. Es la última vez que pisan este salón». Pues habría preferido morir antes que decir que habían estado menos amables con ella de lo que esperaba.

«¡Ah! Mi querido general», exclamó bruscamente el Sr. de Charlus, al tiempo que abandonaba a la Sra. Verdurin, porque acababa de ver al general Deltour, secretario de la Presidencia de la República, quien podía tener una gran importancia para la cruz de Charlie y, después de haber pedido un consejo a Cottard, se escabullía rápidamente: «Buenas noches, querido y encantador amigo: a ver, ¿así sale usted pitando sin despedirse de mí?», dijo el barón con una sonrisa de llaneza y suficiencia, pues sabía perfectamente que todos se alegraban de hablar con él un momento más, y, como en el estado de exaltación en el que se encontraba, hacía él solo, en tono superagudo, las preguntas y las respuestas, añadió: «Bueno, ¿qué? ¿Está usted contento? ¿Verdad que ha sido

precioso? El *andante*, ¿verdad? Nunca se ha compuesto nada tan conmovedor. Desafío a quien sea a escucharlo sin que se le salten las lágrimas. Es usted un encanto por haber venido. Mire, esta mañana he recibido un telegrama perfecto de Froberville en el que me anuncia que, por lo que a la Gran Cancillería se refiere, las dificultades están allanadas, como se suele decir». La voz del Sr. de Charlus seguía elevándose, tan penetrante, tan diferente de su voz habitual como la de un abogado, al pronunciar su enfático alegato, de su habla corriente, fenómeno de amplificación vocal por excitación excesiva y euforia nerviosa análoga a la que, en las cenas que daba, subía a un diapasón tan elevado tanto la voz como la mirada de la Sra. de Guermantes. «Pensaba enviarle una nota mañana por la mañana por mediación de un ordenanza para expresarle mi entusiasmo, en espera de poder hacerlo de viva voz, pero ¡estaba usted tan rodeado! El apoyo de Froberville no será ni mucho menos desdeñable, pero, por mi parte, tengo la promesa del ministro», dijo el general. «¡Ah! Perfecto. Por lo demás, ya ha visto usted que es sin duda lo que merece semejante talento. Hoyos estaba encantado, pero no he podido ver a la embajadora; ¿estaba contenta? ¡Quién no iba a estarlo, exceptuados quienes tienen oídos, pero no les sirven para oír, cosa que no importa, dado que tienen lenguas para hablar!».

Aprovechando que el barón se había alejado para hablar con el general, la Sra. Verdurin hizo una seña a Brichot. Éste, quien no sabía lo que la Sra. Verdurin iba a decirle, quiso divertirla y, sin sospechar lo que me hacía sufrir a mí, dijo a la Señora: «El barón está encantado de que la Srta. Vinteuil y su amiga no hayan venido. Lo escandalizan enormemente. Ha declarado que sus costumbres eran como para dar miedo. No se imagina usted lo pudibundo y severo que es el barón en cuanto a costumbres». Al contrario de lo que esperaba Brichot, la Sra. Verdurin no se divirtió: «Es inmundo», respondió. «Propóngale que vaya a fumar un cigarrillo con usted para que mi marido pueda llevarse a su Dulcinea sin que el Charlus lo advierta y aclararle el abismo por el que cae rodando». Brichot

parecía tener algunas vacilaciones. «He de decirle», prosiguió la Sra. Verdurin para vencer los últimos escrúpulos de Brichot, «que no me siento segura con ese individuo en mi casa. Sé que ha tenido historias sucias y que la policía le tiene puesta la vista encima». Y, como tenía cierto don de la improvisación, cuando la inspiraba la mala voluntad, la Sra. Verdurin no se detuvo ahí: «Parece ser que ha estado en la cárcel. Sí, sí, son personas muy informadas las que me lo han dicho. Por lo demás, sé, por alguien que vive en su calle, que no se puede imaginar los bandidos que lleva a su casa». Y, como Brichot, quien iba con frecuencia a casa del barón, protestaba, la Sra. Verdurin, animándose, exclamó: «Pero ¡le respondo yo a eso! Soy yo quien se lo dice», expresión con la que solía apoyar una afirmación lanzada un poco al azar. «Morirá asesinado un día u otro, como todos los que son como él, por lo demás. Tal vez no llegue hasta ahí, porque está entre las garras de ese Jupien, al que tuvo el descaro de enviarme y que es un antiguo presidiario, lo sé, mire usted, sí, y de forma fehaciente. Tiene atrapado a Charlus con cartas que son algo espantoso, al parecer. Lo sé por alguien que las ha visto y me ha dicho: “Si viera lo que son, se pondría usted enferma”. Así lo maneja Jupien con mano dura y le hace soltar todo el dinero que quiere. Yo preferiría mil veces la muerte a vivir con el terror con el que vive Charlus. En todo caso, si la familia de Morel se decide a presentar una denuncia contra él, yo no tengo ganas de que me acusen de complicidad. Si continúa, será por su cuenta y riesgo, pero yo habré hecho mi deber. ¿Qué quiere usted que le diga? No es plato de buen gusto precisamente». Y, ya agradablemente enardecida por la espera de la conversación que su marido iba a tener con el violinista, la Sra. Verdurin me dijo a mí: «Pregunte a Brichot si soy yo o no una amiga valiente y si no sé sacrificarme para salvar a los compañeros». (Aludía a las circunstancias en las que lo había malquistado justo a tiempo con su lavandera —primero— y —después— con la Sra. de Cambremer, a consecuencia de lo cual Brichot había quedado casi completamente ciego y, según decían, morfinómano). «Una amiga incomparable,

perspicaz y animosa», respondió el universitario con una emoción ingenua. «La Sra. Verdurin me impidió cometer una gran idiotez», me dijo Brichot, «cuando ésta se hubo alejado. No vacila en cortar por lo sano. Es intervencionista, como diría nuestro amigo Cottard. Sin embargo, confieso que la idea de que el barón ignore aún el golpe que va a recibir me da mucha pena. Está completamente loco por ese muchacho. Si la Sra. Verdurin se sale con la suya, se sentirá muy desgraciado. Por lo demás, no es seguro que no fracase. Temo que sólo consiga sembrar desavenencias entre ellos, que al final, sin separarlos, tengan como única consecuencia la de malquistarlos con ella». Le había ocurrido con frecuencia a la Sra. Verdurin con los fieles, pero era evidente que en ella el deseo de conservar su amistad estaba cada vez más dominado por el de que ésta nunca fuera mantenida a raya por la que podían tener unos por los otros. La homosexualidad no le desagradaba, mientras no afectara a la ortodoxia, pero, como la Iglesia, prefería todos los sacrificios a una concesión sobre la ortodoxia. Empecé a temer que su irritación contra mí se debiera a que se hubiese enterado de que yo había impedido a Albertine ir a su casa aquel día y que emprendiera con ella —si es que no había empezado a hacerlo ya— la misma tarea para separarla de mí que su marido iba a llevar a cabo con el violinista en relación con Charlus. «Vamos, vaya a buscar a Charlus, encuentre un pretexto, ya es hora», dijo la Sra. Verdurin, «y procure sobre todo no dejarlo volver antes de que yo lo mande a buscar. ¡Ah! ¡Qué velada!», añadió la Sra. Verdurin, quien reveló así la verdadera razón de su rabia. «¡Haber hecho interpretar esas obras maestras delante de esas ceporras! No me refiero a la reina de Nápoles, que es inteligente, es una mujer agradable» (entiéndase: «Es muy amable conmigo»). «Pero ¡las otras! ¡Ah! Es como para ponerla a una rabiosa. ¿Qué quiere usted? Ya no tengo veinte años. Cuando era joven, me decían que se debía saber aburrirse, yo me forzaba, pero ahora… ¡ah, no! Es más fuerte que yo, tengo edad para hacer lo que quiera, la vida es demasiado corta, aburrirme, frecuentar a imbéciles, fingir, aparentar considerarlos inteligentes…

¡Ah, no! No puedo. Hale, venga, Brichot, no hay tiempo que perder». «Ya voy, Señora, ya voy», acabó diciendo Brichot, cuando el general Deltour se alejaba, pero antes el universitario me llevó un instante aparte: «El deber moral», me dijo, «es menos claramente imperativo de lo que enseñan nuestras éticas. Que se resignen los cafés teosóficos y las cervecerías kantianas: ignoramos deplorablemente la naturaleza del Bien. Yo mismo, que, sin la menor jactancia, he comentado para mis alumnos, con toda inocencia, la filosofía de quien lleva por nombre Emmanuel Kant, no veo indicación precisa alguna para el caso de casuística mundana ante el que me encuentro en esa *Crítica de la razón práctica*, en la que el gran fraile exclaustrado del protestantismo platonizó, conforme a la moda de Germania, para una Alemania prehistóricamente sentimental y áulica, a todos los efectos de un misticismo pomeranio. Se trata de nuevo de *El banquete*, pero celebrado esta vez en Koenigsberg, al modo de allí, indigesto y saneado, con *choukroute* y sin *gigolos*. Es evidente, por una parte, que no puedo denegar a nuestra excelente anfitriona el leve favor que me pide, de conformidad plenamente ortodoxa con la moral tradicional. Ante todo, hay que evitar dejarse tanguelar —pues pocas hay que hagan decir tantas tonterías— con las palabras, pero, en fin, no vacilemos en confesar que, si las madres de familia participaran en la votación, el barón correría el riesgo de ser lamentablemente derrotado como profesor de virtud. Desgraciadamente, sigue su vocación de pedagogo con el temperamento de un hombre sin principios; fíjese en que no hablo mal del barón; ese hombre agradable, que sabe trinchar un asado como nadie, cuenta, además de con el genio del anatema, con tesoros de bondad. Puede ser divertido como un payaso superior, mientras que con alguno de mis colegas —académico, claro está— yo me aburro, como diría Jenofonte, a razón de cien dracmas la hora, pero temo que gaste con Morel un poco más de lo que la sana moral ordena y, sin saber en qué medida el joven penitente se muestra dócil o rebelde en los ejercicios especiales que su catequista le impone en materia de mortificación, no es necesario

ser demasiado instruido para estar seguro de que pecaríamos, como dice el otro, por mansedumbre para con ese rosacruz que parece llegarnos de Petronio, tras haber pasado por Saint-Simon, si le concediéramos, con los ojos cerrados, como es debido, el permiso de satanizar y, sin embargo, al entretener a ese hombre mientras la Sra. Verdurin, por el bien del pecador y muy justamente tentado por semejante cura espiritual, va a hablar al joven atolondrado sin ambages, retirarle todo lo que le gusta, asestarle tal vez un golpe fatal, no puedo decir que no me preocupe, me parece que lo atraigo, como quien dice, a una emboscada, y retrocedo como ante una forma de cobardía». Después de hablar así, no vaciló en cometerla y, tras cogerme del brazo, añadió: «Vamos, barón, ¿y si fuéramos a fumar un cigarrillo? Este joven no conoce aún todas las maravillas del palacete». Yo me disculpé diciendo que debía volver a casa. «Espere aún un instante», dijo Brichot. «Ya sabe que debe llevarme a mi casa, que no he olvidado su promesa». «¿No quiere usted de verdad que le haga sacar la vajilla de plata? Nada sería más sencillo», me dijo el Sr. de Charlus. «Tal como me ha prometido usted, ni palabra sobre la condecoración a Morel. Quiero darle la sorpresa de anunciárselo dentro de un rato, cuando hayamos salido, aunque diga que no es importante para un artista, pero que su tío lo desea» (yo me ruboricé, pues los Verdurin sabían por mi abuelo quién era el tío de Morel). «Entonces, ¿no quiere usted que le haga sacar las piezas más hermosas?», me dijo el Sr. de Charlus. «Pero si las conoce usted, las vio diez veces en La Raspelière». Yo no me atreví a decirle que lo que habría podido interesarme no eran los mediocres cubiertos de una vajilla de plata burguesa, ni siquiera la más rica, sino un espécimen, aunque fuera en un hermoso grabado, de los de Madame Du Barry. Estaba demasiado preocupado y —aunque no lo hubiera estado por aquella revelación relativa a la venida de la Srta. Vinteuil— siempre, en las reuniones mundanas, me encontraba demasiado distraído y agitado para fijar la atención en objetos más o menos bonitos. Sólo habría podido fijarla, si la hubiera solicitado alguna realidad que se dirigiese

a mi imaginación, como habría podido hacerlo, aquella noche, una vista de aquella Venecia en la que tanto había pensado por la tarde o algún elemento general, común a varias apariencias y más verdadero que ellas, que por sí mismo despertaba siempre en mí un espíritu interior y habitualmente adormilado, pero cuya subida a la superficie de mi conciencia me daba gran alegría. Ahora bien, cuando salía del salón llamado «sala de teatro» y cruzaba, junto con Brichot y el Sr. de Charlus, los demás salones, al volver a encontrarme, transpuestos en medio de otros, muebles vistos en La Raspelière y a los que no había prestado la menor atención, advertí cierto aire de familia, una identidad permanente, entre el mobiliario del palacete y el de la quinta y comprendí a Brichot, cuando me dijo sonriendo: «Mire, ¿ve usted este fondo de salón? Esto al menos puede darle más o menos idea de lo que había en la Rue Montalivet, hace veinticinco años, *grande mortalis aevi spatium*». Ante su sonrisa, dedicada al salón difunto que él volvía a ver, comprendí que lo que Brichot, tal vez sin darse cuenta, prefería en el antiguo salón, más que los ventanales, más que la alegre juventud de los Señores y de sus fieles, era esa parte irreal (que yo mismo extraía de algunas similitudes entre La Raspelière y el Quai Conti) cuya simple prolongación —en un salón como en cualquier cosa— es la parte exterior, actual, comprobable por todo el mundo, la que se había vuelto puramente moral, de un color que ya sólo existía para mi viejo interlocutor, que no podía enseñarme, la que se ha separado del mundo exterior para refugiarse en nuestra alma, a la que atribuye una plusvalía, en la que se ha asimilado a su substancia habitual, al transformarse —casas destruidas, personas de otro tiempo, fruteros de cenas que recordamos— en ese alabastro translúcido de nuestros recuerdos, cuyo color, que sólo nosotros vemos, no podemos mostrar, cosa que nos permite decir verídicamente a los demás, respecto de las cosas pasadas, que no pueden hacerse idea, que no se trata de algo parecido a lo que han visto y que no podemos por menos de sentir cierta emoción al recordarlas, al pensar que de la existencia de nuestro pensamiento

es del que depende por un tiempo aún su supervivencia, el reflejo de las lámparas que se apagaron y el olor de las enramadas que ya no volverán a florecer. Y seguramente por eso el salón de la Rue Montalivet perjudicaba, a juicio de Brichot, la morada actual de los Verdurin, pero, por otra parte, añadía a ésta, para los ojos del profesor, una belleza que no podía tener para un recién llegado. Aquellos de sus muebles antiguos que habían sido trasladados a ella y a veces con la misma distribución que yo mismo recordaba de La Raspelière integraban en el salón actual partes del antiguo que en ciertos momentos lo evocaban hasta la alucinación y, además, parecía casi irreal evocarlos dentro de la realidad ambiente de los fragmentos de un mundo destruido que se creía ver en otra parte. Un diván surgido del sueño entre los sillones nuevos y muy reales, sillitas revestidas de seda rosa, tapete briscado de mesa de juego elevado a la dignidad de persona desde que, como una persona, tenía un pasado, una memoria, que conservaba en la sombra fría del salón del Quai Conti el bronceado del sol por las ventanas de la Rue Montalivet (cuya hora conocía tan bien como la propia Sra. Verdurin) y por las puertas cristaleras de Douville, adonde lo habían llevado y donde miraba todo el día, allende el jardín cubierto de flores, el profundo valle de la *** en espera de la hora en que Cottard y el violinista echarían su partida, ramillete de violetas y pensamientos en pastel, regalo de un gran artista amigo, muerto más adelante, único fragmento superviviente de una vida desaparecida sin dejar rastro, compendio de un gran talento y una gran amistad, que recordaba su mirada atenta y dulce, su hermosa mano gruesa y triste, mientras pintaba; acumulación preciosa, desorden de los regalos de fieles que siguió por doquier a la señora de la casa y acabó cobrando la impronta y la fijeza de un rasgo de carácter, de una línea del destino; profusión de ramilletes de flores, de cajas de chocolate que sistematizaba, aquí como allí, su magnitud siguiendo un modo de floración idéntica; interpolación curiosa de los objetos singulares y superfluos que parecen recién salidos de la caja con la que han sido regalados y que siguen siendo

toda la vida lo que fueron al principio: regalos de Año Nuevo; todos esos objetos, en fin, que no se podrían aislar de los otros, pero que para Brichot, antiguo asiduo a las fiestas de los Verdurin, tenían esa pátina, aterciopelada, de las cosas a las que, al darles como una profundidad, va a sumarse su doble espiritual; todo aquello, disperso, hacía cantar delante de él como otras tantas teclas sonoras que despertaban en su corazón semejanzas amadas, reminiscencias confusas y que, incluso en un salón tan actual, moteaban aquí y allá, recortaban, delimitaban, como hace en un día hermoso un marco de sol que secciona la atmósfera, los muebles y los tapices, persiguiendo de un cojín a un florero, de un taburete al resto de un perfume, de un modo de iluminación a un predominio de colores, esculpían, evocaban, espiritualizaban, hacían vivir una forma que era como la figura ideal, inmanente a sus viviendas sucesivas, del salón de los Verdurin.

«Vamos a intentar», me dijo Brichot al oído, «orientar al barón hacia su asunto favorito. Con él se muestra prodigioso». Por una parte, yo deseaba intentar obtener del Sr. de Charlus las informaciones relativas a la llegada de la Srta. Vinteuil y de su amiga, a las cuales debía mi decisión de separarme de Albertine. Por otra parte, no quería dejar a ésta demasiado tiempo sola, no es que —al desconocer el instante de mi regreso y, por lo demás, a horas en las que una visita para ella o una salida de ella habrían llamado demasiado la atención— pudiera hacer mal uso de mi ausencia, sino para que no le pareciese demasiado prolongada. Por eso, dije a Brichot y al Sr. de Charlus que no podía seguirlos mucho tiempo. «Venga, de todos modos», me dijo el barón, cuyo entusiasmo mundano empezaba a decaer, pero sentía esa necesidad de prolongar, de hacer durar, las conversaciones, que ya había yo notado en casa de la duquesa de Guermantes, como también en su casa, y que, aun siendo muy particular a esa familia, resulta extensiva, más en general, a todos cuantos, al no ofrecer a su inteligencia otra obra que la conversación, es decir, una obra imperfecta, quedan insatisfechos incluso tras haber pasado horas

juntos y se cuelgan cada vez más ávidamente del interlocutor agotado, al que reclaman, por error, una saciedad que los placeres sociales no pueden dar. «Venga», respondió, «éste es, verdad, el momento agradable de las fiestas, el momento en que todos los invitados se han marchado, la hora de Doña Sol, esperemos que ésta acabe menos tristemente. Lástima que tenga usted prisa, probablemente para hacer cosas que sería mejor no hacer. Todo el mundo tiene siempre prisa y se marchan en el momento en el que deberían llegar. Estamos aquí como los filósofos de Couture, sería el momento de recapitular la velada, de hacer lo que en estilo militar se llama la crítica de las operaciones. Pediríamos a la Sra. Verdurin que mandara traernos una cenita, a la que procuraríamos no invitarla, y rogaríamos a Charlie —por seguir con *Hernani*— que volviera a tocar para nosotros solos el sublime *adagio*. ¡Hay que ver qué belleza, la de ese *adagio*! Pero ¿dónde está el joven violinista? La verdad es que me gustaría felicitarlo, es el momento de los enternecimientos y los abrazos. Reconozca, Brichot, que han tocado como dioses, sobre todo Morel. ¿Ha notado el momento en que se le ha soltado el mechón? ¡Ah! Pues entonces, querido, no ha visto usted nada. Hemos tenido un *fa* sostenido que podría hacer morir de envidia a Enesco, Capet y Thibaud; de nada me ha servido mantener la calma, les confieso que, ante semejante sonoridad, tenía el corazón tan encogido, que he estado a punto de estallar en sollozos. La sala estaba jadeante; Brichot, querido», exclamó el barón, al tiempo que tiraba violentamente del brazo al universitario, «ha sido sublime. Sólo el joven Charlie ha conservado una inmovilidad de piedra, parecía como esas cosas del mundo inanimado de que habla Théodore Rousseau, que hacen pensar, pero no piensan y de repente», exclamó el Sr. de Charlus con énfasis y remedando con teatralidad, «… ¡el mechón! Y durante ese tiempo, graciosa contradanza del *allegro vivace*. Miren, ese mechón ha sido la señal de la revelación, incluso para el más obtuso. La princesa de Taormina, sorda hasta entonces, pues no hay peores sordas que quienes tienen oídos, pero no les sirven para oír, ante la

evidencia del mechón milagroso, ha comprendido que era música y que no se trataba de ponerse a jugar al póquer. ¡Ah! Ha sido un momento muy solemne». «Perdone, señor de Charlus, que le pregunte», dije para abordar el asunto que me interesaba, «me decía usted que la hija del autor iba a venir. Me habría interesado mucho. ¿Está usted seguro de que se contaba con su presencia?». «Ah, no sé». El Sr. de Charlus obedecía así, tal vez sin querer, a esa consigna universal de no informar a los celosos, ya sea para mostrarse absurdamente «buen amigo» por pundonor —y en caso de detestarla— para aquella que los provoca, por maldad para con ella, al adivinar que los celos no harían otra cosa que intensificar el amor, o por esa necesidad de ser desagradable para los demás que consiste en decir la verdad a la mayoría de los hombres, pero callarla a los celosos, pues la ignorancia aumenta su suplicio, al menos eso es lo que se imaginan, y, para dar pena a las personas, nos guiamos por lo que ellas mismas consideran —tal vez equivocadamente— lo más doloroso. «Miren», prosiguió, «ésta es un poco la casa de las exageraciones, son personas encantadoras, pero, en fin, les gusta mucho anunciar celebridades de un tipo o de otro. Ahora, que no parece usted encontrarse bien y va a coger frío en este cuarto tan húmedo», dijo, al tiempo que me acercaba una silla. «Puesto que no se encuentra usted bien, hay que tener cuidado, voy a ir a buscarle su abrigo. No, no vaya usted mismo, se perdería y cogería frío. Hay que ver las imprudencias que se llegan a cometer y eso que ya es usted mayorcito, necesitaría usted una buena criada vieja como yo para cuidarlo». «No se moleste, barón, voy yo», dijo Brichot, quien se alejó al instante: por no darse cuenta exactamente de la amistad muy sincera que el Sr. de Charlus sentía por mí y de las encantadoras remisiones de sencillez, de afecto, que entrañaban sus delirantes crisis de grandeza y persecución, había temido que el Sr. de Charlus, a quien la Sra. Verdurin había confiado como un preso a su vigilancia, hubiera intentado simplemente —con el pretexto de pedir mi abrigo— reunirse con Morel y desbaratar, así, el plan de la Señora.

Entretanto, Ski se había sentado al piano, cosa que nadie le había pedido y, con un fruncido sonriente de las cejas, una mirada lejana y una ligera mueca en la boca, lo que consideraba la expresión de artista, insistía ante Morel para que éste tocara algo de Bizet. «¡Cómo! ¿No le gusta a usted eso, esa faceta infantil de la música de Bizet? Pero, querido», dijo con una erre múltiple, muy característica de él, «si es encantadora». Morel, a quien no gustaba Bizet, lo declaró con exageración y, como en el primer clan tenía fama, cosa increíble, de ingenioso, Ski, fingiendo tomar las diatribas del violinista por paradojas, se echó a reír. Su risa no era, como la del Sr. Verdurin, el ahogo de un fumador. Ski ponía primero expresión fina, después dejaba escapar, como a regañadientes, un solo sonido de risa, como una primera llamada de campanas, seguido de un silencio en el que la sutil y experta mirada parecía examinar la gracia de lo que se decía y después una segunda campana de risa se ponía en movimiento y no tardaba en llegar un ángelus risueño.

Expresé al Sr. de Charlus mi pesar por que el Sr. Brichot se hubiera molestado. «No, no, está muy contento. Lo aprecia mucho a usted, todo el mundo lo aprecia mucho. El otro día decían: “Ya es que no se lo ve, ¡se está aislando!”. Por lo demás, es tan buena persona Brichot», prosiguió el Sr. de Charlus, quien seguramente no sospechaba, al ver la forma afectuosa y franca como le hablaba el profesor de moral, que no tenía reparos en burlarse de él en su ausencia. «Es un hombre de un gran valor, que sabe muchísimo y no por ello se ha acartonado, no se ha convertido en una rata de biblioteca como tantos otros, que huelen a tinta. Ha conservado una amplitud de miras, una tolerancia, poco comunes entre sus pares. A veces, al ver cómo entiende la vida, cómo sabe dar a cada cual con elegancia lo que le corresponde, se pregunta uno dónde ha podido aprender todo eso un simple y modesto profesor de la Sorbona, un antiguo profesor de bachillerato. A mí mismo me asombra». A mí me asombraba aún más, al ver que la conversación de aquel Brichot, que el menos refinado de los convidados de la Sra. de Guermantes

habría considerado de lo más tonta y pesada, gustaba al más difícil de todos, el Sr. de Charlus, pero a ese resultado habían contribuido, entre otras influencias, aquellas —distintas, por lo demás— en virtud de las cuales Swann se había encontrado a gusto, por una parte, en el pequeño clan durante tanto tiempo, cuando estaba enamorado de Odette, y desde que estaba casado consideraba agradable, por otra, a la Sra. Bontemps, quien fingía adorar a la familia Swann, acudía todo el tiempo a visitar a su mujer, se deleitaba con las historias del marido y hablaba de ellos con desdén. Como el escritor que concede la palma de la inteligencia —no al hombre más inteligente, sino— al vividor que hacía una reflexión audaz y tolerante sobre la pasión de un hombre por una mujer, gracias a la cual la amante cursi del escritor coincidía con él en que de todas las personas que acudían a su casa la menos tonta era también aquel viejo verde que tenía experiencia en asuntos amorosos, así también el Sr. de Charlus consideraba más inteligente que sus demás amigos a Brichot, quien no sólo se mostraba amable con Morel, sino que, además, espigaba al respecto —en los filósofos griegos, los poetas latinos, los cuentistas orientales— textos que decoraban el gusto del barón con un florilegio extraño y encantador. El Sr. de Charlus había llegado a esa edad en la que un Victor Hugo gusta de rodearse sobre todo de Vacqueries y Meurices. De entre todos ellos prefería a los que admitían su punto de vista sobre la vida. «Lo veo mucho», añadió con voz chillona y cadenciosa, sin que un solo movimiento, a salvo de los labios, alterara su máscara grave y enharinada en la que estaban entornados sus párpados de eclesiástico. «Voy a sus clases, esa atmósfera de barrio latino me transforma, hay una adolescencia estudiosa, pensante, de jóvenes burgueses más inteligentes, más instruidos de lo que lo eran, en otro medio, mis compañeros. Es otra cosa, que probablemente conozca usted mejor que yo: son jóvenes *burgueses*», dijo recalcando la palabra que hizo preceder de varias *bes* y subrayándola mediante algo así como un hábito de elocución, correspondiente, a su vez, a un gusto por los matices en el pensamiento muy propio de él, pero tal vez también

para no privarse del placer de manifestarme cierta insolencia. Ésta no disminuyó en modo alguno la grande y afectuosa piedad que me inspiraba el Sr. de Charlus (desde que la Sra. Verdurin había revelado su propósito delante de mí), simplemente me hizo gracia y, aun en una circunstancia en la que no hubiera sentido tanta simpatía por él, no me habría ofendido. Yo había heredado de mi abuela la carencia de amor propio hasta un grado que privaría fácilmente de dignidad. Seguramente apenas me daba cuenta de ello y, a fuerza de haber oído desde el colegio a los más estimados de mis compañeros no soportar que se les faltara al respeto, no perdonar unos malos modos, había acabado mostrando en mis palabras y en mis acciones una segunda naturaleza que era bastante orgullosa. Tenía fama incluso de serlo extraordinariamente, porque, al no ser nada miedoso, no me costaba batirme en duelos, cuyo prestigio moral disminuía yo mismo al burlarme de ellos, lo que contribuía a que se los considerara ridículos, pero la naturaleza que reprimimos no por ello deja de seguir alojada en nosotros. Por eso, a veces, si leemos la nueva obra maestra de un hombre genial, encontramos en ella con gusto todas esas reflexiones nuestras que habíamos despreciado, alegrías, tristezas que habíamos contenido, todo un mundo de sentimientos desdeñado por nosotros y cuyo valor nos enseña de súbito el libro en el que los reconocemos. Había acabado aprendiendo de la experiencia de la vida que estaba mal sonreír afectuosamente, cuando alguien se burlaba de mí y no guardarle rencor, pero esa falta de amor propio y rencor, si bien había yo dejado de expresarla hasta llegar a ignorar casi completamente que existiera en mí, no por ello dejaba de ser el medio primitivo en el que estaba inmerso. La cólera y la mala intención me venían de forma muy diferente, mediante ataques furiosos. Además, el sentimiento de la justicia, hasta una completa ausencia de sentido moral, me era desconocido. En el fondo de mi corazón estaba totalmente entregado al más débil y desdichado. No tenía opinión sobre hasta qué punto podían intervenir el bien y el mal en las relaciones de Morel y del Sr. de Charlus, pero la idea de

los sufrimientos que estaban preparando al Sr. de Charlus me resultaba intolerable. Me habría gustado avisarlo, pero no sabía cómo hacerlo. «La vista de todo ese mundillo laborioso es muy agradable para un vejestorio como yo. No los conozco», añadió, al tiempo que alzaba una mano con expresión de reserva, para no parecer jactarse, para atestiguar su pureza y no hacer planear sospechas sobre la de los estudiantes, «pero son muy educados, con frecuencia llegan hasta el extremo de guardarme un sitio, porque soy un señor mayor. Pues claro que sí, querido, no proteste, tengo más de cuarenta años», dijo el barón, que había superado los sesenta. «Hace un poco de calor en ese anfiteatro en el que habla Brichot, pero siempre es interesante». Aunque el barón prefería mezclarse con la juventud de las escuelas o incluso sentirse atropellado por ella, a veces, para evitarle largas esperas, Brichot lo hacía entrar con él. Aunque Brichot estaba como en su casa en la Sorbona, en el momento en que el bedel cargado de cadenas le precedía y en que avanzaba el maestro admirado por la juventud, no podía reprimir cierta timidez y, aun deseando aprovechar aquel instante, en el que se sentía tan importante por mostrar amabilidad a Charlus, se encontraba, de todos modos, un poco violento; para que el bedel lo dejara pasar, le decía con voz facticia y apariencia atareada: «Sígame, barón, que vamos a acomodarlo», y después, sin preocuparse ya de él, avanzaba, para hacer su entrada solo y animado por el pasillo. A cada lado, una doble fila de jóvenes profesores lo saludaba; Brichot, deseoso de no parecer que adoptaba una pose para aquellos jóvenes, que lo consideraban —y él lo sabía— un pontífice, les lanzaba mil guiños, mil cabeceos de connivencia, a los que su interés por no perder los ademanes marciales y de buen francés hacía parecer como un aliento cordial, un *sursum corda* de un viejo veterano que dice: «Qué leche, vamos a saber pelear». Después estallaban los aplausos de los alumnos. Brichot aprovechaba a veces aquella presencia del Sr. de Charlus en sus clases para agradar a alguien, casi devolver cortesías. Decía a algún pariente o a alguno de sus amigos burgueses: «Si puede

distraer a su mujer o a su hija, lo aviso de que el barón de Charlus, príncipe de Agrigento, descendiente de los Condé, va a asistir a mi clase. Para un hijo, haber visto a uno de los últimos descendientes de nuestra aristocracia que hace honor a su rango es un recuerdo que conservar. Si vienen, lo reconocerán, porque se habrá colocado junto a mi cátedra. Por lo demás, será el único, un hombre robusto, con pelo blanco, bigote negro y medalla militar». «¡Ah! Pues se lo agradezco», decía el padre y, aunque su mujer tuviera cosas que hacer, para no contrariar a Brichot, la obligaba a ir a la clase, mientras que la joven, incomodada por el calor y la muchedumbre, devoraba, sin embargo, con los ojos al descendiente de Condé, al tiempo que le extrañaba que no llevara gorguera y se pareciese a los hombres de nuestros días. Sin embargo, él no tenía ojos para ella, pero más de un estudiante, que no sabía quién era, se asombraba ante su amabilidad, se daba tono y se mostraba seco, y el barón salía embargado de sueños y melancolía. «Perdóneme que vuelva a mi asunto», dije rápidamente al Sr. de Charlus, al oír los pasos de Brichot, «pero ¿podría usted avisarme con un continental, si se enterara de que la Srta. Vinteuil o su amiga habían de venir a París, y decirme exactamente la duración de su estancia, sin decir a nadie que se lo he pedido?». Yo ya no creía que fuera a venir, pero quería estar a cubierto así para el futuro. «Sí, lo haré. En primer lugar, porque tengo una gran deuda con usted. Al no aceptar en tiempos lo que le propuse, me hizo usted, a su costa, un inmenso favor, me dejó en libertad. Cierto es que he abdicado de ella de otro modo», añadió con tono melancólico en el que se traslucía el deseo de hacer confidencias; «hay en eso lo que considero siempre el fenómeno más importante, toda una reunión de circunstancias que usted no quiso orientar a su favor, tal vez porque el destino le advirtió en aquel minuto preciso para no desviarme de mi senda. Es una vez más lo de “el hombre propone y Dios dispone”. ¿Quién sabe si, en caso de que usted hubiera aceptado, el día en que salimos juntos de la casa de la Sra. de Villeparisis, no se habrían producido nunca muchas cosas que han ocurrido?». Como me

sentía violento, hice derivar la conversación aprovechando la aparición del nombre de la Sra. de Villeparisis y expresando la tristeza que me había causado su muerte. «¡Ah! Sí», murmuró, seco, el Sr. de Charlus con la entonación más insolente, al tomar nota de mi pésame sin parecer creer ni por un segundo en su sinceridad. Al ver que, en todo caso, el asunto de la Sra. Villeparisis no le resultaba doloroso, quise saber por él, tan indicado en todos los sentidos, por qué razones la Sra. de Villeparisis había sido mantenida aparte por el mundo aristocrático. No sólo no me dio la solución de aquel problemilla mundano, sino que, además, no me pareció que lo conociese siquiera. Entonces comprendí que la situación de la Sra. de Villeparisis, si bien iba a parecer más adelante grande a la posteridad e incluso en vida de la marquesa a la plebe ignorante, no había parecido menos grande en el extremo opuesto de la alta sociedad, el de los Guermantes. Era su tía, veían sobre todo el nacimiento, las alianzas, la importancia conservada en su familia por el ascendiente sobre tal o cual cuñada. Lo veían menos desde el punto de vista mundano que desde el familiar. Ahora bien, éste era más brillante para la Sra. de Villeparisis de lo que yo había creído. Me había asombrado enterarme de que el nombre de Villeparisis era falso, pero hay otros ejemplos de grandes señoras cuyo matrimonio fue desigual y conservaron una situación preponderante. El Sr. de Charlus comenzó informándome de que la Sra. de Villeparisis era la sobrina de la famosa duquesa de ***, la persona más célebre de la gran aristocracia durante la Monarquía de Julio, pero que no había querido frecuentar al Rey Ciudadano y su familia. ¡Había yo deseado tanto conocer relatos sobre aquella duquesa! Y la Sra. de Villeparisis, la buena Sra. de Villeparisis, con sus mejillas que me parecían de burguesa, la Sra. de Villeparisis, que me enviaba tantos regalos y a la que yo habría podido ver tan fácilmente todos los días, la Sra. de Villeparisis era su sobrina, criada por ella, en su casa, en el palacete de ***. «Preguntaba al duque de Doudeauville», me dijo el Sr. de Charlus, «refiriéndose a las tres hermanas: “¿A cuál de las tres hermanas prefiere usted?”. Y,

como Doudeauville había dicho: “La Sra. de Villeparisis”, la duquesa de *** le respondió: “¡Cerdo!”. Pues la duquesa era muy *graciosa*», dijo el Sr. de Charlus dando a esa palabra la importancia y la pronunciación habituales entre los Guermantes. Por lo demás, no me extrañó que la palabra le pareciera tan «ingeniosa», pues en muchas otras ocasiones había advertido la tendencia centrífuga, objetiva, de los hombres que los mueve a abdicar —cuando saborean el ingenio de los otros— de las severidades con que juzgarían el suyo, y a observar, a anotar, con afectación lo que desdeñarían creer.

«Pero ¿qué le pasa? El abrigo que trae es el mío», dijo, al ver que Brichot había buscado tanto para obtener semejante resultado. «Habría sido mejor que hubiera ido yo mismo. En fin, se lo va a echar usted sobre los hombros. ¿Sabe usted que es muy comprometedor, querido? Es como beber en el mismo vaso, conoceré sus pensamientos. No, no, así no, hombre, déjeme a mí», y, al tiempo que me ponía su abrigo, me lo echaba sobre los hombros, alzaba el cuello y con la mano me rozaba la mejilla y se disculpaba. «A su edad, no sabe ponerse un abrigo, hay que ataviarlo; me equivoqué de vocación, Brichot, había nacido para ser niñera». Yo quería irme, pero, como el Sr. de Charlus había manifestado su intención de ir a buscar a Morel, Brichot nos retuvo a los dos. Por lo demás, la certidumbre de que en casa volvería a ver a Albertine, igual a la que tenía por la tarde de que Albertine volvería del Trocadero, me infundía en aquel momento tan poca impaciencia por verla como cuando estaba sentado, el mismo día, al piano, después de que Françoise me hubiera telefoneado. Y aquella calma fue la que me permitió —todas las veces en que durante aquella conversación quise levantarme— obedecer a la exhortación de Brichot, quien temía que mi marcha impidiera a Charlus permanecer hasta el momento en que la Sra. Verdurin viniese a llamarnos. «Vamos», dijo al barón, «quédese un poco con nosotros, ya le dará el abrazo dentro de un rato», añadió Brichot, al tiempo que clavaba sus ojos casi muertos, a los que las numerosas operaciones que

habían sufrido habían hecho recuperar un poco de vida, pero que, aun así, no tenían la movilidad necesaria para la expresión oblicua de la malignidad. «El abrazo, ¡será idiota!», exclamó el barón con tono agudo y embelesado. «Querido mío, he de decirle que se cree siempre en una entrega de premios, sueña siempre con sus alumnillos. Me pregunto si no se acostará con ellos». «Así, ¡que desea usted ver a la Srta. Vinteuil!», me dijo Brichot, quien había oído el final de nuestra conversación. «Le prometo que lo avisaré si viene, lo sabré por la Sra. Verdurin», me dijo Brichot, quien seguramente preveía que el barón tenía muchas probabilidades de ser excluido de forma inminente del pequeño clan. «Así, ¿que me cree usted en relación menos estrecha que usted con la Sra. Verdurin?», dijo el Sr. de Charlus, «¿para estar informado de la llegada de esas personas de tan terrible reputación? Ya sabe usted que es archisabido. La Sra. Verdurin se equivoca al dejarlas venir, eso está bien para los medios equívocos. Son amigas de toda una panda terrible, deben de reunirse en lugares horrendos». Con cada una de aquellas palabras, a mi sufrimiento se sumaba otro nuevo, cambiaba de forma y de repente, al recordar ciertos arranques de impaciencia de Albertine, que en seguida reprimía, por lo demás, sentí espanto ante la idea de que hubiera concebido el proyecto de dejarme. La sospecha me volvía tanto más necesario el imperativo de hacer durar nuestra vida en común hasta un momento en que hubiera yo recuperado la calma y, para quitar a Albertine la idea —en caso de que la tuviese— de adelantarse a mi proyecto de ruptura, para hacerle parecer —hasta que pudiera realizarlo sin sufrir— más ligeras sus cadenas, lo más acertado (tal vez estuviera yo contagiado por la presencia del Sr. de Charlus, por el recuerdo inconsciente de las comedias que le gustaba representar) me pareció hacer creer a Albertine que yo mismo tenía la intención de dejarla: en cuanto volviera a casa iba a simular una despedida, una ruptura. «Desde luego que no, no me considero en mejor relación que usted con la Sra. Verdurin», proclamó Brichot recalcando las palabras, pues temía haber despertado las sospechas del barón, y,

como veía que yo quería marcharme, para retenerme con el cebo de la diversión prometida, añadió: «Hay algo en lo que no me parece que el barón haya pensado, cuando habla de la reputación de esas dos señoras, y es que una reputación puede ser a un tiempo espantosa e inmerecida. Así, por ejemplo, en la serie más notoria que llamaré paralela, es cierto que los errores judiciales son numerosos y que la historia ha registrado sentencias condenatorias por sodomía que infamaron a hombres ilustres y totalmente inocentes. El reciente descubrimiento de un gran amor de Miguel Ángel por una mujer es un hecho nuevo por el que el amigo de León X merecería el beneficio de una instancia de revisión póstuma. El caso Miguel Ángel me parece de lo más indicado para apasionar a los esnobs y movilizar La Villette, cuando otro caso —en el que la anarquía era lo que se estilaba y llegó a ser el pecado de moda de nuestros buenos diletantes, pero cuyo nombre no se puede pronunciar por miedo a querellas— haya acabado». Desde que Brichot había empezado a hablar de las reputaciones masculinas, el Sr. de Charlus había revelado en todo su rostro la clase particular de impaciencia que se ve en un experto médico o militar, cuando gente mundana que no sabe nada al respecto se pone a decir tonterías sobre asuntos de terapéutica o de estrategia. «No sabe usted ni jota de las cosas de las que habla», acabó diciendo a Brichot. «Cíteme una sola reputación inmerecida. Diga nombres. Sí, me lo conozco todo», replicó violentamente el Sr. de Charlus a una tímida interrupción de Brichot, «la gente que ha hecho eso en el pasado por curiosidad o por afecto único por un amigo muerto y aquel que, creyendo haberse avanzado demasiado, si le habla usted de la belleza de un hombre, le responde que eso es chino para él, que sabe tan poco distinguir a un hombre guapo de uno feo como dos motores de auto, porque la mecánica no es lo suyo. Todo eso son bromas. ¡Huy, Dios mío! Fíjese en que no quiero decir que una mala reputación (o lo que se ha convenido en llamar así) e injustificada sea algo absolutamente imposible. Es algo tan excepcional, tan poco común, que prácticamente no existe. Sin embargo, yo, que soy

un curioso, un fisgón, las he conocido y no eran mitos. Sí, a lo largo de mi vida he comprobado (quiero decir "científicamente comprobado", no hablo por hablar) dos reputaciones injustificadas. Suelen establecerse gracias a una similitud de nombres o por algunos signos exteriores, la abundancia de sortijas, por ejemplo, que la gente incompetente se imagina absolutamente característica de lo que usted dice, como también cree que un campesino no dice dos palabras sin añadir *mecagüendiós* o un inglés *goddam*. Es una convención para comedias ligeras».

El Sr. de Charlus me asombró mucho al citar entre los invertidos al «amigo de la actriz» que había yo visto en Balbec y que era el jefe de la pequeña sociedad de cuatro amigos. «Pero entonces, ¿esa actriz?». «Le sirve de pantalla y, por lo demás, tiene relaciones con ella, tal vez más que con hombres, con quienes tiene pocas». «¿Las tenía con los otros tres?». «¡Qué va! ¡No son amigos para eso! Dos son totalmente aficionados a las mujeres. Uno lo es, pero no está seguro sobre su amigo y, en todo caso, se esconden el uno del otro. Lo que le extrañará es que esas reputaciones injustificadas son las más asentadas para el público. Usted mismo, Brichot, que pondría la mano en el fuego por la virtud de tal o cual hombre que viene aquí y a quien los bien informados llaman el "lobo blanco", debe de creer, como todo el mundo, según dicen de tal hombre en primer plano que encarna esos gustos para la masa, cuando resulta que no lo es por dos perras gordas. Digo por dos perras gordas porque, si pusiéramos veinticinco billetes de los grandes, veríamos el número de los santos disminuir hasta cero. Si no, la tasa de santos, si es que ve usted santidad ahí, se mantiene por regla general entre tres y cuatro de diez». Si Brichot había transpuesto al sexo masculino la cuestión de las malas reputaciones, al sexo femenino —y pensando en Albertine— refería yo, a mi vez, las palabras del Sr. de Charlus. Me espantaba su estadística, aun teniendo en cuenta que debía de hinchar las cifras según sus deseos y también según los informes de personas chismosas, tal vez mentirosas y, en todo caso, engañadas por su propio deseo, que, al sumarse al del Sr. de Charlus, falseaba

seguramente los cálculos del barón. «¡Tres de diez!», exclamó Brichot. «Al invertir la proporción, yo habría tenido aún que multiplicar por cien el número de culpables. Si es el que usted dice, barón, y si no se equivoca usted, habremos de reconocer entonces que es usted uno de los escasos videntes de una verdad que nadie sospecha a su alrededor. Así, Barrès hizo sobre la corrupción parlamentaria descubrimientos que fueron verificados *a posteriori*, como la existencia del planeta de Leverrier. La Sra. Verdurin citaría preferentemente a hombres a los que yo prefiero no nombrar y que adivinaron en la Oficina de Informaciones, en el Estado Mayor, artimañas, inspiradas —creo yo— por un celo patriótico, pero que yo no me imaginaba, la verdad. Sobre la masonería, el espionaje alemán, la morfinomanía, Léon Daudet escribe todos los días un prodigioso cuento de hadas, que resulta ser la realidad misma. ¡Tres de diez!», prosiguió Brichot, estupefacto, y conviene decir que el Sr. de Charlus tachaba de invertidos a la gran mayoría de sus contemporáneos, exceptuando, sin embargo, a los hombres con los que había tenido relaciones, caso que —a poco que hubieran ido mezcladas con algún elemento novelesco— le parecía más complejo. Así, se ve a vividores, que no creen en el honor de las mujeres, devolver un poco sólo a una que fue su amante y de la que aseguran sinceramente y con expresión misteriosa: «Qué va, se equivoca usted, no es una ramera». Esa estima inesperada les ha dictado, en parte por su amor propio, para el cual es más lisonjero que semejantes favores hayan estado reservados a ellos solos, en parte por su ingenuidad, que se traga fácilmente todo lo que su amante ha querido hacerles creer y en parte por ese sentimiento de la vida por el cual, en cuanto nos acercamos a las personas, las vidas, las etiquetas y los compartimentos establecidos resultan demasiado simples. «¡Tres de diez! Pero, cuidado, menos felices que esos historiadores que el porvenir ratificará, barón, si quisiera usted presentar a la posteridad el panorama que nos describe, ésta podría considerarla mala. Sólo juzga con pruebas y le gustaría conocer la documentación en la que se basa usted. Ahora bien,

como ningún documento autentica esa clase de fenómenos colectivos que los únicos informados tienen demasiado interés en mantener en la sombra, habría mucha indignación en el bando de las almas buenas y usted se granjearía el calificativo de calumniador o loco. Después de haber obtenido, en el concurso de las elegancias, el máximo y el principado, en esta Tierra, conocería usted las tristezas de una derrota de ultratumba. No vale la pena, como dice —¡Dios me perdone!— nuestro Bossuet». «Yo no trabajo para la Historia», respondió el Sr. de Charlus, «me basta la vida, espero que bastante interesante, como decía el pobre Swann». «¡Cómo! ¿Conoció usted a Swann, barón? Pero eso no lo sabía yo. ¿Tenía esas inclinaciones?», preguntó Brichot con expresión preocupada. «Pero ¡hay que ver qué grosería! Entonces, ¿cree usted que yo sólo conozco a gente así? Pues no, creo que no», dijo Charlus con los ojos bajos y procurando sopesar los pros y los contras y, pensando que, puesto que se trataba de Swann, cuyas tendencias, tan opuestas, habían sido conocidas siempre, una confesión a medias había de ser por fuerza inofensiva para aquel a quien afectaba y halagadora para el que la dejaba escapar en una insinuación, el barón dijo como a su pesar y como si estuviera pensando en voz alta: «No digo que en tiempos, en el colegio, una vez por casualidad», y después, como retractándose, concluyó riendo: «Pero de eso hace doscientos años, ¿cómo quiere usted que lo recuerde? ¡No me fastidie!». «En todo caso, ¡no era lo que se dice una preciosidad!», dijo Brichot, quien, aun siendo horroroso, creía estar bien y consideraba con facilidad feos a los otros. «Calle, calle», dijo el barón, «no sabe usted lo que dice, en aquella época tenía un cutis de manzana y», añadió dando a cada sílaba una nota diferente, «era precioso como los amores. Por lo demás, siguió siendo encantador. Las mujeres lo amaron locamente». «Pero ¿conoció usted a la suya?». «Pero ¡hay que ver! ¡Si la conoció por mí! Me pareció encantadora con su semidisfraz, una noche en que interpretaba a Miss Sacripant; estaba yo con unos compañeros de club, todos habíamos ido acompañados de una mujer y, aunque lo

único que yo deseaba era dormir, las malas lenguas afirmaron —pues la maldad de la gente es atroz— que yo me había acostado con Odette. Sólo, que ella lo aprovechó para venir a molestarme y creí librarme de ella presentándosela a Swann. Desde aquel día no cesó de pegárseme como una lapa, no sabía una palabra de ortografía, era yo quien escribía las cartas y después fui yo quien hubo de encargarse de pasearla. Ya ve usted, hijo, lo que es tener buena fama, ya ve. Por lo demás, sólo me la merecía a medias. Me obligaba a organizarle orgías con cinco o seis personas». Y el Sr. de Charlus se puso a enumerar los amantes que había tenido Odette sucesivamente (había estado con Fulano y después con Mengano… hombres de ninguno de los cuales había sabido nada el pobre Swann, cegado por los celos y por el amor, sucesivamente suputando las posibilidades y creyendo en los juramentos, más afirmativos que una contradicción no advertida por la culpable, más imperceptible y, sin embargo, más significativa y que el celoso podría invocar más lógicamente que informaciones inventadas para inquietar a su amante) con tanta certidumbre como si hubiera recitado la lista de los reyes de Francia. Y, en efecto, el celoso está, como los contemporáneos, demasiado cerca, no sabe nada y para los extraños es para quienes la crónica de los adulterios cobra la precisión de la Historia y se alarga en listas —por lo demás, indiferentes— que sólo resultan tristes a otro celoso, como lo era yo, quien no puede por menos de comparar su caso con aquel del que oye hablar y en el de la mujer sobre la que duda se pregunta si existirá una lista tan ilustre, pero nada puede saber al respecto: es como una conspiración universal, una vejación en la que participan todos cruelmente y que consiste —mientras su amiga va de uno a otro— en mantener sobre sus ojos una venda que se esfuerza perpetuamente por arrancar sin conseguirlo, pues todo el mundo lo mantiene cegado, al desdichado: las personas buenas por bondad, las malas por maldad, las groseras por gusto de las farsas feas, las bien educadas por cortesía y buena educación y todos por una de esas convenciones llamadas principios. «Pero ¿supo alguna vez

Swann que usted había recibido sus favores?». «Pero ¡hay que ver qué horror! ¡Contarle eso a Charles! Es como para que se le pongan a uno los pelos de punta. Pero, querido, me habría matado, pura y simplemente, era celoso como un tigre. Del mismo modo que no confesé a Odette, que, por lo demás, le habría dado igual, que… venga, no me haga decir tonterías. Y lo más fuerte es que fue ella la que le disparó con un revólver y estuvo a punto de acertarme a mí. ¡Ah! ¡Menuda diversión tuve con aquella pareja! Y, naturalmente, fui yo quien se vio obligado a ser testigo suyo contra d'Osmond, quien nunca me lo perdonó. D'Osmond había raptado a Odette y, para consolarse, Swann había tomado de amante —o falsa amante— a la hermana de Odette. En fin, no va a usted a hacerme contar la historia de Swann: tardaríamos diez años; como comprenderá, es algo que conozco como nadie. Era yo quien salía con Odette, cuando ésta no quería ver a Charles. Me fastidiaba tanto más cuanto que tengo un pariente muy próximo que lleva el nombre de Crécy, sin tener, naturalmente, ninguna clase de derecho, pero al que, en fin, no le hacía gracia precisamente, pues ella se hacía llamar Odette de Crécy y podía hacerlo perfectamente, como esposa sólo separada que era de un Crécy, muy auténtico ése, un señor excelente a quien ella había limpiado hasta el último céntimo. Pero, hay que ver, es para tirarme de la lengua, yo lo vi a usted con él en el tren-tranvía, le daba usted cenas en Balbec. Debe de necesitarlo, el pobre; vivía de una pensioncilla que le pasaba Swann y mucho sospecho que, después de la muerte de mi amigo, dejarían de pagar esa renta completamente. Lo que no comprendo», me dijo el Sr. de Charlus, «es que, puesto que usted estuvo con frecuencia en casa de Charles, no deseara antes que le presentase a la reina de Nápoles. En una palabra, veo que no se interesa usted por las *personas* como curiosidades y eso siempre me extraña en alguien que conoció a Swann, en quien esa clase de interés estaba muy desarrollado, hasta el punto de que no se puede decir si fui yo su iniciador al respecto o él el mío. Me extraña tanto como si viese a alguien que hubiera conocido a Whistler y no supiese lo que es el

gusto. Dios mío, era sobre todo por Morel por lo que era importante conocerla. Por lo demás, éste lo deseaba apasionadamente, pues es lo más inteligente que he conocido. Es una pena que se haya marchado, pero, en fin, estos días los pondré en contacto. Debe conocerla sin falta. El único obstáculo posible sería que ella se muriera mañana. Ahora bien, es de esperar que no ocurra». De repente, como si hubiese quedado conmocionado por la proporción de «tres de diez» que le había revelado el Sr. de Charlus, Brichot, quien no había dejado de perseguir su idea, con una brusquedad que recordaba a la de un juez de instrucción a la hora de hacer confesar a un acusado, pero que, en realidad, era consecuencia del deseo del profesor de parecer perspicaz y del desconcierto que sentía al lanzar una acusación tan grave, preguntó al Sr. de Charlus con expresión sombría: «¿No es así Ski?». Para granjearse la admiración por su supuesta perspicacia, había elegido a Ski, pensando que, puesto que sólo había tres inocentes de diez, corría poco peligro de equivocarse al nombrar a Ski, quien le parecía un poco raro, tenía insomnios, se perfumaba: en una palabra, estaba fuera de lo normal. «Pero, *¡qué va!*», exclamó el barón, con una ironía amarga, dogmática y exasperada. «¡Lo que dice usted es de un falso, de un absurdo, de un ciego! Ski lo parece precisamente a la gente que no sabe nada del asunto. Si lo fuera, no lo parecería tanto, dicho sea sin la menor intención de crítica, pues tiene encanto y a veces le veo incluso una faceta muy entrañable». «Pues díganos algunos nombres, entonces», prosiguió Brichot con insistencia. El Sr. de Charlus se irguió con expresión altiva: «¡Ah, querido! Yo, mire usted, vivo en un mundo abstracto, todo eso me interesa sólo desde el punto de vista transcendental», respondió, con la susceptibilidad recelosa de sus pares y el amaneramiento grandilocuente que caracterizaba su conversación. «Como usted comprenderá, a mí lo único que me interesa son las generalidades, le hablo de eso como de la ley de la gravedad». Pero esos momentos de reacción irritada en que el barón intentaba ocultar su verdadera vida duraban muy poco en comparación con las horas de progresión continua en las

que hacía adivinarla, la ostentaba con una complacencia irritante, pues la necesidad de la confidencia era más fuerte en él que el miedo de la divulgación. «Lo que quería decir», prosiguió, «es que por una mala reputación injustificada hay centenares de buenas que no lo son menos. Evidentemente, el número de quienes no las merecen varía, según creamos a sus pares o a otros, y es cierto que, si bien la mala voluntad de estos últimos es limitada por la demasiada dificultad que tendrían para creer en un vicio tan horrible para ellos como el robo o el asesinato practicado por personas cuya delicadeza y buen corazón conocen, la mala voluntad de los primeros resulta estimulada exageradamente por el deseo de creer —¿cómo diría yo?— accesibles a personas que les agradan por informaciones que les han dado otras a las que ha engañado un deseo semejante y, por último, por la distancia misma a la que, por lo general, se las mantiene. Yo vi a un hombre, bastante mal visto por esa inclinación, suponer que cierto hombre de mundo la compartía, ¡y el único motivo para creerlo era que había estado amable con él! El mismo motivo para ser *optimistas*», dijo, ingenuo, el barón, «sobre la suputación del número, pero la verdadera razón de la enorme distancia que hay entre ese número calculado por los profanos y el calculado por los iniciados se debe al misterio con que éstos envuelven sus acciones a fin de ocultarlas a los otros, quienes, desprovistos de medio alguno de información como están, se quedarían literalmente estupefactos, si se enteraran tan sólo de un cuarto de la verdad». «Entonces, en nuestra época, es como entre los griegos», dijo Brichot. «¡Cómo que como entre los griegos! Mire usted, en la época de Luis XIV tenemos al pequeño Vermandois, a Molière, al príncipe Luis de Baden, a Brunswick, a Charolais, a Boufflers, al gran Condé, al duque de Brissac». «Lo interrumpo: yo sabía, mire usted, lo de Brissac por Saint-Simon, Vendôme, naturalmente, y, por lo demás, muchos otros, pero ese viejo peste de Saint-Simon habla con frecuencia del gran Condé y del príncipe Luis de Baden y nunca lo dice». «La verdad es que es bastante triste que haya de ser yo quien enseñe su historia a un

profesor de la Sorbona. Pero ¡hay que ver, querido maestro! No sabe usted de la misa la media». «Es usted duro, barón, pero justo, y, mire, voy a darle satisfacción. Ahora recuerdo una canción de la época que se hizo en latín macarrónico sobre cierta tormenta que sorprendió al gran Condé cuando bajaba por el Ródano en compañía de su amigo el marqués de La Moussaye. Condé dijo:

*Carus Amicus Mussaeus,*
*Ah! Deus bonus! Quod tempus!*
*Landerirette.*
*Imbre sumus perituri.*

Y La Moussaye lo tranquilizó diciéndole:

*Securae sunt nostrae vitae,*
*Sumus enim Sodomitae.*
*Igne tantum, perituri,*
*Landeriri».*

«Retiro lo que he dicho», dijo Charlus con voz aguda y amanerada, «es usted un pozo de ciencia. Me lo escribirá, ¿verdad? Quiero conservarlo en mis archivos de familia, ya que mi tatarabuela era la hermana del señor Príncipe». «Sí, pero, barón, sobre el príncipe Luis de Baden no veo nada. Por lo demás, creo que en general el arte militar…». «¡Qué tontería! En aquella época, Vendôme, Villars, el príncipe Eugenio, el príncipe De Conti, y, si yo le hablara de todos nuestros héroes de Tonkín, de Marruecos y me refiero a los de verdad sublimes, piadosos y “nueva generación”, no saldría usted de su asombro. ¡Ah! ¡Tendré que enseñar a la gente que hace investigaciones sobre la nueva generación que rechazó las vanas complicaciones de sus mayores, según dice el Sr. Bourget! Tengo yo un joven amigo perteneciente a ella, del que se habla mucho, que ha hecho cosas admirables, pero, en fin, no quiero ser malo, volvamos al siglo XVII, ya sabe usted que Saint-Simon dice del mariscal d’Huelles… entre tantos otros: “…

voluptuoso en desenfrenos griegos que ni siquiera se molestaba en ocultar y reclutaba a jóvenes oficiales a los que domesticaba, además de a jóvenes lacayos muy bien hechos y sin ocultarse, en el ejército y en Estrasburgo". Probablemente haya leído usted las cartas de su esposa, a la que los hombres sólo llamaban "Putana". Habla de ello con bastante claridad». «Y ella tenía una buena fuente para estar informada, con su marido». «Es un personaje tan interesante como ella», dijo el Sr. de Charlus. «Se podría hacer, gracias a ella, la síntesis lírica de la "Mujer de un sarasa". Para empezar, hombruna; generalmente la mujer de un sarasa es un hombre, por eso le resulta tan fácil hacerle hijos. Además, la esposa no habla de los vicios de su marido, pero no cesa de referirse a ese mismo vicio en los otros, como persona informada y por esa costumbre que tenemos de que nos guste encontrar en las familias de los otros las mismas taras que padecemos en la nuestra, para demostrarnos a nosotros mismos que no es nada excepcional ni deshonroso. Como le digo, en todas las épocas ha sido así. Sin embargo, la nuestra se distingue muy en particular desde ese punto de vista y, pese a los ejemplos que he tomado del siglo XVII, si mi tatarabuelo François de la Rochefoucauld viviera en nuestro tiempo, podría decir con más razón aún que del suyo —vamos, Brichot, ayúdeme—: "Los vicios son de todas las épocas, pero, si personajes que todo el mundo conoce hubieran aparecido en los primeros siglos, ¿se hablaría ahora de las prostituciones de Heliogábalo?". Eso de *que todo el mundo conoce* me gusta mucho. Veo que mi sagaz pariente conocía "la palabrería" de sus contemporáneos más célebres como yo conozco la de los míos, pero de gente así no sólo hay más ahora, sino que, además, tiene algo particular». Vi que el Sr. de Charlus iba a decirnos de qué modo había evolucionado esa clase de costumbres y ni por un instante, mientras él hablaba, mientras hablaba Brichot, la imagen más o menos consciente de mi casa, donde me esperaba Albertine, estuvo —asociada con el motivo cariñoso e íntimo de Vinteuil— ausente de mí. Volvía sin cesar a pensar en Albertine, así como tendría que volver al cabo de

poco junto a ella como a una cadena a la que estaba, de un modo o de otro, atado, que me impedía abandonar París y que en aquel momento, mientras que desde el salón Verdurin evocaba mi casa, me la hacía sentir —no como un espacio vacío, exaltante para la personalidad y un poco triste, sino como henchido y semejante al respecto al hotel de Balbec cierta noche— por aquella presencia que no se movía de allí, que se mantenía allí por mí y que estaba seguro de volver a ver en el momento en que quisiera. La insistencia con la que el Sr. de Charlus volvía siempre a aquel asunto —sobre el cual, por lo demás, su inteligencia siempre ejercida en el mismo sentido, no carecía de penetración— resultaba en parte penosa y de forma bastante compleja. Era pelmazo como un sabio que no ve nada fuera de su especialidad, irritante como un informado que se vanagloria de los secretos con que cuenta y desea ardientemente divulgar, antipático como quienes, en cuanto salen a relucir sus defectos, se explayan sin advertir que desagradan, esclavizado como un maníaco e irresistiblemente imprudente como un culpable. Esas características, que en ciertos momentos se volvían tan sorprendentes como las que caracterizan a un loco o a un criminal, me aportaban, por lo demás, cierto sosiego, pues, al someterlas a la transposición necesaria para poder extraer de ellas las deducciones sobre Albertine y al recordar la actitud de ésta con Saint-Loup, conmigo, yo me decía —por doloroso que fuera para mí uno de aquellos recuerdos y melancólico el otro— que parecían excluir el tipo de deformación tan acusada, de especialización forzosamente exclusiva —parecía— que con tanta fuerza se desprendía de la conversación y la persona del Sr. de Charlus, pero, por desgracia, éste se apresuró a arruinar aquellas razones para abrigar esperanzas, del mismo modo que me las había infundido, es decir, sin saberlo. «Sí», dijo, «ya no tengo veinticinco años y ya he visto cambiar muchas cosas a mi alrededor, ya no reconozco ni la sociedad, en la que se desbaratan las barreras, en la que un tropel sin elegancia ni decencia baila el tango incluso en mi familia, ni las modas ni la política ni las artes ni la religión ni nada, pero confieso

que lo que ha cambiado más aún es lo que los alemanes llaman homosexualidad. Dios mío, en mi época, dejando aparte a los hombres que detestaban a las mujeres y aquellos a los que no gustaba que ellas no hiciesen nada sino por interés, los homosexuales eran buenos padres de familia y sólo tenían amantes para despistar. Si hubiera yo tenido una hija que casar —y hubiese querido estar seguro de que no sería desgraciada— entre aquéllos habría buscado a mi yerno. ¡Ay! Todo ha cambiado. Ahora se reclutan también entre los mujeriegos más empedernidos. Yo creía tener cierto olfato y, cuando me decía: "Seguro que no", no podía haberme equivocado. Pues bien, me rindo. Uno de mis amigos, muy conocido por eso, tenía un cochero que mi cuñada Oriane le había procurado, un muchacho de Combray que había ejercido casi todos los oficios, pero sobre todo el de levantar las faldas, y lo más hostil posible —lo habría jurado yo— a esas cosas. Hacía infeliz a su amante engañándola con dos mujeres a las que adoraba, sin contar a las otras, una actriz y una camarera de cervecería. Mi primo el príncipe de Guermantes, que tiene precisamente la irritante inteligencia de las personas que se lo creen todo demasiado fácilmente, me dijo una vez: "Pero ¿por qué no se acuesta X con su cochero? A saber si no le gustaría a Théodore (es el nombre del cochero) y si no estará incluso muy ofendido, al ver que su señor no le ha hecho insinuaciones". No pude por menos de imponer silencio a Gilbert; me sentía exasperado no sólo por aquella supuesta perspicacia que, cuando se ejerce indistintamente, es falta de ella y también por la malicia, más clara que el agua, de mi primo, que habría querido que nuestro amigo X se hubiera arriesgado a explorar el terreno para —en caso de que fuese practicable— internarse por él, a su vez». «Entonces, ¿el príncipe de Guermantes tiene esas inclinaciones?», preguntó Brichot con una mezcla de asombro y malestar. «Pero, Dios mío», respondió el Sr. de Charlus, encantado, «¡si es tan sabido, que no creo cometer una indiscreción diciéndole que sí! El caso es que el año siguiente fui a Balbec y allí me enteré por un marinero que me llevaba a veces de pesca que mi

Théodore, cuya hermana, dicho sea entre paréntesis, es doncella de una amiga de la Sra. Verdurin, la baronesa Putbus, acudía al puerto a recoger ora a un marinero ora a otro con un descaro de mil demonios para ir a dar una vuelta en barca y “algo más”». Me tocó a mí el turno de preguntar si el patrón, en el que reconocí al señor que se pasaba todo el día jugando a las cartas con su amante, era como el príncipe de Guermantes. «Pero ¡hay que ver! ¡Si lo sabe todo el mundo! No lo oculta». «Pero iba acompañado de su amante». «Muy bien, ¿qué importa eso? ¡Lo ingenuos que son, estos chicos!», me respondió con tono paternal, sin sospechar el sufrimiento que me infundían sus palabras, al pensar en Albertine. «Es encantadora, su amante». «Pero entonces, ¿sus tres amigos son como él?». «Pero ¡que no!», exclamó, al tiempo que se tapaba los oídos, como si, al tocar un instrumento, hubiera yo emitido una nota falsa. «Pero si resulta que ahora se encuentra en el otro extremo. ¿Es que no hay derecho a tener amigos? ¡Ah! La juventud es que lo confunde todo. Tendrá que perfeccionar su educación, querido. Ahora bien», prosiguió, «confieso que por abierta que intente conservar mi mente a todas esas audacias ese caso —y conozco muchos otros— me azora. Estoy muy chapado a la antigua, pero no comprendo», dijo con el tono de un viejo galicano que hablara de ciertas formas de ultramontanismo, de un realista liberal que mencionase la Acción Francesa o de un discípulo de Claude Monet que se refiriera a los cubistas. «No censuro a esos innovadores, los envidio más bien, intento comprenderlos, pero no lo consigo. Si tanto les gusta la mujer, ¿por qué —y sobre todo en ese mundo obrero en el que está mal visto, en el que se ocultan por amor propio— necesitan lo que llaman un chaval? Es que representa otra cosa para ellos. ¿Qué?». «¿Qué otra cosa puede representar la mujer para Albertine?», pensaba yo y en eso consistía precisamente mi sufrimiento. «La verdad, barón», dijo Brichot, «es que, si alguna vez el Consejo de Facultades propone la creación de una cátedra de homosexualidad, lo propondré en primera línea o, mejor dicho, no, un Instituto de Psicofisiología Especial le resultaría más idóneo. Lo veo sobre todo

provisto de una cátedra en el Colegio de Francia, lo que le permitiría entregarse a estudios personales cuyos resultados presentaría, como un profesor de tamil o de sánscrito, ante el pequeño número de personas a las que ese asunto interesa. Tendría usted dos auditores y el bedel, dicho sea sin voluntad de inspirar la más ligera sospecha sobre nuestro cuerpo de ordenanzas, que considero intachable». «No sabe usted nada al respecto», replicó el barón con tono duro y cortante. «Por lo demás, se equivoca usted al creer que interesa a tan pocas personas. Es todo lo contrario», y, sin darse cuenta de la contradicción existente entre el sesgo que adoptaba invariablemente su conversación y el reproche que iba a dirigir a los otros, añadió: «Al contrario, es espantoso», dijo a Brichot con expresión escandalizada y contrita, «ya no se habla de otra cosa. Es una vergüenza, pero ¡es como le digo, querido! Parece que anteayer, en casa de la duquesa de Ayen, no se habló de otra cosa durante dos horas. Imagínese, si ahora las mujeres se ponen a hablar de eso, ¡es un auténtico escándalo! Lo más innoble es que están informadas», añadió con una vehemencia y una energía extraordinarias, «por pestes, auténticos cabrones, como el pequeño Châtellerault, sobre quien hay más que decir que sobre nadie, que les cuentan las historias de los otros. Me han dicho que me ponía como un trapo, pero me trae sin cuidado, creo que el lodo y las inmundicias soltados por un individuo que ha estado a punto de ser expulsado del Jockey por haber trucado una baraja han de recaer por fuerza sobre él. Sé perfectamente que, si yo fuera Jane d'Ayen, respetaría lo bastante mi salón para que no se trataran en él semejantes asuntos y no arrastrasen por el fango a mis propios parientes en mi casa, pero ya no queda sociedad ni reglas ni conveniencias para la conversación ni para la indumentaria. ¡Ah! Querido, es el fin del mundo. Todo el mundo se ha vuelto tan malo… A ver quién habla peor de los otros. ¡Es un horror!».

Cobarde como ya era en mi infancia en Combray, cuando me escapaba para no ver que ofrecían coñac a mi abuelo y los vanos esfuerzos de mi abuela suplicándole que no lo bebiera, yo ya no

tenía otra idea que la de marcharme de la casa de los Verdurin antes de que se produjese la ejecución de Charlus. «Tengo que marcharme sin falta», dije a Brichot. «Le sigo», me dijo él, «pero no podemos marcharnos a la inglesa. Vamos a despedirnos de la Sra. Verdurin», concluyó el profesor, quien se dirigió hacia el salón con la actitud de quien en un juego de sociedad va a ver si «se puede volver a entrar».

Mientras charlábamos, el Sr. Verdurin, a una señal de su mujer, había traído a Morel. Por lo demás, aunque la Sra. Verdurin hubiese considerado, a fin de cuentas, que era más prudente aplazar las revelaciones a Morel, ya no habría podido. Hay ciertos deseos, a veces circunscritos a la boca, que, una vez que los hemos dejado crecer, exigen satisfacción, sean cuales deban ser las consecuencias: ya no podemos por menos de besar un hombro descubierto que llevamos demasiado rato mirando y sobre el cual caen los labios como el ave sobre la serpiente, de comer un pastel con dientes fascinados por la gusa, de denegarnos el asombro, la turbación, el dolor o la alegría que vamos a desencadenar en un alma con palabras imprevistas. Así también la Sra. Verdurin, ebria de melodrama, había ordenado a su marido que se llevara a Morel y hablase a toda costa con el violinista. Éste había empezado deplorando que la reina de Nápoles se hubiera marchado sin que hubiesen podido presentársela. El Sr. de Charlus le había repetido tanto que era la hermana de la emperatriz Élisabeth y de la duquesa de Alençon, que esa soberana había adquirido para Morel una importancia extraordinaria, pero el Señor le había explicado que no era para hablar de la reina de Nápoles para lo que estaban allí y había entrado en el meollo del asunto. «Mire», había concluido al cabo de un rato, «si quiere, vamos a pedir consejo a mi mujer. Palabra de honor que no le ha dicho nada al respecto. Vamos a ver cómo lo juzga ella. Mi opinión tal vez no sea la buena, pero ya sabe usted lo segura que es ella en sus juicios y, además, es que le profesa a usted una inmensa amistad, vamos a presentarle el caso». Y, mientras la Sra. Verdurin esperaba con impaciencia las

emociones que iba a saborear, al hablar con el virtuoso, y después, cuando éste se hubiera marchado, al recibir una relación exacta del diálogo habido entre su marido y él, no cesaba, entretanto, de repetir: «Pero ¿qué pueden estar haciendo? Espero que al menos Auguste, al retenerlo durante tanto tiempo, haya sabido instruirlo convenientemente», el Sr. Verdurin había vuelto a bajar con Morel, quien parecía muy afectado. «Le gustaría pedirte un consejo», dijo el Sr. Verdurin a su mujer, con la expresión de quien no sabe si atenderán su solicitud. En lugar de responder al Sr. Verdurin, a Morel fue a quien se dirigió la Sra. Verdurin con el fuego de la pasión: «Yo soy absolutamente de la misma opinión que mi marido, ¡me parece que no debe usted tolerarlo por más tiempo!», exclamó con violencia y olvidando, como ficción fútil, que su marido y ella habían convenido en aparentar que ella no sabía nada de lo que él dijera al violinista. «¿Cómo? Tolerar, ¿qué?», balbució el Sr. Verdurin, quien intentaba fingir asombro y procuraba —con una torpeza que explicaba su turbación— defender su mentira. «He adivinado lo que le has dicho», respondió la Sra. Verdurin, sin preocuparse más o menos por la verosimilitud de la explicación y poco inquieta por lo que, cuando recordara aquella escena, pudiera pensar el violinista de la veracidad de su Señora. «No», respondió la Sra. Verdurin, «creo que no debe usted soportar más esa promiscuidad vergonzosa con un personaje réprobo a quien nadie recibe», añadió, sin preocuparse de que no fuera cierto y olvidando que ella lo recibía casi todos los días. «Es usted el hazmerreír del Conservatorio», añadió, pensando que era el argumento que más efecto surtiría; «un mes más de esa vida y su futuro artístico quedará hecho trizas, mientras que sin el Charlus debería usted ganar más de cien mil francos al año». «Pero si yo nunca había oído decir nada: estoy estupefacto, les estoy muy agradecido», murmuró Morel con lágrimas en los ojos, pero, obligado a la vez a fingir asombro y disimular la vergüenza, estaba más rojo y sudaba más que si hubiera tocado todas las sonatas de Beethoven una detrás de otra y a sus ojos subían lloros que, desde luego, el maestro de Bonn

no le habría arrancado. El escultor, interesado por aquellas lágrimas, sonrió y me mostró a Charlie por el rabillo del ojo. «Si no ha oído decir nada, es usted el único. Es un señor que tiene una pésima reputación y ha tenido historias muy feas. Sé que la policía le tiene puesto el ojo y, por lo demás, es lo mejor que le podía ocurrir para no acabar como todos sus pares, asesinado por algunos apaches», añadió ella, pues, al pensar en Charlus, le venía el recuerdo de la Sra. de Duras y, con la rabia que la embargaba, intentaba agravar aún más las heridas que causaba al desdichado Charlie y vengar las que ella misma había recibido aquella noche. «Por lo demás, ni siquiera materialmente puede servirle a usted de nada, está totalmente arruinado desde que es presa de gente que le hace chantaje y que ni siquiera podrá sacar para los gastos de su música y usted aún menos para los de la suya, pues todo está hipotecado, palacete, castillo, etcétera». Morel dio tanto más fácilmente fe de aquella mentira cuanto que el Sr. de Charlus gustaba de hacerle confidencias sobre sus relaciones con apaches, raza por la que un hijo de ayuda de cámara, por indecente que sea él mismo, profesa un sentimiento de horror igual a su apego a las ideas bonapartistas.

Ya en su astuta mente había germinado una combinación análoga a lo que en el siglo VIII se llamó la inversión de las alianzas. Decidido a no volver a hablar al Sr. de Charlus, volvería el día siguiente por la noche a ver a la sobrina de Jupien y se encargaría de arreglarlo todo. Por desgracia para él, ese proyecto iba a fracasar, pues el Sr. de Charlus tenía para aquella misma noche una cita con Jupien, a la que el antiguo chalequero no se atrevió a faltar, pese a los acontecimientos. Como otros, que veremos, se habían precipitado para Morel, cuando Jupien contó llorando sus desgracias al barón, éste, no menos desdichado, le declaró que adoptaba a la pequeña abandonada, quien recibiría uno de los títulos de los que disponía él, probablemente el de Srta. D'Oloron, haría que complementaran perfectamente su instrucción y le conseguiría un marido rico, promesas que alegraron profundamente a Jupien y dejaron indiferente a su sobrina, pues ésta seguía amando a Morel,

quien por necedad o cinismo entraba bromeando en la tienda, cuando Jupien estaba ausente. «¿Qué te ocurre», decía riendo, «para tener esas ojeras? ¿Penas de amor? Qué caramba, los años se suceden y no se parecen. Al fin y al cabo, somos muy dueños de probar un zapato y —con mayor razón— a una mujer y si no es de nuestra talla…». Sólo se enfadó una vez, porque ella lloró, cosa que a él le pareció cobarde, un procedimiento indigno. No siempre soportamos bien las lágrimas que hemos hecho derramar.

Pero nos hemos anticipado demasiado, pues todo aquello no ocurrió hasta después de la velada Verdurin, que hemos interrumpido y debemos reanudar en el punto en que la habíamos dejado. «Nunca lo habría sospechado», suspiró Morel, en respuesta a la Sra. Verdurin. «Naturalmente, no se lo han dicho a la cara, lo que no quita para que sea usted el hazmerreír del Conservatorio», prosiguió con mala intención la Sra. Verdurin, con lo que quería mostrar a Morel que no se trataba sólo del Sr. de Charlus, sino también de él. «No me cuesta creer que lo ignorara usted y, sin embargo, la gente no se anda con chiquitas. Pregunte a Ski lo que decían el otro día en casa de Chevillard, a dos pasos de nosotros, cuando entró usted en mi palco, es decir, que lo señalan a usted con el dedo. He de decirle que, personalmente, yo no hago demasiado caso de eso, lo que me parece es que vuelve prodigiosamente ridículo a un hombre y que resulta el hazmerreír de todos para toda su vida». «No sé cómo agradecérselo», dijo Charlie, con el tono con que se lo decimos a un dentista que acaba de hacernos un daño horrible sin que hayamos querido revelárselo o a un testigo demasiado sanguinario que nos ha obligado a un duelo por una palabra insignificante, a propósito de la cual nos ha dicho: «No puedes tragarte eso». «Yo creo que usted tiene carácter, que es usted un hombre», respondió la Sra. Verdurin, «y que sabrá usted alzar la voz con claridad, aunque él diga a todo el mundo que no se atreverá usted, que lo tiene en su poder». Charlie, buscando una dignidad prestada para cubrir la suya, hecha trizas, encontró en su memoria, por haberlo leído o haberlo oído decir, y proclamó al instante: «A mí no me educaron para tragarme algo así. Esta misma noche romperé con el Sr. de Charlus. La reina de Nápoles se ha marchado, ¿verdad? Si no, antes de romper con él, le habría pedido…». «No es necesario romper enteramente con él», dijo la Sra. Verdurin, deseosa de no desorganizar el pequeño núcleo. «No hay inconveniente en que lo vea usted aquí, en nuestro grupito, donde se lo aprecia a usted, donde no hablarán mal de usted, pero exija su libertad y no se deje arrastrar por él a casa de todas esas

pécoras que sólo son amables de frente; me habría gustado que hubiera oído usted lo que dicen por detrás. Por lo demás, no lo lamente, no sólo se quita usted una mancha que conservaría toda la vida, sino que, además, desde el punto de vista artístico, aun cuando no hubiera esa vergonzosa presentación por Charlus, he de decirle que, al prostituirse así en ese ambiente de falsa alta sociedad, se granjearía usted fama de poco serio, reputación de aficionado, de musiquillo de salón, que a su edad resulta terrible. Comprendo que para todas esas buenas señoras resulta muy cómodo devolver cortesías a sus amigas ofreciendo actuaciones gratuitas de usted, pero su futuro de artista es el que pagaría las consecuencias. No hablo de una o dos. Hablaba usted de la reina de Nápoles, quien se ha marchado, en efecto, pues tenía una velada a la que acudir, ésa es una mujer muy buena y, mire, creo que no hace demasiado caso a Charlus. Me parece que ha venido sobre todo por mí. Sí, sí, sé que tenía ganas de conocer al Sr. Verdurin y a mí. Ésta es una casa en la que podrá tocar usted y, además, es que, llevado por mí, a quien los artistas conocen, a quien consideran un poco de los suyos, como su Patrona, resulta muy diferente, pero ¡sobre todo guárdese como del fuego de ir a casa de la Sra. de Dumas! ¡No vaya a cometer una pifia semejante! Conozco a artistas que han venido a hacerme confidencias sobre ella. Mire, saben que pueden fiarse de mí», dijo con el tono dulce y sencillo que sabía adoptar súbitamente, infundiendo a sus facciones una expresión de modestia, un encanto apropiado, a su juicio. «Vienen, verdad, a contarme sus cosillas; los que tienen fama de más silenciosos se pasan a veces horas charlando y no se puede usted hacer idea de lo interesantes que son. El pobre Chabrier decía siempre: “Sólo la Sra. Verdurin sabe hacerlos hablar”. Pues bien, mire, a todos —pero sin excepción, créame— los he visto llorar por haber ido a tocar en casa de la Sra. de Duras. No son sólo las humillaciones que, para divertirse, incita a sus domésticos a infligirles, sino que, además, ya no los contrataba nadie. Los directores decían: “¡Ah, sí! Es ese que toca en casa de la Sra. de

Duras". Ya no había nada que hacer. Nada hay que siegue un futuro como eso. Mire, la gente de mundo no da la impresión de ser seria, se puede tener todo el talento que se quiera, resulta triste decirlo, pero basta con una Sra. de Duras para dar a alguien reputación de aficionado. Y, para los artistas, verdad, como usted comprenderá, los conozco, hace cuarenta años que los frecuento, que los doy a conocer, que me intereso por ellos, bueno, pues, mire, cuando ellos dicen "un aficionado", ya está todo dicho y, en el fondo, estaban empezando a decirlo de usted. ¡La de veces que he debido protestar con vehemencia, asegurar que no tocaría usted en determinado salón ridículo! ¿Sabe lo que me respondían? "Pero si no le quedará más remedio, Charlus ni siquiera lo consultará, no le pregunta su opinión. Alguien creyó darle gusto diciéndole: 'Admiramos mucho a su amigo Morel'. ¿Sabe lo que respondió, con esa expresión insolente que conoce usted? 'Pero ¿cómo quiere usted que sea mi amigo? No somos de la misma quinta, diga que es mi criatura, mi protegido'"». En aquel momento se agitaba bajo la abombada frente de la diosa melómana la única cosa que ciertas personas no pueden conservar para sí, una palabra que es no sólo abyecto, sino también imprudente, repetir, pero la necesidad de hacerlo es más fuerte que el honor, que la prudencia. A esa necesidad fue a la que, tras algunos ligeros movimientos convulsivos de la esférica y apenada frente, cedió la Señora: «Incluso repitieron a mi marido que había dicho: "Mi sirviente", pero eso no puedo afirmarlo», añadió. Una necesidad semejante es la que había obligado al Sr. de Charlus, poco después de haber jurado a Morel que nadie sabría nunca de dónde procedía éste, a decir a la Sra. Verdurin: «Es hijo de un ayuda de cámara». También una necesidad semejante —una vez soltada la palabra— la haría circular de personas a personas, que la confiarían bajo secreto, prometido y no guardado, como habían hecho ellas mismas. Aquellas palabras acababan —como en el juego del hurón— volviendo a la Sra. Verdurin y la malquistaban con el interesado, quien había acabado enterándose. Ella lo sabía, pero no podía contener la palabra, que le quemaba la lengua. Por lo

demás, «sirviente» había de ofender por fuerza a Morel. Sin embargo, dijo «sirviente» y, si añadió que no podía afirmarlo, fue a la vez para parecer segura de lo demás, gracias a ese matiz, y para mostrar imparcialidad. Ésta la emocionó tanto a ella misma, que se puso a hablar con ternura a Charlie: «Pues, mire», dijo, «yo no le hago reproches, lo arrastra a usted al abismo, no es culpa suya, puesto que él mismo va camino de él, va camino de él», repitió en voz bastante alta, por haberse sentido maravillada por la idoneidad de la imagen que se le había ocurrido antes de que su atención se fijara en ella y para intentar recalcarla. «No, lo que le reprocho», dijo, con tono cariñoso, como una mujer embriagada por su éxito, «es que carezca de delicadeza para con usted. Hay cosas que no se dicen a todo el mundo. Así, antes ha apostado que iba a hacerlo enrojecer a usted de placer, al anunciarle (en broma, naturalmente, pues su recomendación bastaría para impedirlo) que le concederán la cruz de la Legión de Honor. Puede aún pasar, aunque nunca me ha gustado», prosiguió con expresión delicada y digna, «que se engañe a los amigos, pero, mire usted, hay cositas de nada que nos apenan. Por ejemplo, cuando nos cuenta tronchándose que, si usted desea la cruz, es porque su tío fue criado». «¡Eso le dijo!», exclamó Charlie y, gracias a esas palabras hábilmente traídas a colación, consideró cierto todo lo que había dicho la Sra. Verdurin. Ésta se sintió embargada por la alegría de una vieja amante que, a punto de ser abandonada por su joven amante, consigue romper el matrimonio de éste y tal vez no hubiese calculado su mentira ni hubiese mentido siquiera a sabiendas. Algo así como una lógica sentimental, tal vez más elemental aún, como un reflejo nervioso, que la incitaba —para amenizar su vida y preservar su felicidad— a «sembrar la confusión» en el pequeño clan, hacía subir impulsivamente a sus labios sin que ella tuviera tiempo de controlar su veracidad, esas afirmaciones diabólicamente útiles, si no rigurosamente exactas. «Si nos lo hubiera dicho sólo a nosotros, no habría importado», prosiguió la Señora. «Sabemos que no se puede creer todo lo que dice y, además, no hay oficio malo, usted tiene su

valor, es usted lo que vale, pero que vaya a hacer troncharse con eso a la Sra. de Portefin» (la Sra. Verdurin la citaba a propósito, porque sabía que Charlie la apreciaba), «es lo que nos pone enfermos. Mi marido me decía al oírlo: “Habría preferido recibir una bofetada”, pues Gustave» (así nos enteramos de que el Sr. Verdurin se llamaba Gustave) «lo aprecia, verdad, a usted tanto como yo. En el fondo, es una persona sensible». «Pero si yo no te he dicho nunca que lo apreciara», murmuró el Sr. Verdurin, haciéndose el huraño bienhechor. «Quien lo aprecia es el Charlus». «¡Oh! No, ahora comprendo la diferencia, he sido traicionado por un miserable y usted es buena», exclamó con sinceridad Charlie. «No, no», murmuró la Sra. Verdurin para conservar su victoria —pues veía salvados sus miércoles— sin abusar de ella, «miserable es demasiado decir; hace daño, mucho daño, inconscientemente; mire, esa historia de la Legión de Honor no duró demasiado. Me resultaría desagradable repetirle todo lo que dijo sobre su familia», dijo la Sra. Verdurin, a quien le habría resultado muy difícil hacerlo. «¡Oh! Aunque sólo haya durado un instante, demuestra que es un traidor», exclamó Morel.

En aquel momento volvimos a entrar en el salón. «¡Ah!», exclamó el Sr. de Charlus, al ver que Morel estaba allí y, dirigiéndose hacia el músico con la alegría de los hombres que han organizado sabiamente toda la velada con vistas a una cita con una mujer y que, embriagadísimos como están, no sospechan ni por asomo que han sido ellos mismos quienes han puesto la trampa en la que van a apresarlos y vapulearlos delante de todo el mundo hombres apostados por el marido: «Hombre, por fin, a buenas horas, ¿estás contento, joven gloria y pronto joven caballero de la Legión de Honor? Pues pronto podrás enseñar tu cruz», dijo el Sr. de Charlus a Morel con expresión tierna y triunfal, pero con esas mismas palabras decorativas confirmó las mentiras de la Sra. Verdurin, que parecieron una verdad indiscutible a Morel. «Déjeme, le prohíbo que se me acerque», gritó Morel al barón. «No debe de ser su primera prueba, ¡no soy el primero a quien intenta

usted pervertir!». Mi único consuelo era el de pensar que iba a ver a Morel y a los Verdurin pulverizados por el Sr. de Charlus. Por mil veces menos que eso, yo había tenido que soportar sus cóleras de loco, nadie estaba al abrigo de ellas, un rey no lo habría intimidado. Ahora bien, se produjo un suceso extraordinario. Se vio al Sr. de Charlus, mudo, estupefacto, calibrando su desdicha y sin comprender su causa, sin encontrar una palabra, alzando los ojos sucesivamente hacia todas las personas presentes, con expresión inquisitiva, indignada, suplicante, que parecía preguntarles no tanto lo que había ocurrido cuanto lo que debía responder. Tal vez lo que lo volviera mudo fuese —al ver que el Sr. y la Sra. Verdurin apartaban la vista y nadie iba a prestarle socorro— el sufrimiento presente y el espanto sobre todo de los sufrimientos por venir o bien que, al no habérsele subido la sangre a la cabeza por adelantado con la imaginación y no haber engendrado la cólera, al no tener una rabia preparada (pues, sensible, nervioso, histérico como era, era impulsivo de verdad, pero falso valiente e incluso —como yo lo había considerado siempre y era lo que me lo volvía bastante simpático— falso malvado y no tenía las reacciones normales del hombre de honor ultrajado), lo habían atrapado y golpeado bruscamente en el momento en el que estaba desarmado o bien, por encontrarse en un medio que no era el suyo, se sentía menos cómodo y menos valiente que en el Faubourg. El caso es que en aquel salón que él desdeñaba, aquel gran señor —a quien no era más esencialmente inherente la superioridad sobre los plebeyos que a alguno de sus antepasados angustiados ante el Tribunal Revolucionario— no supo —presa de una parálisis de todos los miembros y de la lengua— hacer otra cosa que lanzar miradas espantadas, indignadas por la violencia de que era víctima, tan suplicantes como inquisitivas. Sin embargo, el Sr. de Charlus contaba con todos los recursos no sólo de la elocuencia, sino también de la audacia, cuando, presa de una rabia que hervía desde hacía mucho contra alguien, lo inmovilizaba de desesperación con las palabras más sangrientas delante de la gente mundana

escandalizada y que nunca había creído que se pudiera llegar tan lejos. En esos casos el Sr. de Charlus ardía, se agitaba con verdaderos ataques nerviosos, que dejaban a todo el mundo temblando, pero es que en esos casos tenía la iniciativa, atacaba, decía lo que quería (así como Bloch sabía bromear sobre los judíos y enrojecía si pronunciaban su nombre delante de él). Si odiaba a algunas personas, era porque se sentía despreciado por ellas. Si hubiesen sido amables con él, en lugar de embriagarse de cólera contra ellas, las habría abrazado. En una circunstancia tan cruelmente imprevista, el gran hablador sólo supo balbucir: «¿Qué quiere decir esto? ¿Qué ocurre?». Ni siquiera lo escuchaban y la eterna pantomima del terror pánico ha cambiado tan poco, que aquel señor mayor a quien ocurría una aventura desagradable en un salón parisino repetía sin saberlo las actitudes esquemáticas en las que la escultura griega de los primeros tiempos estilizaba el espanto de las ninfas perseguidas por el dios Pan.

El embajador caído en desgracia, el jefe de negociado retirado, el mundano tratado con frialdad, el enamorado rechazado se pasan a veces meses examinando el acontecimiento que acabó con sus esperanzas; le dan vueltas y más vueltas como un proyectil disparado desde no se sabe dónde ni por quién, casi un aerolito. Les gustaría conocer los elementos componentes de ese extraño artefacto que se ha abalanzado sobre ellos, saber qué malas voluntades se pueden reconocer en él. Los químicos disponen al menos del análisis; los enfermos que padecen un mal cuyo origen no conocen pueden llamar al médico y de desentrañar más o menos los asuntos criminales se encargan los jueces de instrucción, pero de las acciones desconcertantes de nuestros semejantes raras veces descubrimos los móviles. Así, el Sr. de Charlus —por anticiparnos a los días que siguieron a aquella velada a la que volveremos— sólo vio una cosa clara en la actitud de Charlie. Éste, que había amenazado con frecuencia al barón con contar la pasión que le inspiraba, debía de haber aprovechado para hacerlo por creerse suficientemente triunfador para volar con sus propias alas y

debía de habérselo contado todo, por pura ingratitud, a la Sra. Verdurin, pero ¿cómo se había dejado ésta engañar (pues el barón, decidido a negar, estaba convencido él mismo de que los sentimientos que le reprocharían eran imaginarios)? Amigos de la Sra. Verdurin, presa quizás, a su vez, de la pasión por Charlie, habrían preparado el terreno. En consecuencia, el Sr. de Charlus escribió, en los días siguientes, cartas terribles a varios «fieles» enteramente inocentes y que lo consideraron loco; después fue a hacer a la Sra. Verdurin un largo relato enternecedor, que, por lo demás, no tuvo en modo alguno el efecto que esperaba, pues, por una parte, la Sra. Verdurin repetía al barón: «Lo que debe hacer usted es dejar de ocuparse de él, desdeñarlo, es un niño». Ahora bien, el barón sólo suspiraba por una reconciliación. Por otra parte, para lograrla suprimiendo a Charlie todo aquello de lo que se había sentido seguro, pedía a la Sra. Verdurin que no lo recibiera más, cosa a la que ella opuso una negativa con la que se granjeó cartas irritadas y sarcásticas del Sr. de Charlus. Pasando de una suposición a otra, el Sr. de Charlus nunca hizo la verdadera, a saber, la de que el golpe en modo alguno procedía de Morel. Es cierto que podría haberse enterado pidiendo a Morel unos minutos de conversación, pero lo consideraba contrario a su dignidad y a los intereses de su amor. Había sido ofendido y esperaba explicaciones. Por lo demás, unida a la idea de una conversación que podría aclarar un malentendido, hay siempre otra idea que, por la razón que sea, nos impide prestarnos a ella. El que se ha rebajado y ha mostrado su debilidad en veinte circunstancias dará prueba de orgullo la vigésima primera vez, la única en que sería útil no empeñarse en una actitud arrogante y disipar un error que, a falta de desmentido, va arraigando en el adversario. En cuanto al aspecto mundano del incidente, corrió el rumor de que habían puesto al Sr. de Charlus en la puerta de la casa de los Verdurin en el momento en que intentaba violar a un joven músico. Gracias a ese rumor, no asombró no ver al Sr. de Charlus reaparecer más en casa de los Verdurin y, cuando por casualidad se encontraba en alguna parte a

uno de los fieles de los que había sospechado y a los que había insultado, como éste guardaba rencor al barón, quien, a su vez, no lo saludaba, la gente no se extrañaba, pues comprendía que nadie del pequeño clan quisiera saludar nunca más al barón.

Mientras el Sr. de Charlus, abrumado de golpe por las palabras que acababa de pronunciar Morel y la actitud de la Señora, adoptaba la pose de la ninfa presa del terror pánico, el Sr. y la Sra. Verdurin se habían retirado al primer salón, como en señal de ruptura diplomática, y habían dejado solo al Sr. de Charlus, mientras Morel envolvía su violín en el estrado. «Vas a contarnos cómo ha sido», dijo, ávida, la Sra. Verdurin a su marido. «No sé qué le habrían dicho ustedes, pero parecía muy afectado», dijo Ski, «tenía lágrimas en los ojos». Fingiendo no haber entendido, la Sra. Verdurin, con una de esas maniobras que, por lo demás, no engañan a todo el mundo y para obligar al escultor a repetir que Charlie lloraba, sollozos que embargaban a la Señora con demasiado orgullo para querer arriesgarse a que tal o cual fiel, quien podía haber entendido mal, los ignorara, dijo: «Creo que lo que yo le he dicho le ha resultado totalmente indiferente». «¡Qué va! Al contrario, yo le he visto grandes lágrimas que le brillaban en los ojos», dijo el escultor en tono bajo y sonriente de confidencia malintencionada, al tiempo que miraba de lado para asegurarse de que Morel seguía en el estrado y no podía escuchar la conversación, pero había una persona que la oía y cuya presencia, en cuanto la hubieran advertido, iba a devolver a Morel una de las esperanzas que había perdido. Era la reina de Nápoles, que, por haber olvidado el abanico, había considerado más amable, al abandonar otra velada a la que había acudido, ir a recogerlo en persona. Había entrado muy calladita, como confusa, dispuesta a disculparse y a hacer una visita corta, cuando ya no quedaba nadie, pero no la habían oído entrar con el ardor del incidente, que comprendió al instante y la encendió de indignación. «Ski dice que tenía lágrimas en los ojos, ¿lo has notado? Yo no he visto lágrimas. ¡Ah! Sí, ahora lo recuerdo», corrigió por miedo de que creyeran su

negación. «En cuanto a Charlus, no le llega la camisa al cuerpo, debería coger una silla, le tiemblan las piernas, va a caerse cuan largo es», dijo, con risa burlona y despiadada. En aquel momento Morel corrió hacia ella: «¿No es esa señora la reina de Nápoles?», preguntó (aunque sabía que lo era), al tiempo que indicaba a la soberana, quien se dirigía hacia Charlus. «Después de lo que acaba de ocurrir, ya no puedo —¡ay!— pedir al barón que me la presente». «Espere, voy a hacerlo yo», dijo la Sra. Verdurin y, seguida por algunos fieles, pero no por mí y por Brichot, que nos apresuramos a ir a pedir nuestros abrigos y salir, avanzó hacia la Reina, quien estaba hablando con el Sr. de Charlus. Éste había creído que la realización de su gran deseo de que Morel fuera presentado a la reina de Nápoles sólo podía quedar impedido por la muerte repentina de la soberana, pero es que nos representamos el futuro como un reflejo del presente proyectado en un espacio vacío, mientras que es el resultado, con frecuencia muy cercano, de causas que la mayoría de las veces se nos escapan. No hacía una hora de aquello y el Sr. de Charlus habría dado cualquier cosa por que Morel fuera presentado a la Reina. La Sra. Verdurin le hizo una reverencia. Al ver que ésta no parecía reconocerla, dijo: «Soy la Sra. Verdurin. Su Majestad no me reconoce». «Muy bien», dijo la Reina sin dejar de hablar con naturalidad con el Sr. de Charlus y con expresión tan distraída, que la Sra. Verdurin dudó que fuera a ella a quien se dirigiese con aquel «muy bien», pronunciado con una entonación maravillosamente distraída, que arrancó al Sr. de Charlus, en medio de su dolor de amante, una sonrisa de reconocimiento experto y goloso en materia de impertinencia. Morel, al ver de lejos los preparativos de la presentación, se había acercado. La Reina ofreció el brazo al Sr. de Charlus. También con él estaba enfadada, pero sólo porque no hacía frente con mayor energía a unos viles insultadores. Estaba roja de vergüenza de que los Verdurin se atrevieran a tratarlo así. La simpatía llena de sencillez que les había manifestado unas horas antes y el insolente orgullo con el que se erguía delante de ellos partían del mismo

punto de su corazón. La Reina era una mujer rebosante de bondad, pero concebía ésta en primer lugar en forma de apego inquebrantable a las personas a las que quería, a los suyos, a todos los príncipes de su familia, entre los cuales figuraba el Sr. de Charlus, y, además, a todas las personas de la burguesía o del pueblo más humilde que sabían respetar a los que ella quería, tener para con ellos buenos sentimientos. Como mujer dotada de esos buenos instintos, había manifestado la simpatía a la Sra. Verdurin y seguramente se trataba de una concepción estrecha, un poco *tory* y cada vez más caduca de la bondad, pero eso no significa que la bondad fuese menos sincera y menos ardiente en ella. No porque no excediera los límites de la ciudad amaban menos intensamente los antiguos la agrupación humana a la que se consagraban ni los hombres de hoy a la patria que quienes lo harán a los Estados Unidos de toda la Tierra. Muy cerca de mí, tuve el ejemplo de mi madre, a quien la Sra. de Cambremer y la Sra. de Guermantes nunca pudieron convencer para que formara parte de «obra» filantrópica alguna, de taller de costura patriótico alguno, fuera jamás vendedora o protectora. No quiero decir que tuviese razón al actuar sólo después de que hubiera hablado su corazón y reservara para su familia, sus sirvientes, los desdichados que el azar cruzaba en su camino, sus riquezas de amor y generosidad, pero sé perfectamente que éstas, como las de mi abuela, fueron inagotables y superaron con mucho lo que pudieron e hicieron jamás las Sras. de Guermantes o de Cambremer. El caso de la reina de Nápoles era enteramente distinto, pero, en fin, hemos de reconocer que en modo alguno concebía a las personas simpáticas como en las novelas de Dostoyevski que Albertine había tomado en mi biblioteca y había acaparado, es decir, con los rasgos de parásitos zalameros, ladrones, borrachos, ora insulsos ora insolentes, disolutos, en caso necesario asesinos. Por lo demás, los extremos se tocan, ya que el hombre noble, el allegado, el pariente ultrajado al que la Reina quería defender era el Sr. de Charlus, es decir, alguien cuya virtud, pese a su cuna y a todos los parentescos que tenía con la Reina, se

rodeaba de muchos vicios. «No pareces encontrarte bien, querido primo», dijo la Reina al Sr. de Charlus. «Apóyate en mi brazo. Puedes estar seguro de que te sostendrá hasta el final. Es bastante sólido para eso». Después, alzando una mirada orgullosa ante sí (ante la cual, según me contó Ski, se encontraban entonces la Sra. Verdurin y Morel), añadió: «Ya sabes que en tiempos en Gaeta supo mantener a raya a la canalla. Sabrá servirte de amparo». Y así, llevando del brazo al barón y sin que le hubieran presentado a Morel, salió la gloriosa hermana de la emperatriz Élisabeth.

Con el terrible carácter del Sr. de Charlus, las persecuciones con las que aterrorizaba incluso a parientes suyos, se podría pensar que después de aquella velada iba a dar rienda suelta a su furia y ejercer represalias contra los Verdurin. En modo alguno fue así y la causa principal fue sin lugar a dudas la de que el barón, por haber cogido frío unos días después y haber contraído una de esas neumonías infecciosas que fueron tan frecuentes entonces, por mucho tiempo fue considerado por los médicos —y se consideró a sí mismo— a dos dedos de la muerte y después permaneció varios meses suspendido entre ésta y la vida. ¿Habría sido simplemente una metástasis física y la substitución por un mal diferente de la neurosis que hasta entonces le había hecho desmandarse hasta orgías de cólera? Pues resulta demasiado simplista creer que, por no haberse tomado nunca en serio, desde el punto de vista social, a los Verdurin, no podía guardarles rencor como a sus pares, demasiado simplista también recordar que los nerviosos, irritados a cada paso contra enemigos imaginarios e inofensivos, se vuelven, en cambio, inofensivos en cuanto alguien se lanza a la ofensiva contra ellos y que se los calma mejor echándoles agua fría a la cara que intentando demostrarles la inanidad de sus agravios, pero probablemente no sea en una metástasis en lo que se deba buscar la explicación de esa falta de rencor, sino en la propia enfermedad. Causaba tales fatigas al barón, que le quedaba poco descanso para pensar en los Verdurin. Estaba medio agonizante. Hablábamos de ofensiva; incluso las que sólo tendrán efectos póstumos requieren,

si se quiere «montarlas» convenientemente, el sacrificio de una parte de sus fuerzas. Al Sr. de Charlus le quedaban demasiado pocas para la actividad de una preparación. Se habla con frecuencia de enemigos mortales que vuelven a abrir los ojos para verse recíprocamente en el artículo de la muerte y que de nuevo los cierran felices. Ese caso debe de ser poco común, excepto cuando la muerte nos sorprende en plena vida. En cambio, en el momento en que ya no tenemos nada que perder es en el que no cargamos con riesgos que, rebosantes de vida, habríamos corrido con ligereza. El espíritu de venganza forma parte de la vida; la mayoría de las veces —pese a excepciones que en un mismo carácter son, como veremos, contradicciones humanas— nos abandona en el umbral de la muerte. Después de haber pensado por un instante en los Verdurin, el Sr. de Charlus se sentía demasiado fatigado, se volvía contra la pared y ya no pensaba en nada. No es que hubiera perdido su elocuencia, pero le exigía menos esfuerzos. Aún brotaba con facilidad, pero había cambiado. Separada de las violencias que había adornado con tanta frecuencia, ya sólo era una elocuencia casi mítica embellecida por palabras suaves, palabras del Evangelio, una aparente resignación ante la muerte. Hablaba sobre todo los días en que se creía salvado. Una recaída lo hacía callar. Esa cristiana dulzura, en la que se había transpuesto su magnífica violencia (como en *Esther* el genio, tan diferente, de *Andrómaca*), inspiraba admiración a quienes lo rodeaban, la misma que habría causado a los propios Verdurin, quienes no habrían podido por menos de adorar a un hombre al que sus defectos les habían hecho odiar. Cierto es que flotaban en ella pensamientos que nada tenían de cristianos. Imploraba al arcángel San Gabriel que viniera a anunciarle como al profeta dentro de cuánto tiempo llegaría el Mesías e, interrumpiéndose con una dulce sonrisa dolorosa, añadía: «Pero no debería el arcángel pedir que esperara “siete semanas y setenta y dos semanas”, porque antes habría muerto». A quien esperaba así era a Morel. Por eso, pedía al arcángel San Rafael que se lo llevara como al joven Tobías y, mezclando medios más

humanos (como los papas enfermos que, al tiempo que encargan misas, no dejan de llamar a su médico), insinuaba a sus visitantes que, si Brichot le llevaba rápidamente a su joven Tobías, tal vez el arcángel San Gabriel consintiera en devolverle la vista como al padre de Tobías o en la piscina probática de Bethsaida, pero, pese a esos regresos humanos, la pureza moral de las palabras del Sr. de Charlus no se había vuelto menos deliciosa. Vanidad, maledicencia, locura de maldad y orgullo: todo eso había desaparecido. Moralmente, el Sr. de Charlus se había elevado muy por encima del nivel en el que vivía en otro tiempo, pero ese perfeccionamiento moral, sobre cuya realidad su arte oratoria podía, por lo demás, engañar un poco a sus auditores enternecidos, desapareció con la enfermedad que había contribuido a su aparición. El Sr. de Charlus volvió a bajar su pendiente con una velocidad, como veremos, progresivamente en aumento, pero la actitud de los Verdurin para con él ya no era sino un recuerdo un poco alejado al que cóleras más inmediatas impidieron reavivarse.

Volviendo atrás, en la velada Verdurin, aquella noche, cuando los señores de la casa se quedaron solos, el Sr. Verdurin dijo a su mujer: «¿Sabes por qué no ha venido Cottard? Está junto a Saniette, cuyo intento de recuperación bursátil ha fracasado. Al enterarse de que ya no le quedaba ni un franco y tenía casi un millón de deudas, Saniette ha tenido un ataque». «Pero entonces, ¿por qué jugó? Es idiota, es la persona menos indicada para eso. Otros más finos que él dejan ahí sus plumas y él estaba destinado a dejarse timar por todo el mundo». «Pero, por supuesto, hace mucho que sabemos que es idiota», dijo el Sr. Verdurin, «pero, en fin, ahí está el resultado. Ahí tienes a un hombre al que mañana su propietario pondrá de patitas en la calle y que va a encontrarse en la miseria máxima; sus parientes no lo quieren, no va a ser Forcheville quien haga algo por él, conque había yo pensado —no quiero hacer nada que te desagrade— que podríamos pasarle una pequeña renta para que no note demasiado su ruina y pueda recibir tratamiento en su casa». «Opino exactamente como tú, está muy bien que se te

haya ocurrido, pero dices “en su casa”; ese imbécil se ha quedado en un piso demasiado caro, ya no es posible, habría que alquilarle algo con dos habitaciones. Creo que actualmente paga de seis a siete mil francos». «Seis mil quinientos, pero tiene mucho cariño a su casa. En una palabra, ha tenido un primer ataque y no podrá vivir más de dos o tres años. Supongamos que gastamos diez mil francos para él durante tres años. Me parece que podríamos hacerlo. Por ejemplo, este año, en lugar de alquilar La Raspelière, podrías tomar algo más modesto. Con nuestros ingresos, me parece que amortizar diez mil francos durante tres años no es imposible». «De acuerdo; sólo, que lo malo es que, si se difunde, nos veremos obligados a hacerlo para otros». «Como te puedes imaginar, ya lo he pensado. Sólo lo haré con la condición expresa de que nadie lo sepa. Gracias, no tengo ganas de que nos veamos obligados a volvernos los benefactores del género humano. ¡Nada de filantropía! Lo que podríamos hacer es decirle que se lo ha dejado la princesa Sherbatoff». «Pero ¿se lo creerá? Consultó a Cottard para hacer su testamento». «En ultimísimo caso, podemos hacer entrar en la confidencia a Cottard, está acostumbrado al secreto profesional, gana muchísimo dinero, nunca será uno de esos tiralevitas para los que se siente uno obligado a apoquinar. Tal vez quiera incluso encargarse de decir que la princesa lo nombró a él intermediario. Así, ni siquiera apareceríamos. Así se evitarían escenas de agradecimiento, manifestaciones, frases». El Sr. Verdurin añadió una palabra que significaba, evidentemente, esa clase de escenas emocionantes y frases que deseaba evitar, pero nadie pudo decirme exactamente cuál, pues no era una palabra francesa, sino uno de esos términos que se usan en las familias para designar ciertas cosas, sobre las cosas irritantes, probablemente porque desean poder señalarlas delante de los interesados sin que los entiendan. En una familia judía, por ejemplo, será un término ritual desviado de su sentido y tal vez la única palabra hebrea que la familia, ahora afrancesada, aún conozca. En una familia profundamente provinciana, será un término dialectal de la provincia, aunque la

familia ya no hable ni comprenda siquiera el dialecto. En una familia procedente de América del Sur y que sólo hable francés, será una palabra española y en la generación siguiente la palabra habrá dejado de existir salvo como simple recuerdo de la infancia. Se recordará —eso sí— que los padres en la mesa hacían alusión a los domésticos que servían, sin que éstos los entendieran, mediante esa palabra, pero los hijos ignoran lo que quería decir exactamente: si era española, hebrea, dialectal, si había pertenecido siquiera a lengua alguna jamás y no era un nombre propio o una palabra enteramente inventada. Sólo se puede despejar la duda, en caso de que exista un tío abuelo, un primo anciano aún vivo y que debió de usar ese término. Como yo no conocí a ningún pariente de los Verdurin, no he podido restituir exactamente la palabra. El caso es que seguro que hizo sonreír a la Sra. Verdurin, pues el empleo de esa lengua menos general, más personal, más secreta, que la habitual da a quienes la usan un sentimiento egoísta que nunca deja de ir acompañado de cierta satisfacción. Pasado ese instante de alegría, la Sra. Verdurin objetó: «Pero ¿y si Cottard se fuera de la lengua?». «No lo hará». Sí que lo hizo, al menos conmigo, pues gracias a él fue como me enteré de ello unos años más adelante, en el propio entierro de Saniette. Lamenté no haberlo sabido antes. En primer lugar, me habría inspirado más rápidamente la idea de que no se debe guardar resentimiento a los hombres, nunca juzgarlos, conforme a determinado recuerdo de una maldad, pues no sabemos todas las acciones buenas que su alma ha podido desear y realizar en otros momentos, y así, incluso desde el simple punto de vista de la previsión, nos equivocamos, pues seguramente la actitud negativa que hemos observado una vez por todas volverá, pero el alma es más rica, tiene muchas otras actitudes que volverán también en ese hombre y cuya dulzura rechazamos por su mal proceder anterior. Ahora bien, desde un punto de vista más personal, aquella revelación de Cottard no dejó de tener un efecto en mí, al cambiar mi opinión sobre el Sr. Verdurin, a quien yo consideraba el más malvado de los hombres, y, si éste me la

hubiera hecho antes, habría disipado las sospechas que abrigaba yo sobre el papel que los Verdurin podían desempeñar entre Albertine y yo. Por lo demás, tal vez las habría disipado en falso, pues, si bien el Sr. Verdurin tenía virtudes, no por ello dejaba de ser bromista hasta la más feroz persecución y ávido de poder en el pequeño clan hasta el punto de no retroceder ante las peores mentiras, ante la fermentación de los odios más injustificados, para romper entre los fieles los vínculos que no tuvieran por objeto exclusivo el fortalecimiento del grupito. Era un hombre capaz de mostrarse desinteresado, generoso sin ostentación, lo que no quiere decir forzosamente sensible ni simpático ni escrupuloso ni veraz ni siempre bueno. Probablemente existiera en él —antes de que yo la conociera gracias a aquel detalle, como América o el polo Norte antes de Colón o Peary— una bondad parcial en la que tal vez subsistiera un poco de la familia amiga de mi tía abuela. No obstante, en el momento de mi descubrimiento, la naturaleza del Sr. Verdurin me presentó un rostro nuevo e insospechado y saqué la conclusión de lo difícil que resulta presentar una imagen fija tanto de un carácter como de las sociedades y las pasiones, pues aquél no cambia menos que éstas y, si queremos estereotipar su relativa inmutabilidad, lo vemos presentar sucesivamente aspectos diferentes —lo que quiere decir que no sabe conservar la inmovilidad, sino que se mueve— al objetivo desconcertado.

* * *

Al ver la hora que era y temiendo que Albertine se aburriese, pedí a Brichot, al salir de la velada Verdurin, que tuviera la bondad de dejarme primero en mi casa. Después mi coche lo llevaría a su casa. Me felicitó por volver así, directamente, sin saber que una muchacha me esperaba en casa, y acabar así, temprano y con tanta formalidad, una velada, cuyo auténtico comienzo no había cesado

yo, al contrario, de retrasar, en realidad. Después me habló del Sr. de Charlus. Éste se habría quedado estupefacto seguramente, si hubiera oído al profesor, tan amable con él y que siempre le decía: «Nunca repito nada», hablar de él y de su vida sin la menor reticencia. Y el asombro indignado de Brichot tal vez no hubiera sido menos sincero, si el Sr. de Charlus le hubiese dicho: «Me han asegurado que hablaba usted mal de mí». En efecto, Brichot tenía aprecio al Sr. de Charlus y, si hubiera tenido que sacar a relucir alguna conversación relativa a él, habría recordado mucho más los sentimientos de simpatía que había experimentado para con el barón —mientras decía de él las mismas cosas que todo el mundo — que esas mismas cosas. No habría creído mentir al decir: «Yo, que hablo de usted tan amistosamente», puesto que, mientras hablaba del Sr. de Charlus, sentía cierta amistad por él. Éste tenía sobre todo para Brichot el encanto que el universitario pedía ante todo a la vida mundana y que consistía en ofrecerle especímenes reales de lo que durante mucho tiempo podía haber creído invención de los poetas. Brichot, quien había explicado con frecuencia la segunda *Égloga* de Virgilio sin saber exactamente si esa ficción tenía algún fondo de realidad, sentía, al charlar, en el ocaso de la vida, con el Sr. de Charlus, un poco del placer que sus maestros el Sr. Mérimée y el Sr. Renan y su colega el Sr. Maspéro habían experimentado, al viajar por España, Palestina, Egipto, al reconocer, en los paisajes y las poblaciones actuales de esos países, el marco y los actores invariables de las escenas antiguas que ellos mismos habían estudiado en los libros. «Dicho sea sin ánimo de ofender a ese hombre de pro y de alta alcurnia», me declaró Brichot en el coche que nos llevaba, «resulta sencillamente prodigioso, cuando comenta su catecismo satánico con una locuacidad un poquito delirante y una obstinación —iba a decir un candor— de blanco de España y de emigrado. Le aseguro que, si me atrevo a expresarme como Monseñor d'Hulst, no me aburro los días en que recibo la visita de ese señor feudal que, al querer defender a Adonis contra nuestra era de descreídos, ha seguido los instintos de su raza y con

toda inocencia sodomita se ha vuelto un cruzado». Yo escuchaba a Brichot y no me sentía a solas con él. Como, por lo demás, no había cesado de ocurrirme desde que había salido de casa, me sentía —por obscuramente que fuera— unido a la muchacha que en aquel momento estaba en su habitación. Incluso cuando hablaba con uno o con otro en casa de los Verdurin, la sentía confusamente a mi lado, tenía de ella esa idea imprecisa que tenemos de nuestros propios miembros y, si pensaba en ella, era como pensamos, cuando lo hacemos —con el fastidio de estar unidos a él mediante toda una esclavitud— sobre nuestro propio cuerpo. «¡Y qué mentidero», prosiguió Brichot, «como para llenar todos los apéndices de las *Causeries du lundi*, es la conversación de ese apóstol! Imagínese que por él me enteré de que el tratado de ética en el que siempre he reverenciado la más fastuosa construcción moral de nuestra época había sido inspirado a nuestro noble colega X por un joven repartidor de telegramas. No vacilemos en reconocer que mi eminente amigo no se dignó revelarnos el nombre de ese efebo durante sus demostraciones. Con ello dio muestras de menos respeto humano o, si prefiere usted, de menos gratitud que Fidias, quien inscribió el nombre del atleta al que amaba en el anillo de su Júpiter Olímpico. El barón ignoraba esta última historia. No hace falta que le diga que encantó a su ortodoxia. Como no le costará a usted imaginar, todas las veces que argumento con mi colega en relación con una tesis de doctorado encuentro en su dialéctica —siempre útil, por lo demás— ese sabor suplementario que revelaciones mordaces añadieron para Sainte-Beuve a la obra insuficientemente confidencial de Chateaubriand. De nuestro colega, cuya sabiduría es de oro, pero que poseía poco dinero, el telegrafista ha pasado a manos del barón (“con intenciones honorables”, hay que oír el tono con el que lo dice) y, como ese Satán es el más servicial de los hombres, ha obtenido para su protegido una plaza en las colonias, de donde éste, que tiene alma agradecida, le envía de vez en cuando frutas excelentes. El barón se las ofrece a sus altas relaciones; piñas del joven figuraron

recientemente en la mesa del Quai Conti, con lo que la Sra. Verdurin dijo sin malicia: “Entonces, ¡tiene usted un tío o un sobrino de América, señor de Charlus, para recibir piñas semejantes!”. Confieso que las comí con cierta alegría, mientras me recitaba *in petto* el comienzo de una oda de Horacio que Diderot gustaba de recordar. En una palabra, como mi colega Boissier, mientras deambulaba del Palatino a Tibur, tomo de la conversación del barón una idea singularmente más viva y sabrosa de los escritores del siglo de Augusto. No hablemos siquiera de los de la Decadencia ni nos remontemos hasta los griegos, aunque en cierta ocasión dije a ese excelente Sr. de Charlus que, junto a él, me sentía como Platón en casa de Aspasio. A decir verdad, yo había aumentado singularmente la escala de los dos personajes, pues, como dice La Fontaine, mi ejemplo se inspira en “animales más pequeños”. Sea como fuere, no supondrá usted —me imagino— que el barón se sintiera ofendido. Nunca lo vi tan ingenuamente feliz. Una embriaguez infantil lo hizo faltar a su flema aristocrática. “¡Qué lisonjeros son todos esos sorbonícolas!”», exclamó, encantado. «“¡Y pensar que he tenido que esperar a llegar a mi edad para ser comparado con Aspasio! ¡Un vejestorio como yo! ¡Oh, mi juventud!”. Me habría gustado que lo viera usted, mientras lo decía, excesivamente empolvado, como de costumbre, y, a su edad, almizclado como un lechuguino. Por lo demás, bajo sus obsesiones de genealogía, se trata del mejor hombre del mundo. Por todas esas razones, me resultaría desconsolador que la ruptura de esta noche fuera definitiva. Lo que me ha asombrado es la forma como el joven se ha rebelado y eso que hacía un tiempo que había adoptado ante el barón modales de secuaz, actitudes de leude, que no anunciaban precisamente esa insurrección. Espero que, en todo caso, aun cuando (*Dii omen avertant*) el barón no hubiera de volver nunca más al Quai Conti, ese cisma no resulte extensivo a mí. Uno y otro obtenemos demasiado provecho del intercambio que hacemos de mi escaso saber y su experiencia». (Veremos, en efecto, que, si bien el Sr. de Charlus no manifestó un violento rencor a Brichot, al menos

su simpatía por el universitario disminuyó lo bastante para permitirle juzgarlo sin la menor indulgencia). «Y le juro con toda mi alma que se trata de un intercambio tan desigual, que, cuando el barón me brinda lo que le ha enseñado su existencia, no podría yo estar de acuerdo con Silvestre Bonnard en que también en una biblioteca es donde se sueña mejor con la vida».

Habíamos llegado delante de mi puerta. Me apeé del coche para dar al cochero la dirección de Brichot. Desde la acera veía la ventana de la habitación de Albertine, la que en otro tiempo estaba siempre a obscuras por la noche, cuando ella no vivía en la casa, la que la luz eléctrica del interior, segmentada por las traviesas de los postigos, estriaba de arriba abajo con barras de oro paralelas. Aquel libro mágico tan claro estaba para mí y dibujaba ante mi mente apacible imágenes precisas, muy próximas y en cuya posesión iba yo a entrar al cabo de poco, como invisible resultaba para Brichot, quien se había quedado en el coche, casi ciego, y habría sido, por lo demás, incomprensible para él, ya que el profesor ignoraba —como los amigos que venían a verme antes de cenar, cuando Albertine había vuelto del paseo— que una muchacha, enteramente mía, me esperaba en una habitación contigua a la mía. El coche partió. Me quedé un instante solo en la acera. Cierto es que yo atribuía a aquellas luminosas rayas que divisaba desde abajo y que a otro le habrían parecido todas superficiales, una consistencia, una plenitud, una solidez extremas, por el significado que yo veía tras ellas, en un tesoro, si se quiere, un tesoro insospechado por los demás, que había yo escondido allí y del que emanaban aquellos rayos horizontales, pero a cambio del cual había yo alienado mi libertad, la soledad, el pensamiento. Si no hubiera estado Albertine allí arriba y aun cuando yo sólo hubiese querido obtener placer, habría ido a solicitarlo a mujeres desconocidas, en cuya vida habría intentado calar, en Venecia tal vez, al menos en aquel rincón del París nocturno, pero ahora lo que debía hacer, cuando llegaba para mí la hora de las caricias, no era salir de viaje, salir siquiera, sino entrar y no para encontrarme al menos solo y, después de haberme

separado de los otros que me brindaban desde fuera el alimento para mi pensamiento, verme obligado a buscarlo en mí mismo, sino, al contrario, menos solo que cuando estaba en casa de los Verdurin, pues iba a recibirme la persona en la que yo abdicaba, entregaba más completamente, la mía, sin que tuviera un instante de descanso para pensar en mí ni la pena siquiera —ya que iba a estar junto a mí — de pensar en ella. De modo que, al alzar una última vez la vista desde fuera hacia la ventana de la habitación en la que me encontraría al cabo de un momento, me pareció ver la luminosa reja que iba a cerrarse sobre mí y cuyos inflexibles barrotes de oro había forjado yo mismo para una servidumbre eterna.

Albertine nunca me había expresado sospechas de que yo estuviera celoso de ella, preocupado por lo que hacía. Las únicas palabras —antiguas, cierto es— que habíamos cambiado sobre los celos parecían demostrar lo contrario. Recordaba yo que en una hermosa noche iluminada por la luna, al comienzo de nuestras relaciones, una de las primeras veces en que la había acompañado hasta su casa y en que habría preferido correr hasta otras, le había yo dicho: «Mira, si te propongo acompañarte, no es por celos; si tienes algo que hacer, me alejo discretamente», y ella me había respondido: «¡Oh! Sé perfectamente que no eres celoso y que te da igual, pero nada tengo que hacer, salvo estar contigo». Otra vez, en La Raspelière, donde el Sr. de Charlus, al tiempo que lanzaba una mirada a hurtadillas a Morel, había hecho ostentación de galante amabilidad para con Albertine, yo le había dicho: «Vaya, vaya, te habrá estrechado bien de cerca, espero». Y, como yo había añadido, a medias irónicamente: «He sufrido todas las torturas de los celos», Albertine, recurriendo al lenguaje propio —ora del medio vulgar del que procedía ora del más vulgar aún que frecuentaba—, contestó: «¡Qué chungón estás tú hecho! Ya sé que no eres celoso. Primero, porque me lo has dicho y, segundo, porque se ve, ¡anda!». Desde entonces nunca me había dicho que hubiera cambiado de opinión, pero, aun así, debían de haberse formado en ella, al respecto, muchas ideas nuevas, que me ocultaba, pero que un azar

podía, a pesar suyo, revelar, pues aquella noche, cuando, tras regresar a casa, ir a buscarla a su habitación y traerla a la mía, le hube dicho (con cierta incomodidad que yo mismo no entendí, pues no había dejado de anunciar a Albertine que iba a ir a una reunión mundana y no sabía dónde, tal vez a casa de la Sra. Villeparisis, tal vez a la de la Sra. de Guermantes, tal vez a la de la Sra. de Cambremer, cierto es que no había yo nombrado a la Sra. Verdurin): «Adivina de dónde vengo: de casa de los Verdurin», apenas había tenido tiempo de pronunciar esas palabras, cuando Albertine, con la cara trastornada, había respondido con éstas, que parecieron explotar por sí solas con una fuerza que no pudo contener: «Lo sospechaba». «No sabía que te molestara que fuese a casa de los Verdurin». (Cierto es que no me decía que le molestara, pero resultaba visible. Cierto es también que yo no había pensado que le molestase y, sin embargo, ante su explosión de cólera, como ante esos acontecimientos que algo así como una doble vista retrospectiva nos hace pensar haber conocido ya en el pasado, me pareció que nunca podría haber esperado otra cosa). «¿Molestarme? ¿Cómo quieres que no me traiga sin cuidado? Me resulta “indivisible”. ¿No iban a recibir a la Srta. Vinteuil?». Fuera de mí al oír aquellas palabras, le dije: «¿No me habías dicho que te habías encontrado con la Sra. Verdurin el otro día?», para que viera que sabía más de lo que ella pensaba. «¿Que me la encontré?», preguntó con expresión soñadora a la vez a sí misma, como si intentara acopiar sus recuerdos, y a mí mismo, como si hubiera sido yo quien hubiese podido informarla, y seguramente para que yo dijera, en efecto, lo que sabía, tal vez también para ganar tiempo antes de dar una respuesta difícil, pero yo estaba mucho menos preocupado por la Srta. Vinteuil que por un temor que ya se me había insinuado, pero estaba apoderándose de mí con mayor fuerza. Incluso al volver a casa, creía yo que la Sra. Verdurin había inventado pura y simplemente por vanagloria la llegada de la Srta. Vinteuil y de su amiga, de modo que, al volver a casa, me sentía tranquilo. Había sido Albertine quien, al decirme: «¿No iban a

recibir a la Srta. Vinteuil?», me había demostrado que no me había equivocado yo en mi primera sospecha, ya que, al renunciar a ir a casa de los Verdurin, había sacrificado a la Srta. Vinteuil por mí.

«Por lo demás», le dije con cólera, «hay muchas otras cosas que me ocultas, incluso de lo más insignificantes, como, por ejemplo, tu viaje de tres días a Balbec, dicho sea de paso». Había yo añadido esas palabras: «Dicho sea de paso», como complemento de «incluso de lo más insignificantes», a fin de que, si Albertine me preguntaba: «¿Qué tenía de malo mi excursión a Balbec?», yo pudiese responderle: «Pero ¡si ni siquiera lo recuerdo! Lo que me dicen se nubla en mi cabeza, ¡le concedo tan poca importancia!». Y, en efecto, si me refería yo a aquel recorrido de tres días que había hecho con el mecánico hasta Balbec, de donde sus tarjetas postales me habían llegado con tanto retraso, lo hacía totalmente a la buena de Dios y lamentaba haber elegido tan mal mi ejemplo, pues la verdad era que, al haber tenido apenas tiempo de ir y volver, se trataba de aquel de sus paseos en el que no lo había habido siquiera para que se colara un encuentro un poco prolongado con quienquiera que fuese, pero Albertine creyó, por lo que yo acababa de decir, que sabía la verdad auténtica y simplemente se lo había ocultado. Así, pues, había seguido convencida de que, por un medio u otro, encargando que la siguieran o, en fin, de alguna forma, yo estaba, como había dicho ella la semana anterior a Andrée, «más informado que ella misma» sobre su propia vida. Por eso, me interrumpió con una confesión totalmente inútil, pues, desde luego, yo no sospechaba nada de lo que me dijo y, en cambio, me sentí abrumado: así de grande puede ser la distancia entre la verdad que una mentirosa ha disfrazado y la idea que, según esas mentiras, se ha hecho de esa verdad quien ama a la mentirosa. Apenas había pronunciado yo estas palabras: «Tu viaje de tres días a Balbec, dicho sea de paso», Albertine, cortándome la palabra, me declaró como la cosa más natural: «¿Quieres decir que ese viaje a Balbec nunca existió? ¡Pues claro que no! Y siempre me he preguntado por qué aparentaste creértelo, ¡y eso que era bien inofensivo! El

mecánico tenía algo que hacer para él durante tres días. No se atrevía a decírtelo, conque para ayudarlo (¡así soy yo! Y, además, siempre recaen sobre mí esas historias), inventé un supuesto viaje a Balbec. Simplemente me dejó en Auteuil, en casa de mi amiga de la Rue de l'Assomption, donde pasé tres días aburriéndome como una ostra. Como ves, no fue nada grave, no hubo daño alguno. Desde luego, empecé a suponer que tal vez supieras todo, al ver que te echabas a reír cuando llegaron, con ocho días de retraso, las tarjetas postales. Reconozco que era ridículo y habría sido mejor no enviarlas, pero no fue culpa mía. Las había comprado por adelantado, se las había dado al mecánico antes de que me dejara en Auteuil y después ese tontaina las olvidó en sus bolsillos, en lugar de enviarlas en un sobre a un amigo que tiene cerca de Balbec y que debía remitírtelas. Yo seguía pensando que iban a llegar. Él no se acordó de ellas hasta cinco días después y, en lugar de decírmelo, el muy bobo se apresuró a enviarlas a Balbec. Cuando me lo dijo, ¡menuda la que le solté, vamos! Mira que preocuparte inútilmente, el muy imbécil, ¡como recompensa por haberme enclaustrado durante tres días para que él pudiese ir a arreglar sus asuntillos de familia! Yo ni siquiera me atrevía a salir por Auteuil por miedo a ser vista. La única vez que salí fue disfrazada de hombre, para reírme más bien, y mi suerte, que me sigue por todas partes, quiso que la primera persona con la que me tropecé fuera el judaca de tu amigo, Bloch, pero no creo que haya sido por él por quien hayas sabido que el viaje a Balbec nunca existió, salvo en mi imaginación, pues no pareció reconocerme».

Yo no sabía qué decir, pues no quería parecer asombrado y anonadado por tantas mentiras. A un sentimiento de horror, que no me infundía deseos de echar a Albertine, sino al contrario, se sumaba un deseo apremiante de llorar. Éste no se debía a la mentira misma ni al aniquilamiento de todo lo que yo había creído hasta tal punto cierto, que me sentía como en una ciudad arrasada, en la que no subsistiera ni una casa, en la que el suelo desnudo estuviese simplemente cubierto de escombros como jorobas, sino a

la melancolía de que, durante aquellos tres días pasados aburriéndose en casa de su amiga en Auteuil, Albertine no hubiera sentido ni una vez el deseo —ni tal vez se le hubiese ocurrido siquiera— de venir a pasar a escondidas un día en mi casa o pedirme con un telegrama que fuera a verla a Auteuil, pero no tenía tiempo para entregarme a esos pensamientos. Sobre todo no quería parecer asombrado. Sonreí con la expresión de quien sabe más de lo que dice: «Pero eso es una cosa entre mil. Hombre, mira: esta noche, sin ir más lejos, en casa de los Verdurin me he enterado de que lo que me habías dicho sobre la Srta. Vinteuil…». Albertine me miraba fijamente con expresión atormentada e intentando leer en mis ojos lo que yo sabía. Ahora bien, lo que yo sabía e iba a decirle era lo que era la Srta. Vinteuil. Es cierto que no había sido en casa de los Verdurin donde lo había sabido yo, sino en Montjouvain en tiempos. Sólo, que, como nunca le había hablado de eso a Albertine, por voluntad propia, podía parecer que no lo había sabido hasta aquella noche y sentí casi alegría —después de haber tenido tanto sufrimiento en el tren-tranvía— de poseer aquel recuerdo de Montjouvain que posdataría, pero que no por ello dejaría de ser la prueba abrumadora, un mazazo para Albertine. Aquella vez al menos no necesitaba «parecer saber» y «hacer hablar» a Albertine: sabía, había *visto* por la ventana iluminada de Montjouvain. Ya podía haberme dicho Albertine que sus relaciones con la Srta. Vinteuil y su amiga habían sido muy puras, ¿cómo iba a poder —cuando yo le jurara (y lo haría sin mentir) que conocía las costumbres de aquellas dos mujeres— sostener que, después de haber vivido en una intimidad cotidiana con ellas y haberlas llamado «mis hermanas mayores», no había sido objeto de proposiciones que la hubieran hecho romper con ellas, si, al contrario, no las había aceptado? Pero no tuve tiempo de decir la verdad. Albertine, creyendo, como en el caso del falso viaje a Balbec, que yo la sabía —ya fuera por la Srta. Vinteuil, si había estado en casa de los Verdurin, o por la Sra. Verdurin pura y simplemente, que podía haber hablado de ella a la Sra. Vinteuil— no me dejó hacer uso de la

palabra y me hizo una confesión, exactamente contraria de lo que yo había creído, pero que, al demostrarme que nunca había cesado de mentirme, tal vez me causara igual de pena (sobre todo porque yo ya no estaba —como he dicho antes— celoso de la Srta. Vinteuil), conque, tomando la delantera, Albertine habló así: «¿Quieres decir que esta noche te has enterado de que te había mentido, cuando afirmé haber sido criada a medias por la amiga de la Srta. Vinteuil? En eso es verdad que te mentí un poco, pero es que me sentía tan desdeñada por ti, te veía tan entusiasmado con la música de ese Vinteuil, que, como una de mis compañeras —esto es cierto, te lo juro— había sido amiga de la Srta. Vinteuil, creí tontamente parecer interesante inventando lo de que había conocido mucho a esas jóvenes. Sentía que te aburría, que tú me considerabas una pava; pensé que diciéndote que había frecuentado a esas personas, que podría perfectamente darte detalles sobre las obras de Vinteuil, adquiriría un poquito de prestigio ante ti, que eso nos aproximaría. Cuando te miento, siempre es por amistad y ha sido necesaria esa fatal velada Verdurin para que te enteraras de la verdad, que tal vez hayan exagerado, por lo demás. Apuesto a que la amiga de la Srta. Vinteuil te habrá dicho que no me conocía. Me ha visto al menos dos veces en casa de mi amiga, pero, naturalmente, yo no soy bastante elegante para personas que han llegado a ser tan célebres. Prefieren decir que nunca me han visto». Pobre Albertine, cuando había creído que hablándome de una relación tan estrecha por su parte con la amiga de la Srta. Vinteuil retrasaría el momento en que la dejaría «plantada», la aproximaría a mí, había alcanzado —como ocurre con tanta frecuencia— la verdad por un camino distinto del que había querido tomar. Mostrarse más informada sobre la música de lo que yo habría creído en modo alguno me habría impedido romper con ella aquella noche, en el tren-tranvía, y, sin embargo, había sido efectivamente aquella frase, dicha por ella con ese fin, la que había entrañado inmediatamente mucho más que la imposibilidad de romper. Sólo, que se equivocaba en la

interpretación —no del efecto que debía tener, sino— de la causa en virtud de la cual había de surtir ese efecto y que no era la de aprender su cultura musical, sino sus malas relaciones. Lo que me había aproximado bruscamente a ella —más aún: fundido en ella— no era la previsión de un placer —y «placer» es demasiado decir incluso: un ligero recreo—, sino la opresión de un dolor.

Tampoco aquella vez tenía yo tiempo de guardar un silencio demasiado largo para hacerle suponer que se trataba de asombro. Por eso, conmovido al verla tan modesta y convencida de que la desdeñaban en el círculo Verdurin, le dije tiernamente: «Pero, querida, ahora que lo pienso, te daré con mucho gusto unos centenares de francos para que vayas a presentarte donde quieras como una señora elegante e invites a una espléndida cena al Sr. y la Sra. Verdurin». ¡Ay! Albertine era varias personas. La más misteriosa, la más sencilla, la más atroz se mostró en la respuesta que me dio con expresión de asco y cuyas palabras, a decir verdad, no distinguí bien (incluso las palabras del comienzo, pues no terminó…). No las identifiqué hasta más adelante, cuando hube adivinado su pensamiento. Una vez que hemos comprendido, oímos retrospectivamente. «¡No, mil gracias! Antes que gastar un céntimo por esos viejos, prefiero mucho más que me dejes una vez libre para ir a que me den por el…». Nada más pronunciar aquellas palabras, su rostro se encendió, puso expresión desconsolada, se llevó la mano a la boca, como si hubiera podido hacer regresar las palabras que acababa de pronunciar y que yo no había comprendido en modo alguno. «¿Qué dices, Albertine?». «No, nada, estaba medio dormida». «Pero ¡qué va! Si estás totalmente despierta». «Estaba pensando en lo de la cena para los Verdurin, es muy amable por tu parte». «No, si yo me refiero a lo que has dicho». Me dio mil versiones, pero que no cuadraban lo más mínimo, no digo ya con sus palabras, que, al haber quedado interrumpidas, seguían resultándome vagas, sino con aquella interrupción misma y el súbito enrojecimiento que la había acompañado. «A ver, queridita mía, no es eso lo que querías decir, porque, si no, ¿por qué habrías

de haberte interrumpido?». «Porque me parecía una petición indiscreta por mi parte». «¿Qué petición?». «La de ofrecer una cena». «Pero si no es eso, no debe haber discreción entre nosotros». «Que sí, al contrario, no hay que abusar de las personas a las que se quiere. En todo caso, te juro que es eso». Por una parte, siempre me resultaba imposible dudar de un juramento de ella; por otra, sus explicaciones no satisfacían a mi razón. No cesé de insistir. «En fin, al menos ten el valor de acabar la frase, te has quedado en *me den por el…*». «¡Oh, no! ¡Déjame!». «Pero ¿por qué?». «Porque resulta horriblemente vulgar, me daría demasiada vergüenza decirlo delante de ti. No sé en qué estaría yo pensando, esas palabras cuyo significado ni siquiera conozco y que oí un día en la calle dichas por personas muy indecentes, me han venido a los labios sin ton ni son. No tiene que ver conmigo ni con nadie, estaba soñando en voz alta». Tuve la sensación de que no conseguiría nada más de Albertine. Me había mentido cuando me había jurado antes que el motivo de su interrupción había sido el miedo mundano a la indiscreción, convertido después en vergüenza por pronunciar delante de mí una expresión demasiado vulgar. Ahora bien, había una segunda mentira, pues, cuando estábamos juntos Albertine y yo, no había expresiones tan perversas, palabras tan groseras, que no pronunciáramos al tiempo que nos acariciábamos. En todo caso, era inútil insistir en aquel momento, pero mi memoria seguía obsesionada por aquellas palabras: «… me den por…». Albertine decía con frecuencia «dar de lo lindo a alguien, dar para el pelo» o, más brevemente, «le he dado una buena», pero lo decía normalmente delante de mí y, si hubiera sido eso lo que había querido decir, ¿por qué se había interrumpido bruscamente? ¿Por qué había enrojecido tanto, se había llevado las manos a la boca y había dado una forma totalmente distinta a su frase y, cuando había visto que yo había oído perfectamente «me den por», había dado una explicación falsa? Pero, en vista de que yo renunciaba a proseguir un interrogatorio en el que no recibiría respuesta, lo mejor era hacer como que no pensaba más al respecto

y, volviendo con el pensamiento a los reproches que Albertine me había hecho por haber ido a casa de la Señora, le dije con mucha torpeza —y se trataba como de una excusa estúpida—: «Precisamente había querido pedirte que vinieras esta noche a la velada de los Verdurin», frase doblemente torpe, porque, si lo quería y no había dejado de verla en todo el tiempo, ¿por qué no se lo había propuesto? Furiosa por mi mentira y enardecida por mi timidez, replicó: «Aunque me lo hubieras pedido durante mil años, no habría aceptado. Es una gente que siempre ha estado contra mí, han hecho todo lo posible para contrariarme. No hay cortesía que no le prodigara yo a la Sra. Verdurin en Balbec, pero bonito pago he recibido. Aunque me mandase a llamar desde su lecho de muerte, no acudiría. Hay cosas que no se pueden perdonar. En cuanto a ti, es la primera indelicadeza que has cometido conmigo. Cuando Françoise me ha dicho que habías salido (¡hay que ver lo contenta que estaba al decírmelo!), habría preferido que me partieran la cabeza por el medio. He procurado que no se notara nada, pero en mi vida he sentido una afrenta semejante».

Pero, mientras me hablaba, continuaba en mí, en el sueño tan vivo y creador del inconsciente (sueño en el que acaban de grabarse las cosas que nos han rozado solamente, en el que las manos dormidas se apoderan de la llave que abre, en vano buscada hasta entonces), la búsqueda de lo que había querido decir con la frase interrumpida cuyo final me habría gustado conocer y, de repente, una palabra atroz, en la que en modo alguno había pensado yo, cayó sobre mí: «jebe». No puedo decir que me llegaran de una vez, como cuando —en una larga sumisión pasiva a un recuerdo incompleto, al tiempo que intentamos suave y prudentemente desarrollarlo— permanecemos sometidos, ceñidos a él. No, contrariamente a mi forma habitual de recordar, hubo —creo yo— dos vías paralelas de búsqueda: una tenía en cuenta no sólo la frase de Albertine, sino también su mirada crispada, cuando le había yo propuesto regalarle dinero para que ofreciera una hermosa cena, mirada que parecía decir: «Gracias, ¡gastar dinero para cosas que

me aburren, cuando sin dinero podría hacer las que me divierten!». Y tal vez fuera el recuerdo de aquella mirada lo que me hizo cambiar de método para encontrar lo que le faltaba por decir. Hasta entonces me había yo dejado hipnotizar por aquellas palabras: «me den por». Había querido decir «me den por», ¿el qué? ¿Me den por perdida? No. ¿Me den por favor? No. Me den por, me den por, me den por. Y de repente, al volver a verla con el pensamiento encogerse de hombros en el momento en que yo le había hecho la propuesta de que diera una cena, repasé también las palabras anteriores de su frase. Y así vi que no había dicho «me den por», sino «me den por el». ¡Horror! Eso era lo que habría preferido. ¡Doble horror! Pues incluso la más tirada de las zorras y que lo consienta o lo desee, no emplea con el hombre con el que se preste a ello esa expresión horrible. Se sentiría demasiado envilecida. Sólo con una mujer, si es que le gustan, lo dirá para disculparse por entregarse después a un hombre. Albertine no había mentido al decirme que estaba a medias soñando. Distraída, impulsiva, sin acordarse de que estaba conmigo, se había encogido de hombros y se había puesto a hablar como lo habría hecho con una de esas mujeres, tal vez con una de mis muchachas en flor, y, bruscamente devuelta a la realidad, roja de vergüenza, reforzando lo que iba a decir en su boca, desesperada, no había querido pronunciar una sola palabra más. Yo no tenía un segundo que perder, si no quería que ella advirtiera la desesperación en que me encontraba, pero ya, después del ataque de rabia, me vinieron lágrimas a los ojos. Como en Balbec, la noche que siguió a la revelación de su amistad con los Vinteuil, necesitaba inventar inmediatamente una causa verosímil para mi pena, que a un tiempo pudiera causar un efecto muy profundo en Albertine y brindarme un respiro de unos días antes de tomar una decisión. Por eso, en el momento en que me decía que nunca había sentido una afrenta semejante a la que yo le había infligido al salir y que habría preferido morir antes que oír a Françoise decírselo y, cuando, irritado por su risible susceptibilidad, iba yo a decirle que lo que yo había hecho era de lo más insignificante, que en modo alguno era

ofensivo para ella que yo hubiese salido —como durante ese tiempo, paralelamente, mi búsqueda inconsciente de lo que había querido decir ella después de las palabras «por el» había dado resultado y la desesperación a la que mi descubrimiento me arrojaba resultaba imposible de ocultar completamente—, en lugar de defenderme, me acusé: «Mi querida Albertine», le dije en un tono dulce del que se apoderaban mis primeras lágrimas, «podría decirte que te equivocas, que lo que me pasa no es nada, pero mentiría; eres tú la que tienes razón, has comprendido la verdad, pobrecita mía: es que hace seis meses, hace tres meses, cuando aún sentía tanta amistad por ti, nunca lo habría hecho. Es una cosita de nada y es enorme por el inmenso cambio en mi corazón, cuya señal es, y, puesto que has adivinado ese cambio, que yo abrigaba la esperanza de ocultarte, me veo obligado a decirte lo siguiente: mi querida Albertine», le dije con una dulzura y una tristeza profundas, «mira, la vida que llevas aquí es aburrida para ti, más vale que nos separemos y, como las mejores separaciones son las que más rápidamente se hacen, te pido, para abreviar la gran pena que voy a sentir, que me digas adiós esta noche y te marches mañana por la mañana sin que volvamos a vernos, mientras yo esté durmiendo». Pareció estupefacta, aún incrédula y ya desconsolada: «¡Cómo! ¿Mañana? ¿Eso es lo que quieres?». Y, pese al sufrimiento que sentía yo al hablar de nuestra separación como ya inserta en el pasado —y tal vez en parte por ese sufrimiento mismo—, me puse a dar a Albertine los consejos más precisos para ciertas cosas que debería hacer después de marcharse de casa y, de recomendaciones en recomendaciones, no tardé en entrar en detalles minuciosos. «Ten la bondad», dije con una tristeza infinita, «de devolverme el libro de Bergotte que está en casa de tu tía. No hay prisa, dentro de tres días, de ocho días, cuando quieras, pero no lo olvides para que no tenga que volver a pedírtelo: me resultaría demasiado doloroso. Hemos sido felices y ahora notamos que seríamos desgraciados». «No digas que notamos que seríamos desgraciados», me interrumpió Albertine, «no digas “nosotros”, ¡eres

tú solo quien lo siente!». «Sí, en fin, tú o yo, como quieras, por una razón u otra… pero es tardísimo, debes acostarte… hemos decidido separarnos esta noche». «Perdona, pero has sido *tú* quien lo ha decidido y te obedezco porque no quiero causarte pena». «De acuerdo, soy yo quien lo ha decidido, pero no por ello deja de ser muy doloroso para mí. No digo que vaya a serlo durante mucho tiempo, ya sabes que no tengo la facultad de recordar durante mucho tiempo, pero ¡los primeros días voy a añorarte tanto! Por eso, me parece inútil reavivarlo mediante cartas, hay que acabar de una vez». «Sí, tienes razón», me dijo con expresión afligida, a la que se sumaban, además, sus facciones marcadas por la fatiga de la hora tardía, «mejor que verme cortado un dedo y después otro, prefiero entregar la cabeza en seguida». «¡Huy, Dios mío! Me horroriza pensar en la hora a la que te obligo a acostarte, es una locura. En fin, ¡es la última noche! Vas a tener tiempo de dormir durante todo el resto de tu vida». Y así, al decirle que debíamos darnos las buenas noches, intentaba yo retrasar el momento en que me las daría ella. «¿Quieres que, para distraerte los primeros días, diga a Bloch que mande a su prima Esther a donde te encuentres? Lo hará por mí». «No sé por qué dices eso» (lo decía para intentar arrancar una confesión a Albertine), «sólo me interesa una persona y eres tú», me dijo Albertine, cuyas palabras me embargaron de dulzura, pero qué dolor me causó inmediatamente después: «Recuerdo muy bien que di mi fotografía a esa Esther, porque insistía mucho y yo veía que le daría placer, pero, en cuanto a haber tenido amistad con ella o tener deseos de verla, ¡jamás!». Y, sin embargo, el carácter de Albertine era tan ligero, que añadió: «Si ella quiere verme, me es igual, es muy amable, pero a mí no me interesa nada». Así, cuando yo le había hablado de la fotografía de Esther que me había enviado Bloch (y que ni siquiera había recibido aún, cuando se la había mencionado a Albertine), mi amiga había comprendido que Bloch me había enseñado una fotografía de ella, entregada por ella a Esther. En mis peores suposiciones, nunca me había imaginado yo que semejante intimidad hubiera podido existir entre Albertine y

Esther. A Albertine no se le había ocurrido nada para responderme, cuando yo había hablado de la fotografía, y ahora, al creerme, muy equivocadamente, al corriente, consideraba más hábil confesar. Yo me sentía abrumado. «Y, además, Albertine, te pido un favor y es el de que nunca intentes volver a verme. Si alguna vez, como puede ocurrir, dentro de un año, de dos, de tres, nos encontramos en la misma ciudad, evítame». Y, al ver que no respondía afirmativamente a mi ruego, añadí: «Albertine mía, no lo hagas, no vuelvas a verme nunca en esta vida. Me resultaría demasiado doloroso, pues sentía verdadera amistad por ti, la verdad. Sé perfectamente que, cuando el otro día te conté que quería volver a ver a la amiga de la que habíamos hablado en Balbec, creíste que se había arreglado, pero no, te aseguro que me daba del todo igual. Tú estás convencida de que yo había decidido desde hacía mucho dejarte, que mi cariño era una comedia». «¡Qué va! Estás loco, no lo creí», dijo con tristeza. «Tienes razón, no debías creerlo, yo te quería de verdad, no enamorado tal vez, pero con una grande, una muy grande, amistad, más de lo que puedes imaginar». «Pero sí que lo creo. ¡Y si tú te imaginas que yo no te quiero!». «Me da mucha pena dejarte». «Y a mí una mil veces mayor», me respondió Albertine y hacía ya un momento que yo notaba que ya no podía contener las lágrimas que subían a mis ojos y en modo alguno se debían al tipo de tristeza que experimentaba en otro tiempo, cuando decía a Gilberte: «Vale más que no volvamos a vernos: la vida nos separa». Seguramente, al escribir eso a Gilberte, pensaba yo que, cuando ya no la amara a ella, sino a otra, el exceso de mi amor disminuiría el que hubiera podido inspirar, como si entre dos personas hubiese fatalmente cierta cantidad de amor disponible y, al recibir una demasiado, quedara poco para la otra, y que de la otra también, como de Gilberte, estaría yo condenado a separarme, pero la situación era muy diferente por muchas razones, la primera de las cuales, que, a su vez, había producido las otras, era la de que esa falta de voluntad que mi abuela y mi madre habían temido en mí, en Combray, ante la cual, gracias a la inmensa energía de un enfermo

para imponer su debilidad, habían capitulado sucesivamente, había ido agravándose de un modo cada vez más rápido. Cuando yo había notado que mi presencia cansaba a Gilberte, tenía aún bastantes fuerzas para renunciar a ella; ya no me quedaban, cuando había comprobado lo mismo en el caso de Albertine, y sólo pensaba en retenerla por la fuerza. De modo, que, si escribía a Gilberte que no volvería a verla y con la intención de no hacerlo, en efecto, decírselo a Albertine era una pura mentira y sólo lo hacía para conseguir una reconciliación. Así, uno y otro presentábamos una apariencia que era muy diferente de la realidad y seguramente resulta siempre así, cuando dos personas están frente a frente, ya que cada una de ellas ignora una parte de lo que encierra la otra, ni siquiera lo que sabe puede entenderlo en parte, y las dos manifiestan lo que les resulta menos personal, ya sea porque no lo hayan discernido ellas mismas y lo consideren desdeñable o porque ventajas insignificantes, de las que carecen, les parecen más importantes y más halagadoras y, por otra parte, como no tienen algunas cosas que aprecian, para no ser despreciadas, aparentan no estimarlas y eso es lo que parecen desdeñar por encima de todo e incluso execrar, pero en el amor ese malentendido alcanza el grado supremo, porque, salvo cuando somos niños tal vez, procuramos que la apariencia que adoptamos, más que reflejar exactamente nuestro pensamiento, sea lo que éste considera más idóneo para lograr la consecución de lo que deseamos y que, para mí, desde que había vuelto a casa, era el de conservar la misma docilidad en Albertine que en el pasado, que no me pidiera con su irritación una libertad mayor, que deseaba concederle algún día, pero que en aquel momento en que temía sus veleidades de independencia me habría infundido demasiados celos. A partir de cierta edad, por amor propio y por sagacidad, las cosas que más deseamos son las que menos parecen interesarnos, pero en el amor la simple sagacidad, que, por lo demás, probablemente no sea la verdadera sabiduría, nos obliga bastante pronto a adquirir ese talento para la duplicidad. Todo lo más dulce que yo había soñado,

de niño, en el amor y que me parecía su esencia misma, consistía en expansionar libremente mi ternura, mi reconocimiento de una bondad, mi deseo de una perpetua vida en común. Ahora bien, por mi propia experiencia y por la de mis amigos me había dado cuenta perfectamente de que la expresión de semejantes sentimientos dista de ser contagiosa. El caso de una vieja amanerada como era el Sr. de Charlus, quien, a fuerza de no ver en su imaginación otra cosa que un hermoso joven, cree volverse, a su vez, joven hermoso y revela cada vez más afeminamiento, con sus risibles afectaciones de virilidad, corresponde a una ley que no se aplica ni mucho menos exclusivamente a los Charlus, una ley de una generalidad tal, que el propio amor no la agota enteramente; no vemos nuestro cuerpo, que los otros ven, y «seguimos» nuestro pensamiento, el objeto que tenemos delante, invisible para los otros (que a veces vuelve visible el artista en una obra, lo que explica tan frecuentes desilusiones en sus admiradores, cuando llegan a conocer al autor, en cuyo rostro se ha reflejado tan imperfectamente la belleza interior). Una vez que lo hemos advertido, ya no nos «abandonamos» más; por la tarde me había yo abstenido de expresar a Albertine todo el agradecimiento que le tenía por no haberse quedado en el Trocadero y aquella noche, después de haber temido que me dejara, había fingido yo desear abandonarla, actitud que, por lo demás, no me habían dictado sólo —como vamos a ver en seguida— las enseñanzas que me habían parecido desprenderse de mis amores anteriores y que procuraba aprovechar con éste. El miedo a que Albertine fuera a decirme tal vez: «Quiero disponer de ciertas horas en las que poder salir sola, poder ausentarme veinticuatro horas», en fin, no sé qué petición de libertad que no intentaba yo precisar, pero que me espantaba, esa idea se me había ocurrido por un instante durante la velada Verdurin, pero se había disipado, contradicha, por lo demás, por el recuerdo de todo lo que Albertine me decía sin cesar sobre su felicidad en la casa. La intención de abandonarme, en caso de que la abrigara Albertine, sólo se manifestaba de forma obscura, en ciertas miradas tristes, ciertas impaciencias, frases que en modo

alguno querían decir eso, pero, razonando (y ni siquiera había necesidad de hacerlo, pues ese lenguaje de la pasión se comprende inmediatamente, la propia gente del pueblo comprende esas frases que sólo se pueden explicar por la vanidad, el rencor, los celos, inexpresados, por lo demás, pero descubre al instante en el interlocutor una facultad intuitiva que, como el «sentido común» del que habla Descartes, es «la cosa más abundante en el mundo»), sólo podían explicarse por la presencia en ella de un sentimiento que ocultaba y que podía incitarla a hacer planes para otra vida sin mí. Así como aquella intención no se expresaba en sus palabras de forma lógica, así también el presentimiento de dicha intención que yo tenía desde aquella noche permanecía en mí con la misma vaguedad. Yo seguía viviendo con la hipótesis que admitía como verdadero todo lo que me decía Albertine, pero es posible que durante ese tiempo hubiera en mí una hipótesis totalmente contraria y en la que no quería yo pensar; resulta tanto más probable cuanto que, de lo contrario, no habría tenido el menor inconveniente en decir a Albertine que había ido a casa de los Verdurin y el poco asombro que me causó su cólera habría sido incomprensible. De modo que lo que probablemente albergaba en mi fuero interno era la idea de una Albertine enteramente contraria a la que tenía de ella mi razón, también de aquella que sus palabras representaban, una Albertine no totalmente inventada, sin embargo, puesto que era como un espejo interior de ciertos arrebatos que se producían en ella, como su mal humor por que yo hubiera ido a casa de los Verdurin. Por lo demás, hacía mucho que mis frecuentes angustias, mi miedo a decir a Albertine que la quería, correspondían a otra hipótesis que explicaba muchas más cosas y contaba a su favor con el dato de que, si se adoptaba la primera, la segunda resultaba más probable, pues, al abandonarme a efusiones de ternura con Albertine, sólo obtenía de ella una irritación (a la que, por lo demás, ella asignaba otra causa).

Debo decir que lo que me había parecido más grave y me había llamado más la atención como síntoma de que ella salía al paso de

mi alegato era que me hubiese dicho: «Creo que esta noche reciben a la Srta. Vinteuil», a lo que yo había respondido lo más cruelmente posible: «No me habías dicho que te habías encontrado a la Sra. Verdurin». En cuanto me parecía que Albertine no era agradable conmigo, en lugar de decirle que estaba triste, me volvía malvado. Al recurrir al análisis mediante el sistema invariable de las respuestas que representaban exactamente lo contrario de lo que yo sentía, puedo estar seguro de que, si aquella noche le dije que iba a dejarla, era —antes incluso de que me hubiese dado cuenta— porque temía que ella deseara una libertad (yo no habría sabido decir exactamente cuál era esa libertad que me hacía temblar, pero, en fin, una libertad tal, que le habría permitido engañarme o que al menos me habría impedido estar seguro de que no me engañaba) y quería mostrarle, por orgullo, por astucia, que distaba mucho de temerlo, como ya en Balbec, cuando yo quería que ella tuviera un alto concepto de mí y, más adelante, cuando quería yo que no tuviese tiempo de aburrirse conmigo.

Por último, en cuanto a la objeción que se podría oponer a esa segunda hipótesis —la informulada— de que todo lo que Albertine me decía siempre significaba, al contrario, que su vida preferida era la vida en mi casa, el descanso, la lectura, la soledad, la aversión a los amores sáficos, etcétera, sería inútil detenerse a analizarla, pues, si Albertine hubiera querido, por su parte, juzgar lo que yo sentía por lo que le decía, se habría enterado exactamente de lo contrario de la verdad, ya que yo nunca manifestaba el deseo de abandonarla, salvo cuando ya no podía prescindir de ella y en Balbec le había confesado dos veces —las dos veces en que los celos me habían inspirado el amor a Albertine— que amaba a otra persona: una vez a Andrée, otra vez a una persona misteriosa. Así, pues, mis palabras en modo alguno reflejaban mis sentimientos. Si el lector no tiene una impresión clara de ello, es porque, al ser yo el narrador, le expongo mis sentimientos al mismo tiempo que le repito mis palabras, pero, si le ocultara los primeros y él conociera sólo las segundas, mis actos, tan poco relacionados con ellas, le infundirían

con tanta frecuencia la impresión de extrañas mudanzas, que casi me consideraría loco, procedimiento que no sería, por lo demás, mucho más falso que el por mí adoptado, pues las imágenes que me hacían actuar, tan opuestas a las que representaban mis palabras, eran en aquel momento muy obscuras: yo conocía tan sólo imperfectamente la naturaleza conforme a la cual actuaba; hoy conozco claramente su verdad subjetiva. En cuanto a su verdad objetiva, es decir, si las intuiciones de dicha naturaleza captaban más exactamente que mi razonamiento las intenciones verdaderas de Albertine, si estuve acertado al fiarme de dicha naturaleza y si, al contrario, alteró las intenciones de Albertine, en lugar de discernirlas, es lo que me resulta difícil de decir.

Aquel temor vago que sentí en casa de los Verdurin de que Albertine me dejara se había disipado al principio. Cuando había vuelto a casa, abrigaba la sensación de ser un prisionero y en modo alguno la de volver a ver a una prisionera, pero, cuando, en el momento en que había yo anunciado a Albertine que había ido a casa de los Verdurin, había visto superponerse en su rostro una apariencia de enigmática irritación, que, por lo demás, no era la primera vez que afloraba en él, el miedo disipado había vuelto a embargarme con más fuerza. Sabía yo perfectamente que era simplemente la cristalización en la carne de quejas razonadas, de ideas claras para la persona que las concibe y las calla, síntesis vuelta visible pero ya no racional, y que quien recoge su precioso residuo en el rostro de la persona amada intenta, a su vez —para comprender lo que ocurre en ella— reducir mediante el análisis a sus elementos intelectuales. La ecuación aproximativa a aquel desconocido que era para mí el pensamiento de Albertine me había dado más o menos lo siguiente: «Yo conocía sus sospechas, estaba segura de que intentaría verificarlas y, para que yo no pudiera entorpecerlo, ha hecho todo su trabajito a escondidas», pero, si con semejantes ideas, que nunca me había expresado, era con las que vivía Albertine, ¿acaso no había de sentir horror, carecer ya de fuerzas para llevar aquella existencia? ¿Acaso no podía de un día

para otro decidir abandonar una existencia en la que, si era —al menos por deseo— culpable, se sentía adivinada, acosada, impedida de entregarse jamás a sus gustos, sin que mis celos quedaran desarmados, en la que, si era inocente en intenciones y en hechos, tenía derecho desde hacía algún tiempo a sentirse desanimada al ver que, desde la época de Balbec, donde había puesto tanta perseverancia para procurar no estar nunca sola con Andrée, hasta aquel momento en que había renunciado a ir a casa de los Verdurin y a permanecer en el Trocadero, no había logrado recuperar mi confianza? Tanto más cuanto que no podía yo decir que su conducta no fuera perfecta. Si, cuando en Balbec se hablaba de muchachas con malas inclinaciones, ella se había reído con frecuencia, había hecho gesticulaciones, imitaciones de su estilo, que me torturaban por lo que suponía que significaban para sus amigas, desde que sabía mi opinión al respecto, en cuanto se aludía a esa clase de cosas, dejaba de participar en la conversación no sólo con la palabra, sino también con la expresión del rostro. Ya fuera para no contribuir a las malevolencias que decían sobre ésta o aquélla o por cualquier otra razón, lo único que llamaba la atención entonces, en sus tan móviles facciones, era que, a partir del momento en que salía a relucir ese asunto, atestiguaban su distracción al conservar exactamente la expresión que tenían un instante antes y esa inmovilidad de una expresión, aun ligera, pesaba como un silencio. Habría sido imposible decir si censuraba, si aprobaba, si conocía o no esas cosas. Sus facciones ya sólo guardaban relación consigo mismas. Su nariz, su boca, sus ojos formaban una armonía perfecta, aislada del resto, parecía un pastel y haber oído tan poco lo que se acababa de decir como si hubiera sido delante de un retrato de La Tour.

Mi esclavitud, aún percibida por mí, cuando, al dar al cochero la dirección de Brichot, había yo visto la luz de la ventana, había cesado de pesarme poco después, cuando había visto que Albertine parecía sentir tan cruelmente la suya, y, para que le pareciera menos pesada y no tuviese la idea de romperla ella misma, lo más

astuto me había parecido darle la impresión de que no era definitiva y de que yo mismo deseaba que tocara a su fin. Al ver que mi fingimiento había dado resultado, habría podido sentirme feliz, primero porque lo que tanto había temido yo, la voluntad que atribuía yo a Albertine de partir, quedaba descartado, y, además, porque, independientemente incluso del resultado pretendido, en sí mismo el éxito de mi fingimiento —al demostrar que en modo alguno era yo para Albertine un amante desdeñado, un celoso ridiculizado, todas cuyas astucias resultaban de antemano caladas— volvía a dar a nuestro amor como una virginidad, hacía renacer para él la época en que ella podía aún, en Balbec, creer tan fácilmente que yo amaba a otra. Seguramente ya no lo habría creído, pero daba crédito a mi simulada intención de separarnos para siempre aquella noche.

Parecía no creerse que la causa pudiera estar en casa de los Verdurin. Le dije que había visto a un autor dramático, Bloch, muy amigo de Léa, a quien ella había dicho cosas extrañas (con lo que pretendía hacerle creer que sabía yo mucho más de lo que decía sobre las primas de Bloch), pero, por la necesidad de calmar la turbación en que me colocaba mi simulación de ruptura, le dije: «Albertine, ¿puedes jurarme que nunca me has mentido?». Miró fijamente al vacío y después me respondió: «Sí, es decir, no. Hice mal en decirte que Andrée se había entusiasmado mucho con Bloch, no lo habíamos visto». «Pero, entonces, ¿por qué?». «Porque temía que creyeras otras cosas de ella». «¿Sólo eso?». Volvió a mirarme y dijo: «Hice mal en ocultarte un viaje de tres semanas que hice con Léa, pero es que te conocía tan poco…». «¿Fue antes de Balbec?». «Antes del segundo verano, sí». ¡Y aquella misma mañana me había dicho que no conocía a Léa! ¡Yo estaba contemplando una llamarada que quemaba en un instante una novela que yo había tardado millones de minutos en escribir! ¿Para qué? ¿Para qué? Desde luego, entendía perfectamente que Albertine me revelara esos dos hechos, porque pensaba que yo los había sabido directamente por Léa y no había razón alguna para

que no existieran centenares semejantes. Comprendía también que las palabras de Albertine, cuando se la interrogaba, nunca contenían un átomo de verdad, que sólo dejaba escapar la verdad a pesar suyo, como una brusca mezcla que se formaba en ella, entre los hechos que hasta entonces había estado decidida a ocultar y la creencia de que se tenía conocimiento de ellos. «Pero dos cosas no son nada», dije a Albertine. «Lleguemos hasta cuatro para que me dejes recuerdos. ¿Qué otra cosa puedes revelarme?». Volvió a mirar al vacío. ¿A qué creencias en la vida futura adaptaría la mentira? ¿Con qué dioses menos ágiles de lo que ella creía intentaba congraciarse? No debió de resultarle cómodo, pues su silencio y la fijeza de su mirada duraron bastante tiempo. «No, nada más», acabó diciendo y, pese a mi insistencia, se obstinó, ya con facilidad, con lo de «nada más». ¡Y qué mentira! Pues, desde el momento en que había sentido esas inclinaciones hasta que había quedado encerrada en mi casa, ¡cuántas veces, en cuántas moradas, paseos, debía de haberlas satisfecho! Las gomorritas son a la vez bastante poco comunes y bastante numerosas para que en cualquier muchedumbre una no pase inadvertida a los ojos de otra. Así, pues, la reunión resulta fácil. Recordé con horror una noche que en su momento me había parecido simplemente ridícula. Uno de mis amigos me había invitado a cenar en un restaurante con su amante y otro de sus amigos que también había traído a la suya. Ellas no tardaron en entenderse, pero tan impacientes por poseerse, que ya desde el primer plato se buscaban con los pies y con frecuencia daban con el mío. No tardaron en entrelazar las piernas. Mis dos amigos no veían nada; yo me sentía en un suplicio. Una de las dos mujeres, que no podía contenerse, se agachó bajo la mesa con el pretexto de que se le había caído algo. Después a una de ellas le vino la migraña y quiso subir al lavabo. La otra se dio cuenta de que era la hora de ir a reunirse con una amiga en el teatro. Al final, me quedé solo con mis dos amigos, que no sospechaban nada. La migrañosa volvió a bajar, pero dijo que quería volver sola a casa y esperar a su amante en su casa para tomar un poco de antipirina.

Se hicieron muy amigas y se paseaban juntas: una de ellas, vestida de hombre, se ligaba a chicas y las llevaba a casa de la otra, las iniciaba. La otra tenía un muchacho del que fingía estar descontenta y hacía que lo castigara la otra, quien no se andaba con chiquitas. Se puede decir que no había lugar, por público que fuera, en el que no hiciesen lo que es más secreto.

«Pero Léa tuvo durante todo aquel viaje un comportamiento totalmente decoroso conmigo», me dijo Albertine. «Era incluso más reservada que muchas mujeres mundanas». «¿Ha habido mujeres mundanas que se hayan propasado contigo, Albertine?». «Nunca». «Entonces, ¿qué quieres decir?». «Pues que se tomaba menos libertades con sus expresiones». «¿Por ejemplo?». «No habría empleado, como muchas mujeres a las que se recibe en sociedad, la palabra “apestoso” o la expresión “me importa un bledo”». Me pareció que una parte de la novela que no había ardido aún caía por fin en cenizas. Mi desánimo habría continuado. Las palabras de Albertine, cuando pensaba yo en ellas, hacían que me viniera una cólera fría. Cedió ante algo así como un enternecimiento. También yo, desde que había vuelto a casa y declaraba mi deseo de romper, mentía y aquella voluntad de separación que yo simulaba con perseverancia me causaba poco a poco la tristeza que habría sentido, si hubiera querido separarme de verdad de Albertine.

Por lo demás, aun volviendo a pensar con intermitencias, con punzadas, como se dice en el caso de los otros dolores físicos, en aquella vida orgiástica que había llevado Albertine antes de conocerme, yo admiraba más la docilidad de mi cautiva y dejaba de sentir rencor de ella. Seguramente nunca, durante nuestra vida en común, había cesado de dar a entender a Albertine que aquella vida sería probablemente provisional, de modo que Albertine siguiera encontrándole cierto encanto, pero aquella noche yo había ido más lejos, al haber temido que vagas amenazas de separación dejaran de ser suficientes, contradichas como resultarían seguramente en la mente de Albertine por su idea de un gran amor celoso por ella, que, al parecer, me había hecho ir —parecía decir— a investigar en casa

de los Verdurin. Aquella noche pensé que, entre las causas que habían podido decidirme bruscamente, sin darme cuenta siquiera, salvo poco a poco, a interpretar aquella comedia de ruptura, estaba sobre todo la de que, cuando con uno de esos impulsos como los de mi padre, amenazaba yo a una persona en su seguridad, como yo —a diferencia de él— carecía del valor para hacer realidad una amenaza, para no hacer creer que habían sido sólo palabras hueras, iba bastante lejos en las apariencias de la realización y no me replegaba hasta que el adversario, tras haberse dejado engañar de verdad por mi sinceridad, había temblado de lo lindo.

Por lo demás, en esas mentiras notamos perfectamente que hay verdad, que, si la vida no provoca cambios en nuestros amores, somos nosotros mismos los que querremos hacerlos o fingirlos y hablar de separación, pues tenemos la profunda sensación de que todos los amores y todas las cosas evolucionan rápidamente hacia la despedida. Queremos llorar con las lágrimas que traerá antes de que sobrevenga. Seguramente había aquella vez, en la escena que había representado yo, una razón de utilidad. De repente había sentido la necesidad de conservarla, porque la sentía dispersa en otras personas con las que no podía yo impedir que se uniera, pero, si hubiese renunciado alguna vez a todas por mí, tal vez habría decidido más firmemente aún no separarme de ella nunca, pues los celos vuelven cruel la separación, pero el agradecimiento la vuelve imposible. En todo caso, yo tenía la sensación de estar riñendo la gran batalla en la que debía vencer o sucumbir. Habría ofrecido a Albertine en una hora todo lo que poseía, porque me decía: «Todo depende de esta batalla». Pero esas batallas se parecen menos a las de otro tiempo, que duraban unas horas, que a una contemporánea que no acaba ni el día siguiente ni el siguiente ni la semana siguiente. Se emplean todas las fuerzas, porque se cree siempre que son las últimas que se necesitarán y pasa más de un año sin que llegue la «decisión».

Tal vez se sumara una inconsciente reminiscencia de escenas mendaces hechas por el Sr. de Charlus, junto al cual me encontraba

yo cuando se había apoderado de mí el miedo a ser abandonado por Albertine, pero más adelante oí contar a mi madre esto, que yo ignoraba entonces y que me mueve a creer que yo había encontrado todos los elementos de esta escena en mí mismo, en una de esas reservas obscuras de la herencia, que ciertas emociones, que a ese respecto actúan como los medicamentos análogos al alcohol y al café en nuestras fuerzas almacenadas, ponen a nuestra disposición: cuando mi tía Octave se enteraba por Eulalie de que Françoise, segura de que su señora no saldría nunca más, había urdido en secreto una salida de la que mi tía no debía enterarse, ésta, la anciana, aparentaba decidir que el día siguiente procuraría salir a dar un paseo. Hacía a Françoise, en un primer momento incrédula, no sólo preparar de antemano su ropa, airear la que llevaba demasiado tiempo guardada, sino también encargar el coche, regular con precisión de un cuarto de hora, más o menos, todos los detalles de la jornada. Hasta que Françoise, convencida o al menos desconcertada, se había visto obligada a confesar a mi tía los proyectos que ella misma había concebido, no renunciaba ésta públicamente a los suyos para no estorbar —decía— los de Françoise. Asimismo, para que Albertine no pudiera creer que yo exageraba y para que se hiciese lo más posible a la idea de que íbamos a separarnos y obteniendo yo mismo las deducciones de lo que acababa de anunciar, me había puesto a adelantarme al tiempo —que iba a comenzar el día siguiente y duraría para siempre— en que estaríamos separados formulando a Albertine las mismas recomendaciones que si no fuéramos a reconciliarnos al cabo de poco. Como los generales según los cuales, para que un fingimiento logre engañar al enemigo, hay que llevarlo hasta el extremo, yo había empeñado en aquél casi tantas fuerzas de sensibilidad como si hubiera sido verdadero. Aquella escena de separación ficticia acababa causándome casi tanta pena como si hubiera sido real, tal vez porque uno de los actores, Albertine, al creerlo así, intensificaba el espejismo del otro. Vivíamos al día, lo que, aun siendo duro, resultaba soportable, retenido de pies a tierra por el lastre de la

costumbre y por el convencimiento de que el día siguiente, aunque fuera cruel, entrañaría la presencia de la persona querida, y, mira por dónde, yo destruía como un demente toda aquella vida penosa. Cierto es que sólo lo hacía de forma ficticia, pero bastaba para desconsolarme, tal vez porque las palabras tristes que pronunciamos, aun mendaces, llevan consigo su tristeza y nos la inyectan profundamente, tal vez porque sabemos que simulando despedidas evocamos por anticipación un momento que fatalmente llegará más adelante; además, no acabamos de estar seguros de que no hayamos desencadenado el mecanismo que precipite su llegada. En toda baladronada hay, por pequeña que sea, una parte de incertidumbre sobre lo que hará aquel a quien engañamos. ¡Si esa comedia de separación cabría en una separación! No se puede pensar en esa posibilidad, aun inverosímil, sin que se nos encoja el corazón. Nos sentimos doblemente ansiosos, pues la separación se produciría entonces en el momento en que resultaría insoportable, en el que acabamos de sufrir por la mujer que nos abandonaría antes de que nos hubiese curado o al menos sosegado. Por último, ni siquiera tenemos ya el punto de apoyo de la costumbre, con la que descansamos, incluso presa de la pena. Acabamos de privarnos voluntariamente del descanso, hemos atribuido al día presente una importancia excepcional, lo hemos separado de los días contiguos, flota sin raíces como un día de partida; nuestra imaginación, al dejar de estar paralizada por la costumbre, se ha despertado; de repente hemos añadido a nuestro amor cotidiano ensueños sentimentales que lo incrementan enormemente, al volvernos indispensable una presencia con la que, precisamente, ya no tenemos seguridad absoluta de poder contar. Desde luego, nos hemos entregado al juego de poder prescindir de él precisamente a fin de garantizar esa presencia para el futuro, pero hemos quedado atrapados nosotros mismos en ese juego, hemos empezado a sufrir de nuevo, porque hemos hecho algo nuevo, desacostumbrado, y que resulta parecerse a esos tratamientos que han de curar más

adelante el mal que padecemos, pero cuyos primeros efectos consisten en agravarlo.

Yo tenía lágrimas en los ojos, como quienes, solos en su habitación, al imaginar con los azares caprichosos de su ensoñación la muerte de un ser querido, se imaginan tan minuciosamente el dolor que sentirían, que acaban sintiéndolo. Así, al multiplicar las recomendaciones a Albertine sobre la conducta que debería adoptar para conmigo, cuando estuviéramos separados, me parecía que sentía casi tanta pena como si no fuésemos a reconciliarnos poco después y, además, ¿estaba yo tan seguro de poder lograrlo, de hacer que Albertine volviera a considerar la idea de la vida en común y, si lo lograba aquella noche, de que el estado de ánimo que aquella escena había disipado no renacería en ella? Me sentía —pero no me creía— dueño del futuro, porque comprendía que aquella sensación se debía sólo a que no existía aún y, así, no me sentía abrumado por su necesidad. Por último, aun mintiendo, tal vez en mis palabras hubiera más verdad de lo que yo pensaba. Acababa de tener un ejemplo de ello, cuando había dicho a Albertine que no tardaría en olvidarla. Era lo que me había ocurrido, en efecto, con Gilberte, a quien me abstenía entonces de ir a ver para evitar —no un sufrimiento, sino— un incordio, y, desde luego, había yo sufrido al escribir a Gilberte que no volvería a verla, pues sólo iba de vez en cuando a su casa. Todas las horas de Albertine me pertenecían y en el amor es más fácil renunciar a un sentimiento que perder una costumbre, pero las innumerables palabras dolorosas relativas a nuestra separación —si bien la fuerza de pronunciarlas se debía a que yo sabía su falsedad— eran sinceras, en cambio, de labios de Albertine, cuando la oí exclamar: «¡Ah! Prometido: no volveré a verte nunca. Cualquier cosa antes que verte llorar así, querido mío. No quiero causarte pena. Puesto que es necesario, no volveremos a vernos». Eran sinceras, cosa que no habrían podido ser en mis labios, porque, como Albertine sólo sentía amistad por mí, la renuncia que prometían le costaba menos, por una parte, y, por otra, porque mis lágrimas, que habrían sido tan

poca cosa en un gran amor, le parecían casi extraordinarias y la conmovían, transpuestas a la esfera de aquella amistad en que permanecía ella, aquella amistad mayor que la mía, según acababa de decir, porque en una separación quien no está enamorado es quien usa las expresiones más tiernas, pues el amor no se expresa directamente, según acababa ella de decir y que tal vez no fuera del todo inexacto, pues las mil bondades del amor pueden acabar despertando en la persona que lo inspira, sin aprobarlo, un afecto, un agradecimiento, menos egoístas que el sentimiento que los ha provocado y que tal vez —después de años de separación, cuando no quedara nada de él en el antiguo amante— subsistieran siempre en la amada.

Hubo sólo un momento en que sentí por ella como un odio que contribuyó a avivar mi necesidad de retenerla. Como —por estar aquella noche sólo celoso de la Srta. Vinteuil— pensaba con la mayor indiferencia en el Trocadero, no sólo porque la había enviado yo allí para evitar a los Verdurin, sino incluso porque allí iba a ver a aquella Léa a causa de la cual había hecho yo volver a Albertine y para que no la conociera, dije sin pensar el nombre de Léa y ella, desconfiada y creyendo que tal vez me hubiesen contado algo más, se adelantó y dijo con volubilidad y no sin ocultar un poco la frente: «La conozco muy bien, el año pasado fuimos con unas amigas a verla actuar y después de la representación subimos a su camerino y se vistió delante de nosotras. Fue muy interesante». Entonces mi pensamiento se vio obligado a abandonar a la Srta. Vinteuil y, con un esfuerzo desesperado, en aquella carrera al abismo de las imposibles reconstituciones, se centró en la actriz, en aquella velada en la que Albertine había subido a su camerino. Por una parte, después de todos los juramentos que me había hecho y con tono tan verídico, después del sacrifico tan completo de su libertad, ¿cómo creer que hubiera nada censurable en aquello? Y, sin embargo, ¿acaso no eran mis sospechas antenas dirigidas hacia la verdad, ya que, si bien había sacrificado por mí a los Verdurin para ir al Trocadero, en casa de los Verdurin debía de haber estado la

Srta. Vinteuil y, puesto que en el Trocadero, que, por lo demás, había sacrificado para ir de paseo conmigo, la razón para hacerla volver había sido la presencia de aquella Léa que parecía preocuparme sin motivo y a la que, sin embargo, con una frase que yo no le había pedido, declaraba haber conocido en mayor escala de lo que habría justificado mis temores, en circunstancias mucho más equívocas? Pues, ¿quién podía haberla incitado a subir así a aquel camerino? Si dejaba yo de sufrir a causa de la Srta. Vinteuil, cuando lo hacía a causa de Léa, los dos verdugos de aquel día, era ora por incapacidad de mi entendimiento para representarse a la vez demasiadas escenas ora por la interferencia de mis emociones nerviosas de las que los celos eran un simple eco. De ello podía inducir que Albertine había estado tan poco con Léa como con la Srta. Vinteuil y que yo creía en lo de Léa porque aún me hacía sufrir, pero no porque mis celos se apagaran —para despertar a veces, unos tras otros— dejaba de corresponder cada uno de ellos a alguna verdad presentida, que de aquellas mujeres no debía yo decirme «ninguna», sino «todas». Digo «presentida» porque no podía yo ocupar todos los puntos del espacio y del tiempo, como habría sido necesario, y, aun así, ¿qué instinto me habría brindado la concordancia de unos y otros para permitirme sorprender a Albertine a tal hora con Léa o con las muchachas de Balbec o con la amiga de la Sra. Bontemps, contra la cual se había rozado, con la muchacha del tenis, que se le había insinuado, o con la Srta. Vinteuil?

«Mi querida Albertine, eres muy buena al prometerlo. Por lo demás, al menos los primeros años, evitaré los lugares en los que estés. ¿Sabes adónde irás este verano en Balbec? Porque en ese caso yo dejaría de ir». Si yo continuaba avanzando así, adelantándome al tiempo mismo con mi invención mendaz, no era tanto para dar miedo a Albertine cuanto para hacerme daño a mí mismo. Así como un hombre que al principio tenía motivos poco importantes para enfadarse se embriaga del todo con el escándalo de su propia voz y se deja llevar por una furia engendrada —no por

sus agravios, sino— por su propia cólera en vía ascendente, así también rodaba yo cada vez más deprisa por la pendiente de mi tristeza hacia una desesperación cada vez más profunda y con la inercia de un hombre que se siente invadido por el frío, no intenta luchar contra él y encuentra como un placer incluso en los escalofríos y, si, al cabo de un rato, tenía yo por fin, como esperaba, la fuerza para reponerme, reaccionar y dar marcha atrás, de lo que el beso de Albertine tendría que consolarme aquella noche —mucho más que de la pena que Albertine me había causado al acoger tan mal mi regreso— sería de la que había sentido yo al imaginar —para fingir prepararlos— los detalles de una separación imaginaria, al prever sus consecuencias. En todo caso, no debía ser ella quien me diera aquellas buenas noches, cosa que me habría vuelto más difícil la mudanza mediante la cual le propondría yo renunciar a nuestra separación. Por eso, no cesaba yo de recordarle que hacía mucho que había sonado la hora de darnos las buenas noches, cosa que, al dejarme la iniciativa, me permitía retrasarla aún un momento, y, así, sembraba yo de alusiones a la noche ya avanzada, a nuestro cansancio, las preguntas que formulaba a Albertine. «No sé a dónde iré», respondió a la última con expresión preocupada. «Tal vez vaya a Touraine, a casa de mi tía». Y aquel primer proyecto que esbozaba ella me dejó helado, como si hubiera empezado a realizar efectivamente nuestra separación definitiva. Contempló el cuarto, la pianola, los sillones de raso azul. «Aún no puedo hacerme a la idea de que no volveré a ver todo eso ni mañana ni pasado mañana ni nunca. ¡Pobre cuartito! Me parece imposible; no me entra en la cabeza». «Era necesario, tú te sentías desdichada aquí». «¡Qué va! Yo no me sentía desdichada, ahora sí que voy a serlo». «¡Qué va! Te lo aseguro, es mejor para ti». «¡Será para ti tal vez!». Me puse a mirar fijamente al vacío, como si, presa de una gran vacilación, forcejeara con una idea que se me hubiera ocurrido. Por último, añadí de pronto: «Mira, Albertine, dices que eres más feliz aquí y que vas a ser desdichada». «Claro que sí». «Esa idea me trastorna; ¿quieres que intentemos prolongarlo unas semanas?

¿Quién sabe? Semana tras semana, podemos llegar muy lejos, ya sabes que hay provisionalidades que duran para siempre». «¡Oh! ¡Cuánto te lo agradecería!». «Sólo, que entonces es una locura hacernos daño así para nada y durante horas, es como un viaje para el que nos hubiéramos preparado y después no lo hiciésemos. Estoy muerto de pena». La senté en mis rodillas, tomé el manuscrito de Bergotte que tanto deseaba ella y escribí en la portada: «Para mi querida Albertine, como recuerdo de una renovación de contrato». «Ahora», le dije, «vete a dormir hasta mañana por la noche, querida, pues debes estar deshecha». «Lo que estoy sobre todo es muy contenta». «¿Me quieres un poquito?». «Cien veces más que antes».

Habría yo hecho mal en alegrarme de aquella comedieta, aunque no hubiera llegado hasta aquella forma de auténtica puesta en escena hasta la que la había impulsado yo. Aunque sólo hubiésemos hablado de separación, ya habría sido grave. De esas conversaciones que mantenemos así creemos que no sólo carecen de sinceridad, cosa que es cierta, en efecto, sino también que las hacemos con libertad. Ahora bien, suelen ser, sin que lo sepamos, el primer murmurio, susurrado a nuestro pesar, de una tempestad que no sospechábamos. En realidad, lo que entonces expresamos es lo contrario de nuestro deseo (que es el de vivir siempre con aquella a la que amamos), pero también a esa imposibilidad de vivir juntos se debe nuestro sufrimiento cotidiano, que preferimos al de la separación, pero que acabará, contra nuestra voluntad, separándonos: sin embargo, no de una vez, por lo general. Lo más frecuente es —no fue así, como veremos, en mi caso con Albertine — que, algún tiempo después de pronunciar las palabras en las que no creíamos, pongamos en marcha un ensayo informe de separación deseada, no dolorosa, temporal. Pedimos a la mujer —para que más adelante se encuentre más a gusto con nosotros y para librarnos, momentáneamente de tristezas y fatigas continuas, por otra parte— que vaya a hacer sin nosotros —o que nos deje hacer sin ella— un viaje de unos días, los primeros pasados desde

hacía mucho tiempo —cosa que nos habría parecido imposible— sin ella. Tarda muy poco en volver a ocupar su sitio en nuestro hogar. Sólo, que esa separación, corta pero realizada, no es fruto de una decisión tan arbitraria ni tan ciertamente la única que nos imaginamos. Vuelven a aparecer las mismas tristezas, se acentúa la misma dificultad para vivir juntos, sólo la separación no es ya algo tan igualmente difícil; hemos empezado a hablar de ella y después la hemos ejecutado en forma amable, pero sólo son los pródromos que no hemos reconocido. A la separación momentánea y sonriente no tardará en suceder la separación atroz y definitiva que hemos preparado sin saberlo.

«Ven a mi cuarto dentro de cinco minutos para que pueda verte un poco, queridito mío. Ten esa inmensa amabilidad, pero después me dormiré en seguida, pues estoy muerta». Fue a una muerta, en efecto, a la que vi, cuando después entré en su cuarto. Se había quedado dormida, nada más acostarse; las sábanas, enrolladas como un sudario en torno a su cuerpo, habían adquirido, junto con sus hermosos pliegues, una rigidez de piedra. Parecía —como en ciertos juicios finales de la Edad Media— que sólo la cabeza surgía fuera de la tumba y esperaba en su sueño la trompeta del Arcángel. Aquella cabeza había sido sorprendida por el sueño casi echada hacia atrás, con el pelo hirsuto y, al ver aquel cuerpo insignificante acostado allí, me preguntaba yo qué tabla de logaritmos constituía para que todas las acciones en las que podía haber participado, desde un contacto con el codo hasta un roce con el vestido, pudieran causarme —extendidas hasta el infinito desde todos los puntos que había ocupado en el espacio y en el tiempo y de vez en cuando revivificadas bruscamente en mi recuerdo— angustias tan dolorosas y que, sin embargo, estaban determinadas —y yo lo sabía — por arranques, deseos, de ella que en otra y en ella misma, cinco años antes, me habrían resultado tan indiferentes. Era una mentira, pero yo carecía de valor para buscar otras soluciones que mi muerte. Así, me quedé, con el abrigo que aún no me había quitado desde mi regreso de la casa de los Verdurin, ante aquel cuerpo

retorcido, aquella figura alegórica… ¿de qué? ¿De mi muerte? ¿De mi amor? No tardé en empezar a oír su respiración uniforme. Fui a sentarme al borde de su cama para someterme a aquella cura calmante de brisa y contemplación. Después me retiré despacito para no despertarla.

Era tan tarde, que por la mañana recomendé a Françoise que caminara muy despacito, cuando tuviera que pasar por delante de su habitación. Por eso, Françoise, convencida de que habíamos pasado la noche entregados a lo que ella llamaba «orgías», recomendó irónicamente a los demás sirvientes que no «despertaran a la princesa». Y ésa era una de las cosas que yo temía, que un día Françoise no pudiera contenerse más, fuese insolente con Albertine y creara complicaciones en nuestra vida. Entonces Françoise ya no tenía una edad —como en la época en que sufría al ver a Eulalie tan bien tratada por mi tía— para soportar con entereza su envidia. Ésta alteraba, paralizaba, el rostro de nuestra sirviente hasta tal punto, que a veces me preguntaba yo si habría tenido, a consecuencia de algún acceso de cólera, un pequeño ataque sin que yo lo hubiera advertido. Tras haber pedido, así, que preservaran el sueño de Albertine, yo no pude, a mi vez, conciliarlo. Intenté comprender cuál era su verdadero estado de ánimo. Mediante la triste comedia que había yo representado, ¿era un peligro real lo que había prevenido? ¿Y, pese a que ella afirmara que se sentía tan feliz en casa, habría tenido a veces de verdad la idea de desear su libertad o, al contrario, había que creer en sus palabras? ¿Cuál de las dos hipótesis era la verdadera? Si bien me ocurría con frecuencia, si iba a ocurrirme sobre todo, que extendiese un caso de mi vida pasada hasta que alcanzara las dimensiones de la historia, cuando quería intentar comprender un acontecimiento político, aquella mañana, al contrario, no cesé de identificar —pese a tantas diferencias y para intentar comprenderlo— el alcance de nuestra escena de la víspera con un incidente diplomático que acababa de suceder.

Tal vez tuviese derecho a razonar así, pues era muy probable que, sin saberlo, el ejemplo del Sr. de Charlus me hubiese guiado en aquella escena mendaz que con tanta frecuencia le había visto yo representar con tanta autoridad y, por otro lado, ¿acaso era otra cosa, por su parte, que una inconsciente importación a la esfera de la vida privada de la tendencia profunda de su raza alemana, provocadora por astucia y por orgullo guerrero, si es necesario?

Como diversas personas, entre las cuales el príncipe de Mónaco, habían sugerido al Gobierno francés la idea de que, si no se separaba del Sr. Delcassé, la Alemania amenazante declararía efectivamente la guerra, se había pedido la dimisión del ministro de Asuntos Exteriores. Así, pues, el Gobierno alemán había admitido la hipótesis de una intención de declararnos la guerra, si no cedíamos, pero otras personas pensaban que se había tratado de una simple «baladronada» y que, si Francia se hubiese mantenido firme, Alemania no habría desenvainado la espada. Seguramente el escenario era no sólo diferente, sino casi inverso, ya que Albertine nunca había proferido la amenaza de romper conmigo, pero un conjunto de impresiones me habían infundido la creencia de que lo pensaba, así como el Gobierno francés había pensado lo mismo de Alemania. Por otra parte, si Alemania deseaba la paz, haber provocado en el Gobierno de Francia la idea de que quería la guerra era una astucia innegable pero peligrosa. Cierto es que mi conducta había sido bastante hábil, si es que la idea de que nunca me decidiría a romper con ella era la que infundía a Albertine súbitos deseos de independencia. ¿Y acaso no era difícil de creer que no los tenía, negarse a ver toda una vida secreta en ella, dirigida hacia la satisfacción de su vicio, con sólo ver la cólera con la que, al enterarse de que yo había ido a la casa de los Verdurin, había exclamado: «Estaba segura», y al acabar de revelarlo todo diciendo: «Allí iba a acudir la Srta. Vinteuil»? Todo ello corroborado por el encuentro de Albertine y la Sra. Verdurin, que me había revelado Andrée, pero, aun así, tal vez aquellos súbitos deseos de independencia —me decía yo cuando intentaba reprimir mi instinto

— se debieran —suponiendo que existiesen— o acabarían debiéndose a la idea contraria, a saber, la de que yo nunca había acariciado la idea de casarme con ella, de que, cuando hacía yo alusión, como involuntariamente, a nuestra próxima separación, era cuando decía la verdad, de que, de todos modos, un día u otro la dejaría, creencia que mi escena de aquella noche había de haber reforzado por fuerza entonces y podía acabar engendrando en ella esta resolución: «Si ha de llegar fatalmente un día u otro, más vale acabar en seguida». Los preparativos de guerra, que el más falso de los adagios propugna para hacer triunfar la voluntad de paz, crean, al contrario, en primer lugar la creencia —que provoca la ruptura— en cada uno de los dos adversarios de que el otro la desea y, cuando se ha producido ésta, esa otra creencia en cada uno de los dos de que quien la ha querido ha sido el otro. Aun cuando la amenaza no sea sincera, su éxito incita a reanudarla, pero resulta difícil determinar el punto exacto hasta el que la baladronada puede dar resultado; si uno llega demasiado lejos, el otro, que había cedido hasta entonces, avanza, a su vez; el primero, al no saber ya cambiar de método, habituado a la idea de que aparentar no temer la ruptura es la forma mejor de evitarla (lo que yo había hecho aquella noche con Albertine) y, por lo demás, a preferir por orgullo sucumbir a ceder, persevera en su amenaza hasta el momento en que nadie puede ya retroceder. La baladronada puede estar mezclada también con la sinceridad, alternar con ella, y lo que ayer era un juego puede hacerse realidad mañana. Por último, puede ocurrir también que uno de los adversarios esté de verdad decidido a declarar la guerra: que Albertine, por ejemplo, tuviera la intención tarde o temprano de no continuar con aquella vida o, al contrario, que aquella idea no se le hubiese ocurrido y que mi imaginación la hubiera inventado enteramente. Tales fueron las diferentes hipótesis que formulé mientras ella dormía, aquella mañana. Sin embargo, en cuanto a la última puedo decir que en el período posterior nunca amenacé a Albertine con dejarla, salvo para responder a una errada idea suya de libertad y que ella no me expresaba, pero me parecía

desprenderse de ciertos descontentos misteriosos, de ciertas palabras, de ciertos gestos, de los que dicha idea constituía la única explicación posible y para los cuales se negaba a darme explicación alguna. Aun así, muchas veces los observaba yo sin hacer alusión alguna a una posible separación, con la esperanza de que se debieran a un mal humor que aquel día se disiparía, pero a veces éste duraba sin remisión semanas enteras, en las que Albertine parecía querer provocar un conflicto, como si en aquel momento hubiese, en una región más o menos alejada, placeres que ella conocía y de los que el enclaustramiento en mi casa la privaba y que la influían hasta que hubieran tocado a su fin, como esas modificaciones atmosféricas que llegan hasta el rincón de nuestro fuego y afectan a nuestros nervios, aun cuando se produzcan en una zona tan alejada como las islas Baleares.

Aquella mañana, mientras Albertine dormía y yo intentaba adivinar lo que había oculto en ella, recibí una carta de mi madre en la que me expresaba su inquietud por no saber nada de mis decisiones mediante esta frase de Mme. de Sévigné: «Personalmente, estoy convencida de que no se casará, pero entonces, ¿por qué turbar a esa muchacha con la que nunca se casará? ¿Por qué arriesgarse a hacerla perder partidos a los que ella mirará ya tan sólo con desprecio? ¿Por qué turbar el ánimo de una persona a la que sería tan fácil evitar?». Aquella carta de mi madre me hizo tocar de pies a tierra. «¿Por qué voy a buscar un alma misteriosa, interpretar un rostro y sentirme rodeado de presentimientos que no me atrevo a ahondar?», pensé. «Estaba soñando, es así de sencillo. Soy un joven indeciso y se trata de uno de esos matrimonios de los que se tarda un tiempo en saber si se celebrarán o no. Nada hay en eso particular de Albertine». Ese pensamiento me infundió una relajación profunda, pero corta. No tardé en pensar: «Podemos reducirlo todo, si tenemos en cuenta el aspecto social, al más corriente de los sucesos; desde fuera, tal vez podría verlo yo así, pero sé perfectamente que lo verdadero es lo que he leído en los ojos de Albertine, son los temores que me

torturan, es el problema que me planteo sin cesar respecto de ella». La historia del prometido vacilante y del matrimonio roto puede corresponder a eso, así como una reseña teatral hecha por un gacetillero con sentido común puede brindar el asunto para una obra de Ibsen, pero hay algo más que esos hechos que se cuentan. Es cierto que tal vez se dé —si supiéramos verlo— en todos los prometidos vacilantes y en todos los matrimonios que tardan en celebrarse, porque tal vez haya misterio en la vida cotidiana. Podía pasarlo por alto en relación con la vida de los demás, pero la de Albertine y mía la vivía por dentro.

Albertine no me dijo nada más, a partir de aquella velada, que en el pasado: «Sé que no tienes confianza en mí y voy a intentar disipar tus sospechas». Pero aquella idea, que nunca expresó, habría podido servir de explicación para sus menores actos. No sólo se las arreglaba para no estar nunca sola ni un momento a fin de que yo no pudiera ignorar lo que había hecho, en caso de que no creyese sus declaraciones, sino que, además, incluso cuando había de telefonear a Andrée o al garaje o al coche de caballos o a otro sitio, fingía que, con el tiempo que las telefonistas tardaban en darte la comunicación, era demasiado pesado permanecer sola para telefonear y se las arreglaba para que yo estuviera junto a ella en aquel momento o, si no, Françoise, como si hubiese temido que yo pudiera imaginar comunicaciones telefónicas censurables y que sirviesen para concertar citas misteriosas, pero —¡ay!— nada de todo aquello me tranquilizaba. Aimé me había enviado la fotografía de Esther y me decía que no era ella. Entonces, ¿otras más? ¿Quién? Devolví aquella fotografía a Bloch. La que me habría gustado ver era la que Albertine había dado a Esther. ¿Cómo estaría en ella? Tal vez escotada. A saber si no se habrían fotografiado juntas, pero yo no me atrevía a hablar de eso a Albertine, porque habría parecido que no había visto la fotografía ni a Bloch, delante del cual no quería parecer que me interesaba Albertine, y aquella vida, que quienquiera que hubiese conocido mis sospechas y su esclavitud habría reconocido como muy cruel para

mí y para Albertine, pasaba por ser —desde fuera, para Françoise— una vida de placeres inmerecidos que sabía hábilmente hacerse conceder aquella «zalamera» y, como decía Françoise, que empleaba mucho más ese femenino que el masculino, por envidiar más a las mujeres, aquella «charlatana» e incluso, como Françoise en contacto conmigo había enriquecido su vocabulario sin términos nuevos, pero disponiéndolos a su modo, decía de Albertine que nunca había conocido a una persona de tamaña «perfididad», que sabía «sacar[m]e los cuartos» interpretando tan bien la comedia (lo que Françoise, que tomaba con tanta facilidad lo particular por lo general como lo general por lo particular y tenía ideas bastante imprecisas sobre la distinción de géneros en el arte dramático, llamaba «saber hacer la pantomima»). Tal vez de aquel error sobre nuestra vida —la de Albertine y mía— fuera yo mismo un poco responsable por las vagas confirmaciones que, cuando hablaba con Françoise, dejaba escapar hábilmente por deseos ora de hacerla rabiar ora de parecer —ya que no amado— al menos feliz y, sin embargo, mis celos, la vigilancia que yo ejercía sobre Albertine y que tanto me habría gustado que no sospechara Françoise, no tardó ésta en adivinarlos, guiada —como el espiritista que, con los ojos vendados, encuentra un objeto— por la intuición que tenía para las cosas que podían ser dolorosas y que no se dejaba desviar de su meta por las mentiras que yo podía decir para extraviarla y también por aquel odio a Albertine que movía a Françoise —más aún que a considerar más felices a sus enemigas, comediantes más taimadas de lo que eran— al descubrir lo que podía perderlas y precipitar su caída. Desde luego, Françoise nunca hizo escenas a Albertine. Yo me preguntaba si Albertine, al sentirse vigilada, realizaría por sí misma aquella separación con la que yo la había amenazado, pues la vida, con sus mudanzas, hace realidades con nuestras fábulas. Siempre que yo oía abrirse una puerta, me estremecía, como mi abuela siempre que yo llamaba al timbre durante su agonía. Yo no creía que saliese sin habérmelo dicho, pero era mi inconsciente el que lo pensaba, así como el inconsciente de mi abuela era el que

palpitaba con los timbrazos, pese a que ya no tenía conocimiento. Incluso una mañana tuve de pronto la brusca inquietud no sólo de que hubiera salido, sino también de que se hubiese marchado. Acababa de oír una puerta que me parecía la de su cuarto. Fui de puntillas hasta aquel cuarto, entré y me quedé en el umbral. En la penumbra las sábanas estaban infladas en semicírculo, debía de ser Albertine, quien, con el cuerpo curvado, dormía con los pies y la cabeza pegados a la pared. Los cabellos, abundantes y negros, lo único que sobresalía de la cama, me hicieron comprender que era ella, que no había abierto su puerta, no se había movido, y sentí que aquel semicírculo inmóvil y vivo, que albergaba toda una vida humana y era lo único a lo que yo concedía valor, estaba allí, en mi posesión dominadora.

Pero yo conocía el arte de la insinuación de Françoise, el partido que sabía sacar de una puesta en escena significativa, y no puedo creer que se resistiera a hacer comprender diariamente a Albertine el papel humillante que ésta desempeñaba en la casa, a perturbarla con la descripción, hábilmente exagerada, del enclaustramiento al que estaba sometida mi amiga. Una vez me encontré a Françoise hurgando, tras haberse ajustado unas gruesas gafas, en mis papeles y colocando entre ellos uno en el que yo había anotado un relato relativo a Swann y a la imposibilidad en que se encontraba de prescindir de Odette. ¿Lo habría dejado tirado por descuido en el cuarto de Albertine? Por lo demás, por encima de todos los sobreentendidos de Françoise, que habían sido por debajo la simple orquestación susurrante y pérfida, es probable que se elevara —más alta, más clara, más apremiante— la voz acusadora y calumniosa de los Verdurin, irritados al ver que Albertine me retenía involuntariamente y yo a ella voluntariamente lejos del pequeño clan.

En cuanto al dinero que yo gastaba para Albertine, me resultaba casi imposible ocultarlo a Françoise, ya que no podía hurtarle ningún gasto. Françoise tenía pocos defectos, pero éstos habían creado en ella —para servirlos— auténticas dotes que con frecuencia le

faltaban en todo lo demás. El principal era la curiosidad aplicada al dinero gastado por nosotros para otras personas. Si yo tenía que abonar una factura, dar una propina, de nada servía que me apartara, ella encontraba un plato que colocar en su sitio, una toalla que colgar, algo que le permitiera acercarse, y, por poco tiempo que le dejara antes de echarla furioso, aquella mujer que ya no veía demasiado, que apenas sabía contar, dirigida por el mismo gusto con el que un sastre, al vernos, suputa instintivamente el tejido de nuestro traje y ni siquiera puede por menos de palparlo o con el que un pintor se muestra sensible a los efectos de los colores, Françoise veía a hurtadillas y calculaba instantáneamente lo que yo daba. Si, para que no pudiera decir a Albertine que yo corrompía a su conductor, me adelantaba y me disculpaba por la propina con estas palabras: «He querido ser espléndido con el conductor y le he dado diez francos», Françoise, a quien su vistazo de vieja águila casi ciega había bastado, me respondía, despiadada: «¡Qué va! El señor le ha dado cuarenta y tres francos de propina. Ha dicho al señor que había cuarenta y cinco francos, el señor le ha dado cien francos y sólo le ha devuelto doce francos». Había tenido tiempo de ver y contar la cifra de la propina, que yo mismo ignoraba.

Si el objetivo de Albertine era el de devolverme la calma, lo consiguió en parte; por lo demás, mi razón estaba deseosa de demostrarme que me había equivocado sobre los proyectos turbios de Albertine, así como tal vez me hubiera equivocado sobre sus instintos viciosos. Seguramente en el valor de los argumentos que mi razón me brindaba yo tenía en cuenta mi deseo de que me parecieran buenos, pero, para ser equitativo y tener la posibilidad de ver la verdad, a no ser que admitamos que nunca se la conoce mediante el presentimiento, mediante una emanación telepática, ¿acaso no había que decirme que, si bien mi razón, al intentar propiciar mi curación, se dejaba llevar por mi deseo, en cambio, en lo relativo a la Srta. Vinteuil, a los vicios de Albertine, a sus intenciones de tener otra vida, su proyecto de separación, que eran los corolarios de sus vicios, mi instinto había podido, por su parte —

para intentar ponerme enfermo— dejarse extraviar por mis celos? Por lo demás, su secuestro, que la propia Albertine se las arreglaba para volver absoluto, al privarme del sufrimiento, me fue privando poco a poco de la sospecha y pude empezar de nuevo, cuando la noche me devolvía mis inquietudes, a encontrar en la presencia de Albertine la relajación de los primeros días. Sentada junto a mi cama, hablaba conmigo de uno de esos atuendos y objetos que yo no cesaba de regalarle para intentar suavizar su vida y hermosear su cárcel, sin por ello dejar de temer a veces que compartiera la opinión de Mme. de La Rochefoucauld, quien, a alguien que le preguntaba si estaba contenta de vivir en una morada tan hermosa como Liancourt, respondió que no conocía ninguna cárcel hermosa.

Así, si yo había preguntado al Sr. de Charlus sobre la antigua vajilla de plata francesa, fue porque, cuando habíamos concebido el proyecto de tener un yate, considerado irrealizable por Albertine —y por mí mismo siempre que, al volver a empezar a creer en su virtud, mis celos, al mermar, dejaban de comprimir otros deseos en los que no había el menor lugar para ella y cuya satisfacción también requería dinero—, habíamos pedido por si acaso —y sin que, por lo demás, creyera ella que fuésemos a tenerlo jamás— consejo a Elstir. Ahora bien, el gusto del pintor era tan refinado y exigente para el mobiliario de los yates como para la indumentaria de las mujeres. Sólo admitía en ellos muebles ingleses y vajilla antigua de plata. Al principio, Albertine había pensado sólo en la indumentaria y el mobiliario. Después le interesó la vajilla de plata, por lo que, desde que habíamos vuelto de Balbec, se había puesto a leer obras sobre el arte de la vajilla de plata, sobre los punzones de antiguos cinceladores, pero la antigua vajilla de plata —por haber sido fundida dos veces, en el momento de los tratados de Utrecht, cuando el propio Rey, imitado al respecto por los grandes señores, regaló su vajilla, y en 1789— es rarísima. Por otra parte, pese a que los orfebres modernos han reproducido toda esa vajilla de plata conforme a los dibujos del Pont-aux-Choux, a Elstir esa antigüedad le parecía indigna de entrar en la morada de una mujer de gusto,

aunque fuera flotante. Yo sabía que Albertine había leído la descripción de las maravillas que Roettiers había hecho para Mme. du Barry. Se moría de ganas de ver algunas piezas, si es que existían aún, y yo de regalárselas. Había comenzado incluso preciosas colecciones que con gusto encantador instalaba en una vitrina y que yo no podía contemplar sin enternecerme y sin temor, pues el arte con el que las disponía era el compuesto de paciencia, ingenio, nostalgia y necesidad de olvidar al que se entregan los cautivos.

Para la indumentaria, lo que le gustaba sobre todo en aquel momento era todo lo que hacía Fortuny. Los vestidos de Fortuny, uno de los cuales había yo visto a la Sra. de Guermantes, eran aquellos cuya próxima aparición, renaciendo de sus cenizas, nos había anunciado Elstir, cuando nos hablaba de los magníficos vestidos de las contemporáneas de Carpaccio y Ticiano, pues todo debe volver, como está escrito en las bóvedas de San Marcos y como lo proclaman —al beber en las urnas de mármol y jaspe de los capiteles bizantinos—, las aves que significan a la vez muerte y resurrección. En cuanto las mujeres habían empezado a llevarlos, Albertine había recordado las promesas de Elstir, los había deseado y teníamos que ir a elegir uno. Ahora bien, aquellos vestidos, si bien no eran los antiguos de verdad en los que las mujeres de hoy parecen demasiado disfrazadas y que resulta más bonito guardar como piezas de colección (por lo demás, yo buscaba también de ésos para Albertine), tampoco tenían la frialdad del remedo de la falsa antigüedad. Se parecían más a los decorados de Sert, Bakst y Benois, que en aquel momento evocaban en los ballets rusos las épocas artísticas más apreciadas, con ayuda de obras de arte impregnadas de su espíritu y, sin embargo, originales; así, los vestidos de Fortuny, fielmente antiguos, pero profundamente originales, hacían aparecer como un decorado —con mayor fuerza de evocación incluso que un decorado, ya que éste estaba por imaginar— la Venecia rebosante de Oriente, donde los habían llevado, al parecer, y resultaban evocadores —más que una pieza

en el relicario de San Marcos— de su sol y de los turbantes circundantes, de su color fragmentado, misterioso y complementario. Todo lo de aquella época había perecido, pero todo renacía, evocado por el surgimiento parcelario y superviviente de las telas de las dogaresas para vincularlas entre sí mediante el esplendor del paisaje y el bullicio de la vida.

En una o dos ocasiones quise pedir consejo al respecto a la Sra. de Guermantes, pero a ésta no le gustaba la indumentaria que recordaba a disfraces. Ella misma nunca estaba mejor que con terciopelo negro con diamantes y, en relación con vestidos como los de Fortuny, sus consejos no resultaban demasiado útiles. Por lo demás, yo sentía escrúpulos, al pedírselos, por miedo a que pareciera que sólo iba a verla cuando por casualidad la necesitaba, mientras que llevaba mucho tiempo rechazando varias invitaciones a la semana. Por lo demás, no sólo de ella los recibía con aquella profusión. Cierto es que ella y muchas otras mujeres habían sido siempre muy amables conmigo, pero mi enclaustramiento había decuplicado, desde luego, aquella amabilidad. Parece que en la vida mundana, reflejo insignificante de lo que ocurre en el amor, la forma mejor de que te busquen es decir que no. Un hombre calcula todos los rasgos gloriosos que puede citar a su favor para gustar a una mujer; varía sin cesar sus trajes, se preocupa por su semblante, pero ésta no le brinda ninguna de las atenciones que él recibe de otra, a la que —engañándola y aunque parezca delante de ella desaseado y sin artificio para gustar— se ha ganado para siempre. Asimismo, si un hombre lamentara no estar bastante solicitado por la alta sociedad, yo no le diría que hiciera aún más visitas, que exhibiese una vestimenta aún más hermosa, sino que no acudiera a ninguna invitación, viviese encerrado en su cuarto y no dejara entrar en él a nadie y harían cola delante de su puerta o, mejor dicho, no se lo diría, pues es una forma segura de estar solicitado que no da tan buenos resultados como la de ser amado, es decir, si en modo alguno se la ha adoptado para eso, pero, por ejemplo, si, en efecto, no salimos del cuarto porque estamos gravemente enfermos o

creemos estarlo o tenemos a una amante encerrada en él y la preferimos a la sociedad mundana (o las tres cosas a la vez), para la cual será una razón —sin conocer la existencia de esa mujer y simplemente porque la rechazamos— para preferirnos antes que a todos los que se le ofrecen y apegársenos.

«A propósito, tendremos que ocuparnos pronto de tu bata de Fortuny», dije a Albertine y, desde luego, para ella —que durante tanto tiempo las había deseado, que se demoraría junto conmigo para elegirlas, que ya tenía el lugar reservado para ellas no sólo en sus armarios, sino también en su imaginación y, para decidirse entre tantas otras, tendrían que gustarle por mucho tiempo todos y cada uno de sus detalles— iba a ser algo más que para una mujer demasiado rica que tuviese más vestidos de los que deseaba y ni siquiera los mirase. Sin embargo, pese a la sonrisa con la que Albertine me lo agradeció, al decirme: «Eres demasiado bueno», advertí la expresión de profundo cansancio y tristeza que tenía. A veces incluso, en espera de que estuvieran acabadas las que deseaba, pedía yo algunas prestadas, a veces sólo telas incluso, y vestía con ellas a Albertine, la revestía con ellas y ella se paseaba por mi cuarto con la majestad de una dogaresa y una maniquí. Sólo, que mi esclavitud en París me resultaba más dura al ver aquellos vestidos que evocaban a Venecia. Cierto es que Albertine estaba mucho más presa que yo y resultaba curioso cómo el destino, que transforma a las personas, había podido pasar a través de las paredes de la prisión, cambiarla en su propia esencia y hacer de la joven de Balbec una cautiva aburrida y dócil. Sí, las paredes de la cárcel no habían impedido el paso a aquella influencia; tal vez fuesen ellas incluso las que la hubiesen producido. Ya no era la misma Albertine, porque no estaba, como en Balbec, constantemente en fuga con su bicicleta, inencontrable gracias a las diversas playitas a las que acudía para pasar la noche en casa de sus amigas y donde, por lo demás, sus mentiras la volvían más difícil de encontrar, porque, encerrada en mi casa, dócil y sola, ya no era lo que en Balbec —incluso cuando había podido yo encontrarla

— era en la playa: aquella persona huidiza, prudente y astuta, cuya presencia se prolongaba de tantas citas que con tanta habilidad disimulaba y que inspiraban amor porque hacían sufrir, bajo cuya frialdad con los demás y sus respuestas triviales, se notaba la de la víspera y la del día siguiente, y, para mí, envuelta en desdén y astucia. Como el viento del mar ya no hinchaba su ropa, había dejado de ser una Victoria, era una pesada esclava de la que me habría gustado liberarme.

Entonces, para cambiar el curso de mis pensamientos, en lugar de empezar con Albertine una partida de cartas o de damas, le pedía que me tocara un poco de música. Yo me quedaba en la cama y ella iba a sentarse en el extremo del cuarto delante de la pianola, entre los soportes de la biblioteca. Ella elegía fragmentos muy nuevos o que me había interpretado sólo una o dos veces, pues, como empezaba a conocerme, sabía que sólo me gustaba proponer a mi atención lo que aún me resultaba obscuro y poder, durante esas ejecuciones sucesivas, enlazar unas con otras, gracias a la luz en aumento, pero —¡ay!— desnaturalizadora y extranjera de mi inteligencia, las líneas fragmentarias e interrumpidas de la construcción, al principio casi amortajada en la bruma. Ella sabía —y comprendía, creo yo— la alegría espiritual que me infundía las primeras veces esa labor de modelado de una nebulosa aún informe y, mientras tocaba, de la múltiple melena de Albertine sólo podía yo ver una coca de pelo negro en forma de corazón, aplicada a lo largo de la oreja como el nudo de una infanta de Velázquez. Así como el volumen de aquel ángel músico estaba constituido por los trayectos múltiples entre los diferentes puntos del pasado que su recuerdo ocupaba en mí y sus diferentes asientos —desde la vista hasta las sensaciones más íntimas de mi ser— que me ayudaban a descender hasta la intimidad del suyo, la música que tocaba tenía también un volumen, producido por la desigual visibilidad de las diferentes frases, según hubiera yo logrado más o menos iluminarlas y juntar unas con otras las líneas de una construcción que al principio me había parecido sumida casi entera en la niebla.

Albertine sabía que me daba placer al proponer a mi pensamiento sólo cosas aún obscuras y el modelado de esas nebulosas. Adivinaba que a la tercera o cuarta ejecución —al haber mi inteligencia alcanzado y, por consiguiente, colocado a la misma distancia todas las partes y no tener ya otra actividad que desplegar en relación con ellas— las había extendido recíprocamente e inmovilizado en un plano uniforme. Sin embargo, no pasaba aún a un nuevo fragmento, pues, tal vez sin darse cuenta bien del trabajo que había en mi interior, sabía que en el momento en que el trabajo de mi inteligencia había llegado a disipar el misterio de una obra, raras veces dejaba de atrapar, durante su nefasta tarea, por compensación tal o cual reflexión aprovechable, y el día en que Albertine decía: «Este rollo vamos a dárselo a Françoise para que lo lleve a que nos lo cambien por otro», con frecuencia había para mí seguramente un fragmento de música menos en el mundo, pero una verdad más.

Me había dado cuenta tan perfectamente de que sería absurdo estar celoso de la Srta. Vinteuil y de su amiga, en vista de que Albertine en modo alguno procuraba volver a verlas, y, de todos los proyectos de veraneo que habíamos concebido, había descartado por sí misma Combray, tan cercano a Montjouvain, que con frecuencia lo que solicitaba a Albertine —y sin que me infundiese el menor sufrimiento— era la música de Vinteuil. Una sola vez, aquella música de Vinteuil había sido una causa indirecta de celos para mí. En efecto, Albertine, quien sabía que yo se la había oído interpretar a Morel en casa de la Sra. Verdurin, me habló una noche de él y me manifestó un vivo deseo de ir a escucharlo, de conocerlo. Era precisamente dos días después de que yo hubiese tenido conocimiento de la carta, involuntariamente interceptada por el Sr. de Charlus, de Léa a Morel. Me pregunté si Léa habría hablado de él a Albertine. Me vinieron de nuevo a la cabeza las expresiones «tipo indecente» y «tía viciosa» y me sentí horrorizado, pero, precisamente porque así la música de Vinteuil quedó vinculada dolorosamente a Léa —y no a la Srta. Vinteuil y a su amiga—,

cuando se calmó el dolor causado por aquélla, pude escuchar la música sin sufrir; un mal me había curado de la posibilidad de los otros. En la música escuchada en casa de la Sra. Verdurin, frases inadvertidas, larvas obscuras entonces indistintas, se volvían arquitecturas deslumbrantes y algunas de ellas resultaban amigas, a quienes apenas había yo distinguido, que en el mejor de los casos me habían parecido feas y de las que nunca habría creído —como ocurre con las personas que nos resultan antipáticas al principio— que fueran como las descubrimos, una vez que las conocemos bien. Entre los dos estados había una auténtica transmutación. Por otra parte, ahora identificaba frases, nítidas la primera vez, pero que entonces no había reconocido, con frases de las otras obras, como la de la «Variación religiosa para órgano», que en casa de la Sra. Verdurin había pasado inadvertida para mí en el septeto, pese a que se encontraba en él —santa que había descendido los escalones del santuario— mezclada con las hadas familiares del músico. Además, la frase que me había parecido demasiado poco melódica, demasiado mecánicamente acompasada con la alegría titubeante de las campanas del mediodía, era ahora la que más me gustaba, ya fuese porque me hubiera acostumbrado a su fealdad o porque hubiese descubierto su belleza. En efecto, se puede atribuir esa respuesta, ante la decepción que causan al principio las obras maestras, a una debilitación de la impresión inicial o al esfuerzo necesario para extraer la verdad, dos hipótesis que se presentan en relación con todas las cuestiones importantes —las relativas a la realidad del arte, a la realidad y la eternidad del alma—: entre las cuales hay que elegir y en el caso de la música de Vinteuil esa elección se presentaba en todo momento con muchas formas. Por ejemplo, aquella música me parecía algo más verdadero que todos los libros conocidos. A veces pensaba yo que se debía a que, al no adoptar la forma de ideas lo que sentimos en la vida, su plasmación literaria, es decir, intelectual, lo expone, lo explica, lo analiza, pero no lo recompone como la música, en la que los sonidos parecen adoptar la inflexión del ser, reproducir esa punta interior y extrema

de las sensaciones, la que nos infunde esa embriaguez específica que volvemos a experimentar de vez en cuando y que, cuando decimos: «¡Qué tiempo más hermoso! ¡Qué sol más espléndido!», no damos a conocer en modo alguno al prójimo, en quien el mismo sol y el mismo tiempo despiertan vibraciones muy diferentes. En la música de Vinteuil, había también esas visiones imposibles de expresar y casi prohibidas, ya que, cuando, en el momento de quedarnos dormidos, recibimos la caricia de su irreal encantamiento, en ese preciso momento en el que la razón ya nos ha abandonado, los ojos se sellan y, antes de haber tenido tiempo de conocer no sólo lo inefable, sino también lo invisible, nos quedamos dormidos. Cuando me abandonaba a esa hipótesis según la cual el arte sería real, me parecía que era incluso más que la simple alegría nerviosa de un tiempo hermoso o de una noche de opio que la música puede transmitir: una embriaguez más real, más fecunda, al menos por lo que yo presentía, pero no es posible que una escultura, una música, que infunde una emoción —nos parece— más elevada, más pura, más verdadera, no corresponda a cierta realidad espiritual o, si no, la vida carecería de sentido. Así, nada se parecía más que una hermosa frase de Vinteuil a ese placer particular que yo había experimentado a veces en mi vida: por ejemplo, delante de los campanarios de Martinville o algunos árboles de una carretera de Balbec o, más sencillamente, al comienzo de esta obra, al beber cierta taza de té. Como aquella taza de té, tantas sensaciones de luz, los rumores claros, los ruidosos colores que Vinteuil nos enviaba del mundo en el que componía, paseaban por delante de mi imaginación, con insistencia, pero demasiado aprisa para que ésta pudiera aprehenderlo, algo que pudiese yo comparar con la sedería embalsamada de un geranio. Sólo, que, mientras que en el recuerdo se puede —ya que no ahondar— al menos precisar gracias a una determinación de circunstancias que explican por qué cierto sabor ha podido recordarnos sensaciones luminosas, al no proceder las vagas sensaciones de Vinteuil de un recuerdo, sino de una impresión (como la de los campanarios de Martinville), no habría

habido que encontrar una explicación material de la fragancia de geranio de su música, sino el equivalente profundo, la fiesta desconocida y coloreada (de la que sus obras parecían fragmentos disyuntos, los pedazos con fracturas escarlatas), modo en el que «oía» y proyectaba fuera de sí el universo. En aquella cualidad desconocida de un mundo único y que ningún otro músico nos había permitido ver jamás radicaba tal vez —decía yo a Albertine— la prueba más auténtica del genio, mucho más que en el contenido de la obra misma. «¿Incluso en la literatura?», me preguntaba Albertine. «Sí, incluso en la literatura». Y, al volver a pensar en la monotonía de las obras de Vinteuil, explicaba yo a Albertine que los grandes literatos nunca han hecho sino una sola obra o, mejor dicho, han refractado mediante diversos medios una misma belleza que aportan al mundo. «Si no fuera tan tarde, querida», le decía yo, «te lo mostraría en todos los escritores que lees mientras yo duermo, te mostraría la misma identidad que en Vinteuil. Esas frases típicas, que empiezas a reconocer como yo, mi querida Albertine, las mismas en la sonata, en el septeto, en las otras obras, sería, por ejemplo, en Barbey d'Aurevilly, si quieres, una realidad oculta revelada por una huella material, el enrojecimiento fisiológico de la Hechizada, de Aimée de Spens, de la Clotte, la mano de *La cortina escarlata*, los antiguos usos, las antiguas costumbres, las antiguas palabras, los oficios antiguos y singulares tras los cuales está el pasado, la historia oral hecha por los pastores en el espejo, las nobles ciudades normandas de Inglaterra, bonitas y perfumadas como un pueblo de Escocia, echadores de maldiciones contra las cuales nada se puede, la Vellini, el pastor, una misma sensación de ansiedad en un paisaje, ya sea la mujer que busca a su marido en *Una vieille maîtresse* o el marido de *La Hechizada*, que recorre la landa, y la propia Hechizada al salir de misa. También son frases típicas de Vinteuil esa geometría del cantero en las novelas de Thomas Hardy».

Las frases de Vinteuil me hicieron pensar en la frasecita y dije a Albertine que había sido como el himno nacional de Swann y

Odette, «los padres de Gilberte, a los que conociste, creo. Me dijiste que ella tenía malas inclinaciones. ¿Intentó tener relaciones contigo? Ella me habló de ti». «Sí, como sus padres mandaban el coche a recogerla a la salida del colegio cuando hacía muy mal tiempo, creo que una vez me llevó en el coche y me besó», dijo al cabo de un momento, riendo, como si fuera una confidencia divertida. «De repente me preguntó si me gustaban las mujeres». (Pero, si sólo creía recordar que Gilberte la había llevado en el coche, ¿cómo podía decir con tanta precisión que Gilberte le había hecho esa extraña pregunta?). «E incluso, no sé qué idea estrambótica se me ocurrió para engañarla y le respondí que sí». (Parecía que Albertine temía que Gilberte me lo hubiera contado y no quería que yo comprobara que me mentía). «Pero no hicimos nada». (Resultaba extraño que hubieran intercambiado aquellas confidencias y no hubiesen hecho nada, sobre todo porque antes se habían besado en el coche, según había dicho Albertine). «Me llevó así cuatro o cinco veces, tal vez algunas más, y se acabó». Me costó mucho no hacer ninguna pregunta, pero, dominándome para que pareciera que no atribuía la menor importancia a todo aquello, volví a los canteros de Thomas Hardy. «¿Recuerdas en *Jude el obscuro* y habrás visto en *La bien amada* los bloques de piedra que el padre extrae de la isla y llegan en barco a apilarse en el taller del hijo, en el que se transforman en estatuas: en *Los ojos azules* el paralelismo de las tumbas y también la línea paralela del barco y los vagones contiguos en que se encuentran los dos enamorados y la muerta, el paralelismo entre *La bien amada*, en la que el hombre ama a tres mujeres, *Los ojos azules*, en la que la mujer ama a tres hombres, etcétera, y, por último, todas esas novelas superponibles unas a las otras, como las casas verticalmente superpuestas sobre el suelo pedregoso de la isla? No puedo hablarte así, en un minuto, sobre los más grandes, pero en Stendhal verías cierta sensación de altitud vinculada a la vida espiritual, el lugar elevado en el que Julien Sorel está preso, la torre en lo alto de la cual está encerrado Fabrice, el campanario en el que el padre Blanèse se dedica a la

astrología y desde el cual Fabrice tiene una vista tan bella. Me has dicho que has visto algunos cuadros de Vermeer y, como habrás notado, son los fragmentos de un mismo mundo, que siempre —sea cual fuere el genio al que se deba— se trata de la recreación de la misma mesa, el mismo tapiz, la misma mujer, la misma belleza nueva y única, enigma en aquella época en la que nada se le parece ni la explica, si, en lugar de intentar emparentarla por los temas, procuramos extraer la impresión particular que produce el color. Pues bien, esa belleza nueva sigue siendo idéntica en las obras de Dostoyevski: la mujer de Dostoyevski (tan particular como una mujer de Rembrandt), con su rostro misterioso cuya belleza afable se transforma bruscamente, como si hubiera hecho la comedia de la bondad, en una insolencia terrible (aunque, en el fondo parece que es más que nada buena), ¿acaso no es siempre la misma, ya se trate de Nastasia Filipovna, al escribir cartas de amor a Aglaé y confesarle que la odia, o, en una visita enteramente idéntica a aquélla —también a aquella en que Nastasia Filipovna insulta a los padres de Gania—, Gruchenka, tan buena en casa de Katerina Ivanovna como terrible la había considerado ésta (y aunque Gruchenka fuera en el fondo buena)? Gruchenka, Nastasia, figuras tan originales, tan misteriosas, no sólo como las cortesanas de Carpaccio, sino también como la Bethsabea de Rembrandt. Fíjate en que no supo con certeza que aquel rostro resplandeciente, doble, con bruscos estallidos que hacen parecer a la mujer diferente de lo que es (“Tú no eres así”, dice Michkin a Nastasia en la visita a los padres de Gania y Aliocha podría decírselo a Gruchenka en la visita a Katerina Ivanovna). En cambio, cuando quiere tener “ideas de cuadros”, son siempre estúpidas y darían como máximo los cuadros en que Munkavsy quisiera que se representara a un condenado a muerte en el momento en que… etcétera, a la Santa Virgen en el momento en que… etcétera, pero, volviendo a la belleza nueva que Dostoyevski ha aportado al mundo, así como en Vermeer hay creación de cierta alma, de cierto color de las telas y los lugares, en Dostoyevski no hay sólo creación de personas, sino también de

moradas, ¿y acaso no es la casa del asesinato en *Crimen y castigo*, con su *dvornik* tan maravillosa como la obra maestra del asesinato en *El idiota*, esa casa sombría, tan larga, tan alta y tan grande, de Rogojin, en la que mata a Nastasia Filipovna? Esa belleza nueva y terrible de una casa, esa belleza nueva y mixta de un rostro de mujer es lo excepcional que Dostoyevski ha aportado al mundo y las comparaciones que algunos críticos literarios pueden hacer entre Gógol y él o entre Paul de Kok y él carecen de interés, por ser exteriores a esa belleza secreta. Por lo demás, si bien te he dicho que de una novela a otra es la misma escena, dentro de una misma novela las mismas escenas, los mismos personajes, se reproducen, si se trata de una novela muy larga. Podría mostrártelo muy fácilmente en *Guerra y paz* y cierta escena en un coche…». «No he querido interrumpirte, pero, como veo que abandonas a Dostoyevski, me da miedo olvidar lo que quería decir. Querido mío, ¿qué quisiste decir el otro día con lo de "es como la faceta Dostoyevski de Mme. de Sévigné"? Te confieso que no lo entendí. Me parecen tan diferentes…». «Ven, muchachita, que te voy a dar un beso, para agradecerte que recuerdes tan bien lo que te digo, y después vuelves a la pianola. Confieso que esa afirmación mía era en cierto modo una bobada, pero la hice por dos razones. La primera es una razón particular. Resulta que Mme. de Sévigné, como Elstir, como Dostoyevski, en lugar de presentar las cosas en orden lógico, es decir, comenzando por la causa, nos muestra primero el efecto, la ilusión que nos impresiona. Así presenta Dostoyevski a sus personajes. Sus acciones se nos presentan tan engañosas como esos efectos de Elstir en los que el mar parece estar en el cielo. Nos quedamos muy asombrados después de enterarnos de que ese hombre hipócrita es en el fondo excelente o lo contrario». «Sí, pero ponme un ejemplo en el caso de Mme. de Sévigné». «Reconozco», le respondí riendo, «que está traído por los pelos, pero, en fin, podría encontrar ejemplos. Aquí tienes una descripción…».

«Pero ¿asesinó a alguien Dostoyevski alguna vez? Las novelas que conozco de él podrían titularse todas *Historia de un crimen*. Es una obsesión en él, no es natural que hable siempre de eso». «No lo creo, mi querida Albertine, no conozco bien su vida. Lo que es seguro es que, como todo el mundo, conoció el pecado, en una forma u otra y probablemente prohibida por las leyes. En ese sentido, debería ser un poco criminal, como sus protagonistas, que, por lo demás, no lo son del todo, a los que condenan con circunstancias atenuantes, y tal vez ni siquiera fuese necesario que fuera criminal. Yo no soy novelista, es posible que los creadores se sientan tentados por ciertas formas de vida que no hayan conocido personalmente. Si voy contigo a Versalles, como hemos quedado, te enseñaré el retrato del hombre honrado por excelencia, del mejor de los maridos, Choderlos de Laclos, quien escribió el libro más espantosamente perverso, y justo enfrente del de Mme. de Genlis, quien escribió cuentos morales y no se contentó con engañar a la duquesa de Orleans, sino que la atormentó al malquistarla con sus hijos. No obstante, reconozco que en Dostoyevski esa preocupación por el asesinato es algo extraordinario y me lo vuelve muy ajeno. Ya me siento estupefacto cuando oigo a Baudelaire decir:

> Si la violación, el veneno, el puñal, el incendio…
> Es que nuestra alma, ¡ay!, no es bastante audaz.

Pero al menos puedo creer que Baudelaire no es sincero, mientras que Dostoyevski… Todo eso me parece lo más alejado posible de mí, a no ser que haya en mí cosas que ignoro, pues nos realizamos sucesivamente. En Dostoyevski encuentro pozos demasiado profundos, pero sobre algunos aspectos aislados del alma humana. Ahora bien, es un gran creador. En primer lugar, el mundo que representó parece en verdad haber sido creado para él. Todos esos bufones que reaparecen sin cesar, todos esos Lebedev, Karamazov, Ivolguin, Segrev, ese increíble cortejo, es una humanidad más fantástica que la que puebla *La ronda nocturna* de Rembrandt y, sin

embargo, tal vez sea fantástica sólo del mismo modo, por la iluminación y el vestuario, y en el fondo sea común y corriente. En todo caso, es a la vez profunda y única, y está llena de verdades, pues pertenece exclusivamente a Dostoyevski. Esos bufones parecen casi propios de una función anticuada, como ciertos personajes de la comedia antigua, y, sin embargo, ¡cómo revelan aspectos verdaderos del alma humana! Lo que me fastidia es la solemnidad con la que se habla y se escribe sobre Dostoyevski. ¿Has notado el papel que desempeñan el amor propio y el orgullo en sus personajes? Parece que para él el amor y el odio más demente, la bondad y la traición, la timidez y la insolencia, son simplemente dos estados de una misma naturaleza, pues el amor propio, el orgullo, impiden a Aglaé, a Nastasia, al capitán a quien Mitia tira de la barba, a Krasotkin, al enemigo-amigo de Aliocha, mostrarse "tales" como son en realidad, pero hay muchas otras grandezas. Conozco muy pocos de sus libros, pero ¿acaso no es un motivo escultural y sencillo, digno del arte más antiguo, un friso interrumpido y reanudado en el que se desplegaran la venganza y la expiación, el crimen del padre de los Karamazov dejando encinta a la pobre loca, el arranque misterioso, animal, inexplicado, por el cual la madre, siendo sin saberlo el instrumento de las venganzas del destino, obedeciendo tan obscuramente a su instinto de madre, tal vez a una mezcla de resentimiento y agradecimiento físico al violador, va a dar a luz en casa del padre de los Karamazov? Ése es el primer episodio, misterioso, grandioso, augusto, como una creación de la mujer en las esculturas de Orvieto, y, como réplica, el segundo episodio, más de veinte años después, el asesinato del padre de los Karamazov por ese hijo de la loca, Smerdiakov, seguido poco después de un mismo acto tan misteriosamente escultural e inexplicado, de una belleza tan obscura y natural como el parto en el jardín del padre de los Karamazov, el de Smerdiakov al colgarse, una vez cometido su crimen. En cuanto a Dostoyevski, no me alejaba tanto de él como crees al hablar de Tolstói, quien lo imitó mucho. En Dostoyevski hay —concentrado, contraído aún y

gruñón— mucho de lo que se desarrollará en Tolstói. En Dostoyevski hay esa aspereza anticipada de los primitivos que los discípulos aclararán». «Querido mío, es un fastidio que seas tan perezoso. Fíjate cómo ves la literatura de una forma más interesante de como nos la enseñaban; los deberes que nos ponían sobre *Esther*: "Señor mío", ¿recuerdas?», me dijo riendo, no tanto para burlarse de sus profesores y de sí misma cuanto por el placer de recuperar en su memoria, en nuestra memoria común, un recuerdo ya un poco antiguo.

Pero, mientras ella me hablaba y yo pensaba en Vinteuil, la otra hipótesis, la materialista, la de la nada, era la que se presentaba, a su vez, ante mí. Me ponía a dudar otra vez, me decía que, al fin y al cabo, podía ser que, si las frases de Vinteuil parecían la expresión de ciertos estados de ánimo —análogos a los que había experimentado yo al saborear la magdalena mojada en la taza de té —, nada me aseguraba que la vaguedad de dichos estados fuera una señal de su profundidad, sino sólo de que no hemos sabido aún analizarlos, y, por tanto, de que no habría nada más real en ellos que en otros. Sin embargo, aquella felicidad, aquella sensación de certidumbre en la felicidad, mientras bebía la taza de té, respiraba en los Campos Elíseos un olor a bosque viejo, no era una falsa ilusión. En todo caso, aun cuando esos estados sean en la vida más profundos que otros y —por poner en juego demasiadas fuerzas de las que aún no nos hemos dado cuenta— resulten por eso mismo inanalizables, el encanto de ciertas frases de Vinteuil hace pensar —me decía el espíritu de duda— en ellos, porque también es inanalizable, pero eso no demuestra que tenga la misma profundidad. La belleza de una frase de música pura parece fácilmente la imagen —o, al menos, estar emparentada con ella— de una impresión inintelectual que hemos tenido, pero simplemente porque no es intelectual. ¿Y por qué, entonces, consideramos particularmente profundas esas frases misteriosas que aparecen obsesivamente en ciertos cuartetos y en ese «concierto» de Vinteuil? Por lo demás, no era sólo música suya la que me tocaba

Albertine; la pianola era a veces para nosotros como una linterna mágica científica (histórica y geográfica) y en las paredes de aquella habitación de París, provista de invenciones más modernas que la de Combray, veía yo —según tocara Albertine a Rameau o a Borodin— extenderse ora un tapiz del siglo XVIII sembrado de Amores sobre un fondo de rosas ora la estepa oriental en la que las sonoridades se ahogan en lo ilimitado de las distancias y el enfurtido de la nieve. Y aquellas decoraciones fugaces eran, por lo demás, las únicas de mi habitación, pues, si bien en el momento en que había yo recibido la herencia de mi tía Léonie me había prometido tener colecciones como Swann, comprar cuadros, estatuas, todo mi dinero se iba en caballos, un automóvil, vestimenta para Albertine, pero ¿acaso no contenía mi habitación una obra de arte más preciosa que todas ésas? Era la propia Albertine. Yo la contemplaba. Me resultaba extraño pensar que era ella, a quien yo había creído durante mucho tiempo imposible incluso de conocer, quien en aquel momento —fiera domesticada, rosal al que yo había proporcionado el tutor, el marco, la espaldera de su vida— estaba allí sentada, todos los días, en su casa, junto a mí, delante de la pianola adosada a mi biblioteca. Sus hombros, que yo había visto bajos y solapados, cuando traía los palos de golf, estaban apoyados en mis libros. Sus hermosas piernas, que el primer día había imaginado yo con razón maniobrando durante toda su adolescencia los pedales de una bicicleta, subían y bajaban sucesivamente sobre los de la pianola, donde Albertine, con una elegancia adquirida que me la hacía sentir más mía, porque me la debía a mí, descansaba sus zapatos de tela dorada. Sus dedos en tiempos familiarizados con el manillar se posaban ahora sobre las *teclas* como los de una Santa Cecilia; su cuello, cuyo perímetro, visto desde mi cama, era pleno y fuerte, parecía, a aquella distancia y bajo la luz de la lámpara, más rosado, pero menos que su rostro inclinado de perfil, al que mis miradas, procedentes de las profundidades de mí mismo, cargadas de recuerdos y ardientes de deseo, añadían tal brillo, tal intensidad de vida, que su relieve parecía elevarse y girar con el

mismo poder casi mágico que el día en que en el hotel de Balbec se me nublaba la vista por mi inmenso deseo de besarla: yo prolongaba cada una de sus superficies más allá de lo que podía ver y bajo la que me lo ocultaba y me hacía sentir mejor —párpados que cerraban a medias los ojos, melena que ocultaba la parte alta de las mejillas— el relieve de esos planos superpuestos; los ojos, como en un mineral de ópalo en el que éste está aún enfundado, las dos únicas placas pulidas aún, más brillantes ya que el metal, sin por ello dejar de ser más resistentes que la luz, hacían aparecer, en medio de la materia ciega suspendida sobre ellos, como las alas de seda malva de una mariposa cubierta con cristal, y el pelo, negro y crespo, que mostraba otros conjuntos, al volverse hacia mí —ora un ala magnífica, aguda en la punta, ancha en la base, negra, emplumada y triangular, ora con el relieve de sus bucles agrupado en una cadena potente y variada, llena de crestas, de líneas divisorias, de precipicios, cuyos tan ricos y tan múltiples reflejos parecían superar la variedad que habitualmente realiza la naturaleza y responder más bien al deseo de un escultor que acumulara las dificultades para recalcar la suavidad, la fogosidad, la difuminación, la vida de su ejecución— para preguntarme lo que debía tocar, hacía resaltar más —al interrumpirla para cubrirla— la curva animada y como la rotación del rostro liso y rosado, mate barnizado de una madera pintada, y, como contraste con tanto relieve, por la armonía también que los unía a ella, que había adaptado su actitud a su forma y a su utilización, la pianola, que la ocultaba a medias como una caja de órgano, la biblioteca, todo aquel rincón de la alcoba parecía reducido a no ser sino el santuario iluminado, el pesebre de aquel ángel músico, obra de arte que, al cabo de poco, iba a separarse de su nicho y ofrecer a mis besos su substancia preciosa y rosada, pero no: en modo alguno era Albertine para mí una obra de arte. Yo sabía lo que era admirar a una mujer de forma artística… yo había conocido a Swann. Por mí mismo, por lo demás, no estaba capacitado —con cualquier mujer de que se tratara— para hacerlo y yo mismo me maravillaba cuando Swann añadía

retrospectivamente para mí una dignidad artística —al compararla para mí, como se complacía en hacerlo galantemente ante ella misma, con algún retrato de Luini, al reconocer en su indumentaria el vestido o las joyas de un cuadro de Giorgione— a una mujer que me había parecido insignificante. Nada así había en mí. A decir verdad, incluso cuando empezaba yo a mirar a Albertine como un ángel músico maravillosamente patinado y que me felicitaba de poseer, no tardaba en resultarme indiferente, no tardaba en aburrirme junto a ella, pero esos instantes duraban poco. Sólo amamos aquello en lo que perseguimos algo inaccesible, amamos sólo lo que no poseemos, y muy pronto volvía yo a darme cuenta de que no poseía a Albertine. En sus ojos veía pasar ora la esperanza ora el recuerdo, tal vez la añoranza, de alegrías que no adivinaba, a las que en aquel caso ella prefería renunciar antes que expresármelas y que, al captar sólo aquel brillo en sus pupilas, vislumbraba tan poco como el espectador al que no han dejado entrar en la sala y que, pegado al cristal de la puerta, no puede divisar nada de lo que ocurre en el escenario. (No sé si era así para ella, pero resulta extraña —como un testimonio, en los más incrédulos, de una creencia en el bien— esa perseverancia en la mentira que tienen todos cuantos nos engañan. De nada serviría decirles que su mentira causa más pena que la confesión, de nada serviría que se dieran cuenta de ello: volverían a mentir, un instante después, para seguir conformes a lo que nos habían dicho antes que eran o a lo que nos habían dicho que éramos nosotros para ellos. Así, un ateo que ama la vida se deja matar para no contribuir a desmentir la idea que se tiene de su valentía). Durante aquellas horas, a veces veía yo flotar sobre ella, en sus miradas, en su mohín, en su sonrisa, el reflejo de esos espectáculos interiores cuya contemplación la hacía en aquellas noches de semejante, alejada de mí, a quien le eran denegados. «¿En qué piensas, querida?». «Pues en nada». A veces, para responder a mi reproche por que no me dijera nada, ora me decía cosas que yo sabía —y ella no lo ignoraba— tan bien como todo el mundo (como esos estadistas que

ya no nos anuncian la menor noticia, pero nos hablan, en cambio, de la que hemos podido leer en los periódicos de la víspera) ora me contaba sin precisión alguna, en unas como confidencias falsas, paseos en bicicleta que daba en Balbec, un año antes de conocerme y, como si yo hubiera acertado en otro tiempo, al inferir a partir de su sonrisa que debía de ser una muchacha muy libre, que hacía excursiones muy prolongadas, la evocación que hacía de aquellos paseos insinuaba entre los labios de Albertine aquella misma sonrisa misteriosa que me había seducido los primeros días, en el malecón de Balbec. Me hablaba también de aquellos paseos que había dado con amigas por campos de Holanda, de sus regresos por la noche a Amsterdam, a horas tardías, cuando una muchedumbre compacta y alegre de personas, a la mayoría de las cuales conocía, llenaba las calles, las riberas de los canales, cuyas luces innumerables y fugaces creía yo ver reflejadas en los brillantes ojos de Albertine, como en los cristales inciertos de un rápido coche. ¡Cómo merecería la supuesta curiosidad estética más bien el nombre de indiferencia en comparación con la curiosidad dolorosa, incansable, que me inspiraban los lugares en que Albertine había vivido, lo que había podido hacer determinada noche, las sonrisas, las miradas que había puesto, las palabras que había dicho, los besos que había recibido! No, jamás los celos que había yo sentido un día de Saint-Loup, si hubieran persistido, me habrían infundido aquella inmensa inquietud. Aquel amor entre mujeres era algo demasiado desconocido, cuyos placeres, cuya calidad, nada me permitía imaginar con certeza, con exactitud. ¡Cuántas personas, cuántos lugares —que incluso no le incumbían directamente, vagos lugares de placer en que había podido saborearlo, los lugares en que hay mucha gente, en los que las personas se rozan— había introducido Albertine —como una persona que, dejando pasar a su séquito, toda una sociedad, ante el revisor y por delante de ella— en mi corazón por el umbral de mi fantasía o mi recuerdo, donde no me importaban! Ahora el conocimiento que tenía yo de ellas era interno,

inmediato, espasmódico, doloroso. El amor es el espacio y el tiempo vueltos sensibles para el corazón.

Y, sin embargo, si hubiera sido enteramente fiel, tal vez no habría sufrido yo de infidelidades que no habría podido concebir, pero lo que me torturaba imaginar en Albertine era mi propio deseo perpetuo de gustar a nuevas mujeres, de esbozar nuevas novelas, era suponerle aquella mirada que aquel otro día, aun estando a su lado, no había podido yo por menos de lanzar a las jóvenes ciclistas sentadas a las mesas del Bois de Boulogne. Como ocurre con el conocimiento, casi podemos decir que sólo hay celos de uno mismo. La observación cuenta poco. Sólo del placer sentido por nosotros mismos podemos obtener saber y dolor.

A veces, en los ojos de Albertine, en la brusca inflamación de su cutis, sentía yo como un brillo de palidez pasar fugazmente por regiones más inaccesibles para mí que el cielo y en las que evolucionaban los recuerdos, desconocidos para mí, de Albertine. Entonces aquella belleza que, al pensar en los años sucesivos, cuando ya conocía yo a Albertine, ya fuera en la playa de Balbec o en París, hacía poco que había visto yo en ella y consistía en que mi amiga se desarrollaba en tantos planos y contenía tantos días transcurridos, adquiría para mí rasgos desgarradores. Entonces bajo aquel rostro sonrosado sentía yo abrirse, como un abismo, el inagotable espacio de las noches en que aún no la había conocido. Podía perfectamente tomarla en mis rodillas, sostener su cabeza en mis manos, podía acariciarla, pasar largo rato mis manos por ella, pero —como si hubiera manejado una piedra que encerrara la salsedumbre de los océanos inmemoriales o el rayo de una estrella — notaba que sólo tocaba el envoltorio cerrado de una persona que por el interior lindaba con el infinito. ¡Cómo sufría yo con esa posición a que nos ha reducido el olvido de la naturaleza, que, al instituir la división de los cuerpos, no pensó en hacer posible la interpenetración de las almas! Y me daba cuenta de que Albertine no era siquiera para mí (pues, si bien su cuerpo estaba sometido al poder del mío, su pensamiento escapaba al dominio del mío) la

maravillosa cautiva con la que había creído yo enriquecer mi morada, al tiempo que ocultaba tan perfectamente su presencia, incluso a quienes venían a verme y no sospechaban que se encontraba al final del pasillo, en el cuarto contiguo, como ese personaje que tenía encerrada en una botella —y todo el mundo lo ignoraba— a la princesa de China; al invitarme, en forma apremiante, cruel y sin salida, a la búsqueda del pasado, era más bien como una gran diosa del tiempo y, aunque haya tenido que perder por ella años y mi fortuna y con tal de poder decirme a mí mismo, cosa que no es —¡ay!— segura, que ella, por su parte, no ha perdido en ello, nada tengo que lamentar. Seguramente habría valido más la soledad, más fecunda, menos dolorosa, pero ¿qué estatuas, qué cuadros largamente perseguidos y por fin poseídos o incluso —en el peor de los casos— contemplados con desinterés, propios de la vida de coleccionista que me aconsejaba Swann, que me reprochaba no conocer el Sr. de Charlus, cuando con mezcla de ingenio, indolencia y gusto, me decía: «¡Qué fea es su casa!», me habrían dado acceso —como la heridita que se cicatrizaba en seguida, pero que la torpeza inconsciente de Albertine, de los indiferentes o de mis propios pensamientos no tardaba en reabrir— a esa salida de uno mismo, ese camino de comunicación privada, pero que da a la gran vía por la que pasa lo que no conocemos hasta el día en que nos ha hecho sufrir: la vida de los demás?

A veces había una luz de luna tan hermosa, que, apenas una hora después de que Albertine se hubiera acostado, me acercaba a su cama para decirle que mirara por la ventana. Estoy seguro de que para eso iba yo a su habitación y no para asegurarme de que estaba, en efecto, en ella. ¿Qué posibilidad había de que deseara escapar de ella y lo hiciera? Habría sido necesaria una inverosímil colusión con Françoise. En la obscura habitación ya sólo veía yo una fina diadema de pelo negro sobre la blancura de la almohada, pero oía la respiración de Albertine. Su sueño era tan profundo, que yo vacilaba antes de acercarme a la cama; me sentaba en el borde; el sueño seguía fluyendo con el mismo murmurio. Lo que resulta

imposible de describir es hasta qué punto eran alegres sus despertares. Yo la besaba, la movía. Al instante se detenía su sueño, pero, sin siquiera el intervalo de un instante, rompía a reír y me decía rodeándome el cuello con sus brazos: «Precisamente estaba preguntándome si no ibas a venir», y ella se reía tiernamente y con más ganas. Parecía que, cuando dormía, su encantadora cabeza sólo contenía alegría, ternura y risa, y, al despertarla, había yo hecho brotar —como cuando abrimos una fruta— el jugo que apaga la sed.

Entretanto, se estaba acabando el invierno; volvió el buen tiempo y de repente, cuando Albertine acababa de darme las buenas noches, en el jardín de las religiosas vecinas oía yo —rica y preciosa como un armonio de iglesia— la modulación de un pájaro desconocido que, al modo lidio, cantaba ya maitines y, en medio de mis tinieblas, introducía la rica nota clamorosa del sol que veía. No tardaron en acortarse las noches y, antes de las antiguas horas de la madrugada, ya veía yo por encima de las cortinas de mi ventana la blancura diariamente aumentada del día. Si me resignaba a dejar aún llevar aquella vida a Albertine, en la que, pese a sus negativas, notaba yo su impresión de estar presa, era sólo porque todos los días estaba seguro de que el día siguiente podría ponerme —al tiempo que a trabajar— a levantarme, a salir, a preparar una expedición para ver alguna propiedad que compraríamos y en la que Albertine podría hacer con más libertad y sin inquietud para mí la vida de campo o mar, de navegación o caza, que le agradara.

Sólo, que el día siguiente, una de las horas que componían aquel tiempo pasado —que yo amaba y detestaba sucesivamente— en Albertine (como, cuando es el presente, cada cual, por interés o cortesía o piedad, se dedica a tejer entre él y nosotros una cortina de mentiras que tomamos por realidad) e incluso de las que creía yo haber conocido, me presentaba de pronto —y retrospectivamente— un aspecto que no intentaban velarme y totalmente distinto de aquel con el que se me había aparecido. Detrás de determinada mirada, en lugar del buen pensamiento que yo habría creído ver en ella en

otro tiempo, lo que se revelaba era un deseo hasta entonces insospechado, que me enajenaba una nueva parte de aquel corazón de Albertine asimilado —creía yo— al mío. Por ejemplo, cuando Andrée había abandonado Balbec en el mes de julio, Albertine no me había dicho en ningún momento que pronto iba a volver a verla y yo pensaba que así había sido antes incluso, ya que, por la gran tristeza que yo había sentido en Balbec, aquella noche del 14 de septiembre, había hecho por mí el sacrificio de no quedarse allí y volver en seguida a París. Cuando había llegado, el 15, yo le había pedido que fuera a ver a Andrée y le había dicho: «¿Se ha alegrado de volver a verte?». Ahora bien, como había venido la Sra. Bontemps para traer algo a Albertine, la vi un instante y le dije que Albertine había salido con Andrée: «Han ido a pasear por el campo». «Sí», me respondió la Sra. Bontemps. «Albertine no hace ascos precisamente al campo. Así, hace tres años, todos los días tenía que ir a las Buttes-Chaumont». Al oír aquel nombre de las Buttes-Chaumont, adonde Albertine no había ido —según me había dicho— nunca, me quedé un instante sin respiración. La realidad es el más hábil de los enemigos. Lanza sus ataques al punto de nuestro corazón en el que no los esperábamos y no habíamos preparado una defensa. Entonces, ¿habría mentido Albertine a su tía, al decirle que iba todos los días a las Buttes-Chaumont y después a mí, al decirme que no lo conocía? «Por fortuna», añadió la Sra. Bontemps, «esa pobre Andrée pronto va a marcharse a un campo más vivificante, al campo de verdad, lo necesita mucho, porque tiene muy mala cara. Cierto es que este verano no ha tenido tiempo suficiente de tomar el aire que necesitaba. Imagínese que se marchó de Balbec al final de julio con la idea de volver en septiembre, pero, como su hermano se ha dislocado una rodilla, no ha podido hacerlo». Entonces, ¡Albertine la esperaba en Balbec y me lo había ocultado! Cierto es que había sido mucho más amable proponerme regresar. A menos que… «Sí, recuerdo que Albertine me lo había contado…». (No era cierto). «¿Y cuándo ocurrió ese accidente? Todo eso está un poco confuso en mi cabeza». «Pues en

cierto sentido resultó muy oportuno, en vista de que un día después comenzaba el alquiler de la quinta y la abuela de Andrée habría tenido que pagar un mes inútilmente. Se rompió la pierna el 14 de septiembre, tuvo tiempo de telegrafiar a Albertine el 15 por la mañana para decirle que no iba y Albertine de avisar a la agencia. Si llega a ser un día después, habría tenido que pagar hasta el 15 de octubre». Así, cuando Albertine, tras cambiar de opinión, me había dicho: «Marchémonos esta noche», en lo que pensaba era en un piso que yo no conocía, el de la abuela de Andrée, donde, a partir de nuestro regreso, iba a poder volver a reunirse con la amiga a quien, sin que yo lo sospechara, había creído poder volver a ver pronto en Balbec. Las palabras tan amables, para volver conmigo, que había pronunciado en contraste con su *obstinada* negativa un poco antes, las había atribuido yo a un vuelco de su buen corazón. Eran simplemente el reflejo de un cambio habido en una situación que no conocíamos y que constituye el secreto entero de la mudanza en conducta de las mujeres que no nos amaban. Nos deniegan con obstinación una cita para el día siguiente, porque están cansadas, porque su abuelo les exige que cenen con él. «Pues ven después», insistimos. «Me entretiene hasta muy tarde. Puede que me acompañe hasta casa». Simplemente tienen una cita con alguien que les gusta. De pronto se enteran de que no está libre y vienen a decirnos que sienten habernos apenado y que, tras mandar a paseo a su abuelo, se quedarán con nosotros, por no interesarles ninguna otra cosa más. Yo debería haber reconocido aquellas frases en el lenguaje que Albertine había usado el día de mi partida, en Balbec. Sin embargo, tal vez no debiera yo reconocer sólo ésas, sino haber recordado, para interpretar aquel lenguaje, dos rasgos particulares del carácter de Albertine.

En aquel momento recordé dos rasgos del carácter de Albertine, uno para consolarme y el otro para desconsolarme, pues en nuestra memoria encontramos de todo: es como una farmacia, un laboratorio químico, en el que, si alargamos la mano al azar, topamos ora con una droga calmante ora con un veneno peligroso.

El primer rasgo, el consolador, era aquella costumbre de hacer que una misma acción sirviese para agradar a varias personas, aquella utilización múltiple de lo que hacía, característica de Albertine. Era muy propio de su carácter, al volver a París (el hecho de que Andrée no fuera a regresar podía hacer que le resultara incómodo permanecer en Balbec, sin que eso significase que no pudiera prescindir de Andrée) aprovechar aquel único viaje como ocasión para emocionar a dos personas a quienes quería sinceramente: a mí, al hacerme creer que era para no dejarme solo, para que yo no sufriese, por desvivirse por mí; a Andrée, al convencerla de que, en vista de que no regresaría a Balbec, Albertine no quería quedarse allí ni un instante más, cosa que había hecho exclusivamente para verla, y que iba a acudir corriendo al instante a reunirse con ella. Ahora bien, la partida de Albertine conmigo sobrevenía, en efecto, de forma tan inmediata, por una parte, a mi pena, a mi deseo de volver a París, y, por otra, al telegrama de Andrée, que era muy natural que ésta y yo, desconocedores de mi pena —ella— y de su telegrama —yo—, creyésemos que la partida de Albertine era el efecto de la única causa que cada uno de nosotros conocía y a la que seguía, en efecto, a tan pocas horas de distancia y tan inopinadamente. Y en aquel caso yo podía aún creer que acompañarme había sido el objetivo real de Albertine, quien, sin embargo, no había querido desaprovechar una ocasión para granjearse la gratitud de Andrée, pero, por desgracia, recordé casi al instante otro rasgo del carácter de Albertine: la vivacidad con la que hacía presa en ella la irresistible tentación de un placer. Ahora bien, yo recordaba su impaciencia —cuando había decidido partir— por llegar al tren, cómo había empujado al director, que, al intentar retenernos, habría podido hacernos perder el ómnibus, cómo me miraba, al tiempo que se encogía de hombros en señal de connivencia y que tanto me había emocionado, cuando en el tren-tranvía, el Sr. de Cambremer nos había preguntado si no podíamos aplazarlo para dentro de ocho días. Sí, lo que ella veía delante de sus ojos en aquel momento, lo que le infundía aquel deseo febril de

partir, lo que estaba impaciente por volver a ver, era un piso deshabitado que yo había visto una vez, perteneciente a la abuela de Andrée, un piso lujoso a cargo de un anciano ayuda de cámara, en pleno mediodía, pero tan vacío, tan silencioso, que el sol parecía poner fundas sobre el sofá, sobre los sillones de las habitaciones en las que Albertine y Andrée pedían al respetuoso guarda —tal vez ingenuo, tal vez cómplice— que las dejara descansar.

Yo veía ahora vacío todo el tiempo, con una cama o un canapé, una criada engañada o cómplice, el lugar al que, siempre que Albertine tenía expresión apresurada y seria, acudía para volver a ver a su amiga, quien seguramente había llegado antes que ella, porque estaba más libre. Hasta entonces, yo nunca había pensado en aquel piso, que ahora presentaba para mí una horrible belleza. Lo desconocido de la vida de las personas es como lo ignoto de la naturaleza, que cada descubrimiento científico hace retroceder, pero no anula. Un celoso exaspera a la que ama al privarla de mil placeres sin importancia, pero los que constituyen el fondo de su vida los alberga ella allí donde a él —en los momentos en que su inteligencia parece demostrar más perspicacia y los terceros lo informan mejor— no se le ocurre buscar.

Pero, en fin, al menos Andrée iba a marcharse, si bien yo no quería que Albertine pudiera despreciarme por haberme dejado engañar por ella y por Andrée. Ahora bien, un día u otro se lo diría yo y, así, tal vez la obligara a hablarme con más franqueza, al mostrarle que estaba informado, de todos modos, de las cosas que me ocultaba, pero no quería aún hablarle de ello, en primer lugar porque, cuando hacía tan poco de la visita de su tía, habría comprendido de dónde procedía mi información, habría cegado esa fuente y, además, porque, mientras no estuviera yo absolutamente seguro de poder conservar a Albertine todo el tiempo que quisiese, no quería causarle demasiadas cóleras, que podrían haberle infundido el deseo de abandonarme. Cierto es que, si yo razonaba, buscaba la verdad, pronosticaba el futuro gracias a sus palabras, que siempre aprobaban todos mis proyectos, expresaban lo mucho

que le gustaba aquella vida, lo poco de que la privaba su enclaustramiento, no dudaba de que permanecería siempre a mi lado. Por esa razón, me sentía incluso muy contrariado, sentía que la vida, el universo, que nunca había saboreado, se me escapaban, a cambio de una mujer en quien ya no podía encontrar nada nuevo. Ni siquiera podía ir a Venecia, donde me sentiría demasiado torturado por el temor a las insinuaciones que podrían hacerle, mientras estuviera yo acostado, el gondolero, las personas del hotel, las venecianas, pero, en cambio, si razonaba conforme a la otra hipótesis, la basada no en las palabras de Albertine, sino en silencios, miradas, rubores, enfurruñamientos e incluso cóleras respecto de los cuales me habría resultado muy fácil demostrarle que carecían de motivo y que yo aparentaba no advertir, me decía yo que aquella vida le resultaba insoportable, que se veía privada todo el tiempo de lo que le gustaba y que algún día, fatalmente, me abandonaría. Lo único que yo quería, en caso de que lo hiciese, era poder elegir el momento, un momento en el que no me resultara demasiado doloroso, y, además, en una temporada en la que no pudiera ella ir a ninguno de los lugares en los que me imaginaba sus desenfrenos —ni a Amsterdam ni a casa de Andrée ni a la de la Srta. Vinteuil— y a los que volvería —cierto es— unos meses después, pero para entonces yo ya me habría calmado y me resultaría indiferente. En todo caso, había de esperar para pensarlo a que se hubiera curado la pequeña recaída causada por el descubrimiento de las razones por las cuales Albertine, a unas horas de distancia, había querido no abandonar —y después hacerlo inmediatamente— Balbec; había de dejar tiempo para que desaparecieran los síntomas que habían de ir atenuándose por fuerza, si no me enteraba yo de nada nuevo, pero demasiado agudos aún para no volverme más dolorosa, más difícil, una operación de ruptura ya reconocida como inevitable, pero en modo alguno urgente, y que más valía realizar «en frío». Yo era dueño y señor para elegir el momento, pues, si ella quería marcharse antes de que yo lo hubiera decidido, en el momento en el que me

anunciara que estaba harta de aquella vida aún estaría yo a tiempo de pensar en combatir sus razones, de dejarle más libertad, de prometerle un gran placer próximo que ella misma desearía esperar o incluso —si no encontraba yo otro recurso que en su corazón— de confesarle mi pena. Así, pues, me sentía muy tranquilo desde ese punto de vista, por no ser, por lo demás, demasiado coherente conmigo mismo, pues, conforme a una hipótesis en la que yo no tenía en cuenta precisamente cosas que ella decía y anunciaba, suponía yo que, cuando llegara el momento de su partida, me expondría de antemano sus razones, me dejaría combatirlas y vencerlas.

Yo notaba que mi vida con Albertine era, por una parte —cuando no estaba celoso—, puro aburrimiento y, por otra —cuando lo estaba—, puro padecer. Suponiendo que hubiera habido felicidad, no podía durar. Con el mismo espíritu de sensatez que me inspiraba en Balbec, la noche en que habíamos sido felices después de la visita de la Srta. de Cambremer, yo quería separarme de ella, porque sabía que, si la prolongaba, no ganaría nada. Sólo, que el recuerdo que conservaría de ella sería —seguía imaginándome— como una vibración, prolongada por un pedal, del minuto de nuestra separación. Por eso, quería yo elegir un momento dulce, para que fuera ella la que siguiese vibrando en mí. No debía ser demasiado exigente, esperar demasiado; debía ser sensato y, sin embargo, después de haber esperado tanto, habría sido una locura no saber esperar unos días más, hasta que se presentara un momento aceptable, en lugar de correr el riesgo de verla marcharse con aquella misma indignación que sentía yo en tiempos, cuando mi madre se alejaba de mi cama sin darme las buenas noches o cuando se despedía de mí en la estación. Por si acaso, yo multiplicaba las amabilidades que podía tener para con ella. En cuanto a los vestidos de Fortuny, nos habíamos decidido por fin por uno azul y oro y forrado de rosa, que acababan de terminar, y, de todos modos, yo había encargado los otros cinco a los que ella había renunciado con pena, al preferir aquél.

Sin embargo, a la llegada de la primavera, dos meses después de haber hablado con su tía, una noche me dejé llevar por la cólera. Era precisamente aquella en que Albertine se había puesto por primera vez la bata azul y oro de Fortuny, que, al evocarme Venecia, me hacía sentir aún más lo que sacrificaba por ella, quien en modo alguno me lo agradecía. Aunque no había visto nunca Venecia, seguía soñando sin cesar con ella desde aquellas vacaciones de Pascua que debía haber pasado allí, siendo aún un niño, y, antes aún, ante los grabados de Ticiano y las fotografías de Giotto que Swann me había regalado en tiempos en Combray. La bata de Fortuny que llevaba aquella noche Albertine me parecía como la sombra tentadora de aquella invisible Venecia. Estaba rebosante de ornamentación árabe, como Venecia, como los palacios de Venecia disimulados, al modo de las sultanas, tras un velo calado de piedra, como las encuadernaciones de la biblioteca Ambrosiana, como las columnas cuyas aves orientales, que significan alternativamente la muerte y la vida, se repetían en el reflejo de la tela, de un azul profundo que, a medida que mi mirada lo recorría, se transformaba en oro maleable, mediante aquellas mismas transmutaciones que, delante de la góndola que avanza, convierten en metal arrebolado el azul del Gran Canal, y las mangas estaban forradas con un rosa cereza tan particularmente veneciano, que se lo denomina rosa Tiépolo.

Durante el día, Françoise había dejado caer delante de mí que Albertine no estaba contenta con nada, que, cuando yo mandaba a decirle que saldría con ella o que no saldría, que vendría el automóvil a recogerla o que no vendría, casi se encogía de hombros y apenas respondía con educación. Aquella noche, en la que yo la notaba de mal humor y los primeros calores intensos me habían puesto nervioso, no pude contener mi cólera y le reproché su ingratitud: «Sí, puedes preguntar a todo el mundo», grité con todas mis fuerzas, fuera de mí, «puedes preguntar a Françoise, es un clamor». Pero al instante recordé que Albertine me había dicho una

vez lo terrible que me veía cuando me encolerizaba y me había aplicado los versos de *Esther*:

> Imaginad cuánta inquietud habrá infundido
> A mi turbada alma esa frente irritada…
> ¡Ay! ¿Qué corazón audaz podría afrontar
> Sin estremecerse los destellos de vuestros ojos?

Sentí vergüenza de mi violencia y, volviendo a lo que había yo hecho, sin que, sin embargo, fuera una derrota, a fin de que la mía fuese una paz armada y temible, al tiempo que me parecía útil mostrar que no temía una ruptura para que no se le ocurriera esa idea a ella, añadí: «Perdóname, querida Albertine, siento vergüenza de mi violencia, me siento desesperado. Si no podemos entendernos más, si debemos separarnos, no debe ser así, no sería digno de nosotros. Nos separaremos, si es necesario, pero ante todo quiero pedirte perdón muy humildemente y con todo mi corazón». Pensé que, para repararlo y asegurarme de sus proyectos de permanecer en un período inmediato y al menos hasta que se hubiera marchado Andrée, cosa que iba a ocurrir al cabo de tres semanas, convendría buscar, a partir del día siguiente, algún placer mayor que los gozados hasta entonces por ella y a bastante largo plazo; por eso, puesto que iba a borrar el aburrimiento que la había cansado, tal vez hiciera yo bien aprovechando aquel momento para demostrarle que conocía su vida mejor de lo que ella pensaba. El mal humor que ella sentiría quedaría borrado el día siguiente por mis amabilidades, pero la advertencia permanecería en su mente. «Sí, querida Albertine, perdona que haya estado violento. No soy tan totalmente culpable como tú crees. Hay personas malas que intentan malquistarnos, nunca había querido decírtelo para no atormentarte y a veces acabo frenético por ciertas denuncias». Y, para aprovechar que estaba —como iba a poder demostrarle— al corriente de lo de la partida de Balbec, añadí: «Así, por ejemplo, tú sabías que la Srta. Vinteuil iba a ir a la casa de la Sra. Verdurin la

tarde en que fuiste al Trocadero». Enrojeció. «Sí, lo sabía». «¿Puedes jurarme que no era para volver a tener relaciones con ella?». «Pues claro que puedo jurártelo. ¿Por qué dices "volver a tener"? Nunca las he tenido, te lo juro». Me sentí desconsolado al oír a Albertine mentirme así, negarme la evidencia que su rubor me había confesado con creces. Su falsedad me desconsolaba y, sin embargo, como entrañaba una protesta de inocencia que sin darme cuenta estaba yo dispuesto a creer, me dolió menos que su sinceridad, cuando, tras haberle preguntado yo: «¿Puedes al menos jurarme que el placer de volver a ver a la Srta. Vinteuil nada tenía que ver con tu deseo de ir a aquella reunión por la tarde en casa de los Verdurin?», me respondió: «No, eso no puedo jurarlo, me daba mucho placer volver a ver a la Srta. Vinteuil». Un segundo antes, yo había sentido rencor por que disimulara sus relaciones con la Sra. Vinteuil y ahora la confesión del placer que habría sentido al verla me rompía brazos y piernas. Seguramente, cuando Albertine me había dicho, al volver yo de casa de los Verdurin: «¿No iban a recibir a la Srta. Vinteuil?», me había devuelto todo mi sufrimiento, al demostrarme que estaba enterada de su llegada, pero seguramente yo me había hecho después este razonamiento: «Estaba enterada de su llegada, que no le causaba el menor placer, pero, como ha debido de comprender *a posteriori* que se trata de la revelación de haber conocido a una persona de tan mala reputación como la Srta. Vinteuil, quien tanto me había desesperado en Balbec hasta el punto de sugerirme la idea del suicido, no ha querido contármelo». Y, después, se veía obligada —mira por dónde— a confesarme que aquella llegada le daba placer. Por lo demás, su misteriosa forma de querer ir a casa de los Verdurin debería haberme parecido una prueba suficiente, pero no había vuelto a pensar lo bastante en ello. Por eso, aun diciéndome ahora: «¿Por qué confiesa sólo a medias? Resulta aún más idiota que malvado o triste», me sentía tan deshecho, que no tuve valor para insistir al respecto, pues mi posición era poco airosa, al carecer de documento revelador que presentar y, para reconquistar mi ascendiente, me apresuré a pasar

al tema de aquélla, que iba a permitirme derrotar a Albertine mediante la aplastante revelación del telegrama de aquélla. «Mira», le dije, «ahora me atormentan, me persiguen, volviendo a hablarme de tus relaciones, pero con Andrée». «¿Con Andrée?», exclamó. El mal humor le encendía el rostro y el asombro y el deseo de parecer asombrada la hacían poner ojos como platos. «¡Muy bonito, hombre! ¿Se puede saber quién te ha dicho esas cosas tan agradables? ¿Podría yo hablar con esas personas? ¿Saber en qué basan sus infamias?». «Mi querida Albertine, no lo sé, son cartas anónimas, pero de personas que tal vez localizarías con bastante facilidad» (para mostrarle que no temía yo a sus indagaciones), «pues deben de conocerte bien. Sin embargo, la última, lo reconozco (y te lo cito precisamente porque se trata de una cosa de nada y no resulta doloroso citarlo), me ha exasperado. Me decía que, si, el día que nos marchamos de Balbec, al principio quisiste quedarte y después marcharte, fue porque en el intervalo recibiste una carta de Andrée en la que te decía que no iba a acudir». «Sé perfectamente que Andrée me escribió para decirme que no acudiría, me lo telegrafió incluso, no puedo enseñarte el telegrama, porque no lo conservé, pero no fue aquel día; por lo demás y aunque lo hubiera sido, ¿qué podía importarme que Andrée viniese a Balbec o no?». Las palabras «¿qué podía importarme?» eran una prueba de irritación y de que algo «[l]e importa[ba]», pero no forzosamente de que hubiera vuelto únicamente por el deseo de ver a Andrée. Siempre que Albertine veía uno de los motivos reales, o alegados, de uno de sus actos descubierto por una persona a la que ella había aducido otro, se encolerizaba, aunque se tratara de la persona para la cual lo había hecho, en realidad. Aunque Albertine hubiese creído que no eran personas anónimas quienes me enviaban, a pesar mío, aquellas informaciones sobre sus andanzas, sino que las solicitaba ávidamente yo, en modo alguno se habría podido deducirlo de sus siguientes palabras, en las que parecía aceptar mi versión de las cartas anónimas, sino de su expresión colérica contra mí, simple explosión —parecía— de sus malos humores anteriores, del mismo

modo que el espionaje al que —según esa hipótesis— me habría creído entregado no habría sido sino el resultado de una vigilancia de todos sus actos, seguramente sospechada desde hacía mucho. Su cólera se hizo extensiva incluso a Andrée y, por pensar seguramente que yo ya no estaría tranquilo ni siquiera cuando ella saliese con aquélla, añadió: «Por lo demás, Andrée me exaspera. Es pesadísima. Mañana vuelve. No quiero volver a salir con ella. Puedes anunciárselo a las personas según las cuales volví a París por ella. Si te dijera que, después de tantos años de conocer a Andrée, no podría decirte cómo es su cara, ¡en vista de lo poco que la he mirado!…». Ahora bien, en Balbec, el primer año, me había dicho: «Andrée es arrebatadora». Cierto es que eso no quería decir que tuviese relaciones amorosas con ella y ni siquiera la había yo oído hablar sino con indignación de todas las relaciones de esa clase, pero ¿no podía haber cambiado, aun sin darse cuenta de que así había sido, al no creer que sus juegos con una amiga fueran idénticos a las relaciones inmorales, bastante poco precisas en su entendimiento, que censuraba en las otras? ¿Acaso no era posible, puesto que ese mismo cambio y esa misma conciencia de cambio se habían dado en sus relaciones conmigo, cuyos besos había rechazado con tanta indignación en Balbec, pero iba a dármelos ella misma más adelante y todos los días durante mucho tiempo —esperaba yo— y dentro de un instante? «Pero, querida, ¿cómo quieres que se lo anuncie, puesto que no las conozco?». Aquella respuesta era tan aplastante, que debería haber disipado las objeciones y las dudas que veía yo cristalizadas en sus pupilas, pero las dejó intactas. Yo me había callado y, sin embargo, ella seguía mirándome con la persistente atención que se presta a alguien que no ha acabado de hablar. Volví a pedirle perdón. Me respondió que nada debía perdonarme. Se había vuelto muy dulce, pero me parecía que bajo su triste y deshecho rostro se había formado un secreto. Yo sabía perfectamente que no podía dejarme sin avisarme; por lo demás, no podía no desearlo (tenía que probarse las nuevas batas de Fortuny dentro de ocho días) ni

hacerlo decentemente, pues mi madre volvía en el fin de semana y su tía también. ¿Por qué, puesto que era imposible que se marchara, volví a decirle en varias ocasiones que saldríamos juntos el día siguiente para ir a ver cristalerías de Venecia que quería regalarle y me sentí aliviado al oírle decir que de acuerdo? Cuando vino a darme las buenas noches y la besé, no hizo lo de todas las noches, sino que se volvió y —apenas unos instantes después del momento en que yo acababa de pensar en la dulzura de que me diera todas las noches lo que me había denegado en Balbec— no me devolvió mi beso. Parecía que, por estar malquistada conmigo, no quería darme una señal de cariño que más adelante hubiera podido parecerme una falsedad y un desmentido de aquella desavenencia. Parecía que ajustaba sus actos a aquella desavenencia y, sin embargo, con mesura, ya fuera para no anunciarlo o porque, aun interrumpiendo las relaciones carnales conmigo, quería seguir siendo mi amiga. Entonces la besé otra vez, al tiempo que apretaba contra mi corazón el azul reverberante y dorado del Gran Canal y las aves acopladas, símbolos de muerte y resurrección, pero por segunda vez, en lugar de devolverme el beso, se apartó con esa obstinación instintiva y nefasta de los animales que huelen la muerte. Aquel presentimiento que parecía revelar se apoderó de mí y me embargó con un miedo tan ansioso, que, cuando Albertine hubo llegado a la puerta, no tuve el valor de dejarla marcharse y volví a llamarla. «Albertine», le dije, «no tengo nada de sueño. Si tampoco tú tienes ganas de dormir, podrías quedarte un poquito más, si quieres, pero no te obligaré y sobre todo no quiero fatigarte». Me parecía que, si hubiera podido lograr que se desnudara y se pusiera su camisón blanco, en el que parecía más rosada, más cálida, excitaba más mis sentidos, la reconciliación habría sido completa, pero vacilé un instante, pues el borde azul del vestido añadía a su rostro una belleza, una iluminación, un cielo sin los cuales me habría parecido más dura. Volvió despacio y me dijo con mucha dulzura y el mismo rostro abatido y triste: «Puedo quedarme todo el tiempo que quieras, no tengo sueño». Su

respuesta —además de calmarme, pues, mientras estuviera allí, yo tenía la sensación de que podía pensar en el futuro— encerraba también amistad, obediencia, pero de un carácter particular y cuyo límite me parecía aquel secreto que sentía yo tras su mirada triste, sus modales distintos, a medias a pesar suyo y a medias, seguramente, para armonizarlos con algo que yo no sabía. Me pareció que, de todos modos, con sólo verla totalmente de blanco, con el cuello desnudo, delante de mí, como la había visto en Balbec en su cama, sentiría yo la suficiente audacia para que se viera obligada a ceder. «Puesto que eres tan amable de quedarte un momento a consolarme, deberías quitarte el vestido: da demasiado calor, es demasiado rígido; no me atrevo a acercarme a ti por no arrugar esa hermosa tela y entre nosotros se interponen esas aves fatídicas. Desnúdate, querida». «No, no sería cómodo quitarme aquí este vestido. Me desnudaré después en mi habitación». «Entonces, ¿no quieres sentarte siquiera en mi cama?». «Claro que sí». Pero se quedó un poco más lejos, junto a mis pies. Estuvimos charlando. De repente oímos la cadencia regular de una llamada quejumbrosa. Eran las palomas que empezaban a arrullar. «Eso quiere decir que ya es de día», dijo Albertine y, con cejas casi fruncidas, como si, al vivir en mi casa, se viese privada de los placeres del buen tiempo, añadió: «Tiene que haber empezado la primavera para que hayan vuelto las palomas». La semejanza entre su arrullo y el canto del gallo era tan profunda y obscura como la existente en el septeto de Vinteuil entre el tema del *adagio*, basado en el mismo tema fundamental que el primero y el último fragmento, pero tan transformado por las diferencias de tonalidad, compás, etcétera, que el público profano, si abre una obra de Vinteuil, se asombra al ver basados los tres en las mismas cuatro notas, que, por lo demás, puede tocar con un dedo en el piano sin reconocer ninguno de los tres fragmentos. Así también aquel melancólico fragmento ejecutado por las palomas era como un canto de gallo en menor, que no se elevaba hacia el cielo, no ascendía verticalmente, pero iba —regular como el rebuzno de un asno y envuelto en dulzura— de una paloma

a otra por una misma línea horizontal y nunca se erguía, no cambiaba su lamento lateral en aquella llamada gozosa que habían lanzado tantas veces el *allegro* de la introducción y el final. Sé que entonces yo pronuncié la palabra «muerte», como si Albertine fuera a morir. Parece como si los acontecimientos fuesen más vastos que el momento en que se producen y lo rebasan. Cierto es que desbordan hacia el futuro por el recuerdo que conservamos de ellos, pero piden un lugar también al tiempo que los precede. Cierto es —se me dirá— que entonces no los vemos como serán, pero ¿acaso no quedan modificados también en el recuerdo?

Cuando vi que por sí misma no me besaba, al comprender que todo aquello era tiempo perdido y que sólo a partir del beso comenzarían los minutos calmantes y verdaderos, le dije: «Buenas noches, es demasiado tarde», porque así me besaría y después continuaríamos, pero, después de haberme dicho: «Buenas noches, procura dormir bien», exactamente como las dos primeras veces, se contentó con un beso en la mejilla. Aquella vez no me atreví a llamarla, pero el corazón me latía tan fuerte, que no pude volver a acostarme. Como un pájaro que va de un extremo de su jaula a otro, pasaba yo sin solución de continuidad de la inquietud por que Albertine se marchara a una calma relativa, resultante de un razonamiento que volvía a empezar varias veces por minuto: «En todo caso, no puede marcharse sin avisarme y no me ha dicho que fuera a hacerlo», y me quedaba casi tranquilo, pero al instante volvía a pensar: «Pero ¿y si mañana fuera a verla y se hubiese marchado? Mi propia inquietud tiene algún motivo: ¿por qué no me ha besado?». Entonces sentía un dolor horrible en el corazón. Después se calmaba un poco con el razonamiento que volvía yo a iniciar, pero acababa sintiendo dolor de cabeza, porque aquella actividad de mi pensamiento era tan incesante y monótona. Así, hay ciertos estados morales —y, en particular, la inquietud— que, al presentarnos sólo una alternativa entre dos opciones, son en cierto modo tan atrozmente limitados como un simple sufrimiento físico. Volvía a formular perpetuamente el razonamiento que daba razón a

mi inquietud y al que se la quitaba y me tranquilizaba, en un espacio tan exiguo como el enfermo que palpa sin cesar, con un movimiento interno, el órgano que lo hace sufrir, se aleja un instante del punto doloroso, para volver un instante después. De repente, en el silencio de la noche me llamó la atención un ruido en apariencia insignificante, pero que me embargó de terror: el de la ventana de Albertine, abierta violentamente. Al no oír nada más, me pregunté por qué me había dado tanto miedo aquel ruido. En sí mismo nada tenía de extraordinario, pero probablemente le atribuyera yo dos significados que me espantaban igualmente. En primer lugar, una convención de nuestra vida en común era la de que —porque yo temía a las corrientes de aire— no se abría la ventana por la noche. Se le había explicado a Albertine, cuando había venido a vivir a la casa, y, aunque estaba convencida de que se trataba de una manía —y malsana— por mi parte, me había prometido respetar siempre aquella prohibición y era tan respetuosa con todas esas cosas que —como sabía— yo deseaba, aunque las censurara, que antes que abrir su ventana habría dormido —lo sabía yo— con el olor de un fuego de chimenea, así como ni por el acontecimiento más importante habría mandado despertarme por la mañana. Se trataba simplemente de una de esas pequeñas convenciones de nuestra vida, pero, en vista de que había violado aquélla sin decirme nada, ¿no significaría que ya no iba a tener ninguna consideración que las violaría todas? Además, aquel ruido había sido tan violento, casi maleducado, como si hubiera abierto, roja de cólera, al tiempo que decía: «Esta vida me asfixia; lo siento, ¡necesito aire!». No pensé todo eso exactamente, pero seguí dándole vueltas, como en un presagio más misterioso y fúnebre que un grito de lechuza, a aquel ruido de la ventana abierta por Albertine. Con una agitación que tal vez no hubiera tenido desde la cena de Swann en nuestra casa de Combray, pasé toda la noche caminando por el pasillo con la esperanza de atraer, gracias al ruido que hacía, la atención de Albertine, de que tuviera piedad de mí y me llamara, pero no oía ningún ruido procedente de su habitación. En Combray, yo había

pedido a mi madre que viniera, pero no temía su cólera: sabía que no disminuía su afecto encolerizándome, a mi vez. Por eso, tardé en llamar a Albertineç. Poco a poco fui teniendo la sensación de que era demasiado tarde. Debía de llevar mucho rato dormida. Volví a acostarme. El día siguiente, en cuanto me desperté, como nadie entraba en mi cuarto —ocurriera lo que ocurriese— sin que yo hubiera llamado, llamé con el timbre a Françoise y al mismo tiempo pensé: «Voy a hablar a Albertine de un yate que pienso encargar para ella». Mientras recibía las cartas, dije a Françoise, sin mirarla: «Después voy a tener algo que hablar con la Srta. Albertine; ¿se ha levantado?». «Sí, se ha levantado temprano». Sentí elevarse dentro de mí, como con una ventolera, mil inquietudes que no sabía mantener en suspenso en mi pecho. El tumulto era tan grande, que me encontraba sin aliento, como en una tormenta. «¿Ah, sí? Pero ¿dónde está en este momento?». «Debe de estar en su alcoba». «¡Ah, bien! Pues luego la veré». Respiré, ella estaba allí y mi agitación disminuyó. Albertine estaba allí y me resultaba casi indiferente que así fuera. Por lo demás, ¿no había sido absurdo por mi parte suponer que podría no haber estado? Me quedé dormido, pero, pese a mi certidumbre de que no me abandonaría, con sueño ligero, pero sólo en lo relativo a ella, pues los ruidos que habían de deberse por fuerza a las obras en el patio, aun oyéndolos vagamente en sueños, no me quitaban la tranquilidad, mientras que el más leve temblor procedente de su habitación o cuando salía o entraba sin hacer ruido, llamando tan suavemente al timbre, me hacía sobresaltarme, recorría todo mi ser, me daba palpitaciones, aunque lo hubiera oído sumido en un adormecimiento profundo, así como mi abuela en los últimos días que precedieron a su muerte, estando sumida en una inmovilidad que nada turbaba y que los médicos llamaban “coma”, se ponía a temblar, según me han dicho, como una hoja cuando oía los tres timbrazos con los que yo acostumbraba a llamar a Françoise y que, pese a hacerlos aquella semana más ligeros para no turbar el silencio de la cámara mortuoria, nadie podía confundir —me aseguraba Françoise— con

los de cualquier otro, por mi forma propia —y que yo mismo ignoraba— de apretar el timbre.

Aquel día y el siguiente, salimos juntos, ya que Albertine no quería salir más con Andrée. Ni siquiera le hablé del yate, aquellos paseos me habían calmado totalmente, pero ella había seguido besándome por la noche del mismo modo nuevo, por lo que yo estaba furioso. Ya no podía yo ver en ello otra cosa que una forma de mostrarme que estaba enfurruñada conmigo, cosa que me parecía demasiado ridícula después de las amabilidades que no dejaba yo de tener para con ella. Por eso, al no tener ya siquiera las satisfacciones carnales que de ella deseaba yo, al verla afeada por el mal humor, sentí más intensamente la privación de todas las mujeres y los viajes que aquellos primeros días de buen tiempo me hacían desear. Gracias seguramente al recuerdo disperso de las citas olvidadas que había tenido, siendo aún un colegial, con mujeres, bajo la vegetación ya densa, aquella región de la primavera en la que el viaje de nuestra morada errante a través de las estaciones acababa de detenerla desde hacía tres días bajo un cielo clemente y todas cuyas rutas huían hacia almuerzos en el campo, paseos en barca de remos, excursiones, me parecía tanto el país de las mujeres como el de los árboles, en el que el placer ofrecido por doquier resultaba permitido a mis fuerzas convalecientes. La resignación a la pereza, a la castidad, a conocer el placer sólo con una mujer a la que no amaba, a permanecer en mi habitación, a no viajar, era —todo ello— posible en un mundo antiguo en el que aún estábamos la víspera, en el vacío mundo del invierno, pero ya no en aquel universo nuevo, frondoso, en el que me había despertado como un Adán a quien se plantea por primera vez el problema de la existencia, de la felicidad, y sobre el que no pesa la acumulación de soluciones negativas anteriores. La presencia de Albertine me pesaba, yo la miraba, dulce y huraña, y sentía que era una desgracia que no hubiésemos roto. Yo quería ir a Venecia, quería, entretanto, ir a ver los cuadros venecianos en el Louvre y los dos Elstir en el Luxemburgo que, según acababa de saberse, la princesa

de Guermantes acababa de vender a ese museo, los que yo había admirado tanto en casa de la duquesa: *Los placeres de la danza* y *Retrato de la familia X*, pero temía que ciertas poses lascivas en el primero infundieran a Albertine un deseo, una nostalgia, de goces populares y la hiciesen pensar que tal vez cierta vida que no había sido la suya, una vida de fuegos artificiales y merenderos, estuviera bien. Ya temía yo por adelantado que el 14 de julio me pidiese que fuéramos a un baile popular y soñaba con un acontecimiento imposible que suprimiese aquella fiesta. Además, en los Elstir había también desnudeces de mujeres en frondosos paisajes meridionales que podían hacer pensar a Albertine en ciertos placeres, aunque Elstir, por su parte, sólo veía la belleza escultural o, mejor dicho, la belleza de monumentos blancos que cobran los cuerpos de mujeres sentadas en el césped, pero ¿no desmerecería la obra?

Por eso, me resigné a renunciar y quise salir para Versalles. Albertine, quien no había querido salir con Andrée, se había quedado en su habitación leyendo, enfundada en una bata de Fortuny. Le pregunté si quería ir a Versalles. Tenía el encanto de estar siempre dispuesta a todo —tal vez por su costumbre en otro tiempo de vivir la mitad del tiempo en casa de otros— y —así como se había decidido a venir con nosotros a París en dos minutos— me dijo: «Puedo ir contigo así, si no nos apeamos del coche». Vaciló un segundo entre dos abrigos de Fortuny —como habría hecho entre dos amigos diferentes a los que llevar— para ocultar su bata, cogió uno azul obscuro, admirable, y prendió un alfiler en un sombrero. En un minuto estuvo lista, antes de que yo hubiera cogido mi gabán, y fuimos a Versalles. Aquella rapidez misma, aquella docilidad absoluta, me tranquilizaron más, como si, en efecto, yo hubiera tenido —careciendo de motivo preciso alguno para estar inquieto— necesidad de estarlo. «De todos modos, nada debo temer, hace lo que le pido, pese al ruido de la ventana de la otra noche. En cuanto he hablado de salir, se ha puesto ese abrigo azul sobre la bata y ha venido: no es lo que haría una rebelde, una persona que ya no estuviera a gusto conmigo», pensaba yo, mientras íbamos a

Versalles. Nos quedamos mucho tiempo allí; el cielo estaba enteramente cubierto por aquel azul radiante y un poco pálido como el paseante acostado en un campo lo ve a veces por encima de su cabeza, pero tan unido, tan profundo, que tenemos la sensación de que el azul con el que está hecho no contiene aleación alguna y sí una riqueza tan inagotable, que se podría ahondar cada vez más en su substancia sin encontrar un átomo de otra cosa que de ese mismo azul. Yo pensaba en mi abuela, a quien en el arte humano, en la naturaleza, gustaba la grandeza y se complacía mirando subir en aquel mismo azul el campanario de Saint-Hilaire. De repente sentí de nuevo la nostalgia de mi libertad perdida, al oír un ruido que al principio no reconocí y que tanto habría gustado a mi abuela. Era como el zumbido de una avispa. «Mira», me dijo Albertine, «es un aeroplano, va muy alto, muy alto». Yo miraba a mi alrededor, pero, como el paseante acostado en un campo, sólo veía la palidez intacta —sin mancha negra alguna— del azul sin mezcla. Sin embargo, seguía oyendo el zumbido de las alas, que de repente entraron en mi campo visual. Allí arriba, unas minúsculas alas marrones y brillantes fruncían el azul unido del cielo inalterable. Por fin pude juntar el zumbido con su causa, con aquel pequeño insecto que trepidaba allí arriba, seguramente a sus buenos dos mil metros de altura; yo lo veía zumbar. Tal vez, cuando las distancias por tierra no llevaban aún mucho tiempo acortadas por la velocidad como ahora, el pitido de un tren al pasar a dos kilómetros presentara esa belleza que ahora, por un tiempo aún, nos emociona en el zumbido de un aeroplano a dos mil metros ante la idea de que las distancias recorridas en ese viaje vertical son las mismas que en el suelo, que en esa otra dirección en la que las medidas nos parecen diferentes, porque el acceso nos parecía inalcanzable, un aeroplano a dos mil metros de altura está más cerca incluso, pues el trayecto idéntico se hace en un medio más puro, sin separación entre el viajero y su punto de partida, así como en el mar o en las llanuras, con tiempo sereno, el remolino de un barco ya lejano o el soplo de un solo céfiro estría el océano de las olas o los trigos.

Yo tenía ganas de merendar. Nos detuvimos en una gran pastelería situada casi fuera de la ciudad y que gozaba en aquel momento de cierta boga. Una señora estaba a punto de salir y pidió su abrigo a la pastelera y, una vez que se hubo marchado, Albertine miró varias veces a ésta —que estaba recogiendo tazas, platos, pastas, pues ya era tarde— como si quisiese atraer su atención. La pastelera sólo se acercaba a mí, si le pedía algo, y entonces ocurría que, como la pastelera, extraordinariamente alta, por lo demás, estaba de pie para servirnos y Albertine sentada a mi lado, siempre que ésta, para intentar atraer su atención, alzaba verticalmente hacia ella una mirada clara que obligaba a elevar tanto más las pupilas cuanto que, como la pastelera estaba pegada a nosotros, Albertine no podía recurrir a suavizar la pendiente mediante la oblicuidad de la mirada. Se veía obligada a hacer subir sus miradas —sin levantar demasiado la cabeza— hasta aquella desmesurada altura en la que se encontraban los ojos de la pastelera. Por amabilidad para conmigo, Albertine volvía a bajar la vista y, como la pastelera no le había prestado la menor atención, volvía a empezar. Se formaba así una serie de vanas elevaciones implorantes hacia una divinidad inaccesible. Después, cuando a la pastelera ya sólo le faltaba arreglar una gran mesa contigua, la mirada de Albertine había de ser por fuerza lateral, pero ni una vez se fijó la de la pastelera en mi amiga. No me extrañaba, pues yo sabía que aquella mujer, a quien yo conocía un poquito, tenía amantes, pese a estar casada, pero ocultaba perfectamente sus intrigas, cosa que me asombraba enormemente, dada su prodigiosa estupidez. Estuve contemplando a aquella mujer, mientras acabábamos de merendar. Absorta en sus tareas, su actitud era casi maleducada para con Albertine a fuerza de no tener una mirada para las de ella, que, por lo demás, nada tenían de indecoroso. La otra arreglaba y arreglaba sin fin, sin el menor despiste. Si se hubiera confiado la colocación en su sitio de las cucharitas y los cuchillos de fruta —para economizar trabajo humano— a una simple máquina, en lugar de a aquella mujer alta y hermosa, no se habría podido ver un aislamiento tan

completo de la atención de Albertine y, sin embargo, no bajaba la vista, no parecía abstraída, dejaba brillar sus ojos, sus encantos, en la atención exclusiva a su trabajo. Cierto es que, si aquella pastelera no hubiese sido una mujer particularmente boba (no era sólo su reputación, sino que, además, yo lo sabía por experiencia), aquel distanciamiento podría haber sido el súmmum de la habilidad. Y yo sé perfectamente que la persona más boba, si está en juego su deseo o su interés, puede —en ese caso único, en medio de la nulidad de su estúpida vida— adaptarse inmediatamente a los engranajes del mecanismo más complicado; aun así, habría sido una suposición demasiado sutil para una mujer tan boba como la pastelera. ¡Aquella bobería cobraba incluso un inverosímil cariz de descortesía! Ni una sola vez miró a Albertine, pese a que no podía dejar de verla. Era poco amable para mi amiga, pero en el fondo me encantó que Albertine recibiera aquella leccioncita y viese que con frecuencia las mujeres no le prestaban atención. Salimos de la pastelería, volvimos a montar en el coche y ya habíamos tomado el camino de casa, cuando de repente lamenté haber olvidado llevar aparte a la pastelera y rogarle, por si acaso, que no dijera a la señora que se había marchado, cuando habíamos llegado nosotros, mi nombre ni mi dirección, que —como había yo hecho frecuentes encargos— debía de conocer perfectamente. En efecto, era inútil que la señora pudiese enterarse indirectamente de la dirección de Albertine, pero me parecía demasiada pérdida de tiempo volver sobre nuestros pasos por tan poca cosa y, además, daría la impresión a la imbécil y mentirosa pastelera de que le concedía demasiada importancia. Me limité a pensar que deberíamos volver a merendar allí, al cabo de ocho días, para hacerle esa recomendación y que resultaba muy enojoso —porque siempre olvidamos la mitad de lo que nos proponíamos— hacer las cosas más sencillas en varias ocasiones.

Regresamos muy tarde en una noche en la que un pantalón rojo, aquí y allá, junto a una falda al borde del camino revelaba la presencia de parejas amorosas. Nuestro coche pasó por la Puerta

Maillot para volver a casa. Los monumentos de París habían quedado substituidos por su dibujo —puro, lineal, sin espesor—, como habría habido que hacer en el caso de una ciudad destruida cuya imagen se hubiera querido reproducir, pero al borde de ésta se elevaba con tal dulzura la orla azul pálida sobre la que resaltaba, que los ojos, sedientos, buscaban aún por doquier un poco de aquel matiz delicioso que se les brindaba demasiado avaramente: había luz de luna. Albertine la admiró. No me atreví a decirle que yo habría disfrutado mejor de ella, si hubiera estado solo o en busca de una desconocida. Le recité versos o frases en prosa sobre la luz de la luna, para mostrarle que —de plateada que era en tiempos— se había vuelto azul con Chateaubriand, con el Victor Hugo de «Éviradnus» y de «La fête chez Thérèse», para volverse amarilla y metálica con Baudelaire y Leconte de Lisle. Después, tras recordarle la imagen que representa el cuarto creciente de la luna al final de «Booz endormi», le hablé de toda la obra.

No puedo decir, cuando vuelvo a pensarlo, cuán cubierta estaba su vida de deseos alternados, fugaces, con frecuencia contradictorios. Seguramente la mentira la complicaba aún más, pues, cuando, por no recordar ya exactamente nuestras conversaciones, me había dicho: «¡Ah! ¡Ésa sí que era una chica preciosa y qué bien jugaba al golf!», y, tras haberle preguntado yo el nombre de aquella muchacha, me había respondido con expresión indiferente, universal, superior, que seguramente tiene siempre partes libres, pues todos los mentirosos de esa categoría la adoptan siempre por un instante, cuando no quieren responder a una pregunta, y nunca deja de aparecer en su rostro: «¡Ah! No sé» (apenada por no poder informarme), «nunca supe su nombre, la veía en el golf, pero no sabía cómo se llamaba»; si un mes después, yo le decía: «Albertine, ¿sabes esa muchacha preciosa de la que me hablaste, la que jugaba tan bien al golf?», me respondía sin pensar: «¡Ah, sí! Émilie Daltier: no sé qué habrá sido de ella». Y la mentira, como una fortificación de campo, pasaba de la defensa del nombre, ahora tomado, a las posibilidades de volver a verla. «¡Ah!

No sé, nunca he sabido su dirección. No sé de nadie que pudiera decírtelo. ¡Oh! No, Andrée no la conoció. No formaba parte de nuestra panda, hoy tan dividida». Otras veces la mentira era como una confesión ruin: «¡Ah! Si yo tuviese una renta de trescientos mil francos…». Se mordía los labios. «A ver, ¿qué harías?». «Te pediría», decía, al tiempo que me besaba, «el permiso para quedarme en tu casa. ¿Dónde podría ser más feliz?». Pero, aun teniendo en cuenta las mentiras, resultaba increíble hasta qué punto eran inconexa su vida y fugaces sus mayores deseos. Estaba loca por una persona y, al cabo de tres días, no habría querido recibir una visita suya. No podía esperar una hora a que yo hubiese mandado comprarle telas y pinturas, pues quería volver a ponerse a pintar. Durante dos días se impacientaba, casi se le saltaban las lágrimas —que al instante se secaban— de niña a la que le han quitado la nodriza y aquella inestabilidad de sus sentimientos para con las personas, las cosas, las ocupaciones, las artes, los países, era en verdad tan universal, que, si le gustó el dinero, cosa que no creo, no fue por más tiempo que en los demás casos. Cuando decía: «¡Ah! Si tuviera yo una renta de trescientos mil francos», aunque expresara un mal pensamiento, si bien poco duradero, no habría podido apegarse a él más tiempo que al deseo de ir a los Rochers, cuya imagen había visto en la edición de Mme. de Sévigné, de volver a ver a una amiga y compañera de golf, de montar en un aeroplano, de ir a pasar la Navidad con su tía o de dedicarse de nuevo a la pintura.

«En el fondo, no tenemos hambre ninguno de los dos, habríamos podido pasar por casa de los Verdurin», dijo. «Es su día y su hora». «Pero ¡si estás enfadada con ellos!». «¡Oh! Hay muchos chismes sobre ellos, pero en el fondo no son tan malos. La Sra. Verdurin siempre ha sido muy amable conmigo y, además, es que no se puede estar siempre malquistado con todo el mundo. Tienen defectos, pero ¿quién no los tiene?». «No estás bastante vestida, tendríamos que volver a casa para que te vistieras y se haría muy tarde». «Sí, tienes razón, volvamos a casa y nada más», respondió

Albertine, con aquella admirable docilidad que siempre me dejaba estupefacto.

* * *

Aquella noche el buen tiempo dio un salto adelante, así como sube un termómetro con el calor. Cuando me despertaba en aquellas mañanas tan tempranas de la primavera, oía desde la cama los tranvías pasar, por entre los perfumes, por el aire con el que se mezclaba el calor cada vez más hasta que llegaba a la solidificación y a la densidad del mediodía. En cambio, en mi cuarto, más fresco —cuando el aire untuoso había acabado de barnizar, de aislar, en él el olor del lavabo, el olor del armario, el olor del sofá, gracias a la claridad con la que permanecían, verticales y de pie, en franjas yuxtapuestas y nítidas, en un clarobscuro nacarado que añadía un escarchado más suave al reflejo de las cortinas y los sillones de raso azul—, me veía —no por un simple capricho de la imaginación, sino porque era efectivamente posible— siguiendo en algún barrio nuevo de las afueras, semejante a aquel en que vivía Bloch, las calles cegadas por el sol y contemplando —no las insulsas carnicerías y el blanco sillar, sino— el comedor de campo en el que entraría al cabo de un rato y los olores —del frutero cargado de cerezas y albaricoques, de sidra, de queso gruyère— que en él encontraría, al llegar, mantenidos en suspenso en la luminosa congelación de la sombra que veteaban delicadamente como el interior de un ágata, mientras que los portacuchillos de cristal prismático irisaban arcos iris o punteaban aquí y allá el hule con pintas de pavo real.

Como un viento que se infla mediante una progresión regular, oí con alegría un automóvil bajo la ventana. Sentí su olor a petróleo. Puede parecer lamentable a los delicados (que son siempre materialistas a quienes estropea las excursiones por el campo) y a

ciertos pensadores, materialistas también a su modo, quienes, creyendo en la importancia de ese fenómeno, se imaginan que el hombre sería más feliz, capaz de una poesía más alta, si sus ojos pudieran ver más colores, las ventanas de su nariz conocer más perfumes, disfraz filosófico de la ingenua idea de quienes creen que la vida era más hermosa cuando, en lugar del traje negro, se llevaba ropa suntuosa, pero para mí (así como un aroma —tal vez desagradable en sí— a naftalina y a espinacardo me habría exaltado, al transmitirme la pureza azul del mar el día de mi llegada a Balbec), aquel olor a petróleo que, con el humo que se escapaba del motor, se había disipado tantas veces en el pálido azul del cielo, en aquellos días ardientes en que iba a Saint-Jeande-la-Haie en Gourville, así como me había seguido en mis paseos en tardes de verano, mientras Albertine estaba pintando, hacía florecer ahora, a cada lado de mí, aunque me encontrara en mi cuarto obscuro, los acianos, las amapolas y los tréboles rosicleres, me embriagaba como un olor de campo no circunscrito y fijo, como el que se siente delante de los majuelos y, retenido por sus elementos suntuosos y densos, flota con cierta estabilidad delante del seto, pero se trataba de un olor ante el cual huían las carreteras, cambiaba el aspecto del suelo, acudían corriendo los castillos, empalidecía el cielo, se decuplicaban las fuerzas, un olor que era como un símbolo de salto y potencia y renovaba el deseo sentido por mí en Balbec de subir a la jaula de cristal y acero, pero aquella vez ya no para ir a hacer visitas a moradas familiares con una mujer a la que conocía demasiado, sino para hacer el amor en lugares nuevos y con una mujer desconocida, olor que acompañaba en todo momento a la llamada de las bocinas de automóviles que pasaban, al que yo adaptaba palabras, como a un toque de trompeta militar: «Parisino, levántate, levántate, ven a almorzar en el campo y a remar en el río, a la sombra de los árboles, con una muchacha hermosa, levántate». Y todos aquellos ensueños me resultaban tan agradables, que me felicitaba de la «severa ley» según la cual, mientras no hubiese yo llamado, a ningún «tímido mortal», ya fuera Françoise o Albertine,

se le ocurriría venir a perturbarme «en el fondo de ese palacio», donde

> una majestad terrible
> finge volverme a mis súbditos invisible.

Pero de repente cambió el decorado: ya no fue el recuerdo de antiguas impresiones, sino de un antiguo deseo, muy recientemente despertado de nuevo por el vestido azul y oro de Fortuny, que extendió ante mí otra primavera, nada frondosa, sino súbitamente despojada, al contrario, de sus árboles y sus flores por aquel nombre que acababa yo de pronunciar: «Venecia», una primavera decantada, reducida a su esencia, y que plasmaba la prolongación, el calentamiento, la plenitud gradual de sus días mediante la fermentación progresiva, no ya de una tierra impura, sino de un agua virgen y azul, primaveral sin exhibir corolas y que sólo podía corresponder al mes de mayo por reflejos, producida por él, ajustándose exactamente a él en la desnudez radiante y fija de su sombra zafiro. Además, los años modernos aportan tan poco cambio a la ciudad gótica como las estaciones a sus brazos de mar, que no florecerán. Yo lo sabía, no podía imaginarlo o, imaginándolo, eso era lo que quería, con el mismo deseo que en otro tiempo, cuando era niño, con el ardor mismo de la partida, había quebrado en mí la fuerza para partir: encontrarme frente a mis imaginaciones venecianas, contemplar cómo aquel mar dividido encerraba con sus meandros, como los repliegues del río Océano, una civilización urbana y refinada, pero que, aislada por su cinturón azulado, se había desarrollado aparte, había tenido aparte sus escuelas de pintura y arquitectura: jardín fabuloso de frutas y aves de piedra de colores, florecido en medio del mar que acudía a refrescarlo, azotaba con su corriente el fuste de sus columnas y en el poderoso relieve de los capiteles —como una mirada de azul obscuro que vela en la sombra— posa en manchas y hace moverse perfectamente la luz. Sí, había que partir, era el momento. Desde que Albertine ya no

parecía enfadada conmigo, su posesión ya no me parecía un bien a cambio del cual estamos dispuestos a entregar todos los demás, tal vez porque lo habríamos hecho para librarnos de una pena, una ansiedad, ya calmadas. Hemos logrado atravesar el cerco de tela a través del cual creímos en cierto momento que nunca podríamos pasar. Hemos despejado la tormenta, devuelto la serenidad a la sonrisa. El angustioso misterio de un odio sin causa conocida y tal vez sin fin se ha disipado. Por ello, volvemos a encontrarnos frente al problema momentáneamente desechado de una felicidad cuya imposibilidad conocemos. En aquel momento en que la vida con Albertine había vuelto a ser posible, tuve la sensación de que sólo podría obtener con ella desdichas, ya que no me amaba; valía más separarse de ella con la dulzura de su consentimiento, que prolongaría mediante el recuerdo. Sí, era el momento; tendría que informarme muy exactamente de la fecha en que Andrée iba a marcharse de París, actuar enérgicamente ante la Sra. Bontemps para estar bien seguro de que en ese momento Albertine no podría ir ni a Holanda ni a Montjouvain. Si supiéramos analizar mejor nuestros amores, llegaríamos a ver que con frecuencia las mujeres sólo nos gustan como contrapeso de hombres a quienes debemos disputarlas; suprimido dicho contrapeso, el encanto de la mujer decae. Tenemos un ejemplo doloroso y preventivo de ello en esa predilección de los hombres por las mujeres que, antes de conocerlos, han cometido faltas, por esas mujeres a las que sienten encenagadas en el peligro y deben —durante todo el período de su amor— reconquistar; o el ejemplo posterior, al contrario, y nada dramático, del hombre que, al sentir debilitarse su gusto por la mujer a la que ama, aplica espontáneamente las reglas que ha deducido y, para estar seguro de que no ha dejado de amarla, la coloca en un medio peligroso en el que debe protegerla todos los días. (Lo contrario de los hombres que exigen a una mujer renunciar al teatro, aunque la razón por la que la amaron es, por lo demás, la de haber trabajado en el teatro).

Y, aun cuando aquella partida no presentara ya inconvenientes, debería elegir un día de buen tiempo —iba a haber muchos así— en que Albertine me resultaría indiferente, en que me vería tentado por mil deseos; debería dejarla salir sin verla y después, tras levantarme, prepararme deprisa, dejarle una nota, aprovechando que, como en esa época ella no podría ir a ningún lugar que me agitara, podría yo lograr, de viaje, no imaginarme las malas acciones que ella podría cometer y que, por lo demás, en aquel momento me resultaban muy indiferentes y sin haber vuelto a verla partir para Venecia. Llamé con el timbre a Françoise para pedirle que me comprara una guía y un listín de los trenes, como había hecho de niño, cuando ya había querido preparar un viaje a Venecia, realización de un deseo tan violento como el que sentía en aquel momento; olvidaba que desde entonces había uno que había alcanzado, sin placer alguno —el de Balbec— y que Venecia, al ser también un fenómeno visible, probablemente pudiera realizar tan poco como Balbec un sueño inefable, el del tiempo gótico actualizado de un mar primaveral, y que venía de instante en instante a rozar mi mente con una imagen encantada, acariciadora, inasible, misteriosa y confusa. Tras oír el timbre, Françoise entró, bastante preocupada por cómo me tomaría yo sus palabras y su conducta. Me dijo: «Me ha preocupado mucho que el señor llamara tan tarde hoy. No sabía lo que debía hacer. Esta mañana a las ocho, la Srta. Albertine me ha pedido sus maletas y no me he atrevido a negarme, porque temía que el señor me regañara, si venía a despertarlo. He intentado convencerla, decirle que esperase una hora, porque seguía pensando que el señor llamaría al timbre, pero ha sido en vano. No ha querido, me ha dejado esta carta para el señor y a las nueve se ha marchado». Y entonces —hasta tal punto podemos ignorar lo que hay dentro de nosotros, puesto que estaba yo convencido de mi indiferencia por Albertine— me quedé sin aliento, me llevé las dos manos al corazón, bruscamente mojadas con un sudor que nunca había conocido desde la revelación que me había hecho mi amiga en el trenecito sobre la amiga de la

Srta. Vinteuil, sin que pudiera decir otra cosa que esto: «¡Ah! Muy bien, Françoise, gracias, ha hecho usted muy bien en no despertarme, déjeme solo un instante y dentro de un rato volveré a llamarla».

MARCEL PROUST (1871-1922). Nació el 10 de julio de 1871 en Auteuil, París (Francia), en el seno de una familia acomodada. Su padre era el médico Adrien Proust y su madre, Jeanne Weil, era una mujer culta descendiente de una adinerada familia de origen judío. Proust era un niño enfermizo, pues desde temprana edad padeció asma. Se instruyó en el Liceo Condorcet. Sus padres querían que estudiase Derecho, cosa que hizo en la Sorbona y en la Escuela de Ciencias Políticas, aunque finalmente dedicó casi todo su tiempo en exclusiva a la escritura.

Desde 1905, año de la muerte de su querida madre, se recluyó en su hogar y volcó todo su tiempo en la escritura de su obra más importante, «En busca del tiempo perdido» (1913-1927), caracterizada en su narrativa por su ahondamiento en la instrospección personal y en el retrato psicológico de sus caracteres. Esta obra, dividida en varios volúmenes con tintes

autobiográficos, le proporcionó el Premio Goncourt en 1919. Póstumamente apareció la novela *Jean Santeuil* (1956), un libro que había comenzado a escribir en 1895.

Respecto a su vida sentimental, Proust era homosexual a pesar de que estuvo enamorado en su infancia de Marie de Benardaky. Su relación amorosa más importante la mantuvo con su secretario Alfred Agostinelli, fallecido en un accidente de aviación cuando pilotaba una avioneta que el propio Proust le había regalado.

El escritor francés murió de neumonía el 18 de noviembre de 1922, acompañado de su criada Celeste Albaret. Tenía 51 años.